

SOPHIE HANNAH



Por la autora de
Los crímenes del monograma

CONFESIÓN DE UN ASESINO



Cuando su vuelo se retrasa por la noche, Gaby Struthers se ve obligada a compartir una habitación del hotel del aeropuerto de Düsseldorf con una extraña que debía coger el mismo avión: una joven llamada Lauren Cookson, quien se muestra aterrorizada ante Gaby. Pero ¿qué le asusta de Gaby en particular? Ni la propia Lauren sabe explicárselo. Sin embargo, empieza a contarle algo sobre un hombre inocente que está en la cárcel por un asesinato que no cometió.

Gaby comienza a sospechar que el hecho de que Lauren fuera en su mismo vuelo no puede ser una coincidencia, ya que, en el relato de Lauren, la víctima de asesinato es Francine Breary, la esposa del único hombre que Gaby ha amado de verdad.

Tim Breary ha confesado ser el responsable de la muerte de Francine, y hasta le ha proporcionado a la policía una serie de evidencias que confirman su culpabilidad. Lo único que no le ha facilitado a la policía es un motivo claro. Y es que Tim afirma no tener ni idea de por qué asesinó a su esposa. El marido de Francine jura ser el asesino, pero la verdad de lo ocurrido apunta a algo mucho más siniestro.



Sophie Hannah

Confesión de un asesino

Spilling - 8

ePub r1.1

Titivillus 10.02.2017

Título original: *The Carrier*

Sophie Hannah, 2013

Traducción: Efrén del Valle

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Para Peter Straus, mi fantástico agente,
que tiene poderes mágicos

Prueba policial 1431B/SK

PRUEBA POLICIAL 1431B/SK:

TRANSCRIPCIÓN DE CARTA MANUSCRITA DE KERRY JOSE A FRANCINE BREARY CON FECHA 14 DE DICIEMBRE DE 2010

¿Por qué sigues aquí, Francine?

Siempre he creído que las personas pueden morir con solo desearlo. Si la mente es capaz de desvelarnos exactamente un minuto antes de que suene el despertador, debe de ser capaz de parar nuestra respiración. Piénsalo: el cerebro y la respiración están vinculados de forma más estrecha que el cerebro y la mesita de noche. ¿Qué puede hacer un corazón contra una mente que le dice que se pare y que no acepta una respuesta negativa? Al menos es lo que siempre he pensado yo...

Y no puedo creer que quieras quedarte por aquí. Aun así, no pasará mucho tiempo antes de que deje de depender de ti misma. Alguien te matará, y pronto. ¿Quién? No lo sé. Cada día cambio de idea al respecto. No siento la necesidad de intentar detenerlos, solo la de decírtelo y darte la oportunidad de ponerte fuera de su alcance; así soy justa con todo el mundo.

De acuerdo, lo admito: si estoy tratando de convencerte de que te mueras es porque tengo miedo de que te recuperes. ¿Cómo puede lo imposible parecer posible? Será que aún me das miedo.

A Tim no. ¿Sabes qué me preguntó hace años? Estábamos los dos en tu cocina, en Heron Close. Sobre la mesa había aquellos servilleteros que siempre me recordaban a un collarín. Los habías sacado del cajón junto con las servilletas de color marrón con patos estampados en el borde y los habías dejado encima de la mesa sin decir nada más. Se suponía que Tim debía hacer el resto, creyera o no que era importante poner las servilletas en los servilleteros para sacarlas un cuarto de hora más tarde. Dan había salido a por la comida china para llevar y tú te habías ido al jardín, enfurruñada. Tim había pedido algo sano y con brotes que todos sabíamos que no soportaba, y tú le acusaste de elegir por los motivos equivocados: complacerte a ti. Recuerdo que tuve que contener las lágrimas mientras ponía la mesa, después de arrebatarme los cubiertos de las manos. No podía hacer nada para rescatarlo de ti, pero al menos podía ahorrarle el esfuerzo de colocar los tenedores y los cuchillos, y estaba decidida a hacerlo. Tim solo nos permitía hacer cosas pequeñas en aquellos tiempos, así que eso era lo que Dan y yo hacíamos, tantas como podíamos, con el máximo esmero posible. De todos modos, no pude tocar esos malditos servilleteros.

Cuando ya estaba segura de que no iba a llorar, me di la vuelta y vi una expresión familiar en el rostro de Tim, la expresión que significa «hay algo

que me gustaría que supieses, pero no estoy preparado para decirlo, de modo que, en vez de eso, voy a dejarte la cabeza hecha un lío». No es posible imaginarse esa expresión si no se ha visto, y estoy segura de que tú no la has visto nunca. Tim dejó de intentar comunicarse contigo al cabo de una semana de casaros.

—¿Cómo? —le pregunté.

—Siento curiosidad, Kerry —dijo él, con la intención de que captase una burlona sospecha en su voz. Sabía que no sospechaba nada de mí, y supuse que, como era su costumbre, estaba tratando de hallar una forma disimulada de hablar de sí mismo. Le pregunté qué era lo que suscitaba su curiosidad, y me respondió en voz alta, como si hablase a un público que llenaba varias filas en una gran sala:

—Imagínate que Francine está muerta. —Estas cinco palabras bastaron para plantar la semilla del anhelo en mi pecho. Deseaba tanto que dejases de estar ahí, Francine... Pero teníamos que cargar contigo. Antes del ictus, creía que probablemente vivirías hasta los ciento veinte años.

—¿Seguirías teniéndole miedo? —preguntó Tim. Cualquiera que le oyese y no le conociera bien habría pensado que me tomaba el pelo y lo disfrutaba—. Yo creo que sí, aunque supieses que estaba muerta y que nunca regresaría.

—Lo dices como si fuese una alternativa —señalé—. Muerta y de regreso.

—¿Seguirías oyéndola en tu cabeza, diciendo las mismas cosas que diría de estar viva? ¿Te sentirías más libre de ella de lo que lo eres en este momento? Si no pudieses verla, ¿te la imaginarías observándote desde alguna otra parte?

—Tim, no seas bobo. Tú eres la persona menos supersticiosa que conozco.

—Pero estamos hablando de ti —repuso con un tono de refinada inocencia, de nuevo con el ánimo de atraer la atención sobre sí mismo.

—No, no tendría miedo de ninguna persona que estuviese muerta.

—Si tuvieses el mismo miedo de ella una vez muerta, matarla no tendría ningún sentido —prosiguió Tim, como si yo no hubiese hablado—. Salvo por una probable sentencia de cárcel.

Cogió de un armario cuatro copas de vino con gruesos pies de vidrio opaco verde. Siempre las había odiado, porque hacían que pareciese que había lodo en el fondo de la bebida.

—Nunca he entendido por qué alguien encuentra interesante especular sobre la diferencia entre los asesinos y el resto de las personas. —Tim sacó una botella de vino blanco del frigorífico—. ¿A quién le importa lo que hace que una persona quiera y pueda matar y otra no? La respuesta es obvia: los niveles de sufrimiento y la posición de cada uno en el espectro valentía-

cobardía. Eso es todo, nada más. La única diferencia que merece la pena investigar es la que hay entre aquellos cuya presencia en el mundo, por mediocre y caótica que sea, no aplasta el espíritu de otras personas, y aquellos de quienes no es posible afirmar esto, por muy amables que queramos ser. Todas las víctimas de asesinato son personas que han inspirado, al menos en una persona, el deseo de que dejasen de existir. Y se supone que debemos compadecernos cuando acaban mal —concluyó con un ruidito despectivo.

Me reí de su violencia, y luego me sentí culpable por caer en la trampa. Cuando a Tim se le da mejor alegrarme es cuando no tiene esperanza de consuelo para sí mismo; se supone que tengo que sentirme más feliz e imaginarme que él sigue el mismo recorrido emocional.

—¿Me estás diciendo que todas las víctimas de asesinato se lo están buscando? —pregunté, mordiendo voluntariamente el anzuelo. Si quiere hablar de algo (por ridículo que sea, como en este caso), yo discuto con él hasta que decide que ya ha tenido suficiente. Dan también lo hace. Es una de las muchas formas extrañas que puede adoptar el amor, aunque dudo que lo entiendas.

—Estás suponiendo, erróneamente, que la víctima de un asesinato es siempre la persona que muere, no la que mata. —Tim se sirvió una copa de vino; a mí no me ofreció—. Causarle a una persona tantas molestias como para que esté dispuesta a arriesgar su libertad y sacrificar lo que le queda de humanidad con tal de eliminarte de la faz de la tierra debería considerarse un delito mucho más grave que coger una pistola o un instrumento contundente y acabar con una vida, en igualdad del resto de condiciones.

Con «molestia» se refería a «dolor».

—Tu opinión está sesgada —contesté. Sabía que Dan podía volver en cualquier momento con la comida, y quería decirle algo más directo de lo que normalmente haría. Llegué a la conclusión de que, al iniciar esta extraordinaria conversación, Tim me había dado su permiso tácito—. Si crees que Francine es una de esas personas que aplastan el espíritu, si el único motivo por el que no la has matado es que te daría más miedo muerta que viva...

—No sé de dónde has sacado todo eso —sonrió burlonamente Tim—. ¿Estás volviendo a tener alucinaciones auditivas?

Los dos entendimos por qué sonreía: yo había recibido su mensaje y no iba a olvidarlo. Sabía que estaba a salvo conmigo. No fue hasta años después de conocer a Tim cuando averigüé que él nunca busca el cambio: lo único que quiere es descargar la información importante en alguien en quien pueda confiar.

—Puedes dejarla más fácilmente de lo que crees —le dije, intentando provocar el cambio, uno de esos enormes e irreversibles, más que suficiente para ambos, él y yo—. No tiene por qué haber enfrentamiento alguno. No es necesario que le digas que te vas, ni tener contacto con ella una vez que te

hayas ido. Dan y yo podemos ayudarte. Deja que Francine se quede esta casa; tú ven a vivir con nosotros.

—No podéis ayudarme —repuso Tim con firmeza, e hizo una pausa lo bastante larga como para que yo le entendiese (o le malentendiese, porque sabía que, si yo ponía demasiado empeño, él insistiría) antes de añadir—: Porque no necesito ayuda. No hay problema.

Ayer le oí por casualidad hablar contigo, Francine. No estaba sopesando cada palabra, planificando la conversación con varias jugadas de adelanto; no hacía más que hablar, contarte otra de las historias de Gaby; aparecía un aeropuerto, claro está. Parece que Gaby vive en los aeropuertos; eso cuando no está en el aire. No sé cómo puede soportarlo; a mí me volvería loca. Esta historia en concreto hablaba de cuando el escáner de equipajes de Madrid-Barajas se tragó uno de sus zapatos, y Tim se lo pasaba bien al contarla. Parecía estar diciendo todo lo que le pasaba por la cabeza sin censurarse para nada, sin artificio, sin teatralidad. Muy poco propio de Tim. Mientras escuchaba sin ser vista, me di cuenta de que ya hacía tiempo que no sentía ningún miedo. Pero hay algo que soy incapaz de averiguar: ¿quiere eso decir que es probable que te mate, o que necesita que vivas eternamente?

Jueves, 10 de marzo de 2011

La joven que está sentada a mi lado está más alterada que yo. Bueno, no solo más que yo: lo está más que todo el resto de personas del aeropuerto juntas, y está dispuesta a que todos lo sepamos. Detrás de mí hay personas quejándose y diciendo «oh, no», pero ella es la única que llora y tiembla de furia. Es capaz de acosar al empleado de Fly4You y llorar copiosamente al mismo tiempo. Me impresiona que no parezca tener la necesidad de interrumpir su diatriba para tragar y respirar de forma desordenada, como suelen hacer las personas que sollozan. Tampoco parece tener la capacidad de distinguir, como la gente corriente, entre un retraso y la pérdida de un ser querido.

No me da ninguna lástima; quizá me la daría si no hubiese reaccionado de forma tan extrema. Suelo sentir más lástima por las personas que sostienen que no les pasa absolutamente nada aunque un bicho carnívoro esté devorando sus órganos internos a toda velocidad. Creo que esto no dice mucho a mi favor.

Yo no estoy alterada en absoluto. Si no llego a casa esta noche, llegaré mañana, y eso será más que suficiente.

—¡Contésteme! —vocifera la chica al pobre alemán de suaves modales que ha tenido la desgracia de estar destinado en la puerta de embarque B56—. ¿Dónde está el avión ahora mismo? ¿Sigue aquí? ¿Está allá abajo? —dice, señalando el pasillo cerrado con paneles de acordeón situado detrás del empleado; el mismo pasillo que, hace cinco minutos, pensábamos recorrer para encontrar nuestro avión al final—. Está allá abajo, ¿a que sí? —pregunta con insistencia. Su rostro no tiene arrugas ni defectos, y es plano como el de una extraña y cruel muñeca de trapo—. Oiga, nosotros somos cientos y usted solo uno. ¡Podríamos quitarle del medio de un empujón y meternos en el avión, un montón de británicos furiosos que se niegan a bajar hasta que alguien nos lleve a casa! ¡Yo en su lugar no me metería con un montón de británicos furiosos!

Se quita la chaqueta de cuero negro como preparándose para una pelea. En el brazo derecho lleva tatuada la palabra «PADRE» en grandes letras mayúsculas azules. Lleva unos vaqueros negros ajustados y varias tiras en los hombros, de un sujetador blanco, una camisola rosa y un top rojo sin mangas.

—El avión va a ser desviado a Colonia —le explica con paciencia, por tercera vez, el empleado alemán de Fly4You. En el uniforme marrón lleva una placa con el nombre: Bodo Neudorf. A mí me costaría hablarle con rudeza a alguien llamado Bodo, aunque no creo que otros compartan conmigo este escrúpulo en concreto—. Hace un tiempo demasiado peligroso. Yo no puedo hacer nada, lo siento —dice, apelando a la razón.

Si yo estuviera en su lugar, lo más probable es que intentase utilizar la misma táctica; no porque fuese a funcionar, sino porque, si una persona posee raciocinio y está acostumbrada a utilizarlo de forma habitual, posiblemente sea una especie de fan y sobrevalore su utilidad, aunque esté tratando con alguien que prefiere acusar a personas inocentes de estar ocultándole aviones.

—¡Sigue diciendo que va a ser desviado! Eso significa que aún no lo han enviado a ninguna parte, ¿verdad? —La mujer se frota las húmedas mejillas, una acción lo bastante violenta como para que parezca que se está golpeando la cara, y se da la vuelta para dirigirse a la multitud—: ¡No lo ha desviado! —dice; la vibración de su airada voz sale victoriosa de la guerra de sonido en la puerta de embarque B56, ahogando los timbres electrónicos que indican los anuncios de apertura inminente de puertas de otros vuelos más afortunados que el nuestro—. ¿Cómo iba a hacerlo? Hace cinco minutos estábamos todos aquí sentados, listos para embarcar. ¡No es posible enviar un avión a ninguna parte tan rápido! Yo estoy por no dejarle que lo haga. Nosotros estamos aquí, el avión debe de estar aquí y todos queremos irnos a casa. ¡Nos importa una mierda el tiempo que haga! ¿Quién está conmigo?

Me gustaría darme la vuelta y ver si todo el mundo cree que su espectáculo en solitario es tan bochornoso como lo creo yo, pero no quiero que los demás no-pasajeros imaginen que estamos juntas solo porque nos hallamos de pie una al lado de la otra. Lo mejor será mostrar a las claras que ella no tiene nada que ver conmigo, así que sonrío de modo alentador a Bodo Neudorf. Él me responde con una sonrisa discreta, como diciendo: «Se agradece el gesto de apoyo, pero supongo que no es usted tan ingenua como para creer que nada de lo que haga podría compensar la presencia de esa monstruosidad a su lado, ¿no?».

Por suerte, no parece que sus amenazas alarmen excesivamente a Bodo. Probablemente ha notado que muchas de las personas que tienen reserva en el vuelo 1221 son niñas de una coral, de entre ocho y doce años y extremadamente bien educadas, que aún llevan puesto el uniforme después de dar un concierto en Dortmund. Lo sé porque, mientras esperábamos para embarcar, su director y los cinco o seis padres acompañantes estaban recordando con orgullo lo bien que las niñas habían cantado algo llamado *Angeli Archangeli*. No parecían el tipo de personas dispuestas a tumbar a un empleado de un aeropuerto alemán en una estampida, ni a exponer a sus talentosas hijas a una tormenta peligrosa con tal de llegar a casa en el tiempo previsto.

Bodo toma un pequeño dispositivo negro unido al mostrador de la puerta de embarque mediante un cable enrollado y habla, después de pulsar el botón que produce el sonido metálico que precede a todos los mensajes en el aeropuerto: «Esto es un aviso para los pasajeros del vuelo 1221 de Fly4You a Combingham, Inglaterra. Su avión va a desviarse al aeropuerto de Colonia, desde donde iniciará el vuelo. Les rogamos que se dirijan a la zona de recogida de equipajes y luego esperen en el exterior del aeropuerto, junto al vestíbulo de salidas. Estamos intentando organizar la recogida y el traslado de los pasajeros al aeropuerto de Colonia en autocares. Por favor, diríjanse al punto de recogida en el exterior del vestíbulo de salidas lo antes posible».

A mi derecha, una mujer elegantemente vestida, con el cabello de un rojo llamativo y acento estadounidense, dice:

—No hace falta que nos demos prisa. Estamos hablando de autocares hipotéticos; esos son los más lentos.

—¿Cuánto se tarda en llegar de aquí a Colonia en autocar? —pregunta un hombre.

—No dispongo de detalles sobre el horario de los autocares —anuncia Bodo Neudorf, pero su voz se pierde en la marea de quejas.

Me alegro de poder ahorrarme el paso por recogida de equipajes; la idea de todo el mundo pasando por allí para recoger las maletas que hace poco más de una hora facturaron después de esperar en una larga, lenta y zigzagueante cola encerrada entre dos cuerdas me hace sentir una oleada de agotamiento. Son las ocho de la tarde; se suponía que iba a aterrizar en Combingham a las 8:30, hora inglesa, llegar a casa y sumergirme en un largo y cálido baño de burbujas con una copa de vino blanco muy frío. Esta mañana me he despertado a las cinco para tomar el vuelo de las siete de Combingham a Düsseldorf. No soy una persona madrugadora y me molesta tener que despertarme antes de las siete de la mañana. Este día ya ha durado demasiado.

—¡Esto es una tomadura de pelo! —vocifera la muñeca de trapo psicótica—. ¡Una broma absurda! —Si Bodo se imaginaba que amplificar su voz y proyectarla electrónicamente tendría por efecto intimidar a su némesis para que se callase y obedeciese, se equivocaba—. ¡No pienso recoger mi equipaje!

Un hombre calvo y delgado enfundado en un traje gris da un paso al frente y dice:

—En ese caso, probablemente llegue a casa sin su maleta y todo lo que contiene.

Por dentro, grito una ovación; el primer héroe tranquilo del vuelo 1221. Lleva un periódico bajo el brazo; lo agarra con la otra mano, esperando represalias.

—¡Tú cállate la boca! —grita en su cara la muñeca de trapo—. Fíjate en el tío este: ¿crees que eres mejor que yo? ¡Ni siquiera llevo maleta, para que te enteres! —Se vuelve de nuevo hacia Bodo—. ¿Qué, vas a descargar todos los equipajes del avión? ¿Cómo se come eso? Anda, cuéntamelo. ¡Lo siento por la palabrota, pero eso es una puta estupidez!

—O a lo mejor —me sorprende diciéndole a la mujer, porque no puedo dejar que el héroe calvo se enfrente en solitario a ella y no parece que nadie más esté dispuesto a ayudar— la estúpida es usted. Si no ha facturado equipaje, claro que no va a recoger ninguna maleta. ¿Por qué iba a hacerlo?

Se me queda mirando. Las lágrimas siguen brotando de sus ojos.

—Además, si el avión estuviera aquí ahora y pudiera volar con seguridad hasta el aeropuerto de Colonia, podríamos ir allí en avión, ¿no? O incluso ir a casa, que es lo que nos gustaría a todos. —Mierda. ¿Por qué he tenido que abrir la boca? No es ni mi trabajo, ni siquiera el de Bodo Neudorf, corregir su defectuoso razonamiento. El hombre calvo se ha alejado con su periódico y me ha dejado sola; capullo ingrato...—. Nuestro avión no puede volar a Düsseldorf por culpa del tiempo —prosigo con mi misión de pacificación y entendimiento—. Nunca ha estado aquí, no está aquí ahora y su maleta, si la tuviera, no estaría en él, y no sería necesario sacarla de él. El avión está en el cielo, en alguna parte. —Señalo hacia arriba—. Se dirigía a Düsseldorf y ahora ha cambiado de rumbo y se dirige a Colonia.

—No, no —dice con voz temblorosa, mirándome de arriba abajo con una expresión como de sorpresa y asco, como si la horrorizase tener que dirigirse a mí—. Eso no es verdad. Estábamos todos allí sentados —agita un brazo hacia las filas de asientos de plástico de color naranja con patas metálicas negras— y nos dijeron que fuésemos a la puerta de embarque. Eso solo lo dicen cuando el avión está allí, listo para embarcar.

—Generalmente eso es cierto, pero esta noche no es así —respondo energicamente. Casi puedo ver los engranajes moviéndose detrás de sus ojos, su maquinaria mental luchando para conectar dos pensamientos—. Cuando nos han dicho que acudiésemos a la puerta, aún esperaban que el avión pudiese llegar a Düsseldorf. Poco después de que nos reuniésemos aquí, se han dado cuenta de que no sería posible.

Echo una mirada a Bodo Neudorf, que asiente y se encoge de hombros al mismo tiempo. ¿Es que está delegando en mí? Eso es una locura. Se supone que él sabe más sobre el funcionamiento interno de Fly4You que yo.

Llorona-Furiosa desvía la vista y mueve la cabeza. Puedo sentir su silencioso desprecio: «Créetelo si quieres». Bodo está hablando en alemán por un walkie-talkie. Las chicas del coro empiezan a preguntar si llegarán a casa esta noche. Sus padres les dicen que no lo saben. Tres hombres que llevan camisetas de fútbol están hablando sobre cuánta cerveza podrán beber hasta que podamos volar finalmente, y especulan sobre si Fly4You pagará la cuenta del bar.

Una mujer de pelo gris de cincuenta y pico años, con aspecto preocupado, le dice a su marido que solo le quedan diez euros.

—¿Cómo? ¿Por qué? —dice él con impaciencia—. No será suficiente.

—Bueno, pensaba que no íbamos a necesitar más —contesta ella, nerviosa, aceptando la responsabilidad, esperando clemencia.

—¿Eso pensabas? —pregunta él, enojado—. ¿Y las emergencias?

He agotado toda mi capacidad de intervención; si no, le preguntaría si ha oído hablar de los cajeros automáticos y qué piensa hacer si su mujer entra en combustión espontánea y todo el dinero de su bolso se convierte en humo.

¿Has planificado esa emergencia, puñetero abusador? ¿Tu mujer tiene realmente treinta y cinco años y el único motivo de que aparente sesenta es que ha desperdiciado los mejores años de su vida a tu lado?

No hay como un aeropuerto para hacerte perder la fe en la humanidad. Me alejo de la multitud, más allá de una fila de puertas de embarque vacías, de camino hacia ningún lugar concreto. Estoy harta de ver a todos y cada uno de mis compañeros de viaje, incluso a aquellos cuyos rostros ni siquiera he mirado. Sí, las chicas del coro también. No me apetece en absoluto volver a verlos: ni en el rebaño de personas impotentes y esperanzadas que formaremos en el exterior del vestíbulo de salidas, donde esperaremos durante horas a merced del viento y de la lluvia; ni al otro lado del pasillo del autocar; ni desplomados, medio dormidos, en los diversos bares del aeropuerto de Colonia.

Por otra parte, no es más que un vuelo retrasado; no se ha muerto nadie. Yo vuelo mucho, y esto pasa a menudo. He oído tantas veces las palabras «sentimos anunciarles que...» como veces he visto el suelo de linóleo gris jaspeado del aeropuerto de Combingham, con su borde azul, también jaspeado, para contrastar. He estado parada frente a pantallas de información y he visto retrasos sin importancia transmutarse en cancelaciones con tanta frecuencia como he visto las pequeñas líneas paralelas que forman los cuadrados sin borde que a su vez forman el patrón de un millón de escalones plateados en las escalerillas de los aviones; una vez incluso soñé que las paredes y el techo de mi dormitorio estaban cubiertos de pavimento de aluminio texturado.

Lo peor de un retraso es siempre llamar a Sean y decirle que, otra vez, no voy a estar de vuelta cuando le había dicho. Me cuesta horrores hacer esa llamada. Aunque quizá, en este caso, no sea tan malo. Quizá pueda hacer que suene mejor.

Sonríó para mí mientras la idea se desarrolla en mi mente. Alargo la mano hacia el bolso —sin mirar ni detenerme— y cojo la cajita de plástico rectangular: la prueba de embarazo que he llevado conmigo durante diez días sin encontrar el momento idóneo para hacerla.

Mi tendencia a dejar las cosas para más tarde suele ser una fuente de preocupación para mí, aunque es evidente que lo que estoy haciendo es evitar enfrentarme con el problema. Nunca me ha pasado esto con nada relacionado con el trabajo, y sigue sin pasarme; en cambio, si se trata de algo personal e importante, haré todo lo posible para posponerlo indefinidamente. Quizá por eso nunca lloro en los aeropuertos cuando mis vuelos no salen a tiempo; el retraso es mi ritmo natural.

Una parte de mí aún no está preparada para enfrentarse a la prueba aunque, con cada día que pasa, el engorro de mear sobre una varita de plástico y esperar el veredicto me empieza a parecer cada vez más inútil. Es obvio que estoy embarazada. En la coronilla tengo una zona de piel extrañamente sensible que nunca antes había tenido, y estoy más cansada de lo que nunca he estado.

Echo un vistazo al reloj y me pregunto si tengo tiempo para esto; luego reprocho mi propia ingenuidad. La mujer estadounidense tenía razón: no hay autocares reales de camino para rescatarnos; Dios sabe cuándo vendrán. Bodo no tenía ni idea de lo que estaba pasando; todos creímos que lo tenía todo controlado porque es alemán. Eso quiere decir que tengo al menos quince minutos para hacer la prueba y telefonear a Sean mientras el resto de pasajeros recupera su equipaje. Sean, por suerte, es fácil de distraer; es como un niño. Cuando le diga que no voy a volver esta noche, empezará a quejarse. Cuando le diga que la prueba de embarazo ha sido positiva, estará tan contento que le dará igual a qué hora vuelva.

Me paro en el lavabo más próximo y me fuerzo a entrar, repitiendo en mi cabeza una letanía de silenciosos consuelos: «Esto no da miedo. Ya sabes el resultado. Una pequeña cruz azul no cambiará nada».

Desenvuelvo la cajita, saco la prueba, vuelvo a meter el folleto de instrucciones en el bolso. Esto ya lo he hecho antes, una vez el año pasado, cuando sabía que no estaba embarazada y solo me hice la prueba porque Sean no creía que mi instinto fuese lo bastante fiable.

No es una cruz, es un signo más. No la llamemos cruz: es malo para la moral.

No tarda mucho en aparecer algo. Un parpadeo azul. Oh, Dios mío, no puedo hacerlo. Creo que solo deseo un poco tener un hijo. La verdad es que no lo sé. Más azul: dos líneas en horizontal. Nada de signo más, pero solo es cuestión de tiempo.

Sean estará contento; tengo que concentrarme en eso. Soy de esas personas que tienen dudas de todo y nunca pueden ser felices sin mayores complicaciones. La reacción de Sean es más fiable que la mía, y yo sé que él estará encantado. Estará bien tener un niño. Si no hubiese querido quedarme embarazada, habría estado tomando Mercilon en secreto durante todo el año pasado, y no lo he hecho.

¿Cómo? Nada de cruz azul en la ventana grande de la varita; y no hay nada que se esté poniendo más azul. Han pasado más de cinco minutos desde que hice la prueba y, aunque no soy una experta, tengo la intensa sensación de que todo el azul que iba a aparecer ya ha aparecido.

No estoy embarazada. No lo estoy.

Por mi mente pasa, veloz, una imagen: una pequeña figura humana, dorada y sin rasgos, levantando el puño en el aire en señal de triunfo, que desaparece antes de que pueda examinarla en detalle.

Ahora sí que no quiero hablar con Sean: tengo dos noticias decepcionantes que darle, no solo una. La perspectiva de hacer la llamada me aterroriza; voy a tener que superarlo si tengo que hacerla. Me parece extremadamente injusto no poder enfrentarme a este problema fingiendo que no conozco a nadie que se llame Sean Hamer y desapareciendo en una nueva vida. Eso sería mucho más fácil.

Salgo del lavabo de mujeres y empiezo a desandar el camino andado hacia el vestíbulo de salidas, mientras saco la BlackBerry del bolsillo de mi chaqueta. Sean contesta después de una señal. «Hola, cariño. ¿A qué hora vuelves?». Cuando no estoy, se sienta a mirar la tele por la noche con el teléfono al lado para no perderse ninguna de mis llamadas o mensajes. No sé si esto es un comportamiento normal entre parejas. Me sentiría mal si se lo preguntase a alguno de mis amigos; sería como invitarlos a que criticasen a Sean.

—Sean, no estoy embarazada.

Silencio, seguido de:

—Pero dijiste que lo estabas. Dijiste que no te hacía falta hacer ninguna prueba, que estabas segura.

—Sabes lo que significa eso, ¿no?

—¿Qué? —El tono es esperanzado.

—Que soy una estúpida arrogante y que no se puede confiar en mí. Estaba convencida de que estaba preñada, pero... Bueno, es obvio que me equivocaba. Debía de ser un subidón de hormonas por algún otro motivo.

—No te fíes de una sola prueba. Compruébalo. Cómprate otra. ¿Puedes comprar otra en el aeropuerto?

—No lo necesito.

Claro que se puede comprar una prueba de embarazo en el aeropuerto. Me digo a mí misma que Sean no lo sabe porque es un hombre, no porque no le apetezca aventurarse fuera de la sala de estar y prefiera pasarse todas las noches en el sofá mirando deportes en la tele.

—Si no estás embarazada, ¿por qué tienes tanto retraso? —pregunta.

Me gustaría echar la culpa a las condiciones atmosféricas del aeropuerto de Düsseldorf, pero ya sé que no se refiere a eso.

—Ni idea —suspiro—. Hablando de retrasos, mi vuelo también se va a retrasar. Han desviado el avión a Colonia y se supone que estamos a punto de salir para allá en autocar. Espero estar de vuelta en algún momento de mañana. Si tenemos suerte, esta misma noche, pero muy tarde.

—De acuerdo —contesta Sean, tenso—. Así que, otra vez, mi noche se ha esfumado.

Relájate y no discutas.

—¿No debería ser yo la que dijera eso? Soy yo la que probablemente se pase la noche durmiendo sentada en el control de pasaportes del aeropuerto de Colonia.

Me odio a mí misma cuando utilizo frases que empiezan por «soy yo la que...», pero tengo muchas ganas de señalar que no es Sean el que está atrapado en un edificio lleno de pitidos electrónicos y voces de extraños, a punto de ser transportado a otro edificio igualmente gris, lleno de pitidos e iluminado con luces blancas de neón. No es Sean el que tiene que enfrentarse a la sensación de que lo están desmontando lentamente en el nivel molecular, de que todo su ser ha sido pixelado y no volverá a adquirir la condición de persona hasta que atraviese de nuevo la puerta de su casa. Si él se encontrase en esta situación alguna vez y yo estuviese sentada en el sofá, bebiendo cerveza y viendo mi programa de televisión favorito, quiero creer que mostraría un poco de compasión.

Además, a pesar de la prueba de embarazo, sigo siendo una estúpida arrogante que cree que siempre tiene razón. He intentado ser más humilde pero, francamente, recordar que puedes estar equivocada no es fácil si la persona con la que estás discutiendo es Sean.

—Bueno, esperemos que mañana estés ya de vuelta... —En los pocos segundos transcurridos desde la última vez que ha hablado ha estado cargando el horno de su indignación con combustible de sabor Carlsberg—. ¿O crees que podría ser pasado mañana?

—A lo mejor esta revelación te resulta sorprendente, Sean, pero no soy exactamente un pez gordo en el aeropuerto de Colonia. No tienen la obligación de pasarme los horarios de vuelo para su aprobación. No soy más que una pasajera sin ningún poder, igual que en el aeropuerto de Düsseldorf. No tengo ni idea de cuándo estaré de vuelta.

—Genial —me espeta—. ¿Te importaría llamarme cuando sepas algo?

Resisto las ganas de estrellar la BlackBerry contra la pared y reducirla a un fino polvo negro.

—Supongo que lo que harán será decirnos primero una cosa y luego otra completamente distinta —respondo con paciencia—. Lo que sea con tal de tenernos controlados mientras ellos intentan desesperadamente pergeñar un plan para llevarnos a casa y nosotros sacudimos la reja metálica de la tienda *duty free* cerrada, rogando para que nos dejen entrar antes de morir de aburrimiento. —Aún no he perdido la oportunidad de que Sean se dé cuenta de que no me lo estoy pasando bien esta noche—. No querrás en serio que te llame cada hora para ponerte al día, ¿verdad? ¿Por qué no miras la página de Flight Tracker?

—Así que tú no tienes tiempo de mantenerme al día, pero se supone que yo tengo que sentarme al ordenador para consultar...

—No, no se supone nada. Puedes limitarte a aceptar que volveré pronto, pero que ni tú ni yo sabemos exactamente cuándo, y asumirlo como una persona adulta.

Sean masculla algo.

—¿Qué has dicho? —Me niego a dejar pasar una expresión ofensiva sin contestarla.

—Digo que quién es el portador, quién te lleva, qué compañía aérea.

Dejo de andar.

Oír mencionar las palabras como de pasada no deja de ser sorprendente. Me recuerda a otras palabras que tengo clavadas en el cerebro, unas palabras que siempre irán conmigo aunque nunca me las vuelva a decir nadie en voz alta.

Llevo tu corazón conmigo, lo llevo en mi corazón...

—Perdona, ¿qué has dicho? —pregunto, carraspeando.

—¡Joder, Gaby! ¡Quién. Es. El. Portador!

De golpe, me viene a la mente una imagen de Tim: en lo alto de una escalera en el Proscenium, mirándome, con un libro en la mano derecha y la izquierda en la escalera. Me acaba de leer un poema; no el de «Llevo tu corazón conmigo», otro distinto, de un poeta que murió joven y trágicamente, cuyo nombre no recuerdo, acerca de...

Noto un hormigueo, extrañada por la coincidencia: el poema hablaba de un tren demorado. Lo único que recuerdo de él son las dos últimas líneas: «Nuestro tiempo, en manos de otros, y demasiado breve para las palabras».

Tim estaba de acuerdo con él: «¿Lo ves? Si un poeta tiene algo importante que decir, lo dice con toda la simplicidad que puede». «O una poetisa», respondí con petulancia. «O una poetisa», aceptó Tim. «Pero, igual que un poeta, si un contable tiene algo importante que decir, lo dice con toda la simplicidad que puede». ¿Quién podría haber pensado tan rápido en esa respuesta, salvo Tim?

Tim Breary es el Portador, él es quien me lleva. Pero estoy segura de que Sean no se refería a eso.

—¿Me preguntas en qué línea aérea vuelo? Fly4You.

«¿Quién es el portador? ¿Por qué habrá querido formularlo así? No puede saberlo, no hay forma de que lo sepa. Si lo supiese, lo diría directamente, ¿no? No te pongas paranoica».

—¿Número de vuelo? —pregunta Sean.

—1221.

—Lo tengo. Bueno, nos vemos cuando sea.

—Vale —contesto en tono ligero, y pulso el botón «Finalizar llamada». Menos mal que se ha acabado.

A veces me pregunto si el objetivo de los pasillos rodantes de los aeropuertos es hacernos creer que el resto del suelo no se mueve hacia atrás. Aún no he llegado donde tengo que llegar y me siento como si llevase años andando, siguiendo los numerosos carteles que indican el camino a Salidas. Dentro de poco, ver la palabra no bastará para que mantenga alto el ánimo. Quizá me ponga a parlotear como una bruja demente y a andar hacia atrás en la dirección opuesta, como los cangrejos, porque sí.

Al girar una esquina choco contra un brazo en el que está tatuada la palabra «PADRE». Su propietaria, con los ojos rojos, ha dejado de llorar y está rasgando un cartón de tabaco del tamaño de una pequeña maleta.

—Lo siento —digo en un susurro.

Ella retrocede, como si temiera que la fuese a golpear, vuelve a meter sus Lambert & Butler sin desenvolver en el bolso que lleva colgado del hombro y se empieza a mover en la dirección de los carteles que señalan el camino hacia otros carteles. Al parecer, la sensación gratificante de un cigarrillo entre sus dedos es menos prioritaria que alejarse de mí.

Quizá mi bronca de persona en posesión de la razón la haya asustado... Decido comprobarlo acelerando el paso. No tardo mucho en alcanzarla; me mira y acelera, jadeando. Esto es ridículo.

—¿Está huyendo de mí? —pregunto, con la esperanza de que me ayude a creer lo increíble—. ¿Cree que voy a hacerle algo?

Se detiene y se encorva de hombros, preparada para el ataque. No me mira ni me dice nada. Decido echarle una mano.

—Puede estar tranquila, soy relativamente inofensiva. Solo me metí con usted para que dejase en paz a Bodo.

Sus labios se mueven. Sea lo que sea lo que diga, podría estar dirigido a mí. Este es el aspecto que tendría un miembro de una especie alienígena que tratase de comunicarse con un ser humano. Me inclino para oírla mejor.

—Tengo que llegar a casa esta noche; es imprescindible. Nunca he estado sola fuera del país. Solo quiero irme a casa. —Me mira, el rostro pálido de miedo y confusión—. Creo que estoy sufriendo un ataque de pánico.

«Gaby, qué idiota eres. Has ido tras esta chica, has iniciado una conversación; lo único que quería era evitarte —algo que habría redundado en beneficio de ambas— y la has cagado».

—Si tuviese un ataque de pánico no podría siquiera hablar. Estaría hiperventilando.

—¡Es lo que hago! ¿No me oye respirar?

Me agarra la muñeca, rodeándola con el pulgar y los demás dedos como si fuesen unas esposas, y tira de mí hacia ella. Intento sacudírmela, pero no se deja ir.

—Se ha quedado sin aliento por haber corrido —le digo, tratando de mantener la calma. ¿Cómo se atreve a agarrarme como si fuese un objeto? Replico enérgicamente—. Además, fuma mucho. Si quiere mejorar su capacidad pulmonar, debería dejarlo.

Me mira con ojos airados.

—¡No me diga lo que tengo que hacer! Usted no sabe cuánto fumo. No sabe nada de mí.

Sigue agarrándome la muñeca. Me río de ella; ¿qué voy a hacer? ¿Separarle los dedos uno a uno? A lo mejor tengo que acabar haciéndolo.

—¿Podría soltarme, por favor? Solo con los beneficios que obtenga de los cigarrillos de su bolso, Lambert & Butler podría superar sin problemas una docena de recesiones globales.

La mujer frunce el ceño, intentando comprender qué quiero decir.

—¿Demasiado complicado para usted? ¿Qué le parece esto? Tiene las yemas de los dedos amarillas. Por supuesto que fuma mucho.

Por fin me suelta.

—Se cree mejor que yo, ¿verdad? —dice con desprecio.

Es lo mismo que le dijo al hombre calvo del periódico. Me pregunto si le lanza esta acusación a todo el que se encuentra. Es difícil imaginar a una persona que se encuentre con ella y se vea asaltada por las agonías de la inferioridad.

—Hum... Sí, probablemente —respondo—. Mire, estaba intentando ayudar (de forma un poco puñetera, tal vez), pero, en realidad, tiene razón: me importa un pimiento si sigue respirando o no. Siento haberla ofendido con una broma demasiado difícil para usted...

—¡Eso es, usted es mucho mejor que yo, claro! ¡Una niñata engreída, eso es lo que es! Ya lo había visto esta mañana: demasiado soberbia para devolverme la sonrisa cuando le sonreí.

¿Niñata? Por Dios, tengo treinta y ocho años, y ella no debe de pasar de los dieciocho. Y por cierto, ¿de qué está hablando?

—¿Esta mañana? —consigo decir.

¿Es que estaba en mi vuelo de primera hora desde Combingham?

—Mejor que yo, claro que sí —repite ella—. ¡Por supuesto que lo es! ¡Seguro que nunca dejaría que un hombre inocente fuese a la cárcel por asesinato! — Antes de que tenga la oportunidad de absorber sus palabras, la chica rompe a llorar y se apoya en mí—. No puedo soportar esto mucho tiempo más — solloza, mojándome la parte delantera de la blusa—. Me estoy viniendo abajo.

Antes de que mi cerebro sea capaz de generar todos los motivos por los que no debería hacerlo, la rodeo con mis brazos.

Y ahora, ¿qué?

10/3/2011

—Bueno —dijo Simon lentamente observando a Charlie, que no le estaba mirando. Estaba viendo, sin prestarle atención, un programa de televisión, e intentando actuar con naturalidad, como una persona que no estuviese guardando un secreto. El programa trataba de famosos que experimentaban la vida en un suburbio de África antes de volver a toda velocidad a Hampstead en el momento en que se desconectaban las cámaras.

—Bueno, ¿qué? —preguntó. Odiaba ocultarle nada a Simon; a lo largo de los años, él la había adiestrado y le había inculcado la convicción de que tenía el derecho divino de saberlo todo, siempre. Para distraerlo, señaló la pantalla—. Mira, ¿tú crees que esas condiciones de vida son peores que las nuestras? —Quiero decir que sé que lo son, pero... deberíamos comprar papel pintado la próxima vez que tengamos los dos un día libre. O al menos un rodillo y un bidón de pintura blanca. Estaba harta de que las paredes del recibidor fuesen un batiburrillo de colores desvaídos que hacía años que nadie quería ver: un trozo irregular de papel de los años setenta aquí, un poco de yeso viejo allá. El efecto de collage de tiras irregulares parecía una especie de cordillera psicodélica, y a veces daba la sensación de ser una forma de tortura visual.

—Me estás mirando fijamente —le dijo Simon. Y añadió, mirando directamente su reloj—: Me estaba preguntando a qué hora esperamos a tu hermana.

—¿Liv? —¿Iba a tener Charlie la desfachatez de negarlo?—. ¿Cómo lo sabes?

—Estás nerviosa y no dejas de mirar el teléfono. —Charlie se puso de pie y pensó: «Genial. Otra conversación tranquila y relajante»—. Está claro que estás esperando que suceda algo. Sé que Liv está hoy en Spilling, que vas a reunirte con ella para comer...

—Llega tarde. —Charlie frunció el ceño—. Se suponía que tenía que estar aquí entre las ocho y media y las nueve.

Simon abrió las cortinas, apoyó la espalda en la ventana y tamborileó los dedos en el alféizar.

Si quería ver a Liv, estaba mirando en la dirección equivocada. Charlie esperó, segura de que su hermana era lo último en lo que estaba pensando y agradecida de poder ahorrarse una diatriba sobre visitantes inesperados. Simon no veía diferencia moral alguna entre un pariente presentándose sin avisar para un saludo rápido y una taza de té y una horda de invasores con antorchas que derribasen la puerta principal de tu casa con la intención de hacerla arder hasta los cimientos.

—¿Por qué la perdonaste? —preguntó.

—¿A quién? ¿A Liv?

Asintió.

—No la perdoné exactamente. En fin, nunca le dije que la hubiese perdonado. Solo... me limité a volver a verla, así sin más. —Charlie escondió el rostro en el cuello de su jersey de andar por casa favorito. A lo largo de los años se había dado tanto de sí que ahora probablemente podían ponérselo tres o cuatro personas al mismo tiempo, siempre que estuviesen cerca unas de otras. El cuello, especialmente, estaba completamente deformado. A través de la lana, Charlie dijo—: Nunca hubo ninguna absolución formal.

—Un momento la odias porque ha empezado a verse con Gibbs y, al momento siguiente, vuelves a hablar con ella la mitad de los días como si nada. Y se sigue viendo con Gibbs; ni siquiera la planificación de su inminente boda con otro hombre la ha detenido.

Charlie sintió cómo se le tensaban el pecho y los hombros.

—¿Es necesario que hablemos de esto?

—Gibbs sigue casado y nosotros seguimos trabajando con él. Y Liv sigue invadiendo tu territorio (esas fueron tus palabras la primera vez que se juntaron, en todo caso). Y siguieron el día de nuestra boda; Liv se apropió de un día que debía haber sido nuestro y lo hizo suyo.

—Gracias por recordármelo. Cuando aparezca, le escupiré en la cara. ¿Contento?

—Solo te pregunto qué es lo que ha cambiado.

—A ver, veamos. Gibbs es ahora el padre de dos niñas gemelas prematuras, tan bonitas como frágiles.

Simon puso expresión de impaciencia.

—Ya sabes a qué me refiero. Gibbs es padre desde el mes pasado; tú perdonaste a Liv el año pasado.

—No es verdad. —Charlie se acercó a la ventana, apartó a Simon a un lado y cerró las cortinas—. Si aparece ahora, mala suerte: ya ha perdido su oportunidad. Eso a lo que tú llamas perdonar, yo lo llamo esconder la cabeza en la arena y fingir que el pasado nunca ha sucedido. Y ya puestos, tampoco el presente. ¿No es patético hasta dónde puede llegar una persona con tal de no perder a una hermana?

Simon cogió el mando a distancia y recorrió los canales durante unos segundos antes de pulsar el botón de apagado.

—Estás evitando la pregunta. De pronto estás preparada para enterrar la cabeza en la arena y ver lo mejor de Liv a pesar de sus transgresiones, cuando antes no lo estabas. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé.

—Tú no, pero quizá yo sí —sonaba complacido, como si todo el tiempo hubiese estado sembrando la duda en ella—. No podría ser porque... —Empezó a dar vueltas a su alrededor, como un juguete mecánico al que se le estuviese acabando la batería. Sus momentos de emergencia siempre comenzaban de forma parecida: movimientos nerviosos y erráticos que se reducían a la inmovilidad a medida que se desviaba cada vez más energía al activo cerebro.

—¿Simon?

—¿Sí?

—¿Estás intentando averiguar por qué empecé de nuevo a hablar con Liv?

—No: lo contrario.

—¿Y eso qué quiere...?

—Shhh.

Charlie ya había tenido bastante.

—Tu peón se va a la cocina a beber alcohol mientras llena el lavavajillas. Si quieres seguir jugando, vas a tener que traerte el juego allí.

Simon llegó antes que ella a la puerta del recibidor, la cerró de un portazo y la dejó atrapada en la habitación.

—El lavavajillas puede esperar. ¿La has perdonado porque te has dado cuenta de que tus padres no hacen más que envejecer y que, cuando se mueran, Liv será la única familia que te quede?

—No, pero gracias de nuevo por tu alegre notificación. Quizá las personas que están con Gibbs y Liv rompan la relación, Liv y Gibbs se casen y yo me convierta en la querida tía de las gemelas prematuras. O, al menos, en la hermana tolerada de la zorra madrastra arruinafamilias.

—Deja ya de marear la perdiz. Si ese no es el motivo por el que la perdonaste, ¿cuál es?

—Dios mío, Simon, yo qué sé.

—¿Es porque tuvo cáncer de joven? ¿Estabas preocupada por que recayera si eras demasiado dura con ella?

—¡No! Desde luego que no.

—Dos negaciones. De acuerdo; entonces, ¿por qué la perdonaste?

«Un, dos, tres, cuatro... El problema es que, después de contar hasta diez, vas a seguir casada con Simon Waterhouse».

—¿Hay algún antecedente de demencia en tu familia? —preguntó Charlie.

—Ya sé que no hago más que preguntar pero, por favor, intenta pensar un poco, ¿vale? No quieras librarte tan fácilmente.

—Si no quiero yo, ¿quién va a querer? Tú no, desde luego. Podría pasarme toda la vida atrapada, según tú. Y no es ninguna indirecta.

—Piensa seriamente. Debe de haber algún motivo y, en el fondo, tú debes de saber cuál es, porque si no... —Se detuvo y se mordió el labio. Había hablado más de lo que quería.

—Si no... —Charlie se concentró en intentar adivinar cómo acababa la frase, en lugar de tratar de responder la pregunta; estaba casi segura de que, en realidad, a Simon no le interesaban sus sentimientos hacia Olivia. Sería demasiado frustrante poner patas arriba el cerebro para hallar la respuesta adecuada y que Simon hiciese caso omiso de su contenido emocional—. Ah, ya lo pillo. No estamos hablando de Liv y de mí, sino de uno de tus casos. Deja que adivine... Alguien ha sido asesinado, y... alguien ha confesado, pero dice que no sabe por qué lo hizo. Pensabas que habías averiguado el móvil, pero, cuando se lo propusiste, lo negó; dijo que no era por eso. Crees que, si el asesino sabe por qué no lo hizo, eso debe de significar que sabe por qué lo hizo; pero te equivocas.

—¿Es eso lo que te contó tu hermana? —preguntó Simon, furioso—. ¿Lo que le contó Gibbs?

—No; esto es todo de mi cosecha. Le he prohibido a Liv que me hable de tus casos y de los de Gibbs desde que metió sus narices en todo esto, el año pasado, y lo ha cumplido bastante bien.

—Entonces, ¿cómo...?

—Porque estoy unida a ti mediante cadenas invisibles. Porque he renunciado a todas las partes de mi cerebro que no son necesarias a corto plazo, a fin de llevar en la cabeza una copia dorada y reluciente de tu cerebro, que es inmensamente superior.

Simon frunció el ceño.

—¿Se puede saber de qué hablas?

Charlie lo apartó de un empujón, abrió la puerta y fue hacia la cocina, que esa noche no parecía tanto una habitación de pleno derecho como el embalaje innecesariamente elaborado de una botella de vodka.

—Sé cómo funciona tu mente, Simon. No sé por qué te sorprendes. Una vez que el conejillo de Indias sabe que lo es, es mucho más difícil sorprenderlo. ¿Qué? ¿Qué estás pensando?

—¿De verdad quieres saberlo? —La siguió a la cocina, un nuevo espacio en el que confinarla si decía algo equivocado—. Lo que pienso es que nadie que no fuese una mujer debería tener que hablar nunca con otra mujer.

Charlie hizo una mueca al tiempo que daba un trago de Smirnoff directamente de la botella.

—Es curioso. No tienes ni idea de qué hablan la mayoría de las mujeres, así que asumes que yo soy representativa. Yo no hablo en absoluto como una mujer. Más bien como... —buscó una metáfora adecuada—... el maltratado discípulo de un mesías demente. —Soltó una risita al ver la expresión horrorizada de Simon—. Y, siempre que puedo, hablo como tú, con la esperanza de que me oigas. Ahora, por ejemplo. Estás equivocado: es perfectamente posible no saber por qué has hecho algo, pero saber con toda seguridad que no fue por el motivo X.

—No lo creo —replicó Simon—. A menos que, en lo más hondo, tengas una pista del motivo. —Se golpeó el pecho con el puño—. En algún lugar, aquí dentro, sabes por qué perdonaste a Liv. Si no fuera así, no podrías decir con seguridad que no fue por ninguna de las razones que he sugerido.

—Sí podría. —Charlie dejó la botella de vodka en la mesa y abrió el lavavajillas—. Piensa en algo que hayas hecho sin saber por qué. —Después de un largo silencio, añadió—: Y cuéntamelo.

—Lo he probado en mi caso y me he demostrado que tenía razón. Si no sé por qué, tampoco sé por qué no.

—¿En serio? ¿Y qué ejemplo utilizaste?

Simon vaciló. Estaba claro que no se le ocurría nada que pudiese librarlo de responder.

—Proust. —Acabó por decir—. ¿Por qué dejo que se libere de todo? ¿Por qué no voy nunca a recursos humanos y les cuento lo que pasa tras las puertas del departamento? Debería hacerlo y no tengo ni idea de por qué no lo hago.

—Perfecto. —Charlie se frotó las manos—. ¿Es porque hay un gato persa en la oficina de recursos humanos, y tú eres alérgico a los gatos?

Simon, que odiaba lo inesperado, incluso en una conversación con su mujer, en el entorno seguro de su propia cocina, apretó los labios en una expresión sombría.

—No estás siendo muy constructiva que digamos.

—¿Y tú sí, con lo del cáncer? ¿Se supone que tengo que creer que mi

desaprobación podría provocarle a mi hermana un nuevo cáncer?

Observó con satisfacción cómo Simon expulsaba el aire de forma controlada: su turno para contar hasta diez. Cuando terminase de contar, seguiría casado con Charlie.

—No hay ningún gato en recursos humanos. Y sé que no tengo alergia a los gatos. No puedes afirmar que algo que se sabe que es falso...

—Acabo de demostrar que es posible, en ciertas circunstancias, saber cuál no es tu motivación sin saber cuál sí es. No tengo nada más que añadir. Toma, guárdalos. —Le dio a Simon dos boles para pasta limpios, aún humeantes del lavavajillas—. Hay razones de las que somos conscientes y otras de las que no lo somos; cuando nos hablan de estas últimas, nos damos cuenta de que nunca las hubiésemos reconocido porque jamás se nos hubiesen ocurrido.

—Digamos que has matado a alguien, ¿vale?

—¿Puedes guardar esos boles antes de que los tires al suelo en una distracción?

—Lo admites.

—Lo admito —dijo Charlie—. Fui yo.

—Te pregunto por qué. Dices que no me lo puedes decir, que no hay una razón. No sabes por qué; simplemente lo has hecho.

—¿Planeé hacerlo?

—Dices que no, que no te paraste a pensar. Imagínate que te sugiero un motivo por el que podrías haberlo hecho, un motivo tal que, si lo confirmas, te podría suponer una sentencia más breve o incluso, si tienes suerte, hacer que no fueses a la cárcel.

—¿Te refieres —dijo Charlie, arqueando las cejas— a un móvil de asesinato tan aceptable que los jueces y los jurados tenderían a ser benévolos?

—Me refiero a un móvil que lo convirtiera, no en asesinato, sino quizá en un delito menos grave.

—Pero... ¿no era mi verdadero móvil?

Simon evaluó la pregunta.

—O lo era y finges que no lo era, o no lo era y no estás dispuesta a fingir que lo fue para evitar la cárcel. En cualquier caso, ¿por qué?

—O bien... —Charlie sonrió. Simon se la quedó mirando, expectante—. No te va a gustar. Es tan retorcido como improbable.

—Dímelo. Ya sabes lo que opino de la Navaja de Occam. La respuesta más simple no suele ser la correcta. Estamos rodeados de cosas retorcidas e improbables.

—Deberías formular tu propia teoría; quizá podrías llamarla la Barba de Occam. De acuerdo, digamos que el asesino puede reducir a la mitad el tiempo que se pasa entre rejas si confiesa su verdadero móvil, el que tú le has sugerido. Si está desesperado o es un pesimista, quizá lo acepte. Pero, si está seguro de sí mismo y es bueno mintiendo, quizá niegue su móvil real e insista, con tan poca convicción como pueda, en que el crimen que ha cometido es un asesinato en toda regla. Parte de esa inverosimilitud podría consistir en fingir que no tiene ni idea de por qué lo hizo.

Simon asentía.

—Si sigue diciendo que no sabe por qué lo hizo y yo sospecho que miente, empezaré a pensar que no es el asesino, sino que está encubriendo a otra persona, que es exactamente lo que yo estaba pensando. Si encuentro a otra persona a quien acusar del crimen, no tendrá que ir a la cárcel en absoluto: pasará a ser inocente del delito grave, en lugar de ser culpable del delito menor.

—Simon, eso es muy improbable; se le tendría que ocurrir y tendría que tener la sangre fría de llevarlo a cabo. Tendría que saber que hay otra persona que podría haberlo hecho, alguien con el móvil y la oportunidad. E incluso, en ese caso, supondría que no podrías demostrarlo, ¿no? Cualquier prueba lo señalaría a él, el verdadero asesino. —Sonó el timbre de la puerta; luego otra vez, con más insistencia—. De acuerdo, es una gran idea —dijo Charlie por encima del hombro mientras iba a abrir—. Por desgracia, la idea es mía, no de tu sospechoso.

—¡No la dejes entrar! —gritó Simon.

—Si gritas un poco más harás que se vaya antes de que llegue a la puerta.

Más timbrazos. Charlie dijo una palabrota en voz baja mientras abría la puerta.

—Lo siento, su hora ha pasado. Tendrá que pedir otra... —«cita». No pudo pronunciar la última palabra.

La mujer de pie en la puerta, bajo la lluvia torrencial, no era Liv. Charlie no sabía quién era, aunque tenía un aspecto conocido. Aun así, habría podido jurar que era la primera vez que veía aquel rostro.

—¿Es usted la sargento Charlie Zailer?

—Sí. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Regan Murray.

«No conozco ni el nombre, ni la cara. Y sin embargo...».

—Estoy buscando al detective Simon Waterhouse. Sé que vive aquí.

Como si Charlie estuviese dispuesta a negarlo.

—Simon —llamó, sin apartar la vista de la visitante—, ha venido Regan Murray a verte.

Al menos no tenía que preocuparse de lo que habitualmente la preocupaba. Regan Murray no era atractiva, desde ningún punto de vista. Su rostro era serio, sobre todo para una mujer; tenía los ojos pequeños y la frente demasiado pronunciada. Probablemente tenía algo que ver con el «asesino No sé por qué». Charlie se dio cuenta de que había supuesto que esa persona hipotética era un hombre. ¿Era posible que Regan Murray fuese el asesino No sé por qué? Si aún no lo habían arrestado ni acusado...

—¿Quién? —dijo Simon.

Así que no se trataba de restos del naufragio del último caso. A decir verdad, ¿por qué la señora Murray conocía también el nombre de Charlie, y que ella y Simon vivían juntos? También estaba la coincidencia temporal: Liv, que había dicho que vendría, no había aparecido, pero esta extraña sí.

—¿La envía mi hermana? —preguntó Charlie. ¿Sería por eso que le resultaba familiar? Quizá se trataba de una antigua amiga de la escuela de Liv.

Simon vino y se puso a su lado.

—No conozco a ninguna Regan Murray —dijo a la persona enfrente de él.

—Esto es un poco embarazoso. ¿Puedo pasar?

—No a menos que nos dé una buena razón —repuso Charlie.

—No a menos que nada —dijo Simon—. No la conozco.

Atención, pensó Charlie: los anfitriones del año. Esto es lo que sucede cuando tratas con personas peligrosas e indignas de confianza en el trabajo todos los días.

—Sí me conocen —protestó Regan Murray, tratando de abrir la puerta al tiempo que Simon intentaba cerrarla—. O, más bien, conocen mi nombre, o el nombre que tenía antes. Murray es el apellido de mi marido, que adopté cuando me casé, y Regan... no es el nombre que me pusieron al nacer. Si me dejan entrar, se lo explicaré.

—Tendrá que ser al revés —dijo Charlie—. Dispone de unos diez segundos.

La mujer se protegió los ojos de la lluvia con la mano para poder mirar mejor a Simon mientras le hablaba:

—De acuerdo, pues. Soy Amanda Proust. La hija de su jefe.

Jueves, 10 de marzo de 2011

—¿Lisa? Soy yo. No te lo vas a creer. ¿A que no sabes dónde estoy? En otro autocar de mierda. Sí, eso es. Todos metidos en autocares que se nos llevan del aeropuerto de Colonia, y acabamos de pasar dos putas horas en otro para llegar allí. Dicen que la tripulación que se supone que nos tiene que llevar a casa ha superado el límite de horas o algo así. ¿Cómo? No sé. Todo el mundo dice que nos llevan a un hotel, pero la verdad es que nadie sabe nada. No, no sé. Se lo preguntaré a Gaby. Lisa dice que si hay alguien aquí de la línea aérea que tenga alguna idea de lo que pasa.

—Nadie —contesto—. Solo nosotros y el conductor, que no habla inglés.

No tiene sentido proteger a Lisa de la horrible realidad. La primera vez que subimos a este autocar, en el exterior del aeropuerto de Düsseldorf, yo supuse que Bodo Neudorf vendría con nosotros. En aquel momento parecía uno de los nuestros: ayudaba a los pasajeros ancianos y a los niños a subir los escalones e iba asomando la cabeza para contarnos, como si el viaje al aeropuerto de Colonia fuese un proyecto personal suyo. Supuse que querría supervisarlos de principio a fin, pero parece que no es así. Cuando finalmente la puerta se cerró, Bodo estaba en el lado equivocado, después de delegar en nadie el trabajo de ser nuestro tranquilizador enlace con Fly4You.

Me di la vuelta y miré su silueta delgada y rígida empequeñecerse en la distancia mientras nos alejábamos, y me vi enfrentada al carácter engañoso de las apariencias. Parecía como si le hubiésemos abandonado pero no pasase nada; en cambio, nosotros, doscientas personas, estábamos solos: solos de un modo vacío y sin forma que daba una impresión de infinitud, un modo que una persona como Sean sería incapaz de imaginar y que, sin duda, jamás ha experimentado. Nadie que no sea un viajero habitual o, quizá, una persona con una depresión grave o con una enfermedad terminal y a las puertas de la muerte ha vivido esta sensación. No hay nada que te haga sentir más aislado que viajar durante una noche de tormenta en Alemania, tras el rumor de un avión.

—Lisa dice que cómo puede ser que la tripulación haya superado el límite de horas si llevan toda la noche sentados sobre sus culos, esperándonos y tomando té. Dice que tampoco es que hayan estado llevando de paseo a otra gente para matar el tiempo, ¿no? ¡Alguien nos está engañando!

Lisa: especialista en uñas de treinta y tres años, con dos niños pequeños de una relación anterior, casada ahora con Wayne Cuffley y madrastra de Lauren Cookson, de veintitrés años, que parece mucho más joven de lo que es y en estos momentos ocupa el asiento junto al mío. Yo estoy en su lado Jason, no en su lado Padre. El tatuaje que dice Jason es aún mayor, con corazones rojos

con tallos verdes en los huecos de la «a» y de la «o». Jason es el marido de Lauren: conserje, jardinero y «manitas». Ha competido tres veces en el Desafío Iron Man.

Sería difícil exagerar lo mucho que he aprendido de Lauren y su familia en las últimas dos horas; más de lo que nunca habría creído posible. Lo que ella sabe de mí es el único detalle que le he dado de forma voluntaria: que me llamo Gaby.

—El tiempo que pasan esperándonos en el aeropuerto de Colonia cuenta como tiempo de actividad. No querrás que nos lleve a casa alguien que lleve tanto tiempo sin dormir, ¿verdad?

—Me da igual quién me lleve a casa: lo que quiero es que me lleven —dice Lauren, temblorosa, al teléfono—. Lisa, te juro que me estoy poniendo histérica. Tengo un ataque de pánico. Necesito llegar a casa. ¿Cómo? Sí, claro que sí. —Me agarra el brazo—. Lisa dice que no me despegue de ti.

«Gracias, Lisa».

—¿Cómo? No, no puedo hacerlo. Lisa, no me pidas que haga eso: si te lo dijese, te explotaría la cabeza. A mí ya me está pasando. Jason cree que estoy en casa de mamá. No, no sabe que estoy en Alemania. No se lo digas a papá, ¿vale? No haría más que preocuparse; es igual que Jason. ¿Qué? No, le dije a Jason que estaría de vuelta sobre las once y media o doce menos cuarto. Cuando no esté de vuelta a esa hora, se va a poner histérico. ¿Qué voy a hacer? Estoy en un autocar y me están llevando a alguna parte, ni siquiera sé a dónde... —Empieza a llorar de nuevo—. ¿Cómo? Sí, de acuerdo, lo haré. Pero tú... no le digas nada a papá, ¿de acuerdo? Hasta luego, Lisa.

«¡No, Lisa! ¡No te vayas!».

—Que mantenga la calma. —Lauren se dirige a mí, frotándose los ojos—. Es fácil para ella decirlo. A mí no se me da bien mantener la calma, sobre todo cuando no sé a dónde voy, ni cuándo llegaré a casa, si es que llego. Es una suerte que estés tú para cuidar de mí. Si estuviese sola me volvería majara.

«Díselo. Dile ahora mismo que no estás cuidando de ella, que nunca has aceptado hacer nada parecido».

—Estoy estresada, eso es lo que pasa. Siempre me pongo así. Jason nunca se pone nervioso por nada, nunca le da el pánico, ¿pero yo? Me pongo mala cada vez que me estreso, y de verdad.

Se me llena la cabeza de lástima por mí misma, cosas como: «¿Cuándo podré ponerme a llorar y pegar a gente a la que no conozco?» y «¿Es qué no va a venir nadie a cuidarme?». Diez minutos más de «Jason esto pero yo lo otro» y me estallará la cabeza. Ya he tenido que oír que a Jason le dan igual la lluvia y la nieve, pero Lauren las odia; Jason puede dormir sin problemas en los autocares, pero Lauren no; a Jason se le da bien planificar, pero Lauren es incapaz de pensar con una antelación mayor de dos minutos; Jason sabe qué

hacer en momentos de crisis, pero Lauren no.

Y he perdido otra ocasión: por tercera vez no le he pedido que me deje en paz para dejarle bien claro que no soy responsable de ella. Debería haberlo hecho cuando cayó en mis brazos, sollozando, pero no lo hice. Debería haberlo hecho cuando llamó por primera vez a Lisa, en el momento en que el autocar salió del aeropuerto de Düsseldorf, y le dijo que tenía una nueva amiga: una amable señora de mediana edad, Gaby, que la iba a cuidar. No lo hice.

¿Será Jason lo bastante inteligente para darse cuenta de que, si describes a una mujer de treinta y ocho años como «de mediana edad», lo más probable no es que te quiera ayudar, sino que te quiera matar? Lauren, desde luego, no lo es.

—¿Qué voy a hacer? —me pregunta.

En mi bolsa de viaje hay un libro que tiene poderes mágicos: me quedan por leer al menos trescientas páginas y tiene la capacidad de hacer que este calvario de autocar que va a durar toda la noche se haga soportable. ¿Qué me impide sacarlo y abrirlo? ¿Será mi reticencia a descubrirle qué significa «majara» a una persona cuya idea de «normal» incluye ponerse a aullar en público? Si tomo la decisión de decepcionar a Lauren, tendré que sufrir las consecuencias durante Dios sabe cuánto rato. No hay forma de librarse de ella hasta que no aterricemos en Combingham.

¿O prefiero que siga importunándome con sus problemas para que se sienta en deuda conmigo y así yo no me sienta una grosera cuando vuelva a preguntarle por el hombre inocente que va a la cárcel por asesinato? Ya he preguntado por él una vez, en el aeropuerto de Düsseldorf. Le pregunté en cuanto pude, después de librarme de su incómodo abrazo y de que ella se recompusiese mínimamente. Se encerró como un caracol.

—No es nada, olvídale —dijo.

Hasta ahora, no he podido volver a hacerlo. Quizá, si la animo a hablar, baje la guardia en algún momento y vuelva a sacar el tema.

—¿Jason no sabe que estás en Alemania?

—No. Nunca le había mentido. En los cuatro años que llevamos juntos, esta es la primera mentira que le digo. No podía decirle la verdad.

—¿Por qué no?

—Porque no. No podía y basta. Deja de meter las narices, ¿vale?

No puedo forzarla a que me lo cuente, a pesar de que su boca tenga tanta culpa como mis narices. No debería haber hablado de su «conocido al que van a condenar injustamente» si no tenía intención de compartir toda la historia.

Echo un vistazo al reloj.

—No vas a estar de vuelta a las doce menos cuarto, hora británica. Es imposible.

—¡Ya lo sé! Eso es lo que estoy diciendo: Jason se va a volver loco.

—¿Y qué hará?

—Cree que estoy en casa de mi madre, y está claro que la llamará. Y ella le contará que no estoy allí, y los dos perderán los estribos. Créeme, es mejor no ver a Jason enfadado. Ni a mi madre tampoco.

—¿Cuál de los dos te da más miedo?

Me mira con expresión perpleja, como si hubiese introducido un tema sin relación alguna con lo que estábamos hablando.

—Jason. Normalmente yo no tengo miedo de mi madre; bueno, solo si me he estado burlando de ella y lo va a descubrir.

La impaciencia corre por mis venas; voy a tener que saltarme una etapa.

—Llama a tu madre. A ella no le has mentado, así que no tiene por qué no creerte. No le has contado nada, ¿verdad? Por lo que ella sabe, esta noche tú estás en casa, con Jason. Llámala y cuéntale la verdad, y haz que llame a Jason y le diga que estás con ella, que te ha sentado mal algo que has comido, que no te puedes poner al teléfono...

—¿Cómo que no le he mentado a mi madre? —En el autocar, nadie más está hablando; todo el mundo está pendiente de la estridente voz de Lauren, que viaja mejor que su propietaria—. ¡Claro que he mentado! He dicho que estaba en su casa; ¿cómo voy a decírselo sin que sepa que he mentado?

—Pero a ella no le has mentado. A ella no le has dicho que estarías en su casa, ¿verdad?

Lauren me examina con desdén.

—Pero eso no puedo hacerlo, ¿no? Mi madre está en su casa; ya sabe que yo no estoy allí. Puede verlo con sus propios ojos.

Inspiro profundamente.

—Ya lo sé, Lauren. Lo que digo es que, si le dices la verdad ahora, le confías que has tenido que mentirle a Jason...

—No. —Agita la cabeza enérgicamente—. Me preguntaría por qué.

Ajá, vamos avanzando.

—¿Y no se lo quieres decir?

—Quizá se lo podría decir, pero no contigo justo delante de mí, con toda esta gente metiendo la oreja, creyéndose mejores que yo.

—Venga, déjalo ya. —Salto antes de poder evitarlo.

—¿Cómo?

—Tu cantinela favorita: «Todo el mundo cree que es mejor que yo». ¿El hombre inocente al que vas a enviar a la cárcel también piensa que es mejor que tú?

—Ya te he dicho que no quiero hablar de eso.

—Vaya, lo siento —respondo como de pasada—. Se me debe de haber olvidado.

—No —contesta Lauren en un murmullo, al cabo de unos instantes—. Él es una de las pocas personas que no piensa eso.

«Y se lo pagas dejando que vaya a la cárcel por asesinato; interesante». En el silencio posterior, me pregunto si voy a intentar hacer algo por este inocente cuando vuelva a Inglaterra. Probablemente no. ¿Qué puedo hacer? ¿Ir a la policía y contarles lo que sé? Sí, podría hacerlo. Si lo haré o no es otra cosa. En situaciones extremadamente anormales, me cuesta imaginar lo que podría hacer al volver a mi entorno normal. Sean es incapaz de entenderlo. A menudo, estando yo en un aeropuerto o una estación, me ha sermoneado por teléfono por no saber si querré cenar o no cuando llegue a casa.

—No soy yo quien lo manda a la cárcel —dice Lauren de mal humor, casi haciendo parecer, de forma convincente, que realmente quiere hablar de ello—. ¿Es que tengo pinta de policía?

—Dejar que vaya a la cárcel o mandarlo a la cárcel; ¿qué diferencia hay?

—Sí que la hay. Hay una jodida gran diferencia. —Se pasa el teléfono de una mano a la otra una vez, dos.

—¿Puedes dejar de decir palabrotas? Anda, dame ese paquete de cigarrillos de tu bolso; escribiré en él veinte nuevas palabras descriptivas para que las aprendas.

—Haré lo que me dé la puta gana, engreída mandona. —Mueve la cabeza—. Mandarlo a la cárcel sería... no sería... no es lo mismo que...

—Lo que quieres decir es esto —me ofrezco a echarle una mano—: hacerle daño a alguien de forma activa es moralmente más reprochable que no intervenir para impedir el daño hecho por terceras personas, ¿no es eso? Es la diferencia entre responsabilidad positiva y negativa, entre los pecados de acción y los pecados de omisión. ¿Verdad?

—¿Siempre eres así? —me dice con desprecio—. Lo siento por el pobre

mamón que esté casado contigo.

El autocar reduce la velocidad. El motor hace un ruido a medias entre un rugido y un eructo. Si el conductor estuviese más cerca y hablase inglés, yo podría preguntarme si estaba esperando escuchar mi respuesta al insulto de Lauren.

—No estoy casada. Y lo que sientes es incomodidad porque no has entendido lo que he dicho, aunque es tan sencillo que hasta una patata lo podría entender. Y antes de que me vuelvas a preguntar: sí, creo que soy mejor que tú. Pero yo no me lo tomaría como algo personal. En secreto, creo que soy mejor que un montón de gente; si tú fueras yo, quizá te pasaría lo mismo. Hace ocho años fundé una empresa que inventó una pieza para robots cirujanos; se llama guante de retroalimentación táctil.

El autocar vuelve a acelerar, gracias al cielo. Ahora ya puedo admitir que estaba preocupada por el ruido de eructo; sonó amenazadoramente a avería. Por fortuna, el motor suena ahora como si estuviese en perfecto estado y volvemos a avanzar a toda marcha en la noche. Pronto llegaremos a un hotel y podré arrastrarme hasta un minibar y una cama limpia y cómoda.

Sigo hablándole a Lauren acerca de mí y de mis logros, bajando la voz para que nadie más pueda oírme.

—Una empresa mayor compró la mía por una cantidad alucinante de dinero; cerca de cincuenta millones de dólares. Ese dinero no lo recibí yo personalmente (bueno, me llevé un buen pellizco, aunque fueron mis inversores los que se llevaron la mayor parte), pero yo me quedé con la duda de por qué tantas personas ni siquiera intentan conseguir algo grande, desde un punto de vista creativo. Algo que cambie el mundo. No estoy hablando de ti específicamente (no esperarí de ti que fueses una innovadora científica, porque es obvio que no eres lo bastante inteligente), sino de otras personas a las que conozco, personas con las que fui a la universidad. Personas brillantes en potencia. ¿Por qué no intentan ir más allá?

Lauren me mira boquiabierta.

—¿Cincuenta millones de dólares?

No le hago caso. Estaba disfrutando de mi monólogo sin inhibiciones y aún no he acabado.

—Creo que soy mejor que esas personas porque parece que quieran pasar por la vida haciendo el mínimo esfuerzo, y creo que soy mejor que tú no porque seas corta, cosa que no es culpa tuya, sino porque fuiste cruel con Bodo Neudorf y con el hombre calvo.

—¿Bodo qué? ¿De quién hablas? —Lauren mira a su alrededor, como si esperase ver a alguien cuya presencia no hubiese notado antes—. ¿Qué hombre calvo? ¿De qué estás hablando?

—Mira hacia atrás con tu mente y averígualo, o sigue con tu ignorancia — respondo, contenta de demostrar que, quien siembra vientos, recoge tempestades. «Si me cuentas algo del señor Inocente de asesinato yo te recordaré quién era el hombre al que has atacado con saña esta noche, el que tenía su nombre claramente escrito en la chapa de la solapa»—. Creo que lo de esta noche no es una novedad para ti, ¿a que no? Sé que nuestra actual situación dista mucho de ser ideal, pero me apuesto algo a que eres mezquina y mal hablada incluso cuando las cosas van bien.

Ninguna reacción.

—El motivo de que no me importe decirte todo esto es que eres estúpida — prosigo—. Es como hablar con un trozo de cartón: no tiene ninguna ramificación ni consecuencia. Ni siquiera sabes qué quiere decir «ramificación». No sabes cuáles de las palabras que uso son reales y cuáles inventadas. Apuesto a que tienes la misma memoria que un pez de colores, que se tiene que ir posando en el fondo para recordar cómo se nada. Pronto volverás a decirme que estoy cuidando de ti, después de olvidar todo lo que acabo de decir.

Sonríó; después de desahogarme, me siento bastante indulgente.

—Lo que eres es una bruja insolente —anuncia Lauren tras un breve silencio.

—Eso es lo que soy —acepto—. Bien hecho. ¿Lo ves? No has tenido problemas para definirme sin hacer referencia a Jason. Quizá podrías probar a hacer lo mismo en tu caso.

Se queda mirando el teléfono, que sostiene con ambas manos.

—No hables conmigo, ¿vale?

«Jason»; eso sí que es curioso.

—No lo pillo. No has estado nunca sola en el extranjero, hablas de ataques de pánico, has mentido a tu marido (corriendo un riesgo importante de que lo descubra, porque los aviones sufren retrasos constantemente)... ¿Y para qué? ¿Qué tenías que hacer en Alemania en menos de un día que justificase el riesgo?

—¿Por qué no te ocupas de tus asuntos? ¿Cómo sabes que tardé menos de un día?

Cierro los ojos. «Antes has mencionado que me habías visto esta mañana, pero quizá no lo recuerdes, así que mejor no compliquemos las cosas».

—No llevas maleta.

—¿Y qué? ¡Tú tampoco!

Abro los ojos y la pesadilla sigue allí, igual de real. Todo mi mundo se reduce

todavía a un autocar, y mi acompañante sigue siendo la cretina Lauren Cookson.

—Porque yo también he estado solo un día en Alemania —contesto con paciencia—. Y, si quieres, te digo por qué.

—Me da igual —contesta Lauren de malos modos.

—De acuerdo. Pues no.

Detrás de mí oigo una voz de pito que dice:

—¿Papá? ¿Estás despierto? —Probablemente sea una de las niñas del coro; aparte de un bebé muy pequeño, no vi ningún otro niño esperando embarcar.

Su padre carraspea.

—Sí, cariño. ¿Qué pasa?

Preparo el ánimo, esperando que diga: «Las dos mujeres de delante se están peleando y me da miedo».

—Silas dice que, cuando sea mayor, quiere ser un futbolista famoso.

Me relajo. Lauren está tecleando en su teléfono con la uña. Al cabo de unos segundos dice:

—¿Mamá? Soy yo, Lauren.

—Quiere jugar en el Manchester United —continúa la niña del coro.

—Bueno, estoy seguro de que, juegue en el equipo que juegue, lo hará muy bien.

El padre suena preocupado. Imagino que se habrá despertado, habrá mirado por la ventana del autocar y habrá visto la misma oscuridad uniforme y ausencia de señales informativas que estamos viendo todos. O quizá se esté preguntando si es un obstáculo significativo que un niño que aspira a ser una leyenda del deporte se llame Silas. Los padres son unos idiotas arrogantes; estoy encantada de no estar a punto de ser uno de ellos.

—Mamá, me he metido en un lío gordo. Estoy en Alemania. —Lauren está llorando otra vez—. Sí, en Alemania. No, no estoy en Inglaterra.

Esto tiene todo el aspecto de ser frustrante. Se va a pasar media hora para contarle a su madre lo que yo podría resumir en veinte segundos. Me cuesta contenerme para no alargar la mano y decirle «Venga, déjame a mí».

¿Debería llamar a Sean? Otras mujeres en mi misma situación querrían llamar a sus parejas, para obtener compañía y consuelo. En concreto, aquellas cuyas parejas no se lanzarían de inmediato a una nueva maratón de acusaciones.

—Ahora no te lo puedo decir. No se lo he contado a Jason. No. Jason no sabe que estoy en Alemania, no se lo he dicho. ¿Cómo? No, no te lo puedo decir hasta que te vea. Estoy en un autocar con un montón de personas espiando todo lo que digo. Nuestro avión se ha retrasado y ahora nos llevan a un hotel. Es horrible, mamá; he tenido un ataque de pánico, en serio. Pero tengo una amiga, eso está bien; una señora mayor. ¿Cómo? Se llama Gaby. Sí. Me cuida. Se está portando superbién. Te llevarías bien con ella. Dice lo mismo que tú dirías.

¿Cómo? Oh, por Dios...

—Si Silas jugase en el Manchester United... ¿Papá?

—¿Eh? Perdón, querida, estaba intentando hacerme una idea de dónde estamos.

—Si Silas jugase en el Manchester United, ¿serías de ese equipo, o seguirías siendo del Stoke City?

—Mamá, escucha, necesito que llames a Jason. Tendrás que inventarte unas cuantas trolas. Le he dicho que estoy en tu casa. Sí. Tendrás que contarle que me he puesto enferma y no puedo hablar. Dile que estaré de vuelta por la mañana.

Le toco el brazo y muevo la cabeza, negando.

—Un momento, mamá, Gaby dice que no.

—Si estuvieses enferma, no sabrías cuándo vas a estar mejor —explico—. Dile que le diga que le llamarás en cuanto te encuentres un poco mejor; que esperas que sea mañana por la mañana, pero que no puedes saberlo seguro. No precises mucho.

Lauren asiente y le transmite a su madre una versión menos coherente de mis instrucciones. Si tiene suerte, funcionarán.

Acabo de ayudar a la responsable voluntaria de un grave error judicial a evitar que le peguen la bronca por mentirle a su marido. Si me preguntasen por qué lo he hecho, creo que sería incapaz de explicarlo. En fin; ya que estoy condenada a vivir el resto de mi vida en un autocar alemán, supongo que tampoco importa demasiado.

—¡Ah, esto debe de ser el hotel! —le dice a su hija el hombre que está sentado detrás de mí. Otras personas también lo han visto. En todo el autocar se escuchan las exclamaciones de alivio. Limpiando el vapor condensado en la ventana, echo una ojeada al edificio junto al que nos hemos detenido y me pregunto qué le pasa a todo el mundo. Después de todos los problemas, ¿no podría Fly4You habernos ofrecido un alojamiento decente? ¿En serio vamos a pasar la noche en este edificio bajo, gris y anodino con ventanas minúsculas, al lado de la autovía?

—Lauren —le doy un codazo.

—Tengo que irme, mamá, ya estamos en el hotel. Te llamaré dentro de un rato. Pero tú díselo a Jason, ¿vale? Sí, me quedaré con Gaby. —Deja caer el teléfono en el bolso—. Menos mal que ya estamos aquí de una puta vez. Mi madre dice que no te pierda de vista. —Se despereza con los brazos por encima de la cabeza, liberando una ráfaga de sudor mezclado con desodorante floral.

—No vamos a quedarnos aquí —decido, en voz alta.

—¿Cómo que no vamos a quedarnos aquí? Entonces, ¿por qué nos han traído?

—Todos los demás se van a quedar, pero tú y yo vamos a buscarnos un hotel distinto, mejor que este. Este parece un edificio de viviendas sociales ruinoso.

—¿Es que vives en otro puto planeta? ¡Estamos en plena noche!

—Créeme: este sitio va a ser terrible en todos los sentidos. —Saco la BlackBerry del bolso—. Vamos a buscar el hotel de cinco estrellas más cercano al aeropuerto de Colonia.

—¿Hotel de cinco estrellas? —Lauren sacude todo el cuerpo, como si le hubiesen dado una descarga eléctrica—. ¿Te estás quedando conmigo? ¡Yo no puedo pagarme un hotel de cinco estrellas! ¡Soy cuidadora, no tengo tanto dinero!

—Yo lo pago todo. Pagaré tu habitación. —E intentaré que esté a varios pisos de distancia de la mía. Estoy empezando a necesitar espacio; espacio que no contenga a Lauren—. Yo invito.

—¡No! —grita, y estalla en llanto.

Me quedo tan desconcertada que lo único que puedo hacer es mirarla. «¿No?». Su reacción me parece aún más extraña que mi oferta. ¿Por qué no aprovecho esta oportunidad para seguir mi camino independiente? No hay nada que me impida buscarme un hotel de cinco estrellas para mí sola.

Salvo que ya le he oído decirle a dos personas que yo la estoy cuidando. Y su madre y su madrastra parecen creer que necesita estar conmigo.

En mi vida real, no lo toleraría; en este universo alternativo, al parecer, mi papel consiste en vigilar a Lauren con miras a hacer de ella una persona mejor. Se me ocurren muchas formas, empezando por acabar con su resistencia a los buenos hoteles, siguiendo por incrementar su vocabulario, luego enfrentarme a su buena disposición a ver a hombres inocentes incriminados por asesinatos que no han cometido...

—¡No! —niega enérgicamente, agitando la cabeza y sollozando. Una de sus lágrimas me cae junto al ojo—. No. No soy de esa clase de personas que van a hoteles de cinco estrellas.

—De acuerdo, olvídalos.

—No puedo. No sabría qué hacer.

—Harías exactamente lo mismo que...

—¡No! ¡No puedo!

—De acuerdo, no importa. Nos quedaremos aquí. Lauren, lo siento. Haz como si no hubiese dicho nada. Este hotel estará bien.

Se frota los ojos, ya calmada.

—A mí me parece bien —dice, evaluándolo desde la ventana del autocar—. Espero que tengan algo de comer; me muero de hambre. No he comido un bocado desde las seis de anoche. No he podido ni siquiera pensar en comer.

—Estabas nerviosa por lo que fuera que tuvieses que hacer hoy, por mentirle a Jason. Ahora estás de camino a casa y ya te encuentras mejor. Y tu apetito ha vuelto.

Me mira con expresión extraña y asiente; más o menos.

¿Qué motivo prohibido podría tener una cuidadora de veintitrés años para viajar a Alemania un día? ¿Un amante? En ese caso, ¿no querría haberse quedado una noche, al menos? Quizá ella y Jason sean una de esas parejas que no pasan nunca ni una noche separados. A Sean le parecería bien. Debería mudarse con ellos y formar un trío; seguro que le molestarían menos que yo.

Finalmente se abre un espacio en la fila de personas que salen del autocar.

—Vamos —le digo. Cuando intento ponerme de pie, se me doblan las piernas.

—Llevo tanto tiempo sentada que ya no me noto el culo —anuncia Lauren mientras se pone de pie, se quita el cinturón de balas plateadas y lo mete en el bolso. Sus vaqueros se deslizan un poco y dejan ver los salientes huesos de sus caderas, un tanga rojo y un tatuaje de líneas paralelas onduladas. No sé si es simplemente decorativo o tiene algún significado para Lauren; desde mi punto de vista, lo que dice es «Este alojamiento dispone de piscina».

Sean diría que eso es culpa mía, no del tatuaje: me paso una cantidad desmesurada de horas navegando por páginas de lugares en los que alojarse, porque mi trabajo tiene mucho de pasearse y pendonear por ahí, aunque Sean prefiere llamarlo simplemente «viajar». En Navidad del año pasado me compré una antigua medalla de san Cristóbal, que llevo al cuello en una delgada cadena de oro blanco cuando salgo a pasearme y pendonear, aunque no soy religiosa en absoluto. Necesitaba algo que me ayudase a sentirme mejor por el tiempo que me paso rodeada de los muros, techos y suelos jaspeados de los aeropuertos, así que desarrollé una relación con san Cristóbal que consistía en que él aceptaba mi ateísmo y yo redefinía un poco

su rol: el patrón de los vagabundos con parejas egoístas y quejicas.

Lauren y yo somos de las últimas en salir del autocar. Al lado hay otros dos autocares aparcados, de los que emergen también personas cojeando y bostezando. De camino al hotel pasamos junto a una mujer que llora mientras sostiene a un hombre muy anciano.

—Vamos, papá, ya hemos llegado. Pronto estarás en la cama.

—Fíjate, pobres desgraciados —dice Lauren, dirigiéndose a mí—. Es tremendo lo que estos cabrones nos han hecho esta noche. Nos han jodido pero bien. Ni siquiera llevo un cepillo de dientes ni nada.

—El hotel debería tener —le contesto. Aunque es probable que no tenga bastantes para todos. Intento no pensar en el cajón de arriba de mi mesilla de noche, en el que hay al menos siete minicepillos de dientes sin estrenar, acumulados de las bolsitas de regalos recogidas en la clase Business de diversas líneas aéreas a lo largo de los años. La próxima vez que viaje (dentro de seis días, otro viaje de madrugada, esta vez a Barcelona) me los llevaré todos, por si mi vuelo se retrasa, tengo que pasar la noche y seis idiotas inestables deciden convertirme en su cuidadora principal.

—¿Por qué iba a tener cepillos de dientes un hotel? —pregunta Lauren, extrañada—. ¿Es que la gente no lleva el suyo?

«¿Quieres quedarte tú con esta, san Cristóbal?».

La recepción del hotel está a tope. Lauren y yo apenas podemos entrar y quedarnos de pie en el borde de la alfombrilla de bienvenida marrón. Las puertas automáticas se medio cierran sobre nosotras y luego se vuelven a abrir, al detectar la presencia de cuerpos. En la distancia veo, con dificultades, a una mujer rubia rellena sentada a un escritorio. Está hablando, pero no oigo lo que dice.

—¿Por qué «PADRE»? —le pregunto a Lauren, mirándole el brazo.

—Es por mi padre.

—Que se llama Wayne. ¿Lo llamas «Padre»?

—No, claro que no —suelta una risita—. Casi siempre lo llamo «gilipollas». Pero le quiero un montón. Él quería que dijese «Padre», porque Wayne podría ser cualquiera, ¿no? Fue mi regalo de cumpleaños, cuando cumplió cuarenta años. Siempre había querido que yo llevase su nombre tatuado en alguna parte; en alguna parte decente, ¿eh? No es ningún tipo raro. Lisa se hizo al mismo tiempo otro tatuaje que dice «Marido».

Del mostrador de recepción, a través de la masa de cuerpos, nos llega un rugido grave, el sonido de descontento masivo, que sube de volumen a medida que se acerca. «Malas noticias». Las primeras palabras que puedo distinguir vienen de la mujer norteamericana pelirroja teñida que está a un

metro delante de mí: «No pueden; no cabemos todos». Y se da la vuelta, claro. En situaciones como esta, la gente sabe que su deber es pasar su amargura tan pronto como la reciben.

—¡Increíble! No tienen suficientes habitaciones —nos explica a los que estamos detrás de ella—. ¡Los que estén solos tendrán que compartirla con alguien a quien no han visto en su vida! —Suelta una especie de cloqueo de indignación al tiempo que alza las manos al cielo—. No veo que en este mogollón de gente esté Hugh Grant, así que... yo me largo. Me voy a buscar un hotel con servicio de habitaciones, televisión vía satélite y spa. Ya estoy harta de Fly4You.

Dice todo lo que yo querría decir —menos lo de Hugh Grant; yo preferiría a un David Bowie joven, pero tampoco está aquí—. Lo que quiero es largarme de este hotel horrible, como la pelirroja. Entonces, ¿por qué no lo hago? No puedo —no quiero— compartir habitación con Lauren.

Siento algo alrededor de la muñeca: es ella, que se ha vuelto a esposar a mí con los dedos.

—Ni lo sueñes —me dice, con lágrimas en los ojos. Debería sonar como una orden que no tiene derecho a darme, pero lo único que se oye es desesperación. De pronto pienso que quizá le ha pasado algo malo. No es solo el retraso del avión: está traumatizada. Por eso reaccionó de manera tan exagerada al oír que el vuelo había sido desviado a Colonia.

«Debe de tener algo que ver con el motivo por el que vino a Alemania. Puede que sea algo relacionado con un asesinato. ¿Sabrá su madre lo que le pasa? ¿Será por eso que le ha dicho a Lauren que no se separe de mí? ¿Estará la antigua señora de Wayne Cuffley, primera mujer de “Marido”, tan preocupada por su hija que deposita todas sus esperanzas en una mujer a la que no ha visto nunca?».

—Prométeme que no te irás y me dejarás sola —sisea Lauren con tono de reproche, como si imaginarse mi traición bastase para hacerla realidad.

—Te lo prometo —respondo inexpresivamente. Una parte de mi cerebro está embotada. No hay salida: pasar la noche con Lauren Cookson en el peor hotel de Europa. No tiene sentido pensar más en ello; hay que hacerlo y ya. Me suelta el brazo.

—Vale, muy bien.

Está tan lejos de «muy bien» como Colonia de Combingham.

—Tenemos suerte, eso sí.

—¿En serio? —Si la tenemos, yo debo de estar sufriendo de síndrome dismórfico cognitivo.

—Estamos juntas —señala Lauren—. Muchos de estos pobres infelices van a

tener que compartir habitación con una persona totalmente desconocida.

10/3/2011

Simon estaba haciendo café para Regan Murray, derramando agua y café soluble por todos lados. Charlie suponía que lo hacía de manera subconscientemente deliberada, para perder diez minutos limpiando lo que había ensuciado y, quizá, volver a preparar la bebida porque el primer intento había sido un follón. Simon no habría usado la palabra «perder»: según él, si lograba posponer una conversación complicada, el tiempo estaba bien empleado.

¿Había algún motivo para suponer que la conversación con la hija de Proust iba a ser complicada? La pregunta era estúpida.

—Será mejor que llames a tu hermana y le pidas que no venga —dice Simon en tono monocorde—. Pero ¿qué quería?

—¿Ahora me lo preguntas?

Charlie hizo un gesto hacia la puerta cerrada. Para consolidar su fama de anfitriones descorteses, Simon y ella habían dejado a Regan Murray sola en el vestíbulo y se habían encerrado en la cocina.

—Es una intrusa; que espere. ¿Qué quiere Liv, y a qué viene tanto secreto?

—No es secreto, es reticencia a implicarme por mi parte —dijo Charlie—. Liv quería que te preguntase una cosa, y le dije que no, porque no tenía sentido, nunca ibas a aceptarla. Si quiere intentar convencerte, eso ya es cosa suya.

—Así que dijo que vendría esta noche y tú no me lo dijiste.

Simon estaba recogiendo gránulos de café instantáneo de la encimera y poniéndolos en la taza. Algunos estaban húmedos por los charquitos de agua, habían perdido la solidez y le mancharon las yemas de los dedos.

—Ya te he dicho que no quería tener nada que ver con ello, pero...

—¡Habla ya, coño!

—¡Dame una oportunidad! Estaba a punto de decir que, ya que no tenemos mucho tiempo, nos saltásemos la parte en la que dejamos claro que lo que yo quiera no tiene importancia. Liv quiere pedirte (de hecho, quería que yo lo hiciera en su nombre) que vayas a su boda con Dom.

Simon miró hacia arriba.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Estoy casado contigo, que eres su hermana. Tú vas a ir, ¿no?

Charlie estaba sorprendida.

—Sí, pero Liv y yo supusimos que lo evitarías, acompañándolo de un juicio moral. ¿Has decidido que apruebas la infidelidad?

—No es mi infidelidad, así que no es asunto mío. —Simon cogió la taza, que goteó un poco de agua al suelo. La inclinó para secarla con la camisa, se derramó café en los pantalones y volvió a dejar la taza en la encimera—. ¿Qué crees que voy a hacer? ¿Boicotear la boda de Liv y Dom para integrarla en mi valerosa odisea moral? Eso me convertiría en un pedante gilipollas, y no lo soy.

—¿Desde cuándo? —contestó Charlie—. Nadie me lo ha notificado.

—Muy graciosa.

—No pretendía serlo. De acuerdo, ya que esta noche estás cargado de sorpresas: Liv también quería que te pidiese si querías leer algo. En la boda, quiero decir. Le dije que no contase con que te apeteciese salir delante de una multitud de abogados y gente de la farándula...

—Leeré —dijo Simon.

—¿Lo harás?

—Pero ¿por qué yo? Tiene muchas personas para elegir a las que les encanta el sonido de su propia voz; básicamente, todos sus amigos.

—Cuando le pregunté por qué tú, respondió con evasivas. Creo que quiere exhibirte: su cuñado, el brillante detective.

—Mientras no tenga que presentarme, decir mi nombre y toda esa mierda... Si lo único que tengo que hacer es salir, leer, volver y sentarme, lo haré. Leeré un fragmento de *Moby Dick*.

Para ser Simon, lo dijo hasta con entusiasmo. Charlie se sintió culpable.

—Creo que no.

—¿Qué quieres decir?

—Quiere que leas otra cosa. Y no te voy a decir qué es.

—¿Por qué no?

«Porque soy incapaz de transmitir la información con un tono de voz neutro. Porque creo que es completamente ridículo y no quiero influirte».

—¿Y bien? —dijo Simon—. Estoy esperando.

No era el único. Charlie echó un vistazo a la puerta cerrada de la cocina. Se estaba poniendo nerviosa.

—¿Podemos hablar de esto más tarde? ¿No te gustaría saber lo que quiere nuestra intrusa?

Simon miró hacia el otro lado.

—¿Por qué tiene dos nombres? —preguntó.

—Le estás preguntando a la persona equivocada, Simon. Está sentada ahí mismo; estoy segura de que estará encantada de responderte.

—¿Cómo sabe nuestra dirección? ¿Qué está haciendo aquí, a las diez de la noche de un jueves?

Simon solía hablar de horas concretas de días específicos como queriendo decir que solo se podían aceptar si no sucedía nada en ellas. Podía estar vivo, despierto o aburrido como una ostra, pero no estaba permitido llenar esas zonas prohibidas con nada en absoluto. Otras franjas más afortunadas —las nueve de la mañana del lunes, por poner un ejemplo— sí tenían permiso para contener acontecimientos. Charlie nunca había llegado a averiguar el motivo de este peculiar *apartheid* temporal, y ahora no era el momento.

—Si voy a leer, leeré lo que yo quiera —dijo Simon en voz baja.

—¿Cómo? Ah. —Ya había vuelto a la boda de Liv; en la que no iba a tener ninguna oportunidad de que le dejasen leer un fragmento de *Moby Dick*.

—Tiene el mismo aspecto que él. Es como tener en casa una parte de él.

Y de vuelta a la hija de Proust. Cambiar de tema con tanta rapidez no era propio de Simon. Y tampoco lo era desviarse de los pensamientos obsesivos sobre un caso en marcha. Estaba más preocupado de lo que estaba dispuesto a admitir, y no tenía por qué.

—Dile que no estás preparado para hablar con ella y pídele que se vaya —sugirió Charlie.

La puerta de la cocina se abrió de par en par; Regan Murray estaba de pie en el umbral.

—Por favor, no lo hagáis, por mucho que queráis hacerlo.

—Cometimos un error al dejarte entrar —dijo Charlie, interponiéndose, a modo de barrera protectora, entre Simon y esta versión femenina y debilitada del Hombre de Nieve—. No hay razón alguna para que tú estés aquí; cualquier comunicación que deba producirse entre Proust y Simon puede suceder en el lugar de trabajo. Estos no tienen ninguna relación personal

fuera de allí, y estoy casi segura de que lo que pretendes decir es personal, lo que lo convierte en algo que no queremos escuchar.

Regan se desplazó a un lado para poder ver a Simon.

—Preguntabais por qué tenía dos nombres, y cómo sabía vuestra dirección.

—¿Es que tenías la oreja pegada a la puerta? —preguntó Charlie.

—La dirección la saqué de la agenda de mi madre. En cuanto a los dos nombres... —Lanzó un suspiro—. Bueno, lo del apellido es evidente: Murray es mi apellido de casada.

—Como trabalenguas, no está mal —repuso Charlie—. ¿Sabías que los cantantes de ópera dicen trabalenguas antes de los conciertos para aumentar la flexibilidad de los labios? Lo oí en la radio.

—Hace dos meses me cambié el nombre de pila por Regan. Mi padre no lo sabe y mi madre tampoco. Quería dejar de ser Amanda, porque ese es el nombre que mi padre eligió para mí, así que me lo cambié. No es difícil hacerlo; es más difícil decírselo a mis padres —sonrió mirando a Simon, que miraba decididamente en otra dirección; concretamente a Charlie, desde que Amanda-Regan había entrado, como si quisiera que se hiciese cargo de la situación: no parlotando de trabalenguas, desde luego, aunque Simon habría sido el primero en admitir que era imposible llegar a las ideas buenas sin pasar antes por las malas.

—¿Es ese mi café? —preguntó Regan, señalando la taza. Charlie se la pasó—. Gracias. ¿Conocéis el nombre Regan? De *El rey Lear*.

—Y de todos los municipios de Culver Valley —dijo Charlie.

—Regan es la hija traidora y pusilánime que no le quiere, pero finge que sí.

—¿Elegiste Regan en vez de Goneril?

«Sí, esto está sucediendo en realidad. Estás de pie en tu cocina, junto a una estatua de tu marido, debatiendo las opciones de nombres de pila en *El rey Lear* con la hija de Proust».

—Soy demasiado pusilánime para decirle a mi padre que me he cambiado el nombre —le dijo Regan a Simon, ignorando por completo a Charlie—. Me preguntaría el motivo. Y a mí me daría demasiado miedo decir la verdad. Acabaría odiándome a mí misma por ofrecerle una nueva oportunidad para hacerse con la victoria.

«Lo que pasa con las personas que se odian a sí mismas —pensó Charlie— es que te identificas con ellas y las compadesces y, al mismo tiempo, no quieres en absoluto tenerlas de invitadas en tu casa».

—¿No creéis que es extraño que la expresión «hijo de perra» sea tan habitual,

pero nadie nunca llama a una persona «hija de cabrón»? —preguntó, mirando a su alrededor. «Se admiten todas las respuestas. Cuantas más, mejor»—. ¿No creéis que es una especie de machismo extraño?

»Mi padre me aterroriza —prosiguió Regan—. Lo ha hecho durante cuarenta y dos años. Y si no quiero que él sepa que me he cambiado el nombre, tampoco se lo puedo decir a mi madre; es como una sirvienta fiel. Ambos quieren que siga estando asustada. Les parece bien; porque, si no lo estuviese, quizá podría empezar a decir la verdad sobre mi infancia.

Charlie intentó llenarse discretamente los pulmones de oxígeno para el calvario que se avecinaba. Esto prometía ser peor de lo que podría haberse imaginado, porque no parecía que fuera a acabarse pronto. Generalmente, las infancias duran dieciocho años.

—Crecí en un régimen totalitario —dijo Regan—. No hay otra forma de describirlo, y no creo que necesite hacerlo, en especial a vosotros. —«Gracias a Dios»—. Estoy segura de que podéis imaginar lo que pasé; sabéis cómo es mi padre —Regan sorbió su café, hizo una mueca y trató de ocultarla—. El motivo por el que estoy aquí; y siento que sea a estas horas, en mitad de la semana, siento no haber escrito o llamado antes para preguntar si podía venir. Durante semanas creí que no podría reunir el valor suficiente para ponerme en contacto con vosotros; esta noche, cuando me di cuenta de que lo tenía, supe que debía hacerlo enseguida, antes de despertarme y descubrir que me había vuelto a convertir en una cobarde...

—¿El motivo por el que estás aquí es...? —Charlie la instó a continuar.

Regan la premió con una ligera sonrisa por decir finalmente algo sensato.

—Estoy intentando salir de las sombras. Con la ayuda de un buen terapeuta, estoy tratando de construir una buena vida para mí, de convertirme en una persona de verdad.

—Hace años que tengo eso en mi lista de tareas pendientes —dice Charlie—. Pero se toma su tiempo, ¿no?

—¿Puedes dejar las bromas un rato? —susurró Simon.

—No pasa nada —le dijo Regan—. Ya sé que os estoy colocando en una situación incómoda al compartir esto con vosotros. Os obligo a decir algo y, ¿qué vais a decir?

A Charlie se le ocurrían un montón de cosas, y todas ellas contenían la palabra «joder».

—Continúa —dijo Simon.

Regan puso expresión de asombro por este estímulo; tardó unos segundos en recuperarse.

—Gracias. Bueno, han pasado pocos días. Aún no estoy preparada en absoluto para enfrentarme a mi padre, pero estoy dando pasos en esa dirección. Pasos importantes, según mi terapeuta. El primero fue elegir un nombre que no fuese el que él me dio.

—Regan es uno de los personajes malos en *El rey Lear* —señaló Charlie.

—Cuando te cría alguien como mi padre, te sientes mala persona cada vez que tienes un pensamiento o sentimiento sobre él que no sea de veneración al héroe. Como un traidor. Regan es quien yo soy en este momento; cuando empiece a sentir que no soy yo, me volveré a cambiar el nombre.

Charlie se rio.

—¿Y a tu psiquiatra le parece bien todo esto? Yo cambiaría de psiquiatra.

—¿Por qué no te callas? —dijo Simon—. No sabes nada de esto.

Eso no era del todo cierto. El año pasado, gracias a uno de los casos de Simon, Charlie había conocido a una terapeuta realmente sensata, una mujer llamada Ginny Saxon. Ginny le había dado su interpretación de por qué Simon era como era. Charlie no se lo había dicho, y no sabía si alguna vez iba a hacerlo. No estaba segura de si sería constructivo o destructivo transmitir la teoría de Ginny sobre el síndrome psicológico que Simon podía estar sufriendo. Le habría gustado pedirle consejo a alguien; pero, si no se lo podía decir a Simon, desde luego no podía decírselo a un tercero. Durante meses había estado deseando no saberlo siquiera ella misma, como si pudiese hacer desaparecer la información solo con su voluntad.

—Este es el paso dos —decía Regan—. Venir aquí y conocerte, Simon. Sé que suena a locura, pero... me importas. Para mí, eres un símbolo de valor; la única persona que le ha hecho frente a mi padre abiertamente. Muchas personas le desprecian (todos los que le conocen, salvo mi madre), pero nadie, aparte de ti, le ha dicho nunca a la cara lo que piensa de él.

—¿Y cómo sabes que yo lo he hecho? —preguntó Simon, carraspeando.

—Mi padre habla mucho de ti. Sobre todo con mi madre, pero a veces también conmigo. Y siempre dice lo mismo: que contigo ha sido leal, comprensivo y amable, y que tú se lo pagas a diario en su misma cara, traicionándolo e insultándolo siempre que puedes.

—Las cosas no son así, ni lo han sido nunca —dijo Simon secamente.

Charlie quería ayudarle, pero difícilmente podía aconsejarle sobre cómo dirigir la conversación de la mejor manera posible mientras esta se estaba desarrollando, y cuando terminase ya sería demasiado tarde. Simon tenía que optar entre una estrategia de evitación total o una inmersión incondicional tal como la haría un ser humano.

—No entiende por qué eres tan ingrato —dijo Regan—. Él cree que no podría

haber sido un jefe más justo y tolerante.

—Miente.

—No —repuso Regan con vehemencia—. Es lo que él cree. También cree que ha sido el mejor padre posible para mí. ¿Quieres oír cuál es su idea de lo que es ser un buen padre?

—No. —La voz de Simon temblaba—. Lo que quiero es que te vayas y que no vuelvas.

Charlie vio palidecer el rostro de Regan.

—Simon, no seas gilipollas.

—No te preocupes, Charlie, no voy a derrumbarme. Una de las cosas buenas de ser la hija de Giles Proust es que, cuando otra persona me ataca con saña, el efecto es casi nulo. Parece como... diluido.

—Simon no tenía intención de ser tan... —«Desagradable» no era la palabra adecuada, no cuando Simon se había quedado paralizado por la vergüenza. No había una palabra adecuada.

—Lo que he dicho antes lo pienso realmente —le dijo Charlie a Regan—. Sospecharía de cualquier psiquiatra que pensase que es una buena idea cambiarse de nombre cada vez que se alcanza un hito psicológico. Si te pones un nombre estúpido solo por fastidiar a tu padre, el que gana es él. —Mirando a Simon pero hablando sobre todo hacia su propio ego, dijo—: Conozco un poco estas situaciones. Formo parte de un foro regional de prevención del suicidio, y hablo con muchos consejeros y terapeutas. —Charlie recordó, demasiado tarde, que muchas de estas personas, en un momento u otro, habían resaltado la importancia de no pronunciar nunca la palabra «suicidio», a menos que un individuo en situación de riesgo la dijese antes. En la literatura de prevención del suicidio que con frecuencia debía consultar, se utilizaba en exceso la palabra «individuo», en el sentido de «persona»—. Comprendo —dijo, dirigiéndose a Regan— que admires a Simon porque le hace frente a Proust, pero ¿qué quieres de él, aparte de decirle eso?

—Solo hablar de lo que ambos hemos sufrido, si es que no suena demasiado dramático. —Lo hizo sonar como la más humilde de las peticiones. Pobre mujer; cómo iba a saber que Simon regalaría antes todos sus órganos vitales y su muy querido (y reparado con cinta adhesiva) ejemplar de *Moby Dick* antes que admitir ante un extraño que había «sufrido» algo—. Aún estoy en la etapa de tener que demostrarme a mí misma cada día que no soy una pérfida desertora. Realmente me sería de mucha ayuda oíros, a los dos, describir cómo es trabajar con mi padre. Y quizá también os ayudase a vosotros. Después de todo, llevamos años siendo intimidados por el mismo matón.

—A mí no me importa que nos contemos mutuamente las historias de terror de Proust —dijo Charlie, al tiempo que se preguntaba si su buena disposición tendría alguna influencia en Simon. Podía ser divertido, pensó, aunque lo que

Regan pretendía era algo mucho menos frívolo: la confirmación de la verdad más importante de su universo personal.

—No va a poder ser —dijo Simon—. Tienes veinte segundos para irte de aquí.

Para sorpresa de Charlie, Regan asintió.

—Es la reacción que esperaba. Si cambiáis de opinión, podéis poneros en contacto conmigo en mi trabajo: Copistería Focus, en Rawndesley.

—No cambiaré de opinión —dijo Charlie.

—Quizá lo haga cuando se dé cuenta de que estoy de su lado —replicó Regan, dirigiéndose a Simon, pero hablando de él en tercera persona—. En estos momentos tienes un caso, el de Tim Breary y su esposa Francine, que tuvo un ictus que la dejó postrada en la cama, ¿no? Él ha confesado que la asesinó, y afirma que no sabe por qué lo hizo, ¿verdad?

«Mierda, ¿es que esta mujer tiene una especie de deseo suicida?». El rostro de Simon se había vuelto rígido y sombrío por la furia, y Charlie supo el nombre del «asesino no sé por qué»: Tim Breary.

—Hay algo que deberías saber y que no sabes —dijo Regan—. En la primera entrevista a Breary tú no estabas, ¿cierto? Fueron Sam Kombothekra y Colin Sellers quienes lo entrevistaron. Mi padre dijo que no era lo bastante complicado para ti; no había misterio y sí una confesión inmediata.

Era interesante, pensó Charlie, que Proust, igual que Simon y Gibbs siempre que les convenía, compartiese datos confidenciales de los casos con personas ajenas: su mujer, su hija y sabe Dios quién más. Es curioso que hubiese olvidado mencionarlo en las numerosas ocasiones en que había amenazado a Simon con tomar medidas disciplinarias por contarle a Charlie demasiadas cosas.

—Solo empezaste a interesarte cuando descubriste que el móvil había desaparecido —prosiguió Regan—. Mi padre no está contento con tu recién descubierto entusiasmo por el caso. Tiene la confesión y lo que quiere es quitárselo de encima, así que les dijo a Kombothekra y Sellers que os dejaran fuera del grupo de gente informada. Les hizo manipular las pruebas. Y aquí me tienes, contándote algo que podría hacer que él acabase en la cárcel. —Regan soltó lentamente el aire de los pulmones.

—Tu psiquiatra estaría orgulloso de ti —dijo Charlie. A pesar del dato convincente de que Gibbs también había quedado excluido, había algo que fallaba en la historia. Sí, Proust debía de saber que Gibbs le contaría la verdad a Simon de inmediato; pero Sam también, Charlie estaba segura de ello. ¿Sam Kombothekra, manipulando las pruebas en un caso de asesinato? Imposible. Y Proust era demasiado astuto como para dar a Sam y Sellers esa clase de poder (el poder de acabar con su carrera). No sé si Simon estaba pensando también en todo esto...

—Esa primera entrevista con Tim Breary... La transcripción que hay en el archivo no es la misma que había en él originalmente —dijo Regan—. Hace menos de dos horas, mi padre alardeaba ante mi madre de tener agallas para romper las reglas. Daba bastante asco, pero no más que las demás conversaciones entre mis padres. En todas ellas se trata de que ella lo deje a él en buen lugar; en el mejor lugar posible, de hecho. —Regan puso la taza en la encimera—. Yo no soy detective, pero si a mi padre le importa tanto que no se descubra, debe de ser importante, ¿no?

Se dio la vuelta y salió de la habitación: su padre la aterrizzaba hasta el punto de dar a dos personas que lo odiaban la oportunidad de destruirlo y decirle que todo había sido idea de su hija. Charlie no estaba segura de creerlo.

La puerta principal se cerró de un golpe.

—Está mintiendo, Simon. Y quiere que vayas tras ella para poder mentir un poco más.

Simon cogió la taza en la que Regan había estado bebiendo y la estampó contra la pared. Luego salió de casa como un rayo sin cerrar la puerta, dejando que el frío viento y la lluvia entrasen a ráfagas. Charlie quedó salpicada de café frío y rodeada de fragmentos de taza. En realidad, no le importaba. También intentó, mientras le oía dar voces en la noche, que no le importase el hecho de que él nunca hubiese salido tras ella, llamándola a gritos, como si su vida dependiese de volverla a encontrar.

Viernes, 11 de marzo de 2011

En esta buhardilla sin ventilación solo hay una cama. Es doble pero pequeña, del tamaño de un sofá cama, y está cubierta en parte con un edredón individual. Solo hay una almohada. No hay armarios ni cajones, solo estantes abiertos, en los que no veo mantas o almohadas extras; nada útil en general. Llevo a cabo un anti-inventario: no hay minibar, no hay hervidor eléctrico, no hay bolsitas de té ni de café, no hay teléfono, no hay lámparas de lectura, no hay televisor, no hay menú del servicio de habitaciones. En la pared del fondo hay una puerta cuyas esquinas han sido lijadas para poder encajarla debajo del alero. Supongo —espero— que eso signifique que, al menos, tenemos un baño con ducha en la habitación. Sin necesidad de mirar sé que, en tal caso, será más o menos del tamaño del cerebro de Lauren.

—¿Qué coño es esto? —dice ella, mirando en derredor—. ¿Me están tomando el pelo? ¡Solo hay una cama! ¿Y ahora qué hacemos?

—Nos las arreglaremos, porque no tenemos otra elección.

En casa, Sean y yo dormimos en una cama de tamaño extragrande. Cuando la compramos, Sean dijo que creía que una grande ya bastaría. Yo le ignoré.

Evalúo la posibilidad de decirle a Lauren que se quede con la cama y que yo dormiré en el suelo, pero cambio de opinión. No podría pegar ojo, y lo necesito; tres o cuatro horas ya marcarían la diferencia. No tengo ni idea de lo que me reserva el día de mañana; tengo que cuidar de mí misma para poder enfrentarme a lo que sea que suceda.

Estoy pensando como la superviviente de un desastre; intento no ir más allá del próximo intervalo breve de tiempo y de las acciones y decisiones necesarias para superarlo.

—No voy a meterme en la cama con una mujer —protesta Lauren, cruzándose de brazos—. Ni con un hombre, si no es mi Jason. Se pondría como una moto.

—Pues duerme en el suelo —le digo, rogando que le parezca bien.

—¡Y una mierda! —Echa un ojo a la alfombra: hasta tiene chicle incrustado; está hecha una porquería—. ¿Y si buscamos otro hotel, como dijiste?

—Esa idea era buena hace dos horas. —En el tiempo que el personal de recepción necesitó para organizar las habitaciones y distribuir las llaves, podríamos haber vuelto al aeropuerto de Düsseldorf; claro que eso no habría tenido mucho sentido. Aunque, de todos modos, tampoco parece que lo tenga estar aquí, al lado del aeropuerto de Colonia. Ahora mismo parece poco

probable llegar a casa, por el medio que sea, aunque lógicamente sé que en algún momento sucederá—. Ya estoy demasiado cansada. No estoy dispuesta a perder más horas de sueño. El autocar nos recogerá a las siete, se supone.

La mandíbula inferior de Lauren empieza a temblar.

—Puedes quedarte con el edredón y la almohada. Yo utilizaré mi abrigo como manta.

—¡No! ¡No me da la gana! ¡Mira cómo nos tratan estos cabrones! —Intenta abrirse paso—. Voy al vestíbulo a decirle a esa mujer...

—Ya no está. Se fue en cuanto nos distribuyó en las habitaciones.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo no lo sabes tú? —replico de malas maneras—. Eso es lo que dijo que haría...

—Yo no la oí.

—... y luego la vimos irse. Hasta las seis de la mañana, este hotel no tiene personal.

Uno de mis detalles favoritos de la situación, que pienso incluir en todas las futuras narraciones de esta historia de terror, es que el desayuno está programado a partir de las siete en punto, la hora exacta a la que nuestro autocar va a salir hacia el aeropuerto de Colonia. Cuando la recepcionista nos informó de esta noticia, sonreía, consciente de que no la afectaba: ella sí iba a poder desayunar.

—¡Muy bien, demuéstalo! —Los ojos de Lauren se iluminan—. Si no hay personal, vamos a destrozarlo todo —dice, entusiasmada de repente—. ¡Vamos a echar las puertas abajo hasta que encontremos otra cama!

Me tapo la cara con la mano y me froto la frente con el índice.

—Lauren, quiero que me escuches con mucha atención. Me voy a meter en esa cama —la señalo— y me voy a poner a dormir. Puedes hacer lo mismo o irte al carajo y hacer lo que te dé la gana tú sola. Lo que no puedes hacer es nada que me impida dormir; porque, si lo haces, te prometo que te arrepentirás de haberme conocido. —Esto habría quedado más amenazante si no hubiese bostezado mientras lo decía. En fin.

Me preparo para la inevitable catarata de lágrimas; en cambio, Lauren contesta:

—Si vamos a compartir cama, quiero que me jures que no me pondrás ni un dedo encima. Y no me pienso quitar la ropa.

—Te prometo —digo, alzando las manos— que no haré ningún gesto que se

pueda considerar romántico. En serio, estarás del todo segura. Incluso en el caso de que el lesbianismo se apodere de mí en sueños, mi buen gusto se mantendrá firme y nos protegerá a ambas.

Lauren me mira con los ojos muy abiertos mientras retrocede.

—¿Qué pasa? ¿Te escandaliza oír la palabra «lesbianismo» en voz alta en un entorno social respetuoso? Lo siento, he olvidado repasar mis nociones de intolerancia antes de ponerme en marcha esta mañana. Si hubiese sabido que te iba a conocer, me habría puesto las pilas.

—¿Puedes hablar de manera que yo te entienda? —dice Lauren en voz baja.

—Claro. Buenas noches; ¿esto lo has entendido?

Me quito los zapatos, me tumbo totalmente vestida en el lado más alejado de la cama, me tapo con el abrigo y cierro los ojos. Me habría gustado cepillarme los dientes, pero a la recepcionista se le habían acabado los cepillos de dientes antes de que Lauren y yo llegásemos.

—¿Gaby?

—¿Qué?

—Me muero de hambre. Me estoy mareando. Tengo que comer algo.

Me pregunto si podría fingir que me he dormido después de contestar «¿Qué?». Vale la pena intentarlo.

—¿Gaby? ¡Gaby! ¡Despierta!

Tomarle el pelo a un tonto no tiene gracia; es demasiado fácil. Abro los ojos.

—Hay una gasolinera al otro lado de la carretera, enfrente del hotel. ¿Por qué no vas y te compras algo allí? Llévate la llave de la habitación.

—¡No quiero ir sola!

—¿Por qué no?

Mi insensible sugerencia de que se sumerja en la soledad durante los próximos cinco a diez minutos ha activado los sistemas de extinción internos de Lauren: está llorando otra vez.

—A lo mejor no hablan inglés. Nunca he estado sola en una tienda extranjera.

Si tuviese energía suficiente, me abofetearía. Ya sabía que tenía hambre; lo había dicho antes. Debería haberla enviado a por comida mientras yo esperaba en la cola.

—Por favor, Gaby, ven conmigo. Te juro que luego te dejaré dormir.

Me siento de golpe; la cabeza me empieza a dar vueltas. Me agarro a lo que podría ser un aspecto positivo de la situación: a mí tampoco me vendría mal comer algo. Hasta ahora no me he dado cuenta del hambre que tenía. He estado tratando de engañarme a mí misma y situarme en un estado de trance para no ser consciente de lo que me está pasando.

—De acuerdo, vamos —alcanzo a decir mientras me pongo los zapatos—. ¿Qué vas a querer tú? Espero que tengan cosas de esas que engordan y un microondas. Me apetece una hamburguesa y una chocolatina de postre.

Lauren tuerce la cara en una expresión de desagrado.

—¿Tú crees que tendrán comida inglesa? La comida extranjera me revuelve el estómago.

—Eso es ridículo. Las hamburguesas con queso no tienen pasaporte.

—Ah, ¿así que es ridículo que te guste la comida de tu propio país? —Se vuelve hacia mí—. ¡Los alemanes sí que son ridículos! La única música que he oído desde que llegué es música en inglés, en la radio de todos los coches que pasaban. Tienen su propio idioma, pero escuchan nuestra música. ¡Hay que ser tonto!

En mi cabeza, contesto: «Bueno, ya sabes que los alemanes no tienen orgullo nacional; ese es su problema». A Lauren, en cambio, le digo:

—Creo que también querré una lata de Coca-Cola. —Estoy aprendiendo las reglas del diálogo para besugos: cuando crees que es imposible dar una respuesta, introduce una afirmación aleatoria sin relación alguna como si fuese relevante para el tema tratado.

En la gasolinera, empapadas por la lluvia, Lauren y yo nos encontramos con los tres tipos con camisetas de fútbol que estaban en la puerta de embarque B56 de Düsseldorf, los mismos que esperaban emborracharse a cuenta de Fly4You. Esto es lo que más me gusta ver: una ambición que se mantiene en el mismo nivel hasta haber alcanzado el objetivo. A estos hombres no se les permite sufrir agotamiento, depresión o una idea mejor que les desvíe de su trayectoria. Están en la caja, con euros en las manos y dieciséis latas de cerveza apiladas enfrente, aún bromeando sobre el pedo que se van a pillar. Me pregunto si las cosas son así para todos los que beben mucho: la atracción no es por el alcohol en sí mismo, sino por la oportunidad cómica que representa, la ocasión de decir una docena de veces «Vaya pelotazo que nos vamos a pillar, ¿eh?».

—Aquí no hay ni una mierda para comer —dice Lauren, mirando alrededor con expresión triste.

Abro la puerta del frigorífico y saco los dos únicos bocadillos que quedan. No parece que haya comida caliente, ni tampoco microondas.

—¿Jamón o atún con mayonesa? A mí me da igual.

—No como bocadillos —responde Lauren.

—¿Por principios?

—¿Qué?

—¿Por qué no comes bocadillos? Un bocadillo de jamón con pan blanco es el tentempié más inglés que puedes esperar encontrar. ¿Qué problema hay?

—No sé quién lo ha toqueteado con sus sucios dedos —dice, arrugando la nariz—. No importa, me pillo unas Pringles y ya está.

—Vas a necesitar algo más que Pringles —opino, y en cuanto termino de pronunciar las palabras me doy cuenta de mi error. «Recuerda: esta mujer no te importa; te da igual si come hierbajos de la explanada delantera de la estación de servicio o si se bebe cinco litros de gasoil». No volverá a suceder.

—Me llevaré el paquete grande —dice—. Es inmenso. Seguro que no me puedo acabar todas esas Pringles.

—Yo me llevaré el bocadillo de atún, porque es lo más nutritivo y saciante que tienen —añado yo, en mi papel de modelo de comportamiento positivo—. Y un Häagen-Dazs de premio. —Abro el congelador y saco una tarrina de helado de sabor Cookies & Cream.

—¿Qué es Haggendass? —pregunta Lauren, incapaz de conectar la palabra con lo que tengo en la mano y que no es un bocadillo.

—Helado de lujo —le indico.

—¡Fíjate! —dice ella, en tono burlón y lo bastante alto para hacer que los acaparadores de cerveza se vuelvan—. ¡Vaya con la niña pija!

—Mejor niña pija que mocosa malcriada, es lo que siempre digo. De hecho, no, nunca digo cosas así. Normalmente, lo que digo es más bien: «Entonces, ¿cuáles son los parámetros cinemáticos óptimos de los elementos terminales?». Salvo que esta noche no tiene demasiado sentido decir las cosas que digo normalmente, porque la única persona que me está escuchando es una provinciana intolerante y corta de miras.

—Estás hablando de mí, ¿verdad? —dice Lauren con un brillo de triunfo en los ojos, como si me hubiese pillado en falta.

Uno de los de las camisetas de fútbol le da un codazo a otro mientras comenta: «Eh, parece que se va a liar con esas dos tías de ahí». No, de hecho, lo que parece es que toda la energía del saque inicial ya se ha disipado. Y tus amigos, que no son ni sordos ni ciegos, no deberían necesitar instrucciones. Si no pueden averiguar por sí solos a qué discusión te refieres, ¿qué te hace pensar que las cosas serán distintas si se la señalas?

¿Soy yo la rara, no solo en esta estación de servicio, sino en el mundo? ¿Son

la mayoría de las personas como Lauren y no como yo? Es una idea que me da miedo.

—Anda, ve a por tus Pringles. Supongo que soy yo quien las paga, ¿no? — Lauren no lleva bolso ni monedero.

—No me quedan euros. También necesito algo de beber. ¿Puede ser una Coca-Cola Light?

—No. Será una Coca-Cola normal. Si yo pago, yo elijo.

—¿Cómo dices? —se ríe de mi enfado—. Vaya jeta que te gastas.

—Estás delgada como un fideo y hace más de veinticuatro horas que no comes nada. Las calorías te vendrán bien. Además, la Coca-Cola Light está cargada de aspartamo, que es malo para la salud. Entre sus efectos secundarios se encuentran portarse como una gilipollas en el aeropuerto de Düsseldorf.

La sonrisa en su rostro se tiñe de preocupación.

—Siempre bebo Coca-Cola Light. No bebo nada más.

—Olvidalo, era una broma.

—¿Qué?

—Que estaba bromeando. ¿No conoces a nadie que lo haga? Deja que lo adivine: ¿tú no tienes sentido del humor, pero Jason sí?

—Tú no conoces a Jason —contesta con un aire de sospecha, como si temiese que sí lo conociera.

—Ya lo sé. Da igual, déjalo. Voy a dejar la... contienda dialéctica contigo y aceptaré simplemente que no hay manera de hacer que esta noche sea divertida.

—Entonces, ¿puedo tomarme una Coca-Cola Light?

—No, eso lo decía en serio. De hecho, olvídate de la Coca-Cola y toma una botella de zumo de naranja recién exprimido. Y coge un par de cepillos y pasta de dientes de allí —le digo, señalando.

Lauren coge una lata de Coca-Cola Light y la sostiene, desafiante.

—Es zumo de naranja o nada —le digo con firmeza—. Dentro de veinte años, cuando estés en tu lecho de muerte, podrás decirles a tus tataranietos que una vez, durante una noche de lluvia en Colonia, probaste la vitamina C.

Cojo una Coca-Cola para mí y pago la comida y las bebidas. Cuando cruzamos la vacía autovía de doble carril de vuelta al hotel, la lluvia ha arreciado. En

nuestra habitación, me siento en la vieja alfombra y le indico a Lauren que haga lo mismo para secarnos un poco antes de meternos en la cama. Sería razonable que nos quitásemos la ropa, la pusiésemos a secar en los radiadores —una de las mejores cosas de esta habitación es que tiene radiadores— y durmiésemos en ropa interior. Pero es imposible sugerirlo sin que Lauren me confunda con una depredadora sexual cuyo objetivo es sustituir a Jason. Si tengo que dormir en una cama minúscula con una cretina, preferiría no tener que hacerlo con la ropa mojada.

Lauren bebe un trago de zumo de naranja y lo escupe de nuevo en la botella.

—Paso de beber esto. Es asqueroso. Tiene cosas flotando.

Es una suerte que me haya hecho salir; ahora, comiendo, me siento mejor. El bocadillo de atún está frío y revenido, pero me alivia el hambre; y siempre ayuda saber que, cuando lo termine, tengo Häagen-Dazs.

Debería encender el teléfono para ver si Sean me ha dejado la ristra de mensajes que esperaba (y por eso lo he apagado). No tengo por qué hablar con él: podría enviarle un mensaje de texto y darle una explicación somera. De todos modos, ya se habrá ido a dormir.

Cuando levanto la mirada me encuentro los ojos de Lauren fijos en mí.

—¿Qué?

—Dentro de veinte años tendré cuarenta y tres años. ¿Por qué iba a morirme con cuarenta y tres años?

La sorpresa hace que casi inhale el atún que tengo en la boca, pero consigo tragármelo. Debe de haber recordado lo que dije en la gasolinera y ha averiguado lo que significaba. Me gustaría felicitarla por ello, pero eso sería condescendiente, y ahora no me apetece; aunque no me cabe duda de que pronto volveré a serlo.

—No hay ninguna persona de cuarenta y tres años que tenga tataranietos —declara Lauren.

—No, tienes razón. ¿Ves lo que pasa cuando conectas el cerebro? Puedes incluso ganar discusiones.

—Entonces, ¿de qué hablabas? —pregunta mientras se llena la boca con un puñado de fragmentos de Pringles.

—Estaba bromeando.

—Pues no le veo la gracia a decir algo que no es verdad.

Apoyo lo que queda del bocadillo en la pernera mojada de mi pantalón; me niego a dejar que toque en absoluto esta habitación de hotel.

—Me estaba burlando de ti porque eres el tópico de una persona de clase baja, y estaba siendo sarcástica y antipática en general. Yo, no tú. Es una manera de mantener en forma la mente. También podría leer para conseguir lo mismo, pero no dejarías de interrumpirme.

—¿Para qué necesitas leer un libro? —pregunta Lauren.

—Pasar el rato contigo me hace sentir como si mi CI se estuviese reduciendo —me explico—. Me gustaría darle un impulso hacia arriba.

—Tu CI... ¡mírala ella! —dice, sonriendo de repente—. Espera a que le cuente a Jason cómo eres. Hay dos cosas que le voy a decir: es una tía presuntuosa, pero en el fondo es buena gente.

—Le parecerá que me conoce de toda la vida —respondo, sonriendo también—. Mira, Lauren, no te vas a morir a los cuarenta y tres años, pero si sigues fumando al ritmo que lo haces, y si nunca, jamás, comes comida sana, es muy posible que te mueras más joven de lo que deberías. Y... también es posible que tengas niños demasiado joven y quedes atrapada con tu Jason. No tiene por qué ser «tú» Jason, ¿sabes? Puede ser el Jason de otra persona...

—¿Qué quieres decir?

Exactamente lo que yo me estaba preguntando.

—Tienes otras opciones. No tienes por qué hacer lo que hacen todas tus amigas.

—¿Qué quieres decir con «atrapada con tu Jason»? Es mi marido. Quiero estar con él.

Dejo de lado los restos del bocadillo de atún y me paso a la tarrina de Häagen-Dazs. Por una vez, creo que lo que ha dicho Lauren tiene mucho sentido.

—Lo siento por creer que tú eras yo. Soy yo quien debería haber dejado a su pareja y, desde luego, no debe tener un niño con él. —No puedo creer que esté diciendo esto en voz alta.

«Bueno, solo a Lauren; eso no cuenta».

De todos modos, ni siquiera me lo había dicho nunca a mí misma.

—¿Cómo se llama tu marido?

—No estamos casados, solo vivimos juntos. Sean.

—¿No le quieres?

—No sé si le sigo queriendo. Y aun así, eso no basta.

Lauren se ríe.

—Mira que dices cosas raras. ¿Cómo que no basta con que le quieras? Es como, lo máximo que te puede importar una persona, ¿no?

—No me impresiona, ni le admiro. No puedo evitar pensar que me merezco algo mejor. —«Un adulto de verdad, independiente. Alguien capaz de pasarse cuatro noches por semana solo sin quejarse». Un repentino arrebató de rabia me hace decir—: Si no estuviese tan ocupada trabajando, ya me habría decidido a dejarlo.

¿Es que por culpa de Sean me he convertido en una de esas personas que lo deja todo para más adelante? ¿Para no herir sus sentimientos, porque sé que ya no quiero seguir estando con él?

«Gracias a Dios que no estoy embarazada. Gracias a Dios que se ha retrasado mi vuelo de vuelta a casa. Es una oportunidad».

—Quizá tú te merezcas algo mejor que Jason. ¿Es amable contigo? ¿Te trata bien? ¿O es un abusón, una persona violenta? ¿Es por eso que confundes los malos tratos verbales de una extraña con el consuelo de una nueva amiga?

—No es más que un tío. —Lauren mira hacia otro lado—. Todos se parecen un montón.

Decido no presionarla para saber más detalles; no creo que me gustase oírlos.

—Una vez conocí a un hombre que era completamente distinto a cualquier otra persona que hubiese conocido, hombre o mujer —le cuento, olvidándome de mi control habitual—. Me habría casado con él al instante.

«Y me habría tatuado su nombre en el brazo; en los dos». A veces pienso que no hay nada que no hubiera sido capaz de hacer si hubiese podido tener a Tim.

—¿Qué pasó? —pregunta Lauren.

—La cagué y le eché la culpa a Sean.

—¿A Sean? ¿Por qué? ¿Qué hizo él?

—Nada. Pero eso ya lo tengo solucionado: se le llama ser injusto.

—Y el otro, ¿qué? —¿Por qué parece Lauren tan interesada? Hasta ahora no le había importado nada de mí y, de pronto, me contempla con los ojos como platos, como si mis teorías sobre mi vida amorosa fuesen de algún interés para ella—. ¿Es por eso que no te has casado con Sean? ¿Porque aún tienes esperanzas de pillar al otro?

Me río por lo absurdo de la palabra «pillar» aplicada a Tim.

Lauren se llena la boca de patatas, revelando que en un futuro próximo tiene previsto escuchar, no hablar.

—Primero cuéntame tú algo de tu hombre. No de Jason, sino del inocente que va a ir a la cárcel por asesinato.

Lauren no es una mala persona. Parece tener un pronunciado sentido de la justicia, a pesar de que lo exhibe de la forma más irresponsable en lugares públicos. Y se me acaba de ocurrir algo más: las personas que participan de forma voluntaria y entusiasta en errores judiciales generalmente no utilizarían las palabras «dejar que un hombre inocente vaya a la cárcel por asesinato». Eso es lo que diría una persona si estuviese en contra, no a favor. Y Lauren no estaría a favor. Por increíble que parezca, me da la sensación de que la conozco lo suficiente para afirmarlo. No creo que dejara que incriminasen a alguien por un asesinato sin hacer nada, a menos que no tuviera otra opción. «A menos que no pueda contarle la verdad a la policía porque le da demasiado miedo lo que el asesino de verdad pueda hacerle». ¿Podría ser ese asesino Jason, su marido? ¿O estoy precipitándome a sacar conclusiones?

Lauren se pone de pie.

—No piensas dejarlo correr, ¿verdad? —dice con amargura.

Se limpia los dedos de migas de Pringles sobre la alfombra, coge el bolso y se dirige hacia la puerta a la que le falta una esquina. Antes de que tenga tiempo de disculparme —sin quererlo realmente, ya que no creo que nadie dejase correr una cosa así (y si lo hiciera, no debería)—, Lauren se ha encerrado en el baño.

¿Es que no se le ha ocurrido que podría ir a la policía sin problemas? De hecho, no solo podría, sino que lo haré. No tengo miedo de Jason Cookson; no tiene poder alguno sobre mí. Nadie debería cumplir condena por un crimen que no ha cometido.

Me vienen de nuevo a la memoria los versos de un poema que recordé a medias en el aeropuerto de Düsseldorf: «Nuestro tiempo en manos de otros / Demasiado escaso para las palabras». ¿Cómo puedo haberme olvidado del resto? No me gusta la idea de perder algo que obtuve de Tim. Originalmente eran las palabras de otra persona, pero se convirtieron en suyas cuando me leyó el poema en el Proscenium.

Saco la BlackBerry del bolso, la enciendo y, sin hacer caso del icono que me indica que tengo mensajes de voz, abro el explorador de Internet y escribo en el cuadro de búsqueda los dos versos que recuerdo. El primer resultado que aparece es el que quiero; al hacer clic en él, el poema aparece en la pantalla, como un viejo amigo. Se llama «Parada imprevista», de Adam Johnson.

Me siento en el Charles Hallé

En la ventosa Manningtree,

Las gaviotas danzan

Sobre el estuario.

«Tenemos un problema...».

Explica una trémula voz.

En el andén diviso

Un cartel: «Cuidado con los trenes».

Y te imagino, impaciente,

En el aparcamiento

De la estación de una ciudad de juguete,

O forzando la vista en las vías

Mientras la tarde ensaya

Las vísperas de los pájaros.

Nuestro tiempo en manos de otros,

Demasiado escaso para las palabras.

Para mi horror, me he puesto a llorar. Puedo ver a Tim, en lo alto de la escalera del Proscenium, diciéndome que, cuando el poeta escribió estos versos, se estaba muriendo. Oigo su voz en mi cabeza, leyendo las palabras de cada uno de ellos en voz alta.

Me froto los ojos con rapidez, esperando que Lauren no salga pronto del baño. Cuanto mayor me hago, más me cuesta disimular que he llorado.

«¿Quién es el portador?».

Tengo que parar esto. Ya mismo.

Cuando estoy a punto de apagar el teléfono, se me ocurre una idea: quizá una búsqueda por Internet sirva para averiguar quién es el hombre injustamente condenado del que habla Lauren. Aunque no es probable, porque no sé cómo se llama.

A menos que baste con el nombre de Lauren. O, aún más improbable: «Lauren Cookson, esposa y protectora del verdadero asesino, no hizo ni una mierda para impedir que la policía arrestase a alguien que no tenía nada que ver».

De todos modos, escribo el nombre de Lauren en el cuadro de búsqueda porque me da algo que pensar que no sea Tim. El resultado que busco aparece más rápido que la línea azul de una prueba de embarazo: «Lauren Cookson, su cuidadora de 23 años...».

Me tapo la boca con la mano para no hacer ningún ruido que pueda alertarla. Quizás esto haya aparecido en los periódicos locales, que no leo nunca, o en los boletines de noticias locales, que nunca miro porque tengo mucho que hacer... Hago clic para leer todo el artículo.

«Dios mío, Dios mío. Esto no puede ser. No puede estar pasando». Ya he tenido esta misma sensación antes, así que ya sé que, cuando lo que se revela ante tus ojos es simplemente imposible, aun así tienes que enfrentarte a ello. Tienes que pensar, actuar y respirar, y a veces hablar, a pesar de que ya no crees en el mundo que contiene todas estas cosas.

Lo ideal, en muchos niveles, sería que todo esto resultase ser un sueño. Eso querría decir, para empezar, que estoy dormida; ya hace mucho rato que quiero dormir. Sin embargo, ¿podré cambiar esta pesadilla por un sueño que no me haga querer gritar hasta despertarme?

Desorientada, paso los ojos por el texto, intentando absorber lo que puedo de él. «El cuerpo de Francine Breary, 40, fue hallado por Lauren Cookson, su cuidadora de 23 años... El marido, Tim Breary, ha sido acusado... El sargento detective Sam Kombothekra del departamento de investigación criminal de Culver Valley...».

Las palabras no se están quietas, no me dejan leerlas. Me voy a desmayar. Tengo que cerrar los ojos.

Es Tim. El hombre inocente del que habla Lauren es Tim Breary.

Prueba policial 1432B/SK

PRUEBA POLICIAL 1432B/SK:

TRANSCRIPCIÓN DE CARTA MANUSCRITA DE DANIEL JOSE A FRANCINE BREARY CON FECHA 22 DE DICIEMBRE DE 2010

Francine,

Yo no quiero escribir esta carta y tú no la vas a leer nunca. No es exactamente lo que yo llamaría un principio prometedor.

¿Para quién estoy escribiendo? Fue Kerry quien me pidió que lo hiciera. Por Tim, me dijo, así que esa sería una respuesta mejor, salvo que Tim tampoco la leerá nunca. Kerry dice que no importa. Él sabe que está ahí, igual que sabe que sus cartas están ahí. Puede que las lea o puede que no. Kerry cree que es muy probable que sí, pero yo no estoy de acuerdo. Y como dije que solo lo haría si me prometía no leer lo que yo había escrito, y la verdad es que me fío de ella en ese sentido, estoy bastante segura de que nadie leerá la carta que estoy escribiendo. Se supone que eso tiene que hacer que me sienta libre de decir todo lo que quiera, pero, como le dije a Kerry, no creo que funcione a menos que haya algo que quieras decir, y no es mi caso. En general, solo me comunico con las personas que me caen bien y que me escuchan, y tú, Francine, nunca has estado en ninguna de las dos categorías.

Así que supongo que tengo dos opciones. Una de ellas sería zafarme del problema, metiendo un papel en blanco en un sobre, escribiendo «Francine» en él y metiéndolo debajo de tu colchón. Perdón, no es tuyo, ni lo será nunca, aunque te acuestes en él el resto de tu vida. Es de Kerry y mío, y se lo hemos prestado a Tim (exacto, Francine: a Tim, no a ti) durante todo el tiempo que lo necesite, y esa es la única razón de que tú lo estés utilizando. Este parece un momento tan bueno como cualquier otro para dejar bien claro que, de no ser por la decisión de Tim de volver contigo y cuidarte cuando tuviste el ictus, Kerry y yo no nos habríamos implicado. No habrías obtenido ni nuestro dinero, ni nuestro apoyo. Que te quede bien claro: la persona por quien haríamos cualquier cosa es Tim. Él es el motivo de que te traten a todo lujo, de que tengas tu propia cuidadora veinticuatro horas al día. Tú eres la persona por quien no haríamos nada.

Vaya, parece que, después de todo, sí que tenía algo que decir.

En fin, este papel ya no está en blanco, así que, si voy a inclinarme por la primera opción, voy a tener que volver a empezar con una hoja nueva y no escribir nada en ella. No creo que Kerry lo comprobase; ella confía en mí. Y con buen criterio, porque nunca le miento. Aunque lo viese, no creo que sospechara de un sobre cerrado, a pesar de que sé que las cartas que ella te escribe no las mete en sobres: las deja abiertas y accesibles, para que Tim

pueda leerlas.

Kerry cree que ha encontrado una laguna en su estrategia. La comunicación directa sobre algo personal ha estado siempre prohibida (bueno, no exactamente prohibida, sino más bien evadida, pero el resultado final es el mismo) pero, si Tim puede leer sus cartas en secreto y devolverlas a su lugar sin tener que admitir que las ha leído, eso ya es otra historia. Podría pensar que eso sí es aceptable. Si la teoría de Kerry es correcta y Tim evita hablar sobre sentimientos porque no puede arriesgarse a ponerse sensible delante de nadie, esta es la solución perfecta. Personalmente, yo soy escéptico: creo que a Tim le da tanto miedo hacer frente a los asuntos complicados en privado como parecer débil en público. Por eso intentó suicidarse. Había logrado huir de ti, Francine, de mí, de Kerry y de todos aquellos que le conocían, pero no podía huir de su propia cabeza o de su propio corazón. (Él diría: «¿Otra vez con tus supersticiones sobre el músculo que bombea la sangre por mi cuerpo?»).

Es una pena que no pueda leerte esta carta, pero Kerry dice que no debo hacerlo, y es la persona más sabia y justa que conozco. Eso no quiere decir que esté siempre de acuerdo con ella: no creo que haya ningún problema con hacer una excepción y leerte, al menos, resúmenes. Deberías saber acerca del intento de suicidio de Tim. Mereces saber que estar casado contigo produce esa clase de efecto. Eres una déspota. Bueno, lo eras antes del ictus. Unos seis meses después de que Tim y tú os casaseis, Kerry y yo llegamos a la conclusión de que esa palabra te definía bien. «Un déspota es una persona cuya muerte haría que alguien fuera libre; aunque solo fuese una persona», dijo Kerry.

Te culpo a ti por lo que Tim se hizo a sí mismo aunque, una vez, él se rio de mí cuando se lo dije y me contestó: «Ningún aspecto de mi comportamiento tiene relación alguna con Francine, ni ahora ni nunca. La ignoro cuidadosamente, igual que tú ignoras mi voluntad». Al ver que yo tenía intención de seguir hablando del asunto, decidió cambiar de tema a la brava. Más tarde, reflexionando sobre qué podía haber querido decir, llegué a la siguiente conclusión: no tenía por qué casarse contigo. Podía haberte dejado en cualquier momento. O también podía haberse quedado contigo, pero se enfrentó a ti cuando intentaste manipular hasta las más nimias facetas de su vida. Cuando finalmente te dejó, podría haber ido directamente a decirle a Gaby Struthers que ella era la mujer a quien amaba y con la que quería estar. No tenía por qué haber dado la espalda a sus amigos y a su carrera profesional, alquilado un cuchitril en Bath y accedido a Internet al cabo de cinco meses en busca de consejo sobre cómo cortarse las venas de manera que la muerte estuviese garantizada. En cada una de las etapas tuvo opciones; eso es lo que trataba de decirme. Para un observador externo, parecía que estaba obedeciendo órdenes como un esclavo hasta el día en que te dejó, pero Tim prefería definirlo de otra forma. Prefería pensar que no te tenía en cuenta para nada y que elegía el camino que mejor le conviniese a él en cada momento. Si resultaba que ese camino coincidía con algo que te hacía feliz y, por tanto, hacía que le dejases tranquilo, todo eso era un beneficio adicional. Kerry está segura de que él lo veía así, y yo estoy de acuerdo con ella.

¿Te ha contado algo de su intento de suicidio, Francine? Puede que sí; ahora habla contigo de una manera distinta a como lo hacía antes, cuando podías responderle. No nos lo contó a mí y a Kerry cuando nos llamó inesperadamente, después de cinco meses sin contacto alguno, y dijo, en su tono de siempre: «Supongo que estáis demasiado ocupados para pasaros por aquí, ¿no?», como si aún nos viésemos de modo habitual y nada hubiese cambiado. Kerry le dijo que no estábamos demasiado ocupados. En nuestro mundo no existía, ni existe, el concepto de «estar demasiado ocupado para Tim». Tú no lo entenderías, Francine, pero él es nuestra única familia. Nuestras tres familias verdaderas no son inútiles, sino algo aún peor que eso. Solo nos tenemos el uno al otro. He llegado a la conclusión de que las personas que sufren nuestro tipo específico de privación tienden a unirse: un agua que puede ser más densa de lo que es la sangre para la mayoría de las personas, si se entiende la idea.

¿Conoces la historia de Tim y su familia? ¿Aún no te la ha contado? Después del ictus, no entendería por qué no.

Supe que era Tim el que estaba al teléfono por la forma en que Kerry se sentó, con la espalda rígida, y empezó a hacerme señas frenéticamente. No habíamos sabido nada de él desde la carta que nos escribió cuando te dejó a ti y la casa de Heron Close, en la que nos decía que nunca volveríamos a verlo y nos consolaba asegurándonos que nuestras vidas serían mejores si nos evitaba su presencia.

«¿Dónde estás? —le preguntó Kerry—. Danos una dirección; vamos hacia allí». La dirección era en Bath, a tres horas y media en coche de Spilling. Eran las once y media de la noche; sabíamos que no íbamos a llegar al trabajo al día siguiente, pero no nos importaba. Kerry sugirió que esta podía ser la oportunidad perfecta para que los dos dimitiésemos. Estábamos a punto de ser muy ricos gracias a Tim, y Kerry estaba convencida de que su inesperada llamada significaba que íbamos a poder abandonar nuestras vidas normales durante el futuro próximo para dedicarnos por entero a ayudarle. «No nos habría llamado si su situación no fuese desesperada» me dijo, de camino a Bath. Había delegado en mí la conducción, de modo que ella se cuidaba de preocuparse.

—Quizá simplemente nos echaba de menos y le apeteció llamarnos —sugerí yo, tratando de ofrecer una perspectiva distinta.

—No —dijo Kerry—. Por mucho que le apeteciese, no se lo habría permitido a menos que hubiese alcanzado un punto crítico. Y estamos hablando de Tim. Tendría que reconocerlo como una crisis, así que piensa hasta qué punto la situación debe de ser mala. Si no fuese una cuestión de vida o muerte... —oí cómo exhalaba, intentando expulsar la ansiedad—. Tim nunca deshace nada de lo que hace. Hace la cama de la forma más incómoda posible y se tumba en ella hasta que tiene el cuerpo cubierto de úlceras.

—Qué bonita imagen —bromeé, tratando de relajar el ambiente. Suponía que estaba haciendo mucho ruido por nada, pero ella siguió insistiendo.

—Piénsalo: casarse con Francine, dejar que Gaby desaparezca de su vida. Es una de sus normas: como ni se gusta, ni se valora a sí mismo, es extremadamente rígido con lo que se permite hacer.

Tú también solías tener unas cuantas normas, Francine: nada de zapatos en interiores cuando compraste la casa del número 6 de Heron Close, con su immaculado parqué flotante de roble; nada de poner cosas húmedas a secar en un radiador (¿se puede saber por qué?); nada de comer o beber en el vestíbulo; nada de tener en marcha al mismo tiempo la calefacción y la chimenea de gas, aunque la temperatura fuese bajo cero; nada de abrir una maleta para hacer el equipaje para unas vacaciones y, por supuesto, nada de poner el pie en un supermercado sin haber hecho antes una lista —y una vez en el supermercado, no comprar nada que no estuviese en la lista—. Y luego estaban las normas más sutiles, que nunca se habían establecido de forma directa y que regulaban las vidas psicológicas de las personas que te rodeaban: nada de preferir a nadie que no fuese tú; nada de creer que alguien era más interesante que tú; nada de ser próximo a nadie distinto de ti. Nada de sugerir siquiera que Tim pudiese querer venir por su cuenta si una noche estabas especialmente ocupada, o que si tú necesitabas ir a la oficina un domingo, a Tim le pudiese apetecer salir a comer con Kerry y conmigo en lugar de quedarse sentado en casa sin hacer nada, por el único motivo de garantizar que no te sintieras excluida. Por ti tuvimos que ir mucho más allá de quitarnos los zapatos, Francine. Tuvimos que abandonar nuestras identidades —sí, ya sé que suena muy serio, pero a) nadie va a leer esto nunca, y b) me importa un carajo—. Existía la amenaza inminente de que le prohibieses a Tim vernos, porque uno de nosotros se despistaría y haría algo que dejaría bien claro que nosotros tres estábamos más unidos entre nosotros de lo que ninguno lo estaba contigo, y eso sería el final: Tim no podría volver a vernos nunca. Ninguno de nosotros estaba dispuesto a correr el riesgo. Sin Kerry y sin mí, Tim no tendría a nadie en su vida, aparte de ti. Así que evitábamos la mayor parte de las conversaciones que habríamos querido tener y nos limitábamos a estar sentados como autómatas, hablando de las cosas que pensábamos que contarían con tu aprobación. La mayoría de las veces, en putos calcetines.

Aparte de hacernos quitar los zapatos en tu casa, no podías imponernos a Kerry y a mí lo que debíamos llevar; pero Tim no tenía tanta suerte, ¿verdad? Antes de conocerte, siempre llevaba ropa un poco hortera: trajes de tweed pasados de moda, con chalecos que hacían que sus clientes lo mirasen a la cara con atención mientras se preguntaban si se trataba de un setentón con un aspecto excepcionalmente juvenil. Esa ropa hubiese parecido extraña en cualquier otra persona, pero a Tim le favorecía. En lugar de parecer una reliquia de un tiempo pasado, tenía el aspecto que todo el mundo sabía que debía tener; y de algún modo extraño hacía que todo el mundo a su alrededor pareciese tener una imagen equivocada. No me duele admitir que, poco después de que la empresa de Tim y la mía se fusionasen, empecé a vestir de forma más tradicional, debido a su influencia. Es irónico que yo siga vistiéndome así, mientras que Tim hace años que ya no lo hace. Cuando se comprometió contigo, Francine, le dijiste que parecía el coronel Rubio del Cluedo, y le compraste un armario entero de ropa para que fuese exactamente igual que todas las demás personas. A Tim no pareció

importarle; cuando le pregunté, me sonrió y dijo: «A Francine le importa lo que yo llevo más que a mí. Ella cree que tiene importancia, pero yo sé que no». No quise dejarlo correr y le pregunté: «También le da más importancia a casarse. En realidad, tú no quieres casarte, ¿verdad? Entonces, ¿por qué lo haces?». «Porque le dije que lo haría, y ella lo quiere —explicó, como si fuese perfectamente razonable—. Tienes razón, ella le da más importancia. Me parece justo que las cosas se hagan como quiere la persona que pone más interés, ¿no crees?».

Pero, según Kerry, había algo más. A diferencia de Gaby Struthers, que adoraba a Tim y creía que era una persona especial (y, por tanto, Gaby no era de fiar), tú te comportabas como si pensases que Tim no era más que un desperdicio inútil, cosa que se correspondía con la imagen que él tenía de sí mismo. Además, tú también eras una persona enérgica, decidida a imponer tu voluntad. Kerry cree que es por eso que Tim se casó y se quedó contigo. Siempre parecías empeñada en hacer de él una mejor persona; quizás él mismo tenía la esperanza de que fueses capaz de hacerlo.

—Pero se comporta de manera cruel con él —señalé—. Carece por completo de libertad. Creo que, si yo hubiese llegado a este punto, abandonaría toda esperanza de mejora y recuperaría mi vida.

Kerry contestó que yo no entendía lo que pasaba.

—Tim no tiene ningún interés por ser él mismo. ¿Quién querría un producto que percibe como uno de los más defectuosos del mercado? Francine no tardó mucho en convencerlo de que su vida, la de él, era más un proyecto de Francine que suyo. Él no tiene la autoestima suficiente como para creer que se merece una segunda oportunidad.

De camino a Bath ya había dicho algo similar, acerca de la llamada inesperada de Tim, cinco meses después de escribir para decirnos que se apartaba para siempre de nuestras vidas.

—Estoy segura de que tardó pocos días en darse cuenta de que ese autodesierto fue una mala idea, pero Tim es así. Cree que si se fuerza a sí mismo a vivir con las consecuencias de sus cagadas, al menos se mantiene coherente. Lo único que podría provocar un giro de ciento ochenta grados como este (una llamada en mitad de la noche, una petición de auxilio sin previo aviso al otro lado del país) es la pura desesperación.

En cierto modo, sabía que tenía razón; aunque quizá sea el efecto de mirar retrospectivamente. Creo que recuerdo haber estado a punto de decir «Pero ya hizo algo parecido una vez, cuando dejó a Francine» y parar a tiempo cuando recordé que, en su carta de despedida, Tim había escrito: «A lo mejor Francine se pone en contacto con vosotros para contaros, de la manera más histérica e idiota posible, que yo la he dejado. Si es así, intentad por todos los medios hacerle ver que no ha sido así. Lo que estoy haciendo no tiene nada que ver con ninguna otra persona, ni lo estoy haciendo en contra de nadie, como sabrá ver cualquiera que no esté completamente dominado por el ego. Decidí que aislarme sería lo mejor para mí y para las personas más próximas, así que es lo que he hecho. Y, lo más importante de todo, no he hecho nada

más. No he dejado a mi mujer».

—Tim es así —le dije a Kerry; o quizá me lo dijo ella a mí; nos lo decíamos continuamente el uno al otro, y lo seguimos haciendo—. Tim es la única persona que dejaría a su mujer y afirmaría categóricamente que no lo ha hecho, creyéndose todas y cada una de sus palabras.

Llegamos al piso de Tim a las 2:30 de la madrugada, la noche de la llamada sorpresa, después de viajar casi todo el tiempo a unas ilegales noventa millas por hora. Kerry me puso la mano en el brazo mientras aparcábamos junto al número 8 de Renfrew Road.

—Prepárate. No sé lo que nos vamos a encontrar, pero no va a ser agradable.

La casa era un edificio cochambroso de estilo georgiano, dividido en apartamentos, en una calle que era prácticamente una montaña, casi demasiado empinada para poder aparcar en ella. La puerta principal estaba abierta, pero el efecto no era de bienvenida, sino de lo contrario. Más bien daba la sensación de que a los residentes les daba igual que estuviese bien cerrada o no. Las áreas comunes eran asquerosas. La alfombra estaba desgastada hasta ser casi transparente, y cubierta de pisadas fangosas; las paredes estaban agrietadas y con manchas de humedad. El olor era una mezcla de orina rancia y perro mojado. Mientras subíamos por la escalera, Kerry y yo tratamos de no tocar la barandilla. Tim nos había informado por teléfono de que ocupaba una de las dos habitaciones del último piso. Supusimos que era la que tenía la puerta abierta; de ella salía lánguidamente música clásica hacia el descansillo sin ventanas ni alfombra: canciones en alemán, cantadas por una voz masculina. Miré a Kerry y, probablemente, levanté las cejas en un gesto de optimismo. Tim solía escuchar únicamente música clásica antes de conocerte a ti, Francine; antes de que le dijese que te parecía deprimente y le prohibieses escucharla. Kerry meneó la cabeza, como diciendo que no había motivo para el optimismo. Entonces me di cuenta de que el tipo que cantaba sonaba más bien afligido.

—Tim —llamó Kerry.

—¡Adelante! —contestó él, alegremente, y bajó de inmediato el volumen de la música, como para dejar espacio para la conversación amistosa. De nuevo dudé del punto de vista de Kerry acerca de la situación. Sería muy propio de Tim, pensé yo, hacernos conducir tres horas en mitad de la noche y saludarnos bromeando, retomando la charla donde la dejamos la última vez, como si siguiésemos viviendo a cuatro pasos unos de otros.

Nada más entrar en el cuarto me percaté de hasta qué punto me equivocaba. Tim estaba sentado en la cama, en calzoncillos y camiseta; tenía a los pies charcos de sangre y un pequeño cuchillo, como los que se usan para picar ajos. Los charcos no eran muy grandes, pero tampoco pequeños. Recuerdo que en aquel momento pensé que eran como los charcos que se forman en las goteras, como si en el tejado del edificio de Tim se hubieran roto unas cuantas tejas y la lluvia se hubiera filtrado.

No me cuesta admitir que me bloqueé, Francine. Me convertí en una persona

inútil. No hice nada, no dije nada. Bueno, tampoco se puede decir que no hice nada; miré con mucha atención. Tanta que aún ahora, años después, puedo ver la escena con toda claridad. Tim se había hecho cortes en las muñecas, y tenía manchas y salpicones de sangre hasta los codos. Su piel tenía un tono verdusco. También se había hecho cortes en los tobillos y en los talones, de ahí la sangre en el suelo. La habitación estaba en un estado tan lamentable como la persona que la ocupaba. Las paredes estaban mohosas, y varios de los cristales de la ventana estaban rotos. En el techo, en dos de las esquinas, había telarañas del tamaño de hamacas: estructuras grises, gruesas como si estuviesen hechas de cordel, que debían de llevar años allí. Me horrorizó pensar que Tim hubiera alquilado la habitación en ese estado, que no hubiera siquiera limpiado esas enormes telarañas. «Porque lo único que pensaba hacer en esa habitación era languidecer y morir», me explicó Kerry más adelante.

—No os acerquéis a mí —nos advirtió Tim, blandiendo el cuchillo—. Qedaréis mojados y pegajosos.

A mí me pareció que estaba amenazando con hacerse aún más daño si nos aproximábamos a él físicamente, aunque puede que me equivocase.

Kerry estuvo brillante, Francine. Actuó como si no hubiese pasado nada especialmente terrible, como si no se tratase más que de una cuestión práctica que pudiese resolverse con facilidad.

—Puedo decirte ahora mismo que ninguna de esas heridas es mortal —le dijo a Tim en tono prosaico, apartándose de él y acercándose a la mesa en la que estaba abierto su ordenador portátil. Junto al portátil había un bolígrafo y un cuaderno, en el que había escrito algo parecido a una lista, manchada de rojo con la sangre de Tim. Tocó el teclado y la pantalla cobró vida—. ¿Estas eran tus instrucciones? —preguntó.

—No sirven para nada —contestó Tim—. Si hubiesen sido útiles, yo ya no estaría aquí. —El matiz verdoso de su piel se acentuaba a cada momento. ¿Cómo sabía Kerry que no estaba en peligro mortal? Yo no estaba tan seguro. La sangre seguía fluyendo, de eso no cabía duda. Kerry había sacado el teléfono—. No llames a una ambulancia —le espetó Tim—. Estoy seguro de que no va a tardar en suceder.

Recuerdo que me sentí como si alguien me hubiese echado un cubo de agua helada por encima. ¿Para eso nos ha convocado Tim? ¿Para verle morir? ¿Es que quería que le diésemos apoyo moral? ¿No se le ocurrió pensar en el efecto que tendría en nosotros?

Kerry le replicó de mala manera:

—Yo voy a llamar a una ambulancia y tú te vas a callar la boca.

Y así lo hizo; y Tim se lo permitió. Ella le preguntó cuándo lo había hecho.

—¿A las diez y media? —contestó él, de forma especulativa. Cada pocos

segundos se agarraba las rodillas, como si fueran la parte de su cuerpo que más doliese.

—¿«Felices cortes»? —leyó Kerry en voz alta en la página web. Al oír esas palabras me estremecí; un escalofrío me recorrió, literalmente, todo el cuerpo. Deseé que nunca se hubiese inventado Internet, y que todo aquel que publicase en la red instrucciones para suicidarse pusiera en práctica lo que predicaba y muriese, dolorosamente y lo antes posible. El mismo momento en que escuché las palabras «felices cortes» supe que nunca más podría quitármelas de la cabeza; y tenía razón: nunca he podido hacerlo.

Kerry le dijo a los de la ambulancia que era urgente: un hombre se había hecho cortes en las muñecas y los tobillos y estaba perdiendo sangre.

—Me alegro de que no les hayas contado que me he intentado suicidar —dijo Tim.

—¿Es que no ha sido así? —le pregunté.

Evitó responderme; en lugar de eso, dijo:

—La sangre derramada es visible, los cortes también, pero las intenciones no. Es mejor limitarse a los hechos.

Kerry volvió a decirle que se callase, y que no era posible que lo hubiese hecho a las diez y media.

—Lo hiciste hace media hora, después de que te llamase para decir que estábamos a veinte millas, ¿verdad?

¿Crees que es eso lo que sucedió, Francine? ¿Te lo ha contado Tim? Ya sé que, si fuese así, tampoco podrías decírmelo; pero me encantaría saberlo. ¿Tardó lo máximo posible, para que llegásemos a tiempo para salvarlo? ¿Había sido ese su plan todo el tiempo? Si tenía intención de vivir, ¿por qué no se saltó la parte de cortarse las muñecas y los tobillos? Alguien como Tim habría elegido una forma más digna de pedir ayuda, ¿no? ¿O es que realmente quería matarse y fracasó? En ese caso, ¿por qué no admitirlo? ¿Por qué no decir «Ni siquiera soy capaz de matarme, soy un inútil»? Desde que le conozco, una de las aficiones favoritas de Tim ha sido menospreciarse. Se lo dije a Kerry, y ella respondió:

—Pero también es orgulloso. Ya le has oído insistir en que no echa de menos a Gaby. Se menosprecia en abstracto («No valgo nada, no soy original») y, al mismo tiempo, defiende de un modo fanático sus conductas más estúpidas, y sostiene que nunca ha tomado una decisión equivocada.

Mientras esperábamos la ambulancia, Kerry interrogó a Tim para tratar de obtener un relato coherente de lo sucedido, con un tono que dejaba entrever que no creía ni una palabra de lo que él decía. Sonaba casi como tú, Francine, y luego me dijo que había intentado incrementar las posibilidades de supervivencia de Tim al obligarlo a utilizar el cerebro para defender su

historia.

—¿Por qué escribiste las instrucciones para cortarte las venas a mano, en un papel? —le preguntó—. ¿Por qué no te limitaste a leerlas en la pantalla? Querías perder tiempo, ¿no es eso? Hacerte creer a ti mismo que estabas avanzando hacia un objetivo. Te habías hecho unos cuantos tímidos cortes y estabas aplazando el momento de hacerte más.

Las respuestas de Tim no eran coherentes. Negó tajantemente que hubiese aplazado nada, pero tampoco estaba dispuesto a admitir que hubiese intentado quitarse la vida. Cuando la ambulancia se paró en la calle, atronando con la sirena en marcha, preguntó:

—¿Por qué exactamente estoy siendo salvado? «Ni lo apruebo ni me resigno», como dijo la poetisa. La poetisa era Edna St. Vincent Millay.

A ti nunca te gustó que Tim amase la poesía, ¿verdad, Francine? Te parecía cosa de afeminados. Cuando se suscribió a la biblioteca del Proscenium, no te lo contó. Sabía que le dirías que era malgastar el dinero y que te enfurruñarías hasta que «él decidiese» anular la suscripción.

Tim se puso furioso con Kerry y conmigo cuando oyó los pasos del personal de la ambulancia subiendo por las escaleras y se dio cuenta de que era poco probable que muriese.

—¿Por qué tanto esfuerzo y tanto alboroto por mí? ¿Es que hay alguien en Spilling que necesite que le devuelvan el IVA? ¿Están ocupados todos los demás contables? Que quede claro que yo no pienso volver. No es seguro para mí acercarme a Francine. Estáis muy equivocados si pensáis que podéis llevarme con vosotros, a menos que dispongáis de una casa de la que no haya oído hablar nunca y que esté muy alejada de Culver Valley.

Después de hablar, sus ojos se empezaron a cerrar y pareció quedarse ausente. Kerry rompió a llorar. ¿Qué había querido decir Tim con que no era seguro estar cerca de ti, Francine? ¿Seguro para él o seguro para ti? El personal de la ambulancia irrumpió en la habitación y empezó a hacer su trabajo; dejar la responsabilidad en sus manos supuso un tremendo alivio. Rodeé a Kerry con mis brazos, pero estaba demasiado ocupada para consuelos: ya había empezado a planear.

—Tenemos que abandonar Spilling —dijo—. Venderemos la casa y compraremos otra a millas de distancia de Francine.

En fin, así lo hicimos; y nos llevamos a Tim con nosotros. No pensábamos volver nunca, pero entonces pasó lo de tu ictus y aquí nos tienes. Tim afirma que estamos aquí por ti; es otra de sus oportunas distorsiones de la realidad. Tú podrías estar en cualquier parte, ¿no? Podríamos decirte que estabas en el dormitorio de una casa en Spilling y no tendrías ni idea de si era o no verdad. El hecho de que hayamos regresado no tiene nada que ver contigo, Francine, y todo con Gaby Struthers.

Me despido por ahora,

Dan

11/3/2011

La lluvia de anoche había parado ya. Charlie abrió la puerta para encontrarse con unos vacilantes claros y un inquieto Sam Kombothekra; su nerviosismo y su culpabilidad eran evidentes.

—Quería ver a Simon antes de que se fuera —dijo.

Así que Regan no había mentido, y Sam estaba aquí para hacer lo que debía.

—Llegas tarde —respondió Charlie.

—No le toca entrar hasta mediodía. ¿Ha salido ya?

Si ella contestaba que sí, daría la falsa impresión de que Simon estaba de camino al trabajo. Le había dejado instrucciones bien claras: no debía revelar su paradero ni sus planes, pero tampoco debía mentir.

—No está aquí. Es cuanto puedo decirte. Pero no esperes que se presente a trabajar como si nada, ni su cooperación, ni su respeto.

Sam suspiró profundamente y se pasó la mano por el rostro.

—¿Se puede saber qué demonios pensabas, Sam? ¿Intrigando con Proust y Sellers contra Simon? ¿Y contra Gibbs? —A Charlie no le importaba Gibbs, a su hermana le importaba demasiado, pero aun así—. Manipular transcripciones de interrogatorios, no incluir...

—Un momento, Charlie. Eso no es... —Sam se interrumpió, agitó la cabeza y se echó a reír—. Proust se lo dijo a Simon, ¿verdad?

—No. ¿Sellers? Tampoco. Ni en un millón de años adivinarías quién nos lo dijo. Y ahora me vuelvo a la cama. Tengo el día libre y no me dormí hasta las cinco, así que... adiós.

Charlie trató de cerrar la puerta. Sam la sujetó y la mantuvo abierta.

—¿Es esa tu cara de padre decepcionado, de «esperaba más de ti»? —le preguntó Charlie—. En ese caso, deja que te diga que es solo cuestión de tiempo antes de que tus hijos se hagan drogadictos.

Intentó cerrar la puerta de nuevo; Sam se lo impidió por segunda vez. Parecía confuso; no era posible que ella quisiera de verdad dejarlo fuera, ¿no?

«Es una buena persona; siempre lo has pensado».

Charlie se preguntó si las cosas funcionaban de esa manera: primero te labras una reputación de bondad y luego te comportas como te dé la gana, seguro de que nadie reconocerá ninguna conducta que contradiga la etiqueta y categoría que te han asignado. No sabía si tenía energía suficiente para redefinir a Sam después de haberse tomado la molestia de definirlo una vez. ¿Quién tenía tiempo para plantearse una nueva evaluación de estas cosas? Formarse juicios sobre personas no era como quitar el polvo o llenar el frigorífico, ejemplos de cosas que había que hacer una y otra vez.

Sam se dio la vuelta y miró hacia su coche, aparcado en la calle; luego volvió a mirar a Charlie.

—Ven conmigo. Serías de gran ayuda. Me vendría bien hablar con alguien que tuviese una mirada nueva.

¿Ir con él dónde? No creía que le estuviese invitando al departamento, donde ella trabajaba antes. Así que, ¿dónde? La curiosidad era un lamentable rasgo de carácter para una sargento de policía que ya no era detective y que tenía el día libre.

—Gracias por acordarte de mencionar qué saco yo de esto —dijo Charlie. Aunque sí podía reconocer una ventaja de acompañar a Sam: podría asegurarse de que no se dirigía al mismo lugar que Simon, a la cárcel de Combingham, a hablar con Tim Breary. No era probable. Las cárceles no admiten visitantes sin previo aviso, a menos que esos visitantes se llamen Simon Waterhouse. Charlie sabía, y seguramente Sam también, que no podría entrar con ella. Y eso quería decir que hoy no era el día para que ella visitase a Tim Breary, el asesino No sé por qué.

Charlie se sorprendió a sí misma diciendo:

—Me arrepiento de haber dejado mi puesto en el departamento y haber permitido que lo ocupases tú.

—Nunca me lo habías dicho; pero siempre lo he sabido —dijo Sam con una sonrisa.

—No me importaba cuando pensaba que eras una buena persona, que lo merecías más que yo y que compensabas bien a Simon; pero ¿ahora? —Meneó la cabeza; sabía que se iba a arrepentir de revelar el secreto que había guardado tan celosamente durante años. Ya sentía crecer su resentimiento, notaba cómo tomaba la forma del mundo que la rodeaba.

—No ha cambiado nada —dijo Sam—. Vístete, te lo explicaré de camino.

—¿De camino a dónde? Aún no he dicho que vaya a acompañarte —señaló Charlie—. Estoy más cabreada contigo de lo que nunca lo he estado, ¿y tú me invitas a dar una vuelta?

—Vamos a Dower House, a casa de Kerry y Dan Jose. Ponte algo... —Sam cambió de opinión sobre lo que tenía pensado decir—. No importa. Ponte lo

que te dé la gana. Pero no demasiado elegante. Nada que intimide o que parezca de policía.

Charlie le golpeó la frente como si fuese una puerta.

—Estoy disgustada contigo, Sam. No quiero ir a dar una vuelta en coche y no quiero pasar mi día libre haciendo tu trabajo. Mierda, eres igual que Simon.

Pero Sam solía prestar atención a lo que le decían las personas... ¿Es que trabajar con Simon le había hecho cambiar? Charlie se sintió mal solo de pensar en la posibilidad. Simon rompía las reglas, pero únicamente... ¿Solo cuando las reglas estaban mal?

—Si sigues enfadada quince minutos después de que nos pongamos en marcha, detendré el coche y llamaré a un taxi para que te traiga de vuelta; y yo pagaré la carrera. ¿De acuerdo? —Simon nunca hubiese ofrecido, ni cumplido, un trato así, de manera que era irresistible.

Charlie gruñó mientras subía por la escalera.

—Blandengue y sumiso —murmuró.

—Razonable y flexible —la corrigió Sam.

—¡Ja! Tú y yo sabemos que eso no es verdad. La ropa, ¿qué? ¿De izquierdosa solidaria?

—¿Tienes algo así? —dijo Sam en tono de duda.

—No. Solo cota de malla con instrumentos de tortura como accesorios —vociferó Charlie desde arriba.

Se cepilló los dientes, se lavó la cara y se aplicó su pintalabios rojo favorito con demasiadas prisas; parecía que hubiese pasado la boca por encima de una herida abierta. Mientras se quitaba las manchas rojas con agua y un pañuelo de papel, masculló un juramento entre dientes, a modo de mantra tranquilizador. Se preguntó si Sam esperaba que alguien confiase hoy en ella, alguien que nunca confiaría en él; o que, hasta ahora, no lo había hecho.

Dower House. Kerry y Dan Jose. Charlie había asistido una vez a una conferencia en un hotel llamado Dower House, durante su vida anterior como profesora universitaria. Estaba en Yorkshire; no recordaba exactamente dónde, pero creía que empezaba por K. Le había preguntado el nombre del hotel a un empleado y había acabado en una conferencia sobre historia social larga, tediosa y levemente ofensiva, que daba por descontado que todo el mundo procedía de una familia rica y propietaria de tierras, aunque estaba claro que ni la mujer que daba la conferencia ni Charlie, las dos únicas personas que participaban en la conversación, cumplían esta condición. De todos modos, gracias a la memorable pretenciosidad de esa mujer, Charlie sabía ahora que una «*dower house*» era el lugar al que la esposa de un terrateniente se iba a vivir cuando se quedaba viuda y la casa principal de la

finca pasaba al hijo y heredero.

Charlie no creía que nada de eso fuese de aplicación a Kerry Jose, especialmente si seguía casada con Dan Jose, que seguía vivo. Sacó de un cajón unos pantalones grises de lana y un jersey verde de cuello de pico, también de lana —nada de tejidos ásperos; sí tejidos suaves, que transmitían sensación de empatía— y sintió un cierto nerviosismo por hacer lo que aún calificaba como trabajo policial de verdad; aunque, en el pequeño compartimiento de la mente en el que mantenía una estricta racionalidad, en el que su permanentemente frágil sensatez se parapetaba a veces para sobrevivir, sabía que el trabajo de la policía iba más allá de cazar al asesino. Había otro tipo de asesinos a los que el departamento no hubiese prestado la más mínima atención. Por eso Charlie se había dirigido sin dudarle al foro regional de prevención del suicidio en cuanto había tenido la oportunidad.

Era tan enemiga del autoasesinato como lo era de los asesinatos oficialmente calificados como tales. «Sí, en todas las circunstancias; sí, incluso en casos de dolor y enfermedad terminal. ¿Qué tenía de malo suministrar gran cantidad de morfina? Suficiente para eliminar el dolor e incluso la consciencia, pero no suficiente para matar». Charlie se defendía dentro de su cabeza, porque nunca había tenido la oportunidad de hacerlo en la vida real. No le había contado a nadie —salvo a Simon— su punto de vista; sabía que estaba pasado de moda y que habría resultado impopular.

Es absurdo, pero casi todos los demás miembros del foro de prevención del suicidio afirmaban estar a favor precisamente de aquello que pretendían impedir. En teoría, defendían enérgicamente el derecho de cada persona a optar por morir y a convertir esta opción en una realidad; y, al mismo tiempo, trabajaban para reducir la tasa de suicidios. A Charlie le parecía ridículo. Durante un tiempo Simon había apoyado las ideas de los hipócritas, hasta que Charlie le había convencido, pero no lo sintió como una verdadera victoria. Simon era católico; probablemente el fantasma del lavado de cerebro cuando era niño había pesado tanto como Charlie. Una de las pocas veces en que ella había conseguido hacerle reír fue cuando dijo «Ya sé que parece una tontería cuando lo dices, pero el suicidio no supone nada positivo para ninguna de las partes».

—Veamos pues, ¿cuáles son tus excusas? —le dijo a Sam en cuanto se pusieron en marcha en el coche. Había mucha más luz; incluso con las viseras bajadas, la luz del sol deslumbraba y dificultaba la visión en la carretera. A Sam no le quedaba más remedio que ir agachándose y mirando de lado.

—No se me ocurre quién te lo pudo decir, pero fuera quien fuese... No era lo que Proust se esperaba. ¿Conoces la historia de Tim Breary hasta ahora?

—El asesino No sé por qué.

—Un nombre perfecto para él —dijo Sam—. ¿Se le ocurrió a Simon?

—No, a mí. Pero estaba al lado de Simon cuando se me ocurrió. A lo mejor su cerebro es como una conexión inalámbrica a Internet; si estás lo bastante cerca, captas la señal.

Sam se rio. No le costaba asumir la idea de que Simon era el origen de todos los pensamientos brillantes, y suponía que a Charlie tampoco.

—El martes, Proust se pasó toda la mañana investigando el caso de Tim Breary; él solo, sin decirle a nadie por qué. Al final de la tarde llamó a Sellers y le ordenó que alterase la transcripción del primer interrogatorio con Breary para suprimir una parte de ella.

—Pero conserváis la grabación, ¿no?

—Así es. Exacto.

—Exacto, ¿qué?

—Proust sabía que la grabación se añadiría a las pruebas y que cualquiera que quisiera demostrar que la transcripción de Sellers no era correcta la sacaría a la luz. A Sellers, claro está, le preocupaba que le pidiesen que crease una transcripción incorrecta, ya que era muy fácil demostrar que la había alterado. Así que me lo dijo, y yo estuve de acuerdo con él: era una locura. —Sam negó con la cabeza—. Y no era en absoluto propio de Proust. Aparte de la forma en que nos trata, nunca se desvía de las normas, y lo que nos pedía no era simplemente un desvío. No podía creer que pusiese en riesgo su empleo, su reputación...

—Él no arriesga nada —le cortó Charlie—. Es Sellers el que lo lleva a cabo, ¿no? Si alguna vez sale a la luz, el Hombre de Nieve niega saber nada de ello. Tú corroboras la versión de Sellers, Proust os llama embusteros a los dos...

—Y somos dos contra uno. —Sam se apropió de la cuestión que Charlie trataba de destacar—. En la comisaría le odia todo el mundo; a Sellers y a mí, no. ¿Por qué iba a asumir ese riesgo? ¿Por qué iba a darles a Barrow y al jefe de distrito una excusa para librarse de él antes de tiempo?

—¿Se lo preguntaste?

—Lo hice, y me contestó que no había riesgo alguno: Simon no lo iba a descubrir; y, aunque lo hiciese, no haría nada al respecto.

—Probablemente tenga razón —suspiró Charlie—. ¿Es eso todo? ¿No dijo nada más de Simon?

—Mejor que no lo sepas —repuso Sam, ruborizándose. Se volvió hacia la derecha y murmuró algo acerca de conducir a ciegas. El coche dio un giro brusco.

Charlie se protegió los ojos con la mano y esperó a que Sam le contase el resto. Se alegraba de que el sol se encargase de torturarlo en su nombre.

—Dijo que Simon era un masoquista.

—¡Oh, no, otra vez no!

—¿Es que ya lo has oído decir?

—De cabo a rabo. Que si la infancia de Simon fue tan degenerada que había aprendido a confundir el dolor con el placer porque no tenía nada con qué comparar. Que por ese motivo no sería más feliz trabajando con alguien que lo tratase bien y que el Hombre de Nieve es el mejor jefe posible para él, porque cubre sus necesidades. De hecho, creo que es bastante razonable —dijo Charlie.

—Eso no explica por qué el resto de nosotros (yo, Gibbs, Sellers) toleramos la inaceptable forma de actuar de Proust.

Habían dejado atrás Spilling y se dirigían a las afueras por la carretera de Silsford, lo que significaba que pronto verían nubes y que la visibilidad dejaría de ser un problema. En Spilling, todo el mundo sabía que el tiempo siempre era peor en Silsford.

—La configuración predeterminada de los seres humanos es la de tolerar una cantidad infinita de mierda —opinó Charlie—. Mírame a mí, por ejemplo, metida en el coche de un oportunista. Dejaste oportunamente fuera el final de la transcripción; fuiste tú quien lo hizo. O quien le dijo a Sellers que lo hiciese. Y aceptaste ocultárselo a Simon y a Gibbs. ¿Qué pasa, Proust te amenazó con despedirte?

—Sí, nos amenazó, pero no, no lo hicimos. Me negué en nombre de los dos, de mí y de Sellers. Proust no dijo nada, se limitó a decirme que saliera de su oficina. Supuse que se había dado cuenta de que había perdido. Pensé que estaría de mal humor durante un tiempo y luego se olvidaría; siempre amenaza con acciones disciplinarias y nunca ejecuta las amenazas. Pero ayer comprobé la transcripción y vi que él mismo lo había hecho. La parte del interrogatorio que él quería hacer desaparecer no estaba y la grabación había desaparecido. No había nada que sirviese para demostrar que algo se hubiera eliminado del registro, aparte de mis recuerdos y los de Sellers de lo que Tim Breary había dicho. El registro de pruebas se había modificado: allí donde se mencionaba la grabación, ya no decía nada. Me resultaba imposible de creer. No le dije nada a Sellers, ni a Proust, ni a nadie. Necesitaba tiempo para reflexionar.

—No se lo dijiste a Simon. —Charlie pensaba que era necesario destacarlo. Bajó la ventanilla, pulsando el botón con el codo, mientras encendía un cigarrillo—. Anoche estuve con él en el Brown Cow después del trabajo durante una hora o más, y no le dijiste nada.

—Aún estaba pensando en ello —dijo Sam—. ¿Debo presentar una queja oficial, hablar con el superintendente Barrow? Una decisión de ese calibre no puede tomarse con rapidez.

—Claro. Ya entiendo que necesites al menos una semana para decidir hacer la vista gorda ante una muestra descarada de corrupción. Es lo que llamaríamos

una zona ambigua, de luces y sombras.

—Charlie, yo nunca lo habría aceptado. La cuestión era saber cuál era la mejor manera de no aceptarlo, nada más. Y no fue una semana, fueron menos de veinticuatro horas. Me alegro de no haberme apresurado.

—La próxima vez que veas a Simon puedes preguntarle si él también se alegra.

«Menos de veinticuatro horas». Era necesario que Simon supiese ese detalle. ¿Marcaría esto la diferencia? Lo haría para cualquier persona razonable, pero ¿para un obsesivo como Simon, que nunca se cuestionaba su derecho a invadir las mentes de las demás personas y a saberlo todo inmediatamente?

—Cuando vine esta mañana fue para complacerlos a todos —dijo Sam—. A mí, porque odio ocultarle información sobre un caso a Simon...

—Suena como si lo hubieses hecho más de una vez —le interrumpió Charlie.

—No lo he hecho nunca —declaró Sam, solemnemente—. Me repugnó hacerlo, Charlie. Quería contar toda la historia ayer noche, en el Brown Cow, pero no puedo hacer nada si no lo pienso antes, y sé que Simon sí puede hacerlo cuando está furioso. Por eso decidí esperar. Y anoche, mientras me revolvía en la cama y no dejaba dormir a Kate, me di cuenta de que, si me callaba, estaba haciendo lo contrario de lo que Proust quería.

Charlie abrió la boca para discutirlo, pero no pudo; la verdad era que tenía sentido. Si el riesgo fuera real, Proust no se la jugaría hasta ese punto.

—Quería que, cuando se lo dijese a Simon, captases por completo su atención —dijo Charlie— fingiendo que tratabas de ocultárselo. Apostaba por que Simon no le denunciaría; y, aunque lo hiciese, Proust podía presentar la grabación perdida del interrogatorio a Tim Breary y la transcripción original de Sellers y afirmar que todo había sido una maniobra táctica temporal.

No había mencionado nada a su mujer ni a su hija, dando por descontado que Regan Murray era una testigo fiable, convencida de que la verdadera finalidad de Proust había sido mantener a Simon ignorante de los hechos para que no se cuestionase la culpabilidad de Tim Breary.

—Exacto. —Sam pareció aliviado de haber logrado transmitir su mensaje.

Giraron por una carretera de un solo carril, bordeada de altos árboles. Así que, según dedujo Charlie, se dirigían a Lower Heckencott o a Upper Heckencott. Muy bonito. No había más de cinco casas en cada una de las aldeas, y parecía como si cada una de esas casas fuera a tener un piano de cola en su vestíbulo de cien metros cuadrados, ya fuese una mansión del siglo XVIII o una ostentosa casa de nueva construcción con uno de esos porches exteriores con columnas, o *portes-cochères*, como Liv los llamaba pretenciosamente.

—Entonces, ¿para qué borrar aquello? —preguntó Charlie—. ¿Para suscitar dudas sobre si Tim Breary era culpable?

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? —Esta vez, Sam no sugirió que la buena idea hubiese partido originalmente de Simon.

—Proust no cree que Tim Breary asesinase a su esposa, pero Breary ha confesado. —Charlie tiró la ceniza por la ventanilla—. El Hombre de Nieve necesita que Simon se cuestione esa confesión, porque no está dispuesto a correr el riesgo de equivocarse públicamente. Sabe que es probable que Simon saque más provecho de una información si piensa que la ha destapado a pesar de la voluntad de alguien, así que monta un supuesto encubrimiento, sabiendo que tú vas a ir corriendo a hablar con Simon sobre conducta poco ética. Sin ánimo de ofender.

Sam afirmaba con la cabeza.

—Yo voy a hablar con Simon, Simon me pregunta qué es lo que falta, qué es lo que Proust tenía tantas ganas de eliminar del registro, se lo cuento, Simon se agarra a ello de una forma que probablemente habría sido distinta si no se hubiese limitado a leerlo sin saber que alguien había tratado de ocultárselo, decide que Breary no puede haber matado a su mujer...

—Solo que no fuiste tú quien se lo contó a Simon —le recordó Charlie—, sino la hija de Proust.

Sam dio un volantazo y enderezó enseguida.

—¿La hija de Proust?

Charlie decidió que no tenía por qué contárselo todo.

—¿Qué es lo que dijo Tim Breary que pareciese sospechoso?

Simon lo sabía, pero no se lo quiso decir. Charlie le había esperado anoche levantada hasta las dos y media. No había estado con Regan Murray todo el tiempo; también había estado deambulando por las calles, pensando en lo que ella le había contado. Murmuró algo sobre que aún no estaba preparado para hablar de ello, se metió en la cama y se durmió al instante. Charlie se quedó despierta, con la sensación de haberse perdido algo importante, pero sin saber exactamente qué.

Sam abrió la ventanilla, rechazando en silencio la ración de nicotina libre de culpa que Charlie le ofrecía.

—Cuando Breary nos dijo que había matado a su mujer, le preguntamos, obviamente, por qué. Dijo que no lo sabía. No lo había planeado; estaba sentado a su lado en la cama, hablando con ella y, sin saber por qué, cogió un almohadón, lo apretó contra su cara y la asfixió.

—¿Ella no se defendió? —preguntó Charlie.

—No pudo. Hace dos años tuvo un ictus que la dejó casi inmóvil e incapaz de hablar.

—¿Qué edad tenía?

—Francine tenía cuarenta años cuando murió, y tuvo el ictus a los treinta y ocho.

—Qué joven, por favor.

—Pues sí. Y además, era una *vidasana* : hacía ejercicio con regularidad, no tenía exceso de peso, apenas bebía, no fumaba y comía cosas saludables.

—Ahí tienes tu móvil, pues —dijo Charlie—: aburrida de la hostia. Y supongo que después del ictus, aún más.

—Eres todo corazón —contestó Sam, bromeando. Charlie supuso que era una forma diplomática de ocultar su desagrado. Sam nunca decía nada que se suponía que uno no debe decir; desde luego, no aspiraba a forzar las normas como lo hacía Charlie.

—Lo digo en serio. ¿No te parece un buen móvil, no querer cargar con una mujer hecha un vegetal?

—Francine no era... —Sam se quedó atascado. Charlie se prometió en silencio que, si las siguientes palabras que pronunciaba Sam eran «un vegetal», dejaría de fumar definitivamente; este sería su último cigarrillo—. Estaba en posesión de sus facultades mentales —acabó diciendo Sam.

—Entonces, ¿no podía hablar ni moverse, pero su mente estaba intacta? —Charlie se estremeció—. Terrible. También es otro posible móvil: acabar de una vez con su sufrimiento. A eso se debía de referir Simon anoche: si Tim Breary había matado a su mujer para ahorrarle la angustia; si quizá habían estado de acuerdo, como lo hacen algunas parejas, en matar al otro por piedad en caso necesario, entonces la muerte de Francine Breary podía no ser un asesinato. Su marido podía declararse culpable de complicidad en un suicidio y evitar así el ingreso en prisión. Y probablemente la Fiscalía del Estado le habría regalado una botella de vino y una caja de bombones; últimamente todo el mundo se tomaba con mucha alegría lo del suicidio asistido.

—Ambos móviles fueron sugeridos y rechazados. Tim Breary niega con vehemencia la perspectiva de la eutanasia, y casi, casi con la misma firmeza, niega que quisiera quitar a Francine del medio porque estuviera enferma o supusiese una carga para él.

—Así que sabía por qué no lo había hecho —dijo Charlie, pensativa—. Dos motivos de por qué no. Pero afirma no saber por qué.

—Exacto. En el primer interrogatorio dijo «Ni idea», y es lo que ha venido diciendo desde entonces. Y aquí viene la parte que Proust encontró tan

interesante como para hacer que se esfumase del archivo: cuando Sellers y yo pusimos furioso a Breary al negarnos a dejar de discutir el móvil cuando él quería, cuando le pedimos que lo pensase bien e intentase darnos algún motivo, dijo una cosa extraña.

«Aquí está —pensó Charlie—. La barba de Occam: la explicación más extravagante es siempre la correcta».

—Dijo: «Es normal que una persona cometa un asesinato sin saber por qué. Pasa continuamente. Solo en las películas y en los libros el asesino tiene siempre un móvil poderoso». Lo dijo con convicción, como si supiese de qué estaba hablando, pero luego... Fue como si de repente dudase. Pasó de afirmarlo a preguntarlo, a decir: «¿No es habitual que una persona mate a otra y luego os cuente que no sabe por qué lo hizo? ¿Que no sabe qué le pasó, que actuó por impulso, ese tipo de cosas?». Sellers le preguntó si conocía a alguien que trabajase para la policía, y él respondió que no. «Entonces, ¿de dónde ha sacado esa idea?», preguntó Sellers. Breary le contestó de malos modos: «No sé. De la radio, supongo. No tengo ningún pensamiento original en mi cabeza. Cuando antes lo entiendan, menos tiempo perderemos todos». Te juro que en mi vida había conocido a un tipo igual. Dice cosas muy extrañas.

—A mí me suena a un asesino astuto y elocuente que no quiere que se sepa su móvil —dijo Charlie—. Una persona que imagina que puede hacerse pasar por uno de esos imbéciles incoherentes y drogados que le clavan un cuchillo a alguien y dicen: «No sé cómo ha sido. Tenía el cuchillo en la mano y se lo he clavado, no sé por qué».

—Él sí sabe por qué —dijo Sam—. Siempre suponiendo que fuera él quien lo hiciese. Personalmente, yo creo que lo hizo, pero no soy más que una minoría de uno; Simon, Sellers y Gibbs no están de acuerdo conmigo y, si nuestra teoría es acertada, Proust tampoco.

—¿Qué te hace pensar que es culpable? —preguntó Charlie.

—Tim Breary identificó el almohadón que utilizó para asfixiar a su mujer. Tenía cuatro en la cama, y estaban todos tirados por el suelo cuando Lauren Cookson entró en la habitación y se encontró con Breary de pie junto al cuerpo de Francine. Lauren era la cuidadora que se hacía cargo de Francine.

—Se me escapa cómo alguien puede ser capaz de hacer ese trabajo —dijo Charlie.

—Breary nos contó que había utilizado el almohadón con estampado de cachemira. Las pruebas que hicimos en el laboratorio lo confirman: estaba cubierto de saliva, mucosidad y fluido edemático de Francine. Los demás estaban limpios.

—Así que tienes razón —admitió Charlie—. La mató y se niega a decir por qué.

—Eso creo, en general. Estaría más seguro si solo fuese Breary quien dijese que había usado el almohadón de cachemira como arma homicida y todo el resto de personas dijese que no tenían ni idea de lo que había pasado, quizá dudando de su palabra, sosteniendo que no podían creer que lo hubiese hecho.

—¿A qué te refieres? ¿Quiénes son «el resto de personas»?

¿Es que había testigos del asesinato? En tal caso, ¿cómo podía dudarse de la culpabilidad de Tim Breary?

—Kerry Jose. Dan Jose. Lauren Cookson. Jason Cookson. —Sam soltó la lista de nombres con rostro inexpresivo—. Todos los habitantes de Dower House estaban en casa en el momento del asesinato. Al parecer, únicamente Tim estaba en el dormitorio de su mujer en el momento de ocurrir el asesinato (o eso es lo que dicen todos, incluido Tim), pero todos parecen saber lo que ocurrió en esa habitación como si hubiesen sido testigos presenciales. Son una pequeña y unánime comunidad de cinco personas.

Charlie notó la frustración en la voz de Sam e intentó no sonreír. Sam odiaba cuando, a pesar de poner todo su empeño, era incapaz de creerse a los testigos.

—De los cuatro que no son Tim Breary, ninguno dice «Pregúntele a Tim lo que sucedió, él era el único que estaba en la habitación cuando murió Francine». Lo narran como si lo hubiesen visto, y sus historias son idénticas. Todos ellos hablan del almohadón de cachemira; citan a Tim sin decir que le están citando. Es como si todos ellos hubieran estado en la habitación con él. Solo que dicen que no estaban allí, que fue él quien les contó lo que había sucedido, pero... No sé, no me cuadra.

—¿Estás pensando en *Asesinato en el Orient Express*, de Agatha Christie? —preguntó Charlie—. ¿Lo has leído?

—No lo he leído, pero lo he visto en la TV. Lo hicieron todos juntos, todos los sospechosos.

—Y es una obra de ficción —señaló Charlie con intención—. Y el motivo por el que lo hicieron todos juntos es porque todos ellos disponían de una coartada apoyada por alguien supuestamente externo, así que parece como si ninguno de ellos pudiera haberlo hecho. La idea es brillante, pero solo tiene sentido si nadie quiere ser acusado de asesinato. Tim Breary, en cambio, parece estar empeñado precisamente en eso; así que, ¿por qué iban a necesitar...? —Charlie se detuvo y se echó a reír. Desde luego que no lo hicieron todos juntos: no se necesitan cinco personas para ahogar con un almohadón a la semiparalizada víctima de un ictus—. En la novela de Agatha Christie, la participación de todos los conspiradores no era necesaria para garantizar la muerte de la víctima, pero era significativa como símbolo: todo el mundo quería vengarse en persona, a corta distancia, y clavarle su propia cuchillada. ¿Almohadada?

«Déjalo, Zailer».

Sam aparcó junto a la hierba, al lado de la carretera. Charlie tiró la colilla por la ventana abierta y se paró a escuchar ese silencio que solo se oye en las casas de los muy ricos. Frente a ella se alzaban las dos columnas de piedra que flanqueaban la entrada, coronadas por dos bolas también de piedra.

—Bienvenida a Lower Heckencott Hall —dijo Sam—. Dower House no tiene acceso independiente, así que tendremos que atravesar los terrenos de la casa grande. —Se rio—. Así es como la llama Kerry Jose. Deberías ver el tamaño de su casa.

Charlie no podía quitar los ojos de las columnas. Cada una de ellas mostraba un bajorrelieve de algo que parecía un soporte para pasteles con un montón de frutas en él. Una opción extraña fuera de una cocina. En lugar de las bandejas, Charlie se imaginó que en cada columna se veía un almohadón y una mujer asfixiándose debajo de él, con una mano presionando el almohadón. O quizá varias manos, cada una de ellas presionando la de debajo...

—¿Y si fue Tim Breary quien lo llevó a cabo, pero todos ellos querían que se hiciera? —dijo Sam—. No tengo pruebas de ello, pero puede que esa sea la forma de meter la conspiración, si la quieres llamar así.

—Está claro que tú sí quieres llamarla así.

Era curioso que la palabra también se le hubiese ocurrido a él. Charlie pensó que ella no conocía a ninguna de esas personas; no estaba en posición de lanzar teorías con Sam. Este se giró y la miró.

—Personalmente, yo creo que Tim Breary mató a su mujer, pero eso no significa que no esté mintiendo. Sea cual sea la historia, todos ellos la conocen. Todos se han aprendido palabra por palabra la mentira que han acordado mostrar públicamente, y todos ellos saben la verdad. Pero ninguno de ellos la dice.

Viernes, 11 de marzo de 2011

—Entonces —me pregunta el detective Chris Gibbs—, ¿qué hizo cuando se dio cuenta de que Lauren estaba hablando de Tim Breary?

Pensaba que ya había terminado la historia que había venido a contar; por eso había dejado de hablar.

Es difícil mantener la concentración; los ojos se me cierran solos y no dejan de lagrimear. Tengo tics en el izquierdo cada pocos segundos; he intentado frotármelo, pero el espasmo es testarudo y se niega a calmarse. Tengo el cabello enredado y sin cepillar, los pantalones manchados de barro y manchas de café en la blusa por culpa de unas turbulencias durante el vuelo. Debo de tener un aspecto repulsivo. Pobre detective Gibbs; no querría estar atrapado en una sala de interrogatorios pequeña y caldeada conmigo.

—¿Y qué importa lo que yo hiciese? Estamos hablando de Tim Breary, no de mí. Él no mató a su mujer, así que retiren los cargos y pónganlo en libertad. No se procesa a alguien si no hay posibilidad de condena, ¿verdad?

—No es tan sencillo, y no depende de nosotros —responde Gibbs—. Es cosa de la Fiscalía del Estado.

—Bueno, pues quien sea —replico con impaciencia—. ¿Qué va a pensar el jurado cuando yo me ponga en pie en la sala y cite lo que dijo Lauren Cookson acerca de dejar que una persona inocente vaya a la cárcel por asesinato?

—Es la palabra de Tim Breary contra la de usted, eso es lo que yo pienso. Y otra cosa: también me pregunto por sus sentimientos hacia Tim Breary. —Se me queda mirando. ¿Es que tengo que sentirme culpable por tener sentimientos? Sería muy práctico no tenerlos; podría sentarme aquí y centrarme en proteger mis intereses y los de Tim sin sentir un torbellino de emociones en mi interior; los detectives de la policía escucharían únicamente mis argumentos racionales, no el caos subyacente—. Fuera la que fuese su relación con Tim Breary, en algún momento alguien la va a investigar. ¿Cuándo y cómo se conocieron?

No estoy preparada para esto.

—Le voy a ahorrar a alguien el trabajo: no voy a ocultar nada —contesto, sin apenas prestar atención. El discurso razonable no puede competir con el torbellino interno—. En cierto momento, Tim y yo éramos buenos amigos; no es ningún secreto. Eso es lo que les diré, y también les diré lo que Lauren dijo sobre que él era inocente del asesinato, y el jurado lo declarará inocente. Salvo por el hecho de que no habrá jurado. No se llegará a eso. La Fiscalía del

Estado retirará los cargos en cuanto hayan leído mi declaración.

Esperaba que Gibbs estuviese de acuerdo conmigo, pero no es así.

—No será así de rápido —dice con actitud distraída, como si hubiese visto algo que hubiera captado su atención—. Lo que suceda dependerá de si Lauren confirma o niega su relato de anoche.

Así que la libertad de Tim gira sobre el testimonio de una estúpida tatuada inestable. Es un consuelo.

—Lo negará porque está cagada de miedo.

—Le sorprendería saber cuántas personas se derrumban al primer obstáculo —dice Gibbs.

Quiero pedirle que deje de perder el tiempo con especulaciones y salga ya a buscar a Lauren.

—¿Dónde está Tim? —pregunto—. ¿Está en alguna parte, encerrado en una celda? —Si la respuesta es afirmativa, me va a costar quedarme aquí sentada—. ¿Está en la cárcel? Tengo que verlo. —Me viene a la cabeza lo que Lauren dijo anoche sobre echar puertas abajo.

—Lo tiene la Fiscalía del Estado.

—¿Cómo?

—En su opinión, ¿quién es más fiable como testigo: Tim Breary o Lauren Cookson? —Él espera una respuesta rápida, pero yo no puedo dársela. No hay respuestas fáciles a preguntas sobre el carácter de Tim. Este es fiable y poco fiable a la vez—. Porque no coinciden. Suponiendo que lo que usted me diga sea la verdad y que ella afirme que él es inocente.

—Todo lo que le he dicho es verdad. —El problema son las palabras de Gibbs, no las mías. No le entiendo. ¿Quién no coincide, y con qué? ¿Es así como debía de sentirse Lauren anoche, tratando de hablar conmigo?—. En un mundo ideal, estaría teniendo esta conversación después de dormir durante diez horas. Ya sé que probablemente no sea su intención, pero... intente no liarme, ¿vale?

—Tim Breary ha confesado que él asesinó a su mujer.

Me da un vuelco el estómago. Trago con fuerza e intento respirar al tiempo que mantengo la garganta cerrada. Esta mañana he intentado compensar la falta de sueño con un desayuno copioso en el aeropuerto de Colonia. El aspecto y el sabor eran asquerosos, pero me dará la energía suficiente para afrontar el día, si es que no termina cubriendo la mesa enfrente de mí.

—Si ha confesado, está mintiendo. —Los espasmos de mi estómago se han calmado. «No puede haber confesado». El artículo que he leído esta mañana

no decía nada de una confesión, solo que Tim había sido acusado—. ¿Por qué iba a confesar? Eso debe de significar...

Me quedo callada, temporalmente incapaz de encontrar ese significado. No esperaba que una comisaría de policía se pareciese tanto a un aeropuerto: estar aquí me hace sentir borrosa, poco definida, al mismo tiempo perdida en mí misma y atrapada fuera de mi vida.

—Está demasiado cansada para pensar —dice Gibbs—. Si quiere ayudar a Tim, responda a mis preguntas. Ya pensará después.

Si le digo que, en general, puedo hacer las dos cosas al mismo tiempo, pensar y responder, ¿pareceré una engreída?

«Eres penosa. Quieres hacerle saber que eres la gran Gaby Struthers, pero échate un vistazo a ti misma. Eres incapaz de conservar una idea coherente en el cerebro durante más de dos segundos».

—¿Qué hizo después de buscar el nombre de Lauren Cookson por Internet y enterarse de lo de Tim? —pregunta Gibbs.

«Derrumbarme. Y aún sigo derrumbándome».

—Traté de forzarme a creerlo. No tenía ni idea de lo que haría, de lo que diría, cuando Lauren saliese del cuarto de baño. Lo único que quería era irme.

—¿Por qué?

—¿Es que no es obvio?

—Lo obvio sería hablar con ella, ¿no le parece? Decirle que conoce a su persona inocente y que no cree que se trate de una coincidencia.

—¿Cómo puede no ser una coincidencia? —Me froto los ojos llorosos—. Sé que no es posible, pero, si lo es, tiene que significar...

—Gaby —me interrumpe Gibbs—. Está agotada.

¿Por qué me dice cosas que debería estar diciéndole yo?

—No se presione. El trabajo de averiguar lo que está pasando es mío, no suyo. —Me sonrío como si quisiera acabar de una vez con sus ejercicios de sonreír del día. O puede que pretenda ser amable y tranquilizador, pero no sepa cómo hacerlo—. ¿Por qué quiso alejarse de Lauren cuando descubrió que el hombre inocente acusado de asesinato del que hablaba era Tim Breary?

—No pensaba con claridad. Quería volver a Gran Bretaña e ir a la policía lo antes posible. Recorrer un montón de millas a lo largo de una autovía alemana en mitad de la noche no habría servido de nada; por eso me quedé.

—Usted dijo que quería escapar. Eso sugiere tanto «escaparse de» como

«escaparse hacia».

Ahí sí que me ha pillado. A cambio de su sonrisa, decido contarle la verdad.

—Ya le había hablado de Tim a Lauren. No había dicho el nombre, pero le había hablado de un hombre que había sido importante para mí. Y luego descubrir que probablemente estaba hablando de Tim... —El torbellino interior arrecia.

—Tómese su tiempo —dice Gibbs en voz baja.

«No hay tiempo; tengo que ver a Tim y ayudarle ahora mismo».

—Me daba miedo pensar que, cuando saliese del baño, la cogería y la obligaría a contármelo todo: por qué dejaba que Tim asumiese la responsabilidad de un crimen que no había cometido; cómo sabía que él no lo había hecho; si no él, quién había sido. Pensé que sería incapaz de dominarme. Lauren habría visto hasta qué punto me importaba el asunto. Incluso alguien tan estúpido como ella habría deducido que el hombre del que le había hablado era Tim.

—Si es que no lo sabía ya —dice Gibbs. Asiento; me cuesta admitir que Lauren haya podido llevar la voz cantante desde un principio.

—Nunca le habría dicho lo que le dije si hubiera sabido que le conocía. Solo pensar en ella explicando a Tim (a su imprecisa manera) nuestra conversación me revuelve las tripas de vergüenza: «Dice que, si se le presenta la ocasión, pasaría de su novio e iría a por ti ahora mismo». Por favor, Dios en el que no creo, no dejes que eso suceda.

Agarro la cadena que me rodea el cuello y la presiono con las yemas de los dedos, preguntándome si mi desesperación ha alcanzado el nivel de ponerme a rezar a un medallón de oro. «¿Sigo contando como viajera, san Cristóbal, aunque ya esté de vuelta en Gran Bretaña? ¿Sigues siendo la persona con la que tengo que hablar, o diste tu turno por concluido cuando aterricé en Combingham?». ¿Hay algún patrón para las mujeres que aman a hombres inocentes acusados de asesinato?

—Tenía que averiguar la verdad, por Tim. Eso era lo más importante, más importante que cualquier otra cosa. —No es posible que haya confesado. En cualquier momento Gibbs me dirá que no es cierto, que era una táctica para que yo reaccionase—. La forma más rápida de hacerlo era quedarme y hablar cara a cara con ella. Eso es lo que yo creía, en todo caso.

—Siga.

—Se pasó un siglo en el baño. Y mejor para mí: me dio tiempo de ordenar mis pensamientos. Cuando finalmente salió, todo fue... demasiado distinto, demasiado deprisa. No tuve que decirle nada. Lo supo en cuanto me vio la cara y vio que tenía el teléfono en la mano. En mi vida he visto a nadie con tal expresión de culpabilidad. Se quedó de pie, paralizada como una estatua,

esperando que la acusase. Le dije: «Conozco a Tim Breary, Lauren. ¿Se puede saber qué pasa?». Cogió la chaqueta y la maleta y salió corriendo. —A Gibbs no le cuento (es demasiado humillante) que yo estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, cuando Lauren se largó a toda mecha de la habitación; que estaba tan aturdida que no se me había ocurrido que intentase huir, aunque ya lo había hecho antes—. Salí corriendo tras ella, pero fue más rápida: antes de que yo llegase a la puerta, ella ya estaba en el ascensor. Pensé que podría alcanzarla si corría escaleras abajo, pero cuando llegué al vestíbulo no había rastro. Salí fuera, la llamé, corrí por la autovía como una demente. Incluso volví a la estación de servicio cutre, pero no estaba por ningún lado.

—¿Y qué hizo luego?

No le sería de ninguna ayuda saber que me dejé caer como un fardo en el barro, en la explanada de la gasolinera, y me puse a aullar a todo pulmón, frustrada y hecha una furia.

—Volví a la habitación, intenté imaginar qué demonios estaba pasando y probé a dormir un poco. Fracase en ambos casos. Acabé escribiéndole una larga carta a Lauren, en la que básicamente le pedía que me contase qué estaba pasando.

—¿Qué hizo con esa carta?

«Nada aún; la tengo en el bolso».

—La rompí —miento—. Estaba llena de información personal sobre mí y sobre Tim. La leí entera y llegué a la conclusión de que no me sentía cómoda con su mera existencia, y no digamos con la idea de que Lauren llegase a leerla. Es solo que necesitaba hacer algo para calmarme.

—¿Y por la mañana? ¿No estaba Lauren allí para subir en el autocar a las siete?

—No. Tampoco estaba en el aeropuerto, ni en el vuelo de vuelta. Cuando aterrizamos vine aquí directamente.

Gibbs escribe algo en el bloc de notas que hay sobre la mesa; desde mi posición parece un montón de garabatos que no mejorarían al girar el bloc y ponerlo en la posición correcta.

—Si es cierto que estaba aterrorizada de estar sola en un país extranjero...

—Lo es.

—... entonces aún lo estaría más de contestar a sus preguntas, después de que usted le dijera lo que sabía. Tanto que estaba dispuesta a irse sola, perder su vuelo, volver a Gran Bretaña más tarde y arriesgarse aún más a que su marido descubriese que le había mentado.

—Sabía que la obligaría a decir la verdad —contesto. Me pregunto si hubiese recurrido a la violencia física. En aquel momento no, probablemente. Pero ahora que he tenido oportunidad de reflexionar sobre ello, sí que lo haría: rodearía su estúpida garganta con las manos y presionaría hasta que me lo hubiese contado todo—. Suponiendo que se le hubiese ocurrido una mentira, habría sido incapaz de mantenerla durante demasiado tiempo. Le faltan recursos psicológicos. Cuando la encuentre, será pan comido hacer que hable. Puede acelerar las cosas si le dice lo que usted ha pensado; así no tiene más que asentir.

Gibbs se me queda mirando.

—¿Lo que yo he pensado?

—Está mintiendo para proteger a su marido. Fue Jason Cookson quien mató a Francine Breary. Tiene que ser él.

—Pongamos por caso que sea así. ¿Por qué no podría haberla matado la propia Lauren? —dice Gibbs—. Tal como la describe, parece una persona muy temperamental y fácil de provocar.

—Por lo que he leído en Internet, Francine Breary tuvo un ictus hace dos años y no podía moverse ni hablar. ¿Cómo haces para provocar a alguien para que cometa un asesinato si estás muda e inmóvil?

Gibbs asiente con expresión prosaica. Es la segunda vez que he señalado una cuestión interesante y que él ha puesto cara de aburrimiento. Es un tipo extraño.

—Lauren no es una asesina, y no podría serlo nunca. Pensaría que es... injusto matar a alguien, independientemente de lo que hubiera hecho.

—¿Injusto? —pregunta Gibbs, con un ligero tic en la boca. Se está burlando de mí. Me da pereza explicarle lo que quiero decir.

—Ya sé que solo la conozco de una vez, pero estuve mucho tiempo con ella, y me pareció como si hubiese estado mucho más. Ella no lo hizo. ¿Puede decir lo mismo sobre su marido?

—Yo no, pero Tim Breary sí. Está bastante seguro de haber matado a su mujer. Él debe de saberlo, ¿no cree? Nos contó detalles que solo podría conocer la persona responsable.

—A menos que esa persona responsable hubiese compartido la información con otra persona, y no puede estar seguro de que no lo hiciese —respondo de malos modos. ¿Por qué todas las personas con las que me cruzo son estúpidas?—. ¿Por qué la mató? ¿Trataba de ayudarla? ¿Fue para que dejase de sufrir?

Gibbs hace un movimiento con la mano, como apartando las preguntas no autorizadas con una propia con la aprobación oficial.

—¿Qué gana Tim protegiendo a Jason Cookson?

Meter en el lío a Jason ha sido un error; no puedo estar segura de que el asesino sea él.

—Si tuviese que elegir a una de entre todas las personas con las que me he cruzado en el caso, la única que podría confesarse autora de un asesinato por una razón perfectamente coherente para ella e insensata para todas las demás, elegiría a Tim Breary.

Algo de lo que ha dicho Gibbs me viene tercamente a la cabeza. Tres palabras: qué gana Tim.

—Desde un punto de vista económico, ¿quién se beneficia de la muerte de Francine, aparte de Tim? —pregunto.

—Esa información es privilegiada.

—Supongo que el principal beneficiario, si no el único, es Tim. Sé que tanto él como Francine tenían un seguro de vida.

—¿Cómo lo sabe? —Gibbs se agarra a esto como si fuese una especie de revelación.

—Fue mi contable durante años. —Engañoso, pero totalmente cierto. Hace que mi relación con Tim parezca segura y aburrida—. Cuando mi pareja Sean y yo compramos nuestra casa, Tim nos ayudó a buscar hipotecas y seguros de vida.

—Eso explica por qué él sabe que usted tenía seguro de vida —dijo Gibbs—, pero no por qué usted también lo sabe en el caso de él y Francine.

«Sabelotodo».

—Él me lo dijo —respondo, enfadada—. Se lo pregunté yo; quería comprobar que lo que me recomendaba era algo que habría hecho para sí mismo. Siempre lo hago. Nunca gastes tu dinero en algo a menos que la persona que te aconseja crea que también vale la pena gastar el suyo, ¿no?

Gibbs no me escucha; o quizá más bien escucha la voz en su interior que susurra: «Está enamorada de Tim Breary, y sabía que la muerte de su mujer sería rentable».

Me niego a considerarme culpable cuando no tengo nada que ocultar. Yo no asesiné a Francine y, si alguien trata de sugerir que lo hice, me limitaré a preguntar cuándo la mataron y a indicar al detective Gibbs en qué vuelo estaba yo en ese momento y a señalar a los numerosos trabajadores de la línea aérea y pasajeros que podrán confirmar mi paradero. Una de las ventajas de ser una fanática del trabajo con una agenda atestada es que es fácil hacerse con una coartada.

Sin embargo, la mirada inquisitiva de Gibbs disuelve rápidamente mi bravuconería. ¿Habré empeorado las cosas para Tim? ¿Cómo pueden ser peores, después de que él mismo haya confesado haber asesinado a Francine? Por lo que sé, podría estar sentado en su celda con un cartel que dijese, en grandes letras mayúsculas: «LO HICE POR DINERO».

Con la salvedad de que ese no habría sido su móvil en absoluto.

—Si Tim cometiera un asesinato —digo, irguiéndome en el asiento— sería en beneficio de otra persona, no en el suyo propio. No sería él quien se beneficiase.

—Ese sí que es un rasgo de carácter singular —contesta Gibbs, inexpresivo—. La mayor parte de los asesinos que conozco no tienen ese espíritu de servicio público.

—Pues es cierto. Tim no pensaría que valiese la pena hacerlo únicamente para él. Y ni siquiera lo haría para otra persona. Es demasiado extremo, y Tim odia las... expresiones extremas, las acciones extremas, por encima de todo, porque te hacen vulnerable. Permiten que otras personas te controlen y te conozcan íntimamente. Tim prefiere deslizarse por la superficie. Le gusta el control y la ironía, dejar que las cosas sucedan, fingir que nada importa aunque no sea verdad. —Me doy cuenta de que, en algún momento, Gibbs se ha perdido. «Tengo que intentar mantener las cosas simples»—. Tim es tan asesino como lo es Lauren.

—¿Conoce en persona a Jason Cookson?

—No. Tiene razón. No sé nada de él. Si pudiera, retiraría todo lo que he dicho de él.

—Siempre es más fácil creer que los malos son las personas que no conocemos y que no nos importan —dice Gibbs.

—Lauren no me importa —reacciono, indignada—. No creo que decir que no puede ser una asesina equivalga a una declaración de amor eterno.

—Amor eterno; es una frase interesante. —Gibbs se inclina hacia atrás en su asiento—. ¿Qué le ha hecho pensar en ella?

—Mis ganas de encontrar formas nuevas e imaginativas de sarcasmo —respondo rotundamente.

—Hábleme de su relación con Tim, aparte del hecho de que fuese su contable.

«Llevo tu corazón conmigo, lo llevo en mi corazón».

—No puedo —susurro. Tengo los ojos inundados en lágrimas.

—Dijo que, la primera vez que habló con Lauren, en el aeropuerto de Düsseldorf, ella estaba asustada de usted.

No sé si Gibbs pretendía ayudarme con ese repentino cambio de tema, pero, en todo caso, se lo agradezco.

—Así es. En la puerta de embarque le solté un sermón bastante cruel. Estaba gritándole al personal del aeropuerto, a los otros pasajeros y a cualquiera que le dijese algo que ella no quisiera escuchar; salvo a mí. En cuanto me metí yo, se le pasaron las ganas de pelearse. Fue algo instantáneo: se quedó de pie, parada, mirándome como si no pudiera creer que estaba hablando con ella. No sé si fue sorpresa, terror o qué, pero el contacto directo conmigo le resultaba un problema. Ahora tiene sentido, pero en aquel momento no lo tenía. Más tarde, cuando me tropecé con ella en el pasillo, después de... —me interrumpo.

—¿Después de qué?

No tiene por qué saber lo de la prueba de embarazo.

—Después de que nos dijese que fuéramos a Salidas y esperásemos el autocar. Se escapó como si la estuviese persiguiendo; y, bueno, luego sí lo hice.

Gibbs frunce el ceño y consulta de nuevo sus notas.

—Se fue corriendo y, pocos minutos después, se arrojó en sus brazos, le dijo que había ayudado a incriminar a un hombre para que lo acusasen de asesinato y le ordenó que cuidase de ella hasta que llegasen a Combingham.

—Ya. No tiene ningún sentido.

—Yo no diría eso —dice Gibbs, poniéndose de pie, acercándose a la ventana y cerrando los puños contra el cristal, como preparándose para hacerlo añicos —. Tiene sentido si está confusa acerca de sus sentimientos. Quiere acercarse a usted; si no, ¿qué hace ahí?

Probablemente tenga razón. Pero ¿por qué? ¿Por qué seguirme como mi sombra hasta Düsseldorf y de vuelta? ¿Cómo supo de mi existencia? ¿Es que oyó a Tim mencionar mi nombre?

—Está en ese vuelo por usted, y está asustada de que descubra cuál es el motivo que la ha llevado a Alemania, que no es otro que el hecho de que usted está en Alemania. Lo último que quiere es un enfrentamiento.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?

—Vamos a centrarnos en las preguntas a las que podemos dar respuesta — dice Gibbs—. ¿Estaba Lauren también en su vuelo de la mañana?

—Eso es lo que me pareció. No llevaba maleta, así que no había pasado la noche fuera, y dijo que me había visto por la mañana. Y no hay más que un vuelo matinal entre Combingham y Düsseldorf en día laborable: el vuelo en el que yo estaba, el de las 7 de la mañana.

—¿Se le ocurre cómo puede haber sabido que usted tenía pensado ir ayer a Alemania, y los horarios de sus vuelos?

—Tengo un blog —respondí, incómoda. Soy incapaz de comunicarme con el hombre con quien vivo, de manera que lo compenso compartiendo excesiva información por Internet—. Sobre todo va de ciencia y tecnología, pero también contiene mi agenda. —Para que Tim pueda saber lo que hago. Así, si algún día le apetece, puede venir a esperarme al aeropuerto cuando aterrice mi avión—. También contiene un montón de quejas exageradas sobre tener que madrugar para volar aquí o allá. Incluido Düsseldorf.

—¿Nombre?

—Ya sabe mi... ah, de acuerdo, el blog. Gaby Struthers punto com barra blog.

—¿A qué se dedica? —pregunta Gibbs.

Odio responder esa pregunta a menos que pueda hacerlo de forma adecuada. Es difícil resumir, y amo demasiado mi trabajo como para pasar por alto los detalles.

—En este momento formo parte de una empresa llamada Rawndesley Technological Generics. Estamos trabajando en un nuevo producto con una empresa alemana; de ahí el viaje de ayer.

—¿Un nuevo producto? ¿Se refiere a algo que usted ha inventado?

—Algo que estamos tratando de inventar.

Gibbs vuelve a la mesa y toma asiento.

—¿Qué es? —pregunta.

—¿Acaso es relevante?

Se encoge de hombros.

—Me interesan las personas que inventan cosas. Yo nunca he sentido la necesidad. Todo lo que quiero existe ya. —Un pensamiento problemático o infeliz cruza su rostro. La posterior sonrisa forzada me confirma que no se trata de imaginaciones mías—. Siempre he opinado que las personas que inventan cosas intentan que la vida sea demasiado complicada, pero quizá solo sea mi forma de verlo.

—Es una suerte que la persona que inventó la rueda no pensara como usted.

—Eso es diferente. No digo que no sea necesario inventar nada; en los viejos tiempos, antes de que tuviésemos todo lo que necesitábamos, las cosas eran distintas.

No debe de estar hablando en serio.

—Así, ¿no se tomaría la molestia de inventar la cuerda inteligente? —Tampoco tendría la más mínima posibilidad de éxito.

—¿Eso qué es? —pregunta Gibbs.

—Lo que parece. Imagínese poder atar una cuerda alrededor de una caja, por ejemplo, y hacer que la cuerda mida las dimensiones de la caja.

—¿Eso es lo que hace su empresa? ¿Cuerda inteligente?

—Lo estamos intentando; aún no lo hemos conseguido del todo.

«Necesitamos otros veinte millones de libras de inversión. ¿Le apetece contribuir?».

Gibbs pone cara de fastidio.

—Sé qué es una cuerda. ¿Cómo va a ser inteligente? No es más que cuerda.

Estoy demasiado cansada para tratar de explicarle que lo que yo y mis colegas estamos luchando por crear no es la cuerda que él se imagina, la que se compra en la ferretería. Si lo hiciera, probablemente me preguntaría por qué la llamo cuerda si no lo es.

—Necesito dormir. ¿Puedo... cuándo podré hablar con Tim?

—Eso tienen que decidirlo en la prisión de Combingham, donde se encuentra recluido.

La palabra hace que me den palpitaciones.

«Tim en la cárcel, porque Francine está muerta». Si pudiese entrar, lo haría: me quedaría a vivir allí, con él; para siempre, si fuese necesario.

¿De dónde salen estas ideas? ¿A quién se le están ocurriendo? ¿Quién es esa persona sumisa que sacrificaría todo cuanto ha trabajado por conseguir para vivir en la cárcel con un hombre que la rechazó? No me reconozco.

Gibbs saca un pañuelo del bolsillo del pantalón y me lo tiende.

—¿En qué estaba pensando que la ha hecho llorar?

«Con lo bien que me estaba saliendo y ahora lo he echado todo a perder. Lauren Cookson lo ha estropeado todo, y la odio por ello. La odio por hacer que me vuelva a sentir así, cuando pensaba que lo había superado. De hecho, no estoy pensando: sería más adecuado decir que las cosas me están cayendo encima».

—¿Cuál es el hotel más próximo a la cárcel? —pregunto, poniéndome de pie. No aguanto ni un segundo más en este cuarto minúsculo.

—¿No vuelve a su casa? —Gibbs se pone en pie de golpe. ¿Es que piensa agarrarme y obligarme a tomar asiento?

—Sí. Claro. —Me froto los ojos con el pañuelo—. Tengo que ir a casa antes.

Tengo que ir a casa para decirle a Sean que me voy.

11/3/2011

—No es necesario que venga a visitarme tan a menudo —le dijo Tim Breary a Simon.

—Ese es su punto de vista.

—Nunca me atrevería a hablar desde el suyo —sonrió Breary.

Simon y él estaban en la habitación conocida extraoficialmente en la cárcel de Combingham como «el salón». Era espaciosa, acabada de decorar, amueblada de manera confortable y, con esta excepción, solo la utilizaba el personal de dirección de la cárcel para las reuniones importantes. Simon la había pedido para esta entrevista, y le sorprendió que se la concedieran. Esperaba que un cambio respecto del sórdido escenario gris habitual sirviese para superar el punto muerto en el que se hallaba con Tim Breary.

Este no pareció notar el nuevo entorno.

—No me siento aislado ni me aburro aquí, pase el tiempo que pase. Tengo un par de amigos y leo mucho, incluso para mi estándar. Dan y Kerry han sido tan amables de donar libros a la biblioteca, más de los que puede absorber el pobre celador que se encarga de ella. —Si Breary estaba intentando poner una expresión neutra, no lo estaba logrando; más bien parecía satisfecho de sí mismo—. Un montón de reincidentes conocen ahora la obra de Glyn Maxwell, algo que probablemente nunca habrían probado.

Simon supuso que Glyn Maxwell era poeta. Todas las personas de las que hablaba Breary, salvo su difunta mujer, Dan o Kerry Jose, eran poetas.

—«No lo olvides» —dijo Breary, con la voz que ponía al recitar, más alta y más amable que la que usaba para admitir que había matado a Francine—. «Nada dará comienzo que no haya comenzado ya. / No lo olvides. / Ni a su amigo, su enemigo y su contrario».

—Lo tendré en cuenta.

Simon estaba decidido a no perder la paciencia. Los sospechosos solían decir disparates para evitar responder a preguntas a las que no querían dar respuesta, pero la actitud de Breary no era la normal. Sus modales con Simon eran casi... «afectuosos»; no era la palabra, pero era algo parecido. Simon estaba cada vez más convencido de que la intención de Breary no era obstruir, sino entretener y comunicarse; crear, en cierto modo, una conexión. Y sus disparates no eran tales, aunque lo pareciesen. Simon descubrió que, después de cada interrogatorio, tenía ganas de desmenuzarlo, de analizarlo

línea a línea. Quizá la estrategia de Breary era una forma de negar o disimular su necesidad de conexión.

«No lo olvides. / Ni a su amigo, su enemigo y su contrario».

La persona que se sentaba ante sí había sido un enigma para Simon desde el primer día. Breary era un actor; se deleitaba en la continua interpretación que constituía su comportamiento cotidiano; y, sin embargo, parecía a un tiempo completamente auténtico. ¿Cómo era posible? Su atractiva elocuencia no era zalamería, como bien podría haber sido. Estar en la misma habitación con él transmitía una especie de calma. Incluso cuando estaba ocultando datos con determinación, seguía dando la sensación de que, en su presencia, era posible que sucediese lo que uno esperaba, cosa que, desde luego, era completamente falsa y carecía de fundamento alguno. A Simon no le costaba creer que Breary hubiese convencido a algunos de sus compañeros más obtusos de que estaban tan interesados en los poemas primerizos de Glyn Maxwell como en el origen de su próximo chute de caballo.

Aquel día, la afabilidad que Breary proyectaba era aún más palpable, si cabe. Parecía menos cauteloso que las otras veces que Simon había hablado con él. Quizá fuese por la habitación, con sus asientos distribuidos en un agradable semicírculo. Simon se alegraba de haberla solicitado; quería que Breary se sintiese tranquilo y comunicativo, que imaginase que se había salido con la suya con lo de fingir que era un asesino.

Simon estaba seguro de que no lo era en absoluto, y estaba preparado para quedarse allí el día entero —y toda la noche, si era necesario— con tal de oír a Breary admitirlo también. Había apagado el teléfono, y disfrutaba pensando que, a esas alturas, Sam Kombothekra ya se habría puesto en contacto con Charlie y descubierto que, por lo que a Simon respectaba, la traición de Sam le había liberado de sus obligaciones contractuales con la policía de Culver Valley durante todo el tiempo que él quisiera. Proust no lo vería del mismo modo, pero Simon tenía otro as en la manga para esa jugada.

—Yo también he estado escribiendo un poco —dijo Breary, y sonrió—. No se preocupe, me aseguraré de romper todas mis creaciones después de terminarlas.

Simon no contestó. Breary miró hacia los sillones vacíos situados entre ambos, como si esperase obtener una reacción de ellos. Tres sillones verdes vacíos. Francine Breary, Dan Jose, Kerry Jose. Los otros jugadores, los jugadores ausentes. Simon se preguntó por los personajes secundarios, Lauren y Jason Cookson. Vivían con los Jose, ambos estaban en la casa cuando mataron a Francine. No había asientos vacíos para ellos.

Los cinco —Breary, los Jose y los Cookson— habían respondido por separado que no era normal que Francine y ellos estuviesen juntos en casa al mismo tiempo. Según su propio relato, Tim Breary había elegido el momento en que había más personas en la casa para asesinar a su mujer, pero también había dicho que no había elegido el momento y que, de hecho, no lo había pensado antes; se había visto en la situación sin aviso ni premeditación, por ningún motivo del que fuese consciente.

—¿Qué hemos hecho para merecer tanto tiempo de visita? —preguntó a Simon—. ¿Quién es el que recibe el tratamiento especial: usted o yo? Ah, veo que pone su cara tímida. Eso significa que es usted. ¿No me va a contar cuál es su secreto?

Simon desvió la pregunta. No podía soportar la idea de tener una «cara tímida», y Breary se dio cuenta de ello.

—Lo haré si me cuenta usted el suyo.

Le daba un poco de apuro el trato preferencial que recibía en la cárcel de Combingham y en alguna otra. Cuando Charlie bromeaba sobre lo que ella insistía en llamar su status de famosillo, salía de la habitación, pero eso no bastaba para detenerla. La siguiente vez que lo intentase, Simon le diría que Tim Breary no había oído hablar nunca de él, así que su reputación no podía ser tan importante como ella pretendía.

—¿Por qué mató a su mujer?

—Ya se lo he dicho: no lo sé. Ojalá lo supiera. Me gustaría poder ayudarle, pero no puedo.

La cárcel no solía ser buena para nadie, pero Breary no parecía estar más desnutrido ni tener más ojeras que cuando era libre. Era bastante extraño. En general, a los ejemplares procedentes de los bajos fondos les iba mejor: para ellos, las cosas no eran tan distintas. Los profesionales de clase media alta tendían al deterioro rápido, tanto físico como mental.

Pero no era el caso de Tim Breary: sus ojos brillaban con lo que Simon se empeñaba en llamar expectación, aunque no estaba seguro de poder justificar por qué prefería esa palabra; quizá no fuese más que una impresión a medio construir. El cutis de Breary tenía hoy un aspecto especialmente brillante, como si lo que fuera que alimentase la piel hubiese querido acicalarla desde el interior. Era frustrante ser incapaz de entrar en su cabeza y sacar a la luz la causa de su bienestar.

—¿Se alegra de la muerte de Francine?

—Una nueva pregunta. Excelente. —Breary pareció reflexionar sobre el asunto—. No. No, no me alegro.

—Pues lo parece.

—Lo sé —aceptó Breary. Su sonrisa se atenuó, como si la discrepancia le molestase tanto como a Simon—. Quizá... quizás un día sí me alegre, pero en este momento preferiría... —Sus palabras se apagaron.

—¿... que no la hubiesen matado?

—Preferiría no haberla matado. La muerte debería ocurrir de forma natural. Y

lo digo desde la perspectiva de alguien que una vez se cortó las venas de las muñecas y los tobillos.

Esto era una novedad para Simon, pero se aseguró de no mostrar sorpresa alguna.

—¿Y desde la perspectiva de alguien que, más recientemente, asesinó a su mujer?

—Así es. No me pareció necesario decirlo, porque usted ya lo sabe. —El primer signo de que Breary empezaba a irritarse—. No tiene sentido intentar pillarme en un renuncio. No le va a salir bien.

—Ha dicho que la muerte debería ocurrir de forma natural; y sin embargo, cogió un almohadón, lo puso sobre la cara de su mujer y la asfixió.

—Eso no es ningún misterio. He actuado en total contradicción con mis creencias, como llevo haciendo la mayor parte de mi vida. Siempre he pensado que negar mis propios principios era una forma de cortesía hacia los principios que los demás tienen en una alta estima. En cierto modo, sería como el espíritu de contención familiar, llevado al plano de la ética.

A Simon le pareció que Breary estaba diciendo locuras. Pero no, eso hubiera sido demasiado fácil.

—¿Por qué se cortó las muñecas y los tobillos?

Breary frunció el ceño.

—¿Es necesario que hablemos de ello? —dijo, como si quisiera ahorrarle el trago a Simon, no a él mismo.

—Me gustaría saberlo.

—Lo hice, y no debería haberlo hecho, por la misma razón: el mundo es un lugar mejor si yo no ejerzo mi influencia sobre nada y sobre nadie. Es el dilema que tenemos los que sabemos que no tenemos relevancia alguna. ¿Ejercemos una mayor influencia si cometemos un acto violento para quitarnos del medio de una vez por todas, o si hacemos todo lo posible por permanecer en segundo plano?

Simon intentó imaginarse un escenario capaz de hacer que Breary permaneciese en segundo plano; no lo consiguió. Pocas personas podían mantener una conversación tan poco predecible y tan efectista.

—«Transmites una imagen precipitándose al exterior / Cuando depones a un rey y te quedas con el trono». —Dijo Breary, dando fuerza a la idea de Simon—. «Expulsas símbolos al tomar por la fuerza».

—¿Qué es eso?

Breary levantó un dedo, indicando que aún no había terminado. «E incluso si dices que el poder es tuyo, / Que eres tu propio héroe, tu propio rey, / No podrás llevar puesto el sentido de la corona».

—¿Lo ha escrito usted?

—Mi talento no da para tanto. Lo escribió una poetisa llamada Elizabeth Jennings.

—¿Y qué significa? No sobre los reyes: sobre usted —aclaró Simon—. ¿Qué le ha hecho pensar en él, en relación con el hecho de cortarse las venas?

El intento de suicidio era un dato nuevo y sólido, se dijo. Un premio de consolación por la situación de tablas en el asesinato de Francine. Se dijo que hablaría sobre ello con Dan y Kerry Jose.

—Significa lo que he dicho antes: deja que la naturaleza siga su curso. No te cobres ninguna vida, ni la tuya ni la de nadie. No fuerces al mundo a que obedezca tus órdenes, no derroques a un monarca para intentar ocupar su lugar. «No podrás llevar puesto el sentido de la corona».

—¿Igual que usted no lleva puesto el sentido de la prisión de Combingham? —dijo Simon—. Usted ha depuesto a un asesino y ha ocupado su trono. ¿Es a eso a lo que se refiere? ¿A que puede ser condenado a cadena perpetua, pero que le será fácil cumplir la sentencia, ya que su sentido, su aspecto de castigo, no se le aplica?

Breary se rio con ganas, echando la cabeza hacia atrás.

—Simon, es usted brillante. Equivocado, pero brillante.

Lo último que Simon quería era un elogio, y no recordaba haberle dicho a Tim que podía llamarlo por el nombre de pila, ni en este interrogatorio ni en ninguno de los anteriores. Estaba combatiendo la desagradable sensación de que no formaba parte de la misma realidad que Tim Breary y no podía hacer nada para cambiarlo.

—Cuando mi colega, el detective Sellers, le interrogó, usted le dijo que, con frecuencia, las personas no saben por qué cometen un asesinato. —«Es lo que he oído de boca de una mujer llamada Regan. Esperemos que sea verdad»—. ¿Acaso ha investigado lo que dicen y dejan de decir los asesinos de verdad? Debe de haber querido asegurarse de hacerlo bien, ya que usted mismo no es uno de ellos.

—No he investigado nada. Y, si lo hubiese hecho, ¿demostraría eso que no he matado a Francine?

Simon pensaba que sí, pero se dio cuenta de que Tim estaba a punto de decirle que se equivocaba.

—¿Alguna vez ha pensado, después de tener una determinada experiencia, si

alguna otra persona la habría tenido también? ¿Quizá se ha parado a reflexionar para ver si tenía compañía al enfrentarse a ese conflicto específico?

—No —dijo Simon con sinceridad—. ¿Por qué iba a tener relación lo que a mí me pase con la vida de otra persona?

Breary se irguió en su asiento.

—¿Me lo pregunta en serio?

Una pregunta peligrosa cuando se formula con ese tono, mitad sorpresa, mitad broma. Simon sabía que aquello no era tanto una pregunta auténtica como una recomendación para dejar de lado la seriedad porque la persona que pregunta la considera poco apropiada. La mejor respuesta era siempre «no», a menos que uno quisiera pasar por una situación bochornosa; no era la intención de Simon, así que decidió quedarse en silencio.

—Lo siento —dijo Breary—. Estoy tratando de comprenderle, del mismo modo que usted probablemente esté a punto de dejarme por imposible. La cuestión es ¿prefiero comprender o ser comprendido?

—¿Y cuál es la respuesta?

—Comprender.

«También yo. Siempre».

—Yo no estoy dejando nada por imposible —afirmó Simon, consciente de pronto de una presión en el pecho que no estaba allí hacía un instante. ¿Por qué era tan difícil mantener a las personas en el lado correcto de la barrera? Extraños que aparecían en su puerta con la intención de hablar de un trauma de acoso compartido, sospechosos de asesinato que intentaban resolverlo a él como si fuese una especie de enigma... Al fin y al cabo, la vida consistía en eso: un enigma humano tratando de resolver otro. A Simon le hubiese gustado poder resignarse a no saber, y que a todas las personas con las que coincidiese les pareciese bien no conocerle.

—Tendrá que conformarse con ayudarme a mí a entenderle a usted. Mató a su mujer y se intentó suicidar, pero se opone a la idea de matar.

—Así es.

—Solo que a veces es necesario hacerlo para evitar el dolor, ¿verdad? Estar siempre tumbada en la cama no era vida para Francine, así que la ayudó a terminar con esa vida que usted sabía que no quería seguir viviendo. Una muerte por compasión.

—Qué buena persona sería yo, si eso fuera cierto —dijo Breary con un súbito deje de amargura.

—¿Por qué no fingir que lo es y así evitar la cárcel?

—¿Por qué plantar en mi cabeza la semilla de la posibilidad? ¿Acaso no cree que los asesinos merecen estar encerrados?

—Sí, lo creo.

—Quiero que se me castigue para poder seguir viviendo con la conciencia tranquila.

—Si sigue fingiendo que asesinó a su mujer, el único lugar en el que va a seguir viviendo es la celda de una cárcel.

—Hablaba desde un punto de vista metafórico. —Breary no dijo nada sobre lo de fingir.

—Mientras venía hacia aquí, se me ha ocurrido una idea —dijo Simon—. No podía dejar de pensar por qué no se agarró a mi sugerencia de la eutanasia.

—No me ha estado escuchando. En la vida hay otras metas, aparte de librarse del máximo número de cosas posible.

Los ojos pensativos de Tim clavados en él hacían que Simon se sintiese incómodo. Se levantó y se aproximó a la ventana, fuera de su alcance.

—Es usted un buen mentiroso, pero no le creo. En igualdad de condiciones, no debería querer estar encerrado aquí.

—No sé por qué utiliza nadie esa expresión.

—Ni yo. Las condiciones nunca son iguales.

—Estoy de acuerdo.

—He estado pensando, o intentándolo, en cuál podía ser su móvil —dijo Simon—. Su móvil para un asesinato que no fuese por compasión.

—Gracias, pero no tenía un móvil, ni lo necesitaba. Fui capaz de matar a mi mujer sin tener un móvil.

—He estado pensando —prosiguió Simon, a pesar del amable intento de disuasión de Breary—. Es muy fácil convertir la necesidad o el temor de una persona en la obligación de otra.

Quizá no fuese eso lo que sucedió con Francine y Tim Breary, pero era frecuente, y estaba mal. Pensaba en las personas que darían cualquier cosa para salir corriendo en dirección contraria mientras empujaban las sillas de ruedas de sus maridos o mujeres enfermos a la puerta de la clínica Dignitas, deseando poder pasar siquiera otro mes, otra semana, otro día juntos, a pesar del sufrimiento...

Simon estaba avanzando demasiado rápido. Tenía que crear un escenario para Breary, no reaccionar a él dentro de su propia mente. Como le solía pasar, tuvo que esforzarse para ser consciente de que no estaba solo en la habitación.

—Muchas parejas tienen esta conversación cuando ambos están perfectamente sanos. Uno de ellos dice «Si algún día me veo incapaz de cuidarme por mí mismo, si mi calidad de vida se va a la mierda y no puedo acabar con todo...». Y todo eso. —Simon prefería no pensar en los detalles; le parecía demasiado angustiioso—. ¿Tuvieron usted y Francine esa conversación? ¿Le hizo prometer que, si alguna vez se veía incapacitada hasta el punto de no poder quitarse la vida ella misma, usted haría eso por ella? O quizá halló la manera de comunicarse con usted, aun sin poder hablar.

—Imposible —dijo Breary—. Francine sufrió un ictus en el hemisferio cerebral izquierdo que le causó afasia de Broca. No podía comunicarse en absoluto. Y antes de que haga la pregunta que hace todo el mundo: no, no podía elegir letras en un tablero parpadeando. No todas las víctimas de ictus pueden; solo las que aparecen en los titulares de los periódicos.

—De acuerdo; entonces, hablaron de ello antes del ictus —dijo Simon.

—No, no lo hicimos.

—Francine le hizo prometer que la mataría si la opción era dejarla postrada como un vegetal un día tras otro, año tras año, despojada de todo autocontrol y de toda dignidad. ¿Cómo se sintió cuando ella le hizo prometer una cosa así? Quizá le dijo que no estaba seguro, pero ella no aceptó una negativa por respuesta.

—¿Y eso qué querría decir? —preguntó Breary.

—Yo sé cómo me sentiría si mi mujer me pidiera una cosa así. Claro que nunca lo haría; ella quiere justo lo contrario. «Déjame vegetar. Siéntate junto a mi cama y lee...». —Simon se interrumpió. Había estado a punto de decir *Moby Dick*, y se alegraba de haberse detenido a tiempo; Tim Breary no tenía por qué saber el nombre de su libro favorito.

—¿«Y lee...»? —inquirió Breary.

—Leer un libro a su lado, hacerle compañía, pero no matarla. Ella nunca me pediría una cosa así. No sería justo. Yo tampoco se lo pediría, por el mismo motivo.

Breary asintió.

—Hacen buena pareja. Francine y yo no hacíamos tan buena pareja, pero nunca tuvimos la conversación que acaba de describir.

Simon sabía que su teoría era una locura, pero quería lanzarla y ver cuál era la respuesta de Breary.

—Puede que Francine le pidiera que lo hiciese y usted pensara que era injusto. Pedir a una persona que te mate es pedir demasiado; en especial si se trata de una persona que estaría perdida sin ti, la persona que querría que vivieras fuera como fuese. Yo querría que mi esposa estuviese viva en cualquier situación, incluso en estado de muerte cerebral y con máquinas que respirasen y lo hiciesen todo por ella. Tenerla así siempre sería mejor que no tenerla.

Cuando Breary dijo «es evidente que la quiere mucho», Simon se dio cuenta de que había perdido la concentración y había dejado que sus asuntos privados interfiriesen con lo que estaba tratando de lograr aquí. Eso consiguió anular su satisfacción por haber dejado de mencionar *Moby Dick*.

—Ella sentiría lo mismo por mí. No es un sentimiento tan extraño. ¿Es así como se sentía? ¿Aceptó matar a Francine, o ayudarla a suicidarse si es que llegaba ese terrible momento? ¿Se sintió forzado a aceptar? Porque eso es lo que es, esa gilipollez de «es tu deber matarme y acabar con mi sufrimiento»: chantaje, pura y simplemente. Y el chantaje es uno de los posibles factores desencadenantes del asesinato.

—No lo es cuando el asesino soy yo —afirmó Breary sin rastro de frivolidad. Parecía pretender que Simon comprendiera—. Puede que sea el caso de otros, pero yo nunca mataría por esa razón. Nunca lo haría por ninguna razón, de hecho. En el mismo momento en que un móvil asomase la nariz, empezaría a cuestionarlo y acabaría por hacerlo trizas. Solo podría matar tal como lo hice en el caso de Francine: sin motivo alguno, porque sucedió y ya está. Y ya está —repitió en voz baja.

¿Qué carajo estaba pasando aquí? ¿Es que Breary insinuaba que solo los asesinos más zafios recurrirían a un móvil tan trillado, que él era, en cierto modo, más natural e intelectualmente más modesto por dejar que sucediese sin saber por qué? Simon, confuso, volvió a su rebuscada teoría, que era menos descabellada que la realidad de Tim Breary y de todas las afirmaciones que salían de su boca.

—¿Era muy duro ver a Francine postrada, incapaz de moverse o de hablar, sabiendo lo que usted le había prometido, y sabiendo que ella también lo sabía? No tenía el cerebro dañado.

—Por supuesto que lo tenía —respondió Breary, sorprendido—. ¿Qué cree que le provocó la afasia de Broca y la pérdida de movilidad?

Simon hizo un gesto de impaciencia.

—Me refiero a que no sufría muerte cerebral. Podía pensar, aunque no pudiese hablar.

Breary se pasó la lengua por el labio inferior antes de hablar.

—Si he de confiar en los expertos y sus pruebas interminables, el cerebro de Francine aún era funcional. Podía oír, incluso escuchar. Yo le hablaba, tocaba

música para ella, le leía poesía... —Parpadeó un par de veces y luego miró a Simon a la cara, como pensando «Bueno, ya basta»—. Y el 16 de febrero la mató.

—Si le leía poesía es porque quería que viviese. Si no, ¿por qué iba a tomarse la molestia de hacerlo? —estalló Simon, molesto por anticipado porque Breary estaba a punto de destruir su teoría, que era perfectamente válida—. No quería hacer lo que había jurado hacer. Pensó que, si Francine podía oír y pensar, tenía sentido que siguiese viva. Pero sabía que ella no estaba de acuerdo. Aunque no podía decirlo por sí sola, no era necesario que lo hiciese: había dejado bien claro su punto de vista en el pasado. Usted sabía que ella odiaba estar desvalida, y que recordaría lo que le había obligado a prometer. Cada vez que le leía un poema, oía su acusación velada como si la estuviese gritando: «¿Cómo puedes decepcionarme así? ¿Cómo puedes traicionarme? Prometiste que me matarías si acababa así».

—Continúe —dijo Breary en voz baja, después de carraspear.

—¿Para qué? ¿Para poder decirme que me equivoco? De acuerdo. Creo que quizás usted también está empezando a enfadarse. Cólera defensiva. Sí, estaba defraudando a Francine, pero ¿qué le estaba haciendo ella a usted? Allí tumbada en silencio, suplicándole que se convirtiese en un asesino, que hiciese algo que lo estaría persiguiendo toda la vida; algo ilegal, además. Suplicándole que pusiera en peligro su libertad. No podía soportarlo. Entrar en esa habitación se le fue haciendo cada vez más difícil. ¿Acabó por odiarla, por sentir como si estuviese atrapado, sin salida?

Breary no le respondió. Sus ojos revoloteaban por la habitación, como si tratasen de localizar el origen de las palabras que oía.

—Yo en su situación habría sentido acumularse la presión —dijo Simon—. ¿Qué podía hacer, más que matarla? Se lo había prometido, sabía que era lo que ella quería. Ella está atrapada y confía en usted. No puede soportar la visión de sus ojos culpándolo cada vez que la mira, pero usted también está furioso: ella no tiene derecho a imponerle esa... obligación destructiva; destructiva no solo para ella, sino sobre todo para usted. El deber de matarla; de matar precisamente a su mujer. De arrancarse el corazón, el alma, de ignorar sus principios sobre lo que está bien y lo que está mal y hacer lo peor que una persona puede hacer. De modo que se le ocurre una idea. Es casi tan mala como lo que está tratando de evitar, quizás incluso peor, pero es lo único que se le ocurre, la única ruta de huida: asesina a Francine.

Después de decirlo en voz alta, Simon se quedó menos convencido de que aquello fuese una posibilidad. Sonaba a algo desquiciado; y lo era.

—Quiere matarla por lo que le ha forzado a aceptar, así que lo hace —dice, sintiendo el deseo de borrarlo al tiempo que lo describe. Una vez, Charlie lo había acusado de reservar toda su pasión para situaciones que solo existían en su mente; ¿era posible que tuviese razón?—. Francine esperaba que usted apartase a un lado sus principios y su libre albedrío e hiciese lo que ella quería, algo que ningún ser humano debería pedir jamás a otro. Después de reflexionar sobre ello, llegó a la conclusión de que lo que se merecía no era

compasión, sino el asesinato. Le encantó poder marcarle un tanto. Cuando ella vio el almohadón aproximándose, lo malinterpretó. Pensó que usted estaba haciendo honor a la promesa que le había hecho. «Por fin», pensó. No tenía ni idea de que lo que estaba haciendo era asesinarla; pero usted sí lo sabía, y eso era suficiente. Estaba vengándose de ella. —Simon se secó el sudor del labio con el dorso de la mano—. Ese es el motivo por el que yo, en su lugar, lo habría hecho —dijo, tratando de hallar la forma de volver a un interrogatorio normal después de su arrebato—. Una única y sencilla acción, presionar con un almohadón sobre el rostro de ella, le bastó para resolver los tres asuntos: su obligación para con su mujer, su sentimiento de culpa y su cólera. Por eso no reconocerá jamás que lo que hizo fue colaborar en un suicidio, por mucho que yo intente ayudarle; porque en ese caso, si dice aunque solo sea una vez que eso es lo que sucedió, entonces la victoria es de Francine, ¿verdad? Ella es la que manda, incluso después de muerta, y el débil es usted.

Breary se puso de pie y sacó algo de la cinturilla elástica de sus pantalones oficiales de recluso; la velocidad del movimiento hizo que Simon retrocediese un paso, pero no era más que una hoja de papel doblada, no un arma.

—Tome —dijo Breary.

—¿Qué es?

—Déselo a Gaby; Gaby Struthers, de la empresa Rawndesley Technological Generics. No lo haga en presencia de Sean, el hombre con el que vive; asegúrese de que está sola.

Simon desdobló la página, que contenía un poema escrito a mano, un soneto. La palabra «enamorarse» le saltó a la cara y le hizo perder la concentración. No había nada que indicase quién era el autor.

—Siento pedirle este favor cuando no le he dado nada a cambio —se disculpó Breary.

¿Lo decía en serio? A Simon le bastó una mirada para comprobar que era así: Breary quería que Simon le entregase a una mujer un poema de amor. Quizá fuese su manera de insinuar un móvil que hasta el momento no había sido sugerido. El nombre de Gaby era una novedad en la investigación.

—Quizá ella le sea de ayuda —murmuró Breary. Simon apenas pudo oírle.

—¿De qué forma?

—Usted podrá responder a esa pregunta mejor que yo.

Salvo que Simon no tenía ninguna respuesta. «Podrá responder», en futuro: después de conocer a Gaby Struthers y descubrir... ¿qué? En el ínterin, le habría bastado con la explicación de inferior calidad de Breary, que sabía que no iba a obtener.

—No tengo demasiada imaginación, pero la reconozco en otros, y la admiro —dijo Breary—. La suya es fuera de lo común. ¿Dice que engañé a Francine para que creyese que la estaba ayudando a morir al tiempo que, en secreto, dentro de mi mente, la estaba asesinando? No se me habría ocurrido nada así ni en un millón de años. Y como no parece que vaya a saber próximamente lo que hice o lo que dejé de hacer, ni el porqué o el por qué no, tendrá que venir a verme otra vez e imaginar más teorías, lo que me dará algo que esperar con impaciencia. —Breary apartó la mirada y suspiró—. Escuche, ya sé que esto es lo último que querría oír, y lo siento, pero... Siento una especie de orgullo irracional por ser el objeto de sus brillantes ideas. Y por ello me siento aún más culpable al no poder ayudarle.

Simon no recibía a menudo elogios tan manifiestamente claros. Cuando otras personas hablaban de sus asombrosas teorías —y sí, no podía negarlo, solía tener razón—, sus voces solían mostrar más bien exasperación. Correcto, genial, pero aun así un grano en el culo; sería más aceptable si fuese más normal y se equivocase con más frecuencia. Ese era el punto de vista más habitual sobre Simon. Era agradable conocer a la excepción.

«¿Aunque sea un asesino?».

Los elogios de Tim Breary, como su falta de móvil... ¿no serían parte de una campaña cuidadosamente orquestada para evitar la condena por asesinato? ¿O para garantizarla?

Simon tenía problemas para pensar con claridad. Quizá, por una vez, no fuese la persona más inteligente de la sala.

—¿Buscará a Gaby y le entregará el poema? —le preguntó Breary.

—¿Por qué debería hacerlo?

—El deber no tiene nada que ver. Se lo dará porque necesito que lo haga. Porque usted mantendría con vida a su mujer aunque estuviese en muerte cerebral. Porque es capaz de imaginar.

Simon esperó que Breary le dijese qué era lo que era capaz de imaginar. Cuando los detalles no llegaron, se dio la vuelta para irse.

—Simon, espere. Cuando le dé el poema a Gaby...

—Aún no he dicho que vaya a hacerlo.

Era solo al principio y al final de sus sesiones con Breary cuando Simon tomaba plena consciencia de lo diferente de sus circunstancias: en pocos minutos, él saldría al exterior, tragaría golosamente unas bocanadas de aire libre y se alejaría de allí en el coche, mientras que el empleado que estuviese montando guardia en la puerta del salón escoltaría a Breary de vuelta a su celda. Esa idea activaba el reflejo de huida de Simon: no fallaba nunca. Lo único que le hacía volverse a mirar era el hecho de que había oído algo más que palabras y no quería perderse las pistas visuales.

Breary parecía estar mascando y tragando aire; la mandíbula y la nuez se movían frenéticamente. Pasaron unos segundos; entonces pudo hablar.

—No mencione mi nombre. No le diga a Gaby que el poema es mío.

Esa petición era improcedente, hasta tal punto que Simon se habría sentido como un sádico si lo hubiese puesto de manifiesto.

Aún se preguntaba si debía responder, y de qué forma, cuando Tim Breary dijo:

—Dígale que es del Portador.

Prueba policial 1441B/SK

PRUEBA POLICIAL 1441B/SK:

POEMA «SONETO», DE LACHLAN MACKINNON.

UNA COPIA MANUSCRITA DE ESTE POEMA FUE ENTREGADA POR TIMOTHY BREARY AL DETECTIVE SIMON WATERHOUSE EL 3/11/2011 EN LA PRISIÓN DE COMBINGHAM, CON LA SOLICITUD DE QUE EL DETECTIVE WATERHOUSE LO ENTREGASE A GABRIELLE STRUTHERS

Soneto

Supongamos que no hubiese un gran Verbo creador,

Que el tiempo es infinito. ¿Corolario?

El momento presente da al infinito

Un final, al venir tras él. Absurdo.

Digamos que el principio del mundo ocurrió

En el tiempo, en un momento al que llamaremos T,

Todo lo necesario para que el mundo sea

Fue, en el punto T menos X. Absurdo.

Enamorarse es también una paradoja.

O sucede como un relámpago,

De modo que, al dar sentido a nuestras vidas, miente

O habíamos esperado mucho tiempo el beso

Que nos cambiase y, conscientes de que alteraría

Nuestro ser, no supuso sorpresa alguna.

Prueba policial 1433B/SK

PRUEBA POLICIAL 1433B/SK:

TRANSCRIPCIÓN DE CARTA MANUSCRITA DE TIMOTHY BREARY A
FRANCINE BREARY CON FECHA 25 DE DICIEMBRE DE 2010

Querida Francine,

Hoy es Navidad. Si eres la misma Francine que siempre has sido, pensarás que, ya que soy tu marido y tú no estás muerta, yo debería hacerte un regalo de Navidad. Estoy de acuerdo. Los años anteriores no lo estaba, pero he cambiado de opinión. El poema incluido en esta carta es mi regalo de este año. Es uno de mis favoritos.

A la Francine que yo conocí, un poema copiado no le habría parecido un regalo apropiado. Quizá la nueva Francine estaría de acuerdo; no lo sé ni puedo saberlo. Lo único que puedo alegar en mi defensa es que, cuando lo elegí, no tuve en cuenta el coste ni el esfuerzo. Si hay en el mundo un regalo mejor que la poesía, aún estoy por descubrirlo (y no me refiero a lo que actualmente pasa por poesía, que no es más que prosa inerte y troceada que no tiene ni sentido ni una musicalidad inherente. Y ya sé que a ti, Francine, estas distinciones te traen sin cuidado).

No voy a meter esta carta debajo de tu colchón, como le gustaría a Kerry. Haré lo que siempre he hecho con los regalos de Navidad que te he comprado: te lo pondré en la mano. Pero primero te lo leeré, desde luego.

En un bosque oscuro, por C. H. Sisson

Ahora que tengo cuarenta años debo lamer mis heridas

Lo que se ha sufrido no puede repararse

He elegido lo que eligen todos los que crecen

Una basura repugnante que no podría compartirse.

Mis errores se han escrito en mis sentidos

El cuerpo es el registro de la mente

Mi tacto está cubierto con mis antiguas defensas

Mis ojos se ciegan, porque mi ingenio era pobre.

Una larga deserción no tiene mérito

Y defecto y deserción son la misma cosa

Mi cuerpo no es apto para la resurrección

Destruye, pues, mi almacén a medio comer

Pero no lo harás, pues eso sería perdonar

Y los cuerpos que perdonas, los reemplazas

Y ese lo guardarás para aquellos que endureces

Para que sufran en el gobierno de tu Gracia.

Los cuerpos de cristianos en la tierra pueden repararse

Por la premonición de un estado celestial

Mas yo, protegido de la Gracia por carne inmunda

No puedo nunca ver, ni comunicarme.

Ahora tengo que ir al piso de abajo para la cena de Navidad, pero volveré más tarde para leerte el poema otra vez y decirte lo que creo que significa. «El cuerpo es el registro de la mente». ¿No te parece razonable, Francine?

Kerry me llama para cenar; no temas, volveré.

Tu marido, para lo malo y para lo malo, después de haber abandonado toda esperanza de lo bueno,

Tim

Viernes 11 de marzo de 2011

Paro el coche en el arcén de hierba en donde acaba la estrecha carretera. La casa de Tim, Dower House, en los terrenos de Lower Heckencott Hall, se esconde de mí. Aunque no la veo, sé que está ahí, oculta detrás de esas grandes puertas de madera; lo sé gracias a un consenso de resultados de búsqueda. Lower Heckencott Hall figura en el listado de Patrimonio Nacional como «Grado I», y aparece en páginas web con nombres como «Tesoros arquitectónicos de Culver Valley» y «Las mejores mansiones históricas de Gran Bretaña».

El lugar donde vive Tim, me corrijo: no su casa. En una de mis búsquedas encontré un documento PDF con los planos de una ampliación diseñada por el estudio Roger Staples para Daniel y Kerensa Jose. Tiene sentido: los que tienen el dinero son Dan y Kerry. Gracias a nethouseprices.com, sé que pagaron 875 000 libras esterlinas por Dower House en febrero de 2009.

Kerry nunca me había dicho que su nombre era una abreviatura de Kerensa. Seguro que Tim lo sabía; me odio a mí misma por esperar que Francine no lo supiese. No es que haga que las cosas sean distintas, pero prefiero pensar en ella como una persona que no lo sabe todo, como una extraña.

La creencia que Kerry me inculcó hace seis años sigue allí, tercamente, a pesar de que es una locura: puede que Francine estuviese casada con Tim, pero no formaba parte de su vida. «Tú eres la cuarta parte de nuestro cuarteto», me dijo Kerry una vez, mientras esperábamos a Dan y Tim en Omar's Kitchen. La idea enseguida echó unas sólidas raíces. La creí porque necesitaba que fuera cierto.

Y aún sigo necesitando que lo fuese en el momento en que lo dijo. Si fue verdad una vez... Debió de serlo; Kerry me habló sobre su padre, algo que ella, Dan y Tim habían acordado no revelar nunca a Francine.

La lluvia repiquetea en el techo del coche como un irritante aviso, regañándome por haber bajado la guardia y dejado paso a la debilidad. No importa que nadie lo oiga, aparte de mí. La vida castiga a los necesitados: si admites que eres incapaz de vivir si te falta algo, lo perderás.

Yo ya no necesito a Tim como antes. He demostrado que puedo vivir sin él. Es solo que quiero ayudarle.

Si mis colegas científicos pudieran oírme hablando del destino, se lo pensarían dos veces antes de volver a trabajar conmigo.

Comprendo que, sea lo que sea, no es que la providencia me haya devuelto a

Tim. Nadie me ha vuelto a invitar a nada. Fíjate en esas puertas cerradas.

Cuando conocí a Kerry y a Dan, no tenían puertas tras las que ocultarse. Vivían en Burtmayne Road, en Spilling, en un adosado de dos dormitorios sin jardín que solo daba a la parte de delante. Mirado desde la calle, era engañoso: te hacía creer que era el doble de grande de lo que realmente era, pero solo tenía una habitación de profundidad. Tim y Francine vivían a dos minutos a pie, en Heron Close, en una casa independiente de tres dormitorios, con un jardín rodeado por otras casas independientes, hasta el punto de que Tim lo llamaba «el anfiteatro», aunque —según Kerry— nunca en presencia de Francine.

«Y ahora Tim vive aquí, con Kerry y Dan. Y yo vivo con Sean».

El detective Gibbs me preguntó mi dirección casi al principio; una mera formalidad. «47 Horse Fair Lane, Silsford», recité. Sonó simplemente como una dirección. Cuando salí de la comisaría me encaminé directamente a Dower House, sin haber sido invitada; probablemente tampoco sería bien recibida. Venir aquí me parecía tan accidental e incongruente como habría sido volver a casa. Sabía que necesitaba dormir, pero no podía imaginar hacerlo en mi propia cama. La idea de que tengo una cama, una casa, un novio, me da la impresión de ser algo que siempre he querido creer, aunque nunca ha sido verdad: es como si encontrase un conjunto de objetos cómodamente acumulados en un lugar, fingiese que son míos y todo el mundo fuese demasiado educado para contradecirme.

«Deja de pensar locuras y haz algo útil».

Abro la puerta del coche, la vuelvo a cerrar. Las puertas de salida son demasiado desagradables. Me digo a mí misma que, si Tim vive aquí, mis sentimientos por él justifican mi presencia. Y no puede haber la menor duda: en todas las páginas web de noticias dice que era aquí donde vivían Tim y Francine en el momento de la muerte de esta. Sin alquiler: esa parte la he averiguado yo sola. Antes que cobrarle alquiler a Tim, Kerry y Dan saldrían desnudos a bailar a la calle. Quizás él insistiese en pagarles, pero no se lo habrían permitido.

La sola idea de volver a ver a Kerry —de que sea posible que esté ahora mismo en su casa, detrás de estas puertas— hace que se me humedezcan los ojos. Parpadeo para apartar las lágrimas. Cuando Tim salió de mi vida, me quedé tan destrozada que pasaron meses antes de poder ver más allá de su pérdida y darme cuenta de la desgracia menor de haberla perdido también a ella. No hacía mucho que la conocía, pero la eché de menos más de lo que esperaba. Me había ayudado de la manera más importante en la que nadie me había ayudado nunca: me explicó a Tim. No por completo —eso habría sido imposible, porque Tim es como es—, pero lo suficiente. Cuando yo había perdido el control, Kerry me hizo tomar las riendas de mi vida.

No debo permitirme la esperanza de pensar que sea capaz de hacerlo de nuevo.

La lluvia deja de caer tan de repente como empezó. Salgo del coche y dejo el

bolso en el asiento del copiloto, pero me llevo el teléfono apagado; es una solución intermedia. Si en algún momento decido que estoy preparada para hablar con Sean, puedo ponerlo en marcha y no perder tiempo. Sin embargo, antes de llamarle, quizá sea una buena idea escuchar la docena larga de mensajes airados que me ha dejado para calibrar su humor; y después probablemente aún tendré menos ganas de hablar con él que ahora, así que, ¿para qué?

Esa es también la reacción que siento ante la fortaleza para superrricos que se alza ante mí: ¿para qué intentar entrar, si tanto se han esforzado en el diseño precisamente para que las personas no puedan entrar? El cartel dice «Lower Heckencott Hall», pero lo que debería decir es «Oh vosotros los que queréis entrar, abandonad toda esperanza», una sutil pero esencial variación de la famosa frase. Intento no sentirme intimidada por las columnas de piedra tallada que flanquean la entrada, el intercomunicador con dos botones, el alto muro perimetral de piedra, con un seto aún más alto para ofrecer una capa adicional de protección. En la distancia veo también un patrón repetitivo de ventanas idénticas: los dos pisos superiores de un inmenso edificio cuadrado, probablemente el Hall. El camino largo y recto se hace notar al tiempo que oculta su presencia; parece más largo que una calle con las viviendas de treinta familias a cada lado, a juzgar por la posición de la casa en relación con las puertas de entrada.

A pesar de toda la parafernalia para la privacidad, Lower Heckencott Hall tiene aspecto de ser una casa pública y práctica, con sus rígidas esquinas y sus líneas inflexibles. Me imagino en ella una polvorienta sala de juntas, llena de hombres gritando y agitando papeles en el aire. Uno de los resultados de búsqueda la describía como «el ejemplo más magnífico de arquitectura regional del sur de Inglaterra». En otro lo llamaban «mansión», lo que no me parece ajustado a la realidad; «mansión» implica una fastuosidad que aquí no está presente. No hay florituras, ni toques decorativos, ni detalles que suavicen el conjunto; solamente un cubo de piedra con ventanas para romper la monotonía de la fachada. Ni siquiera un tejado en pendiente; la parte superior del Hall es totalmente plana.

Eso me retrotrae doce años, al momento en el que conocí a Sean en el gimnasio del Club de Salud Waterfront. Aunque no quiero pensar en él, no puedo evitar que acuda a mi mente. ¿Será un reflejo de culpabilidad, porque sé que, probablemente, le deje?

«No probablemente: con toda seguridad».

«Probablemente».

Cuando me pidió para salir, en lugar de contestar sí o no, le respondí que tenía algo que confesarle, y le dije que llevaba meses pensando en él como «Sexy huevo pasado por agua», porque su peinado plano me daba la impresión de que alguien hubiese cortado la parte superior de su cráneo. «Claro está, eso es en parte elogioso y en parte no, así que quizá no quieras salir a cenar conmigo ahora que lo sabes», le dije. Sean se rio cortésmente; estaba claro que no creía que mi confesión fuese ni divertida, ni encantadora, ni ofensiva; no era más que un obstáculo para obtener una respuesta a su

pregunta. Cuando se dio cuenta de que yo también estaba esperando respuesta me dijo que sí, que aún quería llevarme a cenar. Me dijo el lugar, el día y la hora como si ya lo tuviese todo organizado: el Slack Captain de Silsford, el sábado siguiente; me recogería a las siete y media.

Llegó con un corte de pelo militar acabado de hacer, con un aspecto un poco de tipo duro y megasexy. Le agradecí que pasase a recogerme y le dije —por si no se le había ocurrido, y para que lo tuviera en cuenta en el futuro— que podríamos habernos encontrado en el restaurante. No le dije que el Slack Captain no era mi idea de un restaurante. «Tienes razón, podríamos habernos encontrado allí —aceptó Sean—, pero fui yo quien te invité». Le pregunté qué quería decir con eso. «Quiero decir que yo invito y que la cena es responsabilidad mía. Yo te recojo y luego te llevo a casa». Decidí que lo mejor era dejarlo correr; aunque sus palabras no tenían sentido, su aspecto megasexy tenía, en cambio, todo el sentido del mundo.

Decidí no prestar atención a la incomodidad que me producía el hecho de que hubiese preparado todos los detalles de nuestra cita antes de que yo hubiera aceptado salir con él, decidí que su cambio rápido de peinado significaba que era una persona flexible y abierta de miras y así se lo dije, con un chiste sobre lo fácil que es tener la mente abierta si te cortan la parte superior del cráneo. La mirada que Sean me lanzó me hizo dejar de reírme.

Pidió la cuenta mientras aún estaba masticando el último bocado de bistec. Yo había terminado el plato principal hacía unos minutos, pero no era consciente de que la cena se hubiese terminado. A Sean no se le ocurrió que a lo mejor yo quería postre o café; si él no quería, ¿por qué iba a querer yo?

«Él no quiere una profesión que implique quedarse atrapado una noche en Düsseldorf; ¿por qué yo sí?».

Me quito su imagen de la mente —ahora está tumbado en el sofá; ahora ya no está— y, cuando estoy a punto de pulsar el timbre inferior del interfono, etiquetado como «The Dower House», las puertas empiezan a abrirse con lo que parece una gran reticencia. Oigo el motor de un coche y me imagino un Mercedes plateado con un chófer de uniforme. Puede uno morirse en el tiempo que tarda en abrirse un espacio suficiente para pasar.

Me aparto a un lado mientras aparece un mugriento Volvo S60 azul, que se detiene en el portal. La ventana tintada del conductor se abre para revelar a un hombre delgado de una edad parecida a la mía, con perilla y una melena castaña despeinada que le llega hasta el hombro y que tiene la marca de haberla llevado recogida en una coleta recientemente. Se me queda mirando. En el asiento trasero hay un árbol de Navidad seco, con un abultado saco verde de restos de jardinería encima.

Le sonrío para darle las gracias por haberme abierto las puertas y entro andando en los terrenos de Lower Heckencott Hall. Ahí está el camino largo y recto, exactamente tal como me lo imaginaba.

—¡Eh! —llama el hombre. ¿Me está hablando a mí? Retrocedo; su rostro muestra enfado—. ¿Quién le ha dicho que podía entrar? —dice, con un

pronunciado acento de Culver Valley.

—He pulsado el timbre de Dower House y me han abierto —miento.

—No; he sido yo quien le ha abierto la puerta. En Dower House están muy ocupados. No quieren que se les moleste.

—Fue Kerry quien me abrió —replico, decidida a mantenerme firme—. Soy una vieja amiga suya. Mi nombre es...

—Gaby Struthers —completa él, como si me hubiese descubierto, a pesar de que estaba a punto de decirlo yo misma.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Así que ha venido a ver a Kerry? ¿No a Lauren?

—¿Lauren? ¿Se refiere a Lauren Cookson? —No vamos a llegar a ninguna parte si seguimos respondiendo con preguntas—. ¿Por qué iba a venir a ver a Lauren? Ya sé que trabajaba aquí, pero... —Me siento incapaz de decir: «Pero Francine Breary está muerta, y las personas muertas no necesitan cuidadores».

El hombre emite un ruido a medio camino entre una risa y una burla mientras saca el brazo por la ventanilla. El movimiento levanta la manga de su camisa y revela un tatuaje que, si no fuese porque ya hemos estado hablando de ella, me recordaría a Lauren. Casi ninguno de mis conocidos lleva un tatuaje; no sé si ella conocerá a alguien que no esté cubierto de ellos.

—No finja que no sabe que Lauren vive aquí —dice él bruscamente, pero no le escucho: me he quedado mirando las palabras azules que asoman en su delgado brazo: «IRON MAN».

Jason Cookson, esposo de Lauren, tres veces superviviente del Desafío Iron Man. Jardinero barra manitas barra eliminador de árboles de Navidad secos. ¿Asesino de Francine Breary? Puede.

—¿Ya ha vuelto Lauren? —pregunto—. Me gustaría verla a ella también, si...

—No, aún no ha vuelto.

—¿Cómo ha sabido quién era yo?

—Lauren dijo que vendría a verla —dice, mirando hacia el camino. El mensaje es diáfano: puede que tenga que hablar conmigo, pero no está obligado a mirarme—. No quiere que usted se entrometa en su vida, así que pierde el tiempo.

—He venido a ver a Kerry. Hasta que usted me lo ha dicho, no tenía ni idea de que Lauren viviese aquí.

—Me está vacilando —dice Jason, mirando el volante—. Un consejo: no intente vacilarle a un vacilón. Yo que usted daría media vuelta y me largaría.

Así que, según sus propias palabras, es un vacilón; interesante.

—Usted no es yo.

—Será mejor que no esté aquí cuando Lauren regrese.

—Va a buscarla al aeropuerto, ¿no?

—Si vuelve y la encuentra aquí, se va a poner muy nerviosa. Aléjese de ella. No quiere nada con usted. Usted le da pánico.

—Lo que ella haya podido decir...

—Olvídense de lo que haya dicho Lauren y escuche lo que le digo yo: esfúmese. Nadie la quiere aquí.

—¿Que me olvide de lo que haya dicho Lauren? ¿De todo o solo de la parte de que Tim Breary es inocente de la acusación de asesinato?

—¡Zorra engreída! —dice, agitando el dedo con furia. Lo prefería antes, cuando no me miraba—. ¿Por qué no te vuelves a tu puta casa de *yuppie* de mierda?

Se va antes de que pueda llamarle «hipócrita», aunque lo más probable no es que sea un doble rasero, sino simple estupidez: aplicar dos conjuntos de normas distintos a dos situaciones similares iría más allá de las capacidades intelectuales de Jason Cookson. Quizás haya olvidado que vive en los terrenos de una mansión señorial.

Las puertas han empezado a cerrarse. Entro corriendo y enseguida me siento incómoda, aunque no hay nadie mirándome, porque, en realidad, no había ninguna necesidad de correr. A mi izquierda, un camino lo bastante ancho para un coche sigue la línea del muro en el límite más externo del jardín y desaparece tras el edificio del Hall. Opto por tomar el camino más directo: atravesando el césped; porque parecía estar pidiendo que lo pisasen...

Uno de los poemas favoritos de Tim es «El camino no elegido», de Robert Frost. «Es increíble lo poco que la gente comprende cuando las palabras y la sintaxis no pueden ser más simples —dijo en una de nuestras comidas en el Proscenium—. Todo el mundo cree que el poema es un elogio del inconformismo, y no lo es en absoluto. El escritor hace trizas al narrador por su pomposo autoengaño, por ser demasiado vanidoso para enfrentarse a la verdad». Le pregunté cuál era la verdad. «Que todas nuestras opciones son insignificantes», respondió Tim con una sonrisa.

Cuando ya he recorrido tres cuartas partes de la extensión de césped, que es mayor que la mayoría de los campos de cultivo, veo un edificio de piedra y ladrillo de dos pisos más adelante, hacia la izquierda. Tiene que ser Dower

House. Es lo bastante amplia como para albergar a una docena de personas; una torre con un reloj sobresale del centro del tejado en pendiente, miradores cuadrados y una glicina, que debe de ser preciosa con flores, cubre la mayor parte de la fachada.

Entiendo por qué la compraron Dan y Kerry. Es más cómoda y atractiva que el Hall; me recuerda a una vicaría de una novela del siglo XIX. Apuesto a que Kerry se enamoró de ella nada más pisar el umbral, de pie en el mismo lugar en el que me encuentro yo. En el exterior hay una amplia zona de aparcamiento de gravilla con tres coches aparcados. ¿Quiere eso decir que Kerry y Dan tienen visita? ¿Decía Jason la verdad cuando me indicó que estaban ocupados y que no querían que se los molestase?

Me da igual: tengo que saber por qué Tim miente y dice que mató a Francine. Kerry podrá contarme más cosas que ninguna otra persona.

La presencia de tantos coches en día laborable parecía indicar que, en su nueva vida, Dan y Kerry no tenían empleos convencionales. Cuando le conocí, Dan era contable; trabajaba con Tim en Dignam Peacock. Kerry era cuidadora, como Lauren. Quizá se conocieron en el trabajo. Y entonces, inesperadamente, Kerry dijo que lo dejaba, sin decir por qué ni mencionar el dinero. Lauren debió de llevarse una buena sorpresa al cabo de unos meses, cuando su antigua compañera le ofreció un trabajo mejor pagado que ningún otro que hubiera tenido, con el atractivo adicional de poder alojarse en los terrenos de Lower Heckencott Hall.

Ahora que Francine ha muerto, ¿qué pasará con Lauren? ¿Encontrará Kerry otra cosa que hacer para ella en Dower House? Tiemblo solo de pensar en una mujer sin rostro, de piel gris, una víctima de ictus como Francine, llevada de un lado a otro en silla de ruedas para que Lauren tenga alguien nuevo a quien cuidar.

¿Por qué Lauren, Kerry? ¿Tim? ¿Por qué elegisteis a una persona lerda y mal hablada como Lauren? Quizá Dan y Kerry contrataron en primer lugar a Jason y luego averiguaron que su mujer era cuidadora... O quizá...

Agito la cabeza para librarme de la idea, pero sin éxito: está decidida a quedarse hasta que reconozca su presencia, pero no quiero hacerlo: me da miedo.

¿Y si Tim, o Kerry, querían que la cuidadora de Francine fuese lo más estúpida y vacua posible, para que no se diese cuenta de... qué?

No sirve de nada; podría pasarme el día entero especulando y aun así no llegaría a una teoría coherente. Inspiro profundamente, me aproximo a la puerta principal de Dower House como si supiese lo que estoy haciendo y llamo al timbre; espero que su sonido apague el de la voz que sigue murmurando las peores posibilidades dentro de mi cabeza.

¿Y si Tim y Lauren...? No; no puede ser. Pero ¿y si...?

Según dijo la propia Lauren, Tim es una de las pocas personas que no se cree mejor que ella. Parecía hablar con cariño de él. ¿Y si sabe que Tim es inocente, no porque sepa que Jason es culpable, sino porque estaba en una habitación de hotel con Tim, lejos de Dower House, cuando asesinaron a Francine? ¿Y si ella es su coartada, y no se lo pueden decir a la policía porque les da miedo lo que Jason haría si lo descubriese?

Preferiría que Tim fuese un asesino antes que el amante de Lauren, y me pone enferma ser consciente de que soy así.

En el dintel de piedra de la puerta de Dower House hay una fecha grabada: 1906. Los extremos del 9 y del 6 se introducen dentro del 0; me recuerda al tatuaje de Lauren con el nombre «Jason»: corazones rojos con tallos verdes trenzados alrededor de las vocales. ¿Se le ocurrió a él el diseño? Cuando pidió corazones y tallos verdes, ¿qué cara puso? ¿Ñoña o amenazadora? ¿Y su padre, cuando pidió que le tatuasen «PADRE» en el brazo a Lauren como regalo de cumpleaños?

Vuelvo a llamar al timbre, esta vez con más insistencia. Llevo demasiado tiempo obsesionada con mis pensamientos; me estoy empezando a sentir fuera de la realidad. Dan Jose me abre la puerta; su cabello fino es más largo y está más desordenado que cuando trabajaba en Dignam Peacock. También lleva gafas nuevas, con montura negra cuadrada, en lugar de las plateadas que usaba antes.

—Gaby —anuncia, como si yo no supiera mi propio nombre.

—¿Se acuesta Tim con Lauren Cookson? —le pregunto.

Al cabo de unos segundos, responde:

—Por supuesto que no. No ha habido nadie. —Es más información de la que esperaba recibir; y, lo que es aún más sorprendente, son buenas noticias. Me pongo a llorar, y Dan da un paso y me abraza—. Me alegro de verte, Gaby. Aunque sea así.

Le creo, claro está. Y aun así, no me puedo sacar de la cabeza la otra historia, aunque sea falsa: que Tim está liado con Lauren, o lo estaba antes de que lo enjasen a la cárcel. De todas las mujeres a las que ha conocido, es a ella a la que menos respeta, a la que menos desea. Y por eso la eligió a ella: porque cree que es lo que se merece. Le podría haber leído sus poemas favoritos y sonreír para sí cuando ella le pidiese que dejase de enrollarse con sus paridas. Si lo que pretendía era demostrar que las opciones que tomamos no tienen ninguna importancia, Lauren habría sido el ligue perfecto.

—Tim no le hacía el más mínimo caso a Lauren —dice Dan—. Era incluso molesto. Kerry intentó hablar con él sobre ello, pero no sirvió de nada. Tim hacía como que no la veía; ni siquiera la saludaba cuando se cruzaban en el vestíbulo. Yo pensaba que era por esnobismo, pero me equivocaba.

—Y entonces, ¿por qué era? —le pregunto. Hace años que nos conocemos y no

hemos tenido nunca ni dos minutos de charla intrascendente. Eso está bien: me habría resultado insoportable pasar por toda la comedia de «Bueno, ¿y qué tal te va?».

—Kerry te lo podría contar mejor que yo... Opina que después de... bueno, después de todo lo que pasó, Tim redujo su mundo de forma voluntaria, de manera que no quedase en él nadie más que él mismo, yo y Kerry. Y Francine, claro, después de su ictus.

—¿Después? —Qué comentario más extraño—. Y supongo que antes también, ¿no?

Dan mira hacia el interior por encima del hombro. No veo muchas cosas, solo un espejo encima de un armario de madera oscura con patas y cajones. En el vestíbulo no hay luces. A pesar del abrazo tranquilizador, Dan no me ha invitado a entrar.

¿Qué quería decir con «después de todo lo que pasó»? ¿Se refería a la pelea entre Tim y yo, o hay algo más? ¿Íbamos finalmente a tener que pasar por la comedia de «Bueno, ¿y qué tal te va?»?

—Hay muchas cosas que tú no sabes, Gaby. Tim dejó a Francine poco después de la última vez que os visteis, y volvió con ella después del ictus. Yo... Sé que a Kerry le encantaría hablar contigo, pero ahora no es un buen momento; la policía está aquí.

«Tim dejó a Francine. Tim dejó a Francine». Las palabras dan vueltas en mi cabeza.

Dan tiene razón: hay muchas cosas que no sé porque él y Kerry no me las contaron. Un año y dos meses después de la última vez que vi a Tim, Kerry me escribió una carta. Aún la conservo y me la sé de memoria. En ella me decía que Tim se había trasladado a los Cotswolds. No se mencionaba a Francine, y yo supuse que, ya que estaban casados, se habían mudado juntos. Kerry me contaba que se había ido a vivir con Dan, ya que ahora no tenían por qué quedarse en Culver Valley por motivos de trabajo. En la carta se hablaba vagamente de planes de trabajo futuros: Kerry había contactado con una reserva natural local y esperaba poder colaborar más estrechamente con ellos; Dan estaba planteándose hacer un doctorado sobre narrativas del riesgo y el modo en que nuestras actitudes ante las jugadas financieras tienen más que ver con las historias que nos contamos a nosotros mismos que con las posibilidades de acabar siendo más ricos o más pobres. Esa parte me habría hecho sonreír si no fuera por lo que vino inmediatamente a continuación: Tim le había pedido a Kerry que me transmitiese el mensaje de que no volviese a ponerme en contacto con él jamás.

Kerry también quería que supiese que ya no podía seguir siendo amiga suya. No me sorprendió: solo había hablado con ella un par de veces por teléfono desde que Tim tomó la decisión de boicotearme y ambas veces parecía incómoda. En su carta explicaba que era importante para Tim saber que yo ya no formaba parte de su vida ni de la de Dan, ya que eran las únicas dos personas en las que él podía confiar. «Ahora somos todo su mundo», escribía.

No se me ocurrió que eso quisiera decir que Francine ya no formaba parte del escenario; supuse que estaba en segundo plano, restrictiva y tóxica como siempre, pero que Kerry no quería centrarse en lo negativo. Creí que lo que quería decir era que ella y Dan eran los únicos aspectos buenos de la vida de Tim.

«Solo saber que había quedado contigo para comer o que había charlado contigo por teléfono le mataría —seguía la carta—. Tú eres su pasado; nosotros, su presente. Si aparecieras en nuestro presente, acabarías por invadir el suyo, y él no podría soportarlo. Espero que lo comprendas. Tim te adora, y siempre lo hará (no, no lo ha dicho, pero yo LO SÉ) y es incapaz de enfrentarse a esos sentimientos».

Todas las noches, tumbada al lado de Sean o sola en la cama de un hotel en algún lugar de Europa o América, intentando dormir, escribo cartas a Kerry en mi mente, cartas que nunca transcribo al papel o al ordenador. «He sido muy obediente, Kerry. Fíjate la eficacia con la que he desaparecido, no solo de la vida de Tim, sino de la mía propia. Me sumerjo en el resplandor deslumbrante de mi trabajo y me esfumo de mi vida doméstica, cada día más».

—¿Policía? ¿Qué policía? ¿El detective Gibbs? —Le podría haber acompañado en coche desde la comisaría.

—¿Has hablado con Chris Gibbs?

Le cuento que he visto una vez a Gibbs, le explico lo de Düsseldorf, el vuelo retrasado, el encuentro con Lauren, y cito sus propias palabras sobre lo de dejar que un hombre inocente vaya a la cárcel por asesinato. El rostro de Dan palidece de inmediato.

—¿Le contaste a Gibbs que Lauren dijo eso? —pregunta.

—¿Por qué te crees que fui a verlo, Dan? —¿Lo pregunta de broma?

—Mierda —dice, cerrando los ojos.

—¿Se puede saber qué pasa? —La cara de Dan es lo contrario de una cara de póquer. Siempre lo ha sido.

—Ahora no es un buen momento, Gaby. Tendrás que volver otro día.

—Esperaré hasta que Kerry esté libre —respondo, apartándolo y entrando en la casa.

—¿Por qué estaba Lauren en tu avión? —me pregunta desde lejos.

«Buena pregunta». ¿Le contaría Tim algo sobre mí a Lauren? Quizá trató de no nombrarme pero no lo consiguió, y Lauren supuso que yo siempre significaría más para él de lo que ella podría significar nunca; quizá lo vio consultar mi página web o mi blog con demasiada frecuencia. Puede que

quisiera comprobar de primera mano si tenía algo de lo que sentirse celosa.

«No; no estaban teniendo una aventura. No hay motivo para creerlo». Me imagino a Tim pasando junto a Lauren en el mismo vestíbulo en el que estoy ahora, evitando su mirada, fingiendo no haber notado su presencia...

Si Dan me está siguiendo mientras empiezo a buscar en la casa, no me doy cuenta de ello. Atravieso un montón de puertas cerradas. Dan y Kerry deberían solicitar un permiso de cambio de uso y convertir este lugar en un museo de puertas. Dirección equivocada; vuelvo por donde vine y giro a la derecha donde giré a la izquierda.

«Dos caminos se bifurcaban en un bosque amarillo...».

Esto ya está mejor: una mancha de luz al final del vestíbulo debe de significar una puerta abierta. Oigo una voz de mujer que no suena como la de Kerry. Mientras me acerco, dice:

—Estoy interesada en tu dinero y en el de Dan. Está claro que no os falta. Sam dice que Tim hace tiempo que no trabaja, así que no puede ser él quien pague todo esto, además de una cuidadora para Francine.

«¿Quién es Sam?».

—¿De dónde vino el dinero? ¿Y por qué sois tan generosos con él?

Yo conozco la respuesta a esa pregunta. Respiro profundamente y entro en la habitación.

11/3/2011

—¿Explico lo del dinero? —le preguntó a Kerry Jose la mujer que estaba de pie en el umbral. Luego le dijo a Charlie—: Sin mí, no habría ningún dinero. Esa es mi excusa para meter las narices.

La intrusa tenía una melena castaña a la altura de los hombros, piel pálida, grandes ojos de color marrón y un montón de pecas diseminadas cerca del puente de la nariz. Su ropa dejó a Charlie un tanto perpleja: poseía el resplandor inconfundible de las prendas caras de diseñador, pero estaba muy arrugada y manchada de barro y de comida. El blanco de sus ojos estaba inyectado en sangre.

—Lo siento, vengo directamente de una agotadora prueba de resistencia por culpa de un vuelo retrasado —explicó, echando una mirada hacia sí misma. No parecía lamentarlo mucho. Su tono hubiera encajado más con la expresión «Una puta mierda»—. No he tenido tiempo de cambiarme —añadió, mirando de manera desafiante en dirección a Charlie.

De acuerdo, así que era lo bastante inteligente para saber lo que Charlie estaba pensando. Y segura de sí misma: pocas personas son capaces de meterse en medio de la investigación de un asesinato y declarar que no habría dinero de no ser por ellas.

Charlie estaba a punto de preguntarle el nombre a la mujer cuando la distrajo un aullido de Kerry Jose. Al darse la vuelta vio a Kerry apoyada en el toallero, tapándose la boca con las manos y llorando, cuando hacía solo unos segundos estaba tranquila y con los ojos secos.

—¡Gaby! ¡Gracias a Dios!

Kerry cruzó la habitación como un rayo —Charlie tuvo que apartarse de un salto— y abrazó a la desaliñada visitante como un oso, inmovilizando sus brazos.

Así que no había duda: esa mujer, de algún modo, era importante. Este era su lugar, aunque estaba claro que Kerry no la esperaba.

Parecía incluso encajar perfectamente. Su aspecto, a un tiempo opulento y vagabundo, se adaptaba perfectamente al espíritu de la cocina de paredes amarillo girasol de Kerry y Dan Jose, que también mostraba una extraña mezcla de lujo y escándalo. Era una habitación inmensa, que contenía con holgura dos mesas, rodeadas cada una de ellas por seis sillas, y decorada con extraordinarios óleos sin enmarcar en las paredes. También era uno de los espacios domésticos más caóticos que Charlie había visto jamás. Ni una sola

superficie o parte de ella era visible; Charlie había tenido que colocar la taza de té que Kerry Jose le había hecho sobre un montón de viejas tarjetas de Navidad, en equilibrio precario; Kerry le había dicho: «¡Sí, buena idea, utiliza esas tarjetas de posavasos!».

Sobre las encimeras y sobre ambas mesas había inestables montañas de cosas heterogéneas, sin nada en común entre sí: un listín telefónico sobre un juego de mesa sobre una caja de cereales sobre un libro de muestras de telas, todo ello encima de una raqueta de tenis. Al lado de ese montón en concreto había un bol de frutas que contenía una cinta métrica, un broche que representaba una oveja hecho de lana de color rosa, cuatro palos de helado manchados de rojo y naranja y un sujetador viejo con las varillas sobresaliendo de la tela negra. Entre ambas mesas —una de ellas rústica, de madera y redonda; la otra, con elegantes patas de madera oscura y un tablero de mármol blanco nervado— había al menos quince cajas de cartón apiladas en el suelo. Charlie solo podía ver el contenido de la capa superior: libros, mapas, una alfombra plegada, un reloj con el vidrio roto y la minutería doblada.

¿Cómo era posible vivir así? ¿Es que Kerry y Dan Jose se habían entrenado para mirar únicamente los cuadros cuando entraban aquí? Charlie tenía que admitir que eran fantásticos, aunque no era capaz de decidir si eran o no abstractos. Parecían representar cuerpos de mujer combinados con paisajes principalmente azules y verdes, de forma que los codos y las rodillas parecían montañas. Ningún rostro; de hecho, no había cabezas. Siniestro, pero bello.

«Si esta fuese mi cocina —pensó Charlie—, conservaría los cuadros y tiraría todo lo demás». Se dio cuenta de que ella y Simon eran todo lo contrario a unos acumuladores. Compraban lo mínimo posible y, de eso, tiraban todo lo que podían una vez que se habían comido o bebido el contenido. A Charlie no le costaba imaginarse a Kerry Jose con un punto de vista distinto; se la imaginaba sugiriendo lo que a ella le parecía una buena razón para conservar un palo de helado. Siempre que podía, Kerry se centraba en los aspectos positivos; eso había resultado evidente a partir de la breve conversación que Charlie había logrado mantener con ella antes de que esa Gaby hubiera venido a interrumpirla. También era obvia la casi total ausencia de un deseo de controlar o dirigir la conversación; a Kerry le había parecido bien dejar que fuese Charlie quien llevara el diálogo allá donde le pareciese, y había respondido a todas las preguntas de buena gana y con... «gratitud» no debía de ser exactamente la palabra correcta, pero esa era la sensación que Kerry había transmitido: la de que apreciaba las dudas de Charlie. La dinámica entre Kerry y Dan, su marido, también le había parecido extraña, pero Charlie sabía que era demasiado pronto para llegar a ninguna conclusión al respecto: los tres llevaban sentados a la mesa de la cocina menos de un minuto cuando sonó el teléfono y Dan fue a responder, y luego también había sonado varias veces el timbre de la puerta —de forma autoritaria, en opinión de Charlie—. Debía de ser Gaby, esa llamada insistente que parecía estar diciendo: «¿No hay ningún idiota que me vaya a abrir o qué?».

Y sin embargo, Kerry estaba encantada de verla; hasta la había recibido con un «Gracias a Dios». Estaba claro que, de algún modo, eran amigas, aunque no parecían tener nada en común: una bohemía con borlas en la falda y jersey peludo y una mujer de negocios elegante y asertiva. Quizá no tan elegante

hoy, pero a Charlie no le costaba imaginarse a Gaby con un aspecto soberbio e intimidatorio después de descansar bien durante toda una noche.

Por la expresión, Gaby parecía más bien angustiada que encantada. Estaba, de hecho, intentando librarse del abrazo de Kerry.

—Kerry, déjalo ya. No quiero perder el poco tiempo que tengo con la policía llorando.

Kerry retrocedió, asintiendo, y se secó los ojos, visiblemente satisfecha de que le dijese lo que tenía que hacer.

«Es bastante extraño: tanto a ella como a su marido parece gustarles que les digan lo que tienen que hacer. Se miran vacilantes, esperando una señal, inseguros de quién está al mando. Un matrimonio extraño. La sartén y el cazo».

—Usted es de la policía, ¿no? —La voz segura de sí misma de Gaby interrumpió los pensamientos de Charlie.

—Sargento Charlie Zailer —dijo, levantándose y tendiendo la mano. Gaby la estrechó.

—Gabrielle Struthers, pero todos me llaman Gaby. Soy amiga de Kerry y Dan desde hace años. Y también buena amiga de Tim Breary.

—Lo que dijo sobre no querer perder el poco tiempo que tenía con la policía... —empezó Charlie, sin saber exactamente a dónde quería ir a parar o, de hecho, qué hacía ella allí sin Sam. Este había asomado la cabeza para decir que había surgido algo y que tenía que acercarse al pueblo, y le había dicho a Charlie que le enviase un mensaje cuando quisiera que pasase a recogerla. Era un truco, claro. Lo que él esperaba era que ella pudiese conectar con Kerry Jose mejor que él y, quizá, que obtuviese algo de ella que él no había conseguido sacar. Charlie tenía previsto decirle más tarde, y con orgullo, que había decidido evitar el camino empático-emotivo y que, en vez de eso, le había preguntado por las finanzas domésticas. Desde su punto de vista, ese era el aspecto más interesante, y el más sospechoso, de todo el tinglado de Dower House. Quizá no en lo que se refería al asesinato de Francine, pero en todo caso era algo extraño y merecía la pena investigarlo. Era cierto que Tim y Francine Breary eran amigos íntimos de los Jose, pero la mayor parte de amigos íntimos no están dispuestos a darte soporte financiero hasta que la muerte los separe; muchos padres ni siquiera harían algo así por sus hijos.

Charlie se dio cuenta de que Gaby Struthers la estaba mirando expectante, con las cejas alzadas; esperaba que terminase de formular la pregunta que había empezado.

—La mayor parte de las personas no están muy dispuestas a hablar con nosotros. Culpables o inocentes, nos evitan siempre que pueden.

—Culpables o inocentes, la mayor parte de las personas son cobardes y

supersticiosas —dijo Gaby, acercando una silla de debajo de la mesa para sentarse.

En el asiento había algo redondo y plateado. ¿Un servilletero? No, era demasiado grande y tenía bordes afilados. Era un cortador de pasta. Charlie conocía a algunas personas que tenían esas herramientas, personas cuyo estilo de vida era muy distinto del suyo. A ella le hubiese resultado más útil una versión gigante de un anillo de boda, que también era parecido.

Gaby lo recogió y lo dejó en una bandeja de horno de Pyrex llena de conchas, piedras, gomas elásticas y cajas de aspirinas que había en la mesa.

—¿Qué prisa tiene? —le preguntó Charlie mientras se sentaba—. ¿Es que tiene que ir a alguna parte?

—No. He supuesto que era usted quien tenía prisa. Mire, lo que tengo que decir lo diré en poco tiempo. ¿Por qué no me limito a decirlo y así usted puede desecharlo directamente, como hizo el detective Gibbs, y hablar con personas que le digan lo que quiere oír?

—Creo que debería saber que... yo no estoy directamente implicada en la investigación de Francine Breary. Antes estaba en el departamento, pero ya no lo estoy, así que no sé lo que Gibbs dijo o hizo para molestarla. Si hay una línea de actuación en todo esto, yo no formo parte de ella.

—¿No está directamente implicada en el caso de Tim? —Gaby miró hacia Kerry, que se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

—No tuve ocasión de decírselo a Kerry antes de que usted apareciese —dijo Charlie. «Una buena amiga de Tim Breary. El caso de Tim». Estaba claro qué era lo que le importaba a Gaby Struthers. ¿Sentía algún tipo de inquietud por el asesinato de Francine Breary o su única preocupación era el bienestar de Tim?

—Entonces, si este caso no es suyo, si no trabaja para la policía judicial, ¿qué está haciendo aquí?

—No estoy segura. Sam Kombothekra vino conmigo y me pidió que lo acompañase. El es el sargento detective al mando. —Charlie se encogió de hombros—. Quizá cree que se necesita un toque femenino —dijo, dejando que Gaby y Kerry captasen el sarcasmo.

—¿Para qué se necesita? —preguntó Gaby—. ¿Es que el caso está abierto aún? ¿Quiere eso decir que el sargento Kombothekra no cree que Tim matase a Francine? —pronunció perfectamente el apellido de Sam después de oírlo solo una vez.

Charlie debía ir con pies de plomo; tenía una sola opción para responder con honestidad:

—Sam cree que, en esta casa, todo el mundo miente sobre alguna cosa. Se ha

mencionado la palabra «conspiración».

El efectismo de esas palabras podía tener un resultado productivo en Gaby Struthers, pero se llevaría por delante la relación que Charlie había estado construyendo con Kerry Jose, a la que habría que persuadir amablemente para que dijese la verdad, en el caso de que la estuviese ocultando.

—Porque él no la mató —afirmó Gaby con contundencia.

—Gaby —murmuró Kerry, cerrando los ojos—, a mí me gustaría tanto como a ti que no...

—Él no lo hizo, Kerry. El jueves volé a...

—Düsseldorf, ya lo sé —interrumpió Kerry, con un tono que sugería que cada palabra le causaba dolor, los ojos aún semicerrados.

—¿Sabías que Lauren estaba en mi vuelo? —le espetó Gaby.

—Fui yo quien reservé sus vuelos. Me dijo que iba a visitar a unos amigos y que Jason no podía saberlo —suspiró Kerry—. Bueno, ahora ya lo sabe. Va de camino al aeropuerto para recogerla. Al parecer, no se encuentra bien. Si quieres que te diga la verdad, no sé lo que le pasa a Lauren.

—Cuando se lo dije, hace unos minutos, Dan no sabía que Lauren estuviese en mi vuelo —dijo Gaby sin rodeos.

—No he tenido oportunidad de decírselo —contestó Kerry—. Esta mañana estaba en Londres y volvió hace solo media hora. Yo he estado ocupada hablando con la sargento Zailer.

—Por favor, llámeme Charlie.

—¿Sabes por qué Lauren decidió seguirme hasta Alemania? —preguntó Gaby. A Charlie, su actitud le recordaba a Simon en un interrogatorio. «Si no me dices lo que quiero saber, te arrepentirás»—. ¿Cómo es que sabía de mi existencia?

Kerry negó con la cabeza. Se ocultaba tras la larga melena entre rubia y pelirroja, la usaba como un escudo delante del rostro, mientras la movía con la otra mano, como sacudiendo algo al suelo. Charlie no creía que hubiese nada en el pelo que fuera necesario sacudir; no era más que teatro para no mirar a Gaby a los ojos.

Interesante. Kerry no parecía tener ningún miedo cuando hablaba con Charlie a solas; y, sin embargo, se había alegrado de verdad con la llegada de su amiga; aquello no había sido fingido.

—No me dijo nada ni me pidió nada —Gaby hablaba con Kerry como si se hubiese olvidado de la presencia de Charlie—, salvo lo que se le escapó por accidente...

—¿Podría alguien decirme de qué va esto? —preguntó Charlie, temiendo que iba a acabar por no enterarse de nada si dejaba que las dos mujeres gozasen de más tiempo de comunión en privado.

—Esta mañana se lo conté todo al detective Chris Gibbs —respondió Gaby—. Él le dará todos los detalles que quiera. En resumen: ayer fui a Düsseldorf. Lauren Cookson, la cuidadora de Francine, me siguió allí y se le escapó algo sobre dejar que un hombre inocente fuese a la cárcel por un asesinato que no había cometido.

—¿Cómo? —Kerry dejó caer su melena.

—Hablabas de Tim —dijo Gaby—. De algún modo, sabe que él no lo hizo y, como debe de haber estado cerca de Francine todos los días, dado que vive aquí, confío plenamente en lo que dijo. También sé que Tim no es un asesino y no podría serlo nunca. ¿Qué sucede, Kerry? ¿Por qué dice que mató a Francine, si no lo hizo? Tú debes de saber la verdad.

—La mató, Gaby. —Los músculos de la cara de Kerry estaban tensos de pura angustia—. Lo siento, pero todos estábamos aquí. Dan y yo...

—¿Y Lauren? —preguntó Gaby. Kerry asintió.

—Lauren sabe... lo que todos sabemos —dijo con voz queda, mirando al suelo—. No se me ocurre por qué iba a decir lo contrario.

—Gaby, ¿le importa que haga un par de preguntas? —intervino Charlie.

—Adelante.

—¿Dónde estaba el 16 de febrero?

—¿El día en que Francine fue asesinada?

Gaby alcanzó su bolso, de donde sacó una agenda de cuero negro con «Coutts 2011» repujado en la portada.

—¿Cómo sabe que es el día en que mataron a Francine? —preguntó Charlie.

—Igual que todo el mundo: Google. 16 de febrero: estaba en Harston, un pueblo cerca de Cambridge.

—¿Todo el día?

Gaby asintió.

—Me levanté a las cinco de la mañana, llegué a las siete, estuve en reuniones todo el día.

—¿Reuniones todo el día? ¿En un pueblo? ¿Fue primero a la iglesia para hablar de las flores y luego a la oficina de correos para hablar de las ventanas

en los sobres acolchados?

Como si pudiese leer la mente de Charlie, Gaby dijo con impaciencia:

—La oficina principal de Sagentia en Gran Bretaña está en Harston. Son una empresa de desarrollo de productos, y les hemos subcontratado una parte pequeña pero esencial de nuestro trabajo. Puede buscar mi nombre en Google si quiere saber algo más de ese trabajo, y llamar a Luke Hares en Sagentia si quiere que le confirme que estuve allí todo el día 16 de febrero. —Tras una pausa, añadió—: Yo, como Tim, tampoco maté a Francine Breary. Dios mío, si hubiera querido matarla, ya hace años que lo habría hecho.

Charlie vio cómo Kerry Jose se ponía tensa. Decidió no seguir, de momento, por ese camino y archivó mentalmente el comentario de Gaby para el futuro.

—Dijo que iba a decirme todo lo que tenía que saber sobre el dinero.

—Sin problema —respondió Gaby—. En pocas palabras, Kerry y Dan tienen mucho y Tim no tiene ninguno. —Kerry había puesto en marcha el hervidor eléctrico y estaba poniendo una bolsa de té en una taza—. ¿Qué ha pasado con la casa de Heron Close? —le preguntó Gaby.

—La embargaron. Tim no ha trabajado desde que dejó a Francine, poco después de que tú lo vieses. Apenas tenía dinero ahorrado; no pudo hacer frente a los pagos de la hipoteca.

Gaby se rio.

—¿Y le importó? Odiaba esa casa.

Charlie vio como un espasmo cruzaba el rostro de Kerry antes de relajarse. Eso le resultaría útil si seguía sucediendo cada vez que Gaby revelaba un dato que Kerry había esperado mantener en secreto. Para Charlie, era como seguir un camino de baldosas amarillas de detalles importantes.

—Después del ictus de Francine, ella tampoco podía hacerse cargo de los pagos. Yo... —Kerry pareció atragantarse con sus propias palabras. Volvió a intentarlo—: Siento no haberme puesto en contacto contigo, Gaby. Quería contártelo todo: que Tim se había despedido de su trabajo, que había dejado a Francine, pero... —Hizo un gesto de turbación—. Bueno, te lo expliqué en la carta que te escribí. ¿La recibiste?

Gaby asintió.

—No pude... —dijo Kerry, con los ojos arrasados de lágrimas.

—¿Podemos volver al asunto del dinero? —apuntó Charlie—. Así que Tim y Francine tenían una casa en Heron Close que fue embargada...

—Así es —dijo Kerry—. Dan y yo ayudamos, ayudábamos, a Francine, y seguimos ayudando a Tim. Siempre lo haremos.

—Eso es tremendamente generoso —opinó Charlie.

—Somos familia —dijo Kerry con convencimiento—. No estrictamente, pero somos todo lo que él tiene y viceversa. Y Dan y yo tampoco vamos a tener hijos... —Se ruborizó al darse cuenta de lo que había dicho—. Mi familia biológica sufre... enfermedades que prefiero no arriesgarme a transmitir —explicó.

—Kerry y Dan no serían ricos de no ser por Tim —dijo Gaby, mientras Kerry traía la taza de té a la mesa—. ¿Ha oído hablar de Taction?

Charlie negó con la cabeza.

—¿El robot quirúrgico Da Vinci? —Gaby lo pronunció como si se tratase de lo más habitual del mundo—. En la actualidad, el Da Vinci es el único del mercado, pero hay un par de empresas que están trabajando en nuevos modelos de robot que, si logran hacer que funcionen, serán más baratos de fabricar y menos invasivos que el Da Vinci. Si lo logran. No hay garantía alguna, pero si el principal competidor obtiene el éxito que espera obtener será en parte gracias a mí. Mi primera empresa, la que creé y vendí, inventó un tejido táctil.

—¿El Taction? —sugirió Charlie. Gaby asintió.

—Lo diseñamos específicamente para su uso en la fabricación de guantes con retroalimentación táctil, y también diseñamos un prototipo de guante que no funciona con el Da Vinci, pero otra empresa lo incorporó en el diseño de una plataforma quirúrgica rival en la que están trabajando. El guante ofrece al operador del robot datos que simulan con gran precisión lo que sentiría en los cinco dedos de su propia mano si estuviese realizando una cirugía laparoscópica manual.

«Así que... estoy hablando con una especie de superestrella de la tecnología punta», pensó Charlie para sí. No parecía que Gaby Struthers necesitara que nadie estimulase su confianza.

—Necesitábamos dinero para financiar el desarrollo y las pruebas. Tim me aconsejó sobre dónde podía obtenerlo. Me trajo inversores; todos los que necesitaba.

—Entonces, Tim era su... ¿qué, socio? ¿Contable? —preguntó Charlie.

—Eventualmente, mi contable. Pero al principio, lo que hizo fue ver exactamente lo que mi negocio necesitaba y conseguirlo.

—¿Se refiere al dinero para crear su producto? —preguntó Charlie.

—Sí, pero no solo eso. Podría haber acudido a cualquier empresa de capital de riesgo con mi proyecto y todas ellas habrían caído rendidas en mis brazos —dijo Gaby, con lo que Charlie había empezado a identificar como su modestia y humildad características—. Pero también habrían querido obtener

el control, y me habrían intentado exprimir, porque eso es lo que hacen, pero yo no estaba dispuesta a permitírselo. Era mi empresa y mis conocimientos los que acompañaban al producto. Sabía que, si teníamos éxito, los inversores se llevarían la parte del león del dinero; y me parecía bien, no tenía ningún problema con ello. Con lo que sí lo tenía era con la idea de un montón de cabrones con traje entrometiéndose y diciéndome lo que tenía que hacer, porque, a riesgo de sonar engreída, yo sabía lo que estaba haciendo mejor de lo que ninguno de ellos habría podido saberlo jamás.

—La empresa de Gaby se vendió por casi cincuenta millones de dólares —dijo Kerry—. A Keegan Luxford.

Charlie asintió. Sabía que se esperaba que dijese «Uf», o algo así. Le pasó por la cabeza la duda de si Keegan Luxford estaría interesado en comprar algo suyo por cincuenta millones de dólares. Quizás el cerebro de Simon. Pero incluso esa idea era imposible: la extracción y la entrega serían demasiado complejas.

—Entonces, ¿Tim encontró inversores que le darían el dinero pero le dejarían hacer lo que quisiera con él?

—Exacto. Solo se lo dijo a personas a las que conocía bien y que confiaban en él. Tenía una fe inquebrantable en mí. —Durante unos momentos, pareció dudar—. Nunca entendí realmente el motivo. Sabía que yo era capaz de hacer que las cosas funcionasen, al menos hasta donde uno puede con algo tan arriesgado como esto; pero, en realidad, Tim no tenía forma de saberlo. Es solo que... creía en mí, de la misma forma que las personas profundamente religiosas creen en Dios. Por fe. De algún modo, Tim consiguió transmitir esa fe a un número suficiente de clientes y conocidos, y todos ellos invirtieron. Les dijo que lo mejor que podían hacer era dejar que siguiera haciendo las cosas a mi manera.

—Él sabía que era verdad, y así fue —dijo Kerry.

—O estaba enamorado de mí y eso era todo lo que le importaba —replicó Gaby—. Quizá le daba igual si sus clientes y amigos perdían todo su dinero mientras lograba impresionarme y ser la persona que solucionase mis problemas.

—Gaby, no digas eso. —Charlie captó la autoridad en la voz de Kerry por primera vez desde que había llegado a Dower House—. Pobre Tim; estás siendo injusta y lo sabes.

¿Pobre Tim? ¿Tim, el asfixiador de esposas? Charlie sintió como si la hubiesen lanzado en un océano de rareza sin mapa, ni remos, ni siquiera una barca.

—Lo siento —Gaby lo dijo sinceramente. Se cubrió el rostro con las manos durante unos segundos—. No me hagas caso. Anoche no dormí nada. Tienes razón: Tim nunca habría aconsejado a sus clientes que actuasen contra sus propios intereses. No sé por qué lo he dicho —suspiró—. Siempre afirmó que sabía que yo iba a triunfar, que no había ningún riesgo en absoluto, solo un enorme beneficio para todos. Yo no estaba segura de ello, pero él sí. Es solo

que, a veces, me cuesta de creer. ¿Cómo podía estar tan seguro?

—Nosotros también lo sabíamos —dijo Kerry, tomándola cariñosamente del brazo—. Tim confiaba en ti hasta tal punto de que no dudamos de él, ni de ti, ni un segundo. Y tú también lo sabías, Gaby; te pierde la modestia. ¿Por qué si no habrías gastado todo ese dinero en Suiza, en ese...?

—Eso no tiene nada que ver —la cortó Gaby bruscamente.

Charlie notó que su radar interior emitía un pitido al tiempo que cambiaba el ambiente en la habitación.

—Yo solo digo que tú debías de saber que lo más probable era que...

—Kerry, ¿puedes dejarlo de una puta vez?

Esta inversión de papeles era inesperada: de pronto era Gaby la reservada y Kerry la bocazas. ¿Y lo de Suiza? Lo único que se le ocurría a Charlie era evasión de impuestos.

—Tim no fue tan honrado contigo y con Dan sobre vuestra inversión como vosotros creéis —susurró Gaby hacia la taza de té.

—¿Usted y Dan invirtieron en el negocio de Gaby? —preguntó Charlie.

—Trescientas mil libras —dijo Gaby.

—Todo lo que teníamos —confirmó Kerry—. Aparte de lo que ganábamos en nuestro trabajo, que no era mucho. Dan era contable, así que tenía lo que en aquel momento nos parecía un sueldo decente. Yo ganaba una miseria haciendo de cuidadora.

—¿Invirtieron todos sus ahorros de golpe? —Charlie mostró su incredulidad de forma totalmente obvia.

Kerry miró a Gaby como pidiéndole que se encargase ella de seguir con la historia.

—La madre de Dan murió y le dejó el dinero —explicó Gaby—. Él no lo quería. Cuando ella murió, hacía años que no se hablaban. Era un mal bicho; siempre amenazándole con dejarlo fuera de la herencia.

—Le amenazó cuando quiso casarse conmigo —intervino Kerry—, y ambos pensamos que lo había hecho. Fue la última vez que Dan habló con ella, justo antes de comprometernos. Se negó a venir a la boda; yo no era lo bastante buena para su precioso hijo, no era más que una cuidadora doméstica de origen dudoso.

Kerry se echó a llorar y trató de limpiar las lágrimas discretamente, como imaginando que podía ocultarlas. Con una mirada, Gaby advirtió a Charlie que no hiciese preguntas.

—Vaya, qué mujer más amable —dijo Charlie. El silencio habría dado impresión de crueldad.

—Y entonces se muere y Dan descubre que tiene todo ese dinero. —Gaby reanuda el relato—. Pero es el dinero de ella, el mismo que utilizó para sobornarlo y chantajearlo durante media vida, así que Dan no lo quiere. Pero Kerry no lo veía así.

—Pues no. Hay que estar loco para rechazar trescientas mil libras por principios. Discutimos sobre ello hasta la saciedad. —Kerry se estremeció—. Es la única vez que casi llegamos a las manos. Yo no podía soportar que Dan regalase el dinero, viniera de donde viniese, pero él se negaba a escucharme. Decía que estábamos bien como estábamos, y que cómo iba a poder seguir viviendo tranquilo si aceptaba una herencia de Eme-Pe... —Kerry se ruborizó intensamente—. De su madre —se corrigió.

Gaby sonrió.

—Había olvidado que la llamabais MPA. MPA —dijo, dirigiéndose a Charlie— es Mal Puro Absoluto. ¿No fue Tim el que se lo inventó?

Kerry asintió.

Charlie sorbió de su taza de té.

—Así que, cuando vino Tim a sugerir que invirtiesen las trescientas mil libras en la empresa de Gaby...

—Era la solución perfecta. —Los ojos de Kerry se iluminaron, como si se le hubiese ocurrido en aquel mismo instante—. Podíamos invertir el dinero, todo el dinero, y el que obtuviésemos ya no sería de ella. Sería un dinero distinto, de la empresa que comprase la de Gaby. Y resultó ser Keegan Luxford.

«Blanqueo de herencia», pensó Charlie.

—Dinero distinto, y una barbaridad si las cosas salían según el plan. Afortunadamente para todos nosotros, así fue —dijo Gaby—. Yo me habría gastado el dinero de la madre de Dan en llevar mi producto hasta la fase de pruebas; y debo decir que no tenía ningún problema moral con ello. Esa zorra no era mi madre.

Gaby y Kerry se miraron sonriendo; estaba claro que ya habían tenido una conversación parecida antes; muchas veces, probablemente.

—Tim y Francine no pudieron invertir —le explicó Kerry a Charlie—. No tenían una suma en efectivo como nosotros, así que Tim no podía beneficiarse de su propio consejo brillante y transformador. Es otro de los motivos por los que Dan y yo nos haremos siempre cargo de él.

—Aunque hubiesen tenido dinero hasta salirles por las orejas —dijo Gaby en voz baja—, Francine nunca habría permitido a Tim invertir ni siquiera diez

libras en GST. Ni cinco.

La boca de Kerry se contrajo y ella se sentó más tensa. ¿Qué era lo que no quería que Charlie supiese? ¿Que el matrimonio de Francine y Tim no había sido el mejor del mundo? ¿Que Francine había sido una foca controladora que le había arruinado la vida a Tim? Si eso era así, Charlie no entendía por qué tenía que ser tan secreto, cuando Tim Breary hacía semanas que había confesado haber matado a su mujer, y confirmaba su culpabilidad cada vez que mantenía una conversación con la policía desde aquel momento.

—¿Qué es GST? —preguntó. «¿Gran Sofocador Tim?».

—La empresa que vendí: Gaby Struthers Technologies.

—Así que —dijo Charlie, dirigiéndose a Kerry— se trajo a Tim a vivir con ustedes, pagó a una cuidadora permanente para Francine...

Perdió el hilo. Gaby había apartado la silla y se había puesto en pie de pronto, como si hubiese recordado alguna cosa urgente.

—¿Gaby? —Kerry también se puso de pie. «Sigue al líder»—. ¿Te encuentras bien?

—Quiero ver la habitación de Tim. La que tenía aquí. Necesito verla.

Kerry se la quedó mirando, parpadeando, como si no hubiera entendido las palabras. Charlie aguardó.

—No estoy segura de que deba dejarte. Dios mío, Gaby, odio decir que no, pero sin el permiso de Tim...

—Vas a tener que detenerme físicamente —dijo Gaby, ya a medio camino hacia la puerta. Kerry hizo el gesto de seguirla, vaciló; se quedó mirando a Charlie con ojos de súplica.

—¿Hay algo en la habitación de Tim que no quiere que Gaby vea? —preguntó.

—No —respondió Kerry, demasiado rápido. Se retorció el pelo con la mano.

—Entonces deje que vaya. Y cuénteme qué paso exactamente el día que murió Francine.

Viernes, 11 de marzo de 2011

Corro escaleras arriba y casi choco con Dan en el descansillo. Me había olvidado de él por completo. No parece ir hacia ninguna parte; simplemente está ahí, de pie. La culpabilidad en sus ojos me dice todo lo que necesito saber.

—Así que estás aquí arriba, camuflándote, ¿no? ¿Esquivando una charla amigable con la poli? No se te da bien mentir, Dan. Debes de estar enfermo de tanto mentir sobre la muerte de Francine.

—No sabes lo que dices, Gaby.

—¿Es que no te fías de ti mismo? ¿Crees que soltarás la verdad? —Me da la espalda y avanza un par de pasos hacia la escalera—. Adelante, pues, ya te puedes ir. Pero no lo harás, ¿verdad? No quieres acabar en la cocina con la sargento Zailer. ¿Te ha dicho Kerry que te quedases escondido, no fueras a delatarte? —En el mismo momento de decirlo, se me ocurre una idea mejor—: Está haciéndose la mártir, ¿a que sí? Ninguno de los dos podéis soportar mentir, pero Kerry prefiere ser ella la que pase el mal trago y no tú. Prefiere ahorrarte la experiencia.

—Gaby, por favor, piensa un poco —susurra Dan enérgicamente.

—¿Que piense qué?

Mira detrás de mí. Me giro; no hay nada, salvo un largo pasillo con cinco puertas a cada lado y una al final; bienvenidos al piso superior del Museo de Puertas de Culver Valley. No habría estado mal poner una ventana en alguna parte. ¿Todo es de color marrón grisáceo aquí arriba, o es la falta de luz natural lo que hace que lo parezca? Cuando me vuelvo de nuevo hacia Dan, él sigue sin mirarme.

—Me encantaría pararme a pensar, pensar qué es exactamente lo que estás pensando en este momento, pero no puedo. No puedo a menos que me digas qué coño pasa.

—Gaby —apoya la mano en mi brazo con suavidad—, yo no soy tu enemigo.

—Genial. Pues dime quién lo es.

—Soy amigo de Tim; su mejor amigo. Recuérdalo.

Me gustaría ponerme a gritar, gritar hasta echar abajo las paredes de esta casa que mi trabajo le permitió comprar, pero no serviría de nada.

—¿Sabes una cosa, Dan? Preferiría que no me dijese nada más que cosas que ya sé. En mi opinión, tu elocuente mirada no hace que todo esto tenga más sentido: solo te da un aspecto estúpido. Sí, ya sé que eres el mejor amigo de Tim; pero en este contexto y tal como lo has dicho, no tengo ni idea de lo que quieres decir con ello. Si se supone que tengo que entender algo, no lo estoy entendiendo. Tim es tu mejor amigo; ¿y qué? ¿Eso significa que es correcto que mientas diciendo que ha matado a Francine?

—Tim ha confesado, Gaby. —Otra mirada elocuente—. Ha confesado.

—De acuerdo. Entonces, tú y Kerry no estáis conspirando para enviar a Tim a la cárcel por un crimen que no ha cometido; o más bien, sí estáis conspirando, pero él también. Está conspirando contra sí mismo y tú y Kerry le estáis apoyando, ¿es eso? —Dan no dice nada; ha desconectado su mirada intensa—. Tim nunca ha actuado dando prioridad a sus propios intereses; tú lo sabes y yo lo sé. ¿No se te ha ocurrido que apoyar su falsa confesión podría no ser lo correcto? ¿Cómo puede ser bueno para él ir a la cárcel durante el resto de su vida si es inocente? Lauren no cree que sea una buena idea; ¿por qué ella se siente peor por ello que tú? ¿Es porque su marido mató a Francine? ¿Es esa la razón? Dímelo, Dan. ¡Si todos tenemos que mentir por Tim, explícamelo y yo también lo haré! ¡Sabes que haría cualquier cosa por él!

Dan respira como si hubiese estado corriendo; no decir nada le está costando un gran esfuerzo.

—No me lo quieres decir porque crees que yo no querría hacerlo. Por algún motivo estúpido, Tim asume la culpa de la muerte de Francine y tú dejas que lo haga, y sabes que yo no lo haría, porque sabes hasta qué punto le amo. O quizá no lo sabes; ¡pues bien, ahora ya lo sabes!

Puede que Dan opine que es extraño que yo siga amando a Tim. Es cierto que han pasado años, pero es el exceso de proximidad lo que corroe el amor, no la separación. Y yo nunca tuve a Tim; él nunca fue mío. Mi ansia por él nunca quedó satisfecha. Eso no es amor: es necesidad. Adicción.

Aparto el pensamiento a un lado. Moverme me ayudará.

—¿Adónde vas? —pregunta Dan mientras recorro el pasillo de las puertas.

—¿Cuál es la habitación de Tim?

—Gaby, no puedes...

—Impídemelo, entonces. Esta debe de ser la habitación de Lauren y Jason.

Me quedo de pie en el umbral, mirando los cuadros de la pared de enfrente de la cama: dos fotos enmarcadas de Lauren acicalada: maquillaje completo, enorme peinado de estilo retro como el de una estrella de cine de los años cuarenta y un chal de piel sobre los hombros. Esa debe de ser la idea de buen gusto de Jason.

—Es una suerte que el chal tape el tatuaje de «PADRE» —comento, con los ojos húmedos. «¿Es que te has vuelto loca, Struthers? ¿Cómo es que te pones sensible con un par de fotos de Lauren Cookson, la cuidadora más corta del hemisferio occidental? La única persona con el valor suficiente para decir lo que piensa, aunque cambiase de opinión nada más hablar».

—¿Gaby? ¿Estás bien?

Respondo a Dan diciéndole que no me pasa nada y me concentro en los detalles físicos de la habitación. No creo que saque nada útil de ello, pero la examino de todos modos. Una pared de armarios empotrados, dos mesitas de noche con una lámpara en una de ellas. Nada de libros. Una cama de madera de pino con una colcha estampada de flores rosa pálido, con cajones debajo, todos ellos abiertos. En las almohadas, apoyados en el cabecero, hay tres peluches —un oso con un corazón rojo por nariz, un pato y un búho—. Por el suelo, en ambos lados de la cama, prendas de ropa esparcidas por el suelo; sobre todo tangas de diversos colores en lo que debe de ser el lado de Lauren. En el lado de Jason hay una camiseta blanca, unos vaqueros, unos cuantos calcetines y la bolsita plateada de un condón abierta.

—No creo que Lauren y Jason quieran que entres aquí, Gaby. —Dan se me acerca con precaución, como si estuviésemos en el zoo y yo fuese un león suelto.

—¿Dormís todos a pocos metros unos de otros? Qué acogedor: tú, Kerry, Tim, Lauren y Jason, todos durmiendo simétricamente detrás de vuestras simétricas puertas cerradas. Y Francine, antes de morir.

—Francine tenía una habitación en el piso de abajo. Pero ¿qué importa eso? ¿Qué más te da dónde durmamos?

—Me da igual, es cierto. Pero qué cómodo para todos, ¿verdad? ¿Os encontráis en el descansillo cada noche a las doce para aseguraros de que os sabéis de memoria todas vuestras mentiras?

—Si vas a seguir actuando así, creo que deberías marcharte.

—No me iré hasta que no haya visto la habitación de Tim. ¿Dónde está?

—No.

Supongo que la puerta que Dan se ha precipitado a bloquear es la que estoy buscando.

—Kerry y yo no entramos ahí, y la casa es nuestra. Ni siquiera entran las personas que limpian. Tim prefiere limpiarla él mismo; le concede mucho valor a su privacidad.

—Solo a veces. Otras, en cambio, le parece genial firmar una vida entera de cagar delante de su compañero de celda en un váter compartido sin puerta, y dejar que los guardas lo miren a través de los barrotes como si fuese un mono

en una jaula. —Mis palabras surten efecto en Dan, así que intento sacar partido de mi ventaja—. Diría que yo valoro la privacidad de Tim mucho más de lo que él lo hace en estos momentos, igual que su felicidad y su libertad. ¿Cuántas veces ha estado la policía en esta habitación desde la muerte de Francine?

Dan suspira y se aparta.

—No toques nada —dice.

Suelto un juramento ahogado y abro la puerta. Nada más entrar, cojo un libro de uno de los montones que hay en el suelo junto a la cama y lo agito en el aire, para mostrarle a Dan que no tengo intención de seguir su regla de no tocar nada. Cuando estoy a punto de devolverlo al montón, me doy cuenta de qué libro es: *Poemas seleccionados 1923-1958*, de e. e. cummings. Mi cuerpo se ve invadido por una intensa sensación, como si alguien hubiese utilizado mis venas como unas riendas y hubiera dado un tirón enérgico para apartarme del abismo.

«Llevo tu corazón conmigo, lo llevo en mi corazón».

¿Fue en este libro donde Tim leyó el poema por primera vez? Si miro en el índice de primeros versos, ¿lo encontraré? No debo hacerlo. Si leo el poema ahora, delante de Dan, me haré pedazos.

—¿Estás bien, Gaby?

Su voz parece viajar desde un millón de kilómetros de distancia. ¿Por qué se hace siquiera una pregunta así? No tiene ningún sentido. ¿Qué quiere decir «bien»? Aún puedo tenerme en pie y respirar, así que no está mal. Creo que estoy mejor que bien.

—Tengo que llevarme este libro —le digo a Dan.

—¡No!

El sonido del grito me hace retroceder. Dan Jose no grita nunca; jamás. Entonces me doy cuenta de que no está furioso conmigo, sino consigo mismo. Se siente avergonzado porque es incapaz de controlar la situación. Ha cedido un centímetro, varios centímetros, y ahora yo me quiero llevar un libro de poemas.

—El libro es de Tim —dice.

—Me lo llevo. A Tim no le importaría, y lo sabes.

Dan se queda mirando el panorama del que Tim disfrutaba antes de que se hiciese trasladar a la cárcel de Combingham: una amplia extensión verde y, en la distancia, Lower Heckencott Hall. Con las energías agotadas, Dan ha decidido que lo mejor que puede hacer es apartar la vista y dejar que me salga con la mía. Bien.

Es la primera vez que entro en el dormitorio de Tim. De Tim nada más, ninguna relación con Francine. Me dan ganas de quedarme aquí eternamente. Quiero examinar todas y cada una de sus posesiones en detalle, pero estoy paralizada. Esto es demasiado importante. Estoy mirando sin ver; mi mente está demasiado agitada para procesar los datos visuales. «Cálmate, joder».

Es más pequeño que el dormitorio de Lauren y Jason, aunque sigue siendo una habitación amplia. La visión de la cama individual junto a una pared me indigna.

—Las camas individuales son para niños. Tim es un adulto de cuarenta y pico.

—Es lo que él quiso. Kerry intentó convencerle de que se pusiera una cama doble, pero él insistió.

La almohada y el edredón son blancos. No hay cabecero, ni mesilla de noche, solo dos montones de libros al lado de la cama. Un ropero, un escritorio con una silla giratoria de oficina y un sillón de brazos en la esquina. Me acerco al escritorio y le echo una ojeada a la inmaculada pila de papel de escritura, el montón de sobres a juego y tres plumas con aspecto de ser caras. Todo ello parece completamente nuevo e intacto. Me estremezco, pensando que Tim puede haber comprado todo eso para escribir a personas que no son yo.

O quizá lo ha comprado porque quería escribirme a mí. Lo quería con desesperación. Pero no sabía ni qué decir, ni cómo decirlo, así que no lo hizo. Mi cerebro científico señala que no hay prueba alguna que apoye mi teoría favorita, así que no debo permitirme creerla.

En la pared hay poemas —sin enmarcar, pegados con Blu-Tack— que parecen haber sido recortados de revistas: George Herbert, W.B. Yeats, Robert Frost, Wendy Cope, alguien llamado Nic Aubury. Su poema —quizá sea una mujer, si es que Nic es la abreviatura de Nicola— solo tiene cuatro líneas.

EL SOMELIER Y UN MENTIROSO

Con aire entendido e indiferente

Le digo al camarero «Muy bien».

En realidad lo que estoy pensando es

«Estoy bastante seguro de que es vino».

Sonríó mientras noto las lágrimas brotar de las comisuras de mis ojos y resbalar por las mejillas. ¿Qué voy a hacer yo sin Tim? Con Tim en la cárcel durante... ¿cuánto tiempo?

—Dan —susurro.

—¿Qué?

—Necesito que no encierren a Tim. Tienes que ayudarme.

—Gaby, yo... ¡Dios! —Dan apoya la frente en la ventana. Puede que esté llorando también—. He hecho todo lo que he podido, créeme.

—Antes, cuando Tim y yo estábamos alejados, era distinto. Podía soportarlo...

—Estás viviendo con otra persona —dice Dan con tono acusador.

—Sí, Sean. ¿Se supone que eso demuestra mi deslealtad para con Tim? Tú sabes lo que sucedió. Habría dejado a Sean de inmediato.

—Ya lo sé. —Dan alza las manos—. No tenía intención de que sonase así.

—Siempre supe que, si quería encontrar a Tim, podía hacerlo. Él no me quería, lo dejó bien claro, y a mí me pareció bien, mientras supe que seguía ahí fuera, a mi alcance, cuando estuviese preparada para volver a intentarlo. Para convencerlo de que se había equivocado. No me había rendido, Dan; solo estaba... retrasando la situación.

«Estancada en mi relación con Sean hasta sentir que había llegado el momento de acercarme de nuevo a Tim». Si hubiera estado embarazada, lo habría hecho; habría sido la excusa perfecta para ponerme en contacto con él: «¡Tengo una noticia excelente! Voy a tener un niño de Sean, ya no soy una amenaza para tu matrimonio, ¿podemos ser amigos?». Habría mentido como una bellaca con tal de que Tim volviese a estar en mi vida. Tim no es el tipo de persona que le diría a una mujer embarazada que se fuese a la mierda y le dejase en paz. «Y tú lo sabías cuando dejaste de tomar la píldora, ¿verdad?».

—Dan, si condenan a Tim por asesinato...

—¿Qué? ¿Echará a perder el final feliz de tu fantasía?

—¡Vete a la mierda!

¿Se sentiría Lauren igual que yo cuando se enfrentó a Bodo Neudorf en el aeropuerto de Düsseldorf? ¿Desesperada, incapaz de controlarse?

—Lo siento —dice Dan en un susurro—. Lo siento de verdad, Gaby. Tú no eres la única. Todos nosotros... —Es incapaz de terminar la frase. Lanzo en su dirección una frágil sonrisa.

—Las cosas no parecen ir bien cuando intentamos hablar, así que vamos a dejarlo.

Dan se encoge de hombros: «De acuerdo, como quieras». Es la salida fácil.

—¿Ya hemos terminado aquí? —pregunta.

Empiezo a sentir un miedo que me invade. «Terminado». Ya he visto todo lo que hay por ver. Me quiero quedar, pero ¿cómo lo justifico? ¿Qué más puedo

hacer yo en esta habitación? Está claro que Dan se muere porque me vaya.

—Si Tim estuviese aquí, no me trataría así. —No soy de las personas que se rinden. En el trabajo, tengo fama de triturar cualquier problema que se me presenta—. Me daría la bienvenida, me enseñaría sus libros y me leería fragmentos de sus poemas favoritos.

—Creo que antes tenías razón, Gaby: no deberíamos estar hablando de esto, y no me siento cómodo de estar aún en el dormitorio de Tim. ¿Y si...?

—¡No! ¡Un momento!

Me arrodillo entre las dos pilas de libros. ¿Cómo he podido olvidarme de mirar las dos torres gemelas de poesía de Tim? La poesía es lo único que le ha interesado leer nunca. Una vez me dijo que era «después de ti, la segunda cosa más importante de mi mundo». Yo me reí y le pregunté si realmente lo había dicho o yo me lo había imaginado. «Te lo has imaginado tú —repuso con una sonrisa—. Pero no pasa nada: es lo que yo habría dicho si fuese de esa clase de personas que se dejan llevar. Y, a partir de lo que tú te imaginas sobre mí, me he construido casi una personalidad completa». Por cienmilésima vez desde que nos conocimos, le pregunté qué quería decir. «Eres una inventora —me dijo, como si fuese una obviedad—. Tú me has inventado».

«Falso, Tim. Fue precisamente al revés. ¿Por qué nunca te apuntas el mérito de nada? A menos que se trate de algo que no hayas hecho, algo horrible como un asesinato; entonces no tienes problema».

Cojo un libro de la cima de una de las pilas: *Poemas seleccionados*, de James Fenton.

—Gaby... —Dan intenta tirar de mí para que nos vayamos, pero me lo quito de encima.

Mis ojos recorren la torre, lomo a lomo, título a título. Salvo por el volumen de e. e. cummings que he cogido, solo hay cuatro colecciones de poesía. Una voz en mi cabeza grita protestando antes de comprender que algo no va bien; tardo unos segundos en darme cuenta de ello.

—¿Qué son todos estos libros? —le pregunto a Dan—. ¿De dónde han salido?

El resto son libros sobre monstruos: Myra Hindley, el general Augusto Pinochet, un criminal de guerra nazi llamado Demjanjuk. Hay uno sobre el libro que puso la bomba de Lockerbie.

No tiene sentido. Nunca me he sentido tan extraña; es como si esta mañana me hubiese puesto el cerebro y acabase de darme cuenta de que hasta ahora lo he llevado del revés.

—Tim no lee esta clase de libros —digo, mirando a Dan—. ¿Qué están haciendo en su habitación?

—¿Me estás acusando de ponerlos aquí a escondidas para que parezca que es un asesino?

Dan es una de las personas más inteligentes que conozco, y sabe la diferencia entre una acusación y una simple pregunta. ¿Es que se ha olvidado de que yo también soy inteligente?

—En lugar de caer en tu trampa para desviar la atención y perder el tiempo negando una acusación falsa, voy a formular de nuevo la pregunta: ¿por qué el dormitorio de Tim está repleto de libros sobre asesinos?

Dan parece estar atrapado, ansioso de darse la vuelta y salir huyendo, pero reacio a ceder terreno. ¿Es que hay algo más aquí que se supone que no tengo que ver, aparte de los libros? ¿Por eso tiene que estar vigilándome mientras estoy aquí?

El núcleo de determinación que hay dentro de mí se está haciendo cada vez mayor y más duro, apropiándose de una parte cada vez más grande y dejando menos espacio para respirar o pensar racionalmente. Voy a hacer las preguntas que necesito hacer, tanto si me satisfacen las respuestas como si no.

—¿Son esos libros parte del papel de Tim como asesino, en atención a la policía? —Aun antes de terminar de hablar, yo misma no me lo creo. Si Tim quería parecer culpable, lo único que tenía que hacer era escribir en Google las palabras «mejor forma de matar a esposa». ¿Por qué comprar libros sobre dictadores chilenos y guardas de campos de exterminio nazis? ¿Qué relación podía haber con algo tan casero como asfixiar a tu mujer poniéndole un almohadón en la cara?

Cojo el libro sobre el tipo de la bomba de Lockerbie; se llama *Tú eres mi jurado*.

—Gaby, deja eso, por favor.

—¿Qué sucede, Dan? ¿Qué significan estos libros en el dormitorio de Tim?

Dan niega con la cabeza, como diciendo «Lo siento, no hay respuesta para eso». Pero la hay, y está aquí, ahora, en esta habitación, aunque no tengo ni idea de cuál es. Puedo notar su presencia en la mente de Dan; inmóvil, en silencio, a punto, preguntándose cuánto tiempo más va a tener que esperar. Como un pasajero atrapado en la puerta de embarque, sin avión donde embarcar. No lo aguanto más: tengo que escapar.

Cuando salgo de la habitación intento que no parezca que estoy huyendo; bajo por las escaleras y salgo de la casa hacia un mundo exterior bañado por la inesperada, e inverosímil, luz del sol.

11/3/2011

—Eso es todo. —Kerry Jose puso los codos sobre la suciedad de la mesa, apoyó el cuello en las palmas de las manos y se frotó la nuca con las puntas de los dedos—. Es todo lo que le puedo decir. La única persona que puede completar lo que falta es Tim, y no estoy segura de que ni siquiera él pueda hacerlo.

—¿Se refiere a lo de que no sabe por qué mató a Francine? —dijo Charlie. Kerry asintió.

—¿Y usted le cree?

—¿Cuánto tiempo tendrá que estar en la cárcel?

—Ha evitado mi pregunta —contestó Charlie con una sonrisa—. Y me temo que yo no puedo responder a la suya. No lo sé.

—¿Cuál es el promedio para personas que confiesen y ayudan a la policía, como Tim? —Kerry pronunciaba las palabras de forma atropellada, como si tuviera prisa por decirlas—. No ha hecho nunca nada malo, no se ha metido en ningún problema hasta ahora.

Como muchas otras personas a las que Charlie había interrogado, Kerry no parecía darse cuenta de que, por mucho que intentara teñir la pregunta del «tiempo entre rejas» con sus esperanzas y su sesgo personal, la diferencia en la respuesta sería nula.

—Asesinar a tu esposa es algo realmente malo, por mucho que nunca antes te hayan pillado por aparcamiento ilegal. Si le preocupa la libertad de Tim, siempre podría decirme la verdad. Sé que es difícil, Kerry, pero...

—¿Le gustaría tomar otra taza de té?

—No, gracias. —Dos bastaban y sobraban. Charlie se sentía nerviosa y con la cabeza embotada—. Tomaré un vaso de agua —dijo, notando que a Kerry le iba a resultar más fácil hablar si tenía alguna tarea práctica que le diese algo que hacer al mismo tiempo. También era más fácil evitar hablar si te preocupabas por un invitado: la hospitalidad de la desesperación. Charlie esperó a que Kerry estuviese en el fregadero y dándole la espalda para decirle—: No esperaba que me contase la historia de la muerte de Francine tal como lo hizo.

—¿A qué se refiere?

—Me la ha contado desde el punto de vista de Tim; usted se quedó aparte.

—Pensaba que quería decir... Yo no estuve directamente implicada en la muerte de Francine, de manera que...

—Pero usted estaba en la casa. —Charlie levantó la voz para que se la oyese por encima del ruido del grifo y de las cañerías—. Estuvo aquí todo el tiempo, ¿no?

«Yo no estuve directamente implicada». ¿Era raro decir una cosa así, o Charlie le daba demasiada importancia?

El ruido se detuvo de golpe cuando Kerry cerró el grifo. Cuando volvió a la mesa tenía una mancha mojada en el centro de la blusa. «Está tan nerviosa que es incapaz de llenar dos vasos de agua sin derramar la mitad».

—Kerry, ¿me permite que le dé un consejo? Gracias. —Charlie tomó su bebida de la mano de Kerry, que temblaba—. Si está decidida a mentir sobre la muerte de Francine, va a tener que esmerarse; esto es un caso de asesinato.

—Ya lo sé —dijo Kerry en voz baja. Se sentó de lado en la silla, con el brazo colgando por detrás del respaldo. Con la otra mano agarró la parte empapada de la camisa y la sostuvo en el puño cerrado.

—Ofrecer una taza de té para evitar las preguntas que no quiere responder... Eso no le va a servir de nada. Yo creo que usted, en realidad, quiere ayudarnos, Kerry. No es la clase de persona que obstruye una investigación policial. Por eso está haciendo todo lo que puede para evitar mentir directamente, sin tomar partido, para poder engañarse a sí misma diciéndose que, en realidad, no está haciendo nada malo.

Charlie vio cómo el rubor en las mejillas de Kerry crecía y cambiaba de forma. Ojalá los sofocos provocados por la culpabilidad se pudieran traducir en palabras. De todos modos, Charlie se sentía estimulada por el lenguaje corporal que había detectado. Ese nivel de estrés no era soportable; mentir exige resistencia física. En algún momento, los niveles de energía de Kerry alcanzarían un mínimo peligroso, debido al desgaste provocado por el traqueteo lento e insistente de unos barrotes imaginarios. Quizá fuera un poco melodramático pero, por los innumerables interrogatorios, Charlie sabía que era así como se sentían los malos embusteros al mentir: como si hubiesen metido injustamente en una jaula a la pobre verdad. Los buenos embusteros —como Charlie, cuando había necesidad de ello— podían hacer que sus mentiras durasen, porque no creían que la verdad tuviera que estar siempre de su lado.

—Si se queda mucho tiempo ahí, ni en un lado ni en el otro, no lo va a poder soportar —le dijo a Kerry—. Yo que usted me decidiría por uno de los lados. Cuénteme la historia real o mejore su actuación. Y asegúrese de que no tenga fisuras, porque, créame, si las tiene, alguien más inteligente y más cercano a este caso que yo, vendrá pronto a convertir la fisura en un gigantesco agujero.

Kerry no dijo nada; estaba ocupada estrujando y soltando la camisa. Quizá se estaba preguntando si le saldría bien la opción de la mentira coherente... La mejor oportunidad de Charlie era acumular una pregunta tras otra para no darle tiempo a pensar.

—Se encontraba mejor antes de la llegada de Gaby. Cuando esta ha llegado, ¿qué ha sido lo que la ha desconcertado? No el hecho de que viniese, ¿verdad? Cuando ha entrado, la ha recibido como si viniese a salvarla. Recuerdo que ha dicho: «Gracias a Dios».

—Era una forma de hablar. No quería decir... Lo que quise decir es que me alegraba de que estuviese aquí, nada más.

—No, ha sido algo más que eso. Sintió alivio al ver que estaba a salvo, ¿verdad? ¿O quizá pensó que podría mantenerla a salvo a usted, o a Tim?

—No.

—¿Qué puede hacer Gaby para ayudar a Tim?

—¡Está manipulando mis palabras! —Kerry parpadeó para apartar las lágrimas.

—Lo siento, no era mi intención. —Charlie estaba tratando de alcanzar un punto medio entre la moderación y el exceso de presión—. ¿Sabe lo que pasa? Que a veces me olvido de que soy «la policía». —Hizo el gesto de comillas en el aire, hablando con una voz amable y natural—. Sobre todo cuando no estoy de servicio, como hoy mismo. Pero, en general, procuro hacerlo siempre que puedo. En mi cabeza no soy más que una persona normal, no una aterradora figura de autoridad. El poder está en sus manos, Kerry. Es usted la que sabe, sea cual sea el secreto, no yo. En mi posición, usted también se sentiría frustrada y lanzaría teorías descabelladas.

—No lo entendería.

—Haga la prueba.

Kerry asintió.

—Gaby quiere a Tim tanto como yo. Sabe que es una persona especial. Por eso he dicho «Gracias a Dios». He pasado una mala época desde la muerte de Francine y necesitaba desesperadamente hablar con alguien que me comprendiera. Tengo a Dan, sí, pero él tampoco lo está pasando bien, y no quiero aumentar sus preocupaciones. Gaby es más fuerte que cualquiera de nosotros, incluso que todos nosotros juntos.

«Nada de tomar partido aún». Charlie estaba empezando a perder la paciencia. No tenía inconveniente en creer que Kerry tenía ganas de hablar con alguien que la entendiese, pero ¿qué era lo que había que entender? ¿Por qué era tan esencial fingir que Tim Breary había asesinado a su mujer y proteger al verdadero asesino?

—Gaby ha hecho unos cuantos comentarios que la han hecho sentir incómoda, o eso me ha parecido. ¿Recuerda? Supongo que, estando yo aquí, no pudo darle ninguna pista. Por eso ha hablado de lo que se suponía que no debía mencionar, por eso usted ha pasado en un momento de darle gracias a Dios a estar tensa como la cuerda de un arco. —Kerry meneó la cabeza, más como gesto de autodefensa que para negar algo específico—. Gaby ha dicho que, si Tim hubiera querido matar a Francine, lo habría hecho hace años. También que Tim odiaba la casa en la que vivía con Francine en... Heron Road, ¿no?

—Heron Close.

—¿Por qué no le ha gustado que Gaby mencionase esos datos?

—Tim es una persona reservada —dijo Kerry—. No hay motivo para que nadie comente los detalles de su relación con Francine.

—Si yo estuviese obsesionado con proteger mi privacidad y mantener la nariz de todo el mundo fuera de mi matrimonio, lo último que haría sería asfixiar a mi esposa para convertirlo en un titular —dijo Charlie—. ¿Es por eso que Tim afirma no saber por qué lo hizo? ¿Para evitar hablar de cosas que le parecen demasiado personales?

—No —negó Kerry con rotundidad. Charlie sonrió como si no le importase.

—Esa no ha sido una respuesta inteligente. Prácticamente ha admitido que Tim está mintiendo.

—¿Es eso lo que cree que estoy haciendo? ¿Dármelas de lista?

Charlie se inclinó hacia delante.

—Justo lo contrario, de hecho. Creo que está intentando no ser lista para no sentirse tan culpable. Lo que está intentando es alcanzar el nivel mínimo de engaño. ¿Sabe cuántos puntos va a obtener con ello? Ninguno. No disfrutar de la mentira no cuenta como atenuante en una acusación de conspiración para obstruir el curso de la justicia.

Kerry tiró de su larga melena como si fuese el cordón de una alarma y emitió un sonido bastante fácil de interpretar: puro pánico. ¿Era esta la primera vez que había oído decir que la ley podía volverse en contra suya si seguía fingiendo? Puede que Sam Kombothekra no lo hubiese mencionado por cortesía; otra razón por la que debería devolverle el caso a Charlie.

—Está claro que Gaby no está tan preocupada por la privacidad de Tim como lo está usted. Está más interesada en sacarlo de la cárcel. Creo que la ha subestimado.

—Gaby es brillante —murmuró Kerry. Se quedó mirando a la puerta, como si pudiera hacer que su amiga volviese a entrar por ella con solo desearlo.

—Parece bastante decidida a que la verdad salga a la luz. ¿Está segura de que

puede convencerla para que guarde silencio sobre lo que sea que descubra? Yo no lo estaría.

Kerry se volvió hacia Charlie; por primera vez la miró directamente a los ojos. La intensidad de la mirada era alarmante, invasiva, como si sus ojos estuviesen hurgando en el interior para llevarse algo que no era suyo.

—Comparado con el de Gaby, mi cerebro es como el de un mosquito —dijo con vehemencia—. El suyo también, y el de la mayor parte de gente. Haga lo que haga Gaby, quiera lo que quiera, confío en ella de forma absoluta.

—De acuerdo; pero no confía en usted misma —dedujo Charlie en voz alta—. Ni en Dan, ni en Tim; no de la misma forma en que confía en Gaby. No le ha gustado que dijese esas cosas porque... —Se interrumpió. La idea era demasiado compleja para expresarla fácilmente en palabras.

—Ya se lo he dicho. Tim es una persona muy reservada...

—Sí, ya lo sé. Lo siento, no estaba preguntando. Mi cerebro de mosquito estaba ocupado tratando de formular lo que intentaba decir. —Charlie sonrió e hizo una mueca. Kerry no le devolvió la sonrisa—. Usted quiere que Gaby, la brillante Gaby, se ponga al mando, pero no antes de darle toda la información ¿verdad? ¿Y Lauren Cookson?

—¿Qué pasa con Lauren? —preguntó Kerry.

—Vive aquí, estaba aquí el día que murió Francine. Es de suponer que ya ha hablado con ella, pero parece que ayer, en Alemania, soltó la verdad: que Tim no lo hizo. —Cuanto más tiempo pasaba en la casa, más convencida estaba Charlie de la inocencia de Tim. Por mucho que había intentado ponerse del lado de Sam y demostrar que Simon no había influido en ella de forma excesiva, no podía librarse de la sensación de haberse colado en un escenario cuidadosamente organizado—. ¿Hasta qué punto iba mal la relación entre Tim y Francine? Ya sé que Francine llevaba un par de años sin posibilidad de moverse —matizó Charlie—. Me refiero a antes de eso.

Kerry se mordió el interior del labio.

—No estoy segura de que Francine creyese que iba mal. La había modelado exactamente a su gusto.

—¿No se lo contaba a usted? Sam dijo que ella y Tim eran sus mejores amigos, suyos y de Dan.

—Tim era, es, nuestro mejor amigo. Francine era su mujer, así que fingíamos.

—¿Fingían que les caía bien?

Kerry asintió.

—A mí me pasa con el novio de mi hermana, que es un cretino engreído —dijo

Charlie—. No lo puedo soportar desde el momento mismo en que lo conocí, pero cuando se comprometieron fingí que cambiaba de opinión para hacerle la vida más fácil a todo el mundo.

—¿La creyó su hermana? —preguntó Kerry. Charlie asintió.

—Es el mayor de sus talentos: la capacidad de creer cualquier cosa que la haga feliz, por ridícula que sea. —Al ver la expresión de interés de Kerry, añadió—: Es exasperante. Intentas hacer que haga frente a algo; ella frunce el ceño y pone expresión solemne durante un rato, como si se lo estuviese tomando en serio, y al cabo de un minuto es como si se olvidase, y vuelve a su habitual personalidad, impenetrablemente alegre. ¡Ja! Impenetrable no es la palabra adecuada, eso seguro. Actualmente está liada con dos hombres, su novio y... —Charlie se detuvo a tiempo. Era probable que las vidas de Gibbs y de Kerry se cruzasen pronto, si es que no lo habían hecho ya—. Lo siento, exceso de información.

«Y ahora me gustaría que tú hicieses lo mismo».

—No bastó con fingir que Francine nos caía bien —dijo lentamente Kerry—. Dan y yo tuvimos que fingir que éramos tan íntimos de ella como de Tim. Ella exigía una situación de igualdad, si no de superioridad. No de forma directa, pero Tim nos dejó claro qué era lo que se esperaba de nosotros: que hablásemos con ella más que con él cuando venían a casa, que le hiciésemos más preguntas, que pusiésemos su nombre antes que el de él en las felicitaciones de Navidad. Que yo la invitase a salir de fiesta, solo nosotras dos, y que le contase detalles de mi relación con Dan (inventados, si era necesario) y le pidiese que no se los dijese a Tim.

—No me diga que aceptó. Eso es una locura. Nadie puede esperar convertirse de la noche a la mañana en una persona tan importante para los amigos de su novio como lo ha sido él. Esas cosas toman su tiempo; a veces, no suceden. Normalmente, los amigos originales se mantienen próximos y, si la pareja se rompe, ambas partes conservan la mayoría de los amigos que aportaron y pierden los demás.

—Normalmente así es —aceptó Kerry—, pero Francine no era normal.

—Puede que esta pregunta sea una estupidez, pero ¿por qué no le dijo a Francine que se fuera «a la eme»?

—Habría parecido fuera de lugar. Apenas nos hablaba directamente. Normalmente era Tim el que nos pedía que la complaciésemos de formas ridículas. Desde la primera vez que los vimos juntos estuvo claro que su intención no era hacerle frente, sino apaciguarla. Él no quería perdernos, ni a Dan ni a mí, y nosotros no podíamos soportar la idea de perderlo a él... —Kerry se encogió de hombros—. Para los tres era evidente que nuestras vidas serían más fáciles si nos adaptábamos a los caprichos de Francine, así que eso fue lo que hicimos.

—Y al cabo de un tiempo, ¿empezó a parecer algo natural? —preguntó Charlie. Kerry se rio.

—Nada que tuviese que ver con Francine parecía natural, nada que sucediese a menos de cien kilómetros de ella. Lo que hacía que todo fuese más fácil era que, con Tim, no teníamos que fingir. Él sabía lo que pensábamos de ella, y también lo sentía. La necesidad de mantenerlo en secreto fortaleció incluso nuestra relación con él. Créame, mi fingimiento y el de Dan no eran nada comparado con lo que Tim sufría cada uno de los días de su vida de casado, intentando complacer a alguien que se quejaría si alguien la dejase caer en mitad del paraíso. Lo único que Dan y yo teníamos que hacer era asegurarnos de no hacer o decir alguna cosa indebida. Bueno, cosas en plural; había un montón de ellas.

—¿Por ejemplo?

—Estar en desacuerdo con ella; mencionar algún episodio anterior al momento en el que ella apareció, cuando solo estábamos nosotros tres; ah: elegir el restaurante equivocado, si la comida de Francine la decepcionaba de algún modo. Lo digo en serio —confirmó Kerry, en respuesta al movimiento de cejas de Charlie—. Pensábamos que teníamos la lista completa de todas las meteduras de pata que debíamos evitar, y entonces nos encontrábamos con alguna situación nueva y ella se enfadaba por algo que no teníamos previsto. Por ejemplo, la primera vez que fuimos los cuatro juntos al cine. Solo pasó una vez. Después de lo que sucedió, Francine no quiso volver, ni siquiera ella sola con Tim. —Kerry frunció el ceño—. Creo que opinaba que era un derroche cuando uno podía quedarse en casa y ver películas en la tele gratis, pero indujo a Tim a creer que era él quien tenía la culpa de haberle arruinado el cine para siempre con su falta de consideración.

—¿Qué es lo que hizo? —preguntó Charlie.

Kerry parecía haberse olvidado de su deseo de proteger la privacidad de Tim.

—Ninguno de nosotros se dio cuenta de que algo andaba mal hasta que salimos del cine. Francine se negaba a dirigirnos la palabra. Más tarde le dijo a Tim que nos había dado una oportunidad. La duración de la película (una tontería estereotipada sobre atracos a bancos, no recuerdo ni cómo se llamaba) fue el intervalo de oportunidad que con tanta generosidad nos había concedido para que nos percatásemos de nuestro error, pero se nos había pasado. Otra marca en contra nuestra. Tuvimos que suplicarle, como siempre: «Por favor, Francine, instrúyenos, haznos partícipes de nuestro pecado para que podamos expiarlo». Finalmente, a su manera, de mala gana y con los labios apretados, acababa por decirlo, o quizá era Tim el que hacía de intermediario para pasar el mensaje. Entonces tenías que arrastrarte hasta que le parecía bien concederte su perdón.

—¿Cuál fue el pecado del cine? —preguntó Charlie.

—Prepárese para quedar decepcionada —dijo Kerry—. Los cuatro nos sentamos en la misma fila; Dan y Tim en el centro, Francine y yo en ambos extremos. A ninguno de nosotros le importó que Francine estuviese en uno de los extremos de la hilera. Nada más. —Charlie no lo entendía—. Debíamos haberla dejado sentar en uno de los dos asientos del medio. Según ella, es lo

que habríamos hecho si ella nos importase un comino. Deberíamos habernos dado cuenta de que podía sentirse excluida y asegurarnos de que se sentase en un sitio que no incrementase su sensación de aislamiento.

—Eso es una puta locura —dijo Charlie; luego se tapó la boca con la mano y añadió—: Lo siento, pero...

—No hay por qué disculparse. Así era Francine. No estaba loca; era totalmente funcional: tenía un trabajo de mucha presión como socia en un bufete de abogados hasta que sucedió lo del ictus, pero era insegura e insatisfecha de nacimiento. Desde el punto de vista emocional, era como un bebé de dos años; exigía que todo el mundo se desviviese por hacerla sentir mejor. Aunque eso nunca ocurría, y la culpa siempre era nuestra, sobre todo de Tim. Si, cuando ella tenía dolor de cabeza, él no cancelaba sus planes para demostrarle que le importaba; si no se gastaba una cantidad escandalosa de dinero en su regalo de cumpleaños cuando ella misma le había dicho específicamente que no gastase demasiado... —Kerry suspiró—. El desastre del cine no fue siquiera un incidente destacado; ojalá lo fuese. Le podría contar un centenar de historias como aquella.

—¿Por qué Tim no la dejaba?

Kerry sonrió con tristeza.

—Podríamos estar aquí todo el día dando respuesta a esa pregunta. Finalmente la acabó dejando, después de... Más adelante.

Se frotó la boca con los dedos índice y medio. Tras haberse sentido cómoda, de pronto había dejado de estarlo.

Los detectores internos de Charlie zumbaban. «Después de» y «más adelante» no eran sinónimos. Y ahora Kerry volvía a mirar hacia la puerta y a apartar la mirada enseguida, como si le hubiesen ordenado que mirase a cualquier parte, salvo allí. Charlie pensó en la repentina necesidad de Gaby Struthers de ver el dormitorio de Tim Breary y decidió pasar de un salto a la conclusión obvia.

—Tim tuvo un lío con Gaby, ¿verdad? —preguntó.

Cuando Simon llegó al Brown Cow, Gibbs casi se había terminado su primera pinta.

—Tomaré otra —dijo, sin mirarle a los ojos.

—La tomarás si vas a la barra y les das dinero.

Gibbs sonrió, pero no alzó la mirada. Estaba ocupado con su nueva afición favorita: añadir más gomas elásticas a la bola de gomas elásticas rojas que estaba haciendo. Había empezado poco después del nacimiento de sus gemelos. Cuando le preguntaban por qué —lo que, al principio, sucedía con frecuencia—, él respondía «¿Y por qué no? El cartero las va dejando caer por

la acera. Así tengo algo que hacer». Simon había oído señalar a algunas personas: «También podrías ayudar a tu mujer a cuidar de dos bebés». Gibbs se negaba disciplinadamente a seguir por ese camino. «Así tengo algo relajante que hacer», aclaraba de vez en cuando, aunque generalmente se limitaba a encogerse de hombros sin decir nada. En el trabajo se había especulado sobre cuánto tiempo era probable que Debbie le aguantase, y se decía en susurros que la bola de gomas elásticas rojas era el menor de sus problemas.

Simon no creía que nadie de los que trabajaban en la policía de Spilling ignorase la aventura de larga duración entre Gibbs y la hermana de Charlie, Olivia. El año pasado, Simon se lo había dicho a Proust, Sam y Sellers. Tuvo que hacerlo: el diario de Charlie, en el que había escrito, furiosa, sobre el duradero lío de Liv, salió a la luz en una investigación de asesinato. Simon se sentía culpable de que el secreto hubiera salido del Departamento, aunque a Gibbs parecía darle igual y no le hacía responsable; ni a él ni a nadie, en realidad. Últimamente, a Simon le había pasado por la cabeza que la fuente de la filtración podía haber sido el propio Gibbs.

—Otra pinta, ¿no? —dijo, sacando la cartera—. Cuando vuelva de la barra voy a necesitar que me prestes la atención que le estás prestando ahora mismo a esa bola.

La sala estaba abarrotada, como siempre en el Brown Cow. Simon odiaba los pubs llenos de gente; bueno, no solo los pubs. Los entornos tranquilos y vacíos le sentaban mejor, fueran pubs, restaurantes, parques o casas. Al otro lado de la ciudad había un sitio llamado Pocket and Pound, un pub al final de una hilera de casas adyacentes al Museo de Culver Valley y, posiblemente, el más estrecho de Inglaterra. El ambiente no era malo para ser un angosto pasillo de sordidez empapada de cerveza. O más bien era el tipo de ambiente que a Simon le gustaba y en el que se sentía cómodo: un negocio fracasado pero aceptado, la sospecha de que el éxito, que nunca se había buscado, habría resultado una decepción; a un mundo de distancia del aura de hedonismo frenético del Brown Cow.

Simon solo iba al Pocket and Pound con Charlie. Ella opinaba que probablemente fuese el peor pub del mundo, y era precisamente por eso por lo que le gustaba ir. «Es gracioso, mucho más divertido que un buen pub —había dicho una vez—. En los buenos pubs te pasas toda la tarde enfurruñado, y yo mirándote. Aquí te sientes como en casa, así que estás de buen humor, y yo me siento y me río de ti y pienso: “Este es mi marido. Este es su pub favorito. Aquí es donde pasamos las noches de sábado”». Los dos se rieron.

—¿Sabes qué he aprendido desde que empecé a hacer esto? —dijo Gibbs, sosteniendo la bola de gomas elásticas—. Lo inseguras que son las personas. Si la tengo en la mano, nadie habla conmigo, como si yo no fuese capaz de escuchar y poner gomas elásticas en una bola al mismo tiempo. Me ayuda a concentrarme.

—No cuando vas andando por la calle, mirando al suelo por si te has dejado alguna, chocando contra las papeleras.

—Eso sucedió una vez. —Gibbs hizo un ruido despectivo—. Y deja tú también los comentarios ingeniosos. Parece que somos yo y mi pequeña amiga roja contra el mundo.

—Querrás decir «gran amiga roja».

La bola estaba acercándose al grado de obesidad. Simon se preguntaba qué debía de pensar Liv de ella. ¿Dejaría de lado la bola por ella, pero por nadie más? ¿La necesitaría y la llamaría «pequeña amiga roja» si Liv fuese a casarse con él, en lugar de con Dom? Muy psicológico, Waterhouse, habría dicho Proust.

Simon se sacó del bolsillo el poema que le había dado Tim Breary.

—Lee esto mientras voy a por las bebidas. Léelo más de una vez.

En lugar de sostener el poema delante de los ojos, como habría hecho antes, Gibbs dejó la bola y puso el papel sobre ella, de manera que tenía que encorvarse sobre la mesa para leerlo. Parecía el preámbulo a un truco de magia. Simon se volvió y se dirigió a la barra. Gibbs lo llamó, con la hoja de papel en la mano. «Olvídalo», dijo. Como Simon no le respondió de inmediato, Gibbs le tiró el poema. Simon lo intentó coger, pero salió flotando y acabó por caer al suelo; se inclinó a recogerlo.

—¿Que me olvide de qué? —preguntó.

—El poema no significa una mierda para mí. No hay manera. ¿Se puede saber qué quiere decir?

Una respuesta extrema a un estímulo neutro: interesante. Simon se guardó la cartera en el bolsillo y se sentó.

—¿No hay manera de qué? ¿Qué es lo que crees que te estoy pidiendo?

—Sé lo que me estás pidiendo. Paso de hacerlo.

—Esta mañana he ido a ver a Tim Breary —dijo Simon—. Al final de la entrevista me ha dado el poema. ¿Habías oído hablar de una mujer llamada Gaby Struthers?

El rostro de Gibbs cambió.

—¿Gaby Struthers? Ha venido a verme hoy.

—¿Hoy? ¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿Por qué coño no me lo has dicho? —saltó Simon.

—Lo acabo de hacer. ¿Estás de broma o qué? Cuando te dije por teléfono que

nos encontrásemos aquí, también te dije que tenía algo que contarte.

—Tienes razón —murmuró Simon. Más que razón: lo que decía era obvio. Su cólera farisaica, demoledora hacía unos segundos, se había evaporado. Era con Sam con quien estaba furioso, no con Gibbs—. Bueno, cuéntame lo de ese poema.

Gibbs habló dirigiéndose a la bola de gomas elásticas. Simon, incómodo después del arrebato, sospechó; pero no por nada que tuviese que ver con Tim Breary o con el trabajo. Quizá Gibbs había pensado que el origen del poema era Liv, y que había llegado a él a través de Charlie. En todo caso, no era asunto suyo. Si Gibbs quería que lo supiese, se lo diría. Simon estaba ansioso por preguntarle acerca de Gaby Struthers, pero primero le debía una respuesta a Gibbs.

—Breary me pidió, prácticamente me suplicó, que le diese el poema a Gaby Struthers cuando no estuviese el tipo con el que vive.

—Es razonable —dijo Gibbs—. Es lo que se espera que yo diga, ¿no? Solidaridad con el lado más débil de un triángulo amoroso.

Era un comentario hecho de pasada, pero revelador de todos modos. Suponiendo que Gaby Struthers y Tim Breary tuviesen o hubiesen tenido algún tipo de relación ilícita, era sensato pensar que el hombre con el que vivía Gaby era el lado débil del triángulo, ¿no?

—Breary también me pidió que no le dijese a Struthers que era él quien me había dado el poema —dijo Simon—. Quería que le dijera que era del Portador.

Gibbs hizo rodar la bola de gomas por la superficie de la mesa con el índice.

—¿«El Portador»? ¿Y eso qué significa?

—Ni idea.

—¿De qué se puede ser portador? ¿De una enfermedad, de un bebé? —especuló Gibbs—. ¿Qué más?

—Me estaba preguntando si sería una enfermedad —dijo Simon—. Con frecuencia, los portadores no saben que tienen la enfermedad; se limitan a pasársela a otros.

—Breary no debía de pensar realmente que guardarías su secreto y te implicarías en el juego que se lleva con Struthers, sea el que sea. No lo vas a hacer, ¿verdad?

—No lo sé. ¿Qué piensas tú del soneto?

—No entiendo lo que trata de decir. —Gibbs se terminó la cerveza—. Quizá podría averiguarlo, pero me importa un rábano.

—Pero es un poema de amor —opinó Simon, con un tono entre afirmación y pregunta. Lo había leído más de diez veces y aún no estaba seguro.

—¿No será una especie de enigma?

—¿Enigma?

—Sí. ¿No aparece por ahí la palabra «paradoja»? Supongo que el amor es una paradoja, porque no tiene sentido. Quizá sea eso lo que está diciendo.

—¿Qué es lo que hizo que Gaby Struthers fuese a la comisaría esta mañana? —preguntó Simon. Tenía un límite de tiempo para hablar de amor con Chris Gibbs. O con cualquiera.

—Parece que Lauren Cookson siguió ayer a Gaby Struthers a Alemania, aunque no estoy muy seguro de lo de «seguir». Desde luego, Lauren fue a Alemania el mismo día que Gaby, y reservó los mismos vuelos de ida y de vuelta, aunque acabó no volviendo con Gaby. Aún no he tenido tiempo de averiguar en qué vuelo regresó, suponiendo que no siga paseándose por las calles de Colonia.

—A ver, espera un momento. —Simon levantó la mano—. Lauren Cookson... ¿La cuidadora de Francine Breary? ¿Por qué conoce a Gaby Struthers?

—La conoce ahora —dijo Gibbs—. Se pusieron a hablar en el aeropuerto, en circunstancias no muy amistosas. Cuando el vuelo se retrasó, Lauren se puso furiosa y Gaby le dijo que dejase de lloriquear. Luego Lauren le habló acerca de un hombre inocente que había sido acusado de asesinato.

—Tengo que hablar con Gaby Struthers —intervino Simon, golpeando rítmicamente el suelo con el pie—. Dime todo lo que te dijo.

Mientras hablaba, Gibbs se pasaba la bola roja de una mano a la otra. Se le daban bien los detalles, mejor que a Sellers o a Sam. Al cabo de cuarenta minutos, cuando ya estaba seguro de saber tanto como Gibbs, Simon se dirigió a la barra. Intentó que no le importase el zarandeo mientras esperaba a que le sirviesen, los cuerpos empujando como en el metro de Londres. ¿Por qué no estaban todos en la oficina? Simon se distrajo pensando en cuerdas inteligentes, preguntándose cómo debían de funcionar.

Cuando volvió a la mesa estaba de peor humor. La pinta llena que le esperaba no le animó, a diferencia de lo que le ocurrió a Gibbs.

—¿Tienes el número de Gaby Struthers? —le preguntó.

—No lo llevo encima.

—Búscalo y llámala, y dile que tengo que verla. ¿Quién más sabe que vino y lo que dijo?

—Nadie más, aparte de ti —respondió Gibbs—. Desde que la vi a ella no he

visto ni a Stepford ni a Sellers.

—Escucha, anoche me enteré de una cosa. Algo que no te va a gustar, como no me gustó a mí.

Le contó la historia de la manipulación de la transcripción del interrogatorio, pero dejó de mencionar un detalle: Regan Murray. Como era de esperar, la primera pregunta de Gibbs fue «¿Quién te lo ha dicho?».

—Prefiero no decírtelo, de momento. Lo haré, pero aún no. Primero se lo tengo que decir a otra persona.

La idea de ser justo con Proust era una novedad para Simon. No sabía de dónde le había venido esta idea de que el Hombre de Nieve tenía derecho a ser el primero en saber la verdad sobre su hija. Quizá temía que la herida que estaba a punto de provocar podía ser demasiado profunda, que iba a ser necesario ejercer una cierta consideración para suavizar el golpe. No era culpabilidad; decirle la verdad a una persona era hacerle un favor, siempre.

—Sam apareció por la casa esta mañana, cuando yo me fui —dijo Simon—. Si hubiera estado allí me lo habría dicho, si no lo hubiese sabido ya. Charlie cree que eso es un punto a favor suyo.

—¿Y tú no lo crees? —preguntó Gibbs.

—Debió decírnoslo a los dos en cuanto lo supo.

¿Y si se lo había callado durante menos de veinticuatro horas, qué problema había? Charlie había ofrecido esa información como atenuante cuando había hablado con Simon por teléfono, hacía media hora, como si eso debiese pesar en beneficio de Sam, pero no era así. «¿Y si se hubiese precipitado a decírtelo en el momento en que lo descubrió? —había dicho ella—. Habría tardado al menos cuarenta segundos en desplazarse de la oficina del Hombre de Nieve a tu escritorio. Según tú, ¿esos cuarenta segundos habrían sido demasiado tiempo? ¿Una traición de cuarenta segundos?». A Simon no le gustaba que se burlasen de él, así que la cortó.

—¿Dónde han estado Sam y Sellers todo el día, aparte de evitando mirar a la cara a los compañeros a los que han jodido? —le preguntó a Gibbs.

—Creo que Stepford está en casa de los Jose. Sellers está entrevistando a los antiguos colegas de Francine, y luego a los de Breary en Dignam Peacock, a ver si puede encontrar algo que valga la pena examinar más en profundidad. —Gibbs sonrió—. A ver si los colegas de Breary lo describen como una persona tranquila y normal, los dos únicos adjetivos que utiliza todo el mundo para describir a su amigo, que se acaba de convertir en un asesino.

—Breary no es ninguna de las dos cosas —opinó Simon—. Desde luego, normal no es, sea lo que sea eso.

—Lo que me pone de los nervios es su forma de hablar. Cuando escuchas los

interrogatorios grabados... No sabría ni cómo describirlo. Parece como si siguiera un guion, como si alguien hubiese escrito lo que va a decir, como si fuera el protagonista de una película.

—Sí, tiene una especie de extraña... —Simon se detuvo antes de decir «madera de ídolo»; eso habría sonado raro—. Escucha, Chris, quiero pedirte un favor. Hazlo solo si quieres, si no te parece que me estoy excediendo al pedirte. ¿Podrías mantener esto en secreto? —Simon esperaba haber acertado con el tono; no quería que sonase como una orden, o como una súplica. Nunca antes había llamado «Chris» a Gibbs—. Me refiero a Gaby Struthers, al poema, al Portador. No se lo digas al resto del equipo.

Gibbs se rio.

—No lo dirás en serio, ¿no? ¿Es por devolverles la jugada? ¿Como ellos nos ocultan algo, nosotros les ocultamos algo? ¿En una investigación de asesinato?

—¿Y si a Proust le pareciera bien? ¿Y si él te dijese que me informases a mí en el caso Breary, en vez de a Sam?

—¿Por qué iba a hacer eso? No eres tú quien está al mando del caso, sino Stepford.

—Que le den por saco al porqué. ¿Y si lo hiciese?

Gibbs tocó con el dedo la parte de arriba de la bola roja de gomas elásticas.

—Le diría que prefiero informar a Stepford, que nunca dice «Que le den por saco al porqué» cuando le hago una pregunta.

Simon suspiró y se frotó la frente con el pulgar y el índice, como una pinza. Sorprendentemente, le ayudó a suavizar la tensión.

—Cuando Sam y Sellers optaron por callarse, fue una declaración de guerra.

—Es una forma de verlo.

Simon se alegraba de no dedicarse a la política. Este tipo de discursos estaban pensados para llevar a la gente a tu bando.

—No fui yo quien empezó la guerra, pero puedo ganarla —dijo—. Gaby Struthers y Lauren Cookson, la conexión entre ellas, el poema... Todo eso nos va a conducir a la respuesta, y no va a tardar mucho, lo presiento. Quiero que Sam y Sellers queden como idiotas cuando resolvamos todo esto, como idiotas que no se enteran de una mierda. Les voy a dar una lección. Lo siento si piensas que yo debería estar por encima de estas cosas; te equivocas.

—Liv aún no te lo ha pedido, ¿verdad?

Podría haber dicho muchas cosas, pero ¿precisamente eso?

—¿Liv? —Simon hizo sonar la incredulidad en su voz tanto como pudo. «¿Estás pensando en tu vida amorosa en mitad de la conversación más importante que hemos tenido nunca?».

—Que leas en su boda —dijo Gibbs.

—Charlie me lo mencionó. Le dije que leería un fragmento de *Moby Dick*; al parecer, no era lo bastante bueno.

—No se trata de si es bueno o no, sino de si es apropiado para la ocasión. *Moby Dick* no lo es.

Tampoco lo era el soneto de Tim Breary, que podía ser de amor o no. Por eso Gibbs había tenido esa reacción en contra del poema. Lo primero que le vino a la cabeza fue la boda de Liv, no el asesinato de Francine Breary, y había atribuido a Simon el mismo orden de prioridades.

—¿Qué vais a hacer tú y Charlie mañana por la noche? —preguntó.

—Nada, que yo sepa —repuso Simon.

—Venid a cenar con Liv y conmigo; mañana es una de nuestras noches. Tenemos que preguntaros algo a los dos. Invitamos nosotros.

«Una de sus noches». ¿Mientras Debbie se quedaba sola a cuidar de los gemelos? ¿Y qué significaba «Invitamos nosotros»? No debían de tener una cuenta bancaria conjunta; Simon y Charlie no la tenían. Cuando aún no se habían casado, Charlie le había dicho que, si pensaba que iba a combinar sus finanzas con las de él, ya se podía ir largando.

—Si me haces este favor, haré lo que quieras en el trabajo —dijo Gibbs—. Decirlo, no decirlo, me importa un carajo; haré lo que me digas.

—Trato hecho. —Simon tendió la mano para que Gibbs la estrechase; en vez de eso, Gibbs le tiró la bola roja.

—Hola, ¿es el Increíble Hombre Enfurruñado? Soy yo. ¿Puedes dejar de actuar como un bebé y llamarme? Gracias. Adiós. —Charlie pulsó el botón de «Finalizar llamada» y dejó el teléfono en equilibrio encima de la taza vacía—. Buzón de voz. Eso quiere decir que me está ignorando. Si me hubiese perdonado, habría descolgado. —Meneó la cabeza—. Maridos; la vuelven a una loca.

—El mío, no —dijo Kerry. Su cuerpo había adoptado una postura defensiva.

—Pues tiene suerte. El mío está de mal humor. Cuando salí antes a fumar un pitillo, tuve el atrevimiento de llamarlo para decirle que alguien con quien estaba enfadado había llamado para arreglar las cosas y estaba ansioso por disculparse.

Charlie esperó a que Kerry le preguntase por qué una persona ofendida se

opondría a recibir las disculpas de quien la había ofendido.

Silencio por parte de Kerry.

—Lo que más odia mi marido es una disculpa instantánea —dijo Charlie, molesta de no poder mencionar el nombre de Simon; le estaría bien empleado que los testigos principales de su caso se enterasen de lo mezquino que era—. Le gusta revolcarse en su cólera, no soporta que su enemigo lo prive de ese placer dándole a entender que, en realidad, no tiene nada contra él. —Sonrió—. Las relaciones son una cosa extraña, ¿verdad?

»Bueno, cuénteme lo del lío de Tim Breary con Gaby. ¿O prefiere dejarlo para otro momento, cuando ella no esté en el piso de arriba?

—Ya no está arriba. ¿No ha oído la puerta principal cerrarse de golpe? Era Gaby yéndose. Enfadada, o con prisas; o las dos cosas.

Charlie esperó. Finalmente, Kerry dijo:

—No era un lío, al menos no como se suele entender. Tim y Gaby nunca se fueron a la cama, hasta donde yo sé, y creo que lo sabría; Gaby me lo habría dicho.

—¿Y por qué no lo hicieron?

—Tim no quería. Tampoco quería explicar por qué, ni a mí ni a Gaby, pero creo que yo lo sé: tenía miedo de Francine. No quería que hubiese prueba alguna de su infidelidad; y, si no había sido físicamente infiel, no podía haberla.

—Pero Francine podía haber encontrado pruebas de una relación platónica, ¿no? —preguntó Charlie.

—Desde luego. Y, a decir verdad, me sorprendió que no las encontrase, con el tiempo que Tim pasaba con Gaby. Supongo que él siempre podía haber dicho «No me acuesto con ella» y habría sido verdad. Creo que mucha gente descarga así su conciencia.

¿Y una mujer de éxito y segura de sí misma como Gaby Struthers había soportado esta aventura no física, es decir, esta absoluta pérdida de tiempo? Charlie intentó disimular su irritación. ¿Por qué no podía alguien contarle a hombres como Simon y Tim Breary que se supone que los tíos quieren sexo? ¿Todo el tiempo, con cualquiera, sin importar las consecuencias? ¿Qué sentido tenía ser hombre si no podías ceñirte a la norma básica? Traidores a su género, eso es lo que eran.

—Fue una época extraña, y con toda seguridad la más feliz para Tim —comentó Kerry—. Gaby era como su esposa en paralelo. Durante más de un año, Dan y yo formábamos parte de dos cuartetos.

—¿Qué quiere decir?

—Aún pasábamos nuestras noches descalzas y tensas con Tim y Francine, pero también salíamos con Tim y Gaby y nos divertíamos, incluso más de lo normal, porque éramos conscientes del contraste.

¿Descalzas? Charlie decidió dejarlo correr.

—La primera vez que Tim nos invitó a cenar para conocer a su nueva amiga, como él la llamaba, no se me ocurría a qué podía estar jugando. Era obvio que estaba loco por ella, aunque hubiera preferido morirse antes que admitirlo, y yo pensé: ¿por qué nos está implicando a mí y a Dan? No me importó; me sentí halagada de que sintiese que podía compartirlo con nosotros, pero... la mayor parte de la gente que piensa tener una aventura no invita a sus amigos para hacerlos partícipes del engaño; la mantienen lo más secreta posible.

—Parece que Tim es singular en muchos sentidos —dijo Charlie. Kerry asintió.

—Tim es único. Quiero decir que, supuestamente, todo el mundo lo es, pero en el caso de Tim, nunca sabes lo que va a hacer o decir a continuación. Es... bueno, es emocionante. Todas las personas que le conocen le adoran, es algo que se nota. Ves que son incapaces de averiguar qué es lo que les hace sentirse atraídos hacia él, y entonces se dan cuenta de por qué: no conocen a ninguna otra persona que pueda hacer que una conversación se parezca tanto a una... montaña rusa. Lo siento, ya sé que suena estúpido, pero... No es solo la impredecibilidad. Tim sabe cómo centrar toda su atención en ti cuando está hablando contigo; su atención y su admiración. Hace que las personas se sientan como si las estuviese viendo y oyendo de verdad. Cuando hablas con Tim, cada una de las palabras que dices tiene importancia. Eso es algo realmente singular, ¿no cree? Y bueno, si le ha visto... se habrá dado cuenta de que es increíblemente atractivo.

Charlie interrumpió el monólogo de adoración.

—Será mejor que lo deje ahí antes de que me enamore de un hombre al que no he visto nunca. Así, ¿por qué a Tim no le importaba que usted y Dan fuesen partícipes de su cuasiaventura con Gaby?

—Creo que decidió que no podía dejar a Francine, pero que quería probar la otra opción —dijo Kerry—. Las cenas, conmigo, Dan y Gaby eran una simulación de la vida que no podía alcanzar. Por eso era importante para él tener acceso a estos modestos fragmentos de ella, más de lo que era guardar la discreción y mantener a Gaby oculta de nosotros.

—Pero ha dicho que finalmente dejó a Francine, ¿no?

—Así es. Poco después de que las cosas empezasen a torcerse entre él y Gaby. Antes de que me pregunte, le diré que no sé lo que pasó. Ninguno de los dos quería hablar de ello. Tim quedó destrozado. En ese momento, era tan desgraciado que ni siquiera tenía fuerzas para fingir con Francine. También dejó de vernos a Dan y a mí, y dejó su trabajo; sin exagerar, abandonó su vida y lo dejó todo atrás. No creo que fuera solo a Francine a la que dejó, no sé si me explico. Tuvo que ser todo a la vez, para que ella no se lo tomase como

algo personal. Y, por extraño que parezca, no se lo tomó así; extraño para una persona acostumbrada a pensar que el mundo gira a su alrededor. Me dijo que Tim debía de estar sufriendo una depresión; que, si hubiera estado en su sano juicio, nunca la habría dejado.

—¿Intentó Francine ponerse en contacto con él? —preguntó Charlie—. Seguro que, en cuanto cruzó el umbral de la puerta, lo desechó como si fuese un objeto en mal estado, ¿verdad?

Kerry puso expresión de sorpresa.

—¿Cómo lo sabe? A Dan y a mí nos dejó atónitos su reacción. Era tan poco propia de ella... De hecho, yo aún no la entiendo.

—Me acaba de describir a la mujer más manipuladora del mundo. Los manipuladores son sensibles a la fluctuación de sus niveles de poder, igual que los agentes de bolsa son sensibles a los mercados. Utilizan esa información para asegurarse de no quedar nunca como perdedores. Después de que Tim hiciese algo impensable (arrancarse las cadenas e irse), Francine debió de darse cuenta de que su hechizo se había roto y de que no podía hacer nada para que Tim volviese. Eso debió de enfurecerla, pero su orgullo entró en juego para ocultar la derrota.

—Así que se preparó para quedar como la vencedora de la situación —dijo Kerry, frunciendo el ceño—. La mujer fuerte, que está mejor sola, sin su esposo, el enfermo mental. Vaya, creo que podría usted tener razón.

Charlie sonrió. Quizá más tarde compartiese su perspicacia con Simon. Siempre era difícil predecir qué era lo que podía impresionarle. A veces le contaba los detalles de lo que ella pensaba que era un éxito, solo para que él empezase a sermonearla sobre lo equivocada que estaba.

—En aquella época yo siempre comentaba con Dan que era una suerte que Tim hubiese roto también el contacto con nosotros. Si no lo hubiera hecho, ¿qué le habríamos dicho si nos preguntaba cómo se lo estaba tomando Francine?

Charlie esperó; no sabía dónde quería ir a parar Kerry.

—Habríamos tenido que mentir. Si yo hubiese dicho: «Está perfectamente, va a trabajar como siempre, no se ha derrumbado ni nada parecido, no pregunta por ti...».

—¿Él se habría odiado a sí mismo por no haberla dejado antes?

—Tal como es Tim, es difícil de decir. En su caso, a mí me habría pasado, desde luego. Tantos años desperdiciados... —Kerry se estremeció—. Por supuesto, por mucho que lo quisiera adornar, en el fondo Francine no debía de estar en su mejor momento. De todas maneras, todo lo que llegaba a mis oídos era a través de terceros, de nuestra mutua conocida, que tampoco es que conociese muy bien a Francine. Por mi parte, yo prefería imaginármela

desmoronándose en secreto. Era lo que se merecía.

—Kerry, ¿qué pasó aquí el 16 de febrero? —preguntó Charlie, como si se tratase de la extensión natural de la conversación—. Desde su punto de vista, no el de Tim. Dígame lo que sucedió, todo lo que pueda recordar. Si no le importa, claro. —Miró su reloj con intención—. Y luego tendré que irme. Deje que... —sacó el teléfono del bolso y empezó a escribir un mensaje para enviarlo a Sam—... le diga a mi chófer, el detective Kombothekra, que me pase a buscar. —Eso debería bastar para tranquilizar a Kerry; si Charlie se estaba preparando para irse, esta no podía ser la parte más importante de la conversación—. De acuerdo, ya está. Perdón, ya puede continuar.

—Yo estaba aquí, preparando la cena —explicó Kerry—. Era una receta que no había probado antes: crêpes de espinacas y espárragos con salsa bechamel. Estaba entusiasmada. Debe de parecerle una estupidez.

—Para nada.

«Sí, bastante». No había nada que le pareciese más aburrido a Charlie que oír a la gente pontificar sobre comida.

—Tim estaba en la habitación de Francine. Yo lo sabía porque me había dicho que subía a verla. Siempre nos lo decía a Dan y a mí, para que no entrásemos e interrumpiésemos. Nosotros se lo decíamos a Lauren para asegurarnos de que ella tampoco lo hiciese.

—¿Tim no se lo decía personalmente a Lauren? —interrumpió verbalmente Charlie. Kerry negó con la cabeza.

—No, lo hacía a través de nosotros. Hablaba con Jason pero, si lo podía evitar, no con Lauren.

—¿Por qué?

—La encontraba irritante en muchos sentidos, sobre todo creo que por su falta de inteligencia... Además...

—¿Qué? —Charlie vio que Kerry luchaba consigo misma sobre si debía o no responder la pregunta.

—Había una especie de lucha de poder entre Tim y Lauren. Ambos querían... estar a cargo de Francine, en cierto sentido.

—¿Compartían los cuidados cotidianos?

—No, de los cuidados íntimos se cuidaba Lauren, y también si había que moverla y levantarla. Generalmente la ayudaba Jason; yo lo hice un par de veces. Tim venía cada día, para hablarle a Francine o para leerle en voz alta. —De repente, Kerry levantó la vista para mirar a Charlie—. Asegúrese de que todo el mundo sepa eso, ¿lo hará? La policía, la prensa, los que le juzgan y los que le odian. Fueran cuales fuesen sus problemas matrimoniales, a pesar de

que la hubiese dejado y pensase que era una situación definitiva, cuando Francine tuvo el ictus, Tim volvió de inmediato para cuidar de ella. Por esa misma razón regresamos todos.

«¿Regresar de dónde?». Charlie pensó que lo preguntaría más tarde.

—Volviendo a la lucha de poder entre Tim y Lauren... —apuntó.

—En realidad no era una lucha —Kerry se removió en su asiento—. Nadie decía nada. Era más bien una disputa territorial. Dan y yo casi nunca entrábamos en la habitación de Francine. Jason no entraba jamás, a menos que estuviese buscando a Lauren o que esta necesitase ayuda para levantar a Francine. Lauren y Tim sí que entraban, y ambos se sentían incómodos si el otro estaba allí. No iba mucho más allá de eso. Parecía que uno de ellos estaba siempre esperando en la puerta, impaciente por que el otro saliese para poder entrar a charlar. Bueno, no exactamente a charlar, pero... Ya sabe a lo que me refiero.

—¿Entonces, a Tim aún le importaba Francine? —preguntó Charlie.

Kerry parecía distraída, como si estuviese pensando en otra cosa.

—No. No en el sentido que quiere decir usted, en absoluto. Pero... Es difícil de explicar. Francine era su mujer. Él venía a cuidarla, y no creo que quisiera que Lauren le sustituyese en esa tarea.

«¿Por qué no?». La explicación de Kerry casi tenía sentido, pero no del todo.

—Volviendo al 16 de febrero... —dijo Charlie—. Usted estaba aquí, en la cocina. ¿Sola?

—Eso es.

—¿Y?

Los ojos de Kerry se pusieron vidriosos.

—Oí gritar a Lauren —dijo, con tono uniforme—. Los gritos no... no se detenían. Corrí hacia el lugar de donde venían.

—¿Dónde era eso?

—La habitación de Francine. Jason estaba conmigo. Lo vi venir desde el salón en el momento en que yo salía de la cocina. Las puertas están una frente a la otra; casi chocamos. Fuimos juntos, corriendo, hacia la habitación de Francine y, bueno, la vimos allí. Parecía... —Kerry se detuvo, cerró los ojos con fuerza—. Nos dimos cuenta enseguida.

—Siga —dijo Charlie.

—Había almohadones en el suelo. Tim estaba junto a la ventana, mirando

hacia fuera, y Lauren estaba gritando, sosteniendo una pila de ropa limpia. Una parte se había caído al suelo. Cuando sucedió estaba en el lavadero, justo al lado de la habitación de Francine. Tim entró y le dijo lo que había hecho, y entonces...

—Lo siento, Kerry —la cortó Charlie—. Dígame lo que vio y oyó, nada más. La habitación de Francine: usted, Jason, Tim, Lauren, ropa limpia, almohadones en el suelo.

Kerry asintió.

—Dan entró en ese momento, mojado, con una toalla alrededor de la cintura. Estaba en el baño, en el piso de arriba. Yo abracé a Lauren hasta que dejó de chillar. Tim dijo «He matado a Francine. La he asfixiado con esto», y levantó uno de los almohadones.

—¿Durante cuánto tiempo lo tuvo levantado? —preguntó Charlie—. ¿O lo soltó después de mostrar cuál era el que había usado?

—Yo... —Kerry tragó saliva y apartó la mirada—. No lo recuerdo. Creo que... No, no lo recuerdo, lo siento.

«Una mentira».

—Cuando dijo que Tim levantó el almohadón, ¿quiere decir que lo levantó por encima de la cabeza, o lo sostuvo a la altura del pecho?

—Lo... ¿lo sostuvo a la altura del pecho?

Charlie había conocido a muchas personas —generalmente más jóvenes que Kerry Jose— que hacían que todo lo que decían sonase a pregunta. Pero aquí estaba sucediendo algo muy distinto, algo que transmitía la sensación de: «No he pensado en esa parte de mi historia y no estoy segura de lo que debo decir. Ya sé que usted es la persona a la que le estoy mintiendo pero, por favor, ¿podría ayudarme?».

—¿Qué estaba haciendo Jason en el salón? —preguntó Charlie, imaginando el choque cuando Jason y Kerry salieron al vestíbulo al mismo tiempo. No estaba segura de la razón, pero ese detalle le causaba inquietud. Y entonces lo supo —. Lauren estaba en el lavadero, ordenando la colada. ¿Era esa una de sus tareas habituales?

Kerry asintió. Estaba volviendo a tironearse el pelo, moviendo la cabeza hacia un lado. Parecía doloroso.

—Dan estaba en el baño, usted estaba cocinando —dijo Charlie—. Tim estaba ocupado con Francine. Sé lo que estaba haciendo todo el mundo, excepto Jason. El detective Kombothekra me dijo que aparte de jardinero es el «manitas», ¿verdad?

—Así es.

—Bueno, en el salón no hay jardín. ¿Estaba arreglando algo?

—Sí —respondió Kerry precipitadamente.

—¿Qué es lo que estaba arreglando? —En esta casa había algo que necesitaba que lo arreglasen, eso desde luego. Charlie pensó que no era algo que ningún manitas y su caja de herramientas pudieran resolver.

Silencio por parte de Kerry.

—¿Está segura de que Jason no había terminado ya su jornada? —Esta frase se podía tomar como un salvavidas o como una trampa; a Charlie le interesaba saber cómo se la tomaba Kerry.

—No, él... Lo siento, me equivoco, debía de... —Kerry respiró nerviosamente—. Estaba en el exterior del salón, en la parte de delante de la casa.

—¿Cómo? Me acaba de decir que salió del salón en el momento en que usted salía de la cocina, que casi chocaron al salir de dos puertas que estaban una frente a la otra.

—Es cierto que casi chocamos. En el vestíbulo, cuando Jason entró después de limpiar la parte de fuera de las ventanas del salón. Yo salía corriendo de la cocina y...

—¿Jason también corría?

—Sí. A los dos nos entró el pánico. Lauren estaba gritando.

—Un momento, Kerry, deje que me aclare. —Charlie fingió perplejidad—. Hace un momento le he preguntado si Jason estaba arreglando algo en el salón y me ha dicho que sí.

—Lo siento, me he confundido. No, Jason estaba fuera, limpiando las ventanas del salón, cuando Tim mató a Francine.

—Entonces, ¿cuando Lauren gritó, Jason entró corriendo y casi chocó con usted en el vestíbulo?

Kerry asintió.

—¿Dónde, exactamente?

—Al pie de la escalera.

Charlie cogió el teléfono y el bolso y se puso de pie. Después de estar demasiado tiempo sentada en la misma posición, se sintió un poco mareada.

—¿Le importaría participar en un experimento? —le preguntó a Kerry—. Voy a la parte de delante de la casa, junto a las ventanas del salón. ¿Puede ir a la habitación de Francine y gritar a pleno pulmón durante diez o veinte

segundos? Quiero comprobar si puedo oírlo. Supongo que las ventanas del salón estaban cerradas mientras Jason las limpiaba. ¿Y la puerta principal? ¿Estaba cerrada también? Sería conveniente reproducir las condiciones lo más fielmente posible.

Kerry tenía la boca abierta y su rostro había perdido por completo el color.

—Le ayudará tanto a usted como a mí —le dijo Charlie—. No hay nada para aliviar la tensión como una buena sesión de gritos.

Sentada a la mesa de la cocina, Kerry abrió la boca y gritó el nombre de su marido.

Prueba policial 1434B/SK

PRUEBA POLICIAL 1434B/SK:

TRANSCRIPCIÓN DE CARTA MANUSCRITA DE KERRY JOSE A FRANCINE BREARY CON FECHA 4 DE ENERO DE 2011

Hola, Francine.

Esta es la primera ocasión que tengo de escribirte desde Nochebuena. Quería decirte que siento haber tenido que quitarte el regalo de Navidad que te dio Tim. Aunque lo dejó en tu mano, yo tuve que ponerlo en alguna parte donde no fuera visible; no tuve otra opción. Espero que no te importase; no era más que un poema. Y bastante deprimente, la verdad. Tú odias la poesía; no le ves el sentido, ¿verdad? De todos modos, no lo destruí: está debajo de tu colchón, con mi carta y la de Dan, así que está a salvo y sigue siendo tuyo, por lo que a mí respecta.

¿Pasaste una mala Navidad, aquí atrapada sin compañía, salvo por las fugaces visitas de Lauren con propósitos prácticos? Imagino que las fiestas navideñas deben de ser insoportables cuando estás postrada en la cama, incapaz de disfrutar de la vida. Me resulta imposible sentir compasión por ti, Francine — y lo lamento, lo creas o no—, pero sí puedo solidarizarme con tu situación si tú no estás en ella. Quizá eso valga para algo, aunque no estoy muy segura.

¿Qué si pasé yo una buena Navidad? No especialmente. Estuve tensa todo el tiempo. Tengo los hombros tan rígidos que siento como si tuviese un tornillo presionándome el cuello —que, por cierto, también está agarrotado y dolorido—. Es cierto lo que escribió ese poeta en el poema que te dio Tim: «El cuerpo es el registro de la mente». Dan cree que un masaje profundo me aliviará, pero hay una única cosa que puede hacerme sentir mejor: que esta horrible situación en la que todos estamos metidos llegue a su fin. Y, a riesgo de ser codiciosa y pedir demasiado, me encantaría que se acabase de una forma que no implicara que nadie fuese a la cárcel por asesinato. Así que te lo preguntaré de nuevo, Francine: ¿estás segura de que todavía quieres, necesitas, estar aquí? Si no es así, ¿crees que podrías hacerme el favor de desconectarte de alguna forma?

Lauren se pasó el día de Navidad entero diciéndonos, entre visita y visita a tu habitación y de una forma un tanto histérica, lo bien que lo estábamos pasando todos. Parecía al borde del ataque de nervios, al menos desde mi punto de vista. Sospecho que estaba pensando, aunque intentaba no hacerlo, en el contraste entre tu triste experiencia de la Navidad y la nuestra, aparentemente alegre, con sus petardos, su oportó, su música y sus juegos de mesa. ¿Sabes que el único motivo de que ella y Jason pasaran la Navidad con nosotros fuiste tú, Francine? Me dijo que podía ver a su familia siempre que quisiera, pero que no podía soportar la idea de apartarse de tu lado el día de

Navidad. A principios de noviembre me preguntó si podías tomar parte en las celebraciones, y tuve que decirle que no. Tim insistió: nada de traer tu cama al salón, nada de trasladar sillas y toda la parafernalia navideña a tu habitación para poder incluirte de esa manera.

¿Te sentiste confusa durante el período prenavideño? Lauren decoró tu habitación, pero Tim lo arrancó todo nada más verlo. Estaba furioso, y se preguntaba por qué, de repente, Lauren quería esforzarse tanto este año. Le dije que probablemente el año pasado también había querido que formases parte de la Navidad, pero no se había atrevido a preguntar. «No es asunto suyo —dijo Tim—. Explícale lo que nosotros sabemos y ella no: que nunca ha tenido ningún sentido intentar hacer feliz a Francine, y que ahora aún tiene menos sentido. Si la incluyésemos en nuestra Navidad, ¿sabes lo que diría, si pudiese hablar? ¡Nos acusaría de restregárselo por las narices, de exhibir nuestra diversión delante de ella con el único propósito de hacer que se sintiese peor!».

No tuve necesidad de contarle nada a Lauren: estaba de pie detrás de Tim, escuchando cada una de sus palabras.

Me encantaría saber qué sientes por Lauren, Francine, suponiendo que sientas algo por ella. Me gustaría poder hacerle la vida y el trabajo más fácil, pero ¿qué puedo hacer yo? Es una chica de buen corazón, pero Tim tiene razón: es una empleada. La contraté para cuidarte, para que ni Tim ni yo tuviésemos que encargarnos de los asuntos más prácticos. No puedo ponerme de parte de ella y en contra de él, y tampoco quiero hacerlo. Odio sonar como si me estuviese aprovechando de mi situación de superioridad, pero supongo que así es: Lauren no te conocía antes del ictus, y Tim, Dan y yo sí, y eso cuenta.

Así que decidimos, como dijo Tim, «no exhibir nuestra diversión navideña» delante de ti. Si lo hubiésemos hecho, ¿habrías sido lo bastante sensible como para notar que no era en absoluto divertido para ninguno de nosotros? ¿O, después del ictus, sigues siendo sensible únicamente a tus propios sentimientos? Quizá sea una forma razonable de vivir. Desde luego, mi Navidad habría sido mucho más tranquila si no hubiese sido plenamente consciente de la agitación emocional de todas las demás personas. Jason estaba de mal humor por la hiperactividad de Lauren. Se pasó la mayor parte del día echándole miradas malhumoradas, que hicieron cualquier cosa menos tranquilizarla. Cada vez que Lauren nos hacía saber la maravillosa Navidad que estábamos teniendo, Tim se ponía tenso. Siempre la trataba como si fuese invisible («y, lo que es más importante, inaudible», como él mismo habría expresado), pero últimamente parecía que le costaba más bloquearla. El día de Navidad fue el peor en ese sentido. Dan y yo nos pasamos toda la cena con miedo de que Tim explotase, dijese alguna cosa terrible y Jason le diese un puñetazo. A diferencia de Dan o Tim, Jason es de esa clase de hombres capaces de pegar a cualquiera que insulte a su mujer en su presencia.

Lauren no podía haber sabido ni previsto el efecto que provocaba en Tim cada vez que decía que íbamos a recordar nuestra Navidad de lo perfecta que era (una pista: uñas arañando una pizarra). Lauren no sabe nada sobre La noche de los Recuerdos, ¿verdad, Francine? Tú no estás en condiciones de contarle

nada, ¿no? Suponiendo que tú misma lo recuerdes, claro (lo que no deja de ser irónico).

Bueno, ahora en serio: incluso antes del ictus, tu memoria no funcionaba del todo bien. Con mucha frecuencia decías «No, eso no sucedió nunca» hablando de cosas que habían sucedido de manera incuestionable, frente a testigos fiables. Al cabo de un tiempo, Dan y yo empezamos a coleccionar los «eso nunca sucedió». Estos son algunos de nuestros favoritos:

«Yo no he pedido un vino blanco seco; he pedido un Bacardí cola. Por una vez en la vida, podrías prestar atención a lo que digo» (le pediste a Tim un vino blanco seco; todos te oímos hacerlo).

«Tim, ¿por qué está la calefacción en marcha? Me estoy asando. No, yo no he sido. ¿Cómo iba a subir yo la calefacción, si me estoy asando?» (Dan, Tim y yo te habíamos visto ajustar el termostato y subirlo de 20 a 25).

«Yo no he dicho que el día de San Valentín sea una pérdida de tiempo mercantilista sin sentido. Estaba siendo diplomática para que no te sintieras obligado a cavilar mucho y gastar mucho dinero para sorprenderme; cosa que, claramente, tampoco pensabas hacer, porque yo te importo un rábano, claro». (¿Cuándo es probable que estuvieses siendo diplomática, Francine? ¿Cuando no dijiste aquello que todos oímos que decías?).

Dan considera que no es que seas deshonestas, sino que eres incapaz de pensar con claridad cuando estás enfadada o dolida, pero yo me niego a creerlo. Si todo lo malo que te pasaba antes del ictus era el resultado de un defecto psicológico que no podías evitar, me vería obligada a hacer concesiones, y no puedo hacerlo. Por tremendo que suene, yo quiero odiarte.

Por eso siempre me pareció inquietante que sucediese algo que pareciera apoyar la teoría de Dan. ¿Recuerdas cuando te pusiste hecha una furia con Tim por el giro inesperado que sucedía al final de aquella película? No recuerdo cómo se llamaba; era uno de esos telefilms de cuarta categoría, tus favoritos. Para una persona teóricamente brillante, tenías un gusto de lo más estúpido en todo, Francine. Programa de televisión favorito: el culebrón *Hollyoaks*. Libros: lo único que leías eran tonterías fantásticas sobre monstruos; no tenías ningún interés en leer sobre seres humanos, ¿a que no? Canción favorita: *That Don't Impress Me Much*, de Shania Twain. Supongo que era apropiada: no había nada que te impresionase. ¿Sabes una cosa? Creo que no recuerdo haberte oído decir nunca en un restaurante que tu comida fuera buena, o estupenda, ni siquiera aceptable. Tim siempre te preguntaba: «¿Cómo está lo tuyo, querida?», con miedo de que le acusases de no preocuparse por la calidad de tu experiencia gastronómica, y la respuesta siempre eran unos labios fruncidos y un meneo de la cabeza con expresión asqueada: la base de la pizza era demasiado delgada, el curry tenía demasiadas especias, las verduras estaban demasiado pasadas o demasiado secas.

Cuando el telefilm de cuarta categoría se acabó, apagamos la tele y empezamos a hablar de lo mismo que todas las personas que lo habían visto habían hablado: ¿habíamos adivinado el giro inesperado o no? «Yo lo

adiviné», dijiste con orgullo, esperando recibir nuestra admiración. «¿Sí? — preguntó Tim—. ¿Cuándo?». El pobre desgraciado pensó que se trataba de una oportunidad para elogiar tu intuición y levantarte el ego. «Lo adiviné en cuanto ella abrió el archivador en el garaje y vio lo que había en él —dijiste tú—. Era obvio».

Dan, Tim y yo intercambiamos una mirada de desconcierto. En mala hora. Tú la viste y exigiste saber qué quería decir. Dan empeoró las cosas al negar que nos hubiésemos mirado. Tim decidió tratar de reducir el efecto y ser honrado, con la esperanza de ganar puntos por sinceridad máxima. «Creo que eso no cuenta como adivinar el giro, querida —dijo, con el tono más amable y bondadoso del que era capaz—. El momento de abrir el archivo era el momento en que el giro se ponía al descubierto». «¿Qué quieres decir con “el giro”? ¿De qué estás hablando?». Tim prosiguió como si no se hubiese percatado de tu tono de imitación sarcástica. «Es cuando los cineastas muestran la verdad al espectador». Lo dijo acentuando la palabra «muestran». «Ya sabes, el momento “¡tachán!”».

Se podría pensar que, a esas alturas, Dan y yo ya estaríamos riéndonos, pero no: estábamos en tensión, sentados en el borde de nuestras sillas, esperando el cataclismo social. «No —dijiste tú, indignada—. ¡Nadie ha puesto nada al descubierto! Nadie ha dicho nada. Solo se ha visto a ella abriendo el cajón del archivador y viendo lo que había dentro». «Ese ha sido el momento —te dije yo, pensando que no era justo que Tim hiciese todo el trabajo solo—. En ese instante, todas las personas que estaban viendo el telefilm supieron el giro». Lo admito: mientras dirigía esas palabras hacia tu rostro de persona que no se estaba enterando de nada, Francine, me pregunté si era posible que Dan tuviese razón y que hubiera algún problema estructural en tu cerebro, algo que un neurólogo pudiera señalar en una radiografía y decir: «¿Ven ese nódulo retorcido de ahí con un nombre en latín de longitud imposible? Eso es lo que está provocando todos los problemas».

Nunca he visto a nadie salir furioso de una habitación tan rápido. Tim, Dan y yo no tuvimos siquiera la oportunidad de decirnos nada antes de que volvieres a entrar y te pusieses de pie junto al televisor con un martillo en la mano, agarrándolo con tanta fuerza que pude notar los músculos abultados bajo la manga de la blusa. «Francine, no lo hagas, por favor», empezó a decir Tim. Le interrumpiste farfullando a toda velocidad, como si te hubieses tomado una pócima de supervelocidad: «¿Qué no haga qué? ¿Qué no cuelgue el cuadro que hace un siglo que quiero colgar? ¿Por qué no?». Entonces insististe en que Tim se levantara y se pusiese a buscar por todas partes un cuadro espantoso de dos ovejas en un campo que habías comprado por treinta libras en una feria de artesanía hacía casi un año, según me contó Tim más tarde. Esa era la obra de arte que tú, de repente, con urgencia, tuviste necesidad de colgar, a pesar de que habías olvidado por completo dónde la habías puesto. Mientras Tim buscaba, tú te quedaste junto al televisor, mirando la pantalla y balanceando el martillo peligrosamente cerca. Querías que todos tuviéramos miedo de lo que podías hacer, a la tele o a nosotros, ¿a que sí? Querías que temiéramos lo que podía suceder si Tim no encontraba el cuadro y la lata de clavos. Por suerte, lo encontró. Recuerdo que pensé: «Por Dios, quítale el martillo de las manos».

Ese cuadro está ahora colgado en la pared del vestíbulo, justo al lado de tu habitación. Es una pena que no puedas verlo.

Ojalá hubiese escrito una crónica, Francine. Puede que un día coteje todas las cartas que te estamos escribiendo Dan y yo y las convierta en algo, no sé en qué. Cada vez estoy más convencida de que es tan importante recordar lo malo como lo bueno. Tú causaste sufrimiento en una escala que debe ser recordada, Francine; es algo de lo que estoy plenamente convencida. Me preocupa no poder recordar cronológicamente cuándo sucedió la noche del terror con el martillo. ¿Seis meses después de La noche de los Recuerdos? No, más tarde. En aquella época, tú y Tim estabais viviendo en la casa de Heron Close.

Y ahora no tengo tiempo de escribir sobre la Noche de los Recuerdos, porque tengo que llevarme todas las botellas de Navidad al vertedero. Aunque, después de haber escrito esto, me apetecería más estrellártelas en la cabeza, Francine.

Viernes, 11 de marzo de 2011

Estoy de pie frente a mi casa; tengo la llave en la mano y la estoy mirando. Es la prueba de que mi vida —mi vida real— debe de estar dentro de este edificio. A veces pienso si no estará firmemente asentada en cualquier parte, pero ocultándose mientras yo corro tratando de atraparla.

Después de la odisea que he pasado para regresar, me gustaría sentirme más feliz de estar aquí. El ruido de un partido de fútbol me recibe desde las ventanas de cristal simple, la omnipresente banda sonora de mis noches en casa. El West Ham podría venir a mi salón a jugar contra el Liverpool e invitar a todos los aficionados y probablemente ni lo notaría; pasaría junto a la puerta cerrada de camino a la cocina, dando por supuesto que es, como siempre, la tele la que está haciendo ese ruido infernal.

Me quito la medalla de san Cristóbal y la deslizo en el bolsillo de la chaqueta antes de entrar. Sean no la ha visto desde que la desenvolví por primera vez, cuando provocó una bronca que echó a perder el día de Navidad. Corrección: cuando Sean provocó una bronca que echó a perder el día de Navidad. Me acusó de comprar el medallón para dejar claro lo que pensaba hacer: que tenía previsto viajar aún más durante el año siguiente y que sería mejor que se fuese haciendo a la idea. Es una de las pocas veces en las que, en lugar de enfrentarme a él, me eché a llorar. No podía soportar la idea de explicarle que la había comprado por mí, que era una persona con opinión propia. Estaba claro que Sean no pensaba en mí ni tenía previsto hacerlo.

Me olvido de los detalles de casi todas nuestras broncas poco después de tenerlas, pero esa no-bronca fue un punto de inflexión que marcó el principio de nuevas formas de hacer las cosas: decidí que san Cristóbal y yo solo estaríamos juntos cuando Sean no estuviese mirando y que, en el futuro, lo más sensato sería mantener mi alma a salvo, fuera de su alcance.

Abro la puerta principal sintiéndome como una adolescente que se ha saltado la hora límite y ahora debe pagar las consecuencias. Sean está de pie en el vestíbulo con un bol de algo en una mano y un tenedor en la otra. De la comida se elevan volutas de vapor. Le dirijo una sonrisa al hombre con el que he compartido mi vida durante ocho años. Si quiero que esta conversación no degenera inmediatamente en agrias recriminaciones, cosa que no sería sorprendente, empezar sonriendo parece lo más razonable.

La respuesta de Sean es desalentadora. Si es un comité de bienvenida, es más bien de los que suelen dedicarte los imbéciles egocéntricos.

—Vaya, veo que has decidido volver.

«Díselo. Dile que solo has vuelto para explicarle que tienes que irte».

No sé cómo decirlo. Es más fácil caer en lo más trillado, en los comentarios mezquinos, que se me dan fenomenalmente bien. No tengo ninguna experiencia en abandonar a una pareja y dejar un hogar compartido. Sean es el único hombre con el que he vivido nunca.

—Ayer por la noche decidí volver —digo, con mi tono más optimista, mientras miro el reloj—. Facturé para el vuelo de vuelta a las seis, hace veintitrés horas. He tardado todo ese tiempo. Qué mierda, ¿verdad? —Sigo sonriendo, la piel tensa—. Al principio me puse furiosa por el tiempo en Alemania, pero luego se me pasó.

Me fuerzo a mirar a Sean a la cara para evitar ver sus pies. No dejo de notar cosas nuevas en él que chirrían, y la de hoy son los calcetines; son del mismo tipo que lleva desde que nos conocimos, pero nunca antes me habían molestado: de lana, voluminosos como zapatos, con frases como «Escalador de cráteres extremos» estampadas. No pasaría nada si los llevase para misiones más aventureras que caminar como un pato hasta la cocina a buscar otra cerveza.

—No te he preparado nada para cenar —dice, levantando el bol—. Si me hubieses llamado para decirme a qué hora ibas a volver...

—No tengo hambre; lo que necesito es dormir. Anoche no dormí nada.

¿Por qué lo he dicho? No quiero subir al piso de arriba y meterme en una cama que huele a Sean; quiero coger una maleta, llenarla y marcharme. Aunque quizás antes tenga que tumbarme y echar una cabezada de una hora. Tal como me siento ahora, no creo que pueda conducir.

Sean sabe que yo soy capaz de dormir pase lo que pase. Me ha visto dormir en el suelo de aeropuertos, en ruidosos vagones de tren, en discotecas con música ensordecedora. Espero que me pregunte qué fue lo que pasó anoche que me impidió dormir, pero lo único que obtengo es «Perdona que te tenga aquí despierta». Es una disculpa auténtica, con la única finalidad de destacar que yo no me estoy disculpando y que él está convencido de que se merece una disculpa. Me da la espalda y camina hacia el salón. En cada uno de los bolsillos traseros de su pantalón hay una lata de cerveza.

«No; eso sí que no. Nada de cerveza y fútbol otra vez».

Llego antes que él al mando a distancia y silencio el volumen.

—No dormí porque casi tuve que compartir una cama doble minúscula con una tía rara que acabó largándose en mitad de la noche, no sin antes confesar que había incriminado a un hombre inocente para que lo acusasen de asesinato.

Sean deja el bol y el tenedor en el suelo, saca las dos latas de cerveza de los bolsillos y las coloca sobre el brazo del sofá. Se sienta y dedica su silenciosa

atención a la igualmente silenciosa televisión, como si los dos hubiésemos tomado la decisión de meditar juntos.

«Nada. Ninguna respuesta en absoluto. Increíble».

No debería haber aceptado comprar un televisor tan grande. Incluso apagado, sería la presencia más dominante de cualquier habitación. Me arrepiento de todas las discusiones que dejé que ganase Sean en los primeros tiempos de nuestra relación: el colchón demasiado blando, el cuarto de baño sin mampara en el que él siempre acaba de darse una ducha y en el que siempre tengo que secar el asiento del inodoro antes de sentarme. Y por último, pero no menos importante, nuestra norma de los cuadros en la pared. Como resultado de mi debilidad inducida por la lujuria cuando Sean y yo compramos esta casa, todas nuestras pinturas y pósteres cuelgan de un triángulo de cuerda que, a su vez, cuelga de un raíl. Es recargado y pasado de moda, y lo odio tanto como odio que uno de los cuadros, con un marco que costó 56 libras, sea un póster de un tío que jugaba en el Chelsea, tan horroroso que cualquier persona con cerebro lo tiraría en el contenedor más próximo.

—¿No hay nada de lo que he dicho que te interese explorar más en profundidad? ¿Asesinato y tal? Puedo extenderme más, si quieres. Eso solo era una introducción concisa, no la historia completa.

—Tu avión aterrizó en Combingham esta mañana, a las once.

—Sí, ya lo sé. Yo estaba en él.

Ahora le toca a Sean mirar el reloj.

—Son las cinco. No se tarda seis horas en llegar desde el aeropuerto de Combingham hasta Spilling.

—No, se tarda hora y media. ¡Oh, un momento! —Pongo cara (fingida) de acabar de darme cuenta de algo. La interpretación forma una parte esencial en mi relación con Sean, en muchos sentidos—. Estás enfadado porque, a pesar de que tú estabas en el trabajo, yo no vine a casa inmediatamente.

De nuevo está en contacto con la televisión silenciada, bloqueándome. Si levántase la vista, si expresase la más mínima inquietud por mi bienestar, puede que se lo contase todo. «El amor de mi vida está en la cárcel, acusado de un asesinato que no ha cometido. Pensaba que podría confiar en Kerry y Dan para que me ayudasen a sacarlo de allí, pero ellos también mienten. Y todo ello me ha hecho ser consciente, Sean, de que si solo te tengo a ti, no tengo nada. En mi bolso llevo un libro de poemas de e. e. cummings que para mí tiene más valor que tú».

Probablemente, lo mejor será que me calle todo lo importante.

—¿Cuándo has vuelto tú? ¿Hace diez o veinte minutos? Y te has encontrado la casa vacía, has mirado por Internet a qué hora tomó tierra mi avión y esperabas que llegase a casa antes que tú, pero yo no estaba. Y eso, ¿qué

quiere decir? ¿Que soy una zorra cruel que no te quiere?

«¿Es eso lo que soy? ¿Estoy sugiriendo esa descripción de mí misma para ver si él la reconoce y me identifica con ella?».

—Llamé aquí y a tu trabajo —dice Sean, con los labios apretados—. Ni rastro de ti.

—¡Por Dios, Sean! He estado ilocalizable durante un tiempo; no es ningún crimen. Cuando hablamos ayer, te dije que llegaría a casa en cuanto pudiese. He tenido que ir a la policía, así que he llegado en cuanto he podido, como dije.

—Llamé a tu móvil y no contestaste.

Me resulta imposible dejar de mirarle. Si no se siente incómodo por la expresión de su rostro, debería. Huele a esperanzas cruelmente defraudadas. Me dan ganas de gritarle: «¡No te ha pasado nada malo! ¡Nada en absoluto!».

—¿No se te pasó por la cabeza llamar a la comisaría de Spilling? —respondo. No hay ni rastro de tono burlón en mi voz; yo nunca sería tan descuidada. Soy experta en técnicas pasivo-agresivas de guerra doméstica.

—¿A la comisaría? —dice Sean, con un tono que revela incomodidad, como si fuese un inmenso problema para él verse obligado a oír algo así.

En momentos como este me siento como si su egoísmo fuese una tercera persona, dominante e invisible, el doble de grande que Sean, sentada a su lado en el sofá, sin intención alguna de moverse.

Algunas personas podrían esperar que una referencia a un asesinato fuera seguida de una referencia a la policía. Si relatase esta conversación a un testigo imparcial, estoy casi segura de que el hecho de que Sean no haga ninguna pregunta sobre el crimen violento al que yo me había referido de pasada le dejaría atónito. «¿Ni una mención siquiera?», diría, y tendría que explicar que Sean se pasea —o, más bien, se tumba por ahí— envuelto en una gruesa capa de «Me importa un pimiento», que repele cualquier experiencia que no entre en la categoría de cosas que le pasan a personas sensatas como él, o que no le afecte personalmente.

Con la salvedad de que este asesinato sí le afecta. Si Francine Breary siguiese viva, Lauren Cookson no habría seguido mis pasos hasta Alemania. Si no hubiese conocido a Lauren, no sabría que Tim estaba metido en un lío y no estaría pensando en irme de casa.

—Eso es —contesto, en tono despreocupado—. He ido a ver a la pasma —añado, con acento *cockney*—. ¿Dónde si no iba a poder resolver todo el follón del inocente acusado de asesinato?

Dejo el bolso en el suelo sin pensar y me doy cuenta de que estoy demasiado agotada para agacharme a recogerlo. Esta noche no voy a poder irme, eso

seguro. Sean me encontraría por la mañana tirada en el umbral, en coma. Mis párpados se empiezan a cerrar mientras me imagino a mí misma desmayada.

—Eso es, finge que estás demasiado cansada para hablar —dice con rencor. Lo había olvidado: no tengo permiso para estar cansada cuando vuelvo de un viaje de negocios, ni en cualquier otra circunstancia. Es el precio que tengo que pagar por haberme ido. Sean espera que vuelva llena de energía para tener sexo y pelearnos, una cosa detrás de la otra. Nunca sé en qué orden va a ser—. ¿No podrías haberme llamado un momento para decirme que estabas bien? —insiste.

Me dan ganas de tirarme contra él y arrancarle pedazos de carne con los dedos. Me dejo caer en un sillón.

—Te da igual si estoy bien o no, así que ¿para qué?

—¿Que me da igual?

Sean levanta las manos, como diciendo «Entonces, ¿por qué estoy cabreado y gritándote?».

—Lo que te importa es que ha habido una avería en tu sistema de vigilancia remota, y lo confundes con preocupación por mí.

—¿Se puede saber de qué coño hablas?

«Estoy experimentando con esto de decirte cómo me siento de verdad. Probablemente me arrepienta, así que quizá debería dejar de hacerlo».

—¿Sistema de vigilancia remota? —Sean menea la cabeza. Al menos no le importa que se le esté enfriando la comida; es un punto a su favor—. Ponte en mi posición durante un segundo, Gaby.

—Si quieres que haga eso, tendrás que mover el culo fuera del sofá.

—Te echo de menos cuando no estás —dice en voz baja—. Estoy deseando que vuelvas. ¿Es acaso tan terrible?

Debería decirle que deje de perder el tiempo, que es imposible que el antídoto del discurso afectuoso funcione a estas alturas; mi resentimiento ya ha crecido demasiado. Tal como me siento, preferiría a cualquier otro hombre antes que a Sean. Un extraño no estaría mal; no tendría muchas expectativas en lo que hace referencia a conversación y a mí me daría igual cómo fuera él, siempre que lo primero que dijese cuando vuelvo de un viaje de trabajo agotador fuera: «Pareces cansada. Voy a preparar un té. ¿Earl Grey con leche?».

Quizá mi próximo proyecto debería ser inventar a mi hombre ideal. Me aseguraría de eliminar todos y cada uno de los defectos de diseño antes de dejar que viniese a vivir conmigo. Si no hubiese estado tan obsesionada con el trabajo cuando conocí a Sean me habría dado cuenta de que la atracción

física no era suficiente para meterse en una relación a largo plazo con nadie.

¿Y Tim? ¿Y sus defectos de diseño? ¿Un hombre que no quiere dejar a una esposa a la que no ama para estar contigo, aunque se lo supliques? Decidí apartar el pensamiento de mi mente.

—Ya hemos pasado por eso antes. La persona a la que echas de menos no es real; es una persona distinta de la que tiene que hacer muchos viajes de trabajo. Yo no te gusto, ¿verdad? Porque, si te gustase, serías más amable con esa persona.

—Gaby, hay una diferencia entre viajar mucho y ser una fanática del trabajo que no deja espacio para una vida personal. Incluso cuando estás aquí estás planificando tu próxima aventura en el extranjero: mirando páginas web de hoteles, reservando billetes de avión...

Aventura en el extranjero. Esta aún no la había oído.

—He estado fuera de casa una media de tres noches por semana durante los últimos seis meses —le espeto. He hecho las estadísticas en el avión de vuelta, previendo que necesitaría tenerlas a mano—. Eso supone un promedio de cuatro noches por semana en casa en el mismo período. —Me froto la nuca, dolorida por la tensión de mantener la cabeza erguida—. ¿Qué más quieres que haga, Sean?

¿Por qué nunca menciono que mis paseos relacionados con el trabajo —y tiene razón, son muchos— llevaron a la creación de una empresa que acabó vendiéndose por 48,3 millones de dólares, que nos permitieron comprar inmediatamente esta casa, aparte de otra para mis padres, otra para mi hermano y su familia y un piso en Londres para la hermana de Sean?

Sean tampoco lo menciona nunca. Cuando le dije que mi nueva empresa podía acabar por venderse por la misma cantidad, si no más, si todo va según el plan, me dijo: «Si se vende, ¿dejarás ya de poner negocios en marcha y pasarás más tiempo en casa?».

El trabajo de Sean no le obliga a estar por ahí fuera de horas. La suya es una rutina clásica: sale de casa todas las mañanas a las siete y media, se pasa el día enseñando a jugar a fútbol, tenis y hockey a sus alumnos de secundaria en Rawndesley y vuelve a casa entre las cuatro y media y las cinco. Su trabajo tiene el buen gusto de quedar confinado a un horario regular, y no entiende por qué el mío no puede ser igual.

—Mientras, me estoy perdiendo el fútbol —dice, extendiendo la mano para que le pase el mando a distancia.

Pienso en la niña del coro que se sentaba en el asiento detrás de mí, la que tenía un hermano llamado Silas.

—Digamos que hubiese estado embarazada de un niño. Digamos que, al hacerse mayor, se hubiera convertido en un futbolista famoso.

—¿Vas a darme el mando a distancia, sí o no?

«Si Silas jugase en el Manchester United, ¿serías de ese equipo, o seguirías siendo del Stoke City?». No pude oír la respuesta del padre de Silas; Lauren me distrajo.

—Si jugase en el Liverpool, ¿seguirías siendo del Chelsea? —le pregunto a Sean—. ¿O serías del equipo en el que jugase tu hijo, porque él te importaría más que el fútbol?

—No digas estupideces. —Sean abre una cerveza, abre la boca y la empieza a echar dentro. He visto bombas de gasolina más sutiles que eso—. Ya sabes la respuesta.

—¿Y cuál es?

—¿Me estás vacilando? Nadie a quien le importe el fútbol se cambia de equipo solo porque su hijo acaba jugando en otro distinto.

—Eso no puede ser cierto —contesto, pero la risa desdenosa de Sean me hace dudar de mí mientras lo estoy diciendo. ¿Es posible que tenga razón? ¿Está el mundo tan loco como para que millones de hombres le den prioridad a...? ¿A qué? ¿A una determinada combinación de colores en la camiseta, por encima de sus propios hijos? Estoy segura de que las mujeres aficionadas no lo harían. Prefiero pensar que las mujeres son más cuerdas.

—Si tuviéramos un hijo y jugase en el Liverpool, o en cualquier equipo, yo sería del Chelsea hasta mi último suspiro.

—De acuerdo. —Lamentable—. Así que, si el Chelsea y el Liverpool se enfrentan en la final de Copa y tu hijo está a punto de chutar un penalti para el Liverpool y, posiblemente, marcar el gol de la victoria, y tú sabes que es uno de los momentos más importantes de su vida...

—Yo apoyaría a mi equipo, el Chelsea. Y, para ser más exactos, él también lo haría —añade Sean, como si se le ocurriese en ese momento.

¿Cómo? Debo de haber oído mal, o entendido mal. Ya sé, debe de ser la influencia de Lauren.

—¿Quién lo haría? —pregunto.

Sean pone los ojos en blanco.

—Mi hijo. Hay muchos jugadores que juegan para un equipo y apoyan a otro. Tampoco es tan grave, es solo que... tu equipo es tu equipo. Si eres aficionado del Chelsea, lo serás toda la vida.

No puedo creer lo que oigo.

—¿Tu hijo, el famoso futbolista que va a chutar un penalti para el Liverpool,

querría fallarlo?

—Por mucho que su orgullo profesional le hiciera querer marcar el gol de la victoria, la victoria del Chelsea sería más importante para él —dice Sean con tono de autoridad.

—¿Porque... será un ferviente aficionado del Chelsea? —Creo que ya lo he pillado, pero será mejor que lo compruebe.

Sean asiente.

—¿Cómo lo sabes? ¿Y si fuera del Arsenal?

—¿Se puede saber qué coño significa todo esto? Dame el mando a distancia. Será del Chelsea porque será mi hijo, y yo lo criaré para que sea del Chelsea.

Gracias por decirme todo lo que necesitaba saber. Esta podría ser la conversación más útil que he mantenido en toda mi vida.

—Sean, ya no quiero seguir contigo. Siento decírtelo así, sin previo aviso. — Me pongo de pie y casi pierdo el equilibrio; la fatiga me hace sentir mareada —. Ya no te quiero. No quiero vivir contigo, ni tener hijos contigo; y, aunque quisiera, no me quedaría parada mientras tú les dices a esos niños qué son y qué les conviene ser cuando crezcan. —Recojo el bolso y lo sujeto contra mí, olvidando por un segundo que no se trata de un niño al que intento proteger del control mental de su padre—. Me voy arriba a meter unas cuantas cosas en una maleta. No me sigas.

En ese momento, mi vida explota en una cascada de lágrimas y palabrotas, y me doy cuenta de que, después de años de no hacer nada acerca de la crisis en mi relación, ahora tengo que hacer las cosas deprisa. Muy deprisa. Al cabo de unos segundos los dos estamos corriendo escaleras arriba, Sean agarrándome del pelo y de la ropa. Siento picor y escozor en diversos sitios; es difícil predecir dónde aparecerá el siguiente punto de dolor y si será agudo o palpitante, sobre todo con el escenario sonoro de insultos: zorra, puta, mal bicho, monstruo. Mantengo la boca cerrada para poder concentrarme en moverme, me deshago dos veces de las manos de Sean en el descansillo y consigo llegar al dormitorio. Está demasiado cerca y no puedo cerrar la puerta de golpe, y entonces me encuentro otra vez fuera de la habitación porque me ha sacado al descansillo, y la única forma que se me ocurre para que no me haga daño es sorprenderlo con las palabras.

—Hay otra persona —grito en dirección al brazo que presiona en mi cara—. Te dejo por otro hombre.

Da resultado.

Sean se derrumba junto a la puerta del baño. Está llorando. Aunque es irrelevante, noto que no es llanto de tristeza, sino de furia, como el de Lauren en el aeropuerto de Düsseldorf. Como la humedad que sale cuando presionas un rencor viejo e hinchado.

Me pongo en cucullas, jadeando. Tengo la necesidad de dar una explicación en condiciones. Cuando Sean lo comprenda, quizá deje de estar tan alterado. Cuando se dé cuenta de que me he vuelto loca y de que lo que voy a hacer es joderme la vida, no desaparecer cabalgando en el crepúsculo con una nueva alma gemela.

—¿Te acuerdas de Tim Breary?

—¿Quién?

—Era mi contable, hace años. Nunca os conocisteis. —«Y yo nunca mencioné su nombre a menos que no tuviese más remedio»—. No pasó nada entre nosotros, nada físico, pero...

—¡Entonces sí que pasó!

—Me enamoré de él. Creo que él también se enamoró de mí, o puede que no, aunque esa fue la impresión que me dio en aquel momento. Pero... él terminó con todo. En realidad, tampoco había nada que terminar.

—¿Te plantó?

Asiento.

—Bien. —Sean me escupe la palabra a la cara—. Espero que sufrieses.

—Lo hice.

Quiero seguir hablándole de mi sufrimiento. Intentaré no culpabilizar ni criticar, como me enseñaron una vez en un curso para directores de empresa al que uno de mis inversores me sugirió que asistiese, un inversor cuyas sugerencias no podía permitirme echar en saco roto.

—No te diste cuenta de que, en silencio, me estaba desmoronando. Lo oculté tan bien como supe, pero no pude ocultarlo del todo. Me di cuenta de que, mientras hubiera fútbol en la tele, yo estaba a salvo. Podía sentarme al otro lado de la habitación, enfrente de ti, apoyar el codo en el brazo del sillón azul y llorar cubriéndome el rostro con la mano.

«Y tú jamás te diste cuenta».

—No tengo por qué escuchar esta mierda —dice Sean, frotándose los ojos.

El curso no decía nada sobre qué hacer si tu intento de comunicación no crítica obtiene una respuesta abusiva. O quizá lo dijese después de comer; yo tuve que irme antes para tomar un vuelo a San Diego.

—Si te vas a ir, ¿por qué no te vas ya? —dice Sean—. No creo que note la diferencia; nunca estás aquí, de todos modos. Últimamente, el sexo es un chiste. Te tumbas ahí como si estuvieras muerta, probablemente deseando que yo fuera él.

—Lo más probable es que esté repasando en silencio lo que tengo que hacer en el trabajo al día siguiente. Sean, no te dejes para iniciar una relación con Tim.

Sus ojos se iluminan de esperanza.

—Pero acabas de decir...

—Sí, él es la causa de que me vaya, pero no es lo que parece. Le quiero, sí, pero no tengo ningún motivo para creer que él esté interesado en una relación conmigo. No me quiso antes, así que, ¿por qué iba a quererme ahora?

—Pero entonces, ¿qué coño...?

—Está en la cárcel. Ha confesado haber asesinado a su mujer.

—Asesinado a su mujer —repite Sean en voz baja—. ¿Es que te has vuelto loca, Gaby?

Nunca jamás le había oído hablar con este tono. ¿Está, por primera vez en ocho años, realmente preocupado por mí?

—Él no lo hizo. Tim no es un asesino. No entiendo qué ha pasado... Lo único que sé es que, hasta que esté libre y todo el mundo sepa que es inocente, mi vida va a consistir en ayudarle, en hacer todo lo que pueda por él. Mientras no sepa que está a salvo, soy incapaz de pensar en nada más, de estar con otra persona, incluso de trabajar. Ya sé que probablemente no tenga sentido...

Sean se ríe.

—Estás pirada. No sé quién eres. No te reconozco.

Asiento. Claro que no sabe quién soy, llevo años ocultándome de él, como mi medalla de san Cristóbal.

—Que te vaya bien —dice, levantándose—. Sal de mi vida, cuanto antes mejor, y no vuelvas, porque te prometo una cosa: cuando todo se te vaya a la mierda, no querré ni que te acerques.

—Ya se ha ido a la mierda. Tim está entre rejas por un asesinato que no ha cometido, y eso es lo peor que me podría haber pasado, así que no hace falta que pongas tu regodeo en cuarentena: ya puedes empezar.

—¡Por mí, ya puedes echar a perder tu vida con un asesino! Tú y ese tal Tim parecéis una pareja perfecta. ¡Un asesino se merece a una zorra cruel como tú! Supongo que esta vez esperas poder convencerle de que te quiera, ¿no?

—Lo que espero es salvarle la vida. —Al oírme decirlo, mi misión adquiere de pronto una sensación de realidad, una tangibilidad en mi mente. Es mi primera declaración oficial, en la que expongo mi objetivo; eso me hace sentir

mejor—. No confío en ninguna otra persona.

—Zorra arrogante —dice Sean en tono de burla—. No puedes soportar el fracaso; ese es tu problema. Un hombre te rechazó una vez y ahora tienes que hacer que te quiera. Eso es todo lo que hay, no tiene nada que ver con el amor.

Trago con fuerza. Me gustaría eliminar sus palabras de mi mente, pero es demasiado tarde.

—Decídete —respondo—. O me conoces, o no me conoces.

—¡No quiero conocerte! ¡Ojalá no te hubiese conocido nunca!

Sean se levanta de un salto y me aparta mientras se dirige al piso de abajo. Al cabo de unos segundos oigo cerrarse una puerta de golpe y luego el maldito fútbol, más ruidoso de lo habitual. En el dormitorio, temblando, empiezo a llenar una maleta: pijama, cepillo de dientes, cepillo del pelo, lentes de contacto desechables, algo de ropa.

No pienso volver aquí nunca. No quiero volver a ver nada de esto. Sean puede quedarse con todo.

Me deslizo al piso de abajo y salgo de la casa, cerrando suavemente la puerta principal.

«Libre».

Corro hacia el coche, rebuscando las llaves. «Ya casi estoy allí, ya casi no estoy aquí». Pulso el botón en el mando de la llave y oigo las puertas abrirse. Gracias a Dios.

«Gaby», susurra una voz detrás de mí. No es Sean, ni una voz que yo reconozca. Antes de que pueda darme la vuelta, un brazo me rodea el cuello y presiona; noto cómo mi mente se va, se acerca a un punto de brillante oscuridad.

11/3/2011

Proust estaba en su oficina; genial. Y no había nadie más; iba a ser una cosa fácil.

Desde la puerta de la sala del departamento de investigación criminal, Simon observaba sin ser visto la inmóvil cabeza calva del inspector en su despacho acristalado, mirando cómo la luz de la lámpara incidía en ella, como si quisiese captar la atención del público. En silencio, sin percatarse de tu presencia y mirando en dirección contraria, Proust se las arreglaba para proyectar un aura de «Si te me cruzas, te espera un horror inimaginable en tu futuro». Tonterías. Las únicas cosas inimaginables hasta ese nivel eran las que no existían.

Simon se quedó de pie, oculto en parte, aún no preparado para modificar la relación con su jefe de una forma que pudiera acabar siendo irreversible, y se limitó a mirar la brillante cúpula de piel rosada. Una cabeza calva normal. Nadie es capaz de decir lo que contiene únicamente mirando. Simon sabía lo que contenía: la mayor y más notable colección del mundo de estrategias egoístas. Nada de poderes especiales. Quizás a Proust no le gustase lo que estaba a punto de oír, pero no podría hacer nada salvo enfurruñarse y gruñir, y eso lo hacía de todos modos. Podía intentar que despidiesen a Simon, pero no se arriesgaría a perder el mejor de sus recursos.

—Si tienes algo que decir, Waterhouse, te sugiero que entres, seas valiente y lo digas. El contribuyente no te paga para que te quedes de pie en las puertas, mirándome.

Simon entró en el pequeño despacho del inspector y cerró la puerta. Luego decidió que la primera conversación que se quitaría del medio sería la de trabajo; eso le ayudaría a evaluar el humor de Proust antes de sacar el tema de Regan.

—Sé lo que dijo Tim Breary en el primer interrogatorio con Sellers, y sé que cometiste fraude con el fin de ocultármelo —le dijo al Hombre de Nieve—. Podría dirigirme de inmediato al superintendente Barrow.

—¡Deja de pontificar, Waterhouse! Ya me cansa esa actitud tuya de superioridad moral. —Proust estaba ordenando sus papeles en pulcras pilas rectangulares—. Preferiría ser traficante de drogas y tener el pie de un policía pisándome el cuello; seguro que no me agobiaba tanto. Y la próxima vez, examina las pruebas antes de acusarme.

—Oh, no me cabe duda de que a estas alturas ya habrás sustituido la transcripción original del interrogatorio —dijo Simon—, pero eso no cambia el

hecho de que reemplazases otra versión y les ordenases a Sam y a Sellers que no me lo dijiesen.

—Tienes razón, eso sería inaceptable. Y también sería tu palabra contra la mía si quisieras probar que lo hice. Si te imaginas que el sargento Kombothekra y el detective Sellers te apoyarían, eres aún más iluso de lo que pensaba. Ninguno de ellos tiene ni asomo de agallas. Y en cuanto a Barrow, ese bufón, le podría contar tantas historias reveladoras sobre tu código de conducta profesional como tú sobre el mío. —No deja de ser cierto—. Voy a ser sincero contigo, Waterhouse: si te guío es por puro egoísmo. Lo único que me importa es conservar tu empleo mientras yo conservo el mío. Los resultados que obtienes como miembro de mi equipo me hacen quedar bien a mí.

—Querías que Sam me lo dijese —dijo Simon.

—Y obviamente lo hizo.

—No. Él no dijo nada.

Simon había llegado a ese punto en el que ya no estaba de acuerdo ni siquiera con su propia y disparatada evaluación de la conducta de Sam, pero aún no estaba preparado para ceder.

—Entonces, ¿quién lo hizo? Sellers no se habría atrevido, y nadie más...

Proust se interrumpió, furioso consigo mismo por haber dejado que se le escapase una confesión.

—¿Nadie más lo sabía? ¿Estás seguro?

—¿Quién? —Proust le escupió la pregunta a Simon.

El teléfono del escritorio empezó a sonar; Proust desconectó la mirada intensa mientras contestaba, carraspeando hacia el pobre masoquista que había osado marcar su línea directa. Con la vista fija en Simon, tomó unas notas en un bloc colocado de cualquier manera, sin siquiera mirar lo que escribía. En lugar de mover el bloc, cruzó torpemente el brazo derecho sobre el pecho, como si tratase de inmovilizarse a sí mismo.

Simon era capaz de reconocer una ocasión perfecta cuando esta se presentaba. Proust no estaba únicamente concentrado en él. Este era el momento, nunca iba a ser más fácil que ahora.

—Tu hija lo sabía. Fue Amanda quien me lo dijo.

—¡Gibbs! Te he estado buscando por todas partes.

Después de encontrarle, el agente Robbie Meakin, con la cara salpicada de acné, había bloqueado el paso a Gibbs sonriendo de la manera más irritante. Volver al trabajo después de haberse pasado la tarde escaqueándose en el

Brown Cow era siempre un error; el único motivo que había llevado a Gibbs a cometerlo era que, si se presentaba en casa antes de las siete, le sería imposible evitar poner a dormir a los gemelos o recoger la casa después, y tenía más ganas de evitar esas dos cosas que de evitar el trabajo o a sus compañeros; incluso a Meakin, el feliz y orgulloso superpapá de la comisaría. Meakin tenía tres niños. Gibbs le había oído... ¿qué palabra era esa que le gustaba a Liv? «Pontificar», eso. Había oído a Meakin pontificar en la cantina sobre lo duro que era tener niños y lo mucho que valía la pena. Qué asco de tío. A Gibbs no le habría importado si hubiese estado hablando únicamente de sí mismo y de sus propias experiencias como padre, pero estaba claro que no era así; lo que más le gustaba a Meakin era decirles a los padres recientes cómo tenían que sentirse y como se sentirían dentro de poco, si es que no les sucedía ya.

—¿Tienes un segundo? —preguntó Meakin.

—En realidad, no —fue la seca respuesta de Gibbs.

—Créeme, esto querrás verlo. Está relacionado con Tim Breary.

Gibbs extendió la mano para coger los papeles que Meakin sostenía. Sin mirarlos siquiera sabía que eran todo lo que necesitaba, como también sabía que Meakin iba a tenerlo ocupado más tiempo del necesario.

—¿Nos tomamos una taza de té mientras hablamos de ello? —sugirió Meakin.

Probablemente había alguna forma de conseguir la información y negarle el momento de gloria a Superpapá, pero a Gibbs le parecía demasiada molestia manipular la situación.

—De acuerdo —dijo—. Tú invitas.

—Estamos ahorrativos, ¿eh? —Meakin se rio mientras caminaba por el pasillo en dirección al olor de cordero y col que había quedado en el ambiente desde la hora de comer—. Es sorprendente lo caros que salen los niños, ¿no crees?

«No lo digas. Cierra la puta boca».

—Pero vale la pena hasta el último céntimo, ¿verdad?

—Es demasiado pronto para decirlo.

Gibbs no creía que tuviese que mentir para contentar a Meakin. Cuando sus gemelos hubieran crecido, seguro que Debbie le habría echado a patadas y ella y su madre los habrían vuelto contra él. Por mucho que lo intentaba, Gibbs no se convencía de que la paternidad fuese una inversión razonable, ni financiera ni emocionalmente.

—No lo dices en serio. —Meakin se rio de nuevo—. No te preocupes, puedes admitir que los quieres con locura; no se lo diré a nadie.

Habían llegado a la cantina.

—¿Qué tal si echo una ojeada a lo que llevas ahí mientras vas a por los téis? —dijo Gibbs, extendiendo la mano por segunda vez. Había una larga cola en la barra; no estaría mal tener alguna cosa que hacer mientras esperaba.

—Solo tardaré un momento. —Meakin se aferraba al montón de papeles que lo convertían en una persona más importante e interesante de lo que era—. ¿Por qué no te sientas? Me colaré y traeré los téis.

Gibbs se sentó a la única mesa libre de la sala y se sacó la bola roja del bolsillo del abrigo, junto con unas cuantas gomas elásticas que había recogido cuando volvía del Brown Cow. Las estiró alrededor de la bola. Meakin se había puesto al final de la cola. ¿Por qué decía que se iba a colar y luego no lo hacía? ¿Creía que eso impresionaría a alguien? Idiota.

—Gibbs. —El sargento Jack Zlosnik apareció a su lado—. Robbie Meakin te está buscando.

—Ya me ha encontrado. —Gibbs hizo un gesto hacia la barra con la cabeza.

—¿Y aún estás aquí sentado? ¿Es que no te lo ha dicho?

—Pues no. ¿Qué tal si me lo dices tú mientras le espero?

Gibbs echó una ojeada a Meakin, que estaba ocupado mirando al frente y no tenía ni idea de que Zlosnik estaba a punto de chafarle sus cuidadosamente calculados preliminares.

—Parece que tu asesino, el tal Tim Breary, ha estado tuiteando en Twitter desde la cárcel.

—Es posible, pero muy improbable —dijo Gibbs—, a menos que haya dominado a un guardia y le haya robado su iPhone, y ese no es el estilo de Breary.

Gracias a Liv, Gibbs lo sabía todo sobre Twitter. Sabía que nadie que lo utilizase diría nunca «tuiteando en Twitter». Liv había tomado la decisión de inscribirlo, con el argumento de que no sabía lo que se perdía. Había elegido un alias —@boringbastardcg— y no había agregado una foto suya en su perfil para reemplazar la imagen anónima del huevo blanco. Hasta ahora había enviado un tuit, a Liv, para decirle que la echaba de menos. Ella le había regañado. ¿Es que había olvidado que Twitter era público? No, pero le importaba un carajo.

Cuando no podía ver a Liv en persona y su frustración le hacía tener ganas de abrir un agujero en la pared de un cabezazo, leía su *timeline* de Twitter. Normalmente tuiteaba sobre libros y edición con un montón de gente que hacía lo mismo. A menudo se discutía sobre alguna cuestión que Gibbs no podía ni imaginar que le pudiese importar alguna vez: ¿se estaban convirtiendo los agentes literarios en una figura superflua? ¿Y los editores?

¿Los autores? ¿Los lectores? ¿Las librerías físicas? ¿Los libros físicos? ¿Los apóstrofes?

Gibbs pensaba que el superfluo era el prometido de Liv, Dominic Lund. De vez en cuando se preguntaba si alguno de los colegas de Twitter de Liv, editores o periodistas, estaría interesado en hablar sobre ello con su *alter ego* en forma de huevo.

—De acuerdo, pues entonces alguien ha estado tuiteando en nombre de Breary —corrigió Zlosnik—. Alguien llamó para notificarlo debido a la naturaleza de lo que se decía.

—¿Y cuál era?

—Básicamente, una llamada de socorro. Algo acerca de una mujer a la que estaban atacando en la puerta de su casa. Una dirección en Silsford; la comisaría de Silsford se dio cuenta de la conexión con Tim Breary y...

—¿Qué mujer? ¿En qué dirección? —Gibbs se puso de pie—. ¿Han enviado un coche los de Silsford? Son unos putos inútiles, del primero al último.

—No lo sé. Horse Fair Lane, Silsford. Claro que el que envió el tuiteo podría estar tomándonos el pelo, o haberse equivocado...

Gibbs ya estaba a medio camino de la puerta del pub.

—El nombre de la víctima es Gaby Struthers —gritó Zlosnik mientras se alejaba.

Proust colgó de un golpe el teléfono, sin haber intervenido más que con gruñidos afirmativos durante los últimos diez minutos de la conversación. Bien pensado, quizá la llamada había terminado mucho antes y los últimos diez minutos habían sido una farsa dedicada a Simon. A Proust no se le daba muy bien escuchar.

—¿Qué decías, Waterhouse? ¿Que les dije al sargento Kombothekra y al detective Sellers que no te lo dijeran, pero en realidad quería que te lo dijiesen? ¿Y por qué iba a hacer una cosa así?

«¿Por qué esa pregunta, en lugar de la que te deberías estar haciendo?». ¿Es que no había oído a Simon decir: «Fue Amanda quien me lo dijo»? Incluso había usado su nombre, su antiguo nombre: Amanda. ¿Era posible que Proust no lo hubiese oído?

—Puede que esto te sorprenda, pero no todos preguntamos lo contrario de lo que queremos. Esa es una de las muchas diferencias entre tú y yo, Waterhouse. Es por eso que, cuando ambos estábamos horrorizados ante la perspectiva de casarnos con la sargento Zailer, la de los muchos propietarios descuidados, fuiste tú quien se le declaró y no yo.

Simon deseó que alguien asesinase a Proust. Deseó tener la fuerza mental

necesaria para hacerlo él mismo y afrontar las consecuencias; el mundo sería un lugar mejor.

—No se trataba de hacerme dudar de la historia de Tim Breary, ¿verdad? — preguntó—. Atraer mi atención hacia algo que él dijo y que probablemente significa que no mató a su mujer, intentando que pareciese que me lo estabas ocultando para que, cuando lo descubriera, pareciera más significativo de lo que es. No era nada de eso.

Proust gruñó, se recostó en el asiento y dobló los brazos detrás de la cabeza.

—Me he perdido, Waterhouse. Me pasa todas las veces que hablamos: tomas un camino hacia tu terreno privado especial, en la rama más alta del árbol de los lunáticos y, a partir de ese momento, no entiendo ni una palabra de lo que dices.

—Tú no crees que Breary sea un asesino.

—Sí lo creo, de hecho.

—No, tú no lo crees y yo tampoco. Pero si ha confesado, si todas las personas que estaban ese día en la casa confirman su historia, si todas las pruebas forenses se ajustan a ella, ¿qué me queda a mí para trabajar? Sabes que soy testarudo, pero quizás esta vez eso no baste para romper la pared de mentiras, así que has decidido darme un incentivo adicional.

—¿Pared de mentiras? —murmuró Proust—. ¿Es la que encierra el huerto de la obsesión, que contiene el árbol de los lunáticos?

—Breary ha sido acusado, y eso te preocupa. Nunca antes había pasado que yo no hubiese podido llegar a la verdad a tiempo para impedir que la fiscalía acusase a un inocente, ¿verdad? Debes de haber pensado que he perdido aptitudes.

—¿Quieres que haya disturbios raciales en Culver Valley, Waterhouse? ¿Es eso lo que pretendes?

¿Qué tendría que ver la raza en todo esto? Simon no dijo nada; ya había caído muchas veces en las trampas de Proust y había aprendido a reconocer las señales de alarma. Un molesto *non sequitur* era el equivalente verbal de una luz de neón intermitente.

—Porque si sigues en esta misma línea, voy a acabar tirándome por la ventana. La gente me filmará con sus teléfonos móviles y los boletines de noticias locales se harán eco de la historia, y luego las noticias nacionales, y todo el mundo pensará que la comisaría de Spilling ha sido atacada por un avión secuestrado por yihadistas, y esto servirá para avivar tanto la islamofobia como el extremismo islámico. Y todo será culpa tuya, Waterhouse.

—¿Creías que iba a trabajar mejor si pensaba que todo el mundo estaba contra mí? —preguntó Simon—. Quizá tengas razón: ponme contra Sam y

Sellers y tendré que volver a demostrar mis capacidades, como me pasaba cuando a nadie le importaba mi opinión sobre nada.

—«Nada de incendios, ni de derrumbamientos, ni de gemidos de agonía de los colegas». —Proust hablaba usando su taza de «Mejor abuelo del mundo» como si fuera un micrófono—. «Nuestras informaciones sugieren que el pobre inspector Giles Proust saltó hacia su muerte para terminar con su conversación con el detective Waterhouse, porque era la única salida».

Simon no hizo ni caso del espectáculo.

—Has decidido que necesitaba un nuevo enemigo para sacar lo mejor de mí. Que trabajo mejor contra Sam que con él.

—Puede que tengas razón; no te lo puedo asegurar. No recuerdo nada de lo que pensaba, salvo «Dios mío, que se acabe ya».

—Tú sabías que Sam me lo iba a decir. También sabías que no lo haría directamente, y cómo reaccionaría yo cuando descubriera que no me lo había dicho. Y tenías razón; querías obtener de mí esta reacción y la has conseguido. No voy a volver a trabajar nunca con Sam, al menos no en este caso. No le voy a decir ni una mierda: ni dónde estoy, ni qué hago, nada de nada. No podrá saber lo que estoy pensando, ni qué planes tengo, ni...

—¿No le vas a decir lo que piensas? —interrumpió Proust—. La envidia asesina que siento por él no se podría distinguir del odio. Si ese insecto de sargento estuviera aquí en este momento, acabaría por hacerle algo de lo que no me arrepentiría.

—Todo lo que he dicho se puede también aplicar a Gibbs —dijo Simon—. Está trabajando conmigo.

—Ya me estaba preguntando cuándo el ventrílocuo mencionaría a su monigote. Esa bola roja que tanto le gusta... Es un regalo tuyo, ¿verdad?

—Debería estar dándote las gracias. Sin el lastre de la mediocridad de Sam y Sellers, haremos las cosas más deprisa. Tienes motivos para estar de buen humor: tu plan va a producir dividendos. Si además ha hecho que pierda un amigo... —Simon se encogió de hombros—. Tanto a ti como a mí nos da igual. Sam no debía de ser tan buen amigo como yo creía.

Cuanto más seco fuese ahora con Sam, más fácil sería para Simon hacer las paces con él en el futuro. Era importante que fuese él, Simon, el que se comportase peor de los dos. Solo así había logrado perdonar a alguien. No esperaba que Proust lo entendiese, ni Charlie, de hecho.

—Es innegable que el sargento Kombothekra está claramente por debajo en casi todos los niveles —admitió el Hombre de Nieve—. Aunque quizá tu estima por él aumente cuando alcances la fase de depuración de tu ciclo. Por si no te has dado cuenta aún, Waterhouse, sufres de un ego bulímico. Se da atracones de amor propio hasta que se hincha tanto que ya no puede crecer más; en ese

momento vomita toda la autoestima que ha engullido desde hace no se sabe cuánto y te deja en un estado lamentable, haciendo que te sientas lo peor de lo peor. —Proust se puso de pie, se desperezó y se acercó a la ventana—. Ahora dime que me equivoco.

A Simon le hubiese encantado, pero no le salían las palabras.

—No pasará mucho tiempo hasta que tú y el sargento Kombothekra decidáis que tanto el uno como el otro sois igual de despreciables e inmorales. Pronto estarás apoyándole, ayudándole a fingir que es una persona hecha y derecha, y él hará lo mismo por ti. Un contratiempo; eso es todo lo que se necesita para poner en marcha tu próxima fase de depuración de ego.

—Voy a poder decirte quién mató a Francine Breary en una semana como máximo, y además podré demostrarlo. —Le daba igual haberse colocado entre la espada y la pared; de hecho, estaba a punto de hacerlo de nuevo—. Me has preguntado quién me contó lo de la transcripción del interrogatorio, esa pequeña conspiración tuya. Pues bien, anoche tuve una visita; ella me lo dijo.

—¿Ella?

¿Es que Proust no se había enterado aún? ¿De verdad que no había oído a Simon decir «Amanda» antes?

—¿Te dice algo el nombre de Regan Murray?

El inspector frunció el ceño.

—Murray es el apellido de mi hija. No conozco a nadie llamado Regan.

—Regan Murray es tu hija. Se ha cambiado el nombre; legalmente. No soportaba conservar el nombre que tú elegiste para ella.

Simon vio cómo la nuez de Adán del Hombre de Nieve ejecutaba una espasmódica danza bajo la piel.

—Le da demasiado miedo decirte que ya no se llama Amanda. Regan es un personaje de *El rey Lear*, por cierto: la hija de Lear, a quien su padre le importa un carajo pero finge lo contrario. ¿Te suena de algo? También está demasiado asustada como para hablarte del psicoterapeuta al que acude.

—Ningún miembro de mi familia derrocharía el dinero en psicoterapia. Tu necesidad de inventar una historia así dice mucho más de ti que de mi hija.

—Me vino a ver para comparar sus notas. Soy su héroe, porque me enfrento a ti. Yo le aconsejé que debía decirte cuáles son sus verdaderos sentimientos. Parecía muerta de miedo. ¿Quieres saber qué hizo cuando le dije que, si ella no te decía la verdad, lo haría yo? Se echó a llorar y me suplicó que no dijese nada. Su mayor temor es que le prohíbas a Lizzie verla. Está furiosa con ella por no protegerla de ti cuando era una niña; pero, al mismo tiempo, la ve también como una víctima, como alguien demasiado asustada para reconocer

lo que estaba sucediendo.

El Hombre de Nieve no parecía una persona que escuchase a otra; más bien parecía una estaca rematada por una cabeza llena de venas que alguien había clavado en el suelo de su oficina. Simon no se podía quitar de encima la sensación de haberse colado en una película de terror contra su voluntad. Le palpitaba el corazón y notaba el sudor chorreando debajo de los brazos.

—Sé reconocer una mentira cuando la oigo —dijo Proust.

—¿Crees que me lo estoy inventando?

—Mi hija no hablaría de asuntos de familia con un extraño.

—¿Eso es lo que crees? Entonces, ¿cómo sé lo del dieciocho cumpleaños de su amiga Nirmal? El taxi de Amanda se averió, así que tuvo que salir a parar otro y llegó a casa diez minutos tarde. Diez minutos, nada más. Lizzie se alegró de que estuviese a salvo, pero eso no bastó para ti. ¿Cuántas horas la hiciste esperar fuera, de pie bajo la lluvia, con Lizzie acobardada, demasiado asustada para decirte que estabas siendo demasiado severo?

No hubo respuesta.

—Yo sé la respuesta —añadió Simon, no fuese que Proust hubiera pensado que la pregunta era retórica—. Yo sé cuántas horas fueron, porque Regan lo recuerda. ¿Te acuerdas tú?

El Hombre de Nieve se dirigió hacia su escritorio, parándose de camino frente al archivador, por ningún motivo que Simon pudiese advertir. Cogió la chaqueta del respaldo del asiento, sacó las llaves del bolsillo y, haciéndolas tintinear en la mano, se dispuso a salir de la oficina, con la intención de cerrar la puerta con llave. Simon vio lo que estaba a punto de suceder y no hizo nada para impedirlo.

¿Era posible que Proust le hubiese dejado encerrado a propósito? Lo más probable es que hubiera sido un gesto automático. Si estaba conmocionado, no era el único.

La conversación que se avecinaba entre Simon y el personal de recepción para que lo sacasen de allí era de las que más temía: incómoda, absurda, humillante. Charlie podría encargarse de ello; ella haría que pareciese factible e inofensivo. Sacó el teléfono del bolsillo y la llamó.

—Soy yo. El Hombre de Nieve me ha encerrado en su oficina. Necesito que vengas a sacarme de aquí.

—Así que ahora que me necesitas me llamas, ¿no? —respondió en tono optimista.

—¿Eso quiere decir que lo harás?

—Es mi día libre.

—¿Y por eso has estado todo el día en Dower House, haciéndole el trabajo a Sam?

—No tienes ni idea de lo provechoso que ha sido. Sin intención de alardear, gracias a mis esfuerzos ha habido novedades interesantes en la situación.

—Y supongo que Buzz Lightweight está dispuesto a prestar toda su atención a estas novedades.

—¡Dios mío! ¡Tienes que jurarme que vas a dejar de desbarrar sobre traiciones y similares como si fueses un puto rey medieval chalado, o te dejo encerrado ahí!

Simon escuchaba a Charlie mientras esta encendía un cigarrillo. Era uno de sus ruidos favoritos, sobre todo a través del teléfono. Lo encontraba tranquilizador: el crepitar del celofán, el chasquido de la rueda del mechero, la inhalación profunda. Se acercó al escritorio y se sentó en él, apoyando los pies en la silla de Proust.

—Le he contado al Hombre de Nieve lo de Regan.

—Ya. Sabía que lo harías.

Simon escuchó con atención. ¿Era un anillo de humo o un suspiro de amargura?

—Me dijiste que no lo hiciera.

—Por eso supe que lo harías. ¿Por eso Proust te ha dejado encerrado?

—Decírselo era lo correc...

Las palabras se evaporaron en la boca de Simon cuando vio el bloc de notas de Proust, en el que garabateaba mientras hablaba por teléfono. La caligrafía se parecía más a un montón de gérmenes en el microscopio que a las letras del alfabeto, pero Simon pudo leer algunas palabras. Una de ellas era «ataque»; y el nombre Gaby Struthers.

—Sácame de la puta oficina del Hombre de Nieve —le dijo a Charlie—. ¡Ahora mismo!

Cuando se dio cuenta y quiso añadir «Por favor», ella ya no estaba.

Viernes, 11 de marzo de 2011

No puedo ver. «Algo va mal, espantosamente mal, no comprendo». Esto no puede estar pasándome a mí, tiene que parar pronto. Hay algo que me tapa la cara, la cabeza. «Plástico». Cuando respiro me toca la boca; huele como un canguro barato que tenía de niña. Intento soplar, quitármelo de la boca, pero el viento lo presiona contra el rostro. «Viento»; eso quiere decir que aún estoy fuera, en el exterior de mi casa. Tengo los brazos a la espalda, sujetos. ¿Sujetos por él? «Corpulento, pelo corto. Lo vi. El cuello...».

Quiero volver a la inconsciencia. Es allí hacia donde voy.

Mi mente se dispersa en pedazos. El pánico me invade mientras vuelvo en mí. Estoy erguida. Probablemente estoy de pie, aunque noto las piernas temblorosas, huecas, demasiado débiles para sostenerme.

«No reacciones de forma exagerada. No reacciones en absoluto».

Lucho para liberar las manos. Algo se despegas, una zona de piel de la muñeca me escuece, pero el movimiento es mínimo. «Inténtalo de nuevo». La segunda vez no pasa nada en absoluto. «Cinta; me ha atado las muñecas con cinta». Algo me está presionando la tráquea. No aplastándola; es incómodo, pero sin dolor. Aprieta como un collar cervical, pero no más.

Eso quiere decir que estoy tranquila: soy capaz de distinguir entre molesto y mortal.

Si me concentro, podré controlar el miedo. Es una oportunidad para hacer algo bien hecho; no puedo fracasar.

Ruido de algo que se rasga: cinta despegándose de un rollo. «Más presión. Dolor». Me está rodeando el cuello con cinta para mantener en su lugar lo que sea que me está cubriendo la cabeza.

Mi cerebro se da por vencido. Me voy a asfixiar y no sé el motivo. No puedo morir sin saber quién y por qué.

«Un hombre de pelo corto y algo en el cuello; lo vi».

—Gaby, Gaby, Gaby... Esta vez sí que te has pasado de la raya, ¿eh?

El sonido de su voz me provoca un espasmo. Esto es real, me está sucediendo de verdad. Intento correr a ciegas y choco contra una barrera —¿su cuerpo? —, que me arroja contra una superficie más dura y uniforme. Mi coche. Estaba de pie junto al coche, dejando a Sean.

«Me va a matar porque me he pasado de la raya. ¿Qué raya?».

No puedo rendirme. Los que se rinden no obtienen ninguna recompensa; eso no sucede nunca. Debe de haber una manera de hacer algo pensando; no tengo más que encontrarla. Pensar se me da bien, mejor que a la mayoría de las personas.

—Preferiría no tener que hacerte esto —dice, mientras noto otra oleada de repugnancia—. No es algo que me guste hacer.

Sus palabras son lo peor, peor aún que la bolsa que me cubre la cabeza; oírle decir que cree que tiene razones, notar que el miedo me ha dejado demasiado débil para discutir.

Suena de lo más común. Intento asociar su rostro a alguna persona periférica de mi vida: el ingeniero de la calefacción que vino a hacer el mantenimiento de la caldera la semana pasada, el hombre que hace el reparto de los paquetes, el conductor del sitio de comida para llevar. No, no es ninguno de ellos. No le he visto en mi vida; no pertenece a mi mundo. ¿Cómo es posible que tenga intención de hacerme daño precisamente a mí? Nunca he hecho nada para perjudicarlo. Ya sé que la vida no es justa, pero es más justa que esto, más justa conmigo.

—Todo esto es por mí, es una tarea que es necesario hacer para poner las cosas en su sitio. No me produce placer alguno, pero es necesario darte una lección.

Tengo que decirle que me deje ir, pero soy incapaz de controlar el miedo y convertirlo en palabras inteligibles.

«¿De qué lección habla?».

Va a disfrutarlo; por eso no deja de decir lo contrario.

El terror me ha dejado sin fuerzas, exhausta. Hace unos segundos corrí, pero ahora no podría hacerlo. Se me está acabando el oxígeno y, cuando se agote, ya no tendré más. «Es injusto». Cuanto más trato de no respirar demasiado rápido, más rápido respiro: despilfarradora e indefensa, enterrada viva encima de la tierra. Ha construido un ataúd de plástico para mi cabeza y me ha envuelto en él.

Aspiro, siento unos dedos en la boca, algo me golpea la nariz, oigo el ruido de algo que se rasga y una ráfaga de viento en el rostro. Veo la ventanilla de mi coche y huelo un cigarrillo. Al cabo de unos segundos me doy cuenta de que ha hecho un agujero en el plástico.

—Por favor, déjeme ir —acierto a decir. Me ha dado aire; eso significa que no quiere que me asfixie. «Agárrate a ello».

—La cosa es: ¿has aprendido la lección? —me pregunta al oído, a través del plástico—. Yo creo que no.

Le aseguro que sí, que la he aprendido, una y otra vez, farfullando. Noto cómo mi estómago se revuelve.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que has aprendido? Venga, dímelo.

No tengo nada que ofrecerle, nada en absoluto. Fingiría si supiese cómo.

«No es Jason Cookson, ni Sean. Le he visto».

No se me ocurre nadie que me odie tanto como para hacerme una cosa así.

—No has aprendido nada porque yo no te he enseñado nada aún, pero lo haré.

—Presiona su cuerpo asqueroso contra el mío, inmovilizándome contra el coche—. Parece que también voy a tener que enseñarte a no mentir. Abre la boca y saca la lengua.

—No.

—No digas no.

Con un estremecimiento de terror, obedezco la orden.

—Más. ¿Qué crees que voy a hacer, cortártela? —se ríe burlonamente.

Si solo hubiera oído la risa y no las palabras, habría pensado que era más joven; un adolescente, no un hombre de treinta y pico o cuarenta.

Lo he visto. ¿Eso significa que va a tener que matarme? Si no lo hace, iré a la policía; seguro que él lo sabe.

—Saca la lengua.

—¡No puedo! —Un sudor frío me tortura. Si voy a morir, prefiero que suceda pronto. «Pero no puedo decírselo; quizá me mate».

—No te estás esforzando, Gaby.

Me esfuerzo. Lo que sea que me cubre la cara se ha desplazado hacia abajo; el borde roto me toca el labio superior. Ya no veo nada.

—¿Con qué crees que merece un mentiroso que se le lave la boca? —me pregunta.

Me desplomo; me caigo en un hueco estrecho, deslizándome. Me coge de los brazos y me levanta. En cualquier momento pasará alguien, nos verá y vendrá a ayudarme. En cualquier momento. Una pareja que esté paseando a su perro se dará cuenta...

«No, eso no pasará». Aparqué delante del garaje, en la parte de atrás, no al final del camino, como suelo hacer. «Lo hice para tardar más tiempo en llegar

a la puerta principal, para aplazar unos cuantos preciosos segundos el encuentro con Sean». Sea lo que sea lo que este monstruo me haga, nadie lo verá.

—Se me ocurren unas cuantas cosas con las que lavarte la boca. En realidad, las opciones son casi infinitas.

Intento no escuchar los sonidos lastimeros que yo misma emito, ni escucharle a él diciéndome que no voy a necesitar más lecciones después de esta, porque es muy buen profesor. El mejor.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando me dice:

—Ya puedes guardar la lengua. Y puedes darme las gracias por darte una oportunidad. —Me agarra la cara, con el pulgar y el índice presionando la barbilla a través del plástico—. Pero deja que te advierta de algo: si me vuelves a mentir, te lavaré la boca con algo cuyo sabor no te va a gustar en absoluto.

Aún más humillante que darle las gracias es hacerlo en serio. Me da una oportunidad. No me va a matar. Solo quiere enseñarme algo, y yo aprendo rápido. «Gracias, gracias».

Me da la vuelta y me presiona contra el coche. Apoyado sobre mí, me rodea la cintura y agarra el cinturón. «Es solo para asustarme: no me lo va a quitar». No es más que una amenaza vana, como la bolsa de plástico en mi rostro. ¿Ves? No me lo ha desabrochado. Aún lo siento alrededor de mí... Pero ahora ya no lo siento. Debe de haberlo desabrochado. Me pongo en tensión, a la espera del sonido que significa que lo ha soltado de las trabillas. Podría estrangularme con él. Pero no, lo que hace es bajarme los pantalones; ha pensado en un tipo de horror distinto.

Me pongo a gritar; me golpea, fuerte, en el lado de la cabeza.

—Por favor, por favor, no lo hagas —sollozo. No puede violarme al lado de mi casa. Ni siquiera es de noche del todo, y esas cosas solo pasan cuando está oscuro.

—No quiero hacerlo. Como ya he dicho, no me proporciona placer alguno.

«¿Por qué, entonces?».

«Porque tengo que aprender la lección».

—¿Cómo? Por favor, dime qué es lo que tengo que aprender. Haré todo lo que quieras. —Me gustaría decir algo más convincente, pero tengo un bloqueo en la garganta y en la boca, una corriente. Me atraganto, toso, rocío de bilis la parte de dentro del plástico.

—Nunca he estado tan asustado como tú lo estás ahora —dice el monstruo con tono indiferente—. No puedo imaginar cómo debe de ser estar tan

asustado para vomitar encima de uno mismo. ¿Qué sientes, vergüenza, o simplemente asco? Dime, ¿qué se siente?

¿Qué hará si ignoro la pregunta? No quiero saberlo, así que le respondo; no me atrevo a mentirle, por si es capaz de leer mi mente.

—No le vas a decir nada de esto a la policía, ¿verdad? Eso sería lo más estúpido que podrías hacer, porque querría decir que no has aprendido nada.

Me baja la ropa interior. «No. No lo hace. Eso no está sucediendo. Es todo una pesadilla pasajera. No es real».

Pienso en el sueño recurrente de Tim; «recurrente» significa, en este caso, que desaparecía durante períodos. Ojalá pudiera hacer que esta pesadilla fuera igual; lo haría si pudiera, si esa fuese la única salida. «Que esto se detenga ahora y que me pase mañana, o la semana próxima, o el mes que viene. No ahora».

—No es divertido, ¿a que no? —dice mi atacante—. No es en absoluto divertido, ni para ti ni, desde luego, para mí. Piensa en ello. ¿Quiero forzarte? No, no quiero hacerlo.

Me agarro a la idea de Tim. Él está sufriendo más que yo en la cárcel, acusado de asesinato. Debe de estar asustado.

Siento aire frío en mi piel desnuda; demasiada piel. Soy todo superficie, sin esencia. Desintegrándome, perdiendo demasiado, y demasiado rápido. «No siento nada. Piensa en Tim. Piensa en su pesadilla, no en la mía. La primera vez que me lo dijo, la conversación que mantuvimos...».

Tengo que movilizar toda mi energía mental para preparar el escenario. Passaparola, la mesa en la ventana del mirador. ¿Puedo situarme en la imagen por pura fuerza de voluntad y olvidar dónde estoy? Hora de comer, tres semanas antes de que Tim desapareciese de mi vida.

«—Creo que Francine podría haber intentado matarme una vez —dijo—. Pero eso es imposible, ¿no? Si sucedió, debería estar seguro de ello».

En la mesa, su plato favorito, *linguine* con calamares.

Mi lugar seguro se hace añicos cuando las espantosas palabras se derraman en mis oídos.

—¿Sientes vergüenza? Siento lástima por ti, te lo aseguro. Una vez que me conoces, no soy tan insensible como parezco.

«No sientas».

«—No es imposible, no. Las personas intentan matar a otras personas, y a menudo son maridos y mujeres. Aunque es extraño no estar seguro de ello.

«—Yo en tu lugar me sentiría avergonzado. ¿Dirías que soy un cobarde, Gaby? En general, las personas como tú lo son. Yo sí que lo diría, por cierto; yo sí diría que tú eres una cobarde».

«No. Los cobardes no huyen. Solo los más valientes escapan, como yo, de vuelta hacia Tim».

«—Tengo un sueño recurrente. Está ambientado, muy apropiadamente, en Suiza.

«—Es una suerte. Piensa en los impuestos que tendrías que pagar si tuvieras un sueño recurrente ambientado en Gran Bretaña. Seguro que el tipo fiscal aumentaría con cada repetición.

«—Se repite, con sudor frío como efecto colateral, un promedio de tres veces a la semana. Guárdate este dato, ¿de acuerdo? No se lo he contado a Dan ni a Kerry. No es fácil admitir que un sueño te está intimidando. Si es que quieres conservar un mínimo de dignidad, claro».

—¿Te ha pasado esto antes, cuando has estado asustada? —pregunta el monstruo. La piel me quema; es como si se hubiese prendido fuego—. ¿Y bien? Cuando pregunto, espero respuestas, Gaby.

No escucho mis respuestas, solo las preguntas de Tim:

«—¿Por qué iba Francine a tratar de matarme en Suiza? Ya sé que los sueños no son información fiable, pero el escenario es siempre el mismo.

«—¿Habéis estado alguna vez juntos en Suiza los dos?

«—Una vez, en Leukerbad, de vacaciones. Es donde ella se declaró.

«—¿Donde ella se declaró? ¿Ella?

«—Así es. Era 29 de febrero, un año bisiesto. A las mujeres se les permite declararse, y los hombres tienen que decir que sí».

Caí en la trampa.

«—Los hombres no tienen por qué decir que sí».

Tim fingió sorpresa.

«—¿En serio? Francine me dijo que sí».

Esperé.

«—Esas vacaciones fueron, probablemente, el intervalo de tiempo más tranquilo que he pasado con ella. Para lo que Francine es, era feliz. ¿Por qué iba a querer matarme cuando le acababa de decir que me iba a casar con ella? —Vi como Tim perdía la paciencia consigo mismo—. Por Dios, si mi

mujer intentó matarme, en Suiza o en cualquier parte, ¿por qué no lo recuerdo cuando estoy despierto? Si no fuese por ese sueño, no tendría esa idea absurda metida en la cabeza.

»—¿Qué sucede en el sueño? —pregunté».

No hay respuesta. No hay Tim. Se espera que sea yo quien conteste: ¿qué es peor, la vergüenza o el miedo? ¿Qué es lo que me pasa por la cabeza, exactamente? ¿Qué es lo peor que me podría hacer el monstruo ahora? ¿Las tres peores cosas? ¿Voy a tratar de olvidar todo esto en cuanto se acabe? Porque eso iría contra el espíritu de la lección; debo recordarla cada día, para no volver a cometer el mismo error.

Estoy dividida entre dos lugares distintos: un restaurante de Spilling y el infierno.

«Cuéntame ese sueño», me digo a mí misma dentro de mi cabeza, para hacer que el infierno desaparezca.

Tim ha vuelto. «Gracias a Dios».

«—No hay mucho que contar. Estoy en una habitación pequeña; creo que es la habitación de nuestro hotel en Leukerbad, salvo que en el sueño es mucho más pequeña, del tamaño de un cuarto de baño. Cuadrada. Francine camina hacia mí, cruzando la habitación en diagonal; sí, seguro, en diagonal. Camina muy lentamente. No la veo a ella, solo veo su sombra contra la pared blanca, acercándose cada vez más. Lleva el bolso, pero no en la mano, sino cubriéndole el brazo. El bolso es lo que más miedo me da. Dentro del bolso está lo que va a utilizar para matarme. Me quedo mirando el triángulo de pared blanca entre el bolso y la correa; soy incapaz de mirar el bolso directamente».

—Es una suerte que tengas la cabeza tapada con una bolsa —dice el monstruo—, que no puedas ver tu aspecto patético, con las manos atadas detrás de la espalda: como un animal con una cola rosada que se agita.

Dejo de mover los dedos, que se agarrotan. Mis cubiertos se caen al suelo con estrépito. «No, no han sido los cubiertos». No estoy en el restaurante. Ha sido mi medalla de san Cristóbal, que se ha caído del bolsillo de mi chaqueta.

«—Parece como si el brazo de Francine estuviese roto, el brazo del que cuelga su bolso mientras avanza hacia mí —dice Tim—. El ángulo no es del todo...

»—¿Le rompiste el brazo? ¿Os peleasteis físicamente?».

—¡Gaby! —Unos dedos se me clavan con fuerza en el lado de la cabeza—. No estás prestando atención. Cuando hablo contigo, espero que me escuches. Cuando te hago una pregunta, espero que me respondas.

«—Nunca he roto ningún hueso —dice la sombra de Tim—. Ni mío ni de nadie. En mi pesadilla soy la presa, no el depredador. Estoy petrificado, en cuclillas

en un rincón, tratando de quedarme completamente inmóvil y no revelar mi presencia, pero no puedo hacerlo. Mi cuerpo tiembla, moviéndose espasmódicamente en direcciones extrañas. Soy incapaz de controlarlo. Sé que Francine no va a dejar nunca de avanzar hacia mí, deslizándose. Sí, lo que hace es deslizarse, no caminar, ¿no lo he dicho? Cuando me alcance, me apagaré para siempre, y no puedo hacer nada para impedirlo: va a suceder con toda seguridad. Lo único que puedo hacer es quedarme mirando la sombra que se desliza, acercándose, a lo largo de la pared blanca. El brazo torcido de Francine, el triángulo blanco entre el bolso y la correa».

—¿Sabes lo que significa la palabra «humillar»? Significa «hacer humilde». Y eso es lo que te estoy haciendo yo ahora: hacerte humilde. La humildad es una virtud, ¿no? Y por lo que he oído, no es algo que a ti te resulte muy natural.

¿Tim? ¿Dónde estás? ¿Dónde está la mesa?

—Vamos, deja ya de lloriquear como un bebé. No sabes la suerte que tienes.

Puedo hacerlo sola, sin Tim. Puedo hablar por los dos.

«El brazo torcido tiene que ser significativo. Es delgado, demasiado, como el brazo de una persona que sufre hambre. Y... hay algo que sobresale en la carne, un hueso. ¿O es el codo? No, no lo creo. No está en el lugar correcto. ¿Se ha roto Francine el brazo alguna vez? Que yo sepa, no».

—Aléjate de Lauren Cookson y no tendremos ningún problema en el futuro.

—*¿Y el otro brazo de Francine? ¿Es normal en el sueño?*

—*No lo sé; buena pregunta. Creo que no puedo verlo. Sea como sea, no me doy cuenta de él. Solo veo el brazo demasiado delgado y el bolso. Era un bolso de verdad, de los caros. Se lo compré especialmente para nuestro viaje. Cuando regresamos, no volví a verlo. Cuando le pregunté por él, me dijo que se le había roto la correa y que lo había devuelto a la tienda.*

—*¿Alguna vez llegas a la parte del sueño en la que Francine te asesina? ¿Sabes cómo lo hace?*

—En el futuro, asegúrate de no cruzarte con Lauren. Nunca.

—*No a ambas preguntas.*

—*El sueño, ¿empezó mientras aún estabais en Suiza?*

—*Lo tuve por primera vez dos días después de volver. Algo sucedió allí, Gaby; me gustaría saber qué. Si su novia intentase matarlos, la mayor parte de hombres examinarían sus opciones. Si no tuviesen miedo de que los matasen, claro. Es una pescadilla que se muerde la cola, ¿no?*

—Mantente lejos de Lauren y yo me mantendré lejos de ti. No quieres pasarte

la vida mirando por encima del hombro, ¿verdad? Olvídate de Lauren y no tendrás que preocuparte más, todo esto se habrá acabado.

—*¿Le has contado tu sueño recurrente a Francine?*

—*¿Estás de broma? ¿Y si soy yo, que me estoy volviendo loco y me lo estoy imaginando todo? ¿Y si al saber que yo lo sé lo intenta de nuevo?*

—Lauren nunca debió salir a buscarte, para empezar. Tú no eres la única que tiene una lección que aprender.

Prueba policial 1435B/SK

PRUEBA POLICIAL 1435B/SK:

TRANSCRIPCIÓN DE CARTA MANUSCRITA DE KERRY JOSE A FRANCINE BREARY CON FECHA 12 DE ENERO DE 2011

¿Cómo te sentirías, Francine, si te contase que, cuando te casaste con Tim, adquiriste el apellido de su profesora de inglés de la secundaria? ¿Mantendrías la mente abierta por su bien, porque te importa, o te saltarías la fase de curiosidad para pasar directamente a ponerte furiosa? Esta mañana se lo pregunté a Dan y casi le hago escupir los cereales. «¿Mente abierta, Francine? —contestó—. Se pondría roja de ira». Empezamos a reírnos históricamente delante de nuestro bol de Weetabix, como un par de críos colocados. La idea de que se enfade muchísimo alguien que cuando se enfada da miedo solo es divertida cuando no sucede.

Me encantaría contártelo; no toda la historia, solo un avance. Te morirías por saber todos los detalles, pero, como no puedes hablar, no podrás solicitarlos. Quizá yo adoptase el tono de superioridad moral que era tu sello personal y hacerte una pregunta de prueba: «¿Quieres saberlo por las razones correctas o solo para poder montar otra de tus historias de “Otra cosa terrible que me han hecho: La verdad que mi marido ocultó y que yo tenía derecho a saber”?». Si me sintiese realmente vengativa, podría montar el espectáculo de esperar la respuesta que tú serías incapaz de darme. Oh, seguro que me odiarías profundamente por utilizar contra ti tu propia frase de «las razones correctas», por saber algo acerca de Tim que tú no sabes. ¿Cómo se atreve a decírnoslo a Dan y a mí, y a ti no?

Por si aún no te habías percatado, Tim se atreve a contarnos cosas a Dan y a mí porque sabe que aceptaremos sus decisiones, incluso las malas. Como casarse contigo. Como volver a vivir contigo después del ictus. Aunque, de hecho, eso le ha ido bien. Yo estaba segura de que cualquier contacto contigo sería peligroso para él, pero me equivocaba. (Es por eso que nunca debes atacar la autonomía de otra persona, Francine; porque ¿y si estás equivocada? ¿Y si la sometes a un chantaje emocional para que haga lo que tú «sabes» que es lo correcto, y luego resulta que no lo es? ¿No es increíble que haya gente como tú, que necesita que le expliquen esto en detalle?).

Ver a Tim perder el miedo y empezar a ser más natural cuando tú estabas presente me hizo darme cuenta de que me había equivocado. Ya no me preocupa que vuelva a intentar suicidarse; lo que ahora me preocupa es la posibilidad de que te mate, cosa que le proporcionaría tranquilidad psicológica, pero también daría con sus huesos en la cárcel. Dicho esto, creo que Tim podría vivir bastante feliz en la cárcel, más que la mayoría de las personas. Le importa un comino su entorno físico, mientras contenga libros. Tendría una rutina preestablecida, mucho tiempo para leer, muchas personas a las que impresionar y, lo más importante, la prueba de que es un mal tipo.

Creo que eso lo encontraría tranquilizador.

Gracias a Dios, la cárcel es el peor de los casos para Tim. Últimamente he estado pensando mucho sobre nuestro debate sobre la pena capital; ¿recuerdas aquella noche espantosa, Francine? Si las palabras pudiesen dejar cicatriz, las tuyas lo habrían conseguido. Todo empezó como una simple discusión, pero tú enseguida lo convertiste en algo desagradable y personal. Estabas (¿o estás?) a favor de la pena de muerte, mientras que Dan y yo estábamos (estamos) en contra, y cuando tratamos de explicarte nuestras razones, no pudiste soportarlo, ¿verdad? Empezaste a gritarnos, diciéndonos que era gracias a personas como nosotros que muchos asesinos mataban una y otra vez. Nos dijiste que nuestras manos estaban manchadas de sangre. Recuerdo que Dan y yo nos reímos más tarde al recordar que en ese momento los dos nos miramos las manos. Las examinamos, vimos que no estaban manchadas de sangre, y luego hicimos lo que hacíamos siempre que tú montabas una escena: fingir que no te estabas portando mal e incrementar nuestros niveles de cortesía para contrarrestar tu farisaica hostilidad. Cualquier persona que nos hubiera estado observando habría pensado que se trataba de una escena surrealista, como si todos estuviésemos participando en dos diálogos completamente independientes: un sulfurado «¡Lo único que sé es que yo no tengo ningún niño muerto en mi conciencia!», seguido de un meloso «Desde luego, y tu sentido de la justicia es realmente admirable, y entiendo muy bien por qué te sientes como te sientes, pero...» y un encogimiento de hombros de humildad, porque habría sido demasiado incendiario decir «Pero creemos que está mal matar a personas, aunque sea legal y esas personas sean criminales violentos».

Tim nos llamó tres días más tarde para disculparse por tu agresión. Siendo Tim, no utilizó la palabra «agresión», ni dijo «lo siento» en ningún momento de la conversación. Respondí el teléfono y él se rio por lo bajo y me dijo: «La otra noche salisteis bien parados, vosotros dos». El corazón se me cayó a los pies. Habría preferido que fuese Tim quien hubiese salido bien parado, ya que fue él quien no pudo irse al final de esa noche, o de cualquier noche contigo. Era Tim el que tenía que dormir contigo y despertarse a tu lado. A diferencia de mí y de Dan, él no tenía la oportunidad de escapar con alguien que le quería incondicionalmente y con quien estaba de acuerdo; no podía reírse catárticamente e intercambiar opiniones sobre tu necesidad demente de crear infelicidad para ti misma y para todos los que te rodean.

Ingenua de mí, me sorprendió oír que él no había salido bien parado. Incluso en ese momento, cuando ya hacía tiempo que estaba casado contigo, no había asimilado hasta qué punto eras corrosiva. Según tu criterio, pensé, Tim se había portado mejor que Dan y yo, por supuesto. En la medida en la que es posible que alguien no haya hecho nada malo en el Mundo de Francine, él no había hecho nada malo. No había mostrado su desacuerdo contigo acerca de la pena de muerte y no había dicho una sola palabra hasta que la conversación derivó a asuntos menos polémicos.

—¿Le dijiste algo para mosquearla después de que nos fuésemos? —le pregunté, pensando que era algo increíblemente improbable. Tim siempre procuraba decir en tu presencia lo mínimo que le permitiese salir airoso de la situación.

—El problema fue lo que no dije —explicó—. Al parecer, mi silencio fue desleal. Debería haber dejado claro que estaba de su parte.

—¿Estás a favor de la pena de muerte? —pregunté, sorprendida. Probablemente no sea correcto por mi parte, pero asumo de forma natural que todas las personas que me caen bien están en contra.

—Si solo estoy hablando en abstracto, entonces colgaré, guillotinaré y crucificaré todo el santo día para ejecutar mi propia sentencia.

Dos días en la celda de castigo por la deslealtad leve de no defender el punto de vista de Francine. A mí me tocarían al menos quince días por la deslealtad grave de no estar de acuerdo con ella. Y tiene razón: ella nunca sería desleal conmigo, ni leve ni gravemente. Cuando empiece a defender el asesinato público aprobado por el Estado —francamente, ¿qué me impide hacerlo?—, ella estará en primera fila, ovacionándome, incluso después de mi imperdonable comportamiento de la otra noche.

Me quedé paralizada.

—¿Eso fue lo que dijo? ¿Que te defendería si tú estuvieses largando sus opiniones? —Me contuve de decir «bárbaras, fanáticas opiniones».

—Así es —respondió Tim en tono alegre—. Y lo decía en serio. Mi mujer es mejor persona que yo: nunca dice nada si no es en serio. Yo, en cambio, lo hago continuamente. Y siendo justo con ella, Francine cree que nuestras opiniones son intercambiables. El matrimonio se le da mucho mejor que a mí.

Dios mío, Tim podía ser muy exasperante: la forma inexpresiva en la que describía tu actitud y la forma atroz en la que lo tratabas, como si le pareciese bien, solo para tomarme el pelo.

¿Cuál sería el castigo por mentir acerca de su nombre y su familia, si estuvieras en condiciones de imponer castigos, Francine? La sentencia de Tim, ¿sería severa o benévola? ¿Cuánto tiempo en la celda de castigo por decirte que sus padres habían muerto y que no tenía hermanos, cuando en realidad tiene dos —uno mayor y otro menor— y sus padres están sanos y salvos y viven en Rickmansworth? Su apellido no es Breary, sino Singleton. Tim se llamaba así. Breary lo tomó de su profesor de inglés de cuarto año, Padraig Breary, director del internado Gowchester School de día, poeta de noche, muerto de un tumor cerebral en 2007, a los sesenta y tres años de edad. Tim se enteró de su muerte en una revista de poesía de la biblioteca local: si no fuese por la biblioteca, nos contó a Dan y a mí, nunca se habría tomado la molestia de salir de su cuarto de alquiler en Bath para comprar comida. Se habría dejado morir de hambre y ahorrado el engorro de tener que llevar a cabo actos melodramáticos con un cuchillo.

Justo un mes después de la muerte de Padraig Breary, Tim intentó seguir su ejemplo; el mismo día del mes siguiente. No fue Tim quien me lo contó; lo descubrí por accidente meses más tarde, cuando leí una esquila de Padraig Breary en *The Times* que Tim había recortado y guardado. Nunca le dije que

había relacionado las dos fechas.

No creo que tuvieses el más mínimo interés en Padraig Breary, aunque te dijese lo brillante que era como poeta, ¿verdad, Francine? Estabas orgullosa de tu idea de que la poesía era una pérdida de tiempo para todo el mundo. Pero habrías querido saberlo todo de los Singleton, la familia política que Tim te negó y que era tuya por derecho: sus padres, Veronica y Trevor, ambos jubilados ya, y sus dos hermanos, Stuart y Andrew. Veronica era abogada como tú, aunque su campo era el derecho laboral, no las pensiones, así que no era tan similar como para asombrarse de la coincidencia. Trevor era directivo de algo en British Airways. Stuart siguió más o menos el ejemplo de su padre y es piloto, y Andrew tiene una empresa de suministro y distribución de pizzas gourmet. Ambos están casados y tienen un niño cada uno.

No fue Tim quien me contó lo de las profesiones y las familias de sus hermanos, porque no sabe nada de eso. Poco después de su intento de suicidio contraté a un investigador privado para que buscara información sobre Stuart y Andrew Singleton. Si Tim quiere dar con ellos algún día, le he ahorrado el trabajo. Aunque, a decir verdad, no lo hice por eso, sino más bien porque quería poder ponerme en contacto con ellos con facilidad si algo le pasaba a Tim. Aunque no mantengan relación, yo quería que lo supiesen; y, en el caso de ellos, también quería saberlo.

No creo que exista ninguna circunstancia que pudiera hacer que yo quisiera ponerme en contacto con Veronica y Trevor Singleton, que nunca hablaban con sus hijos salvo para los aspectos más prácticos de la vida cotidiana, que nunca los besaban ni los abrazaban ni les decían que les querían, que nunca los llevaban a los sitios a los que los niños quieren ir fuera del mundo adulto. De todas las historias que Tim nos contó a Dan y a mí (con tono humorístico y como si le hubiesen pasado a otra persona), la que más recuerdo es su descripción de las comidas familiares: Veronica y Trevor leyendo en silencio mientras deglutían la comida, que cada día era idéntica —gachas para desayunar, ensalada y pescado en lata para almorzar, estofado para cenar— sosteniendo los libros muy cerca para que sus hijos no pudiesen verles las caras. Nunca, jamás, compraban libros para sus hijos, aunque no les importaba que Tim leyese sus novelas baratas cuando las terminaban, algo que hizo en cuanto tuvo edad para ello. Stuart y Andrew nunca mostraron interés alguno; solo leían en la escuela cuando los obligaban.

Los chicos Singleton no tenían permiso para disgustarse o llorar, ni para enfadarse o discutir o hacer cualquier tipo de jaleo, ni para tener problemas de ninguna clase, ni para traer amigos a jugar a casa por si esos amigos causaban alguna molestia, ni para tener mascotas. Cada día se inculcaba a Tim, Stuart y Andrew que su presencia solo se toleraría si era lo más parecida posible a una ausencia. Se esperaba de ellos que fuesen como sombras, que no molestasen.

Durante los dieciocho años que Tim vivió en casa de sus padres, no se quejó y obedeció siempre; era el buen hijo cuyas necesidades nunca causaban inconvenientes a sus padres porque, al parecer, carecía de ellas. De niño, Stuart sufría todo tipo de trastornos alimentarios y tuvo que ser hospitalizado varias veces por desnutrición, porque era incapaz de mantener la comida

dentro del cuerpo. Cuando lo visitaban, Veronica y Trevor llevaban carpetas llenas de papeles y los libros que estuviesen leyendo y solo levantaban la vista de las páginas ocasionalmente, para decirle a Stuart que se pusiera bien rápidamente porque su enfermedad representaba un nuevo problema para ellos.

Los médicos nunca averiguaron qué le pasaba. «Es porque la pertenencia a la familia Singleton no aparece en las radiografías», nos dijo un día Tim a Dan y a mí. Los tres nos reíamos con frecuencia de nuestras espantosas familias. ¿Qué íbamos a hacer, si no? Nunca te lo dije, Francine, pero mi padre es un pedófilo convicto. Ha estado dos veces en la cárcel. Mi madre, increíblemente, sigue con él. Le apoyó, y ahora vive siendo la mujer de un delincuente sexual conocido. Lo último que supe de ellos es que mis hermanas seguían en contacto intermitente con él, tratando de sacar algo bueno de una situación pésima. Yo hace casi diez años que no hablo con ninguno de ellos. Para mí es la única forma de sobrellevarlo: encerrarlo, seguir con mi vida, tratar de ser la persona que soy capaz de ser (algo que tú me pones muy difícil, Francine).

Se supone que debería estar hablándote de Tim, no de mí. De sus horribles padres, no de los míos. Su hermano Andrew se metió en el mundillo local de las drogas cuando era adolescente y acabó en una institución penitenciaria para jóvenes. Veronica y Trevor no lo visitaron ni una sola vez. «La conducta criminal de Andrew es una llamada de atención y no se le debe dar satisfacción», decían. Stuart lo visitó una vez y, como castigo, Trevor y Veronica estuvieron seis meses ignorándole, pero Tim no tuvo valor para enfrentarse a sus padres. «No podía arriesgarme —decía—. Mamá y papá estaban siempre discutiendo si valía la pena pagar la escuela de Stuart y Andrew, siendo como eran un sufrimiento continuo. Nunca dijeron nada sobre mí, pero sabía que empezarían a hacerlo si me apartaba lo más mínimo de la línea, y la escuela era el único lugar que me gustaba».

Tim fue un alumno brillante en Gowchester y consiguió una matrícula de honor en lengua inglesa en la Universidad de Rawndesley. Luego vino la formación en contabilidad, el buen empleo, el piso alquilado con vistas al río... Todo ello formaba parte de su plan de huida desde el principio. Finalmente tenía casa e ingresos propios, y ya no necesitaba a sus padres para nada. También se había cambiado el apellido por Breary, pero su familia no lo sabía. No les había dicho nada acerca del piso, y les mintió sobre la empresa para la que trabajaba. Se mudó sin avisar a los Singleton, y no ha tenido contacto alguno con ellos desde entonces. Hasta donde él sabe, ninguno de ellos ha intentado encontrarle.

¿Qué harías tú con esa información, Francine? Si te contase la historia que acabo de escribir y tú estuvieses en perfecto estado de salud, ¿qué harías? O quizá lo que debería preguntarte es: ¿qué obligarías a Tim a hacer? ¿Te parecería bien que él hubiera decidido excluirse de la familia en la que nació y dejado atrás su nombre? No lo creo. ¿Le criticarías por abandonar a sus hermanos? Es lo que haría la mayor parte de gente. El sufrimiento de Tim cuando era niño no fue culpa de Andrew ni de Stuart, Francine, es cierto, pero ellos no han cortado relaciones con Trevor y Veronica, y Tim cree que no es probable que eso vaya a cambiar; por eso no puede tolerar que estén

presentes en su vida.

No creo que tú confiases en que su decisión fuera la correcta. Seguro que exigirías conocerlos a todos. Por eso Tim nunca se habría arriesgado a decírtelo: porque tú habrías intentado hacerte con el control.

Por eso es difícil lamentar tu estado de indefensión, de impotencia, Francine. No te puedes defender, y eso quiere decir que, por fin, Tim sí puede. Espero por su bien que no te mate; pero, si lo hace, será el caso más claro de defensa propia de la historia, y no me importa lo que diga la ley.

12/3/2011

—Gaby escribió esos tuits sobre su ataque ella misma —dijo Sean Hamer.

Este tenía un aspecto extraño en relación con la habitación en la que se encontraba. Gibbs supuso que los colores y los muebles los había elegido Gaby; había mucho rosa y verde pálidos, cortinas de seda y jarrones chinos (o puede que japoneses) con aspecto de ser muy caros esparcidos por las diversas superficies planas. Del pomo de la puerta que daba a la habitación colgaba un minúsculo bolso de seda con una larga correa y un estampado de dragones. Lo que más desentonaba era el televisor de la esquina, sintonizado en una silenciosa transmisión de fútbol, y Sean Hamer, vestido con una reluciente camiseta de fútbol, vaqueros gastados y un par de viejas zapatillas de deporte. Y Gibbs, que llevaba preguntándose desde que llegó si Liv hubiese decorado una habitación como lo estaba este salón. Sabía que nunca se lo preguntaría, porque ella se reiría de él. Y, de todos modos, sería demasiado deprimente, porque ellos dos no compartirían nunca un espacio vital de ninguna clase.

Gibbs esperó a que Hamer dijese algo más. No parecía ser consciente de haber dejado ningún hueco. Su tono no podía ser más razonable; realmente creía que estaba siendo de ayuda. La actitud hacía que Gibbs se sintiera incómodo al preguntarle si tenía pruebas para apoyar su afirmación. No incómodo: implicado. Al principio no supo por qué; luego se dio cuenta: Hamer se comportaba como si él y Gibbs hubiesen demostrado, a su entera y mutua satisfacción, que Gaby estaba detrás de los tuiteos de la cuenta de Twitter de Tim Breary. Lo que había dicho llevaba implícito un «Ha quedado demostrado que...», mientras que, por lo que a Gibbs respectaba, no había nada demostrado.

—¿Qué le hace estar tan seguro de que fue Gaby?

—Porque sé que no la atacaron, y ninguna otra persona sería capaz de inventarse una cosa así —dijo Hamer de nuevo, como si ya hubiesen cubierto todos los supuestos necesarios para alcanzar esa conclusión.

Qué extraño.

—¿Cómo sabe que no la atacaron, señor Hamer? ¿Cómo sabe que ninguna otra persona se lo inventaría? ¿Acaso conoce a todas las personas del planeta?

—De verdad, esté donde esté, Gaby se encuentra perfectamente. Siempre lo está; ella misma se asegura de ello.

—¿Tiene alguna prueba de que Gaby enviase esos tuiteos? —insistió Gibbs. Hamer asintió.

—Probablemente sabe la contraseña de Twitter de ese Tim Breary. Seguramente lleva años liado con él a mis espaldas.

—¿Probablemente la sabe? ¿O seguro?

—Claro que la sabe.

Hamer miró por encima del hombro hacia el silenciado partido de fútbol y luego se giró hacia Gibbs a cámara lenta, como si volver la cabeza en esa dirección le exigiese un esfuerzo sobrehumano.

—¿Cómo sabe que Gaby sabía la contraseña de Twitter de Tim Breary? ¿Cómo sabe que no la atacaron?

—Ya se lo he dicho. —La voz de Hamer era una mezcla de impaciencia y confusión.

Gibbs podía imaginar que todo sería muy confuso para alguien incapaz de razonar con lógica y que realmente creyese que había aportado pruebas de sobra, cuando en realidad no había aportado ninguna.

—Me ha dicho lo que cree que es verdad, pero no me ha ofrecido prueba alguna para apoyarlo, así que no estoy muy seguro de lo que le hace pensar lo que piensa.

Hamer suspiró.

—Mire, la víctima aquí soy yo, no Gaby.

—¿Víctima de qué?

—Ella me dejó. Se fue sin avisar, sin intentar rescatar nada. Nada de nada.

—Así que usted es víctima de abandono —dijo Gibbs—. Pero eso no quiere decir que ella no fuese la víctima de un ataque anoche.

—No le pasó nada a Gaby anoche. Ya se lo he dicho.

Por los clavos de Cristo.

—Sí, señor Hamer, ya me lo ha dicho. Pero, si no sé en qué basa su opinión, no puedo estar de acuerdo o en desacuerdo. Lo único que puedo decir es «Oh, sí, le pasó algo a Gaby anoche» y usted contestar «Oh, no, no le pasó nada». Sería una conversación inútil, ¿no cree? No iríamos a ninguna parte.

—No le pasó nada —insistió Hamer—. Gaby siempre cuida bien de sí misma. No falla nunca. Es... ¿cómo se dice?

Gibbs estuvo tentado de decir algo aleatorio (por ejemplo, «carretilla») solo por oír a Hamer decir: «No, no es esa la palabra que buscaba». «Sí, lo es. Y deje que se lo “demuestre” repitiéndolo una vez más: sí, lo es».

—La verdad es que estaría contento de no volver a oír jamás el nombre de Gaby Struthers —dijo Sean al cabo de unos instantes.

—Si no vuelve a oír nunca el nombre de Gaby Struthers será porque se ha quedado sordo —contestó Gibbs—. ¿Está seguro de que no se ha puesto en contacto con usted desde que se fue ayer por la tarde?

—Apenas teníamos contacto ya antes de que se fuera. —Hamer volvió a estirar el cuello para comprobar el silencioso fútbol. Esta vez no se dio la vuelta de nuevo, sino que siguió hablando dando la espalda a Gibbs—. Por eso no la voy a echar de menos. Nunca estaba aquí y, cuando estaba, su mente estaba puesta en el próximo viaje de trabajo o... probablemente en él, en Tim Breary. Lo único que pretende fingiendo ese ataque, haciéndome creer que la han secuestrado o algo así, es molestarme.

—¿Secuestrado? —Gibbs se fijó inmediatamente en la palabra utilizada—. ¿Por qué lo dice?

—Seguramente es lo que quiere que piense. O peor, que la han violado, o asesinado, o cortado en trocitos. —De mala gana, Hamer volvió a mirar hacia Gibbs y se encogió de hombros—. ¿Quién sabe?

—No parece muy preocupado.

—No lo estoy. De ahora en adelante, me preocuparé de mí mismo. He estado demasiado tiempo pendiente solo de Gaby, pero ya no más.

Gibbs no creyó por un segundo que esa actitud de Hamer de «¿Por qué iba a preocuparme por alguien que no fuese yo?» tuviese más de veinticuatro horas de vida. Si había estado tan unido a Gaby hasta ayer mismo, no estaría hoy hablando tan a la ligera de que la cortasen en trocitos.

—¿La siguió cuando se marchó? —preguntó Gibbs—. ¿En coche, o a pie? ¿O la llamó por teléfono?

—No, dejé que se fuera.

—¿En serio? Su novia, con la que está viviendo, corta una relación de años, ¿y usted no sale tras ella?

—He practicado mucho —respondió Hamer—. Llevo dejando ir a Gaby desde que estamos juntos. Siempre se estaba marchando. Estaba acostumbrado.

—¿Por trabajo, quiere decir?

Hamer asintió.

—No conozco a muchos tíos capaces de aguantar algo así, la verdad.

A Gibbs, la idea le pareció interesante: él era un tío que al mismo tiempo lo aguantaría y no lo aguantaría. De Debbie, ni hablar; pero si estuviese casado con Liv, o viviesen juntos... Tal como se sentía en esos momentos, Gibbs habría aceptado de buen grado que Liv estuviese fuera de casa seis noches por si pudiese pasar una noche de cada siete en la misma cama que ella. Se preguntó si la razón de que se sintiese de esa manera era que la boda de ella estaba cada vez más cerca.

—¿Dónde estaba usted cuando Gaby salió de la casa? —le preguntó a Hamer.

—Estaba aquí dentro. Ya le he dicho que discutimos. Se había acabado todo entre nosotros. La dejé en el piso de arriba, entré aquí, cerré la puerta y me puse a ver el fútbol. Cuando oí cerrarse la puerta principal, supe lo que significaba, y pensé: «Ya era hora».

—Entonces, ¿no salió al vestíbulo para ver dónde iba?

—No; me quedé aquí.

Gibbs echó un vistazo a los sedosos dragones del bolsito que colgaba del pomo de la puerta. Era una pena que no pudiesen confirmar el relato.

—¿Así que no vio si se llevaba una maleta?

—No, pero se ha llevado mucha ropa suya. Lo vi cuando subí a la cama anoche.

—¿No vio si se había llevado su coche?

—Me daba igual.

Gibbs estaba cada vez más convencido de que a Hamer le importaba mucho Gaby, aunque de una forma huraña y contraproducente. A muchos hombres, las mujeres les importaban de esa misma forma. ¿Se incluía él mismo? No, hacía tiempo que no había sido huraño con Liv; le ahorra ese aspecto de su personalidad y se lo llevaba a casa, para Debbie. Sabía que no era justo, pero era más sencillo para él mantener las luces y las sombras separadas; de algún modo singular, era un alivio ser dos personas completamente distintas compartiendo un cuerpo, en lugar de ser lo que había sido durante mucho tiempo antes de conocer a Liv: un gilipollas en piloto automático permanente que nunca pensaba en cómo se sentía y que no lo habría podido averiguar ni aun pensándolo. Liv le había salvado. El mayor de sus temores era que su matrimonio cambiase las cosas entre ellos y volviese a empujarlo a ese lugar en el que ya había estado.

—¿Oyó el coche de Gaby? —le preguntó a Hamer—. ¿O algún otro coche?

—No. Subí el volumen y me concentré en el partido. O al menos lo intenté, porque ustedes me lo pusieron bastante difícil.

—Según el agente Joseph y el agente Chase, fue usted quien les puso las cosas difíciles a ellos. Dijeron que se negó a responder a sus preguntas y que no les quería dejar pasar sin una orden judicial. Ambos describieron su conducta y su actitud como sospechosa.

Hamer agitó la cabeza, en un gesto de «esto es increíble».

—Mire, lo único que quería era librarme de ellos lo antes posible, así que los hice esperar en el umbral.

—Eso es lo que les pareció sospechoso, dado que estaban intentando encontrar a su novia desaparecida.

—Ex —dijo Hamer.

—¿Sabe lo que me dijo el agente Joseph? No debería decírselo, pero lo haré. Dijo que actuaba como si tuviese un cadáver detrás de la puerta y no viese el momento de librarse de la policía para poder enterrarlo en el jardín.

—Tiene gracia. —Hamer sonrió y luego se rio por lo bajo.

—Solicitaremos la orden judicial en cuanto Gaby lleve veinticuatro horas desaparecida.

—Puede registrar la casa ahora mismo, si quiere —dijo Hamer—. Y el jardín. Usted mismo. No tenía ningún cuerpo detrás de ninguna parte. Es solo que no quería perderme el fútbol. Por eso largué a sus compañeros polis. Ya he perdido una parte importante de mi vida con Gaby; no quería seguir perdiéndola. Se lo habría contado a ellos, pero... bueno, la verdad es que, fuera de contexto, suena un poco duro.

A Gibbs le habría encantado corregir la definición de Hamer de la palabra «duro», pero eso habría sido poco profesional. Esperaba que, estuviera donde estuviese Gaby Struthers y fuera lo que fuese lo que le hubiera sucedido, pudiera al menos disfrutar del hecho de no estar aquí por más tiempo.

—Empezaré por el piso de arriba, pues —informó a Hamer mientras se ponía de pie.

—Todos sabíamos el ID de Tim: @mildcitizen —le dijo Kerry Jose a Sam—. Es el título de uno de sus poemas favoritos, de un poeta llamado Glyn Maxwell. Su contraseña es «dowerhousetim». Todos la sabíamos también. De hecho, se la sugerimos nosotros, cuando él tenía problemas para pensar en cualquier cosa.

—¿Quién se la sugirió? —preguntó Charlie. Kerry se ruborizó.

—No lo recuerdo. Estábamos todos aquí, en esta misma habitación. Tim estaba sentado aquí, donde estoy yo ahora, con el portátil en las rodillas.

Lauren Cookson —delgada, pálida como un holograma y envuelta en una bata peluda— asentía mientras Kerry hablaba, como si quisiera dar prisa a las palabras.

—¿Aquí? —Charlie no intentó ocultar el sarcasmo—. ¿Reunidos alrededor del fuego, copas de vino en la mano, todos discutiendo cómo debía llamarse Tim en una red social y cuál debía ser su contraseña?

—Sí —dijo Kerry casi en un susurro.

—¿Jason también estaba aquí?

—Sí.

De nuevo, Lauren asintió vigorosamente para corroborar la respuesta de Kerry.

—Qué sociable que todos ustedes estuviesen implicados —dijo Charlie en tono monocrorde—. Qué inclusivo. Así que no era solo uno de ustedes quien conocía los datos de Tim.

—Así pues, cualquiera de ustedes podría haber tuiteado tres veces desde su cuenta anoche —dijo Sam—. Sabemos que él no lo hizo; tenemos la declaración como testigo del bibliotecario de la prisión. Entonces, ¿quién de ustedes fue?

—Ninguno de nosotros. —La voz de Kerry era agitada—. Estuvimos aquí juntos toda la noche; desde que Jason trajo a Lauren de vuelta del aeropuerto, a las cuatro treinta, hasta que nos fuimos a la cama, a las once.

—La seguridad de los grandes números —murmuró Charlie—. De acuerdo, probemos con esto: Kerry, ha demostrado que se ha aprendido bien su papel; la felicito. Ya ha pasado su turno como portavoz. Lauren, ¿por qué no se hace cargo de él usted durante un rato? ¿Dónde está Jason esta mañana?

Sam estaba intentando no volver a pensar en *Asesinato en el Orient Express* de Agatha Christie, en el que todos los sospechosos habían cometido el crimen juntos. Le estaba costando. Dower House era exactamente el tipo de casa que podía aparecer en una adaptación de Poirot de la ITV; y, a pesar de que Kerry y Dan Jose llamaban a la habitación en la que estaban sentados simplemente «el salón», Sam se imaginaba una estancia con una chimenea de piedra tallada, persianas, asientos de madera bajo las ventanas y techo con molduras decorativas. Estaba impecablemente pulcro, en un contraste sorprendente con la cocina, que era la habitación más desordenada que Sam había visto. No era habitual encontrarse con los dos extremos en la misma casa.

Charlie se había acercado a la ventana y estaba de pie contemplando el verdor y el aire gris por la llovizna. ¿Estaba también ella pensando en *Asesinato en el Orient Express*?

Tim Breary, Kerry Jose, Dan Jose, Lauren Cookson, Jason Cookson. Quizá todos en conjunto eran los responsables del asesinato de Francine, o del ataque de anoche a Gaby. En ese caso, ¿por qué decían cada nueva mentira como grupo perfectamente coordinado? También Sam se fijó, miraban y se giraban al unísono. Cuando él miraba a cualquiera de ellos, todos bajaban la vista, pero en el momento en que él apartaba la suya, podía sentir tres pares de ojos clavados en él. Dos de ellos, los de Kerry y los de Lauren, estaban rojos e hinchados cuando Sam y Charlie llegaron por la mañana; en cuanto a Dan, aunque no parecía haber llorado, parecía aún más desanimado que ambas mujeres. A pesar de que apenas había abierto la boca, Sam había percibido un aturdimiento en sus palabras y movimientos, que sugería que le costaba creer dónde había acabado y que no veía la forma de salir de ahí. Igual que Lauren, llevaba pijama y una bata; Kerry era la única de los tres que se había molestado en vestirse, a pesar de que Sam los había avisado con hora y media de antelación.

—¿Lauren? —dijo Charlie.

Esta rompió a llorar y ocultó el rostro en el cuello marrón de la bata.

—¿Por qué no nos dejan en paz de una puta vez? —dijo a través del tejido.

—Jason está hoy trabajando en la reforma de la casa de un amigo —explicó Kerry—. Estará fuera todo el día.

—No importa —contestó Charlie—. Pueden simplemente contarnos lo que él hubiera dicho de estar aquí. ¿O quizá tienen un guion con sus líneas subrayadas?

—No, no lo tenemos —respondió Kerry, como si se hubiese tratado de una pregunta en serio.

—¿Hay algo que quieran preguntarnos? —dijo Sam, mirando a Dan.

—¡Pensé que habían venido para hacer ustedes las preguntas, no al revés! —saltó Lauren. Sam estaba llegando rápidamente a la conclusión de que no era tan indefensa como había supuesto la primera vez que la vio.

—Es solo que me pregunto por qué ninguno de ustedes ha preguntado aún por el contenido de los tuits enviados anoche desde la cuenta de Twitter de Tim. A menos que ya lo sepan.

Dan agarró con fuerza los brazos tapizados de su asiento. Kerry reaccionó enseguida:

—Yo lo habría preguntado, pero pensé que no querrían decírnoslo.

Sam se sacó del bolsillo un papel doblado y lo desplegó en el regazo.

—Tim solo ha enviado seis tuits, y tres de ellos no eran suyos. Los números uno al tres son de mayo del año pasado. Los dos primeros eran una cita de un

poema que no cabía en un solo tuit. No dice ni el título ni quién lo escribió: «He descrito la tentación como divertida. / Ahora él puede vacilar o abstenerse. / Su derrota es de una clase superior / Y mi victoria es de una clase inferior». El tercero es también una cita. Sin título, pero el poeta es C. H. Sisson: «Lo mejor que se puede decir es nada / Y eso no lo digo / Pero lo diré cuando yazca / En silencio el día entero».

—A Tim le encantaba ese poema —dijo Kerry. Ella y Dan se miraron e intercambiaron un mensaje silencioso que Sam fue incapaz de interpretar. Sin embargo, sí captó la carga emocional: dolor.

—Los tuits número cuatro al seis son de anoche. Son un poco menos poéticos. El primero es «Llamad a la policía están atacando a mujer junto a casa horse fair lane spilling no lo ignoréis». Luego «URGENTE mujer Gaby Struthers atacada en camino detrás de su casa la violarán la matarán si alguien no llama policía». Y el último: «Ayuda Gaby Struthers llama policía AHORA no puedo hacer nada tengo miedo NO ES UNA BROMA!!!».

—¿Alguno de ustedes sabe algo de estos tres últimos tuits? —preguntó Charlie. Lauren y Kerry negaron con la cabeza. Dan se quedó mirándose el regazo.

—¿Dan? —preguntó Sam.

—No, nada —respondió en tono de derrota.

—¿Es eso cierto? —preguntó Sam—. Porque no sabemos dónde está Gaby. Cualquier cosa que nos digan podría ayudarnos a encontrarla.

—¿Que no saben dónde está? —dijo Lauren, saltando de su asiento como un animal salvaje—. ¿Y eso qué coño quiere decir?

Se puso en pie frente a Sam, temblando de ira, como si fuese culpa de él, como si él hubiese deslocalizado deliberadamente a Gaby Struthers por puro rencor.

—Lauren, cálmate —le advirtió Kerry.

—Lo que quiere decir es que te calles, Lauren —dijo Charlie—. Le preocupa que por error digas algo que no sea mentira.

—¿Por qué no están buscándola? —preguntó Lauren entre sollozos—. ¿Por qué están aquí perdiendo el tiempo cuando deberían estar buscando a Gaby? —Se volvió hacia Kerry—. ¿Y si ha hecho alguna tontería? Ella no lo haría, ¿verdad que no? No es de esa clase de personas que harían una tontería, con lo inteligente que es, ¿no?

Kerry cerró los ojos.

—Estamos haciendo todo lo que podemos para encontrarla —dijo Sam.

—¡Eso no es verdad! ¡Están aquí sentados en una puta silla, sin hacer una puta mierda!

—Nosotros no somos los únicos oficiales de policía de Culver Valley —repuso Charlie.

—¡Yo no he dicho eso!

—Hay otros detectives buscando a Gaby —explicó Sam—. Los hoteles cercanos a la prisión de Combingham son el primer sitio en el que mirar. Si no tenemos suerte allí, nos pondremos en contacto con su familia, sus amigos...

—¡Podrían estar haciendo eso ahora mismo —dijo Lauren en tono acusatorio— en lugar de estar descansando el culo en una casa pija!

—Sam no está aquí para mejorar su estatus social —le respondió Charlie.

—Esta mañana ya he hablado con algunos de sus colegas más próximos, incluido el que nos llamó para contarnos lo de los tuits, Xavier Salvat.

Al principio, Sam había sospechado de las explicaciones de Salvat, diciendo que había visto los tuits buscando el nombre de Gaby en Twitter por ninguna razón en particular. Afirmaba que lo hacía con frecuencia por pura curiosidad, para ver si se mencionaba a Gaby, a Rawndesley Technological Generics o al trabajo que hacían. A Sam le había parecido bastante inverosímil esta coincidencia, pero sabía que Charlie no estaba de acuerdo. Le contó que su hermana estaba siempre buscando menciones en Twitter de su propio nombre y de los de personas a las que conocía, aparentemente para «enterarse de los últimos chismes».

Lauren se había situado delante de Sam y le apuntaba con el dedo.

—Dejen de hablar y empielen a hacer algo —gruñó—. Si Gaby ha hecho alguna tontería...

—Un momento, Lauren —dijo Charlie—. Por cómodo que le resulte echarnos la culpa a nosotros, ¿cuál es su papel en todo esto? Si Gaby está en peligro (peligro de cualquier clase, por ella misma o por terceras personas), ¿cree que mentirnos la está ayudando? Sé que quiere ayudarla, y entiendo que esté asustada...

—¡No lo estoy!

—Sí lo está. Le da un miedo terrible la verdad, sea cual sea. —Charlie empezó a caminar hacia ella—. Por eso fue hasta Alemania para hablar con Gaby, ¿verdad? Quería contarle lo que le estaba pasando a Tim, decirle que él era inocente para que ella pudiera hacer alguna cosa, y sabía que la única forma en que iba a atreverse a hacerlo era en otro país, a miles de millas de casa. Un mundo distinto, sin ninguna relación con el resto de su vida. Y aun así, no pudo hacerlo, ¿verdad? Huyó.

Lauren se estaba mordiendo las uñas con la vista fija en el suelo de madera pulida.

—Si tanto le importa Gaby...

—¡Claro que me importa!

—Entonces, ¿por qué solo se ha alterado cuando ha oído que estaba desaparecida? —preguntó Charlie—. ¿Por qué no cuando Sam leyó los tres tuits que decían que la estaban atacando, que quizá la hubiesen violado y matado? ¿Quiere decirme por qué no?

—¡Lo que quiero es que se largue de una puta vez! —le gritó Lauren a la cara. Sam se sobresaltó; le habría gustado poder imitar la compostura de Charlie al enfrentarse con una agresión.

—No la afectaron los tuits porque ya sabía lo del ataque a Gaby, ¿verdad? —Charlie se volvió hacia Kerry y Dan—. Todos lo sabían; de ahí los ojos rojos de esta mañana. Pero pensaban que, después del ataque, Gaby estaba bien: viva, de una pieza, sin demasiados daños. ¿Que cómo lo sé? Porque, cuando supo que estaba desaparecida, Lauren, le preguntó a Kerry si era posible que hubiese hecho alguna tontería. A pesar de que sabía, por los tuits, que era bastante probable que hubiesen atacado a Gaby junto a su casa, sabía que el atacante no era el responsable de su ausencia, ¿verdad? Quizá estaban allí, mirando; usted sola o todos. Puede que uno de ustedes fuese el atacante, o que lo fueran todos.

—¿Cómo puede pensar una cosa así? —La voz de Kerry era trémula—. Es... asqueroso. Yo quiero a Gaby, jamás le haría ningún daño.

—Entonces, ¿fue Jason quien la atacó? ¿Es él la persona a la que están protegiendo, fingiendo que estaba aquí cuando Gaby fue atacada? Por cierto, antes de irnos vamos a necesitar el nombre y la dirección del amigo cuya casa está ayudando hoy a reformar. Espero que no sea un problema.

—¡No sé cómo se llama! —Lauren se quedó mirando a Charlie con los ojos como platos—. Jason no me cuenta estas cosas. Lo único que me dijo fue que iba a casa de un amigo. No sé nada más.

«Qué oportuno», pensó Sam. Kerry se puso a llorar. Dan apartó la vista.

—El ataque, ¿era para advertir a Gaby que dejase de investigar la posible inocencia de Tim? —preguntó Charlie, barriendo la habitación con la vista—. En ese caso, no habrían tenido que hacerle demasiado daño (bueno, Jason no habría tenido que hacerlo). Hubiese bastado con darle un susto. Ya que quieren tanto a Gaby, ¿fue eso lo que pactaron? ¿Un ataque pequeño, no demasiado grave? Y luego alguien se desvió del acuerdo, alguien que estaba viendo el ataque pensó que se les estaba yendo de las manos, que no se sabía cómo iba a acabar. A alguien le dio un ataque de pánico. ¿Fue a usted, Lauren? ¿No podía decir nada, no podía correr el riesgo de correr o gritar por si Jason se volvía en su contra, así que utilizó el teléfono para enviar un tuit

de socorro mientras él estaba ocupado atacando a Gaby?

Lauren negaba con la cabeza.

—Tenemos a detectives trabajando en el rastreo de los tres tuits —dijo Sam—. Dentro de uno o dos días averiguaremos en cuál de sus teléfonos u ordenadores se han originado, así que será mejor que nos lo digan ahora.

Lauren lanzó un aullido.

—¿Es que son idiotas? —le gritó, casi provocándole un ataque al corazón—. ¡Me importa una mierda lo que hagan con mi teléfono, por mí se lo puede meter en ese roñoso culo suyo! ¡Encuentren a Gaby!

Rebuscó en el bolsillo de la bata, del que sacó algo. Sam vio un reflejo plateado.

—¡Suelte eso! —gritó Charlie.

—No pasa nada.

Sam vio lo que era: no un cuchillo, solo el teléfono de Lauren. Lo tiró en su regazo y salió corriendo de la habitación.

Sábado, 12 de marzo de 2011

La mujer que está delante de mí en la cola tiene caspa en los hombros de su chaqueta negra. Está más alterada que yo; como Lauren en el aeropuerto. El nombre de Lauren en mi cabeza hace que me cueste más estar aquí, donde tengo que estar, aunque por lógica sé que no es posible atraer otro ataque únicamente pensando en ella.

Aún puedo ser racional, y lo demostraré quedándome aquí. Si me voy, mis pensamientos vendrán conmigo. Si huyo de un hombre que no está en este lugar, ¿cómo voy a saber que no estoy huyendo hacia él? Podría estar en cualquier parte.

Como Lauren en el aeropuerto, la mujer enfrente de mí está gritando. No veo la cara del hombre a quien grita, solo una parte de su cuerpo vestido con uniforme de policía detrás de la barrera de cristal. Me imagino el rostro de Bodo Neudorf, a salvo de esta invectiva, en Alemania.

—Le diré una cosa: esta vez, no me vuelvan a enviar el carnet de conducir; ¡quédenselo! ¡Así me ahorran la molestia de tener que traerlo cada cinco minutos!

Fijo la vista en un gran adhesivo gris pegado en la pared e intento no escuchar. Tengo las palmas de las manos húmedas, y me pican. Las esquinas del adhesivo son curvas, y dice: «Estas instalaciones disponen de un bucle de inducción para personas con dificultades auditivas».

—¿Me habrían parado si hubiese estado consultando un mapa? —pregunta la mujer—. No tengo GPS en el coche; lo tendría, pero no tengo tiempo para comprarlo, ni siquiera para pensar en ello. ¡Lo que sí tengo es un mapa de carreteras hecho polvo, pero lleva un año en el maletero, cubierto de barro por las botas de fútbol de mis hijos! Solo utilizo el teléfono cuando conduzco para leer las instrucciones que me envió a mí misma por correo electrónico. Si mirase un mapa, no me las habría cargado, ¿verdad? ¡Entonces no deberían multarme por mirar instrucciones en el teléfono!

Es la víctima de una injusticia imaginaria y tiene envidia de los fantasmas; los fantasmas que circulan por la M25 hojeando sus mapas de carreteras impecables y sin barro, vitoreados por la policía.

«Se supone que lo que tienes que mirar es la carretera y los espejos, y nada más».

No se lo digo a la mujer porque me da miedo; y también me da miedo el hombre al que está abroncando, y las dos mujeres sentadas detrás de mí en la

zona de espera. Todos me dan miedo. Desde ayer he estado vigilando atentamente mis sensaciones y la que bloquea todas las demás es el miedo. Miedo de todo: de mi entorno, de mí misma, del ruido, del silencio, de todas las personas que veo u oigo o me cruzo en la calle. Como era de esperar, tengo miedo del hombre que me atacó, porque no puedo verle y por tanto no sé dónde está, si está cerca o no, pero parece que estoy igualmente asustada de todas las personas que no son él, y eso era algo que no me esperaba. Sola y encerrada en el coche, tengo miedo de no poder abrir las puertas y salir si necesito hacerlo; fuera, tengo miedo de que esté a punto de pasar algo horrible, algo todavía peor.

Pensaba que el pánico empezaría a disiparse al terminar el ataque. Cuando no fue así, supuse que había juzgado mal el tiempo que tardaría en pasarse, y aún debe de ser así. Todavía no han pasado veinticuatro horas, es demasiado pronto para decidir si debo sentirme como me siento ahora.

Es lo que más miedo me da: quedarme atrapada en este estado, en un grito de terror silencioso. Antes de irse —lentamente, con actitud satisfecha, sin molestarse siquiera en correr— me liberó las muñecas, pero no liberó mi mente, y esa es la parte que realmente necesitaba que liberase. Aún puedo sentir la bolsa de plástico rodeándola.

Quizá debería darme un poco más de tiempo, pero ¿dispongo realmente de esa opción?

Me niego a sacrificar el resto de mi vida por esto. Si pensara que puedo librarme, renunciaría incluso a sacrificar el resto del día. En mi trabajo hay decisiones y negociaciones importantes que requieren mi atención: tenemos que limar nuestra propuesta de valor, convencer a Sagentia de que el margen de beneficio significativo debe estar en los materiales desechables, que deben mantenerse tan simples como sea posible. Tengo que encargarme de todo eso y tener una apariencia normal, asegurarme de que nadie pueda ver lo que sucede por debajo.

Tengo que sacar a Tim de la cárcel.

La mujer que está delante de mí se vuelve, da la espalda a la recepción con expresión indignada. Nuestras miradas se cruzan.

—Siento la espera. Debería estar avergonzada, pero estoy demasiado furiosa. «“Ya no podía resistirlo más”, dijo la mujer, madre de dos niños». Ese sería el titular si acabo por estrangular a este tío.

«Son solo palabras; no te va a hacer nada aquí, delante de testigos».

—No se preocupe —le digo, agarrando la medalla de san Cristóbal que guardo en el bolsillo de la chaqueta. No se me ocurre nada más que decir.

—Mi relación con la policía de tráfico de Gran Bretaña no es feliz —explica la mujer. Cuando no está gritando, su voz es bonita. ¿Qué habría pensado de ella si la hubiese conocido antes? ¿Y si me digo que no hay motivo para estar

asustada de ella y resulta que me equivoco? Le estaba gritando a una persona que no se lo merecía. Si cada vez que sienta miedo le echo la culpa a lo que me pasó ayer, ¿cómo voy a poder diferenciar entre peligroso e inofensivo? Si no puedo efectuar esa distinción básica, ¿cómo voy a poder arreglármelas en el mundo?

Pero sobre todo me gustaría saber si mi reacción es normal. No creo que lo sea. Me pregunto si le ha pasado a otras personas. He oído hablar del estrés postraumático, pero nunca de un terror que no disminuye, incluso mucho después de que la causa haya desaparecido.

—¿Gaby?

Es Charlie Zailer, a mi lado. ¿De dónde ha salido?

Me doy a mí misma la orden de no darme la vuelta y salir corriendo. Cuando conocí a Charlie ayer, antes de que me atacasen, no me daba miedo alguno. Recuerdo no estar asustada de ella. Me caía bien; ella quería averiguar la verdad y yo también; me escuchaba.

—Gaby, ¿está bien? No tiene buen aspecto.

—Sí, estoy bien. Y tengo buen aspecto. —Me he lavado hasta el último centímetro y me he puesto ropa limpia. Puedo hablar y decir lo que tengo intención de decir. No me estoy derrumbando, ni estoy llamando la atención dando voces en público como la mujer que está delante. Dadas las circunstancias, tengo mejor aspecto que «bien». ¿Puedo hablar con usted en cuanto esté libre? —le pregunto.

—Puedo estar libre ahora mismo.

«Qué suerte tienes».

—Gaby, ¿sabe que hay equipos enteros de la policía buscándola?

—No. ¿Por qué? Estoy aquí.

Charlie Zailer sonríe.

—Eso parece, sí. ¿Qué tiene en el bolsillo?

—No se lo voy a dar. —Ya no tengo casa. Lo necesito vaya donde vaya.

—Solo estaba preguntando qué era. No pasa nada, estoy segura. ¿Qué es?

Aflojo el puño dentro del bolsillo.

—Es una medalla de San Cristóbal con una cadena.

—¿Puedo verla? No me la voy a quedar; solo quiero echarle un vistazo.

Se la enseño.

—Es preciosa. ¿Vamos a alguna parte tranquila donde podamos hablar en condiciones?

—No. —¿Qué quiere decir con «tranquila»?—. ¿Por qué?

—¿Prefiere hablar aquí? —Mira hacia las sillas de la sala de espera. El recepcionista le está diciendo a la mujer que grita que vaya a sentarse allí.

—No. Aquí no.

—Tenemos una sala de consultas privadas muy apropiada. Si lo prefiere, podemos dejar la puerta abierta.

La idea de una puerta abierta me inquieta, y también la de una puerta cerrada. No digo nada.

—Gaby, podemos hacer lo que prefiera. ¿Dónde quiere hablar?

En alguna parte donde haya estado antes. Un lugar que sepa que no me va a dar miedo. Si Charlie está conmigo, me da igual estar fuera de la comisaría de policía.

—El Proscenium.

—¿Eso qué es? —pregunta.

—No, está demasiado lejos. —No estoy pensando en condiciones—. Es la biblioteca de suscripción privada de Rawndesley donde conocí a Tim. Tiene la mejor colección de libros de poesía de todo el país. Todo primeras ediciones, algunas de ellas firmadas por el autor.

—Si es allí donde prefiere hablar, la llevo en coche a Rawndesley.

—Los socios pueden comer allí. Yo soy socia; Tim también. Puedo llevarla como invitada, pero no tengo hambre.

Estoy tardando demasiado en decidirme. Si lo de ayer no hubiese sucedido, a estas alturas ya sabría lo que quiero hacer. Miro la misma puerta que atravesé hace diez minutos; no soy lo bastante valiente para volver a salir a la calle; aún no.

—Mejor nos quedamos aquí. La sala de consultas privadas suena bien. Con la puerta cerrada.

—Buena idea. ¿Quiere que pasemos por la máquina de té y café? No le recomiendo el café, pero hay una variedad decente de tés; quizá la ayuden a mantenerse despierta. Aún no ha dormido, ¿verdad?

—No me siento cansada —respondo.

Dormir. ¿Podré volver a dormir alguna vez? Tendré que pasar a ver a mi médico de cabecera para que me recete alguna pastilla que me deje noqueada. Si no duermo no podré ayudar a Tim. Esta mañana solo he tenido la energía suficiente para cancelar las tres reuniones que tenía programadas para hoy, porque la semana laborable ya no basta para todo lo que necesito hacer. Si hablamos de mentiras, las mías no han sido de las más inspiradas: «Estoy enferma. ¿Le importa cambiar la fecha? Me pondré en contacto con usted en cuanto me encuentre mejor». Sabía que nadie pondría en duda mis palabras. Yo nunca cancelaría una reunión a menos que estuviese medio muerta.

Sigo a Charlie Zailer a lo largo del corredor con paredes de ladrillo, interrumpidas en uno de los lados por delgados paneles de vidrio opaco que van del techo al suelo. Charlie ralentiza la marcha para que me ponga a su nivel, pero yo no quiero hacerlo. Quiero poder verla y que ella no me vea, sobre todo sabiendo que pronto voy a estar dándole la cara al otro lado de una mesa y no me podré escapar. Lo que más me ha costado hacer hoy ha sido intentar controlar las expresiones de mi rostro y la respiración. Mientras iba del aparcamiento a la comisaría, un hombre me paró para preguntarme si me encontraba bien. No le había dicho nada, ni siquiera le había mirado; me limité a pasar a su lado.

En la máquina de bebidas opté por un té Earl Grey, que es el que generalmente me gusta, aunque por una vez habría preferido té normal. ¿No es eso lo que se supone que bebes para ayudarte a superar un mal trago: té normal y corriente? ¿Es el mal trago excusa suficiente para convertirme en un tópico?

La sala de consultas privadas es pequeña y cálida, con dos cuadros enmarcados, pero sin cristal, en la pared. Deben de ser óleos. No es necesario que los óleos estén encerrados detrás de un cristal, a diferencia de los recepcionistas de la policía. Uno de los cuadros representa una pequeña edificación a la entrada de un parque —la casa del guarda—, con hojas rojas en el tejado. Tiene un aspecto familiar; quizá sea Blantyre Park. El otro es de un hombre tocando el piano; no, afinando un piano. El artista es el mismo. Me acerco para mirar la firma: Aidan Seed.

En el centro de la habitación hay dos sillones de tela azul, junto a una pequeña mesa de centro, dos plantas con macetero y una vista desde la única ventana de una hilera de aparatos de aire acondicionado empotrados en un muro húmedo. La visión de los ventiladores me hace sentir inmediatamente claustrofóbica. Después de verlos, quiero irme a alguna otra parte, pero me da vergüenza pedirlo. Al menos hay una persiana, un estor blanco. Me acerco a la ventana y lo bajo; al menos así no podré ver las rejillas de los aparatos de aire acondicionado. Me podré imaginar la vista desde un lugar distinto de la comisaría. En la parte posterior del edificio debe de haber habitaciones que dan al río y al puente rojo. Me imaginaré esa vista.

En la esquina más alejada hay una mesa de plástico con las patas metálicas, rodeada de cuatro sillas también metálicas. Me gustaría que Charlie Zailer se sentase allá dándome la espalda y se limitase a escribir mis palabras, pero

querrá comentarlo todo conmigo mientras me mira, y probablemente me haga preguntas, aunque la verdad es que no es necesario. Lo único que necesito es que me escuche. He estado todo el camino ensayando lo que iba a decir.

—Aquí, los muebles cambian de un día para otro. ¿Nos sentamos en las sillas? Parecen cómodas.

Me siento. Lo peor que puedo hacer es dejar que sea ella la que domine la situación; debo ser yo la que controle el espectáculo; al venir tomé el mando, y no puedo perderlo.

—¿Consiguió sacarles la verdad a Kerry y Dan? Sabe que mienten, ¿no?

Parece sorprendida. Al cabo de unos segundos, dice:

—Gaby, si no le importa, prefiero empezar hablando de usted. Muchos de mis colegas han estado muy preocupados por usted.

—¿Por mí? —Yo estoy bien, o lo estaré pronto; el que está en la cárcel es Tim —. No, no quiero hablar antes de mí: quiero que responda a mis preguntas.

—De acuerdo. Sí, todos pensamos que Kerry y Dan no han sido sinceros con nosotros. Pero quiero creer que nos estamos acercando al punto en el que queremos estar. Parece que a usted le importa tanto la verdad como a nosotros, y eso es genial. No es habitual que nos encontremos con personas como usted. A la mayor parte de personas solo les importa mantenerse, ellos mismos y los suyos, lejos de problemas, o les da todo igual.

—A mí solo me importa mantener a Tim lejos de problemas. Sé que no mató a Francine; pero, si lo hubiera hecho, yo mentiría y diría que no ha sido así. No soy una buena persona.

Charlie parece opinar que eso es aceptable.

—¿Y quién lo es?

—Tim. Bueno y estúpido. Por algún motivo, está encubriendo a Jason Cookson. No sé la razón específica, pero puedo darle una explicación general: Tim cree que su propio sufrimiento es menos importante que el de cualquier otra persona. Fíjese en su matrimonio con Francine si quiere pruebas de hasta qué punto es capaz de hacer sacrificios a largo plazo.

—¿Me está diciendo que Jason Cookson mató a Francine Breary?

—Sí.

Charlie asiente. Esperaba un bombardeo de preguntas, pero se limita a esperar que siga yo misma, a mi ritmo.

—Ayer me oyó decirle a Kerry que me había encontrado con Lauren Cookson en el aeropuerto de Düsseldorf. —Esta es la parte fácil: la he estado

repasando durante casi toda la noche, buscando las palabras exactas—. Así que ya sabe que fue así como supe que habían acusado a Tim del asesinato de Francine: por Lauren. Ella lo llamó «Un hombre inocente». Me fue imposible persuadirla para que me dijese nada más. Estaba aterrorizada: huyó, perdió el vuelo de vuelta... Hasta ahí llegó con tal de no hablar conmigo sobre ello. Por sus muchas referencias a su marido Jason (por otras cosas que dijo, sin relación con el asesinato) decidí que él debía de ser la persona de quien Lauren estaba asustada. Ayer por la mañana, cuando volví de Alemania, pasé por aquí y le dije al detective Gibbs que Jason Cookson debía de haber matado a Francine. ¿Por qué si no iba a quedarse Lauren callada, si sabía que Tim era inocente?

—Gaby...

—No, un momento. No estoy del todo segura de que Jason maltrate a Lauren, pero cuando salí ayer de aquí y fui hacia Dower House, ¿adivina a quién me encontré saliendo por la puerta? Al matón. Fue grosero y amenazador, y me avisó de que dejase en paz a Lauren y me olvidase de lo que me había dicho. Por mí, podría tatuarse en la frente la palabra «bestia», para completar su colección. Sabía quién era antes de que se lo dijera; quizá Lauren lo llamó por teléfono desde Alemania, muerta de miedo. Después de todo, había puesto en peligro su seguridad, ¿no? Lo más probable es que temiera que yo me presentase en Dower House y empezase a hacer preguntas, y quería avisar a Jason con antelación.

La expresión de Charlie no ha cambiado desde que he empezado a hablar.

—¿Es que no lo entiende? —pregunto. ¿Es que lo que digo no tiene sentido fuera de mi propia cabeza?

—¿Qué es lo que tengo que entender?

—¿Por qué iba Jason a amenazarme y a advertirme que me mantuviese alejada si no fuese él quien había matado a Francine?

—Supongamos que sí lo hizo —intervino Charlie—. ¿Cómo casa eso con el hecho de que Kerry y Dan estén mintiendo? ¿Es que también le están protegiendo?

—A él o a sí mismos, no lo tengo claro. Tiene que averiguar si Jason tiene alguna clase de poder sobre ellos. Lauren es su mujer maltratada, pero no se me ocurre ninguna razón por la que los demás puedan preferir que Tim sea acusado del asesinato de Francine en lugar de Jason, a menos que tengan miedo de ser atacados por él físicamente. Y eso podría pasar, no hay duda. Jason tiene sicarios, personas que hacen el trabajo sucio que él prefiere no hacer personalmente.

—¿Cómo lo sabe, Gaby?

Esto también lo he ensayado: hablar sin decir explícitamente. Solo lo mínimo, y luego continuar.

—Uno de ellos me visitó en casa anoche, para hacerme una advertencia. La misma que me hizo Jason: mantente alejada de Lauren. No es ninguna sorpresa, ya que fue Jason quien lo envió.

—¿Cómo sabe que fue Jason quien envió a ese hombre a su casa?

—No puedo demostrarlo. Eso es trabajo suyo, como el de proteger a mujeres vulnerables. Si Jason me ha hecho una advertencia, y luego otra persona bajo órdenes tuyas, ¿qué cree que le estará sucediendo a Lauren, que fue quien me metió en esto? Seguro que es peor que simples advertencias. Tienen que sacarla de esa casa.

Esa última parte surtió efecto. Bien.

—Entiendo lo que quiere decirme, Gaby, pero esta mañana he visto a Lauren. Sam Kombothekra y yo hemos hablado con ella.

—¿Y parecía asustada?

—Todo el mundo parecía... inquieto —dijo Charlie—, no solo Lauren. Si forma parte de un complot para obstruir la justicia, como ambas opinamos, eso bastaría para explicar su nerviosismo, ¿no? Y si es algo más, si tiene miedo de su marido...

—Lo tiene. ¡Tienen que alejarla de él!

—No puedo, Gaby. No tenemos poder para separar a mujeres de sus maridos contra su voluntad. Lo que sí puedo hacer es volver a su casa y charlar otra vez con ella...

—Si Jason está por allí, no le diré nada. Incluso si no está, probablemente tampoco lo haga. —Cierro los ojos—. No lo entiende, ¿verdad?

—En realidad, sí —dice Charlie con tono defensivo—. Estoy tratando de decirle que mi poder es limitado, pero haré lo que pueda. Mientras, es usted quien me preocupa.

—No se preocupe. Yo sé cuidar de mí misma; Lauren no.

—Esa advertencia del sicario de Jason... ¿Qué pasó? ¿Dice que vino a su casa? ¿Fue una advertencia verbal?

Asiento.

—¿Eso fue todo?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque parece muy angustiada. Y porque nos avisaron de un posible ataque. Alguien envió una llamada de ayuda urgente a Twitter.

A Twitter; donde las cosas se pueden retuitear docenas, centenares de veces.

Así que ha salido al mundo; la gente lo sabe. Me clavo las uñas en las palmas de las manos al tiempo que el horror en mi mente se quita la bolsa de plástico de la cabeza, se vuelve y me mira. No podía verlo mientras sucedía; ahora está allá donde miro.

—Fuera quien fuese, empleaba el identificador de Twitter de Tim Breary y exhortaba a cualquiera que estuviese leyendo el tuit que se pusiera en contacto con la policía. Decía que la estaban atacando en el camino de atrás de su casa.

Alguien quería ayudarme. No puedo pararme a pensar en ello; eso haría que me viese a mí misma desde fuera, como esa persona me vio a mí. La autocompasión no va a servir de nada.

Humo; olí humo.

—¿Gaby? ¿Qué pasa?

—Los tuits... Estaban... ¿Estaban muy mal escritos?

—¿A qué se refiere?

—Gramática, ortografía, puntuación.

—Muchas faltas de ortografía. La gramática y la puntuación eran prácticamente inexistentes.

—Lauren. Ella fuma. Estaba allí, mirando. —La vista se me nubla. Veo la habitación como a través de una capa de aceite, una película trémula que me cubre los ojos. Veo objetos en su superficie: líneas, manchas oscuras que se desplazan en diagonal hacia abajo—. Alguien estaba fumando. Supuse que era el hombre que me atacó, pero él no olía a tabaco. Olí su aliento: nada de humo. La que fumaba era Lauren. Fuera quien fuese, la trajo con él. Ella habría querido detenerlo, pero estaba demasiado asustada y era demasiado débil. Él tiene que mantenerla asustada. Por favor, ¿podría comprobar que se encuentra bien ahora mismo?

—Lo estaba hace dos horas, pero haré que alguien vuelva a comprobarlo —dice Charlie, sacando el teléfono móvil del bolsillo. Escribe con el pulgar, jurando entre dientes cada vez que se equivoca—. Este hombre, ¿la atacó físicamente? —pregunta Charlie, sus ojos fijos en el mensaje que está escribiendo.

—¿Puedo hablar *off the record*?

Charlie levanta la mirada.

—Lo siento, pero creo que eso no es posible. Cualquier cosa que diga y que yo crea que puede ser relevante en el caso de Francine Breary tengo que

comunicarla.

—En ese caso, dejémoslo.

—Gaby, comprendo que pueda sentirse aterrorizada, o avergonzada...

—No se trata de eso. Quiero hablar con Tim primero. Mientras no sepa qué es lo que le pasa por la cabeza, por qué dice que ha matado a Francine... —Yo sé lo que quiero decir, pero no es fácil ponerlo en palabras sin haber dormido—. No estoy preparada para añadir más presión a la situación mientras no comprenda todas las implicaciones. No sé si lo que acabo de decir tiene sentido.

Charlie asiente lentamente.

—¿Cuándo podría ver a Tim? ¿Hoy mismo?

—Es improbable. Quizá mañana, si el detective favorito de la cárcel, el detective Waterhouse, agita la varita mágica.

—Entonces haga que la agite.

Mañana. Ese pensamiento disuelve todos los demás. Sentarse enfrente de Tim, verlo sonreír... ¿Y si no sonrío? ¿Qué será lo primero que me diga? ¿Qué estará pensando en secreto?

Nunca me han gustado las sorpresas. Tim ya es lo bastante sorprendente para mí en circunstancias normales y entornos cotidianos. Aunque, cuando estábamos juntos, nada era cotidiano.

«Intentará impedir que le ayudes. Como siempre».

—Quiero ir a esa cárcel sabiendo todo lo que pueda. Cuanto más pueda averiguar y decirme antes de que vaya, mejor. Sé que no tiene obligación de decirme nada, pero...

—Gaby, no puedo —empieza a decir.

—¿Ha registrado la casa de Kerry y Dan? —La corto—. Tiene que registrar la habitación de Tim. No sé qué encontrará, pero hay algo en ella. Tiene que haberlo. Ayer, cuando estuve en ella con Dan, él se pasó todo el tiempo en guardia, a punto de echarme lo antes posible. No creo que fuese solo porque no quería que me fijase en los libros.

—¿Los libros?

—Libros sobre crímenes, biografías de asesinos, terroristas, dictadores... Tim jamás compraría o leería algo así. Alguien los ha puesto allí para que parezca que es la habitación de un homicida.

—Quizá haya sido el propio Tim —sugiere Charlie.

—No lo creo. Quizá quiera fingir que es un asesino, pero él nunca utilizaría escenografía: es demasiado inteligente.

El sonido de mi propia voz me hace perder la paciencia. Charlie y yo podríamos pasar horas especulando, cuando hay personas que tienen esa información.

Rebusco en mi bolso y le paso a Charlie el sobre arrugado.

—Por favor, ¿podría dárselo a Lauren? Asegúrese de que Jason no esté por allí cuando lo haga. Es una carta que le escribí en Alemania, después de que se marchase.

—¿Le importa que la lea primero?

A estas alturas, ¿pasa algo si la policía conoce la historia entre Tim y yo? No es una invasión de privacidad si soy yo quien le entrega el sobre. De hecho, Charlie no sabría nada de la carta si no se lo hubiese dicho yo misma. De todos modos, soy incapaz de darle permiso.

—La leerá de todos modos, diga lo que diga; pero, por favor, no lo haga delante de mí. Y una vez leída, no me pregunte sobre ella. —No sé cómo advertirle sobre el contenido, ni siquiera si es necesario que lo haga. ¿No sería eso como advertir a un ladrón que tenga cuidado con las esquinas del televisor, no le vayan a estropear la chaqueta?—. Es más una historia de amor que una carta —digo al fin—. Es solo que he pensado que... si esto no hace que Lauren quiera decir la verdad, nada lo hará; y es necesario que la diga.

—Gaby, tengo que hacerle una pregunta. Quizá piense que es dolorosa, pero tengo que hacerla de todos modos. ¿La han agredido sexualmente?

—No.

No es mentira. No me tocó, al menos de esa manera. Solo las muñecas y el cuello, y se apoyó contra mí, aplastándome contra el coche. Me doy cuenta de que no tengo ni idea si quitarme la ropa cuenta como agresión sexual, y no puedo preguntarlo sin decir más de lo que quiero decir en este momento.

—¿Está segura?

—Sí.

—¿Ha sufrido heridas físicas? ¿Necesita que la lleve al hospital?

—No. —Dos hombres me han atacado físicamente en las últimas veinticuatro horas, Sean y el monstruo, y no tengo ninguna señal que lo confirme. Opto por tomármelo como una prueba de mi resistencia.

—De acuerdo —dice Charlie, suspirando—. Si en algún momento decide que me quiere decir algo más sobre lo que sucedió, puede hacerlo. En cuanto esté preparada para ello.

—Gracias.

Si lo hago, será una decisión estratégica. Me gustaría que dejase de hablarme como si yo fuera un inestable paquete de emociones.

—Necesita dormir. ¿Es cierto que ha dejado a su compañero, Sean?

Asiento. «Compañero»; es como una broma. Sean nunca lo fue.

—Entonces tendremos que buscarle algún sitio donde quedarse. ¿Puede ir a casa de algún amigo?

—Tengo muchos amigos, pero no necesito ir a su casa. He reservado una habitación en el hotel Best Western de Combingham. Usted sí que necesita buscar el momento de volver a visitar Dower House.

Por si se ha olvidado de la lista de tareas pendientes que le he dado o piensa que no tiene importancia, decido volver a repasar los puntos, como haría al final de una reunión. En mi trabajo soy famosa por ser muy minuciosa o demasiado minuciosa, dependiendo del punto de vista de cada cual. Los directores de algunas empresas se niegan a trabajar conmigo por eso. El rendimiento de mis empresas siempre supera al de las suyas.

—Vuelva a Dower House y entréguele mi carta a Lauren. Sáquela de ahí y aléjela de Jason; esa es la prioridad. Hágalo, cueste lo que cueste. Y dígle a Kerry... —Vacilo. No sé si estoy segura. Podría esperar y preguntárselo a Tim, o hablar antes con Kerry. Si ella lo admite, Tim no podrá negarlo. Qué gran idea: dar a dos personas que te han mentido la oportunidad de volver a hacerlo—. Dígle a Kerry que sé que Tim tiene antecedentes de atribuirse cosas con las que no tiene nada que ver.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que sé quién es el Portador; dígle eso. No fue Tim. Fue ella.

Prueba policial 1442B/SK

PRUEBA POLICIAL 1442B/SK:

TRANSCRIPCIÓN DE CARTA MANUSCRITA DE GABY STRUTHERS A LAUREN COOKSON, SIN FECHA, ESCRITA EL 11 DE MARZO DE 2011.

Querida Lauren,

No te encuentro, y no se me ocurre dónde más buscar. Y no puedo dormir porque lo que he averiguado me ha dejado demasiado agitada, así que se me ha ocurrido escribirte. Espero que te calmes y llegues al aeropuerto a tiempo para nuestro vuelo de la mañana. Si no, te buscaré cuando llegue; no creo que sea muy difícil.

Lauren, no te conozco en absoluto, pero sí sé que pareciste interesada cuando te hablé de mis sentimientos hacia Tim. Muy interesada. Y parecía que te importaba el hecho de que lo hubiesen acusado de un crimen que no había cometido. Creo que eres una buena persona (lo siento si no te había quedado claro en el breve período que hemos pasado juntas) y espero que aún te importe más si te digo lo que Tim ha significado y significa para mí. Tengo que hacer que te importe a ti tanto como me importa a mí, para que hagas lo correcto y digas la verdad.

Tú has conocido a Tim hace menos tiempo que yo, y es posible que le conozcas mejor de lo que yo le conocí nunca, pero ¿te parece una persona agradable? A veces, Tim hace que eso sea complicado. Él hace que todo sea complicado. A veces pienso que es el equivalente humano de una pregunta sin respuesta, y por eso me atrae tanto. Nunca he conocido a una persona tan difícil de solucionar, tan contradictoria, como Tim. Me induce a formular teorías, a demostrar la verdad de ciertos aspectos de su carácter. Nunca me he sentido así con nadie. Debería señalar que esta reacción no es solo mía. La gente quiere resolver el enigma de Tim, curarlo, definirlo, pero nadie puede hacerlo. Todos se dicen a sí mismos que serán la persona que lo consiga. Si conoces bien a Tim, Lauren, espero que entiendas lo que quiero decir. Sabrás que cada instante que pasas con él te hace dudar más de quién es, y estar más segura de quién eres tú. Tiene una especie de don singular, pero soy incapaz de describirlo. Como soy capaz de resolver con facilidad problemas analíticos y prácticos, esto siempre me ha parecido a la vez irritante e irresistible.

¿Sigues leyendo, o ya lo has dejado? Intentaré no complicarme demasiado.

Conocí a Tim en una biblioteca de Rawndesley llamada Proscenium. No es una biblioteca normal; es también un club privado al que uno puede asociarse, y no se puede entrar si no eres miembro o invitado de un miembro, a menos que sea para consultar cómo asociarse. Entre otras cosas, la

biblioteca posee una enorme colección de libros de poesía muy antiguos y singulares, principalmente primeras ediciones, y gran cantidad de poesía moderna; está especializada en ese tema. También hay un restaurante donde los miembros y sus invitados pueden almorzar, un salón donde conversar — aunque en voz baja— y una sala de lectura en la que, si hablas aunque solo sea una palabra, el bibliotecario se acerca a ti hecho una furia y te amenaza con echarte a patadas, seas o no socio.

¿Recuerdas que te dije que tenía mi propia empresa y la vendí por millones? Bueno, cuando empecé a pensar en fundar la empresa, necesitaba dinero para financiarla; mucho dinero. Después de investigar un poco, pensé en sir Milton Oetzmann como posible inversor principal. Quizás hayas oído hablar de él en las noticias locales pero, por si no lo conoces, es un filántropo (o sea, una persona cuyo hobby es donar grandes cantidades de dinero a causas que se lo merezcan) y yo sabía que era miembro de Proscenium. Poco después de hacerme socia de la biblioteca, le conocí en persona. Fui totalmente sincera con él sobre lo que esperaba que hiciese por mí, y él fue muy entusiasta. Vio que era bastante probable que acabase por ganar una montaña de dinero.

La primera vez que Tim se me acercó, yo no le había visto en Proscenium. Debía de estar ciega, porque más tarde me dijo que él sí me había visto a mí varias veces. Pero yo no me di cuenta de su presencia hasta que se dejó caer en una silla que, hasta diez minutos antes, había sido ocupada por sir Milton durante una de nuestras largas charlas. Yo estaba recogiendo mis papeles, levanté la vista y vi un rostro que me sorprendió, porque (te lo advierto: esto va a sonar raro y cursi) era el rostro que toda mi vida había querido contemplar, aunque eso no lo supe hasta que vi a Tim. Ni siquiera me gustó a primera vista, ni durante un tiempo después. Fue más una sensación de «esta es la persona», acompañada de un ansia de proximidad que, al principio, no tenía nada que ver con atracción sexual. Era mucho más extraño que cuando alguien te gusta; no tenía nada que ver con la forma en que Sean me gustó la primera vez que lo vi. (Sean, si lo recuerdas, es mi pareja).

No sé si lo que digo tiene pies o cabeza. El caso es que yo no podía apartar la vista de él y a Tim parecía pasarle lo mismo. Los dos comprendimos que no era necesaria una razón para que viniese a sentarse a mi lado: la razón no podía haber sido más crudamente obvia. Al cabo de unos segundos, ambos nos sentimos avergonzados. Nos dimos cuenta de que, siendo extraños, debíamos haber cumplido el formulismo de fingir que no sabíamos lo que ya sabíamos, así que Tim se presentó y dijo que esperaba que no me importase que me hubiera abordado, pero que temía que estaba a punto de cometer un grave error. Me contó que era contable, especializado en planificación fiscal, que uno de sus clientes había tenido mucho trato con sir Milton y que había llegado a la conclusión de que no quería tener nada más que ver con él, aunque eso supusiese perder una proporción significativa de su financiación.

Seguro que no te interesan los detalles más precisos, Lauren, pero en resumen, Tim me dijo que quizá sir Milton tuviese ganas de invertir en mi empresa, pero que también querría gestionar hasta el menor aspecto de ella (estar implicado en profundidad, en lugar de dejar que yo me encargase), y que terminaría deseando no haberme aproximado a él. Estaba a punto de comentarle a Tim si no sería posible que su opinión estuviese un poco sesgada

por la experiencia negativa de su cliente, cuando me dijo: «Yo te conseguiré el dinero que necesitas». Era tan estrambótico que me hizo reír. Necesitaba dinero de verdad, capital riesgo (de una persona o una empresa con un valor de cientos de millones cuya única finalidad y función fuese la de financiar empresas emergentes), y he aquí este contable local que me ofrecía conseguirme un poco de dinero. Le pregunté a Tim en qué había pensado. ¿Organizar una rifa? ¿Vender entradas para una noche de karaoke en el pub?

Me dejé de reír cuando me contó que se había encargado de los asuntos fiscales de la Fundación Lammonby, y que Peter Lammonby seguía sus consejos al pie de la letra. Yo había pensado en abordar a Lammonby en lugar de sir Milton, y si no lo había hecho era por una razón ridícula: la hija de Lammonby acababa de ganar una fortuna (que no se merecía, en mi nada humilde opinión) con un libro de autoayuda *new age* de los de «reinventa tu propia vida». Es cierto que no era culpa de su padre, pero aun así. Milton Oetzmann no tenía conexión alguna con tonterías de crecimiento personal, así que decidí centrarme en él.

—Creo que, a estas alturas, sé tanto sobre tu negocio como sir Milton —dijo Tim en tono presuntuoso—. He escuchado al menos dos de tus conversaciones con él, y estoy seguro de que podría hacer que Peter Lammonby aceptase la idea. Este no querría meter las manos en ella; es el inversor ideal para ti. Puede que mi amigo Dan también estuviese interesado.

—¿Tu amigo Dan? —pregunté con mordacidad—. ¿Crees que querrá poner veinte libras o algo así?

—Quizá más bien trescientas mil libras o algo así —me corrigió—. Gaby —dijo, haciéndome estremecer de arriba abajo al decir mi nombre, como si lo hubiese oído miles de veces antes—, no sé nada sobre innovaciones científicas, pero si lo que te he oído contar a Milton Oetzmann es cierto, no hay forma de que tu compañía fracase. —Yo le dije que cualquier empresa podía fracasar, pero él hizo un gesto quitándole importancia a mis palabras—. Dame un mes para conseguir los fondos que necesitas para empezar. Si te fallo, vuelve con sir Milton y trátame de iluso.

Acepté de inmediato. Creo que habría aceptado de inmediato cualquier cosa que él hubiese dicho. Tim se puso contentísimo. No podíamos dejar de hablar: nos hicimos cientos de preguntas, ansiosos por saberlo todo el uno del otro. Cualquiera que nos oyese habría pensado posiblemente que aquello no era nada más que dos miembros de Proscenium conociéndose con gran entusiasmo.

Decidimos volvernos a encontrar. Teníamos mucho de qué hablar, así que debíamos reunirnos a menudo, ¡qué pena! (eso ha sido sarcasmo). No solo hablábamos de mi trabajo y de su financiación: hablábamos de poesía. Tim estaba obsesionado con la poesía y enseguida me lo contagió, a pesar de que nunca había pensado en ella antes de conocerlo. Almorzábamos juntos siempre que podíamos. Nunca hablábamos de lo que sentíamos el uno por el otro; eso se daba por descontado, no teníamos necesidad de comentarlo, y hacerlo nos habría resultado incómodo. Tim me había dicho enseguida que estaba casado y que su mujer se habría puesto hecha una furia si hubiese

sabido lo de sus almuerzos íntimos con otra mujer. También me dijo que eso no era suficiente para impedirle que lo hiciera, que prefería mi compañía a la suya y que en sus votos de matrimonio no había nada que dijese que no podía hablar o comer con otra mujer.

Yo capté el mensaje: no estaba listo para romper las normas. No quería tener una aventura. O más bien: sí quería, pero no iba a hacerlo. En ese momento pensé que, si las cosas nunca iban más allá de donde estaban, podría soportarlo. Al principio me bastaba con estar con él y saber lo que sentíamos. Solo con mirar su rostro, oír su voz, leer sus mensajes de texto, me parecía como si alguien me hubiese agarrado por dentro y me estuviese agitando. Como si me hubiese tragado un terremoto.

Si estuvieses aquí ahora mismo, Lauren, me parece que estarías preguntándome qué papel jugaba Sean en todo esto. No creo que tú pudieses ser nunca una hipócrita infiel y egoísta como yo lo fui. Sean y yo ya estábamos viviendo juntos, y sí, le estaba traicionando emocionalmente, aunque no físicamente. Además, la idea de tratarlo mal me encantaba. Para mí no suponía un problema moral en absoluto. Cuando intentaba decirme a mí misma que debería sentirme culpable, pensaba en cómo se quejaba Sean cada vez que yo tenía que pasar una noche fuera de casa por trabajo, y cómo esperaba de mí que, si no estaba de viaje, me sentase a contemplarle mientras él miraba el fútbol; entonces me decía: «Lo siento, pero ahora estoy anteponiendo mis propias necesidades, y no te vas a poder quejar porque no vas a saberlo». Como ya te he dicho, Lauren, mi relación con Sean no se puede llamar ideal. Siempre lo he sabido, pero he tenido que pasar una noche extraña en un hotel de mierda contigo para darme cuenta de hasta qué punto no hay esperanza para ella.

Como me prometió, Tim consiguió que Peter Lammonby y su amigo Dan (Jose, por supuesto) se implicaran hasta casi tres millones de libras al principio, con una garantía de Lammonby de que, si las cosas funcionaban según lo previsto, aumentaría la inversión. Tim pensó que sería una buena idea difundir un poco la oportunidad, y se le ocurrió una idea genial que, a decir verdad, hizo que me enamorase aún más profundamente de él. Me dijo que estaba seguro de que sus clientes de alto valor neto estarían interesados, pero que a muchos de ellos les daría miedo algo tan arriesgado. De hecho, mi empresa aún no había producido nada, así que los inversores estarían, sin exagerar, confiando sus fondos a una pura esperanza. Tim me preguntó si estaba dispuesta a gastarme cincuenta mil libras del dinero de la empresa (y eso significaba, en aquel momento, pedir un préstamo al banco) para financiar lo que en un primer momento llamó, indirectamente, «una muestra de confianza».

Cuando le pregunté a qué se refería, Tim esbozó un plan tan pulcro y perfecto como un soneto de Shakespeare: iba a gastarme cincuenta mil libras en sus servicios profesionales y los de una empresa con sede en Ginebra llamada Dombeck Zurbrugg. No quiero abrumarte con detalles, así que lo simplificaré tanto como pueda: Dombeck Zurbrugg ayuda a individuos de alto valor neto de Gran Bretaña (eso quiere decir básicamente personas muy ricas) a evitar impuestos estableciendo fundaciones y sociedades matriz que les permiten, a efectos oficiales, tener sus empresas en Suiza. Ofrecen servicios de dirección y secretariado y una estructura en capas diabólicamente complicada que hace

que la empresa parezca una suiza, a pesar de que únicamente lo es sobre el papel. Esto permite a los individuos de alto valor neto pagar una cantidad mucho menor de impuestos. La operación no es infalible, y las autoridades fiscales británicas la podrían desentrañar si estuviesen dispuestas a invertir una enorme cantidad de tiempo en ello, pero muchísimas personas se han salido con la suya y se han ahorrado millones.

Le dije a Tim sin rodeos que no estaba preparada para hacer una cosa así. No porque sea aficionada a pagar muchos impuestos (al contrario, creo que debería haber un tipo impositivo fijo y bajo igual para todo el mundo), sino porque no quería pasarme la vida con la inquietud de que el Ministerio de Hacienda pudiera perseguirme. Tim asintió, como si se lo esperase.

—Nadie te va a perseguir, porque no vas a hacerlo tú. Tú no vas a poner realmente ningún dinero en el vehículo que DZ va a preparar para ti. Eso sería, de todos modos, complicado de hacer, a menos que estuvieses dispuesta a mudarte a Suiza; y no lo estás, ¿verdad?

Le pregunté, coqueteando, si él querría mudarse conmigo, e inmediatamente me pregunté qué había dicho de malo: parecía como si le hubiese dado a Tim un puñetazo en el estómago. Durante un terrible instante, me entró un ataque de pánico por si había captado mal la dinámica entre nosotros dos: puede que su interés fuera únicamente profesional, puede que mirase profundamente a los ojos de todos los empresarios tecnológicos que conocía.

—Gaby, tengo que ser sincero contigo. No creo que yo pudiera nunca hacer... una cosa así. Dejar a mi mujer o... bueno, cualquier cosa. Espero que eso no estropee nuestra relación.

Quince días antes, puede que hubiese asentido y contestado «Vale», pero a cada día que pasaba me enamoraba de él de una manera más irreversible, y su declaración de falta de disponibilidad me sonó a terriblemente definitiva. Lo que me estaba diciendo es que, en el nivel más fundamental, tenía que renunciar a él. La decepción fue demoledora. Tardé casi un minuto en poder pronunciar una palabra.

—¿Escrúpulos morales o miedo? —pregunté.

—Lo segundo —contestó, y luego rectificó—: No, las dos cosas. Tengo miedo de que si hago algo que generalmente se considera incorrecto...

Dejó la frase sin acabar. Yo estaba furiosa, aunque traté de que no se me notase. ¿De qué tenía tanto miedo? ¿Es que no podía hacer caso omiso de lo que generalmente se consideraba y pensar por sí mismo? ¿Cómo podía opinar que el hecho de que estuviésemos juntos podía estar mal en algún nivel?

Pero no le dije nada de esto; sus reparos éticos me hacían sentir despiadada. De hecho, siempre he sabido más o menos que lo era, Lauren, pero, a decir verdad, era algo que me gustaba de mi carácter. Pensaba que era despiadada de una forma sana y fresca, pero de repente Tim me había hecho sentir como una cruel ladrona de maridos.

Nada de esto hizo que le quisiese menos, por desgracia para mí. Si una amistad sexualmente frustrada era todo lo que se me podía ofrecer, estaba demasiado enamorada para rechazarla. Con un tono de voz despreocupado, le pregunté.

—¿Se sigue aplicando la norma de las noventa noches? —Tim me dijo que sí (si no quieres pagar impuestos en Gran Bretaña, no puedes pasar más de noventa noches en territorio británico)—. Entonces, podríamos pasar doscientas setenta y cinco noches en Suiza, juntos, y luego volver noventa noches al año a Gran Bretaña, tú vivir con Francine y yo a vivir con Sean. Que, francamente, pasa conmigo en estos momentos más noches de las que se merece.

A menudo le hacía a Tim comentarios mordaces acerca de Sean. Él mencionaba a Francine lo mínimo posible. Al principio pensaba que era un intento de caballerosidad, hasta que me di cuenta de que no podía soportar decir su nombre.

Tim mostró mucho interés en hacer volver la conversación al tema de la planificación de la empresa. Me dijo que no importaba si yo no estaba dispuesta a convertirme en una exiliada fiscal e irme a vivir a Suiza: lo único que tenía que hacer era despilfarrar cincuenta mil libras. Él y Dombeck Zurbrugg se encargarían de lo necesario para establecer un laberíntico esquema que yo no utilizaría nunca. Lo importante era que Tim pudiera decirles a sus clientes que yo confiaba hasta tal punto en que iba a ganar una fortuna que estaba dispuesta a gastarme otra fortuna en un plan fiscal.

—Muchas empresas de Suiza y de la isla de Man ofrecen servicios parecidos, pero DZ son los mejores y los más caros —me dijo—. Si les cuento a mis clientes de alto valor neto que te vas a gastar cincuenta mil libras con DZ en esta fase, créeme cuando te digo que van a hacer cola para invertir. Pensarán: «Esta mujer sabe que va a ganar cientos de millones».

Resultó que Tim tenía razón: el hecho de que yo derrochase cincuenta mil libras en un montaje en Suiza que nunca utilicé atrajo a todos los inversores que necesitaba, y todos ellos, aparte de Dan Jose —que era el mejor amigo de Tim— eran clientes suyos. Pero estoy adelantando acontecimientos. Aquella noche, después de que Tim me dijese que nunca iba a dejar a Francine, yo le dije a Sean que no me encontraba bien y que iba a dormir en la habitación de invitados. Me quedé despierta toda la noche, llorando —de frustración tanto como de tristeza, a decir verdad—. ¿Cómo podía aceptar Tim tan fácilmente que lo que él quería no era posible? Yo soy de esas personas que creen que cualquier cosa es posible, y aquellos que no lo creen me ponen nerviosa.

Por la mañana había recuperado mi optimismo y había decidido que era tarea mía demostrarle a Tim que en su interior había un hombre valiente esperando hacer acto de presencia. Esbocé el equivalente romántico de un plan de empresa y decidí que me esforzaría al máximo en hacer que me quisiera más, hasta el punto de que pronto pensase «¿Francine? ¿Y esa quién es?», y estuviese dispuesto a dejarla de lado como si fuera un pañuelo de papel usado. (¿Estás en contra de esto, Lauren? Si lo estás, quizá es porque aún no has conocido a un hombre al que quieras tanto como yo quiero a Tim. Le

necesitaba. Para mí, Tim suponía la diferencia entre sentirme viva al cien por cien o al uno por cien. Es fácil atenerse a unos principios cuando no estás atrapada por una necesidad imperiosa que se niega a ser controlada).

Mi campaña surtió efecto. Un día, en el restaurante de Proscenium, mientras almorzábamos, Tim me tomó de la mano por debajo de la mesa. Era la primera vez que nos tocábamos, aparte de rozarnos de forma digamos que accidental. Otras personas que estaban allí podían vernos. Tim sabía que estaba siendo indiscreto, pero estaba dispuesto a correr el riesgo. Yo pensé: «Pase lo que pase a partir de ahora, incluso si mi corazón se rompe en mil pedazos, este momento hace que todo valga la pena».

Desde entonces nos cogíamos de la mano regularmente, debajo de todas las mesas del Proscenium que podíamos: en el restaurante, en la sala de lectura, en el salón. La gente debió de notarlo, pero todo el mundo fingía lo contrario. Un día, Tim me preguntó si me gustaría cenar con él. Yo estaba encantada, pero me quedé perpleja cuando me dijo que Dan Jose y su esposa Kerry también estarían en la cena. «Se mueren de ganas de conocer a la genio que los va a hacer ricos», dijo. Yo estaba confusa. La forma como había empezado la conversación —«¿Te gustaría cenar conmigo, Gaby?»— había sonado a un tipo de proposición muy distinta.

—Entonces, ¿es una cena de negocios?

—No —dijo Tim alegremente—. Dan y Kerry son mis mejores amigos. Ya es hora de que te conozcan. Si no te conocen, y nos conocen a los dos juntos, entonces no me conocen a mí, y creo que deberían, porque son la familia que yo he elegido. ¿Te parece?

Le dije que me parecía genial. «A Francine le queda poco para pasar a la historia», pensé.

Tim y yo nunca cenamos solos, pero las cenas con Kerry y Dan (nuestras «carabinas», como Tim solía llamarlos) se convirtieron en algo regular. Como los besos. Durante unos meses fui completamente feliz, pensando que las cosas iban tal como yo quería. Entonces llegó la tormenta. El amor de Tim estaba allí, a la vista, pero ni una sola vez me había dicho que me quería. Yo tampoco, a decir verdad, y en un momento dado decidí que no iba a hacerlo a menos que él lo hiciese primero.

Fuimos a Suiza juntos a conocer a la gente de Dombeck Zurbrugg. El mismo hotel, habitaciones separadas. Eso me dejó destrozada, Lauren: la tremenda, apabullante sensación de pérdida. La primera noche que pasamos allí, Tim murmuró algo sobre que no era fácil para él. Yo esperaba que entrase en razón a tiempo para que pasásemos juntos la segunda y última noche del viaje, pero no fue así. De camino al aeropuerto para tomar el vuelo de regreso, volví a mencionar de forma desenfadada el plan de las noventa noches, y Tim se volvió hacia mí en el asiento trasero del taxi y me dijo «Gaby, lo que tenemos ahora... Creo que nunca voy a poder ofrecerte nada más. Si sucediese algo, Francine lo sabría. Sería capaz de notarlo, estoy seguro de ello. Es... es una línea que no me veo capaz de cruzar. ¿Entiendes lo que trato de decirte?». Claro que lo entendí: nada de sexo, nunca; eso era lo que me

estaba diciendo. Me preguntó si me parecía bien, si podría soportarlo. Cada una de las células de mi cuerpo protestaba, diciendo: «¡No! ¡Maldito hipócrita! “¿Si sucediese algo, Francine lo sabría?”. ¡Pero están pasando cosas todo el tiempo! ¡Estamos de pie, en la calle, besándonos apasionadamente, y Francine no sabe nada! ¡Al menos, si tuviéramos sexo, probablemente sería más discreto, en una habitación con las cortinas echadas!». Pero no fue eso lo que le dije a Tim, Lauren. En vez de eso, le dije: «Sí, por supuesto». Y lo dije porque a) si quieres tentar a un hombre para que deje a su mujer o la engañe, transformarse en una arpía no es la mejor de las estrategias, y b) finalmente me di cuenta de que probablemente iba a tener que aceptar los límites de Tim. Si nunca iba a poder dejar a Francine o serle apropiadamente infiel, me veía frente a un tremendo dilema: o perderlo del todo o vivir con lo mejor que él estaba dispuesto a dar.

No era una opción, Lauren. No podía perderlo, así que me resigné a una existencia torturada. Y entonces, para mi asombro, menos de dos semanas más tarde ocurrió algo trascendental. Fue el día de San Valentín. Sean no me regaló nada, ni siquiera una tarjeta. Ninguno de los dos le habíamos dado nunca ninguna importancia al día de San Valentín. Me da tan igual San Valentín que ni siquiera pensé en enviarle una tarjeta a Tim, pero esa mañana llegó a mi oficina una tarjeta para mí. Una tarjeta con un poema de un poeta apasionadamente romántico llamado e. e. cummings. Lo encontrarás en Internet si buscas en Google «Llevo tu corazón conmigo, lo llevo en mi corazón». En la tarjeta estaban escritas las palabras «Te quiero» y estaba firmada como «El Portador». Pensé que solo podía ser de Tim. Tim era el portador de mi corazón, y él lo sabía.

Salí inmediatamente de mi oficina y me dirigí a su trabajo. Nunca antes había estado allí; siempre nos encontrábamos en Proscenium. Entré en su oficina, me senté en el escritorio y le dije:

—Yo también te quiero, Tim. Siento no haberte enviado una tarjeta, pero la tuya me ha alegrado, no el día, sino mi vida entera.

Tim parecía aterrorizado. Al instante me sentí estúpida, zafia e insensible. Me di cuenta de que si Tim había firmado como «El Portador» era por algo. Con el miedo que le tenía a Francine, escribir las palabras «Te quiero» y firmar con su propio nombre habría sido demasiado para él. La paranoia de que esa tarjeta, con su firma al pie, pudiese caer en manos de Francine se habría apoderado de él; tenía que ocultarse tras la seguridad de un seudónimo.

Con sensación de torpeza y de haber quedado totalmente desprotegida, me empecé a disculpar, pero Tim me interrumpió.

—¿Me quieres de verdad, Gaby?

Me lo preguntó de una forma tan cautelosa que me puse a reír. Le dije que le adoraba desde el momento en que le conocí. Le dije que me sentía como si un imán en mi interior me atrajese hacia él, todo el tiempo, todos los días.

—Eso es. Así es como me siento yo también. Vamos a tener que buscar alguna solución a esto, ¿no?

No me atreví a decir ni una palabra, porque no podía creer que quisiera decir lo que yo creía que quería decir. Pero era así. Creo que oírme decir que le quería fue lo que marcó la diferencia.

La vez siguiente que almorzamos juntos, Tim me habló de su pesadilla recurrente. Quizá pensaba que era un primer paso hacia «buscar alguna solución», no lo sé. Tampoco sé qué habría pasado si él no hubiese reunido el valor suficiente para hablarme del sueño. Quizá seguiríamos almorzando juntos en Proscenium dos veces por semana, y cenando con Kerry y Dan una vez al mes. Quizá seguiríamos besándonos apasionadamente en los portales y en los aparcamientos. O puede que yo me hubiese cansado de tanta hipocresía y le hubiese exigido que me dijese cómo podía decirse a sí mismo que no le estaba siendo infiel a Francine cuando cualquier imbécil era capaz de darse cuenta de que sí. Si se hubiera emborrachado todos los viernes por la noche y se hubiese tirado a una mujer sin nombre que se hubiese ligado en un club, eso habría sido una traición menos grave que lo que estaba haciendo conmigo. ¿Es que no se daba cuenta? Aún ahora, años después, la irracionalidad de la situación hace que quiera aullar de rabia.

Tim tenía (o tiene) una pesadilla recurrente en la que Francine intenta matarlo, o está a punto de intentarlo: siempre se despierta antes de que suceda. En el sueño, Tim está encerrado con ella en una pequeña habitación, la habitación de hotel en la que se alojaron cuando estuvieron de vacaciones en Leukerbad, en Suiza. En ese viaje ella se le declaró, y él está convencido de que también trató de matarlo porque, desde que regresaron, esta pesadilla le ha estado despertando regularmente. Francine cruza la habitación en diagonal, caminando hacia él. Tim está encogido de miedo en un rincón, temblando, incapaz de quedarse quieto. No puede ver a Francine, solo su sombra acercándose en la pared blanca. El brazo derecho de Francine tiene un aspecto raro, delgado como una cuerda y con un pliegue, como si se hubiese roto y se hubiese soldado mal. Lleva un bolso, y en él algo que usará para asesinar a Tim; él no sabe lo que es. Siempre se despierta antes de que ella le alcance.

Después de lo que me contó acerca del sueño, entendí algo más por qué tenía tanto miedo de Francine. Si realmente creía que había intentado matarlo y que podía volver a hacerlo, entendía que no quisiera arriesgarse a dejarla. Lo que no entendía era cómo era posible que ella hubiese intentado matarlo y él no lo recordase. Sé que a veces se habla de traumas y pérdidas de memoria, pero no me lo tragaba. Si tu pareja intenta matarte, generalmente lo sabes de una forma consciente; no te basas en pistas que aparecen en sueños.

Fui a Suiza, Lauren. Igual que tú me seguiste a Düsseldorf, yo seguí la pesadilla de Tim. No estaba segura de que fuese algo beneficioso, ni para mí ni para él, pero estaba enamorada de él y obsesionada con ayudarle. Pensé que quizás el personal del hotel recordase algo. Puede que, si hacía las preguntas adecuadas, alguno de ellos dijese: «Ah, sí, Tim Breary; se alojó aquí con su novia y ella le clavó un destornillador en la carótida en mitad de la noche». Hice una reserva en el mismo hotel en el que ellos estuvieron, el Les Sources des Alpes de Leukerbad, y en la misma habitación. Tuve que sobornar a los empleados para poder rebuscar en los archivos antiguos y

saber qué habitación era.

¿Me creerías si te dijese que resolví el misterio, Lauren? Pues lo hice. No encontré ninguna pista en la habitación ni en el hotel, pero un día fui a dar un paseo y vi la respuesta. Vi que nada era lo que Tim creía que era, y me di cuenta de que su pesadilla no era un recuerdo, sino una metáfora (algo que representa una cosa distinta). Eso quería decir que, con toda probabilidad, Francine no había intentado matarlo, lo que explicaba por qué él no tenía ningún recuerdo consciente de ello.

Radiante y orgullosa de mi descubrimiento, no veía la hora de contárselo a Tim. Ahora me arrepiento terriblemente de no haberme callado. En cuanto Tim supo que yo había estado en Leukerbad, su comportamiento hacia mí cambió por completo. Debería de haberme dado cuenta de ello al instante y haber dado marcha atrás, pero me lo tenía demasiado creído con mi gran descubrimiento. Le dije que creía que sabía qué significaba su sueño, al menos en parte, y se puso como loco. No quiso que se lo dijese, me dijo que le dejase en paz, que me alejase de él y que no volviese a acercarme si no quería que dijese algo que no me iba a gustar; eso fue peor que si hubiera dicho realmente lo que fuese que tenía en mente. Me imaginé lo peor: «No te quiero y no te he querido nunca. Todo esto ha sido un tremendo error. Te odiaré hasta que me muera».

Habrás notado que no te he dicho qué es lo que descubrí en Leukerbad sobre el sueño de Tim. Como él se negó a que se lo dijera y pensó que no era para nada asunto mío, no creo que fuera justo que yo se lo dijese a otra persona.

Así que ahí lo tienes: mi relación con Tim y cómo se terminó. Desde entonces, mi vida se ha reducido a blancos y negros. No me di cuenta de hasta qué punto era así hasta que te conocí y, de pronto, mi pasado invadió mi presente.

Seré sincera contigo, Lauren: estoy destrozada de pensar que Tim está en la cárcel por un asesinato que no cometió. Pero, al mismo tiempo, estoy nerviosa porque esto representa una oportunidad para mí. Para mí y para él, para los dos. Han pasado años, Francine está muerta y Tim necesita mi ayuda. Siento de nuevo una llama de esperanza en mi interior. El dolor es insoportable, pero es preferible a la sensación de desapego adormecido, cuando pensaba que lo único que podía esperar era una vida junto a Sean viendo el fútbol.

Para poder ayudar a Tim y salvar nuestras vidas (sí, así es como me siento) voy a necesitar tu ayuda, Lauren. Yo no sé quién mató a Francine, pero creo que tú sí lo sabes. Por favor, por favor, dime qué está pasando, o díselo a la policía. Tienes que ser valiente y hacer lo que es correcto. No dejes que sea Tim quien pague el precio por el delito de otro. Sé que eres demasiado buena persona para dejar que eso suceda. Sé que leerás esto y decidirás que el hombre al que he descrito en esta carta —el Tim a quien conozco, con todos sus misterios y defectos, todos sus miedos e hipocresías, todo el amor que siente y no puede expresar— se merece una suerte mejor que ser acusado de un crimen del que no es responsable.

Con cariño,

Gaby x (07711 687825)

12/3/2011

—¿Que no has visto *West Side Story*? —Liv chilló a Simon por encima del brazo del camarero, que estaba limpiando las migas del mantel de papel blanco con algo que parecía el filo de un patín de hielo—. No sé si opinar que es conmovedoramente pintoresco o culturalmente pobre. A Chris le encanta. Tienes que verla.

—No le interesa —dijo Gibbs.

—*One Hand, One Heart*. —Simon practicó diciendo el título de la canción, tratando de imaginarse a sí mismo leyendo la letra ante más de un centenar de invitados a la boda.

—Es la canción que cantan Tony y Maria cuando imaginan que se van a casar —le dijo Charlie—. Saben que no puede suceder de verdad, así que organizan una boda imaginaria en el dormitorio de ella y cantan su trágico dúo. Creo que es demasiado hacer que Simon lea los dos papeles —le dijo a Liv—. ¿Hay alguna razón para que no me hayas pedido que cante el papel de Maria, o es solo paranoia por mi parte?

—Tú eres incapaz de afinar, y yo no voy a cantar nada —dijo Simon tímidamente. La suya era la única mesa ocupada, y la sala era lo bastante pequeña para que los camareros pudieran oírlos.

En su mensaje de la mañana, Liv había descrito el restaurante como «informal e íntimo» —dos palabras que, para Simon, no casaban en absoluto, aunque podía entender que alguien que se acostaba con los maridos de otras mujeres tuviera otro punto de vista—. «¡Es casi como cenar en tu propia casa!» era la promesa de Liv en su mensaje de texto. Simon estaba totalmente en desacuerdo. Su casa no era una bodega, ni tenía un techo bajo abovedado de yeso blanco con alisado basto, ni contenía hombres con traje que le preguntaban si todo estaba correcto cada veinte segundos.

—No queremos que la canten, queremos que la lean con buen gusto —dijo Liv—. Y que lo haga tu encantador esposo. —Miró a Simon con una amplia sonrisa.

—«Queremos» —dijo Charlie—. ¿Te refieres a ti y a Dom?

—No. Yo y Chris. Chris y yo.

Liv alargó la mano, buscando la de Gibbs. Charlie dio una patada a Simon por debajo de la mesa; él se la devolvió, consciente de que lo iba a malinterpretar. Con su patada, ella había querido aproximadamente decir: «Míralos,

cogiéndose de la mano en público como si fuesen una pareja de verdad». Lo que él había querido decir era: «Deja de mirar fijamente, hostia puta».

Pensó en la bola de gomas elásticas de Gibbs, que no había hecho acto de presencia durante la noche. ¿Se habría quedado en casa, con Debbie?

Un camarero empezó a moverse hacia ellos, sosteniendo en alto la bandeja más grande que Simon había visto en su vida. Más comida para la que no sentía apetito alguno. ¿Qué había pedido Charlie de plato principal? No lo recordaba. No le había gustado el entrante que ella había elegido: lonchas de mozzarella con un jamón muy delgado, oscuro y de un sabor muy pronunciado, todo ello cubierto de aceite verde-amarillento salpicado de algo.

—A Dom le parece bien que sea yo quien me encargue de los detalles de la ceremonia —dijo Liv—. Está agobiado de trabajo, como siempre. He elegido el resto de lecturas pensando en él, y esta es para mí y para Chris. Los dos la hemos elegido.

—Pero si ni siquiera vas a estar allí —le dijo Charlie a Gibbs.

—¿Ah, no?

El camarero dejó los platos enfrente de ellos. Simon vio, con alivio, que el suyo contenía un bistec. Habría preferido que estuviera acompañado de patatas fritas, en lugar de lo que parecía un montoncito de patatas de forma cilíndrica y esmaltada.

—¿Tú y Debbie vais a ir a la boda de Liv? —La voz de Charlie estaba teñida de incredulidad; volvió a darle una patada en la pierna a Simon.

—¿Por qué no le das una patada a Gibbs? Después de todo, es con él con quien estás hablando.

—Debbie no —dijo Gibbs—. Solo yo.

—Sé lo que estás pensando, Char —intervino Liv—. Está claro que no va a ser fácil para Chris, pero ¿cómo podría no estar presente? Eso sería aún peor para nosotros dos. Sería como... ya sé que es una analogía espantosa, pero si estuviera muriéndome en un hospital, me gustaría que Chris estuviese allí, conmigo.

—¿Una analogía espantosa? Liv, es espantosa al cuadrado multiplicada por siniestra, joder.

—Puedes decir que no —le dijo Gibbs a Simon.

—No es siniestra, igual que *One Hand, One Heart* no es trágica —dijo Liv, indignada—. ¿Cómo va a ser trágica una canción en la que se desafía a la muerte? No todos miramos el mundo a través del mismo cristal que Charlie Zailer.

—Dijiste que, pasara lo que pasase, no ibas a perder los estribos —le recordó Gibbs. Simon se preguntó qué era lo que esperaban que pasase.

—No he perdido nada —dijo Liv—. He encontrado una metáfora útil: un cristal que solo permite ver al que mira a través de él... ¡cadáveres y desgracias!

—No todo el mundo está dispuesto a renunciar a ver con tal de ser feliz —dijo Charlie.

—No estamos llegando a ninguna parte aquí —se interpuso Gibbs—. Mira, Charlie, aquí no hay nadie ciego: todos sabemos cuál es la situación. Nosotros vemos las cosas de otra forma, nada más.

—No me imagino a mí mismo leyendo esto. —Simon le devolvió la letra de la canción a Liv—. Lo siento. Si tanto te importa, puedo leer otra cosa. Algo que tenga un significado más o menos parecido.

—¿De verdad? —Liv se puso a dar saltitos en su asiento—. ¡Viva, viva! ¿Lo harás, de verdad?

—No puede ser cualquier cosa —dijo Gibbs—. Tiene que significar algo.

—¿Es que no has aprendido nada de mi hermana, Gibbs? —preguntó Charlie, risueña—. Finge que significa lo que necesitas que signifique. Las palabras exactas pueden ser «Llamadme Ismael», pero todos podemos fantasear con que quieren decir «Esta es la boda secreta de Liv y Gibbs, aunque parezca la boda de Liv y Dom».

—¿«Llamadme Ismael»? —preguntó Liv, inquieta.

—Simon solo va a aceptar si puede leer un fragmento de *Moby Dick*.

—Sé hablar por mí mismo, Charlie.

—Solo estoy tratando de ganar un poco de tiempo.

—Puedes decirle a otra persona que lea *One Hand, One Heart*; a cualquiera —dijo Simon—. Si quieres que lo haga yo... Mira, nunca he leído nada en una boda. Me sentiría más cómodo leyendo algo a lo que estoy acostumbrado.

—¿Cómo qué? —preguntó Gibbs.

—«Los arcoíris no se presentan en cielo claro», citó Simon, «solo irradian vapores. Y así, a través de todas las densas nieblas de las penumbrosas dudas de mi mente, de vez en cuando surgen divinas intuiciones, encendiendo mi niebla con un rayo celeste. Y doy gracias a Dios por ello, pues todos tienen dudas; muchos lo niegan; pero, con dudas o negaciones, pocos tienen también intuiciones con ellas. Dudas de todas las cosas terrenales e intuiciones de algunas cosas celestiales; esta combinación no produce ni un creyente ni un incrédulo, sino que produce un hombre que las considera a ambas con iguales ojos».

—Es precioso. —Liv sorbió por la nariz y parpadeó; luego dijo, mirando a Gibbs—: ¿Qué te parece?

—Es cosa tuya —respondió él, encogiéndose de hombros.

—¡No digas eso! No puedo soportarlo, es como si tu opinión no contase para nada.

—Ese fragmento no tiene en absoluto el mismo sentido que *One Hand, One Heart* —dijo Charlie, enojada de que lo tuviesen siquiera en cuenta. ¿Tanto les importaba que Simon leyese en su «boda falsa dentro de una boda verdadera»?—. ¿Y si lo hago yo? —se sorprendió diciendo—. En serio: yo leeré *One Hand, One Heart*.

—¿Lo harás?

Liv se tapó la nariz y la boca con las manos y presionó con el dedo índice en los lagrimales. Simon apartó la vista; las personas llorando cerca de él le hacían sentir extremadamente incómodo.

—No estarás fingiendo solo para hacerme feliz ahora y que luego sea aún más desgraciada cuando me dé cuenta de que es todo mentira, ¿verdad? —preguntó Liv sin mover las manos.

—Sí, claro —suspiró Charlie—, eso es exactamente lo que estoy haciendo, porque soy una malvada de manual. Oye, ¿estás segura de que quieres invitarme?

—No digo que seas malvada, solo que estás en contra de mí y de Chris.

—Antes, quizá. Ahora, de lo único que estoy en contra es de que los dos estéis con personas a quienes ya no queréis.

—Creo que deberíamos quedarnos con las dos —dijo Gibbs.

—Claro, claro —dijo Charlie en tono de broma—. Tú tienes a Debbie y Liv, Liv te tiene a ti y a Dom.

—Me refería a las dos lecturas: *One Hand, One Heart* y *Moby Dick*.

—¡Sí! —chilló Liv—. La verdad es que me encanta esa cita de *Moby Dick*: dudas terrenales e intuiciones celestiales. ¡Perfecto!

Se estaba acercando un camarero. Simon miró hacia su plato: ninguno de ellos había comido nada.

—¿Va todo bien? ¿Hay algún problema con la comida?

—Estamos genial, gracias. —La sonrisa de Liv se apagó mientras el camarero se alejaba—. Nunca he tratado de explicártelas, Char, pero tenemos nuestras

razones. No creía que te interesasen.

—No necesitan saber nuestras razones —dijo Gibbs en un susurro.

—No lo necesitan, pero creo que lo merecen.

Esa afirmación podía entenderse de dos formas, pensó Simon. Se preguntaba si Charlie estaba pensando lo mismo, o si estaba buscando cosas que ya no estaban. Como lo que habían quitado del dormitorio de Tim Breary en Dower House antes de que Simon y Charlie lo registrasen esa tarde. Simon había sentido su ausencia. Puede que el viernes Dan Jose se diese cuenta de que a Gaby Struthers le había parecido sospechoso que tuviese tanta prisa por echarla del dormitorio de Breary. ¿Se habría librado de alguna prueba incriminatoria en cuanto ella se marchó? Si era realmente algo incriminatorio, ¿no se habría librado de ello el mismo 16 de febrero, el día en que mataron a Francine, o poco después?

Simon casi le había dicho a Charlie de camino al restaurante que este era el caso más enrevesado y frustrante en el que había trabajado, pero decidió callarse; sabía que ella se habría reído y le habría llamado teatrero. Este era su momento «que viene el lobo», reconoció Simon para sí. Ya se había quejado innumerables veces a Charlie de casos tan incomprensibles que le daban dolor de cabeza. Debería haberse callado y guardado la hipérbole para Tim y Francine Breary, la pareja cuya historia no tenía ningún tipo de sentido.

«Él la odia, y por tanto se queda. Él la deja y, libre por fin, intenta suicidarse. Le dice a Dan y Kerry Jose que no puede volver nunca a Culver Valley porque Francine está allí y vuelve para cuidarla cuando se entera de que ha tenido un ictus. La asfixia, lo admite y espera que todo el mundo crea que no tenía ningún motivo para hacerlo».

A su lado, Liv estaba diciendo:

—Dom es feliz de momento, porque no tiene ni idea. En cierta manera, aún le quiero; de la misma manera que te quiero a ti, Char, a mamá o a papá. Probablemente, Gibbs quiere a Debbie de la misma forma.

—Yo no quiero a tus padres, ni a Charlie, así que... sí —aceptó Gibbs—, de la misma forma.

—¿Cómo? ¿Ni siquiera como vieja amiga y expatrón? —Charlie fingió estar dolida—. ¡Muchas gracias!

—No me permiten abandonar a mis hijos. —Gibbs se quedó mirando su filete de lubina.

—¿Quién no te lo permite? —preguntó Simon.

—Olivia.

—No quiero hacer daño a nadie, eso es todo —dijo Liv—. De esta forma

cumplimos con nuestro deber con las personas que dependen de nosotros, y mantenemos el dolor en un nivel mínimo.

—A menos que Debbie o Dom lo descubran —dijo Charlie—, en cuyo caso, el dolor podría, digamos, maximizarse, ¿no crees?

—Sí —contestó Liv, desafiante—. Pero no puedo tomar decisiones vitales importantes basándome en el miedo y en la peor de las hipótesis.

«Yo te podría dar lecciones de eso», pensó Simon.

—Nadie averigua nunca toda la verdad, en un cómodo paquetito bien envuelto, Char. Ni siquiera tú, Simon, con tu cerebro privilegiado. Si alguien entrase ahora mismo y nos viese juntos a Chris y a mí, eso es todo lo que vería: un caso juntos. ¿Sería tan tremendo para Debbie o Dom oír que hemos estado una vez juntos en un restaurante? Es imposible que descubran la verdad emocional, o que vayan más allá de lo que puedan ver personalmente una vez, a menos que se lo digamos. Y eso nunca lo haremos.

—¡Eso lo reconozco! —anunció Charlie triunfalmente—. La sabiduría reciclada de Colin Sellers y su influyente tratado *Cómo poner cuernos y salirte con la tuya*. ¿Gibbs? ¿Algo que declarar?

—Sellers tiene razón —dijo Gibbs—. A menos que dejes que alguien te filme en la cama, no hay manera de que te pillen sin que te puedas librar a base de labia. La mayor parte de personas infieles se derrumban en cuanto sus parejas sospechan y se lo dicen.

—En estas situaciones, lo que más daño hace son los sentimientos, no el hecho de que te pillen en la cama —dijo Liv—. Y los sentimientos no se pueden demostrar. Nadie puede filmar las emociones de otra persona.

Simon apartó el plato y se puso de pie. En el fondo de su mente se estaba empezando a desarrollar una idea, tan provisional que estaba intentando pasar desapercibida.

—Cada persona infiel es distinta, ¿no? Unos se derrumban y otros no. Unos esperan lo mejor, otros temen lo peor.

—Yo podría dejar de engañar a Dom sin problemas —intervino Liv—, pero entonces sentiría que me estoy engañando a mí misma, a Chris y a la generosidad que la vida ha mostrado conmigo.

—Parece que nos vamos —dijo Charlie, metiéndose un bocado de lasaña en la boca—. Simon ya no estaba pensando en ti, Liv; lo siento. Pero buena intervención.

Se acercó un nuevo camarero.

—¿Va todo bien, señor?

—No es aleatorio. Fueron elegidos por un motivo.

—¿Perdón, señor?

—¿Qué motivo?

—No estoy seguro de lo que me pide, señor —dijo el camarero.

Simon no estaba hablando con él, y tampoco estaba interesado en discutir. Necesitaba salir del restaurante para poder pensar. Mientras abrió las puertas del coche oyó cómo Charlie le decía a Liv algo sobre practicar su acento portorriqueño. No tenía ni idea de qué estaba hablando.

—Aún sigues aquí —le dijo Sam a Proust, que estaba sentado en su oscuro despacho con la puerta abierta de par en par. Sam no le había visto: había intuido su presencia.

—Soy como un niño pequeño al que se le ha caído un diente. —La voz del Hombre de Nieve surgió de las sombras—. Esperando pillar al ratoncito Pérez cuando venga a dejarme una moneda nueva y brillante.

—Prepárese para la decepción, pues —contestó Sam—. No le he traído nada nuevo ni brillante, solo los mismos embusteros de Dower House de siempre, que siguen mintiendo. Jason Cookson estaba fuera, limpiando las ventanas del salón, cuando mataron a Francine Breary, y por una u otra razón todos ellos se olvidaron de decírnoslo al principio. Ah, y todos se equivocaron de la misma manera: la primera vez que los interrogamos nos dijeron, por error, que estaba en el salón. Y todos ellos repiten lo mismo que Kerry le dijo ayer a Charlie de que Tim Breary recogió el almohadón que utilizó para asfixiar a Francine y lo sostuvo a la altura del pecho; de pronto, todas sus historias contienen ese detalle en particular, y todos lo expresan exactamente de la misma forma: «a la altura del pecho». Antes de que me diga que los separemos y los despistemos: ya lo hemos intentado. Sin suerte.

—¿Suerte?

—Señor, hemos hablado, hemos amenazado, hemos actuado con calma, lo hemos hecho todo. Si cree que puede hacerlo mejor, adelante, inténtelo.

—Entonces, ¿esas son las dos únicas opciones? ¿Hacerlo mal vosotros o hacerlo mejor yo? ¿Y qué tal hacerlo mejor vosotros? O la sargento Zailer, ya que, por lo visto, se ha implicado personalmente: la Mujer de Negro del departamento, cuyo espíritu al parecer no logramos dominar. —Un sonido, una mezcla de suspiro y gruñido, surgió de la oscuridad—. Encienda la luz, sargento; ¿o quiere que hagamos una sesión de espiritismo, por si su iniciativa intenta establecer contacto?

—Mi iniciativa ha estado trabajando todo el día y ya no se le ocurre nada más. —Eso sonó demasiado definitivo—. Estoy seguro de que me sentiré distinto por la mañana —matizó Sam, encendiendo la luz. El Hombre de Nieve se estaba frotando la barbilla entre el pulgar y el índice, como si se hubiese

inventado un nuevo gesto obsceno—. No debemos dejar de tener en cuenta la posibilidad de que Tim Breary matase a su mujer, señor. Él dice que lo hizo, y quizá Charlie tenga razón: puede que sea un doble farol. Breary sabe que va a ser sospechoso, así que confiesa preventivamente e implica a sus discípulos. Entre ellos, hacen que la confesión parezca tan poco sólida que supongamos que sus mentiras no contienen ni una brizna de verdad.

—¿Discípulos?

—Estoy bastante seguro de que, sea lo que sea todo esto, Breary es el cerebro —explicó Sam—. A pesar de todo, yo sigo pensando que es nuestro hombre. No tenía dinero propio ni tampoco ningún ingreso. La muerte de Francine significaba que iba a poder cobrar su seguro de vida. Desde mi punto de vista, él era la única persona con móvil.

—¿Y los Jose? —sugirió Proust—. Francine se llevaba una buena cantidad de sus recursos. ¿A usted le gusta tener amigos en casa todo el fin de semana, sargento?

—Me gusta, sí.

—No es verdad. Piense en el alivio que siente cuando se van. Ahora imagine que se han traído a sus antiguas parejas en estado vegetativo y que tienen pensado quedarse, no un fin de semana, sino el resto de sus vidas.

Sam se habría apostado su propio seguro de vida a que ni Dan ni Kerry Jose habían asfixiado a Francine Breary con un almohadón.

—Si no fue Tim Breary quien mató a su mujer, mi segunda opción sería Jason Cookson —le dijo al Hombre de Nieve—. Tiene un historial de violencia. Hice que Sellers investigase un poco.

—¿Y?

—Dos acusaciones de lesiones graves retiradas, una en 1998, la otra en 2008. La segunda víctima perdió un ojo. Sellers está buscando los detalles de la primera, pero la segunda acusación se desmoronó porque la víctima cambió la historia en el último momento y se declaró incapaz de identificar a Cookson como el hombre que lo atacó con un cuchillo en el aparcamiento de una residencia.

—Así que Cookson, de una forma u otra, consiguió llegar hasta él —dijo Proust.

—Cookson no estaba disponible hoy. Al parecer, está trabajando en la reforma de la casa de un amigo. Todos ellos confirmaron su coartada para lo de anoche, pero estoy seguro de que mienten. Creo que fue él. —Sam alzó las manos al ver la incredulidad en el rostro del Hombre de Nieve—. Sé que Gaby Struthers dice que el hombre que la atacó no era Jason Cookson. Creo que ella podría estar mintiendo también, y por la misma razón: miedo. Cookson le saltó un ojo a un hombre, señor. Dan, Kerry y Lauren están asustados...

—No necesariamente de Cookson —dijo Proust—. A lo mejor están asustados porque saben que le están mintiendo a la policía en una investigación de asesinato y pronto tendrán que enfrentarse a las consecuencias. Y si Gaby está tan asustada de Cookson después de que la atacase, ¿por qué denunció el ataque?

—No lo sé. —Sam también se lo había preguntado. Jason Cookson parecía el candidato más obvio; si no él, ¿quién? ¿Dan Jose? Imposible—. Digamos que Gaby tiene razón y que Cookson envió a un cómplice para que le diese un susto de muerte, porque no quiere que le saque más información a Lauren. Digamos que encontramos a ese matón, incluso. ¿Dónde nos deja eso? Seguiremos sin saber qué están ocultando la pandilla de Dower House. —Sam suspiró—. Creo que tenemos un problema de difícil solución, señor.

—Quizá sea porque somos una unidad de investigación de crímenes importantes, no un grupo de boy-scouts —contestó Proust de mal humor—. Tiene razón: esto no lo va a arreglar el detective Gibbs, cantando desde lo alto de una seta «Somos los gnomos, que ayudamos en los hogares». Y no lo digo porque Gibbs sea de ayuda en ningún hogar, y en el suyo menos. —El Hombre de Nieve soltó una risotada—. Ah, mira, ahí vuelve el superhéroe —dijo mientras Sellers entraba en la oficina—, el caminante relleno.

—La primera acusación de lesiones siguió el mismo camino que la segunda, sargento —dijo Sellers, dirigiéndose a Sam e ignorando a Proust. Estaba sin aliento. No cabía duda de que le sobraban unos cuantos kilos—. La víctima y dos testigos pasaron de estar seguros al cien por cien de que el atacante era Jason Cookson a no haber visto nada en absoluto. La primera acusación de lesiones no fue tampoco una simple pelea de borrachos. Era un tipo que cometió el error de charlar con la que era la novia de Cookson por aquel entonces, Becky Grafham, en un restaurante chino de comida para llevar. Acabó en un hospital con varios huesos rotos. Cuando me enteré de eso, pensé que valdría la pena preguntar por el móvil de la segunda acusación.

—¿Y? —se interesó Proust.

—Lo mismo. Para entonces, Cookson ya estaba casado con Lauren. El hombre al que acuchilló en el ojo era el hijo de uno de los... internos, si se les llama así, de la residencia donde trabajaba Lauren. El pobre solía bromear en tono amable con Lauren los días que venía a visitar a su madre. Uno de esos días, Jason fue a recoger a Lauren del trabajo y lo oyó.

—Ese es un error que tú cometes a menudo, ¿no, Sellers? —dijo Proust—. Bromear en tono amable con las mujeres de otros, como preludio a otro tipo de intercambios. Supongo que, si lo miramos por el lado bueno, si hubieses perdido un ojo pensarías menos.

—Señor, he intentado ponerme en contacto con esa tal Becky Grafham...

—¿Por qué? —ladró Proust.

—Quizá sea una tontería por mi parte, pero no me cuadran las historias de

estas lesiones graves provocadas por Cookson con lo que le sucedió ayer a Gaby Struthers. Ya sé que Charlie dijo que Struthers no se lo había contado todo, pero la ha visto y ha hablado con ella. No hay huesos rotos, ni ojos u otras partes del cuerpo ausentes, ni heridas físicas serias. Me pregunté si Jason Cookson tenía la costumbre de atacar, u organizar ataques, tanto a hombres como a mujeres y, en ese caso, si adaptaba el método en función del sexo de la víctima.

—¿Y? —dijo Proust, impaciente.

—Hablé con la madre de Becky Grafham, que me dijo que fue Cookson quien dejó a Becky por otra chica; no creo que eso quiera decir algo necesariamente, pero también mencionó que le había dicho a Becky al principio que Cookson acabaría por dejarla, que era solo cuestión de tiempo; y tenía razón. Antes de conocer a Lauren y casarse con ella, Jason Cookson era conocido porque sus relaciones no eran duraderas. Podía quedarse una semana, un año o dos años, pero a su debido tiempo acabaría por irse en busca de nuevos horizontes. Dejaba a todas sus novias.

—No creo que se pueda calificar de inconstante a alguien que mantiene una relación durante dos años —dijo Proust—. Es una inversión de tiempo significativa.

—Exacto. —Sellers parecía complacido—. Eso mismo pensé yo. Así que me pregunté cómo era que un tipo que tiene una serie de relaciones normales, de duración variable, acaba por adquirir fama de ser de los que dejan a sus parejas.

Proust alzó las manos en un gesto exagerado de confusión, aburrimiento e irritación. Su lenguaje corporal siempre había sido más complejo que el de ninguna otra persona que Sam hubiese conocido.

—¿Y si fuese porque a él nunca jamás le había dejado nadie? —insistió Sellers—. ¿Y si ninguna novia le dejó nunca porque sentían que no podían hacerlo? Quizá les habían dicho que no tenían permiso para ello, o estaban demasiado asustadas.

Proust tamborileó con las palmas de las manos en el escritorio, y acabó diciendo:

—Aunque sea verdad, no veo adónde nos lleva todo esto.

—Solo veremos adónde nos lleva si seguimos investigándolo —dijo Sam—. Localiza a las ex de Cookson —ordenó a Sellers—. Veamos cuántas lo temen aún tanto como para no hablar de él abiertamente, incluso después de varios años.

Simon detuvo el coche frente a la casa y paró el motor, pero no hizo el gesto de salir del coche. Siempre tardaba más en salir que Charlie, como si el hecho de conducir lo hubiese hecho entrar en una especie de trance del que le costara salir. A veces, ella perdía la paciencia y entraba sola. Esta noche, en

cambio, no se movió.

—¿Me lo vas a contar? —preguntó.

—Ni Harold Shipman, ni Fred y Rosemary West, ni Saddam Hussein, ni Osama Bin Laden.

—Es cierto —dijo Charlie—. Es un punto a favor que ninguno de esos vaya a asistir.

—¿Qué?

—A la boda de Liv y Dom.

—No me estaba refiriendo a eso. —Simon movió su asiento hacia atrás para disponer de más espacio para las piernas.

—Nos lo pasaremos mejor sin ellos que con ellos. Aunque solo sea porque casi todos están muertos.

—¿De qué coño estás hablando?

Charlie dio una ovación silenciosa e intentó no reírse. ¿Por qué no se le habría ocurrido usar esta táctica antes? La culpa era de su seriedad excesiva; esta noche, en cambio, los tres vasos de vino que se había tomado la habían inspirado. En general, era inútilmente franca cuando no tenía ni idea de qué era lo que Simon murmuraba: le decía que no le entendía y le pedía explicaciones cada cinco segundos, hasta que él acababa por ceder; pero solo en el momento en que le convenía, nunca antes. Esta nueva técnica era mucho más divertida: a cada afirmación desconcertante que saliese de su boca, ella contraatacaría con otra. ¿Por qué iba a ser ella la única incapaz de seguir el hilo de la conversación?

—Piensa en la habitación de Tim Breary —dijo Simon—, en los libros junto a la cama.

—¿Los libros sobre asesinos?

—Necesito un té negro cargado —dijo Simon de repente.

—Eso suele querer decir entrar en casa, según la tradición.

—Pienso mejor aquí fuera.

—Estás chalado. Mierda... ¡vale! —Charlie salió del coche dando un portazo—. Casi puedo verme a mí misma metiéndome en un jardín del que ya veremos cómo salgo —murmuró mientras sacaba las llaves del bolso.

Cuando entró, el teléfono estaba sonando. No le hizo caso y se dirigió a la cocina, pensando que solo podía tratarse de Liv. Mientras le preparaba el té a Simon, sonó cinco veces más. De alguna manera, cada vez parecía más

urgente que la anterior, aunque el sonido fuese exactamente el mismo.

Charlie acabó cediendo a la curiosidad.

—¿Qué?

—¿Charlie? Soy Lizzie Proust.

—Ah. Hola, Lizzie. ¿Va todo bien? —«¿O ha destruido mi marido toda la dinámica de tu familia?».

—Sí, muy bien. Siento llamar tan tarde.

—No pasa nada, no es tarde.

—Ah, bien. —Lizzie parecía sorprendida—. Charlie, esto es un poco embarazoso. Supongo que sabes lo de Amanda... ahora se llama Regan. ¿Sabes que Simon tuvo unas palabras con Giles y... le explicó la situación?

—Intenté detenerle.

—¿Pero no lo conseguiste?

—Parece evidente que no.

Si lo hubiera conseguido, Lizzie no estaría llamándola a las nueve cuarenta y cinco de un sábado por la noche, y tampoco sabría que su hija se había cambiado el nombre a Regan.

—Es solo que... bueno, Ama... quiero decir, Regan y yo estamos un poco perplejas.

—¿Quieres que le diga a Simon que os llame?

Charlie no tenía ningunas ganas de mezclarse en el asunto; no se sentía capaz de quitarle la perplejidad a nadie; eso se le daba mejor a Simon.

—Verás, es que Giles no ha dicho nada. Nada en absoluto. Se comporta como si nada hubiese cambiado. Solo lo sé porque Simon llamó antes a Amanda y... Lo siento —Lizzie rio nerviosamente—, no creo que me acostumbre nunca al nuevo nombre, pero le he prometido que lo intentaré, cuando Giles no esté. Simon llamó antes a Regan y le dijo lo que había hecho, y ella me llamó hecha un manojo de nervios. Estaba realmente fuera de sí, hablando de irse al extranjero y toda clase de tonterías histéricas. Dijo que Simon se lo había contado todo a Giles, y que cómo iba a poder volver a mirarlo a la cara, sabiendo que lo sabía.

—Espero que Simon se disculpase por haber metido a Regan en ese berenjenal —dijo Charlie—. Le pedí que lo hiciera.

—Yo le dije a Regan que no debía huir bajo ningún concepto; que viniera a

casa conmigo y que nos enfrentaríamos a él juntas. Pensé que lo mejor sería que lo negase todo, que dijese que todo era mentira de cabo a rabo, pero ella no pensó que Giles fuera a creérselo; y, como ahora Regan es su nombre legal...

—Un momento. —Charlie tomó un sorbo del té de Simon, lo que confirmó sus sospechas de que ninguna persona que prefiriese el té sin leche podía estar cuerda del todo—. ¿Quieres sacar a Regan y a ti misma del lío retratando a Simon como mentiroso, cuando está diciendo la verdad? Sé que es un capullo irritante, pero eso no me parece muy justo.

—No —suspiró Lizzie—, claro que no lo es. No me siento orgullosa de todo esto, pero me temo que he tenido un ataque de pánico. Ya sabes cómo puede ser Giles. No éramos solo Amanda y yo las que estábamos aterrorizadas. Deberías haber visto a mi yerno, blanco como el papel. En todo caso, como digo, Amanda, Regan, no creía que Giles fuese a creerla si lo negaba todo directamente...

—¡Lizzie, hostia puta! —soltó Charlie—. Todo esto es una locura.

—Ya lo sé —dijo tristemente Lizzie—. Créeme, Charlie, lo sé. Y siento mucho meterte en el jaleo.

—Olvídate de mí; piensa en ti y en Regan. Cuéntale la verdad a Proust, hazle ver la situación tal como es: su hija tiene un problema con él, y de los gordos.

—No puedo hacerlo. Giles siempre ha confiado en su familia, quizá más que la mayoría de las personas. Somos la roca en la que se apoya.

¿Por qué tenía que ser siempre una roca?, se preguntó Charlie. Las rocas no eran de mucha ayuda para las personas en entornos urbanos y residenciales. ¿Por qué nadie decía «Él es mi calefacción central» o «Él es mi moqueta»?

—Si Giles pensase que su fiel esposa y su única hija sentían por él algo distinto de amor y respeto, le destrozaría.

—¿Le amas y le respetas? —preguntó Charlie.

—¡Claro que sí!

—¿Por qué «claro que sí»? No es lo que piensa Regan.

—Oh, de eso me encargo yo —dijo Lizzie con impaciencia, como si fuese algo tan sencillo como la compra semanal—. La culpa es del terapeuta que ha estado visitando. Son personas malvadas, Charlie. Malvadas. Se quedan con el dinero que tanto te ha costado ganar y te llenan la cabeza de rencor y resentimiento, hasta el punto de que te quedas peor que antes de empezar, y no solo desde el punto de vista financiero. En serio, hacen más mal que bien. Algunos de ellos incluso implantan recuerdos de abusos falsos. Leí un artículo...

—Lizzie —cortó Charlie—, tengo que irme. Si quieres esconder la cabeza bajo tierra, es asunto tuyo, pero yo creo que deberías hacerle caso a Regan. Tiene razón sobre Proust: es un matón, y lo ha sido desde que yo le conozco. Estoy segura de que tiene cosas que le salvan, pero... bueno, yo las he visto en contadísimas ocasiones.

—¿Por qué dices eso? —La voz de Lizzie temblaba. Dejó de lado su careta de persona organizada y hastiada y sonó como si tuviera ocho años—. Giles os tiene en mucha estima, tanto a ti como a Simon. Os aprecia más que a nada en el mundo. Lo de «cosas que le salvan» hace parecer que se ha cometido algún... pecado terrible. ¡Si hubieses dicho «virtudes», te habrías acercado más a la realidad! Eres tú quien debería escuchar a Amanda; quiero decir, ahora mismo. Se siente profundamente avergonzada de su estallido con Simon. Admite que se excedió.

—Porque está asustada —dijo Charlie.

—¿De qué, exactamente? Giles la adora, a ella y a sus hijos, y ella lo sabe perfectamente. —El tono de Lizzie volvía a sonar más estricto: tolerancia cero. «Está imitando a Proust», pensó Charlie, estremeciéndose. Sí, eso debía de ser: en su mente alternaba, entre su voz y la de él, sus propios pensamientos y los de su amo. Como una esquizofrénica—. Giles nunca le ha puesto un dedo encima a Amanda, y nunca lo haría.

—La agresión física no es lo único que hay que temer. La crueldad psicológica puede hacer más daño, y es más fácil salir impune, porque no deja cicatrices visibles. —«Sigue así, Zailer. Si alguien puede neutralizar el lavado de cerebro de un matrimonio de cuarenta años con una conversación telefónica, tú no eres esa persona. Pero no dejes que eso te desanime»—. Si Giles está tan cargado de virtudes, ¿por qué crees que Regan sintió la necesidad de crearse una nueva identidad? ¿Y por qué aceptas tú llamarla Regan? Cada vez que lo haces, ¿no es como darle todo el crédito a su deslealtad?

—Probablemente —dijo Lizzie, en tono desafiante—. Todo esto no es más que una maldita farsa, Charlie. Si quieres saber cómo me siento en realidad... Bueno, creo que Amanda se está regodeando en sus sentimientos negativos e hinchando cada una de las pequeñas cosas que han sucedido; pero, desde luego, eso no se lo puedo decir a ella. Tengo que calmarla y llamarla por su nuevo y estúpido nombre para que arregle las cosas con Giles o quizá acabe por no poder ver a mis nietos, y eso es impensable. Si Giles decide que no podemos seguir viendo a Amanda...

—Dile que reviente y vete a ver sola a tus nietos.

¿No estaría Lizzie exagerando la gravedad de la situación al otro lado de la línea? ¿Acaso no le daban este tipo de consejos todo el tiempo, sus amigas, sus conocidos, sus vecinos?

—Charlie, no estás haciendo las cosas fáciles para mí. No te llamé para hablar de mi complicada hija.

—Entonces deja de hablar de ella antes de que empiece a mirar en las Páginas Amarillas para ver si existe algún tipo de institución de acogida de niños, pero para adultos.

Adopción para mayores de 18 años; ¿por qué no se le había ocurrido a nadie? Era una idea brillante: padres nuevos para adultos.

—Giles no ha dicho nada.

—¿Qué quieres decir?

—Se comporta como si nada hubiera ocurrido, como si no hubiese habido ningún cambio. Regan y yo esperábamos que explotase, pero... nada. Es como si no lo supiese, Charlie. ¿Estás completamente segura de que Simon se lo dijo?

—No se me ocurre por qué tendría que mentir sobre ello.

—Entonces, ¿por qué Giles no ha hablado del asunto?

—¿Y por qué no lo haces tú? —preguntó Charlie.

—Aún tengo la esperanza de que Simon no se lo contase.

—Lizzie, si le dijo a Regan que lo hizo es que lo hizo. Sé por qué Proust no ha dicho nada y, si reflexionases un poco, tú también lo sabrías. Como todos los déspotas, no alcanzó su posición haciendo regalos de poder. Piensa en ello: en el momento en que reaccione será como si una bomba hubiese explotado: todo el mundo está ocupado encargándose de la destrucción, y nadie tiene miedo de lo que ya ha sucedido, ¿verdad? Al no reaccionar, puede mantenerte en suspenso, a la espera de lo que pasará, preguntándote por qué no pasa y demasiado asustada para preguntar. Ni siquiera estás segura de que lo sepa, y eso es aún mejor: no solo te está arrebatando la confirmación, sino también la certidumbre. Conserva el cien por cien de su poder.

—¿Se puede saber qué clase de monstruo crees que es mi marido? —cortó Lizzie.

«Saddam Hussein, Harold Shipman, Osama Bin Laden. Giles Proust». De pronto, Charlie supo la respuesta a la pregunta que Simon no había llegado siquiera a formular.

—Tengo que irme, Lizzie.

—¡Espera! Siento haber alzado la voz. Mira, te entiendo. Probablemente tengas razón, en general. —¿Es que no se iba a acabar nunca?—. Tengo que pedirte un favor, Charlie; por eso te he llamado por teléfono. ¿Podrías... te importaría pedirle a Simon que vuelva a intentar hablar con Giles de ello? ¿Quizá pasarse por aquí una noche, para que no tengan que hablar en el trabajo? Puedo montármelo para no estar presente, sin problemas. Es solo que... Podría enfrentarme mejor a todo esto si supiera qué es lo que Giles

está...

«Pensando». Charlie no escuchó la última palabra: ya había pulsado el botón de «Terminar llamada» y vuelto a poner el teléfono en la base. Cuando empezó a sonar de nuevo, lo desenchufó, tiró el té de Simon y le preparó otra taza.

Lizzie no estaba dispuesta a dejarla ir.

Simon no se había movido, y no levantó la vista cuando ella regresó al coche. No tenía sentido hablarle ahora de la conversación telefónica más disfuncional de la historia; Simon había caído en un profundo pozo de obsesión y aún tardaría en salir de él.

—Pregúntame —dijo Charlie mientras le daba la taza.

—¿Eh?

—La pregunta que tienes en la cabeza. Nada de Harold Shipman, ni de Fred y Rose West... Creo que sé por qué.

—¿Por qué esos asesinos? Los libros en la habitación de Tim Breary: ¿por qué Pinochet, ese viejo nazi, el terrorista de la bomba de Lockerbie, Myra Hindley? ¿Por qué la mezcla de crimen político y no político?

—¿Coincidencia? ¿Suerte?

—¿Esa es tu respuesta?

—Es una respuesta posible. Probablemente la que se le ocurriría a la mayoría de las personas.

—Tú no eres la mayoría de las personas. Eres mejor que la mayoría.

—Entonces deja que demuestre mi valía —repuso Charlie con sarcasmo—. Hindley, el guardia del campo de concentración, todos los asesinos de los libros de Tim Breary... Todos ellos están distanciados de forma significativa de sus crímenes, ya sea por el tiempo o por su (supuesto) arrepentimiento... Y eso no es de aplicación a los asesinos sobre los que *no* estaba leyendo Tim Breary. —Charlie podía escuchar el entusiasmo en la voz de Simon—. Harold Shipman, los West, Saddam Hussein, Bin Laden. Shipman aún estaba activo; solo dejó de matar cuando lo detuvieron. Lo mismo en el caso de Fred West; él y Rose habrían seguido haciéndolo, si la policía no los hubiese parado.

—¿Cuánto sabemos de esta gente? ¿Lo suficiente como para hablar con seguridad? —preguntó Charlie.

—Creo que sí —contestó Simon—. Bin Laden y Saddam Hussein seguían estando públicamente orgullosos de sus sanguinarios logros cuando palmaron, ¿no? Si hubiesen seguido viviendo, podrían haber seguido matando.

«Entonces, no lo sabes seguro». La sensatez de Charlie hizo que se lo callase.

—Algunos asesinos lo serán toda su vida —dijo Simon—, porque es su forma de ser. En el caso de otros, sabes que no lo volverán a hacer. ¿No decía la gente que no tenía sentido procesar a Pinochet, o a ese nazi, ahora que estaban viejos y enfermos?

—No tengo ni idea —dijo Charlie.

—Ambos llevaban años, décadas libres, y no habían sumado más víctimas —afirmó Simon—. Lo mismo en el caso del terrorista de Lockerbie. Ya ni recuerdo cuánto tiempo lleva moribundo y afirmando su inocencia. Sus días de asesino se terminaron hace mucho tiempo, suponiendo que lo fuese en algún momento.

—Myra Hindley. —Charlie apartó sus dudas y se unió a Simon—. Arrepentida, con un título universitario, reclamando que es una persona completamente nueva, y ese idiota lord Noséqué haciendo campaña para que la liberen. —Dio un sorbo a la taza de té de Simon, que no dio muestras de notarlo—. Entonces, ¿qué? ¿Tim Breary quería matar a Francine, pero no quería cargar con la culpa toda la vida? ¿Quería saber si era posible limpiar la mancha de maldad después de haber hecho una cosa terrible?

—No, no la mancha de maldad, al menos no en sí misma —dijo Simon—. De lo que se trata es de intentar detectar la presencia del mal. O de la culpa.

—¿En quién, pues? —A Charlie solo se le ocurría un posible candidato—. ¿En Francine?

—Un momento. Vamos a asegurarnos de que tenemos razón. En la colección de Tim Breary, Hindley es distinta de los otros. Nunca tuvo la oportunidad de demostrar que, si la liberaban, no iba a volver a delinquir.

—Pero...

—Pero no lo habría hecho, ¿verdad? Nadie creía que fuese a matar o torturar de nuevo.

—No, lo que era letal era la combinación de ella con Ian Brady —dijo Charlie—. Sin él, ella nunca lo habría hecho. Espera, ¿no es ese otro factor común de los monstruos de los libros de Breary? El nazi... ¿salió con la vieja excusa de tener que obedecer órdenes?

—¿Quieres decir que sin Hitler no lo habría hecho? Probablemente; la mayoría de los nazis que no eran cabecillas dijeron que se limitaban a cumplir órdenes. Los defensores de Pinochet afirmaban que él no sabía nada de los asesinatos y torturas en los que habían estado implicados sus secuaces. En cuanto al terrorista de Lockerbie, algunas personas, él mismo incluido, parecen pensar que no es culpable.

Simon se giró para mirar a Charlie.

—Esto es acerca de la presencia o la ausencia de culpa —dijo—. Se puede discutir acerca de todas las personas que aparecen en la colección de asesinos de Breary: ¿hasta qué punto se les puede seguir culpando? ¿Fueron malvados en algún momento? ¿Lo siguen siendo ahora, pero lo ocultan mejor que otros, como Harold Shipman y los West?

—Así que... antes de tener el ictus, Francine había amargado la vida a Tim y a todos los demás —dijo Charlie.

—Pero no podría haberlo hecho sin que él estuviese dispuesto a participar, para recuperar tu argumento de que esto tiene que ser cosa de dos. —El entusiasmo volvía a aparecer en la voz de Simon—. Él se quedó con ella, así que, ¿hasta qué punto se la puede considerar responsable de lo que pasase entre ambos?

—Si hemos de creer a Kerry Jose, él no hacía más que obedecer órdenes —dijo Charlie—; unas órdenes que pudo, y debió, haber desobedecido.

—Después del ictus, Francine era inofensiva, incapaz de hacer nada, prácticamente irreconocible, pero seguía siendo Francine —dijo Simon—. Su mente estaba, al menos en parte, intacta. Quizá lo sentía y no podía decirlo.

—Pero no hay motivo para pensar que lo sintiese, ¿no? Aparte de sentirlo por sí misma.

—No —replicó Simon—. A eso me refiero: Breary no sabía qué pensar, y quería saber. Mejor dicho: lo necesitaba. El ictus alejó a Francine de la persona que era. Breary no tenía ni idea de si seguía siendo aceptable sentir hacia ella lo mismo que había sentido antes.

—¿Te refieres a querer matarla?

—Quizá. Piensa en ello: imagínate que hubiese querido matarla antes. Si te pones en su lugar, ¿podrías haberlo hecho después de que tuviese el ictus y estar segura de que estabas matando a la misma persona? ¿Y si no recordase nada del tiempo que ella y Breary habían vivido juntos? ¿Y si el ictus hubiera afectado a su mente de una forma tan definitiva como lo había hecho con su cuerpo y la hubiese hecho sentir desesperadamente culpable, pero fuese incapaz de decirlo?

—¿Y tú crees que Breary estaba buscando respuestas en sus libros sobre monstruos que podrían haber dejado de serlo, o que podrían no haberlo sido nunca?

—Si tuviese que aventurar una hipótesis (y esto no es más que una hipótesis)... —Simon tamborileó en el volante—. Breary no podía perdonar jamás a Francine. Leyó esos libros por si podían ayudarle a decidir quién era más culpable, él o ella; él por ser incapaz de perdonarla, incluso en su estado débil y alterado, o ella por haber sido la persona que era antes del ictus (y que quizá siguió siendo hasta su muerte). Para la mayoría de las personas, los sentimientos son cosa de sentirlos y nada más. Pero Breary no es así: él los

analiza hasta sus mínimos componentes. El soneto que me dio para Gaby Struthers habla sobre la paradoja del amor; el poeta trata de averiguar qué es el amor.

—Yo pensaba que era congelarse el culo en un coche frío —dijo Charlie.

—Tim Breary está obsesionado con el amor y con la culpa. Quiere comprender ambos conceptos: el amor por Gaby y la culpa por Francine. La pregunta del millón es: ¿qué es más importante para él: el amor o el odio?

—¿Me lo puedes explicar mejor? —dijo Charlie, con la esperanza de que así fuese.

—Cuando dejó Culver Valley y se trasladó hacia el oeste, ¿qué fue lo que lo impulsó: su amor por Gaby o su odio por Francine?

—Ni idea. Y no lo sabría ni aunque lo intentase.

—Dejó atrás ambos: el amor y el odio. Y cuando Francine sufrió el ictus, regresó a Culver Valley. ¿Qué lo trajo de vuelta: su amor por Gaby o su odio hacia Francine?

—Eso es... más fácil, ¿no? —dijo Charlie, vacilante—. Tuvo que ser el amor, creo yo. Aunque Gaby dice que él nunca se puso en contacto con ella. Pero ¿por qué volver para cuidar a tu esposa inválida si la aborreces y ya ni siquiera estáis juntos?

—Porque te das cuenta de lo fácil que sería matarla —dijo Simon, como si fuese lo más evidente del mundo—. Entonces, una vez muerta, cuando ya te has librado de la carga, empiezas a pensar en ponerte en contacto con la mujer a quien realmente quieres.

—Pero Tim Breary no se puso en contacto con Gaby aun después de la muerte de Francine. Además, tú no crees que fuese él quien la mató —le recordó Charlie.

—Eso era antes —admitió Simon—. Ahora ya no sé qué pensar, excepto que, sea lo que sea lo que esté pasando, es más extraño y complicado que cualquier otra cosa con la que me haya cruzado.

—Vaya, pues qué suerte —dijo Charlie, conteniendo un suspiro—. Algo extraño y complicado es justo lo que necesitas. Casi todas las personas con las que hablo me comentan la decepcionante falta de extrañeza y complicación de tu vida profesional.

—Ah ¿sí? No, no es verdad.

—No, no lo es.

—Todo este caso gira alrededor de los sentimientos, Charlie.

«Entonces será mejor que pidas que te retiren del caso». Pero no lo dijo, habría sido una crueldad. ¿Es que no giraban todos los casos alrededor de los sentimientos? ¿O se refería específicamente a sentimientos románticos? Parecía haberse quedado con la idea de Gaby Struthers y Tim Breary como héroe y heroína de una historia de amor maldita; hasta ese momento, a Charlie le había faltado la presencia de ánimo para señalar que podría ser que Breary hubiese querido que Simon pensase precisamente eso mismo, o para decirle que dejase de contemplar el jodido soneto como si fuese a ofrecerle de repente una solución ingeniosa al caso. A las tres de la madrugada, Simon la había despertado al encender la lámpara de su mesita de noche; después de abrir los ojos a regañadientes lo había visto tumbado sin la almohada, sosteniendo el poema directamente sobre la cara, como si se estuviese protegiendo de una lluvia inexistente.

Charlie no se había podido dormir otra vez. Esta noche esperaba irse a la cama más o menos pronto, para compensar. «¿Quién soy yo para juzgar a Lizzie Proust?», pensó. ¿Podría Lizzie comprender que Charlie no se atreviese a decir «Voy a entrar, me niego a pasarme toda la noche en el coche», por si rompía algún tipo de hechizo?

—Debería poder comprender este caso —dijo Simon—. Yo soy exactamente igual que Breary: analizo todas y cada una de las emociones al microscopio.

—¿Cómo tu apasionado amor por mí? —preguntó Charlie, después de armarse de las habituales bajas expectativas.

—No, es demasiado grande. No cabría bajo la lente. —Simon le sonrió.

—¿Perdón? ¿Podrías repetirlo? —Se dio la vuelta.

—Un día ya no nos veremos más. ¿Has pensado alguna vez en eso?

—No. ¿Qué quieres decir?

—Cuando uno de los dos se muera.

—Nunca pienso en eso. Jamás.

—Yo sí, todo el tiempo. Intento no dejar que lo eche todo a perder —añadió Simon, en un tono más alegre.

—En fin, eso es bueno... supongo. —Charlie pensó que debía haber traído el vodka. El corazón le estaba dando saltos en el pecho.

—No es cierto, ¿verdad que no? Esas estúpidas letras de canciones de *West Side Story*: «La muerte no podrá separarnos». Pues sí que podrá. Lo que vas a leer es mentira. —Simon desplazó su asiento más atrás y puso los pies en el salpicadero, uno a cada lado del volante—. ¿Por qué viven una mentira pero les da igual? ¿Crees que Liv finge que está con Dom, que Dom es Gibbs?

—¿En qué contexto? —preguntó Charlie con falsa inocencia—. ¿Cuando están

en el supermercado, quieres decir? ¿O cuando están en un restaurante? — Sonrió para sí. No iba a dejar que la muerte le quitase el sueño. En algún momento, quizá con cincuenta y pico años, ya encontraría la manera de evitar el problema, aunque fuese obligándose a creer en alguna cosa absurda.

—Ya sabes a qué me refiero —repuso Simon—. En la cama.

No hace mucho, Simon habría sido incapaz de pronunciar esas palabras. Estaban progresando bastante como pareja. Progresando muchísimo, en realidad. Charlie sabía que debía agradecer cada uno de los avances en la dirección correcta, en lugar de pedirle a Simon más de lo que podía dar.

—Me gustaría poder decirte que no tengo ni idea, pero desgraciadamente conozco la respuesta. Liv ha intentado fingir, pero no le ha salido bien. Dom y Gibbs son demasiado diferentes desde un punto de vista técnico. Si quieres, puedo ofrecerte más detalles, pero no te lo aconsejo; ahórratelos. Para mí ya es demasiado tarde, pero tú todavía puedes librarte.

—Yo finjo —dijo Simon de forma casi inaudible. Charlie estaba totalmente segura de lo que había oído.

—¿Por eso estamos aquí, sentados en un coche oscuro? —preguntó con voz serena. Cada vez se le daba mejor ocultar los sentimientos de su voz—. ¿Para que no puedas verme? ¿Para que mi presencia sea más soportable cuando nos metamos en la cama?

—No seas estúpida. No es eso lo que he querido decir; he elegido mal las palabras.

«Ah. Toda mi vida he sabido cómo se siente uno cuando le pasa eso».

—No quería decir que finjo que eres otra persona. ¿Por qué iba a hacerlo? No quiero estar con nadie más. —Charlie esperó, por si esto volvía a ser otra de esas cosas que empiezan brillando y acaban siendo una mierda, como «te quiero, pero los dos estamos condenados a morir»—. Estoy hablando de mí.

—¿Quieres decir...? —Charlie dejó de hablar para hacer una comprobación; inverosímil, sí, pero no había otras posibilidades—. ¿Quieres decir que finges ser otra persona?

Simon no dijo nada.

—¿Quién?

«Hostia puta joder». ¿Era grosero preguntar algo así? Charlie conocía lo bastante bien a Simon para saber que no iba a facilitarle nombre alguno. «¿Gordon Ramsay? ¿Nick Clegg? ¿Colin Sellers? Puaj, no, por favor».

—Nadie real; solo... no sé. Una manifestación física de nadie o de nada. Una figura simbólica sin aspecto visible, que me sustituye. Solo puedo seguir adelante si nunca pienso que soy yo. Las cosas empiezan a torcerse si me veo

a mí mismo como parte de la escena.

«Ahora es cuando le dices que un loquero al que conoció tiene una teoría que explica perfectamente todo lo malo que le pasa; es la oportunidad ideal».

—¿Crees que eso me convierte en un bicho raro? —preguntó Simon.

—No.

«Creo que te convierte en una persona con una afección psicológica común, pero que pocas veces se diagnostica. Si te digo el nombre, no te lo podrás quitar nunca de la cabeza; estoy segura, créeme. Se llama síndrome de incesto emocional. Si lo prefieres, puedes llamarla SIE. O bien SIO: síndrome de incesto oculto. Pero ¿se puede curar? Si no es así, ¿qué sentido tiene saber que la sufres? ¿Y si solo sirve para que te sientas aún más como un bicho raro?».

Es mucho más fácil cambiar de tema. Para demostrarse a sí misma que no era en absoluto como Lizzie Proust, Charlie dijo:

—Tienes que contarle a Sam todo lo que no le has contado. El soneto, lo que Gaby Struthers le dijo a Gibbs, todo.

«¿Ves? No tengo miedo de decirle a mi marido cosas que no quiere oír si estoy segura de que tiene que oírlas».

—¿Cómo? —Simon parecía sorprendido; por suerte, no enfadado—. ¿Y eso de dónde ha salido?

—No estoy predicando olvido y perdón —dijo Charlie—. Se trata de usar unas normas de competencia correctas. Llegar el primero solo cuenta si los dos parten del mismo punto. ¿Por qué no le vendas los ojos a Sam y lo encierras en un armario, y así te aseguras de encontrar la respuesta antes que él?

—¿Es así como lo ves?

—Así es como puede parecerles a otros, desde luego.

Simon juró entre dientes; luego volvió a hacerlo. Es lo que siempre hacía cuando se daba cuenta de que estaba equivocado y Charlie tenía razón.

«Es como si fuese plena noche», pensó Sam mientras salía por la puerta doble de la comisaría para dirigirse al aparcamiento. Spilling era conocido por ser tranquilo y solitario, incluso durante las noches de los fines de semana; los que querían vida nocturna se iban a Rawndesley; y, para empezar, tampoco solían vivir en el sobrio y respetable Spilling.

A Sam le encantaban el silencio y la calma, pero delante de determinadas personas fingía encontrarlos agobiantes. Miró el reloj: las diez. Su mujer Kate se pondría contenta de verlo en casa antes de las once, cuando le había dicho que no le esperase. En privado, había esperado llegar a casa sobre las diez y,

por tanto, había supuesto que no iba a poder hacerlo. Kate lo llamaba «Redondeo a la decepción más próxima».

Las conversaciones como la que acababa de tener con Proust estaban afectando el ánimo de Sam. En cuanto aclarase las cosas con Simon presentaría su dimisión. No podía dejar la situación entre ellos tal como estaba. No le había confesado a Kate lo mal que le sentaba el poco sutil e incondicional rechazo de Simon hacia él como amigo y colega. Era como si algo pesado hiciera presión en su corazón. Si le contase a Kate lo vacío y débil que le hacía sentir el desdén de Simon, ella se reiría de él, como mínimo. La posibilidad que le daba más miedo es que Kate llamase a Simon y empezase a gritarle, y Sam no podía correr el riesgo de que eso sucediera, porque le obligaría no solo a dimitir de su cargo en la policía de Culver Valley, sino a abandonar el planeta.

«¿Otra vez es temporada de dimisiones?», le había estado diciendo Kate últimamente, como si toda la situación no fuese más que una broma. A Sam no le importaba que ella le tomase el pelo; de hecho, lo encontraba tranquilizador. Las cosas no podían ser tan terribles si ella se reía de ellas. Kate no creía que él presentase nunca su dimisión; pero pronto vería que se equivocaba. Sam pensó que no le diría nunca que lo que le había ayudado a tomar finalmente la decisión había sido una pista de Charlie aquella tarde.

Sabía lo que le diría: «Por Dios, Sam, estás dejando que te manipule. No estaba tratando de ayudarte en absoluto: lo ha hecho de forma deliberada para socavar tu confianza y hacerte pensar que tienes que esfumarte muerto de vergüenza por ser tan mal detective. No lo eres, por cierto, y no puedo creer que te fies de los motivos de Charlie en absoluto. Ayer te dijo que se arrepentía de haber dejado su puesto libre para que tú lo ocupases, y ahora espera que seas lo bastante bueno y pusilánime para devolverle el favor. Y eso es justamente lo que no debes hacer. Ni siquiera sabes si tiene razón. No es más que un presentimiento; y, como todos los presentimientos, lo más probable es que sea equivocado».

Sam sintió que se ruborizaba al darse cuenta de que había estado hablando mentalmente consigo mismo, escribiendo las líneas de Kate en su diálogo imaginario, las palabras que necesitaba desesperadamente oír. Patético; e injusto con Charlie, que, según Sam creía, realmente había estado tratando de ayudarle, no a rescatar su mediocre carrera como uno más del montón, sino a cerrar la brecha entre él y Simon.

—No debería estar dándote esto —le había dicho, poniendo una hoja de papel doblada en la mano de Sam—. Me he encomendado a mí misma la misión de convencer a Simon para que deje de ser un gilipollas y vuelva a hablar contigo, pero mientras...

—¿Qué es? —le había preguntado Sam.

—Un poema. Simon fue ayer a Combingham a ver a Tim Breary y este se lo dio y le pidió que se lo entregara a Gaby Struthers. Breary y Struthers son miembros de la biblioteca Proscenium de Rawndesley, que al parecer posee la mejor, y mayor, colección de libros de poesía, clásicos y actuales, del

hemisferio occidental.

Sam se estaba preguntando por qué Charlie lo miraba de forma peculiar, como si esperase que se diera cuenta de algo.

—Si la colección es así de exhaustiva, es posible que ese poema esté en alguno de los libros de Proscenium, ¿no crees?

—Supongo que sí. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Lee el poema. Es muy ambiguo. No tiene un mensaje claro. No se me ocurre por qué Breary querría que se lo entregasen a Gaby Struthers. A primera vista parece un poema de amor, pero en realidad no lo es. Así que quizá el mensaje que quería enviar no era el poema en sí y su contenido. Quizá Breary quiere que Gaby vaya a la biblioteca y busque la página pertinente del libro. Podría estar equivocada, pero...

—¿Crees que ha dejado un mensaje para ella en el libro?

—En realidad, no —dijo Charlie con voz alegre—. Pero si tú tienes esa idea delante de Simon se quedará impresionado, y es más probable que te perdone. Pero, por poco que puedas, no le digas que yo te he dado el poema o me matará.

Sam estaba entusiasmado hasta que se dio cuenta de lo humillante que era: Charlie dándole ideas para que pudiera fingir que eran suyas. Fue la señal que no podía ignorar y que le indicaba que era el momento de cambiar.

Antes de irse, utilizaría una versión de la sugerencia de Charlie: solo sacaría la idea delante de Simon si podía demostrar que valía la pena. El lunes a primera hora iría a Proscenium para tratar de encontrar el soneto, aunque estaba seguro de que la resolución satisfactoria del caso no iba a depender de pistas ocultas en libros, sino más bien de la interpretación de la compleja trama de relaciones y secretos de Dower House.

A Sam le habría encantado conocer el punto de vista de Simon sobre ello. Solo, era incapaz de resolverlo. No, aún peor: era incapaz de averiguar si había alguna cosa que resolver. Quizá la historia de los Breary, los Jose y Gaby Struthers no era más atípica que la vida de la mayoría de las personas. Solo había que mirar a Gibbs y Olivia Zailer, o a Sellers y sus rollos de una hora en hoteles baratos con cualquier mujer de menos de sesenta años que le aceptase. Y Simon, que le había pedido a Charlie que se casara con él cuando no eran más que colegas, colegas que nunca habían salido juntos, ni se habían acostado. Y Charlie había dicho que sí. Todo era una locura.

Así que quizá no fuese tan singular que Tim Breary hubiese sido infeliz con su mujer y, a pesar de haber estado enamorado de Gaby Struthers, hubiera decidido seguir con su matrimonio desgraciado, incluso sin hijos que le obligasen a quedarse. Sam se recordó a sí mismo que lo único que sabía era lo que Dan y Kerry Jose —sobre todo Kerry, que era la que más hablaba de los dos— le habían contado. Sabiendo de primera mano lo mal que mentía, en

esta ocasión Sam la había creído: había contado la historia de forma natural y sin esfuerzo.

Después de pedirle a Gaby que renunciase a él, Tim Breary hizo exactamente lo que había dicho que nunca haría: dejó a Francine, no se lo dijo a Gaby, abandonó su trabajo, dejó a los Jose y Culver Valley y se mudó a un mugriento cuarto de alquiler en Bath. Unos meses más tarde trató de suicidarse, pero su intento quedó en nada porque llamó a Dan y Kerry para que le rescatasen. Y eso fue lo que hicieron, no solo en ese momento, sino en un sentido más amplio: llamaron a una ambulancia para que Tim recibiese la atención médica que necesitaba y, poco después, dejaron sus trabajos para atenderlo desde todos los puntos de vista: práctico, emocional y económico. Según Kerry, todo ello lo hicieron con placer: gracias a Tim y a Gaby Struthers, acababan de hacerse extremadamente ricos, así que ya no necesitaban sus sueldos.

Tim se negó en redondo a volver a Culver Valley porque allí vivía Francine, así que Kerry y Dan se compraron un granero reconvertido cerca de Kemble, en los Cotswolds. Kerry le había enseñado fotos a Sam; cuando hablaba de su antigua casa y de lo que había sufrido al dejarla, se ponía la mano en el corazón y se le humedecían los ojos.

Entonces, ¿por qué la había dejado? Sam se lo había preguntado, pero él no había entendido su respuesta, y era demasiado cortés para decirle que su explicación no aclaraba nada. ¿Por qué los Jose estaban tan dispuestos a mudarse cada vez que Tim Breary cambiaba de opinión sobre el lugar en el que necesitaba estar? Kerry había encontrado trabajo en los Cotswolds, como ayudante en una reserva natural —ella lo había llamado «el único trabajo que realmente me ha hecho sentir satisfecha»— y Dan estaba en mitad de un doctorado que le exigía ir a Londres una vez por semana durante el curso escolar. En coche o en tren, Kemble estaba media hora más cerca de Londres que Spilling. Esto era lo que Sam no entendía: después de trasladarse una vez por voluntad de Tim, ¿por qué los Jose aceptaron volver a hacerlo? Cuando Francine sufrió el ictus y Tim decidió que quería volver a Culver Valley para cuidar de ella, ¿por qué Kerry y Dan no le dijeron «lo sentimos, pero esta vez no podemos ir contigo»? En vez de eso, Kerry dejó el trabajo de sus sueños y una casa que le encantaba y volvió a desarraigarse por segunda vez.

¿Es que creía que Tim no podría sobrevivir si Dan y ella no estaban cerca? ¿Era realmente así de simple? Esa era la única explicación que satisfacía a Sam, que sabía que él se trasladaría voluntariamente a algún lugar mal situado, arrastrando con él a su familia, con quejas y todo, con tal de salvarle la vida a Simon. O que lo habría hecho.

No, aún lo haría. Otra cosa que nunca le debía mencionar a Kate, que creía firmemente en la ley de reciprocidad y eliminaba con gran placer de su lista de felicitaciones navideñas a cualquier amigo o conocido que se atreviese a enviarle una felicitación electrónica en vez de una real. «Es peor que no enviar nada en absoluto», había contestado a la pregunta de Sam.

Para muchos de los aspectos del comportamiento de Tim Breary, Sam no podía imaginarse una posible explicación: ¿por qué le había dicho a Gaby que nunca dejaría a Francine, para luego cambiar de idea casi inmediatamente y

dejarla? ¿Por qué, después de hacerlo, no se puso en contacto con Gaby para decirle que la situación había cambiado y que estaba disponible? ¿Y por qué, de repente, después del ictus, estaba Tim de nuevo preparado para compartir casa con Francine, cuando antes no había querido siquiera compartir el mismo condado?

De hecho, también Sam habría sido capaz de hacer algo así: si abandonase a su mujer —por muy inadecuada y poco atractiva que fuese— volvería para cumplir con sus deberes de marido en caso de enfermedad o desastre. Y no le costaba nada imaginarse casado con una mujer a la que no quería, pero demasiado asustado del cambio como para dejarla.

Suspiró y deseó —no por primera vez— no conocerse tan bien a sí mismo. Era penoso ser tan consciente de las carencias propias. Habría preferido ser un despistado como Sellers, que creía que era un dios del sexo preparado para la mayor aventura de su vida cada vez que se registraba en el Fairview Lodge con una mujer demasiado borracha como para saber quién era o sentir casi nada de lo que él le hacía.

Sam abrió las puertas del coche, cubriéndose los ojos mientras otro coche giraba hacia el aparcamiento de la comisaría con las luces de carretera encendidas. A pesar del resplandor pudo ver que no tenía matrícula en la parte frontal; alguien la había quitado. ¿Antes de venir a ver a la poli? La mayor parte de los idiotas de Culver Valley no eran tan descarados.

Durante demasiado tiempo, no pasó nada; Sam notó cómo se le tensaba el estómago. La única idea que se le ocurría era «armas de fuego» y retrocedió un paso cuando se abrió una de las puertas del coche. Algo empezó a salir, horizontalmente; ¿una persona? No, no vio unos pies tocando el suelo. Parecía más bien... un gran paquete, que se inclinaba hacia abajo a medida que salía del coche.

Cayó al suelo haciendo un ruido sordo. Una vez fuera, la puerta se cerró, el coche dio marcha atrás para salir del aparcamiento y, con un chirrido, se fue a toda velocidad. Tampoco llevaba matrícula en la parte trasera.

Sam se dio cuenta de que seguía de pie, aguantando la respiración. No había pasado más de un segundo entre el cierre de la puerta y la maniobra del coche: no daba tiempo a que una persona pasase del asiento trasero al del conductor. Así que había un conductor y, al menos, un pasajero.

No podía ser que fuese lo que parecía desde la posición de Sam. No era posible que alguien dejase una cosa así en una comisaría de policía. ¿Quién haría algo así? Pero ¿qué podía ser, si no? El hecho de que no hubiera sucedido nunca antes no quería decir que no estuviera sucediendo ahora.

Sam se acercó al lugar en el que había caído el objeto grande y pesado. Dios mío. Lo era; un pie sobresalía al final del envoltorio. Papel de burbujas, una gran cantidad, envolviendo un paquete tubular cubierto de forma irregular.

Un cuerpo humano. Muerto.

Prueba policial 1436B/SK

PRUEBA POLICIAL 1436B/SK:

TRANSCRIPCIÓN DE CARTA MANUSCRITA DE KERRY JOSE A FRANCINE BREARY CON FECHA 10 DE FEBRERO DE 2011

Hola, Francine.

¿Sabes qué día es hoy? Probablemente no; total, ya no necesitas saber nada de fechas y horas, así que, ¿para qué? Yo tampoco necesito esa información tanto como antes. Cuando era cuidadora a tiempo completo, estaba en todo momento mirando el reloj. Ahora tengo tendencia a juzgar el paso del tiempo en función del hambre que tengo. Aunque eso no es muy fiable; ¡no se me conoce por mi poco apetito, precisamente!

En todo caso, es el cumpleaños de Dan y el aniversario de la Noche de los Recuerdos. Ya hace un tiempo que quería escribirte para hablar de esto y ¿qué mejor día que hoy? Tendrás que disculparme, pero estoy un poco piripi. Dan, Tim y yo hemos salido a comer a Passaparola y yo me he tomado dos Kir Royale antes de empezar con el vino.

¿Te dice algo el nombre, Francine? Obviamente, tú nunca la has oído llamar Noche de los Recuerdos. ¿Recuerdas siquiera lo que pasó? Si tus reacciones te parecieron razonables y normales, puede que no se te quedara en la mente. En la mía, desde luego, sí se quedó. A lo largo de los años he perdido muchas oportunidades de dejarle claro a Tim lo urgente que era que alguien le salvase de ti, pero aquella noche fue la primera vez. Basta un incidente para iniciar un modelo de conducta, y la Noche de los Recuerdos estableció un tono general.

Fue unos meses antes de tu boda con Tim. Aún vivíais en pisos separados y buscabais casa, no unidos todavía ni por matrimonio ni por hipoteca. Si aquella noche hubiese agitado una metafórica bandera roja, quizá Tim me habría prestado atención y habría podido escapar de tus garras.

Ya sé que las lamentaciones no llevan a ningún lado, pero enfrentarse a los errores propios es una forma valiosa de utilizar el tiempo. Aquella noche, y en muchas otras ocasiones posteriores, fui débil y me faltó decisión. Tú estabas mejor preparada que yo, con un plan detallado para cada uno de los aspectos de la vida de Tim, y tus mensajes en las tarjetas de cumpleaños y Navidad, que más parecían un manifiesto que otra cosa: «Feliz cumpleaños, Tim querido», «Nadie en este mundo podría quererte más que yo», «Te querré pase lo que pase, hasta el día de mi muerte». Se te daba bien elegir palabras cariñosas que sonaban como amenazas.

Dan y yo también queríamos a Tim, pero no podíamos casarnos con él, porque

estábamos casados el uno con el otro. Y Tim necesitaba a alguien en la cama cada noche para demostrarle al mundo que había sido elegido, que no era un marginado. Es habitual en niños de padres sumamente negligentes confundir deseo de control con amor.

Eso es lo que debí haberle dicho en la Noche de los Recuerdos cuando te fuiste al piso de arriba, hecha una furia. Siempre he querido preguntarte algo, Francine: ¿en qué momento decidiste convertir el dormitorio de Dan y mío en la sede de tus rabietas? ¿Cuando ya estabas subiendo las escaleras? ¿Te paraste a pensarlo por un momento? El baño, o la habitación de invitados, habrían sido una opción más apropiada. Oímos cerrarse la puerta de un golpe y Dan me preguntó en silencio «¿Nuestro dormitorio?».

Fuera cual fuese el lugar donde hubieras decidido ubicar tu protesta, habría sido inapropiado. Lo único que hizo Tim fue criticar un hotel que tú le habías pedido que mirase en un folleto, un posible alojamiento para la luna de miel. No era que tus padres fuesen los propietarios, o que tuvieras algún tipo de apego sentimental con el lugar. Tu única relación con el hotel Baigley Falls (el nombre no se me olvidará nunca) era que habías visto una foto de la piscina y la terraza y pensabas que eran bonitas.

El texto debajo de la imagen decía: «En el momento en que llegue a Baigley Falls, empezará a crear recuerdos».

—Y si no es así, ¿crees que nos echarán? —preguntó Tim. ¿Y si nos exigen que llevemos cada nuevo recuerdo a recepción, para que puedan inspeccionarlo?

Dan y yo nos reímos, pero tú no pillaste la broma, ¿verdad, Francine?

—¿Por qué iban a hacer una cosa así? —preguntaste—. Los recuerdos no se pueden ver.

Yo me pregunté cómo lograbas conservar un trabajo como abogada con tu evidente incapacidad para captar matices. Tim decidió dejar de lado el tono festivo y explicó que los recuerdos, si se generan, deberían crearse sin tensiones y esfuerzos por parte de nadie; de otro modo quedaban teñidos de falsedad. Tú seguiste en tus trece, decidida a malentender.

—Entonces, no quieres intentar recordar nada de nuestra luna de miel —dijiste en voz baja.

—No voy a necesitar intentarlo —replicó Tim—. «Intentar recordar» es para la lista de la compra y para hojas de repaso para exámenes, no para lunas de miel. Dan y yo aún empeoramos las cosas al intervenir.

—Probablemente hacen fotos al llegar para vendértelas cuando te vas —dije yo.

—El texto podría decir igual: «No disfrute del presente, hágalo todo con el objetivo de poder mirar hacia atrás más tarde» —añadió Dan.

En aquel momento fue cuando decidiste darnos la espalda. A todos. Te levantaste, saliste de la habitación y te fuiste al piso de arriba. Lo siguiente que oímos fue el portazo en nuestro dormitorio, tan violento que hizo temblar la casa. Tim salió corriendo detrás de ti; debí haber tratado de detenerlo, pero no lo hice. Dan y yo le oímos decir tu nombre una y otra vez, intentando razonar contigo. Oímos cómo se esforzaba, empujando la puerta. Diez minutos más tarde volvió al piso de abajo y se quedó de pie en mitad del vestíbulo, con la expresión más desconcertada que he visto nunca.

—¿Qué pasa? —preguntó Dan.

Como no había sucedido nada que justificase el hecho de que hubieras salido de aquella manera, suponía que se había perdido algo. Tim se encogió de hombros con gesto de derrota y dijo:

—Tú sabes lo mismo que yo. —Le dije a Tim que no había cerradura en la puerta de nuestro dormitorio, y él explicó en voz baja—: «Está apoyada contra ella».

—¿Creía que le estábamos tomando el pelo? —pregunté, repasando la conversación en la cabeza, sintiéndome culpable antes siquiera de haber averiguado qué es lo que había hecho mal, si es que lo había—. No puede ser; no era así.

El teléfono de Tim vibró en su bolsillo. Leyó el mensaje y empezó a responderlo, con ambas manos. Me di la vuelta hacia Dan, incapaz de creer lo que estaba sucediendo; ¿Francine se había encerrado en nuestro dormitorio y Tim estaba respondiendo un mensaje de texto cualquiera? La mirada de Dan, volviendo los ojos hacia arriba, me sacó del error: por supuesto que no se trataba de un mensaje de texto cualquiera. Era un mensaje de arriba. Era obvio por la expresión de concentración intensa de Tim mientras tecleaba con los pulgares. Te habías negado a abrirle la puerta y hablar con él cara a cara, Francine, pero le habías enviado una comunicación desde arriba. Aunque sabía que tenía que ser cierto, me costaba creerlo.

—Tim —pregunté—, ¿estás respondiendo un mensaje de Francine? —Asintió—. ¿Y qué ha dicho?

No quiso decírmelo; se limitó a alejarse con su teléfono al otro lado de la habitación, como si temiera que se lo arrebataran de las manos. Esa fue la primera vez que te protegí, pero le siguieron muchas más, cientos de ellas.

¿Le agradeciste alguna vez que tratase de protegerte de la reprobación que merecías, Francine? Mucho tiempo después de que dejase de tener sentido, él seguía esforzándose. Era consciente de que Dan y yo sabíamos exactamente hasta qué punto eras absurda y cruel, pero le ocultaba a todo el mundo tu conducta atroz tanto como podía. Y no era solo por ahorrarse él la humillación pública, no. Mi teoría, por si te interesa, es que él nunca dejó de creer que tú tenías un lado bueno, Francine. Creo que pensaba que contarnos todas las cosas horribles que habías hecho sería, en realidad, engañoso; que haría que nos quedásemos con tu yo más maleducado e imaginásemos que no había

nada más allá.

¿Cuántos mensajes os enviasteis Tim y tú mientras estabas encerrada en nuestro dormitorio? ¿Diez? ¿Quince? Hubo una cierta cantidad de intercambio de texto antes de que te dignases a aparecer. No volviste al salón a despedirte o a disculparte; Dan y yo no formábamos parte de tu esquema: no éramos más que los pringados que ponían el escenario para tu representación, no personas con sentimientos que importasen; no los amigos de Tim, que habían esperado pasar una velada divertida con él. Y no un día cualquiera, además: el día del cumpleaños de Dan.

Esperaste a Tim en el exterior de la casa. Después de haberse pasado una buena hora y media de pie en el salón, tecleando en el teléfono, de pronto, por orden tuya, tenía una prisa extraordinaria por marcharse. Se disculpó; no de tu parte, sino como si fuese él el responsable de haber echado a perder la noche.

—No hay por qué disculparse —le dije, y me arrepentí en cuanto se fue, por si pensaba que me había querido referir a todos y no específicamente a él.

Nunca supe lo que decías en esos mensajes, Francine, y aún me gustaría mucho saberlo. ¿Era pura agresión y acusaciones por tu parte, y servil arrepentimiento por parte de Tim por haberte ofendido? Seguro que era algo más sutil y pasivo-agresivo: «Dices que me quieres, pero luego te burlas de mí delante de tus amigos. No me cabe duda de que os estáis divirtiendo mucho más ahora, entre vosotros, que cuando yo estaba allí».

Cuando Tim y tú os fuisteis, Dan me miró y dijo:

—¿Se puede saber de qué iba todo eso? ¿Crees que son los nervios de antes de la boda?

La justificación era tan ilógica e insuficiente que rompí a reír y a llorar al mismo tiempo. Probablemente pensarás que soy una blandengue por llorar, Francine. Solo puedo alegar en mi defensa que, hasta el momento en que te metiste en mi vida, no estaba acostumbrada a que me arruinasen las veladas con violencia inesperada (y, por cierto, no te vi llorar ni una sola vez, por alterada que dijese que estabas).

Los «nervios de antes de la boda» de Dan se convirtieron en una de nuestras bromas habituales. Aún ahora, años después, nos sigue haciendo reír; no falla nunca. Cada vez que vemos en las noticias que alguien ha cometido algún acto incalificable, nos miramos y decimos «¿Crees que son los nervios de antes de la boda?» y nos ponemos a reír como dementes.

Si pudiera volver atrás en el tiempo hasta la Noche de los Recuerdos, diría: «Tim, no puedes casarte con ella: es una persona retorcida. Sus reacciones y su comportamiento son demasiado anormales, no puedes limitarte a ignorarlos. Si te quedas con ella, sufrirás todos los días de tu vida. Empezará por cancelar la luna de miel, por cuestionar el hotel que ella ha elegido».

De acuerdo, lo admito: estoy haciendo trampas. A pesar de haber quedado impactada por tu comportamiento de aquella noche, Francine, ni siquiera habría podido predecir que ibas a descargar tu frustración en tu propia luna de miel. Dos días después de la boda, Tim volvió a la oficina, tratando de fingir que, en realidad, era muy práctico no haber tenido que irse cuando tenía tanto trabajo atrasado.

Yo no dije nada; dejé que creyera que tú seguías cayéndome bien, que comprendía que eras muy sensible y con tendencia al estrés, que yo también era capaz de ver lo que él veía en ti. Concentré mi cobardía en una actitud que le expuse a Dan: «Tenemos que tomar una posición inteligente. Tim nos está invitando a unirnos a él en la mentira que ha elegido vivir. Si convertimos a Francine en un problema, pondremos el énfasis en su fingimiento hasta hacerle sentir incómodo. Se sentirá avergonzado de estar con ella y culpable por hacérsela sufrir, y eso lo alejará de nosotros. Tenemos que fingir que no nos damos cuenta de nada y seguir el juego si no queremos perderlo a él».

Me he empezado a preguntar, Francine, qué diría Tim si yo te matase y luego le dijera que lo había hecho. En lugar de escribir cartas en las que especulo que otra persona pudiese hacerlo, podría hacerlo yo misma. En un mundo ideal, lo haría simplemente por vivir la experiencia e inmediatamente después lo desharía. Desde un punto de vista personal, no estoy segura de que quiera que desaparezcas. Tenerte aquí, así, es una protección para Tim, y él es lo único que me importa. Pero, aunque suene a contradictorio, eso no significa que poner fin a tu vida me proporcionara placer.

¿Tendría el coraje de hacerlo, Francine? ¿Sería lo bastante valiente para crear tu último recuerdo?

Domingo, 13 de marzo de 2011

—Le voy a enseñar la primera fotografía —dice el agente Simon Waterhouse—.
—Quiero que me diga si ha visto a este hombre alguna vez.

Estoy en una comisaría de policía, con policías por todas partes. Aquí no puede hacerme daño.

—No es más que una foto —dice en voz baja Charlie Zailer, que está a mi lado—.
—Está totalmente a salvo en esta habitación. Y no tiene que mirarla mientras no crea que está preparada. Simon no se la dará hasta que usted lo diga.

Asiento. No sucede nada. ¿Estará esperando que diga, literalmente, una palabra, no un gesto? ¿Le digo que sí, que adelante? No quiero intentar identificar al hombre que me atacó, lo que de verdad quiero es no tener que volver a ver su rostro, pero el agente Waterhouse estableció el orden de lo que iba a suceder cuando entró y se hizo cargo: primero las fotografías, luego algunas preguntas, luego me llevaría a ver a Tim.

Habría preferido ir yo misma en coche a la cárcel de Combingham, o decirle a Charlie que me llevase. Si estábamos las dos solas, quizá podría convencerla para que me dijera qué es lo que había cambiado. Salió de la habitación para atender una llamada y, cuando volvió, parecía alterada, y venía con el agente Waterhouse. Ahora se ha pasado a mi lado de la mesa; no sé si es porque no puede soportar estar a su lado o es que piensa que necesito que me protejan de él. Desde que ha venido me ha parecido que estaba nerviosa; hace que tenga ganas de alejarme de ella, de ambos. Pensaba que me sentiría segura en la misma habitación de ayer, pero hoy todo está mal: la mesa y la silla duras están donde debería haber sofás; la persiana no está bajada; por la ventana se ven las rejillas de los aparatos de aire acondicionado; veo sus bocas múltiples, las oigo respirar hacia mí.

Lucho para mantener mi propia respiración, y la temperatura de mi cuerpo, bajo control. Tengo los pies fríos, como si estuviesen metidos en hielo; tan fríos que duelen. ¿Y si me pasa lo mismo cuando esté con Tim? No puede ser; sea como sea, tengo que salir de esta habitación con una fuerza mayor que la que traje conmigo.

—¿Gaby? —pregunta Charlie—. ¿Se encuentra bien?

—Quiero ver la fotografía.

Waterhouse le da la vuelta y la pone sobre la mesa, delante de mí. Ahí está: el cabello corto, la frente estrecha y cuadrada, los labios delgados, los mismos papilomas cutáneos en el cuello. El viernes no recordaba el nombre, pero se

llaman así.

Alargo la mano, cojo la foto y la rasgo por la mitad, y luego otra vez. Sigo rompiendo hasta que los trozos son demasiado pequeños para seguir.

—Lo siento. —Pero no lo siento.

—¿Le había visto antes? —pregunta Charlie. Una respuesta no verbal no bastará.

—El viernes, al salir de casa.

—¿Fue este el hombre que le advirtió que se mantuviese alejada de Lauren? ¿Está segura?

—Lo estoy.

Charlie recoge los trozos de la fotografía y los aparta de mí. Me gustaría poder quemar las partes desconectadas de la cara. Al juntarlas, vuelven a convertirse en él. Quemarlas solucionaría ese problema.

—Gaby, ¿le gustaría hacernos alguna pregunta?

—¿Se encuentra bien Lauren? ¿Dónde está? Díganme que no la han dejado en Dower House.

¿Por qué soy la única persona a quien le interesa su seguridad?

—¿Por qué está tan preocupada por Lauren? —La pregunta de Waterhouse es una imagen especular de la que yo no he formulado.

—Porque está casada con Jason, que es un asesino y que envía a matones a las casas de la gente para... —Mi garganta se bloquea e impide que articule el final de la frase.

—¿Para qué? ¿Qué le hizo el hombre de la fotografía? Hizo algo más que avisarla, ¿verdad? Si no, ¿por qué rompió la foto?

Podría decir que me opongo a que un desconocido me dé órdenes, cosa que sería cierta. O podría simplemente no decir nada.

—No nos ha preguntado nada sobre él —dice Waterhouse—. ¿Acaso es porque ya sabe quién es, Gaby?

—¿Cómo iba a saberlo?

—¿No quiere saber su nombre? Casi todo el mundo tendría curiosidad por saberlo.

—¿Ah, sí? Estoy segura de que Jason Cookson tiene un montón de amigos bestias, cualquiera de los cuales estaría encantado de intimidar a una mujer

en su nombre. Me da igual el nombre del Matón X; podría ser igualmente Matón Y o Matón Z.

—¿Y le importa que encontremos y castigemos a X, Y o Z por lo que le hicieron? No lo parece.

—No es ilegal advertir a alguien que se mantenga alejado de otra persona, ¿no? No, me da igual que lo castiguen.

Sea lo que sea lo que le hicieseis, no sería suficiente. Preferiría no tener que saber su nombre.

—Por favor, Gaby, ¿podría hacernos el favor de contarnos lo que pasó realmente el viernes? —interviene Charlie—. Nos sería de gran ayuda, y también podría serlo para Tim. Si prefiere hablar conmigo en privado, el agente Waterhouse puede dejarnos a solas durante un rato.

¿Esta es la forma que tiene la policía de hacer que las personas que no quieren hablar hablen? ¿Tergiversando sus palabras hasta que creen que su única opción es protestar y aclarar las cosas?

—El motivo por el que me estoy refrenando no tiene nada que ver con la vergüenza o la incapacidad de decir la palabra «vagina» delante de un hombre. No me agredieron sexualmente.

—Entonces, ¿por qué no nos dice exactamente lo que pasó? —pregunta Charlie.

—¿Cómo puedo estar segura de que no se lo dirán a Tim? Él no debe saberlo.

—¿Por qué es tan importante?

—Me preocupa que me vea como una mercancía estropeada si descubre que el amigo matón de Jason ha violado mi honor; eso es lo que diría si fuese una persona tópica y afectada, ¿no?

—¿Y si fuese tal como es usted misma? —dice Charlie.

«Ni idea, lo siento. Hace mucho tiempo que no soy yo misma. Para poder ser yo misma, necesito a Tim. Y eso me convierte en otra clase de tópico».

Waterhouse está tratando de rayar la superficie de plástico de la mesa con la uña; ha decidido ausentarse, pero sin salir de la habitación. ¿Ha sido mi referencia a la anatomía femenina lo que lo ha puesto en modo de desconexión automática, o es que no sabe tratar con las mujeres que se comportan como hombres? Ya me he encontrado antes con personas así; de hecho, me las encuentro cada vez que salgo de casa; y, hasta el viernes, también cuando volvía a casa. Pero ya no más, no desde que dejé a Sean. «Nunca más en mi propia casa».

Claro que no sería honesto por mi parte dejar de reconocer el lado malo: que

ya no tengo casa propia.

—No quiero que Tim se sienta culpable, y sé que se sentiría así —le digo a Charlie, que es mejor interrogadora que Waterhouse, incluso cuando él no me está ignorando. Waterhouse me hace sentir como si todas mis respuestas fueran incorrectas, justo al contrario que Charlie—. Lo que me sucedió no fue culpa de Tim, igual que tampoco lo fue mía. Fue culpa de Jason y del hombre que... lo hizo, pero Tim lo vería de forma distinta. Lo llevaría hasta él mismo y se sentiría responsable: si no hubiera confesado el asesinato de Francine, Lauren no habría aparecido en Düsseldorf ni me habría dicho lo que me dijo; yo no habría ido el viernes a Dower House ni habría conocido a Jason, y Jason no habría decidido que tenía que cerrarme la boca fuera como fuese.

—¿Fuera como fuese? —pregunta Waterhouse.

—Tienen que darme la garantía absoluta de que lo que les cuente no va a salir de la habitación.

—Le importan más los sentimientos de Tim que los suyos —dice Charlie, afirmando, no preguntando—. A Kerry y Dan Jose les pasa lo mismo.

—Sin conocer a Tim, no será capaz de entenderlo. Y sin embargo, por mucho que él nos importe, no será nunca suficiente para compensar lo poco que se importa a sí mismo. Nosotros somos su ego: Kerry, Dan y yo.

«Me gustaría que no fuera así, que él fuese más fuerte. Quisiera poder decir con seguridad que lo dejaría todo por mí, igual que yo he hecho por él». Procuro acabar con el pensamiento, no dejarlo prosperar en mi cabeza, decirme a mí misma que no soy razonable. No puedo esperar que todo el mundo sea tan atrevido e imprudente como yo.

—Tiene que decirnos qué le pasó el viernes. —La voz profunda de Waterhouse tiene la fuerza de un puñetazo inesperado—. Desde anoche, esto va mucho más allá de Tim Breary, de su ego y de su esposa muerta.

—¿Cómo? ¿A qué se refiere? —Su mirada impasible indica que no tiene voluntad de compromiso: si quiero que me hablen, tengo que hablar yo antes. Dirijo mi respuesta a Charlie—. El emisario de Jason me puso una bolsa de plástico en la cabeza y la cerró con cinta alrededor de mi cuello. Pensaba que me iba a asfixiar, pero entonces hizo un agujero en el plástico, cerca de la boca, para que pudiera respirar. Antes me había atado las muñecas con cinta a la espalda. No sé cuándo lo hizo; supongo que la conmoción hizo que me desmayase. Sé que me puso el brazo en el cuello y apretó. Es lo primero que hizo cuando se acercó a mí por detrás: oprimirme la tráquea.

—Debería haber insistido en llevarla al hospital —dice Charlie.

—Habría sido una pérdida de tiempo. Físicamente, estoy bien.

—Continúe —me corta Waterhouse. Lo siento como una intrusión; se supone que los tres estamos participando en la misma conversación.

—Cuando se sienta preparada, Gaby. —Charlie le echa una mirada que hace que me pregunte si está harta de salir siempre al rescate. «¿Como Tim y yo?». No; aparto el pensamiento—. No hay prisa.

—Gracias, pero prefiero acabar lo antes posible. —¿Por qué les gusta a las personas recrearse en las cosas malas? «Tómate tu tiempo para relatar los detalles de la peor experiencia de tu vida, al ritmo de una palabra al día; haz que la historia dure tres años, en lugar de una hora. No, gracias»—. Dijo que había venido a darme una lección. Yo le pregunté cuál era, pero él no me lo quiso decir directamente; eso habría sido demasiado rápido y fácil. Antes tenía que sufrir, para que la lección se me quedase bien grabada. Me solté el cinturón y los pantalones, me los bajó hasta las rodillas y luego me bajó la ropa interior. En ese momento pensé que iba a violarme y matarme, pero no lo hizo. En vez de eso, empezó a hacerme todo tipo de preguntas morbosas: qué era lo peor que me podría hacer; en qué ocasión había pasado más miedo en mi vida; me sentía más asustada que humillada por lo que él me estaba haciendo, o viceversa. Ese tipo de cosas.

—Hijo de puta retorcido —murmura Charlie.

¿Escuchó Lauren mis respuestas? Me resulta imposible concebir siquiera la posibilidad, la idea de que hubiese público, así que la bloqueo.

—Su plan era asustarme y luego perdonarme. Llenarme la cabeza con lo peor que me podría suceder y luego dejarme libre para darme la oportunidad de ser buena y obedecer sus órdenes: mantenerme apartada de Lauren y no decir nada a nadie de lo que él me había hecho, o la próxima vez sería peor. No lo dijo con esas palabras, pero el sentido estaba claro.

«Y aquí estoy yo, contándoselo a la policía». Me tiembla la vista, me obliga a cerrar los ojos. ¿Estoy intentando demostrarme a mí misma que la próxima vez no me da miedo? No va a funcionar: estoy petrificada y todas las células de mi cuerpo lo saben.

—¿Y qué pasó entonces, después de la advertencia? —pregunta Charlie.

—Cuando le pareció que había aprendido la lección que quería enseñarme, me cortó las ligaduras de las muñecas y se fue.

—Lo siento mucho, Gaby.

—Gracias.

¿Es esa la respuesta apropiada? Siempre he odiado la combinación lingüística de disculpa y piedad; tiene algo de sucio. Habría preferido que dijese «Eso es lo más horroroso que he oído en mi vida». Salvo que no lo es: seguro que habrá oído historias mucho peores que la mía, historias de las que sirven para hacer titulares impactantes, como: «Violada y abandonada a su suerte» o «Violada, torturada y abandonada para morir de hambre». ¿A quién le interesa «No violada, ni siquiera herida»?

—Le voy a enseñar otra imagen —dice Waterhouse. Seis segundos más tarde, mete la mano en la carpeta; yo espero a que reaparezca, pero no lo hace, no de inmediato—. ¿Está lista? —pregunta.

Me gustaría que me la enseñase ya, que dejase de retrasarlo. Si necesita avisarme, eso debe de significar que hay algo que temer. Sostiene la fotografía delante de mí.

—Ese es Jason Cookson —digo yo, con la misma repugnancia que sentí el viernes por la barba con aspecto de vello púbico recortado y la marca en la melena a la altura del hombro. Quizá no sea una marca de coleta, sino que simplemente crece así.

—Para una mayor claridad, ¿podría decirnos si ha visto alguna vez a este hombre y cuándo? —pregunta Waterhouse.

—Se lo dije el viernes a Charlie. Conocí a Jason el viernes en Dower House. Las puertas se abrieron en el momento en que yo llegaba y él salió en coche.

—¿Le dijo él que era Jason Cookson?

—No, no tuvo que hacerlo. Yo sabía que era él.

—¿Cómo lo sabía?

—Por el tatuaje en el antebrazo: «Iron Man». En Alemania, Lauren me dijo que Jason había participado en el Desafío Iron Man. Tres veces —añadí, aunque no era necesario.

—Aparte del tatuaje, ¿tenía alguna otra razón para creer que el hombre del coche era Jason Cookson?

—Sí: la forma en la que habló de Lauren y me advirtió de que ni se me ocurriese acercarme a ella. Era un tono de... propietario protegiendo su propiedad. ¿Por qué? ¿Qué importa cómo lo supiese?

—Es que no lo sabía. No se puede saber algo que no es verdad. —Mira hacia Charlie. No entiendo sus palabras, pero leo la expresión de sus ojos, y los de ella: están discutiendo en silencio si deben decírmelo. Pero ¿decirme qué?—. El hombre de esta foto no es Jason Cookson —dice finalmente Waterhouse—. Es Wayne Cuffley, el padre de Lauren Cookson.

La habitación se tambalea. Cierro los ojos hasta que se me pasa la sensación, hasta que estoy de nuevo lista para volver a poner las cosas en orden. ¿Puede ser que me haya equivocado? No soy capaz de pensar. Tengo que tomármelo desde un punto de vista científico: medir mi grado de certidumbre antes de hablar. Pero antes tengo que definirla.

—Pero... es demasiado joven. Tiene unos cuarenta años, ¿no?

Ya sé que eso no demuestra nada. En mi cabeza oigo a Lauren decir: «Dentro

de veinte años tendré veintitrés. Ninguna persona de cuarenta y tres años tiene biznietos». Pero algunas personas de cuarenta tienen hijas de veintitrés.

—Wayne Cuffley tiene cuarenta y dos años —dice Waterhouse—. Solo seis meses más que Jason Cookson.

—Ayer usted dijo que Jason podría tatuarse en la frente la palabra «bestia», para completar su colección —dijo Charlie—. No me di cuenta hasta esta mañana de que se debía de referir a su colección de tatuajes, y sabía que Jason no tenía ninguno, ni uno solo en ninguna parte de su cuerpo.

¿Cómo puede saberlo? ¿Es que ha visto todas las partes de su cuerpo? La sola idea me da ganas de vomitar.

Lo único que tengo a mi favor es un deseo intenso de decirle que están equivocados, tanto ella como Waterhouse. Quiero que el hombre con el que me crucé en las puertas de Dower House haya sido Jason porque no soporto estar equivocada; pero eso no basta. No se me ocurre ninguna razón por la que el padre de Lauren no podría haber completado, al menos una vez, el Desafío Iron Man. Y sé que es fan de los tatuajes; Lauren se tatuó «PADRE» en el brazo —el brazo adicional, el que no había sido marcado con el nombre de Jason— porque él se lo pidió. Me pregunto si Wayne Cuffley tiene un tatuaje que no vi el viernes y que dice «HIJA». Jason no devolvió el gesto; quizá Wayne tampoco lo hiciera. ¿Es que todos los hombres de la vida de Lauren la tratan como si fuese su muro privado en el que pintar grafitis?

—De acuerdo —digo al fin—, saqué una conclusión estúpida.

—La otra foto, la primera... —Charlie deja la frase en suspenso.

—La rompí en mil pedazos; ya no existe. El Matón X. No quiero saber, no quiero oír.

—El hombre de la foto que rompió era Jason Cookson —dice Waterhouse.

—Sabía que iba a decir eso. Lo sabía.

—Si lo digo es porque es verdad.

Eso no debería cambiar nada. Cuando vine aquí, sabía que Jason Cookson era el responsable de lo que me sucedió; ¿por qué me siento ahora como si hubiese utilizado a Waterhouse como intermediario para volverme a atacar, como si el mal se hubiese arrastrado hasta acercarse a mí un paso más?

—Gaby, tengo que decirle algo que probablemente la impactará —dice Charlie.

No sé si se puede impactar a alguien que ya está impactado. En un mundo ideal, el segundo impacto anularía el primero: Jason Cookson anularía a Wayne Cuffley; ninguno de ellos existiría.

—Gaby.

—¿Qué?

—Jason Cookson está muerto. Su muerte no fue natural ni accidental.

Bien. Por las dos cosas.

—Gaby, ¿ha oído lo que he dicho? Jason ha sido asesinado.

—Lo he oído. Me alegro.

13/3/2011

—Jason Cookson y Francine Breary. —Proust estaba de pie delante de la pizarra blanca donde se mostraban fotografías ampliadas de los dos—. ¿Qué tienen en común? Vamos. Ninguna respuesta es demasiado obvia.

—Ambos han sido asesinados —dijo Sellers.

—Ninguna menos esa, detective. Un poco más de esfuerzo.

Sam no tenía nada que ofrecer, ni siquiera algo obvio. Las dos copas de vino que se había bebido al llegar a casa la noche anterior habían suavizado el recuerdo de la imagen del cadáver de Jason Cookson, pero esta mañana estaba pagando por ello. «Debo de estar haciéndome viejo», pensó. ¿Desde cuándo dos copas de vino bastaban para que sintiese la cabeza embotada al día siguiente?

—Dos personas con las que uno no querría mantener una relación —dijo Gibbs—. Ambos maltrataban a sus parejas, de formas distintas.

—¿Tenemos pruebas? —preguntó Proust.

—La descripción de Kerry Jose del matrimonio de Francine Breary y un catálogo de horrores relatados por la exnovia de Cookson.

—Eso son pruebas basadas en rumores. Aunque no creo que ninguno de nosotros dude de ellas, ¿verdad? Y bueno, ahora que todos estamos prácticamente seguros de que fue Cookson quien atemorizó a Gaby Struthers, será interesante escuchar lo que ella tiene que decir sobre lo que pasó el viernes, suponiendo que Waterhouse y la sargento Zailer consigan sacarle algo. Si no habla, será probablemente porque esté demasiado avergonzada para entrar en el lujo de detalles que nos ha ofrecido esta mañana la ex de Cookson, Becky Grafham: forzada a estar desnuda de pie, en una silla en mitad de la habitación, con un lazo alrededor del cuello atado a una lámpara, penetrada con una barra de labios por salir a la calle con demasiado maquillaje. Etcétera. Si unimos a eso lo que Kerry Jose le dijo a la sargento Zailer sobre el sufrimiento que Francine le causaba a Tim Breary, podemos llegar a... ¿qué conclusión? ¡Venga, no es tan difícil! ¿Es peor el mundo sin esas dos personas en él?

Proust golpeó la pizarra con el dorso de la mano.

—Entonces, ¿estamos del lado del asesino? —preguntó Gibbs.

—Estamos del lado de la ley. Dicho esto, probablemente lo que estamos

buscando no es la escoria egoísta habitual, sino un altruista con un acusado sentido de la justicia. ¿Se os ocurre alguien que se ajuste a esa descripción?

—Lauren Cookson —dijo Gibbs. Sellers se rio por lo bajo.

—Lo digo en serio. Cuando vino Gaby Struthers el viernes, le sugerí que era posible que Lauren hubiese matado a Francine Breary. Gaby dijo que no, que Lauren habría pensado que matar a alguien no era justo.

—Podría haber hecho una excepción en el caso de Jason, suponiendo que la sometiera al mismo tipo de torturas que hizo sufrir a Becky Grafham —señaló Sellers.

—Tiene una coartada —dijo Sam—. A Jason lo mataron entre medianoche y las 4, la noche del viernes, provisionalmente. Lauren estaba...

—No es posible matar a alguien provisionalmente, sargento.

—Quería decir que el horario es provisional. La autopsia lo confirmará.

—Y cuando lo haga, la coartada de Lauren Cookson seguirá sin tener ningún valor y seguirá siendo un insulto para cualquier oficial de policía en activo y para cualquier víctima de crimen violento de Culver Valley, porque los mismos mentirosos que han ofrecido la coartada, Dan y Kerry Jose, dijeron también que Jason Cookson estuvo en casa el viernes a partir de las 16:30. Y quizá fuera así pero, en tal caso, también estaba siendo asesinado durante ese período, algo a lo que nadie hizo mención alguna. Yo a eso lo llamaría una omisión significativa; ¿no cree, sargento?

—Sí, señor. Intenté llamar a los Jose y a Lauren a primera hora de la mañana. También me acerqué con el coche. Nadie me respondió, ni al teléfono ni a la puerta.

—Bien —dijo Proust.

—¿Bien?

—¿Es que acaso tiene sentido hablar con ellos? —ladró el Hombre de Nieve—. ¿Qué sentido tiene escucharlos? No hacen más que mentir. Será mejor que dejemos de tener en cuenta todo lo que nos han dicho y utilicemos el cerebro. Lauren Cookson no tiene coartada, y me refiero a una coartada que tenga algún valor, para el asesinato de Jason.

Sam asintió, incómodo. Si no fuese por la resaca, no habría sido necesario que le recordasen esto.

—Los Confundidores de Dower House no informaron de la desaparición de Jason Cookson el viernes por la noche —dijo Proust—. ¿Qué nos dice eso?

—Sabían que no estaba en casa —respondió Gibbs—. Sabían que estaba ocupado siendo asesinado en otra parte, y sabían quién le estaba matando.

Podría haber sido uno de ellos, o alguien conocido por ellos; quizá Gaby Struthers. En todo caso, lo sabían.

—En ese caso, ¿no habría sido razonable que hubieran informado de su desaparición? —preguntó Proust—. Es lo que habrían hecho si hubiesen sido inocentes y no hubiesen tenido ni idea de dónde estaba Cookson.

—Es posible que necesitasen tiempo para hacer desaparecer su rastro —dijo Sam—. No habrían querido que nadie buscara a Jason mientras lo hacían, así que fingieron que había desaparecido. Aunque eso, claro está, contradice lo que sucedió a continuación.

—Entonces ¿qué pasó? ¿Cambiaron de opinión? —Proust frunció el ceño—. ¿Decidieron dejar el cuerpo de Cookson en nuestro aparcamiento, a tus pies?

—La decisión de dejar el cuerpo en la comisaría podría haber sido una variación del plan original —dijo Gibbs.

—Desde luego, fue una variación del plan de Cookson de ayudar a su amigo a reformar su casa el sábado —dijo Proust. Durante unos segundos, sus labios esbozaron una sonrisa—. Muy bien, vamos a investigar todos los lugares en los que sea posible que hayan matado a Cookson: si es necesario, entrad por la fuerza en Dower House. La casa de Sean Hamer, la habitación de hotel de Gaby Struthers...

—¿El lugar de trabajo de Gaby? —sugirió Sellers—. ¿Las casas de los padres de Lauren?

—Todos esos sitios —contestó Proust—. Y... —se inclinó hacia la derecha, mirando más allá de Sam—. Agente Meakin, esa puerta debería estar cerrada. Como no lo está, le sugiero que se sitúe en el lado contrario de donde estaría si lo estuviese. Y asuma la actitud de un hombre que está contento de que no le atiendan hasta que termine una sesión de información de un caso, teniendo siempre en cuenta que a nadie le importa si está o no contento.

—Señor, hay un hombre abajo que pregunta acerca del asesinato de Francine Breary. Pensé que debía pasar a decírselo. Dice que quiere hablar con un detective.

Proust inspiró de forma ominosa, el equivalente respiratorio a tensar la cuerda antes de disparar la flecha.

—Hay cuatro personas arriba preguntando por el asesinato de Francine Breary, Meakin. Los acaba de interrumpir.

—También quiere confesar un asesinato, señor. Dice que no tiene nada que ver con Francine Breary.

—Ya veo. Uno de esos que quiere quedarse de pie en la recepción y decir «asesinato» tantas veces como le sea posible, ¿no?

—Podría tratarse de un chalado, señor, pero dice que cree que mató a alguien el viernes por la noche, a un hombre llamado Jason Cookson.

—¿Cómo?

Meakin retrocedió un paso cuando, al mismo tiempo Sam, Sellers y Proust avanzaron hacia él.

Domingo, 13 de marzo de 2011

«Jason Cookson, muerto. El marido de Lauren. El hombre que me atacó».

—De acuerdo —digo, por decir algo. El sonido de mi voz es la prueba de que no estoy sola; si lo estuviese, no me molestaría en hablar. No puedo dejar que Charlie y Waterhouse se den cuenta de cuánto me cuesta procesar cada nuevo fragmento de información. Es una suerte que sea imposible leer mentes; en este momento, la mía sería ilegible. Probablemente me meterían en un psiquiátrico.

Me gustaría que Wayne Cuffley también estuviese muerto, aunque probablemente no tuvo nada que ver con lo que me pasó el viernes. Su advertencia fue la misma que la de Jason: aléjate de Lauren. Eso basta para hacerme desear que esté muerto. Puede que no hiciera lo que me hizo Jason, pero estoy segura de que le habría parecido bien.

—¿Quién lo hizo? —pregunto.

—¿Se refiere a quién mató a Jason?

Durante unos segundos, me pregunto si podría ser que yo lo hubiera matado y hubiese archivado el recuerdo en una zona inaccesible de mi cerebro para no delatarme. Me gustaría no haber rasgado la fotografía. Siento unas ganas terribles de mirar su rostro y saborear la información de que está en algún depósito de cadáveres, pudriéndose. Probablemente está cerca de aquí; sería razonable que el depósito no estuviese muy alejado de la comisaría. Me encantaría ver a Jason en carne y hueso, carne fría y muerta, desnudo en una bandeja metida en un cajón metálico alargado. ¿Habría una forma delicada de pedirlo?

—Mataron a Jason entre medianoche y las cuatro, la noche del viernes —dice Waterhouse—. Exactamente el período en el que no conocemos su paradero. Me gustaría saber dónde estuvo. Creo que la sargento Zailer ya ha hablado con usted acerca de un representante legal...

—No quiero un abogado. Me habría gustado asesinar a Jason Cookson, pero no lo hice. Si fuese una plagiadora como Tim, a lo mejor intentaría quedarme con el crédito.

—Gaby, ni por un segundo hemos pensado que matase a Jason —dice Charlie—. Sé que no lo hizo.

—No, no lo sabe. Solo lo sabrá con seguridad cuando le diga dónde estaba el viernes por la noche.

—Adelante, pues —dice Waterhouse—. Cuanto antes lo haga, antes dejaré de preguntarme si fingió no ser capaz de identificar a un hombre a quien tenía buenas razones para querer muerto.

—¿Entre medianoche y las cuatro? Estaba en el aparcamiento de la biblioteca Proscenium, en la calle Teago.

—¿En el coche? —pregunta Charlie.

—Casi todo el tiempo. Llegué alrededor de las once y me quedé hasta las siete cincuenta de la mañana siguiente.

—¿En la calle Teago? —Waterhouse frunce el ceño—. He estado en Proscenium; está en The Mallows.

—La entrada al aparcamiento está en la calle Teago, detrás de la biblioteca —explico—. Es un aparcamiento privado con un gran portalón y un teclado. Solo saben el código las personas que trabajan allí. En general, a partir de las seis, cuando cierra la biblioteca, está bastante vacío, y a partir de las once u once y cuarto lo está del todo. A esa hora, los socios que han aparcado allí para ir a cenar o al cine ya se han ido. Pueden hablar con la bibliotecaria, May Geraghty, y pedirle la cinta del circuito cerrado de televisión del viernes noche; estará encantada de atenderles. Está más orgullosa de su sistema de seguridad de alta gama de lo que ninguna persona que no esté obsesionada con los libros raros podría imaginar.

—¿Circuito cerrado de televisión? —Waterhouse envía otro silencioso mensaje a Charlie con los ojos.

—El año pasado entraron a robar dos veces. Todos los socios se pusieron de acuerdo para pagar las cámaras; casi todas las contribuciones fueron de cinco libras. Las personas cuyas vidas giran alrededor de los libros antiguos no suelen ser precisamente ricas. Yo puse más de la mitad del dinero; en aquel momento me pareció que valía la pena proteger la colección de Proscenium, y ahora aún me lo parece más. Sin mi contribución, no se habrían podido comprar las cámaras y no habría podido demostrar que no maté a Jason Cookson.

—Entonces, si miro la grabación, ¿la verá a usted? —pregunta Waterhouse—. ¿O solo su coche?

—Verá el coche entrar y quedarse allí toda la noche. Será una película emocionante, ya verá. Una o dos veces me verá salir del coche, quedarme al lado llorando y luego volver a entrar. Se quedará tumbado en el asiento. Quiero decir que no se sentará en el borde del asiento de la excitación —explico, al comprobar la mirada confusa de Waterhouse—. Eso es lo que solía decir Tim sobre las películas aburridas: «Me quedé toda la película tumbado en el asiento».

—¿Por qué salió un par de veces del coche? —pregunta Charlie.

—Para demostrarme a mí misma que no estaba atrapada en una caja metálica. Y fueron más de dos veces; tres o cuatro, quizá. En general me sentía más segura en el coche, con las puertas cerradas, pero entonces me entraba el pánico de no poder respirar, de quedarme sin oxígeno. ¿Y si no podía abrir la puerta y salir si tenía que hacerlo? ¿Y si las cerraduras se habían bloqueado? Cuando empezaba a tener esas ideas, tenía que salir al exterior.

—Pero luego volvía a entrar y a encerrarse, sabiendo cómo se iba a sentir al cabo de un tiempo, provocando que volviese el pánico.

Waterhouse no parece muy convencido. ¿Lo está diciendo en serio?

—Qué buen observador: ha descubierto que no era coherente. Lo siento, a lo mejor la mayoría de las víctimas de ataques espantosos están más concentradas que yo. Así, ¿qué hacen? ¿Sacudirse el polvo y pasar inmediatamente a dedicarse a un objetivo coherente?

—No. Aunque usted no es lo que yo calificaría de típica víctima.

—¿En serio? Me parece que tendría que visitar otro sistema solar para encontrar lo que usted calificaría de típico. —Giro el asiento para darle la cara a Charlie—. No podía quedarme toda la noche de pie junto al coche. Hacía mucho frío. No podía... Me parecía que, si me quedaba fuera, el frío volvería a invadirme, y no sabía dónde estaba él... Jason. Podía haberme asaltado de nuevo. Estaba en un coche vacío, en una parte tranquila de la ciudad, y no había nadie por allí. Ya sé que parece una estupidez.

—No, no lo parece —dice Charlie.

—Me atacó junto a mi casa, cuando yo creía que estaba completamente segura. Fue sin aviso previo, y yo no le oí acercarse. ¿Qué le impide volver a hacerlo? —Me río, sorprendiéndome a mí misma tanto como a Waterhouse y Charlie—. Si me hiciese esa pregunta ahora, tendría la respuesta, ¿no? Muerte violenta: la mejor de las respuestas posibles a la cuestión de Jason Cookson. —Me gusta el sonido de mi voz cuando digo esas palabras, como si hubiese planificado fríamente su eliminación—. ¿Cómo lo mataron?

«¿Sufrió lo suficiente?».

—¿Puede aclararme una duda? —pregunta Waterhouse—. La atacaron en la parte de atrás de la casa al principio de la noche, pero no llegó al aparcamiento de la calle Teago hasta las once. ¿Dónde estuvo en ese período?

—Conduciendo. Conduje hasta el aeropuerto de Combingham y de vuelta dos veces. —Un comportamiento atípico, otra vez. Me pregunto si Waterhouse será capaz de sobrellevarlo—. No quería arriesgarme a llegar demasiado pronto al aparcamiento de Proscenium, por si había alguien y me veía.

—¿Por qué el aeropuerto de Combingham?

—Por ningún motivo concreto. Voy allí muy a menudo; no se me ocurrió otro sitio.

—¿Por qué no aparcó en alguna parte? ¿En una calle secundaria, o en un área de descanso?

—Alguien que me conociese podría haber visto mi coche. La gente se pasea por la calle, ¿no? Él mismo podía haber pasado por allí, o cualquiera. Si alguien hubiese golpeado la ventanilla, yo habría tenido que hablar con esa persona.

—¿Por qué pasar la noche en el aparcamiento de Proscenium? —pregunta Waterhouse—. ¿Por qué no un hotel, o la casa de un amigo?

—No me presta atención. No quería tener que encontrarme con nadie. Sabía que nadie aparcaría el coche allí a esas horas de la noche, y no se puede entrar en el aparcamiento si la puerta está cerrada; es físicamente imposible.

—No pasa nada, Gaby. La entendemos.

—Puede que usted sí. Él, no.

—Yo no —dice Waterhouse, dándome la razón—. Dos minutos de hablar con un recepcionista en el cálido vestíbulo de un hotel y podría haberse encerrado toda la noche en una cómoda habitación. Pero eligió un aparcamiento de coches frío y desierto.

—Así es; tiene razón. Eso es lo que elegí: no ser una persona típica —pronuncio la palabra escupiéndola—. ¿Y qué? Dentro de poco verá una película muda de circuito cerrado de televisión protagonizada por mí, en la que aparezco toda la noche no matando a Jason Cookson. Quería una prueba y se la he dado.

—Y ahora quiero algo más —dice Waterhouse, su voz tranquila—. Quiero tener la seguridad de que no tuvo nada que ver con el asesinato de Jason. No matarlo y no estar implicada son dos cosas distintas.

Me río.

—¿Qué cree? ¿Que saqué la BlackBerry y organicé en un momento su asesinato? ¿Que mi asesino de cabecera tenía un rato libre avisándole con tan poca antelación?

—No le falta dinero para pagarse un buen hotel —contesta Waterhouse—. Tiene padres y hermanos a los que, supuestamente, podría recurrir. Colegas, amigos en Dower House: Kerry y Dan Jose. Me pregunto por qué insistió en pasar la noche incómodamente a la vista de una cámara de seguridad de última generación cuando tenía tantas otras opciones.

—No quería ver a nadie, Simon —dice Charlie con impaciencia.

—Hay algo que no nos está contando. —Waterhouse no me quita la vista de encima.

—¿Cree que fui al aparcamiento de Proscenium sabiendo que me filmarían para tener una coartada?

—¿Lo hizo?

—¡No!

—No la creo.

¿Por qué no podría Waterhouse ser una fotografía que poder rasgar? ¿Por qué tiene que ser real?

—Supongo que aún querrá ir hoy a ver a Tim, ¿no? —pregunta.

—Simon, por el amor de Dios —murmura Charlie.

Sé amable con la cuasi-víctima de violación; eso es lo que quiere decir. No amenaces a esta ruina humana: podría soltar toxinas perjudiciales. Si de lo que trata es de hacerme sentir culpable, no le está funcionando. No necesito ningún tratamiento especial, y quiero que los dos sean conscientes de ello.

—Si realmente lo quieren saber, se lo diré; pero luego no me culpen si hubieran preferido no preguntar. Durante el ataque, me vomité encima. También perdí el control de mis intestinos. Cuando todo terminó y estaba segura de que se había marchado, lo primero que pensé es: «¿Cómo puedo limpiarme?». Es algo de lo más básico, pero no se me ocurría la forma. Si no hubiese dejado a Sean... —Se me quiebra la voz—. No; aunque no lo hubiese hecho, no habría vuelto a casa en aquel estado. Sean nunca me ha hecho sentir mejor, en ninguna circunstancia. Cuanto más difícil es la situación, peor me hace sentir, de hecho.

—Me gustaría que hubiese venido aquí directamente —dice Charlie.

Decido ignorarla. Es un deseo no razonable que no tiene en cuenta ninguno de los míos. Probablemente solo lo ha dicho para sonar comprensiva y porque sabe que Waterhouse no va a hacer nada, porque le he vuelto a dejar sin palabras.

—Llevaba ropa limpia en la bolsa que había preparado cuando me fui, pero yo estaba realmente sucia. Necesitaba lavarme, pero no se me ocurría ningún sitio donde no tuviese que tener un contacto próximo con nadie. Si no me podía lavar, obviamente, no quería que me viesen. El aparcamiento de Proscenium fue la mejor idea, la única idea que se me ocurrió. Pensé en la cámara y en lo que dejaría ver si alguien miraba la grabación, aunque no pensé que eso fuera a suceder en la vida.

—¿Simon? Creo que deberías decirle a Gaby que ahora sí la crees.

—Aún no ha terminado —dice Simon, impasible—. La has interrumpido.

—No hay mucho más que decir.

¿Es que no ha oído suficiente? ¿Y si aún no está convencido? Ya se lo he contado todo: no puedo hacer nada más. «Sí que puedo». Un detalle pequeño pero esencial demostrará que estoy diciendo la verdad.

—Antes de salir del coche por primera vez cambié la orientación del coche; le di la vuelta. Puede ver la grabación del circuito cerrado de televisión y verá que entré, aparqué y, aproximadamente una hora más tarde, hice una maniobra y volví a aparcar en la misma plaza, con el coche mirando en dirección contraria. Lo hice para que el coche hiciera de obstáculo entre yo misma y la cámara cuando saliese por el lado del conductor. No quería que me filmase en aquel estado, aunque nadie fuese a verlo nunca.

—«Lamentable, ¿verdad?»—. ¿Por qué iba a hacerlo, si no? ¿Se le ocurre algún otro motivo?

—No. ¿Adónde fue cuando salió del aparcamiento, a las siete quince de la mañana del sábado?

«No»; no me lo había imaginado: lo había dicho, con toda seguridad. ¿Quiere eso decir que me cree?

—Me fui a casa; a mi antigua casa —me corrijo—. Sean va al gimnasio todos los sábados: sale a las siete quince, llega allá a las siete treinta, se queda hasta las nueve treinta. Entré, me lavé y metí la ropa sucia en una bolsa. Luego tuve que conducir a alguna parte para librarme de ella, y...

—¿... y qué? —Waterhouse se abalanza sobre mi pausa dubitativa.

—Me había pasado toda la noche sentada en unos cartones que llevaba en el maletero del coche y tenía que librarme de ellos también.

—Gracias por su sinceridad, Gaby —dice Charlie—. Voy a darle el número de teléfono de una persona a la que creo que le conviene visitar. Un asesor psicológico.

—¿En serio? —contesto, con un entusiasmo fingido—. ¿Por qué no lo ha dicho antes? Eso lo solucionará todo.

—Ha pasado por un infierno de la peor especie. Debería hablar con alguien que la ayudase a asumirlo.

Waterhouse saca un sobre de su archivador —mi sobre, con el nombre de Lauren escrito en él— y lo pone sobre la mesa, entre él y yo.

—No le hemos dado esto a Lauren Cookson.

—Ya veo.

—Pero yo lo he leído. Me gustaría que, si puede, se lo dé en persona.

—¿Ha matado Lauren a Jason?

«¿Le ha matado por lo que le vio hacerme a mí?». ¿Habría preferido que no lo hubiese visto, si eso quisiera decir que Jason seguiría vivo?

—No lo sabemos; lo sabe Lauren: ese es el problema. Sabe todo lo que yo quiero saber y todo lo que usted quiere saber: quién mató a Jason, quién mató a Francine Breary, por qué Tim Breary no debería estar en la cárcel, por qué ha acabado allí y parece tener intención de quedarse... —Waterhouse suspira. Por unos momentos, tiene aspecto y voz humanos—. Si le damos la carta, corremos el riesgo de que la asocie a usted con nosotros. En ese caso le dirá lo mismo que nos dice a nosotros, ni más ni menos.

—Mentiras y mierda —interviene Charlie.

—Si Lauren cree que usted no tiene nada que ver con nosotros, si la puede convencer de que guardará sus secretos...

—No funcionará. Lauren es estúpida, pero no tanto. Sabe que yo haría o diría cualquier cosa para sacar a Tim de la cárcel.

—Se equivoca —opina Waterhouse—. Sabe que usted haría cualquier cosa por Tim, y sabe que él quiere quedarse donde está. Podría intentar convencerla de que, si eso es lo que él quiere, entonces también es lo que usted quiere. En ese caso, es posible que se sienta lo bastante segura para decirle la verdad.

Las lágrimas asoman a mis ojos.

—¿Cómo sabe que eso es lo que él quiere? ¿Cómo es posible que alguien quiera asumir la culpa de un asesinato que no ha cometido? ¡Me da igual lo que Tim quiera! ¡Si quiere ir a la cárcel sin haber hecho nada malo, está loco!

«Yo no quiero amar a un loco. Quiero inventar una versión mejor de él, una que no haga ninguna de las cosas incomprensibles y exasperantes que hace el verdadero Tim». Me mintió cuando dijo que yo le había inventado. Confiaba en apelar a mi vanidad, y le funcionó. La verdad es que fracasé en inventar al Tim que yo quería, al Tim ideal, a pesar de que lo intenté durante años. «No puedo dejar de hacerlo ahora. Gaby Struthers no llegó a donde está rindiéndose».

—Puedo convencer a Tim para que les diga la verdad. Sé que puedo hacerlo.

«Llévenme a verlo».

—Volviendo al asunto de Lauren —dice Waterhouse—, he leído las notas que el detective Gibbs tomó después de hablar con usted el viernes. Usted le dijo algo que Lauren le había dicho, su estallido en el aeropuerto de Düsseldorf. Se lo voy a volver a leer; dígame si es correcto, tal como lo recuerda: «¡Eso es, usted es mucho mejor que yo, claro! ¡Una niñata engreída, eso es lo que

es! ¡Seguro que nunca dejaría que un hombre inocente fuese a la cárcel por asesinato!»,.

—Palabra por palabra —confirmo.

—Usted supuso, como hice yo al principio, como hizo Gibbs también, que Lauren se estaba criticando a sí misma por haber sido poco ética: estaba dejando que acusasen a un hombre de un crimen que no cometió, y se sentía culpable por ello. Asumió que su arretrato era un estallido de culpabilidad que no había podido controlar.

—No exactamente. No cabe duda de que algo de culpabilidad había, pero fue por accidente. Su intención fue acusarme de no enterarme de nada por estar encerrada en una torre de marfil.

—Explíquese —ordena Waterhouse. Mitad hombre, mitad Dalek.

—Insinuaba que no era capaz de comprender lo duras que son las cosas para ella. Puedo pensar que no es ético que deje a Tim ir a la cárcel, puedo pensar que yo nunca haría algo tan inmoral, pero soy una caradura por recrearme en mi superioridad sin saber a qué se enfrenta ella. Es un caso de «No pretendas conocer a alguien mientras no hayas caminado en sus zapatos».

—Interesante —dice Charlie.

—Yo tengo otra interpretación —responde Waterhouse—. «Piensas que eres mejor que yo, pero es mentira. Tú supones que siempre es malo que un hombre inocente vaya a la cárcel por asesinato, pero yo comprendo que, para Tim, es lo correcto. Tú nunca lo entenderías porque eres demasiado convencional, porque todo lo ves en blanco y negro, sin sofisticación ni matices éticos».

Me río.

—¿«Matices éticos»? Pero ¿usted conoce a Lauren Cookson?

—Utilizó la palabra «dejar»: «Nunca dejaría que un hombre inocente fuese a la cárcel por asesinato». Es verdad que podría haberse referido a quedarse sin hacer nada y dejar que sucediese; pero también podría haberse referido a concederle su deseo.

—Eso aclararía muchas cosas —dice Charlie. En el rostro se le nota que es la primera vez que escucha esa teoría de Waterhouse. Lo que es más preocupante, también se le nota que le parece bien, basándose en ninguna prueba en absoluto—. Kerry y Dan Jose, los mejores amigos de Tim, también le están concediendo su deseo y dejan que permanezca en la cárcel. Sus mentiras son las que lo mantienen allí; las suyas y las de él.

—¿Cómo puede ser bueno para Tim ir a la cárcel por el asesinato de su mujer si no lo hizo? —me pregunta Waterhouse—. ¿Por qué es eso lo que él quiere? Si se le ocurre alguna razón, Gaby, por improbable que parezca, me gustaría

escucharla.

Asiento; me siento paralizada por dentro, intentando ignorar la voz en mi cabeza que me dice lo que yo no quiero oír. «Quiere estar en la cárcel porque necesita evitarte de alguna forma, ahora que Francine está muerta». No. No puede ser. Sé que Tim me quiere; estoy segura de ello. «¿En serio? ¿Por eso sus principios y su temor de Francine significaban para él más que tú? ¿Por eso te dijo que te alejases de su vida y no se ha puesto en contacto contigo desde entonces?».

Waterhouse vuelve a alargar la mano hacia el archivador, del que saca una hoja de papel arrugada, la despliega y me la alarga.

—Tim me pidió que le diese esto. Es un poema.

Con la mano temblorosa, cojo la hoja de papel.

—Me pidió que le dijese que era del Portador. ¿Sabe lo que significa eso?

«Tim, eres un cabrón».

Al principio no me puedo concentrar en el poema; lo único que veo es la caligrafía de Tim. Lo único que importa es que es la suya. Que fue él quien sostuvo el bolígrafo, tocó el papel, lo dobló...

—Ayer le dijo usted a Charlie que Tim no es el Portador, que lo es Kerry Jose. ¿Qué quiso decir?

Waterhouse puede esperar hasta que termine de leer. A media lectura me echo a llorar. Leo el soneto una y otra vez.

—¿Gaby? —dice Charlie con suavidad. Yo meneo la cabeza—. ¿Sabe Kerry que ella es el Portador?

—Sí, desde luego que lo sabe.

—¿Y qué es lo que lleva? ¿Una enfermedad? ¿Alguna clase de carga? —pregunta Waterhouse. Me froto los ojos.

—Ninguna de las dos cosas. No quiero hablar de ello; es personal.

—¿Quién y qué es el Portador? —pregunta de nuevo Waterhouse, como si no acabase de oírme decir que no se lo pienso contar—. ¿Sabe por qué quería Tim que tuviera este poema? ¿Qué significa?

«Enamorarse es una paradoja así. / O bien sucede como un relámpago, / Y cuando da sentido a nuestras vidas miente...».

—Es fácil.

—¿Qué quiere decir?

«O hacía tiempo que esperábamos el beso / Que nos cambió, y, conscientes de que sacudiría / Nuestro ser, no pudimos sorprendernos».

—No puedo hablar por el poeta, pero puedo decirle lo que quiere decir Tim con él.

Aunque sé que es algo ridículo e inmaduro, tengo el impulso repentino de correr a Proscenium y buscar en todos los libros hasta encontrar el poema perfecto para responderle. Una estupidez; estoy a punto de verle en persona y, sea lo que sea lo que quiera decirle, se lo puedo decir directamente y no en cuartetos rimados.

«Y no lo oiré con la misma claridad».

—Significa que no confía en el amor —le explico a Waterhouse.

13/3/2011

Sam inspiró profundamente antes de volver a la sala de interrogatorios. Wayne Cuffley había venido acompañado de una nube de mal olor que se negaba a disiparse mientras él no se fuera: una combinación de loción *aftershave*, humo rancio y ropa que no se había puesto a secar inmediatamente después de lavarla.

—Su abogada está de camino —dijo Sam—. Su nombre es Rhian Broadribb. Si quiere esperamos hasta que llegue para seguir con el interrogatorio.

—¿Para qué? —dijo Cuffley—. No tengo nada que ocultar.

Sam se sentó frente a Cuffley al otro lado de la gran mesa. El equipo audiovisual de la comisaría era cada vez más sofisticado, y cada sala de interrogatorio tenía una instalación distinta. Este en concreto solo podía manejarse con un mando a distancia. Sam lo cogió y pulsó el botón que significaba —aunque no lo decía, cosa que no era muy práctica— grabar:

—Sargento detective Sam Kombothekra interrogando a Wayne Cuffley, domingo 13 de marzo de 2011. Interrogatorio reanudado a las 14:15. Señor Cuffley, ha confesado el asesinato de su yerno, Jason Cookson. ¿Correcto?

—Sí.

—¿Querría repetir lo que me dijo antes de que hiciésemos la pausa?

—¿Por qué? ¿Para comprobar que no me lío y digo algo distinto?

—Es lo habitual. Quizás haya olvidado mencionar, sin darse cuenta, algún detalle importante.

No hubo reacción por parte de Cuffley, aparte de que los músculos del brazo se tensaron visiblemente; el tatuaje de «Iron Man» se movió y se estiró. Sam pensó que era el mensaje de tatuaje más falso que había visto nunca. Cuffley no era ningún superhéroe gigantesco; la cabeza era demasiado pequeña para el cuerpo bajo y fibroso, y el cabello corto como el pelo de una rata aún hacía que lo pareciese más.

—Maté a Jason, envolví su cuerpo en plástico de burbujas, lo puse en el asiento trasero de mi coche y lo traje aquí, a la comisaría. Mi mujer Lisa conducía el coche; yo me senté en el asiento de atrás, con el cuerpo. Lo empujé fuera en el aparcamiento y volvimos a casa.

Había olvidado un detalle que había contado la primera vez.

—¿Había hecho algo en el coche antes de ponerse en marcha? —preguntó Sam.

—Ya sabe lo que hice en el coche, se lo dije antes: le quité las placas de matrícula.

—¿Por qué lo hizo, señor Cuffley?

—No quería que me localizasen por el coche. En aquel momento no había planeado entregarme.

—¿Y por qué cambió de idea? —Esto era terreno inexplorado.

—Lauren. Se estaba poniendo histérica. No tenía ni idea de dónde estaba Jason y no se maneja bien con el estrés. No saber lo que le había pasado la volvía loca. Pensé que era mejor que lo supiese lo antes posible. —Cuffley espiró lentamente—. Mire, no tenía pensado entregarme, pero... Lauren es mi hija y la quiero. Merece saber la verdad sobre qué pasó y por qué. Si no fuese porque se lo debo a mi hija, no habrían sabido nunca que fui yo. De entrada, no habrían encontrado nunca el cuerpo de ese capullo.

Sam ya se había encontrado antes con este fenómeno muchas veces: asesinos que se enfrentaban a sentencias largas, ansiosos por contar lo fácil que les habría sido librarse.

—Lisa apoyó mi decisión. Me dijo: «¿Qué sentido tiene hacer lo que hiciste si Lauren sigue viviendo con el miedo de que él pueda volver en cualquier momento?».

—Eso explica por qué nos dejó el cuerpo de Cookson —dijo Sam—, no por qué está confesando.

Cuffley cruzó los brazos. Parecía como si tratase de intimidar a Sam con la mirada, como si no pudiera creer que Sam se hubiese atrevido a hacer un comentario tan trivial. O quizás el problema de Cuffley consistía en que no sabía cómo responder a él.

—No podía hacer que Lauren creyese que lo había hecho otra persona, ¿no? —respondió, en el momento en que Sam estaba a punto de abandonar la esperanza de obtener una respuesta—. Si sabe que soy yo, sabe que no voy a ir a por ella. Lo hice por ella, para protegerla, y lo comprenderá. Si creyera que ha sido por alguna *vendetta* y el responsable es alguien de la banda de Jason, se quedaría con la duda de si ella va a ser la siguiente, ¿no cree? —¿Banda? ¿Es que los manitas convertidos en jardineros tenían bandas?—. A menudo van a por las esposas, aunque no tengan nada que ver con nada —dice Cuffley.

—¿Tenía Lauren miedo de Jason? —preguntó Sam.

—Eso pensábamos Lisa y yo, pero ella siempre lo negaba. Mire, ¿me deja decirle que está muerto?

«¿Que está muerto y que usted lo mató? Vaya, eso sí que es matar dos pájaros de un tiro».

—Me temo que eso no va a ser posible, señor Cuffley. Lo lamento. Necesito que me cuente lo que pasó entre usted y Jason Cookson el viernes por la noche.

—¿Qué es lo que quiere saber?

—¿Dónde y cómo lo mató?

—En casa.

—¿Su casa?

—Sí. Le di una cuchillada en el corazón. —Cuffley sonrió como si se tratase de un recuerdo preciado.

—¿Dónde sucedió eso?

—Ya se lo he dicho: en casa.

—¿En qué habitación? —preguntó Sam.

—En el antiguo dormitorio de Lauren.

—¿Cuándo?

—El viernes por la noche, un poco después de la medianoche.

—Necesito que me cuente el relato completo, señor Cuffley. ¿Qué pasó?

—Lisa y yo estábamos mirando la tele, a punto de irnos a dormir. De pronto oímos golpes muy fuertes en la ventana. Era Jason; lo supimos en cuanto oímos el ruido. Ninguna otra persona que conociésemos habría sido capaz de aparecer a esas horas.

—¿Qué hora era? —preguntó Sam.

—No sé; como las once y media. Venía del pub, borracho, soltando a gritos toda clase de mierda sobre Lauren.

—¿Qué dijo?

—Le faltó al respeto a mi hija. No pienso repetirlo —dijo Cuffley con desprecio—. ¿Qué piensa hacer, enviarme a la cárcel? Voy a ir de todos modos.

—De acuerdo; así que... Jason estaba gritando cosas desagradables sobre Lauren. ¿Había pasado algo así antes?

—Una o dos veces —dijo Cuffley—. Cuando estaba borracho, cosa que no sucedía demasiado. Esta vez estaba tan borracho que bajó la guardia y se pasó de la raya. Yo siempre había pensado que iría más allá de emborracharse y venir a preguntarme si Lauren se estaba tirando a otro. Ni lo hacía, ni lo hará. Mi Lauren no es ninguna fulana. Es fiel hasta la muerte. — Sam vio que Cuffley aún no había terminado y esperó—. Siempre le preguntaba: ¿te trata bien? Ella siempre decía que sí, que lo único que tenía que hacer era meterle en la cabeza que no le interesaba nadie más. Se podría decir que era de los celosos. Lisa estaba preocupada, y yo también, pero Lauren decía «Por favor, papá, déjalo correr». ¿Y qué iba a hacer yo?

¿Matarlo? A lo mejor Cuffley se había olvidado de que, finalmente, había llegado a esa solución.

—Dice que, el viernes por la noche, Jason se pasó. ¿En qué sentido se pasó?

—Estaba vociferando lo que le había hecho a Lauren, ¡en mitad de la puta calle! Cualquiera de nuestros vecinos podría haberle oído, y seguro que alguno le oyó. Y ya me puede preguntar todas las veces que quiera: no pienso decirle lo que le hizo. Me importa un carajo si se pasa una semana dándome de hostias. Mi hija ya lo ha pasado bastante mal; no voy a ponerla en evidencia otra vez. —Cuffley apretó los puños—. Fui a abrir la puerta y lo arrastré para adentro antes de que siguiera con el espectáculo. Cuando llegué a donde estaba, lo encontré en el suelo, desmayado. Lo arrastré dentro de casa y Lisa me dijo que lo llevase a la antigua habitación de Lauren. También me dijo que sería mejor que llamase a Lauren, pero yo le dije que ni hablar.

—¿Por qué?

—No quería que Lauren viniese y se lo llevase a casa. Lo que quería era matar al hijo de puta. Y eso es lo que hice —le recordó Cuffley a Sam, rascándose el tatuaje de «Iron Man»—. Fui a la cocina, agarré el cuchillo más grande que pude encontrar, volví arriba y se lo clavé entero. Lisa no tuvo nada que ver. No le dije lo que tenía pensado hacer. No me lo habría dejado hacer; ya sabe cómo son las mujeres.

«Más que las mujeres, las personas que piensan que el asesinato está mal», pensó Sam. Se puso de pie y se acercó a la ventana, protegida por barrotes metálicos en sentido vertical. Estaba cansado de pasar tanto tiempo en esta habitación y otras similares. Fuera cual fuese su próximo trabajo, era necesario que la vista desde las ventanas no estuviese interrumpida por barras de color gris.

—¿De dónde sacó el plástico de embalar de burbujas? —preguntó.

—¿Cómo?

—El que usó para envolver el cuerpo de Jason.

—Ah, eso. Ayer compré un rollo en Brodigan. Mire —Cuffley se puso la mano en el bolsillo de los vaqueros, sacó un pequeño trozo de papel blanco y se lo

dio a Sam—. Un tique de compra.

Sam logró no darle las gracias.

—Cuando los de investigación examinen su casa, ¿qué pruebas encontrarán de que Jason fue asesinado donde usted dice que lo fue?

Cuffley no reaccionó ante la pregunta.

—Nos libramos de la ropa de cama, pero el colchón sigue ahí. Lisa no volverá mientras esté ahí. Se ha ido con los niños a casa de su madre. Digamos que nadie que vea ese colchón imaginará que alguien se ha cortado afeitándose.

—¿Tienen niños, usted y Lisa?

—Dos. No son míos.

—¿Estaban en la casa cuando usted mató a Jason?

—Estaban dormidos —contestó Cuffley a la defensiva—. No vieron nada; yo no les habría dejado que lo viesen. Lisa los levantó, los vistió y se los llevó a primera hora del sábado.

«Oh, vaya, qué bien. Tome, le devuelvo su premio de Padrastro del año. Siento haber dudado de usted».

—¿Cómo reaccionó Lisa cuando le dijo lo que había hecho?

—Habría preferido que no pasase en su casa —respondió Cuffley, encogiéndose de hombros—, pero no echará de menos a Jason. A los dos nos parecía que no trataba bien a Lauren. Somos una pareja fuerte, Lisa y yo. Me trajo aquí en coche cuando necesitaba... ya sabe, el cuerpo; y ha dicho que me apoyará pase lo que pase. Sabe que, lo que hice, lo hice por Lauren.

Había algo que molestaba a Sam; tardó unos segundos en darse cuenta exactamente de qué era.

—¿Cuánto tiempo pasó entre el momento en que mató a Jason y el momento en que le contó a Lisa lo que había hecho?

—No lo sé —dijo Cuffley—. Poco. Unos minutos.

—¿Por qué no se lo contó también a Lauren?

—Lauren no estaba.

—La podía haber llamado por teléfono, o pasado a verla. Su casa no está muy lejos de Dower House, ¿verdad? —Cuffley se encogió de hombros—. Antes me preguntó si le dejaría decírselo a Lauren y yo le dije que no —le recordó Sam—. Se lo podía haber dicho usted mismo en cualquier momento, desde que mató a Jason hasta que vino a entregarse. ¿Por qué no lo hizo?

—No lo sé. No lo hice y punto. Yo también tengo algunas preguntas para usted —dijo Cuffley, señalando a Sam con intención—. ¿Mató Tim Breary a su mujer, o no? Lauren no quiere decirme lo que pasa, pero sé que hay algo raro en todo esto. ¿La mató Jason? —Sam no se esperaba esa pregunta. Abrió la boca, pero Wayne Cuffley estaba en racha—. ¿Por qué acabó Lauren en Alemania y perdió el vuelo de vuelta? Yo tuve que pagar otro vuelo. ¿Y quién es Gaby Struthers?

—Tim Breary ha sido acusado del asesinato de Francine —dijo Sam con voz monótona—. ¿Tiene algún motivo para pensar que podría ser inocente?

—No, pero conozco a Lauren y, desde que Francine murió, no se ha encontrado bien. No quiere decirme qué pasa; cada vez que le pregunto, se encierra en sí misma.

«Conmigo hace lo mismo».

—¿Por qué pregunta quién es Gaby Struthers? La conoce. Sabía quién era antes de que ella se presentase.

—No sé ni una mierda de ella, aparte de que conoció a Lauren en un aeropuerto y la estuvo fastidiando, no la dejaba en paz. Y es una pija y una estirada; eso es lo que dijo Lauren cuando llamó desde Alemania muy alterada: Gaby Struthers, una zorra presuntuosa. Lauren se caga de miedo con ella, pero no quiere decirme por qué. Dijo que vendría a buscarla a Dower House, y lo hizo. Seguro que eso tiene algo que ver con Francine Breary.

—No puedo comentar detalles del caso con usted —dijo Sam. Las preguntas de Cuffley le habían inspirado una nueva—. ¿Por qué estaba usted en Dower House el viernes, cuando se encontró con Gaby? Si había hecho la reserva del vuelo de regreso de Lauren, seguro que sabía que ella no había vuelto aún.

Cuffley cerró los ojos y meneó la cabeza.

—Fui un idiota. Lauren estaba tan nerviosa con lo de esa Gaby Struthers que no pude sacar nada en claro de lo que me dijo. Pensé que Jason podría saber quién era y qué estaba haciendo mi hija en Alemania. Claro que Lauren no le había contado nada de nada a él, así que la cagué. Debí haberme dado cuenta de que me llamaba a mí porque no podía llamarlo a él, porque él no sabía nada.

—¿Se enfadó Jason?

—No quería perder la sangre fría delante de mí, pero yo vi lo que se cocía por debajo. Le costaba controlarse. El tío era un psicópata desde los ocho años.

—¿Ocho? —dijo Sam, sorprendido.

—Fuimos juntos a la escuela primaria. Y a la secundaria.

—¿Qué dijo él cuando le contó lo de Gaby Struthers?

—No se lo conté —dijo Cuffley—. Solo llegué a preguntarle por qué Lauren estaba en Alemania. Jason me miró como si no supiera de qué le estaba hablando. Luego se marchó mientras decía que la iba a llamar. Yo le grité que si quería que fuese a recogerla al aeropuerto. Dijo que no, que ya lo haría él. Tal como lo dijo, me pareció que sonaba raro. Casi fui al aeropuerto, pero... —Cuffley dejó de hablar y se encogió de hombros—. Bueno, no creo que se pusiera a darle bofetones en el vestíbulo de llegadas, ¿no? ¿Qué iba a hacer yo ahí? No podía impedir que la llevase a casa. —Sonrió de pronto, como si él y Sam estuviesen del mismo lado—. Pero ahora sí que se lo he impedido.

—¿Dónde estaba el miércoles 16 de febrero? —le preguntó Sam.

—¿El día en que murió Francine? Estaba trabajando. Lauren tuvo suerte: habría estado trabajando el viernes si no me hubiera tomado la semana libre para redecorar la habitación de delante y no habría podido resolver el problema de su vuelo.

—¿En qué trabaja?

—Soy conductor de un camión de reparto, para Portabas.

—¿Que es...?

—Una empresa de mensajería.

—Necesitaré ponerme en contacto con ellos.

—¿Cree que maté a Francine? ¿Por qué iba a preguntar lo que pasa si supiese que la he matado?

Las preguntas de Sam eran distintas: ¿por qué habría querido Cuffley asesinar a Francine? ¿Cuál podría haber sido su móvil?

—El viernes le dijo algo interesante a Gaby Struthers en Dower House. Le dijo: «No intente vacilarle a un vacilón». ¿Qué quiso decir con eso?

Cuffley no hizo caso de la pregunta; en su lugar, fue él quien hizo una.

—¿Hay alguna posibilidad de que Jason pudiera haberlo hecho?

—¿Matar a Francine Breary? ¿Por qué lo pregunta?

—Si lo hizo, quiero que se haga público. —Cuffley levantó la cabeza y miró más allá de Sam, como a un público imaginario—. Quiero que el mundo sepa que le hice un favor.

Domingo, 13 de marzo de 2011

Tim. Tim Breary, de pie delante de mí.

De alguna forma, no parece lo bastante grande. No, no es eso. No es lo que quiero decir. «Su rostro...». ¿Puede su cara explicar todo lo que siento? Antes estaba segura de que era así, pero ha pasado tanto tiempo...

Lo que me está sucediendo no es una simple respuesta emocional, sino un asalto: un montón de sensaciones gritando en el aire que no siento como propias. No reconozco su crudeza, me veo incapaz de hacerme con el control de ninguna de ellas. Solo puedo quedarme aquí, de pie, mientras me sumergen en una violenta tormenta y me aíslan del entorno. Estoy más cerca de Tim y más lejos de mí misma de lo que he estado desde hace mucho tiempo.

—No puedo creer que estés aquí —dice él. Intento captar pistas en el silencio que sigue a sus palabras. «¿Quién eras entonces, Tim, y quién eres ahora?»—. Gaby...

Abro el bolso y saco la tarjeta de San Valentín con el poema de e. e. cummings. «Llevo tu corazón conmigo, lo llevo en mi corazón...».

—¿Quién era el Portador? —le pregunto.

Cuento los segundos hasta que responde: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...

—Yo.

—No. No fuiste tú quien me envió esta tarjeta. Fue Kerry.

—Yo —repite—. Yo soy el Portador, Gaby. Quisiera haber sido quien te la enviase. En cuanto lo supe, deseé que se me hubiera ocurrido. Kerry la envió por mí, pero soy el Portador. Tienes que verlo. Llevo tu corazón conmigo, Gaby. Siempre lo he llevado.

—Fui una estúpida por creer que podías haber sido tú.

Supongo que creemos lo que queremos creer, ¿verdad?

—Por favor, siéntate.

Tim se acerca a la puerta, como si quisiera bloquearla. Cree que es posible que me vaya.

Hay sillas, y son cómodas. ¿Qué habitación es esta? No es como me imaginaba una cárcel. Me siento.

—No me di cuenta hasta que fui a Dower House y encontré en tu habitación el libro de e. e. cummings. Había leído el poema cientos de veces en la tarjeta, pero cuando lo leí impreso en un libro fue distinto. Pensé en todos los otros poemas que había leído en libros, todos los que tú me habías enseñado, y me di cuenta de que la tarjeta no podía haber sido tuya. Tú jamás habrías elegido ese poema.

—«Y eso es lo que eres tú. Lo que sea que una luna / siempre pretendió, lo que sea que un sol quiera ser» —cita Tim—. «Es la maravilla que mantiene a las estrellas separadas. / Llevo tu corazón (lo llevo en mi corazón)».

Se sienta frente a mí. Podría haberlo hecho más cerca. Podría estar tocándome. Hay una silla libre justo a mi lado. Simon Waterhouse está fuera. Nuestra carabina invisible. Era Francine la que solía interpretar ese papel.

Todo esto es demasiado extraño.

No quiero que me citen poemas. Quiero los brazos de Tim abrazándome, quiero arañarle la cara, furiosa. Jason Cookson no habría venido a por mí si Lauren no me hubiese seguido a Alemania. Tim fue la causa de aquello, lo peor que me ha pasado nunca. Pero no voy a decir nada de eso; lo que voy a hacer es hablar sobre un poema.

—Es una tontería —digo—. Las lunas no tienen ningún significado. Los soles no cantan, las estrellas no están separadas por maravillas. El poema que le pediste a Simon Waterhouse que me diese es mucho más de tu estilo: literal. Si un poeta tiene algo importante que decir, lo dice con la máxima simplicidad posible. ¿Recuerdas?

Tim asiente. Abro la tarjeta; ahora soy yo quien cita.

—«A Gaby, te quiero. Feliz día de San Valentín, con amor del Portador». Esas palabras las escribió Kerry, no tú.

«Ella sabía que yo pensaría que la carta la habías enviado tú. Sabía que yo respondería en consecuencia y declararía mi amor. No estaba intentando ayudarte a decir lo que eras demasiado tímido para decir: estaba intentando forzar una crisis para separarnos. Y lo consiguió: si no hubiese habido ninguna carta del Portador, yo no habría salido corriendo a tu oficina para decirte que yo también te quería, tú no me habrías confiado tu sueño y yo no habría ido a Suiza en busca de pistas... A ti no te habría dado un ataque de pánico, ni me habrías dicho que me alejase de ti y que permaneciese alejada de tu vida».

—Debería haberte dicho la verdad, lo sé, pero ¿qué iba a decir? Habría sonado patético: «En realidad es de una de mis amigas, pero resulta que coincide con lo que siento por ti».

—¿Sabías que era Kerry quien lo había hecho?

—Dan me lo dijo cuando ya era demasiado tarde para volverse atrás. Kerry estaba demasiado avergonzada para decírmelo ella misma. No sé por qué esperaba que me enfadase. En realidad, estaba agradecido por su impaciencia. Ella sabía lo que yo sentía por ti mejor que yo.

Ella cree que lo hizo con la mejor de las motivaciones. Claro.

—Parece que mi estilo literal no es muy adecuado para las emociones humanas reales. —Tim sonríe con tristeza—. Resulta que las lunas sí quieren decir algo y los soles cantan.

Aún más sentimientos. Ya tengo bastantes sentimientos propios de los que ocuparme como para agregar también los de Tim al cóctel. Lo que me faltan son hechos.

—Entonces, ¿te has atribuido crédito por la labor de alguien más, últimamente? ¿Qué carga de culpa ha estado portando el Portador?

—Yo maté a Francine, Gaby.

—Lauren no lo cree, ni Simon Waterhouse. Ni yo.

—¿Lauren? —Tim me mira como si hubiese proferido una blasfemia—. ¿Confías en ella más de lo que confías en mí?

No quiero tener que responder a esa pregunta. El amor y la confianza son dos cosas distintas.

—Dime, pues: ¿por qué lo hiciste?

Sus ojos parpadean de incertidumbre momentáneamente; luego la deja de lado.

—Le dije a la policía que no tenía ninguna razón, pero no era verdad.

—Nada de lo que dices es verdad, Tim. Sé que no mataste a Francine. —Abro el bolso y saco un papel—. Mi poema para ti —le digo mientras se lo doy.

—«Me mintieron como a un juez y renuncié» —lee en voz alta—. «Mi tribunal se vació con los gritos de los liberados. / Conozco la verdad, su sonido desapasionado. / No hablaba, o no me hablaba a mí». Glyn Maxwell, «La sentencia». —Sonríe—. Buena elección.

Si le devuelvo la sonrisa, ¿cambiará el rumbo de la conversación? ¿Del resto de nuestras vidas? ¿Se calmará, verá quién soy en realidad y me dirá la verdad, o se lo tomará como una señal de que estoy dispuesta a convivir con la mentira y fingir que no lo es? «Dos caminos se bifurcaban en un bosque amarillo...».

«¿Y quién eres tú realmente, Gaby Struthers? ¿Eres una persona capaz de prometer que le seguirás queriendo después de saber lo que te está ocultando, sea lo que sea? ¿Quién es, realmente, Tim Breary? ¿Lo sabes tú? ¿Y si resulta ser una fantasía inalcanzable de la que te has enamorado y no el hombre de carne y hueso que está delante de ti?».

—Gaby, tienes que creerme —dice, inclinándose hacia delante—. Yo maté a Francine. Cogí un almohadón, lo apreté sobre su cara y la asfixié. Tenía un móvil, un móvil que no le conté a la policía porque no iba a ayudarme a salir antes de aquí. Estoy preparado para recibir mi castigo, pero eso no significa que necesite sumar años a mi sentencia explicando por qué. Mis razones para hacer lo que hice no tienen nada de admirables, y no son asunto de nadie más que mío. Y tuyo. Maté a Francine porque hacía mucho tiempo que quería hacerlo. Desde el momento en que te dije que no quería volver a verte.

Quiere que lo que dice sea verdad, lo quiere con todas sus fuerzas. Pero aun así no le creo.

—No puedo explicar por qué esperé años para hacerlo, ni por qué elegí ese día en particular. A lo mejor me harté de no escuchar a mis instintos, de no hacer lo que quería hacer. No hubo ningún catalizador específico. —Parece que esté leyendo un guion.

—No tienes por qué mentirme —repuse. Si hay algo que odio es que las personas con opciones imaginen que no tienen elección.

«¿Y cuando las personas que podrían dejar a sus esposas, o serles infieles si realmente lo quisieran, fingen que no pueden hacerlo?».

—Gaby, escúchame.

Tim se sienta a mi lado y me coge de la mano. Mi cuerpo responde vibrando, como si se tratase de una corriente eléctrica. Quiero que me bese.

No me importa cuál sea la verdad. Si mató a Francine, le querré igual. Si no la mató pero hizo algo peor que está tratando de ocultar, le querré igual. Me da lo mismo.

—No era solo el sueño —dice, respirando rápido y con aparente dificultad—. Aquel día en Proscenium, la última vez que nos vimos... estabas tan entusiasmada, tratando de averiguar qué significaba. Yo no quería saberlo. Tenía más que suficiente viviendo con mis sospechas y con una pesadilla recurrente. Pensaba que saberlo con seguridad sería peor.

—No lo será. Aún puedes saberlo con seguridad. —Tim continúa como si yo no hubiese hablado.

—Y enseguida vas y me dices que has estado en Suiza, en Leukerbad...

—No debería haberlo hecho sin decírtelo antes.

—Ahora me alegro de que me lo dijese. Entonces, no pude superar el terror que me causaba descubrir qué significaba el sueño. Pero era más que eso: tanto me querías, tan importante era yo para ti, que habías viajado hasta Suiza por mí. Y allí estaba yo: atrapado en un matrimonio desgraciado que, soy consciente de ello, cualquier otro hombre habría dejado atrás sin pensárselo dos veces. Sin embargo, sabía que yo no podía hacerlo. No lo habría hecho nunca, Gaby.

«Pero lo hiciste». ¿Me estoy perdiendo algo?

—Tú sabías que te quería mucho antes de que te contase lo del viaje a Suiza.

—Eso pensaba. Cuando me dijiste que habías ido hasta Leukerbad por mí, yo... No sé, entonces fui realmente consciente de ello. De la intensidad de tus sentimientos.

—No dejas de decir «hasta». Hasta Leukerbad, hasta Suiza, como si se tratase de Nueva Zelanda o algo así. Yo iría a Leukerbad para un almuerzo o un tratamiento termal, si supiese que valían la pena. Y si tu sueño hubiese estado situado en Nueva Zelanda, habría ido allí. Volar no es nada especial para mí; lo hago cinco veces por semana.

Tim suspira. Me gustaría poder decirme a mí misma, y creermelo, que no tengo intención de hacérselo pasar mal. Parte de mí quiere hacerle sufrir, desquitarse por todo el dolor que me ha causado.

—¿Hay alguna persona, aparte de mí, por la que volarías siquiera a Londres-Heathrow para investigar su sueño recurrente? ¿O por la que harías una pausa de cinco minutos en tu apretado horario?

—No.

Tim parece aliviado. De nuevo nos entendemos.

—Gaby, lo que tuvimos... fue sin duda lo mejor de mi vida, pero no era real. Era la fantasía perfecta. Aquel día, cuando me contaste lo de tu viaje a Suiza pensé: «No, no quiero esto, es demasiado». No quiero saber si Francine trató de matarme, ni vivir con la culpa de saber que me quieres más de lo que deberías. Había dejado que las cosas fuesen demasiado lejos, y no había futuro. Tanto por ti como por mí, tenía que alejarte de mí y mantenerte alejada.

—No finjas que lo hiciste por mí, Tim —digo con precaución.

«Para», me ordena una voz en mi cabeza. Si no me detengo, la amargura brotará como la lava de un volcán. Podría destruirlo todo. Tim se frota la frente con el pulgar y el índice.

—Tienes razón. ¿Quieres saber lo que pensé en realidad?

«Sí. Y también si realmente asesinaste a tu mujer».

—Durante años había estado preocupado por ese sueño y no había hecho nada al respecto. No había dado ningún paso con la finalidad de descubrir su significado, me limitaba a esperar que un día desapareciese, aunque sabía que eso no sucedería nunca. Aún no ha desaparecido, de hecho. ¡Y tú, pocos días después de escuchar la historia, te metes en un avión hacia Suiza y vuelves diciendo que has descubierto la respuesta! Me asusté, Gaby. Pensé que, si eras capaz de eso, eras capaz de hacer que dejase a Francine, y acabarías por hacerlo.

—Solo si tú querías. —Creo que me acusa de algo, y me duele.

—Claro que quería, más de lo que nunca he querido nada. La tentación se hacía demasiado peligrosa. ¿Crees que no era consciente de lo cobarde que era? Lo sabía, Gaby. Sabía que, si no te apartaba de mí a la fuerza, acabarías por odiarme como yo mismo me odiaba. ¿Por qué no iba a dejar a una mujer a la que no amaba? No teníamos hijos. ¿Qué es lo que me hacía quedarme? ¿Solamente el sueño? ¿Es que pensaba que Francine me buscaría y me mataría, y lo haría correctamente la segunda vez? —Querría poder dar respuesta a esa pregunta. «Y a las demás»—. Puede que no te guste oír lo que voy a decirte pero, si hubiera sabido cómo me iba a sentir en cuanto te hubiese dicho que habíamos terminado, creo que habría podido hacerlo. Dejarla a ella. Lo hice poco después, cuando me di cuenta de que mis ansias por matarla no iban a desaparecer jamás. —Tim me mira para comprobar que estoy asumiendo lo que dice—. Nunca fui feliz con ella, pero después de perderte...

—No me perdiste: me dejaste tirada.

Tim lo intenta de nuevo.

—Después del día en que... nos dijimos adiós, mis sentimientos hacia Francine cambiaron. Instantáneamente. Fue como si alguien hubiese pulsado un interruptor. No podía haber imaginado cómo se siente una persona que tiene un deseo terrible de matar a alguien hasta que no lo experimenté por mí mismo. Consumía toda mi energía en asegurarme de que no sucediese. No podía comer, ni dormir, ni trabajar. ¿Alguna vez has querido matar a alguien? No, no querido: ¿sabido que lo ibas a hacer? ¿De que no es más que cuestión de tiempo, porque finalmente no vas a poder dominarte y que, de hecho, es la única cosa que desees y que te importa? —La única persona a la que quiero matar ya está muerta: Jason Cookson—. Dejé a Francine para salvarle la vida.

—¿Por qué no me lo dijiste? Si no estabas con Francine, podrías haber estado conmigo. ¿Por qué no me llamaste?

Si estuviese jugando limpio, le avisaría de que, sea cual sea su respuesta, no la voy a aceptar. Tim intenta sonreír, pero no lo logra.

—Me habrías dicho que me fuese al carajo, ¿no?

Me obligo a esperar unos segundos antes de responder.

—¿Cómo puedes pensar eso? No, no lo piensas: es una excusa.

—Sí, sí que lo habrías hecho, Gaby. Tu orgullo no te habría permitido hacer nada más. Yo sabía que tú estabas totalmente fuera de mi alcance: Gaby Struthers y su genio, Gaby Struthers y su éxito fulgurante. Mientras que yo no era más que un contable anodino que algún día iba a matar a su mujer.

—No serías anodino por mucho que lo intentases. —Sé que lo que yo diga no va a cambiar sus sentimientos sobre sí mismo.

—Yo nunca quise ser un asesino —dice Tim en voz baja—. Me mudé al otro lado del país para tratar de no convertirme en uno. Intenté matarme yo para no matar a Francine, pero no funcionó. Me acobardé y llamé a Kerry y Dan nada más hacerlo. No quería morir, Gaby... Por ti, nada más. Aunque había abandonado la esperanza de que estuviésemos juntos, no podía irme de un mundo en el que estuvieras tú.

«Pero no hiciste nada. Todos estos años, dejaste que creyera que seguías con Francine».

—¿Por qué volviste cuando Francine tuvo el ictus?

—Quería estar más cerca de ti. Si estaba postrada en la cama, inválida...

—¿Qué? ¿Qué, Tim?

—Si ya no tenía por qué tener miedo de ella —contesta Tim con un suspiro—, ya no tenía por qué tener miedo de ti, del peligro de que la dejase para estar contigo. ¿Qué iba a poder hacer ella, tumbada en la cama, sin poder moverse ni hablar?

—Pero no te pusiste en contacto conmigo. Estabas de vuelta en Culver Valley, Francine ya no tenía ningún poder sobre ti... ¿Por qué no me lo dijiste?

—Pensé que no querías saber nada de mí, después de cómo te traté. A decir verdad, era feliz solo con saber que estabas cerca.

—Quizá yo también podría haber sido más feliz si hubiera sabido que habías vuelto —contesto, furiosa—, pero ni siquiera me diste la oportunidad.

—Lo siento, Gaby. Esperaba poder... no sé, tropezarme contigo por la calle. Sé que suena patético, lo sé, créeme. Pero míralo por el lado bueno: cuando maté a Francine, me convertí en un hombre de acción, aunque fuese en forma de asesino despiadado.

«No tiene gracia».

—No volviste a Culver Valley por mí. Podrías haber sentido lo mismo por mí en cualquier parte. El impulso irresistible era por Francine, ¿verdad? La nueva, la inválida Francine. Apuesto a que estabas desesperado por ver aquello en persona.

—Si quieres que te diga la verdad —la voz de Tim se quiebra al pronunciar la palabra, como si un exceso de verdad pudiera vencerlo—, sí, estaba bastante desesperado, aunque no por el motivo que tú crees. No tenía nada que ver con la satisfacción o la venganza, al menos al principio. Quería ver si seguía teniéndole miedo. Dios mío —cierra los ojos—, no te haces una idea de hasta qué punto necesitaba responder a esa pregunta. Era como un experimento científico. Antes de verla me habían dicho que su mente aún era funcional; supuestamente, también su personalidad. Pero no podía hablar en absoluto y apenas podía moverse. Entonces, ¿cómo iba a tener el mismo poder que solía ejercer sobre mí? —Se encoge de hombros—. Podría haber ido en un sentido o en el otro.

—¿Qué quieres decir?

—Podría haberme sentido acobardado por ella, como lo estaba siempre. Ella seguía siendo ella, viva aún. O bien... —Tim inspira profundamente— podría haberla mirado allí, tendida, y pensado: «Jódete. Ya no tienes poder alguno sobre mí».

—¿Y hacia dónde se decantó la situación?

—Hacia ninguno de los dos lados —contesta Tim, con una sonrisa—. La vida no es nunca tan sencilla como esperamos que sea. Supe enseguida que no iba a poder responder a mi pregunta a menos que pasase más tiempo con ella. Todo el tiempo posible. Si quería quitarme de encima las antiguas sensaciones, tendría que acostumbrarme a la nueva Francine. Sospechaba que, si lo hacía, si realmente me sumergía, llegaría un momento en el que no le tendría ningún miedo en absoluto. Un momento en el que podría decirle: «¿Sabes, Francine? Estoy enamorado de una mujer llamada Gaby Struthers. Probablemente no recuerdes el nombre; la mencioné un par de veces, ya hace años. Era una cliente mía. En fin, quiero pedirle que se case conmigo, así que... ¿se te ocurre alguna forma de resolver nuestro divorcio? Obviamente, tú estás postrada en la cama, así que yo me encargaré del papeleo». —Tim se tapa el rostro con las manos y se frota los ojos. Una y otra vez—. Lo siento —dice a través de los dedos.

—¿Aún querías matarla?

Se me queda mirando, sin pestañear.

—No lo entiendes —dice finalmente—. Te estoy preguntando si quieres casarte conmigo. —«Si digo que sí de inmediato, perderé el poco poder de negociación que tengo»—. Te quiero, Gaby. Mi mujer está muerta, gracias a mí. Me voy a pasar los próximos cinco a diez años, como mínimo, en una cárcel. Si eso no acaba con mi amor, por favor, cástate conmigo.

Mi corazón da un vuelco. Repito la pregunta.

—¿Aún querías matar a Francine cuando la viste después del ictus?

—La maté —dice Tim—. Eso es todo lo que necesitas saber.

—No funciono según lo que necesito saber, sino según lo que quiero saber.

—Sí —suspira—, aún quería matarla. Pero no era lo mismo. También quería saber si tenía razón al querer matarla, si la persona a la que iba a matar era la misma mujer con quien había estado infelizmente casado. Cuanto más tiempo pasé con ella en aquel estado, más... más me costó estar seguro de que iba a matar a la Francine que quería matar. Supongo que todo esto no tiene mucho sentido para ti.

—Tiene todo el sentido del mundo. Entonces, ¿qué hacías? ¿La observabas por si te daba alguna señal, alguna pista? ¿Qué esperabas que hiciera para demostrarte que era la misma Francine de siempre? ¿O que no lo era? —Tim está mirando al suelo. Me estoy acercando demasiado a la verdad, y no le gusta—. Por eso no la mataste. Lo que había pasado podía haberla cambiado y tú no tenías forma de saberlo. Lo único que podías hacer era... ¿qué? ¿Esperar una señal que sabías que no iba a llegar nunca? ¿Tratar de interpretar su mirada, de medir la atmósfera emocional que la rodeaba? Mientras, la Francine que te había hecho sufrir se alejaba cada vez más en la nebulosa de los recuerdos lejanos, donde nadie podía tocarla y ella podía salirse con la suya. Creo que yo la habría odiado aún más en ese momento; sin embargo, igual que tú, no habría podido asesinar aquel cuerpo sin saber que la mujer a la que odiaba estaba todavía en su interior.

—Para, por favor —susurra Tim. Me pongo de pie y separo mi mano de la suya.

—¿Crees que soy perfecta, Tim? No lo soy. Sea lo que sea lo que no quieres decirme por miedo, sea lo que sea lo que estés tratando de expiar y que crees que es peor que matar a Francine, puede que yo haya hecho algo peor.

—Lo dudo.

—¿Y si lo hubiese hecho? ¿Dejarías de amarme?

—Te querría hicieras lo que hicieses.

Levanto las manos. ¿Es que no es capaz de verlo? Me veo incapaz de decirle lo que ya debería saber de memoria.

—¿Sabes por qué te dejé en paz durante tanto tiempo? No tuvo nada que ver con el hecho de que tú me dijese que se había acabado. Yo habría luchado, pero sentía que no era digna de ti. Todo el tiempo que estuvimos juntos, o como quieras llamarlo, nunca tomaste nada de mí.

—¿A qué te refieres?

—Nunca me pediste nada. Era como si solo existiese para mí. No te aprovechabas de mí, a diferencia de lo que hacía Sean: esperando cosas, exigiéndome que me comportase de una forma determinada, haciéndome sentir como si fuese un recurso cuyo objetivo es servirle a él, un recurso

averiado que dejó de hacer lo que se esperaba de él hace años. Tú eras lo contrario: me ayudabas en mi negocio, me hablabas de poesía. Todos los efectos que ejerciste en mi vida fueron buenos, sin excepción.

—¿Y por qué te sentías indigna?

—Mis sentimientos por ti eran demasiado intensos. Me sentía... antinatural. Pensaba que quizá no era más que una zorra egoísta capaz de amar solo a una persona que no hace más que dar sin pedir nada a cambio.

—No sé cómo puedes pensar eso. —Tim meneaba la cabeza—. Puede que yo no pidiera nada, pero no fue eso lo que obtuve; más bien al contrario.

—Sean tenía dinero —añado con rapidez, con la intención de confesar lo antes posible antes de poder cambiar de idea—. Dinero heredado, como el de Dan. No tanto; cincuenta mil. No tenía intención de invertirlo; yo, obviamente, no se lo pedí...

—¿Por qué «obviamente»? —Tim se adelanta en el asiento—. Era tu pareja, y se trataba de una excelente oportunidad de inversión. Si unimos ambas cosas...

—La empresa no tenía nada que ver con Sean. Si hubiese querido formar parte de ella, se habría ofrecido. Él sabía que estaba buscando inversores. —¿Por qué me sigue doliendo esto, si hace mucho tiempo que no quiero a Sean? —. Apreciaba su punto de vista; quiero decir que lo asumía. Nunca le pregunté y nunca hablamos de ello. Tenía cincuenta mil y eso eran todos sus ahorros. Si mi empresa se hubiera hundido...

—Yo sabía que eso no iba a suceder. Y Sean también lo habría sabido, si hubiera puesto un poco de interés.

—Si hubiese pensado que podía multiplicar su dinero por diez, habría invertido. Como ni siquiera se ofreció, supe que no confiaba en mí. Dejé que esto acabase con nuestra relación y nunca le dije una palabra, no le di la oportunidad de explicarse. —Es un alivio poder decírselo a alguien—. Eso me convierte en una mala persona, lo peor de lo peor, ¿no? Y si sumamos el hecho de que me enamoré de ti, más o menos en el momento en que tú estabas desarrollando grandes planes para conseguirme millones... Y Dan y Kerry, que tenían tanto dinero que, a su lado, lo de Sean parecía simple calderilla, se convirtieron de pronto en mis dos personas favoritas en el mundo después de ti. Si me caían tan bien era por algo que no tenía nada que ver con ellos: porque habían demostrado claramente que eran lo contrario de lo que era Sean. Estaban dispuestos a apoyarme, a pesar de que apenas me conocían, cuando él no lo estaba.

—¿Estás tratando de decir —pregunta Tim con una sonrisa— que te enamoraste de mí por mi habilidad como recaudador de fondos?

Quisiera conservar esa sonrisa eternamente. Entre otros motivos, me enamoré de él porque siempre ha sabido hacerme reír.

—No creo que fuese por eso, pero ¿cómo voy a saberlo? Es una coincidencia afortunada, ¿no? Sean no me ofrece ni un céntimo y dejo de estar enamorada de él; tú resuelves todos mis problemas y me enamoro de ti como una colegiala.

—Esta es sencilla de responder. ¿Me sigues queriendo? Ya hace años que no soy contable, y he perdido todos mis contactos. Es muy poco probable que pueda conseguirte más dinero.

—Sí.

—Entonces debes de quererme por mí mismo.

—Quiero que salgas de la cárcel. Me da igual lo que hayas hecho, Tim. Lo que me importa es que no confíes en mí lo bastante como para decírmelo.

—Hay otras personas implicadas, Gaby. No soy solo yo.

—¿Y no soy yo una de ellas? ¿La persona con la que te quieres casar?

—Claro que sí. Lo que quiero decir es...

—Entonces dime la verdad —le corto, interrumpiendo sus dudas—. Y no vuelvas a pedirme que me case contigo mientras no lo hayas hecho.

14/3/2011

«No cojas uno. No lo hagas».

Sam se quedó mirando los folletos pulcramente apilados mientras esperaba que volviese la bibliotecaria. El folleto, en realidad, porque en el expositor había muchos folletos de un solo tipo: de papel blanco satinado y con aspecto caro, con texto en negro y una fotografía en blanco y negro en la portada. «Hazte socio hoy mismo de la biblioteca de Proscenium», aconsejaba. Sam pensó en dejar pasar un tiempo entre abandonar la policía y buscar un nuevo empleo. Un año sin hacer nada más que leer durante la semana; una perspectiva atractiva, pero dudaba que Kate compartiese su entusiasmo.

Sam no había leído poesía desde que estaba en el colegio. Lo que le atraía no era la colección de libros, sino la belleza y el frescor del edificio. Proscenium era como una iglesia dedicada a la religión de la literatura, una iglesia con un restaurante de primera clase, en una atmósfera de silencio total. ¿Cómo era posible aquello en pleno centro de Rawndesley? Sam se preguntaba cómo se las habían arreglado Gaby Struthers y Tim Breary para iniciar una relación en un lugar en el que estaba prohibido alzar la voz más de medio decibelio. A lo mejor los susurros hacían que fuese más romántico. O puede que las personas se hiciesen miembros de Proscenium para ocultarse del mundo, para bloquear la realidad.

Sam apartó esos pensamientos de la mente cuando vio acercarse a la bibliotecaria. May Geraghty era una mujer de unos sesenta años, alta y delgada, con melena gris lisa y flequillo. Mientras se dirigía hacia él cruzando la habitación iba moviendo los labios; Sam no podía leer las palabras, y lo más probable es que ella lo supiese. Sam reconoció el tipo de persona: torpe, que se pone nerviosa fácilmente, incapaz de caminar hacia alguien de frente sin iniciar una conversación por el camino. Sam, consciente del desasosiego que provocaba, cruzó la sala para abordarla a medio camino.

—Esto es un poco incómodo —susurró ella; precisamente la palabra en la que estaba pensando Sam—. El soneto que busca es de un poeta llamado Lachlan Mackinnon. Está en su antología de 2003 *Las colisiones de Júpiter*.

Sam se preguntó si se estaba quedando con él, o si se trataba de una especie de examen.

—Sí, lo sé —contestó; y, bajando aún más la voz en respuesta a la expresión contrariada de May Geraghty, susurró—: Ya me lo había dicho.

«Pensaba que había ido a buscar el libro». Se había quedado impresionado cuando ella había reconocido el poema con solo un vistazo al papel

fotocopiado.

—Sí —asintió, como si la decisión de darle dos veces la misma información hubiera sido deliberada, a la vez que sensata—. Lo que pasa es que... me temo que, en este momento, no le puedo traer el libro —asintió de nuevo. Fan de la repetición, obviamente.

—De acuerdo —dijo Sam—. No pasa nada. —En todo caso, era una posibilidad muy remota—. Quizá podría...

—No puedo traerlo aquí, porque está muy solicitado hoy. Nuestro propietario más reciente está leyéndolo en el salón. ¡Ojalá todos nuestros libros fuesen tan populares! —susurró enérgicamente.

«Su propietario más reciente». Sam sintió un hormigueo en la nuca.

—No obstante —May Geraghty sonrió—, acabo de hablar con el caballero y me ha asegurado que le encantaría que se uniese a él por unos instantes. Deje que le guíe. Mientras habla con él, le prepararé la grabación del circuito cerrado de televisión del viernes por la noche.

—Sí, por favor —repuso Sam, siguiendo a May Geraghty a través de la sala y de un pasillo cerrado con un cordón grueso, tratando de no pensar en el hombre que podría encontrar al otro lado. Solo podía ser una persona...

En uno de los lados del cordón de color mostaza había un antiguo escritorio de madera de grandes dimensiones, cubierto de periódicos y revistas en cuatro columnas ordenadas, superpuestos al estilo de piezas de dominó caídas. Al alejarse del restaurante del Proscenium, los olores de comida daban paso a los más propios de una biblioteca: tiza, polvo, papel viejo. «Una combinación agradable», pensó Sam. Tranquilizadora.

—Sargento Kombothekra. —Dan Jose apareció en la puerta, delante de él, sosteniendo un libro en la mano—. No estoy seguro de que esto pueda calificarse precisamente de coincidencia, pero es lo que parece.

—¡Chist! —siseó May Geraghty, sobresaltando a la pareja de ancianos sentados a una mesa junto a una de las grandes ventanas de guillotina del salón.

En una esquina, a la izquierda de una chimenea apagada había una mochila de lona roja y gris que Sam había visto en Dower House apoyada en un sillón alto de cuero verde, de un grupo de tres que rodeaban una pequeña mesa auxiliar circular.

—Siéntese, por favor —dijo Dan—. ¿Le apetecería café, un té?

—No, gracias —dijo Sam, que nunca había entendido por qué acostumbraba a rechazar bebidas que, en realidad, le habría gustado aceptar. Observó que de la mochila sobresalía una zapatilla de deporte con los cordones colgando por fuera.

—He venido andando —dijo Dan, mirándose los brillantes zapatos de cuero marrón que llevaba—. He tardado exactamente hora y media. Otra buena razón para hacerse miembro; o «propietario», como May prefiere llamarnos. Bueno para el cuerpo, bueno para la mente.

—¿Por eso se ha hecho miembro? —preguntó Sam.

—No. En realidad, no. El motivo es muy evidente, ¿no cree?

—¿Porque Tim es miembro?

—Bueno, no es exactamente porque sea miembro, sino porque... —Dan se quedó mirándose el regazo—. No sé. Sé lo mucho que este lugar significa para él. Mientras él no pueda utilizarlo... Y si no hay problema...

—¿Qué problema? —preguntó Sam.

—No le dije a Kerry que venía aquí; de hecho, no tenía pensado decirle que me había hecho miembro. Tampoco es que sea un secreto, pero preferiría que no lo supiese.

Sam se preguntó cuál era la definición de «secreto» para Dan Jose. Estaba claro que era muy distinta de la suya.

—¿Estaría en contra? —preguntó Sam.

—No. Diría que es una gran idea y se preguntaría por qué no se le había ocurrido a ella. —Dan se mordió el labio por dentro—. Querría que viniésemos juntos. Y eso no estaría mal, desde luego; en absoluto. —Parecía que estaba intentando convencerse a sí mismo.

—¿Pero...?

—No sé. No pensaba hacerme miembro. Había venido a preguntar por esto, igual que usted. —Dan mostró el libro de poesía—. Lo hice sin pararme a meditarlo; pensé «¿Por qué no?». Cuando Tim esté en casa de nuevo, podremos venir a comer juntos.

—¿Sin Kerry?

—No, claro que no; todos nosotros.

—¿Pero hasta entonces prefiere venir solo? —insistió Sam.

—Necesitaba un poco de espacio para mí. —La voz de Dan era apenas audible. Se ruborizó. ¿Quizá imaginaba que la pareja de ancianos junto a la ventana estaban escuchando con interés? Más bien daban una convincente impresión de no tener ningún interés en otros seres humanos, en especial el uno en el otro—. Supongo que estaba tratando de experimentar qué se sentía al ser Tim —dijo—. Sentarse aquí a leer, con los pensamientos locos que solo se le ocurrirían a él. Preguntarse si alguno tenía sentido al reflexionar sobre

ellos.

Sam quería saber más, pero su instinto le decía que lo mejor sería cambiar de tema.

—¿Puedo ver el libro? —preguntó. Dan se lo dio.

—El poema que busca es el último; se llama «Soneto».

—¿Cómo sabe qué es lo que busco?

Dan respondió con otra pregunta:

—¿Que cómo sé que Tim le dio una copia de ese poema y le pidió que se la pasara a Gaby Struthers?

—Eso también —dijo Sam, mientras pasaba las páginas de *Las colisiones de Júpiter*.

El soneto estaba donde había dicho Dan: al final. No había ningún mensaje para Gaby Struthers entre las páginas, pero era posible, desde luego, que Dan lo hubiese encontrado antes y lo hubiese quitado, aunque Sam siempre había creído que era muy improbable. Y, tal y como lo veía, tener la idea delante de Simon, como había sugerido Charlie, no había logrado nada. Simon había dado un gruñido evasivo y había seguido a lo suyo.

—Lo sé porque yo le fallé —dijo Dan—. Por eso tuvo que pedirle a usted que le diese el poema a Gaby: porque yo no lo había hecho. Me pidió que lo hiciera la primera vez que le visité en la cárcel. Había escrito el poema a mano, para Gaby. Le prometí que se lo daría pero, cuando se lo conté a Kerry, ella me dijo que no lo hiciese, que habría sido lo peor que podía hacer.

—¿Por qué?

—Es complicado —dijo Dan con un suspiro—. La última vez que Tim envió, o algo así, un poema de amor a Gaby, las cosas se embrollaron vertiginosamente. Tim acabó tratando de suicidarse. Creo que Kerry no quería arriesgarse a que eso volviese a suceder. Y estoy seguro de que tenía razón, a pesar de que yo era incapaz de seguirle la lógica.

Sam también lo era.

—¿Así que vino aquí para ver si podía encontrar el poema, o algo así?

Dan asintió.

—Pensé que, dado que conocía el nombre del poeta, había una posibilidad razonable.

—Yo no —le confesó Sam—. Por suerte, la bibliotecaria parece haber memorizado todos los poemas que se han escrito.

—Pensé que podía copiarlo, ya que aquí no hay fotocopiadora —dijo Dan—, y así asegurarme de que esta vez Gaby lo reciba. O al menos tratar de concretar mi propia opinión, en lugar de obedecer a Tim o a Kerry. Usar mi juicio propio, por una vez.

—¿Solo en lo que respecta al poema? —preguntó Sam. La respuesta vino después de casi diez segundos de silencio:

—No. En lo que respecta a todo. —Sam esperó. Las palabras siguientes fueron como una inyección de adrenalina directa al corazón—. Le hemos estado mintiendo. Todos. —Dan se estremeció, como si estuviese dando una mala noticia—. No le estoy dando ninguna información nueva, ¿verdad?

—No. —«Aún no».

—Todos sabíamos lo que Jason le había hecho a Gaby el viernes por la noche. Cabrón tarado. Siempre nos preguntábamos qué era lo que sucedía entre él y Lauren, pero... Mire, tiene que creernos, ni Kerry ni yo habríamos proporcionado nunca una coartada a Jason si hubiésemos pensado que había la más mínima posibilidad de que se librase por haber hecho daño a Gaby. Pero, como estaba muerto...

—¿Cómo lo sabían? —interrumpió Sam.

—Lo sabíamos. —La expresión de cerrazón en el rostro de Dan indicó a Sam que no presionase—. No quiero volver a mentirle, y eso significa que no voy a poder responder a todas sus preguntas.

«Entonces, eso es como seguir mintiendo, ¿no?».

—¿Quién mató a Francine? —preguntó Sam, luchando por controlar su decepción. Silencio—. ¿Fue Tim?

—Yo no fui testigo del asesinato de Francine —dijo Dan, después de meditarlo unos momentos—, así que lo único que sé es lo que me han contado. Una de las cosas que me han dicho es que todos tenemos que mentir, y no dejar de hacerlo. Me lo dijo más de una persona. Al principio pensaba que debían de tener razón, pero ya no estoy tan seguro. Dudo que Gaby Struthers estuviese de acuerdo; y, si estamos hablando de capacidad intelectual, ella es la más inteligente de las personas implicadas. No sé si es un punto de vista demasiado elitista.

El teléfono de Sam se había puesto a vibrar. Se lo sacó del bolsillo y le echó un vistazo a la pantalla: «Sellers».

—Dan, doy las gracias por cualquier información honesta que recibo, pero si la única verdad que está dispuesto a decirme es que me ha estado mintiendo, no me sirve de ayuda. Perdóname, tengo que atender esta llamada.

Sam salió con prisas al pasillo del cordón de color mostaza, preguntándose cuánto iba a tardar Dan Jose en ir más allá de la fase de sospechar que Gaby

Struthers querría que se dijese la verdad, a la siguiente y crucial etapa (sin la cual todas las demás no servían de una mierda, francamente) de decir, de hecho, la verdad.

—Lo siento —le dijo Sam a Sellers, en lugar de «Hola».

—Le perdono, sargento. ¿Aún está en la biblioteca?

—Así es. No puedo hablar.

May Geraghty había hecho acto de presencia al otro extremo del pasillo y estaba contemplando a Sam con una mirada de desaprobación. «Déjame en paz, bruja», pensó, sabiendo que, si lo decía en voz alta, tendría remordimientos durante meses.

—Escuchar sí puede, ¿no? —dijo Sellers.

—Sigue.

—He estado en el lugar de trabajo de Wayne Cuffley. Pueden dar cuenta de su paradero durante todo el día 16 de febrero, así que queda descartado de lo de Francine Breary. Pensé que no estaría mal comprobar también la coartada de su mujer, ya que le ayudó a librarse del cuerpo de Jason Cookson. —«Buena idea. Ser riguroso nunca está de más». Sam lo habría dicho en voz alta si no hubiese estado sujeto a las restricciones trapenses de May Geraghty—. Lisa Cuffley es técnica de uñas, y trabaja en un lugar llamado Intuitions, en Combingham. Es un cuchitril. Acabo de estar allí.

—¿Y?

—Lisa también estuvo en el trabajo todo el día 16 de febrero. Sargento, no sé cómo se me ocurrió, pero pregunté por las noches del último viernes y sábado y, ¿a que no adivina? El sábado por la noche, Lisa Cuffley tenía una reserva privada que había tomado a través del salón: una reunión de mujeres en Spilling; todas querían un tratamiento de uñas y una clase para poder cuidarlas una misma. Podría estar equivocada, pero su jefa cree que Lisa estuvo en esa fiesta desde las nueve hasta después de medianoche.

«Y, por tanto, no estuvo disponible para darle una vuelta hasta la comisaría al cuerpo de Jason Cookson».

—¿Hablaste de ello con Lisa? —preguntó Sam—. ¿Estaba allí?

—Aún no había llegado. Ahora sí está, pero quería contárselo antes a usted para ver qué opinaba.

—Vuelva al trabajo de Wayne Cuffley y pregúnteles acerca de las noches del viernes y del sábado —le dijo Sam.

Dio la espalda a la mirada de profunda y duradera decepción de May Geraghty, complacido de poder demostrar que era capaz de soportar la

desaprobación de una persona desconocida en un entorno público durante un máximo de diez segundos.

—Hay sangre de Cookson por toda la casa y el coche de Cuffley —dijo Sellers —, así que probablemente lo mataron en la una y lo llevaron a la comisaría en el otro, pero será mejor que no nos fiemos de nada *a priori* —dijo Sam.
«Nunca más», añadió en silencio—. Si Cuffley miente sobre que Lisa estaba con él cuando dejó el cuerpo, puede que nada de lo que nos ha contado sea verdad.

Lunes, 14 de marzo de 2011

Llaman a la puerta. Con fuerza. Tim nunca llamaría así; eso significa que no puede ser él, así que casi mejor me quedo donde estoy: tumbada en la cama de mi habitación de hotel, con las cortinas cerradas y la pantalla del televisor muda, parpadeando desde su mueble de madera chapada. Al menos así no oigo la basura que estoy mirando.

Si amase menos a Tim, ahora estaría trabajando, haciendo alguna cosa importante. No me imagino ser capaz de concentrarme nunca más en nada que no sea él. Me asusta.

Más llamadas.

Me arrastro fuera de la cama, preparándome para gritarle a otro miembro del personal del hotel. La mayor parte de ellos parecen pensar que el cartel de «No molestar» solo es de aplicación durante un tiempo limitado; que es imposible que cualquier persona quiera que la dejen en paz todo el tiempo que el cartel está colgado en la puerta. Llevo casi ocho horas sin moverme de la cama.

Si dejase entrar a la persona del servicio de limpieza, se llevaría una decepción: no tendría nada que hacer. No me he bañado ni me he duchado, no he pedido servicio de habitaciones, no me he hecho un café o un té. Apenas he movido la ropa de cama; la colcha está en su lugar, sin arrugar. Casi no he dormido, salvo cuando he perdido el conocimiento, completamente vestida, media hora aquí, media hora allá. Cada vez me he despertado con palpitaciones y la voz repugnante de Jason Cookson en la cabeza.

«La culpa es de Tim». No; eso es injusto. No debo pensar eso.

El tono de la llamada ha pasado a ser amenazador. El servicio de limpieza de Best Western no sería así de agresivo. Abro la puerta un centímetro y veo un rostro delgado y sucio de lágrimas. «Lauren».

El miedo crece en mi interior, me bloquea la garganta. «No puede estar con ella. Está muerto». Lauren empieza a gritarme desde el pasillo.

—¿Se puede saber a qué coño juegas? ¿Te estás quedando conmigo? ¿Me dices que venga y luego no me dejas entrar?

—Te dejaré entrar.

«Pero aún no; no estoy preparada». Estoy de pie delante de la puerta; si quiere abrirla más, va a tener que tumbarme. Yo peso más que ella, incluso

después de tres días de ayuno. Nunca lo conseguiría.

Me cuesta creer que esté aquí. Hice lo que me pidió Simon Waterhouse y le entregué mi carta a primera hora de la mañana, pero no pensé que fuera a responder. Incluí mis datos de contacto, pensando que estaba a salvo: nombre y dirección del hotel, número de habitación.

Salió huyendo de mí y ahora ha vuelto.

Esté o no preparada, necesito hablar con ella. Tengo que dejarla entrar. Abro la puerta del todo y me aparto.

—Pasa. Lo siento. Es que... No pensaba que fueras tú.

—Pues sí que soy yo. —La puerta se cierra detrás de ella y la luz del pasillo desaparece—. Joder, Gaby, ¿es que no piensas abrir las cortinas? No veo una puta mierda.

¿La abrazo? La idea me hace sentir incómoda. Probablemente me daría un puñetazo en la cara.

—Ya las abro.

Lo haría, si me pudiese mover. Estoy tratando de averiguar por qué estoy tan agitada por el hecho de que Lauren esté aquí. Es casi como cuando vi a Tim en la cárcel por primera vez. No tiene sentido: ella no es nada para mí, no debería significar nada. La veo acercarse a la ventana y dar un tirón a las cortinas, como si intentase arrancarlas de la guía.

—Jason está muerto —dice en tono prosaico.

—Lo sé.

Coge el mando a distancia de la cama y apaga el televisor.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿La policía? ¿Te han dicho quién lo hizo?

«¿Lo saben?». Está claro que sí.

—Mi padre se ha entregado.

Echo una ojeada a su tatuaje de «PADRE» y aparto la mirada enseguida. Quiero hacer toda clase de preguntas, pero probablemente debería esperar y expresar mi apoyo y compasión antes.

—Lauren, yo... No sé qué decir. Es terrible. ¿Estás...? —No, claro que no está bien.

—Estoy bien —dice, enjugándose los ojos—. No me llevo bien con mi familia y no estoy casada, pero mi padre ha matado a mi marido... —Hace mucho tiempo, habría pensado que una cosa así podía suceder en el mundo de una

persona como Lauren, pero jamás en el mío—. Le supliqué que no lo hiciera.

—¿Es que estabas allí?

Dios mío, ¿PADRE mató a Jason delante de su propia hija?

—Claro que estaba allí. Le pedí que no se metiera; Lisa también lo hizo. No nos hizo caso a ninguna de las dos. Dijo que lo hacía por mí, pero yo no quería que lo hiciese. A nadie le importa lo que yo quiera. ¡Nadie me hace caso, nunca! —Me quedo allí, de pie, mirando impotente cómo se va poniendo cada vez más histérica—. ¡No quiero que mi padre vaya a la cárcel, Gaby! Otro hombre inocente en la cárcel... ¡No quiero!

—¿Qué quieres decir con «otro hombre inocente»? Si mató a Jason...

—«Mató a Jason»? —Lauren se ríe amargamente al tiempo que llora—. No lo hizo, solo dice que lo hizo, el... ¡cabrón embustero! ¿Es que no me escuchabas?

Me quedo helada, sin respiración, las palabras de Lauren dando vueltas en mi mente. Sí que la escuchaba, pero no la entendía. Hasta ahora.

«Claro que estaba allí. Le pedí que no se metiera».

—¿Le pediste a tu padre que no se culpase a sí mismo?

Lauren mueve la cabeza arriba y abajo, frenéticamente.

—Al principio decía que iba a enterrar el cuerpo; y vale, eso me parecía bien. Pero luego empezó a decir que me iba a poner enferma si Jason desaparecía durante mucho tiempo, preguntándome si estaría muerto, y no sé qué mierda de entregarse para que la policía no sospechase de mí. ¡No me preguntes de qué coño estaba hablando!

—¿Quería decir que eso era lo único que le podía decir a la policía? —pregunto. Es lo único que tiene sentido. Y solo puede querer decir una cosa.

—Es lo más idiota que he oído —dice Lauren—. Claro que no estaba preocupada. Sabía que Jason estaba muerto.

No lo pillas. Pero eso no es nada raro.

—¿Y tú sabes quién lo mató? ¿Quién mató a Jason, Lauren?

—¡Yo! ¡Yo le maté! —Su voz tiembla como si alguien la estuviese sacudiendo.

—¿Lo hiciste...? —Mi garganta bloquea las palabras, las estrangula—. ¿Lo hiciste por lo que me hizo a mí?

—No. No todo gira a tu alrededor, ¿sabes? Lo hice por Francine, por Kerry... Y sobre todo por mí; estaba harta de ese cabrón, de toda la mierda que he

tenido que soportar durante años. A lo mejor también lo hice un poco por ti —admite a regañadientes—. El viernes, tú tuviste suerte. Lo peor me lo llevé yo, en el coche, después de que terminase contigo.

—¿Qué significa que le mataste por Francine? Ella estaba muerta mucho antes de la noche del viernes pasado.

—Nada —murmura Lauren.

—¿Venganza? —aventuro. «Por Francine y por Kerry»—. ¿Atacó Jason a Kerry? —Lauren me mira como si yo estuviera perturbada—. Has dicho que lo mataste por Kerry. —Me mira como si estuviese evaluando la posibilidad de negarlo—. Por favor, Lauren, dímelo.

Se sienta en la cama. Las piernas, enfundadas en unos vaqueros negros, parecen un par de tuberías delgadas. Me sorprende que haya sido capaz de estar de pie sobre ellas durante tanto tiempo. También me sorprende que yo aún pueda mantenerme de pie sobre las mías.

Tengo una idea, casi una superstición. No está basada en nada sólido. Si me siento a su lado en la cama, empezará a hablar. Vale la pena probarlo.

Me mira de forma extraña y se mueve a un lado, aumentando la distancia entre ella y yo.

—Cuando llegamos a casa el viernes, después de... Cuando volvimos, Jason subió al baño y se encerró en él. Pasó por delante de Dan y Kerry sin hacerles ningún caso, como si no estuviesen allí. Yo sabía que no iba a salir durante, al menos, media hora. Kerry me preguntó si me encontraba bien; supongo que no tenía muy buena pinta. ¿Sabes cuando alguien te pregunta si te encuentras bien y es lo peor que te pueden preguntar? —«Sí. Lo sé de sobras»—. No me pude contener, Gaby: me derrumbé. Se lo conté todo a Kerry: lo que te había hecho Jason, que me había forzado a mirar... Mira, en Alemania pensé que eras una bruja presuntuosa, no voy a mentir, pero no te merecías una cosa así. Deberías haber visto a Kerry, Gaby. Al oír lo que te había pasado, se descompuso; pero ¿qué podía hacer ella?

Un estremecimiento recorrió mi cuerpo: podía haberse puesto en contacto con la policía, pero no lo hizo. Porque Jason Cookson sabía la verdad sobre quién había matado a Francine y, para ella, ocultar esa verdad era más importante. «Para que Tim siguiera en la cárcel; para que él y yo no pudiéramos estar juntos, ahora que Francine estaba muerta y que él debería haber sido libre».

—No podía soportar ver a Kerry así —dice Lauren entre sollozos—. Siempre ha sido tan buena conmigo... Y ahí la tenías: destrozada por culpa de Jason, mi marido. Tenía que hacer algo para arreglar las cosas. Todo fue por mi culpa. Lo que te hizo fue por mi culpa.

—No lo fue, Lauren. ¿Cómo iba a serlo? No podías haberle parado.

—Si te lo digo, me odiarás.

—Enviaste un tuit pidiendo ayuda. —Se lo agradeceré más tarde; ahora soy incapaz de hacerlo.

—Pensarás que soy una zorra malvada y no me perdonarás —insiste ella.

—¿Perdonarte por qué, Lauren? Lo haré, claro que lo haré.

Se cubre el rostro con las manos.

—Dije lo único que se me ocurrió para que estuviera furioso con alguien que no fuese yo. Descubrió que me había ido sin decirle nada. Le mentí como tú me dijiste: le dije que estaba enferma en casa de mi madre y entonces vino el idiota de mi padre a cargárselo todo: ¡le dijo a Jason que me había quedado colgada en Alemania, así que, claro, me llamó por teléfono! Yo estaba en el aeropuerto, esperando a embarcar en el vuelo que me había reservado mi padre. «Sé dónde estás», me dice. Joder, casi me da un ataque al corazón y caigo muerta allí mismo, te lo juro. Nunca le había mentido antes; no me habría atrevido. Y entonces va y dice: «¿No te jode? ¿Pues no se va a la puta Alemania y me dice que está en casa de su madre?». Ni siquiera sé lo que le respondí, estaba muerta de miedo. Empecé a decirle que quería verte por toda esa mierda que había pasado con Tim, que claro que no iba a hacer nada ni a decirte nada, que solo... —Se detiene, agita la cabeza. Hay muchas preguntas que quiero hacerle, pero me da miedo interrumpirla—. Jason empieza a gritarme: que si estoy chalada, que a qué creo que estoy jugando, que por qué no puedo dejar de meter las narices, que no va a poder confiar en mí nunca más. Quería saber lo que te había contado. Yo estaba hecha un lío; tuve que decirle que no te había dicho ni una palabra sobre Tim o Francine. Cuando Jason está en ese estado, hay que decirle lo que quiere oír, sea lo que sea, no importa. La verdad es que en aquel momento, nada más oír la voz de Jason, me importabais un carajo Tim y tú, y hasta Francine. Sabía que se iba a poner hecho una furia por haberle mentido, que iba a ser peor de lo que había sido nunca. Para Jason, la peor pesadilla era pensar que le podía ocultar algo o hacer algo a sus espaldas. Tenía que ocurrírseme alguna cosa.

Aún soy incapaz de ver dónde quiere ir a parar con todo esto. ¿Qué es lo que nunca le perdonaré?

—Y entonces, ¿qué le dijiste?

Suelta una palabrota en voz baja, de una forma casi reverente, igual que rezan algunas personas.

—Lo que me dijiste tú sobre volvernos lesbianas en mitad de la noche si compartíamos la cama.

—¿Cómo? —Mi voz resuena en las orejas. Me río, con una risa hueca, de puro asombro. ¿Lesbianas? Es lo último que esperaba que dijese. Entonces recuerdo—. Lauren, yo no dije que me fuese a convertir en lesbiana. ¿Pensabas que te estaba echando los tejos? Estaba bromeando.

Su rostro se ha quedado congelado en una expresión de testarudez.

—Dijiste que podías convertirte en lesbiana —insiste—. ¿Por qué ibas a decir una cosa así si no lo pensabas?

—Joder, Lauren, hostia... —No me lo puedo creer. No es posible.

—A mí no me va eso.

—¡Ni a mí! Era una broma. Tú estabas preocupada por compartir una cama conmigo, y yo dije: «No te preocupes. Incluso en el caso de que el lesbianismo se apodere de mí en sueños, mi buen gusto nos protegerá a ambas». O algo parecido.

—¡Sí, y ahora lo has repetido! ¡Lo admites!

Dios mío.

—Lauren —inspiro profundamente—, lo que quise decir es que, aunque me convirtiese en lesbiana de repente (que, por cierto, es algo que nunca le pasa a ninguna mujer heterosexual dormida)... Esa era la base de mi broma, esa premisa hipotética absurda. —Viendo que frunce el ceño con desaprobación, añado—: ¡Oh, déjalo correr! Mira, lo que pretendía decir era que, aun en el caso improbable de que me sucediese, no intentaría nada contigo porque sería una lesbiana con buen gusto. Tú no me gustarías.

—Ah. Vale. —En su rostro se refleja que está herida. Ahora lo entiende todo.

—Lo siento, Lauren. Estaba de un humor de perros y no debería habértelo hecho pagar a ti. Dime lo que le dijiste a Jason, palabra por palabra.

—¡Ya te lo he dicho!

—Le dijiste que yo había amenazado con... ¿qué, acosarte? ¿Hacer de las mías contigo?

—¡Sí! Eso es lo que te oí decir —explica, con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo iba a saber que estabas siendo una zorra, como siempre, que no te me tirarías aunque fueses... así? Le dije que te había dejado muy claro que esas cosas no me iban y que tú dijiste que ibas a... lo que fuera que dijiste. Apoderarte de mí durante la noche.

—No. O sea... no. —Estoy temblando, tratando de comprender por qué esto lo empeora todo. La falta de necesidad. La estupidez.

—Lo siento mucho, Gaby.

—¿Y fue por eso por lo que Jason me hizo lo que me hizo? ¿Porque pensaba que era una especie de depredadora sexual que iba detrás de su mujer?

—Solo se lo dije porque está obsesionado con el tema de las lesbianas.

Siempre me pregunta por mis compañeras, hasta por Kerry; me pregunta si a alguna de ellas se le ha pasado por la cabeza algo así conmigo. Busca a alguien para descargar su mal genio, para meter en sus fantasías de enfermo perverso. No me di cuenta de hasta dónde podía llegar, Gaby, te lo juro. Pensaba que no te iba a pasar nada, porque eres fuerte, no como yo. Y lo que hizo, no lo había visto nunca. Si eres tú, es distinto, ¿no te das cuenta? No es como mirar cuando es otra persona.

Me pongo de pie y me acerco a la ventana; me gustaría abrirla, pero no es posible hacerlo. Todos los hoteles claustrofóbicos de mierda tienen esas ventanas que no se pueden abrir. Cuatro pisos más abajo, una hilera interminable de coches dan vueltas en la rotonda.

—Jason no me atacó porque hiciese preguntas sobre la muerte de Francine —digo, con la esperanza de que, al decir la verdad en voz alta, podré llegar a aceptarla, convertirla en parte de una realidad con la que soy capaz de convivir—. No fue porque él la hubiese matado y no quisiera que yo lo descubriese.

«Lo que te hizo fue culpa tuya. Te reíste cruelmente de Lauren. Donde las dan...».

—Lo hizo porque es un puto perverso —dice Lauren con rabia—. Lo ha sido siempre. Y siempre ha sido también jodidamente celoso. Los primeros meses, hasta me gustaba. Pensaba «Todo esto lo hace por mí»; luego las cosas se pusieron feas. Le importaba un carajo que Francine viviese o muriese, le daba igual a quién metiesen en la cárcel por su asesinato mientras su vida siguiera igual que antes. Le gustaba tener poder sobre todos nosotros: «Yo guardo el secreto, pero vosotros hacéis lo que yo diga».

—Jason está muerto. Ya no tienes que guardar ningún secreto.

—¿Le dirás a la policía que yo le maté? —solloza Lauren.

—No.

—¿Por qué no? Quiero que lo sepan. Se lo merecía.

No puedo objetar nada a eso.

—¿Dan y Kerry saben que le mataste?

—Sí, pero no dirán nada. Nunca dicen nada; cabrones estúpidos... Igual que yo. ¡Fuimos todos unos estúpidos!

Lauren se estremece y presiona sus ojos con los dedos. Las lágrimas se derraman por encima de ellos, por las manos, por los brazos.

—¿Quién mató a Francine, Lauren? No fue Tim, ¿verdad?

—No —responde con desdén—. Te lo dije cuando nos conocimos; no fue él,

pero le dijo a la policía que sí, y nos prohibió que dijésemos otra cosa. Me lo suplicó; Kerry también. Gaby, se puso de rodillas y me agarró por la cintura. Estaba destrozado. No podía negarme, después de todo lo que había hecho por mí.

Así que Simon Waterhouse tenía razón.

—Tim quiere estar en la cárcel —lo digo con el deseo de haberlo entendido mal—. Quiere que lo condenen por el asesinato de Francine.

«No para proteger a otra persona. Finge que la mató, pero no por nadie, sino por él mismo. Se aprovecha del crimen de otro para su propio beneficio». Tim el oportunista; no me cuesta imaginármelo. Pero ¿por qué? Por Dios, o por mí, Tim, ¿por qué?

Me pregunto cómo se debe de sentir el asesino de Francine. ¿Le molesta que Tim se atribuya la autoría de su obra? ¿O se siente aliviado, o aliviada? No hay muchos asesinos que tengan tanta suerte.

—¡Lo hace por ti! —dice Lauren, como en un impulso—. Todo esto es por ti, y tú no te das ni cuenta de lo que pasa. Es una locura, de verdad.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo puede tener nada que ver conmigo?

—¿Por qué no se lo preguntas a Kerry? Ella sí lo sabe. A mí nadie me ha contado una puta mierda; todos piensan, como tú, que soy idiota. Vosotros sois todos muy listos, ¿verdad? —Es la misma voz que empleó con Bodo Neudorf en el aeropuerto de Düsseldorf, el tono que me provocó aversión instantánea hacia ella—. ¡Tan listos que pensáis que está bien que metan a un inocente en la cárcel y que un asesino ande suelto! Eso no es de listos, eso está mal. ¡A lo mejor yo no soy tan lista como para reservar sola mis vuelos a Alemania, a lo mejor he tenido que pedirle a Kerry que lo haga por mí, pero yo fui la que supo que tú ibas allí! Si Kerry es más lista que yo, ¿por qué me creyó cuando le dije que iba a visitar a una amiga? ¿Qué amigas tengo yo en Alemania? ¡Ninguna, y tampoco querría tener una!

Tengo ganas de cogerla y sacudirla.

—¿Quién es el que anda suelto, Lauren? ¿Quién mató a Francine?

—¡A mí no me lo preguntes! Le prometí a Tim que nunca, jamás, diría nada. Se lo prometí a Kerry.

—Lauren, no tengas miedo de mí.

—No tengo miedo —replica, insultada, rodeándose con los brazos para protegerse.

—Pues yo sí; más miedo del que he tenido nunca. Pero tú no tienes por qué tenerlo, en especial de mí. Lo único que quiero es comprender. Léiste mi carta, así que ya sabes lo que siento por Tim.

—Sí —contesta, burlona—. Es lo mismo que sentía yo por Jason cuando le conocí. Pensaba que tenía una flor en el culo, o algo así. Cuando lo pienso ahora, parece que me vaya a explotar la cabeza.

—¿Qué es lo que hizo Tim por ti? —le pregunto—. Antes dijiste «después de todo lo que había hecho por mí».

—Sabía lo que Jason me hacía. Él... vio alguna cosa. Fue después de que hablásemos una vez, Tim y yo. No hablar, discutir; sobre Francine. Nos las estábamos teniendo, los dos solos en una habitación, tratando de hablar en voz baja para que Kerry no entrase a fisgonear. Jason creyó que era lo que no era. Lauren puso unos ojos como platos. Te juro que no pasaba nada, Gaby; nunca ha habido nada así entre Tim y yo. ¡Entre nadie y yo! Estando casada con Jason, nunca me atrevería a correr el riesgo. Kerry y Dan pensaban que Tim me ignoraba porque era demasiado estirado como para que yo le importase, pero no era por eso: él sabía que Jason la tomaría conmigo si le prestaba la más mínima atención. Quizá también lo pagaría él. Eso le hacía cagarse de miedo. Por eso me ignoraba, para mantenernos a salvo a los dos.

—Está mirando a través de mí, como si yo no estuviese allí. Me da miedo moverme por si interrumpo sus pensamientos—. Le rogué que no se lo dijese a Kerry ni a Dan, y no se lo dijo. Si lo hubiesen sabido, no habrían querido a Jason en la casa y, si él hubiera perdido el trabajo, habría sido cien veces peor. La mayor parte del tiempo, no me costaba tenerlo controlado. Pensé que Tim se quedaría asombrado, pero lo comprendió. Dijo que uno nunca sabía lo que pasaba en los matrimonios, y que no era asunto de nadie.

«¿Fue eso lo que dijiste, Tim? Qué cómodo, hostia. Qué respetuoso con la intimidad de Lauren, dejarla atrapada en las garras de un monstruo».

—¿De qué estabais discutiendo Tim y tú cuando os oyó Jason?

—Tim me oyó hablando con Francine. Yo solía... contarle cosas; de Jason, sobre todo. No podía contárselas a nadie más sin que me empezasen a dar la lata: que por qué no le dejaba, que por qué no iba a la policía, que por qué no me buscaba a otro mejor... ¡Hasta tú me lo dijiste, y eso sin que yo te hubiera contado nada! —«Porque es obvio que eres de esa clase de mujeres que desperdicia su amor en alguien que no se lo merece. Lo sé muy bien, por experiencia propia»—. Entiendo que me lo dijese. Es lo que habría hecho cualquiera, menos Francine: déjale, no merece la pena. Francine nunca decía nada: no podía.

—Tú te confesabas con ella.

—No importaba lo que le dijese, nunca contestaba. —Lauren sonríe; Sus palabras son ambiguas, pero la expresión lo deja claro: la falta de respuesta de Francine era un punto a su favor. Quizá el atractivo principal. Recuerdo pensar algo similar en el autocar, en Colonia: que Lauren era tan corta que no importaba lo que le dijese—. Solo necesitaba que alguien lo supiese, Gaby. No que hiciese algo, sino que lo supiese y ya está. Las peores cosas que me han pasado en la vida... ¡nadie sabe nada de ellas! Miraba a mi madre, a mi padre, a Lisa, a mis amigas, y pensaba: «¿Por qué me molesto siquiera en hablar con

vosotros, si no os enteráis de nada?».

—Yo he sentido exactamente lo mismo: no poder contarles nada de Tim, ni a Sean ni a ninguno de nuestros amigos.

—Sí, veo que lo pillas —dice Lauren con aprobación—. Francine también, yo sentía que era así. No me juzgaba, como habría hecho cualquier otra persona. Podía contarle cualquier cosa, cosas que no me atrevería a contarle a nadie más. Ella es la única que sabe... sabía... toda la historia sobre mí y Jason. Todo lo que él hacía. —Lauren se frota los ojos—. No veo por qué Tim no podía dejarme en paz y ya está. No, tuvo que meter su jodida nariz.

—¿Qué es lo que hizo?

—Tim es como tú. —Lauren frunce el ceño—. Nunca entiendo la mitad de lo que dice: recitando trozos de poemas, hablando en enigmas... Pero yo sabía lo que intentaba hacer: ponerme contra ella.

—¿Contra Francine?

—No le gustaba que nos llevásemos tan bien. Decía que, si la hubiese conocido antes, no habría querido contarle nada. Que no era amable ni comprensiva, que no habría sido amiga mía. Cosas horribles que yo no quería oír. Francine era mi amiga, mi mejor amiga. —Lauren se rasca las lágrimas con las uñas, como si fuesen insectos en su cara—. No podía hablar, ¿y qué? Si pasas tanto tiempo con una persona, acabas por conocerla. Sabes lo que hay en su corazón. Lo captas sin necesidad de que diga nada. Había una conexión entre Francine y yo. Ella sabía lo mal que yo lo estaba pasando, y yo sabía lo mal que lo pasaba ella. Pero yo... Durante mucho tiempo pensé... Quiero decir que a ella ya le había pasado lo peor, ¿no? Nunca pensé que algún día fuera posible que ella no estuviese y que yo volviera a no tener a nadie; nunca me preparé para ello. Qué estupidez, ¿no? Pensar que a alguien no le puede pasar nada malo cuando ya le ha pasado una putada de las gordas.

—Es natural —contesto de forma automática. Ya no estoy segura de si comprendo o quiero realmente decir las cosas que digo. Una parte de mí se ha desconectado.

—No los pude detener, Gaby. No pude hacer nada. No soy más que una cuidadora, y esos tres... ¡Nadie me habría creído! ¡Francine no le importaba a nadie, solo a mí!

—¿Detener qué? Lauren, cálmate. Dímelo; estoy de tu parte.

Lauren agita la cabeza violentamente.

—Me gustaría poder contarle a ella lo de Jason —dice. Lo de matar a Jason.

—Cuéntamelo a mí. No diré nada; escucharé y nada más.

—¿Tú? ¿Me tomas el pelo? La única persona a la que quieres escuchar eres tú misma.

—No. Quiero escucharte a ti.

—¿Qué es lo que quieres saber? —pregunta, huraña—. Me lo llevé al pub, lo emborraché, me lo llevé a casa de mi padre, se desmayó. Me senté a ver la tele un rato con papá y Lisa. No les dije lo que iba a hacer; no tenían ni idea. Les dije que salía a tomarme una cerveza, cogí un cuchillo del cajón de la cocina, subí arriba y... —Une las manos por encima de la cabeza e imita el gesto de apuñalar—. Así mismo. Cuando lo hice no sentí nada, solo pensé: «¿Cómo coño les voy a contar lo que he hecho a papá y a Lisa? Y en su propia casa. Pero en la nuestra no podía haberlo hecho». —Se le escapa una risa en forma de agudo chillido—. ¿Te lo imaginas? Kerry y Dan son de esa clase de personas a las que no les gustaría que matasen a cuchilladas a nadie en su casa pija, ¿verdad?

—A Francine la asesinaron en su casa —le recuerdo—. ¿Quién? ¿Quién lo hizo, Lauren?

—Pero no hubo sangre —dice, como si no me hubiese enterado de nada.

Esto es muy extraño; estoy hablando de asesinatos limpios y sucios y del tipo de casa con el que se corresponden. Con Lauren Cookson.

—¿Crees que soy una mala persona por haberle matado?

—Creo que te mereces una medalla —contesto sinceramente.

—¿De verdad? —Duele ver la esperanza en sus ojos.

—¿Qué más te da lo que yo piense? No soy más que una bruja estirada a la que apenas conoces.

—Eso es verdad. —Lauren sonrío por detrás de las lágrimas—. No sé; parece que todo el mundo piensa que eres una especie de fenómeno o algo así, que tienes respuesta para todo. Quería saber si tenían razón. En la carta me preguntabas por qué te seguí hasta Alemania; ahora ya lo sabes.

No sé de qué habla. ¿Me habré perdido la parte donde se explicaba?

—¿Qué quieres decir?

—Cada vez que Kerry y Dan se peleaban, después de la muerte de Francine, era siempre por ti. Nunca delante de Tim; pero, cada vez que no estaba a tiro de oreja, se ponían a discutir. Kerry no dejaba de decir que tenían que hablar contigo, que tú sabrías qué hacer. Dan decía que no, que Tim no se lo perdonaría nunca. A veces era al revés; cambiaban de bando. La cosa daba vueltas y vueltas. Y deberías haber oído lo que Tim decía de ti. Yo ya estaba harta de todos ellos. Y pensé, venga, vamos a buscar a esa tal Gaby Struthers. Todo el mundo dice que es tan genial y que ella sabrá lo que hacer; pues a ver

si es verdad. A lo mejor se lo cuento, pensé. Lo que estaba pasando no estaba bien; me refiero a lo que Tim quería, por mucho que lo hiciese sonar como si sí estuviese bien. Yo estaba histérica, ya me viste. Me estaba volviendo majara con todo aquello. Quería verte y saber de qué iba todo eso que decían de ti. Pero en cuanto te vi, pensé «yo no puedo hablar con esa zorra presuntuosa». Lo siento, ya sabes lo que quiero decir.

—¿Oíste a Tim hablando sobre mí con Dan y Kerry?

—No. —Lauren parece confusa—. ¿Por qué?

—Dijiste que le habías oído hablar sobre mí.

—Con Kerry y Dan no. Solo con Francine.

—¿Con Francine?

Lauren asiente.

—Yo no era la única que hablaba con ella. Tim también lo hacía. Y no le gustaba compartirla conmigo; la quería toda para él.

«No. La odiaba. La dejó; si volvió, no fue porque la quisiera».

—¿Quién mató a Francine, Lauren? Por favor.

Echa una mirada a la puerta.

—Si te digo quién fue, querrás saber por qué.

—Sí, sí que querré saberlo.

—Debería haberte enseñado las cartas en Alemania. —Empieza a llorar de nuevo—. Si no fuese una idiota cobarde, te las habría enseñado entonces y te lo habría contado todo.

—¿Qué cartas?

—Estaban debajo del colchón de Francine. Cuando murió y tiraron su cama, Dan las cambió de sitio. Las escondió en la habitación de Tim, debajo de su colchón. Nadie sabía que yo sabía dónde habían ido a parar. Todo el mundo pensó que no me daría cuenta de lo que estaba pasando delante mismo de mis narices. Kerry sabía que yo lo sabía, y sabía que no me gustaba, pero no creía que yo fuera a hacer nada. ¡Serán cretinos! Seguro que creen que las cartas siguen allí. Yo pensé, un día uno de ellos pensará que hay que quemarlas y entonces yo ya nunca podré explicar por qué murió Francine. Yo no tengo un pico de oro, como Kerry o Tim, o tú. Por eso me las llevé: porque se explican mejor que yo.

—Entonces, ¿te llevaste las cartas a Alemania? ¿Para que Kerry y Dan no pudiesen destruirlas?

Lauren asiente.

—Te las iba a dar a ti, pero... Bueno, no pude hacerlo.

—¿Dónde están? Por favor, Lauren, enséñamelas.

—No puedo. Ya no las tengo.

«No. Que no diga lo que creo que está a punto de decir».

—¿Dónde están?

—En el lavabo de aquel hotel de mierda. Entré en él con mi bolso; las llevaba allí. Las metí en eso que está en el váter, el trasto ese de arriba. Pensé que no se mojarían, las tenía guardadas en una cosa de plástico. Ahora me gustaría no haberlas dejado ahí. Me entró miedo cuando empezaste a hablar de Tim, a intentar sacarme lo que sabía.

Saco la BlackBerry del bolsillo y marco el número que me dio Simon Waterhouse, el de su teléfono móvil.

—¿Crees que siguen ahí? —pregunta Lauren—. Te las tendría que haber dado. Lo sabía.

—¿Hola? ¿Gaby?

Simon Waterhouse parece sorprendido, como si le hubiese despertado de una pesadilla.

¿Cómo se sentirá cuando le diga que hay unas cartas que tiene que leer en la cisterna de un váter en el último piso de un hotel cutre de carretera en Alemania?

Prueba policial 1437B/SK

PRUEBA POLICIAL 1437B/SK:

TRANSCRIPCIÓN DE CARTA MANUSCRITA DE DANIEL JOSE A FRANCINE BREARY CON FECHA 13 DE FEBRERO DE 2011

Francine, hay algo que Kerry y yo no hemos hecho lo suficiente en nuestras cartas: decirte cosas que no sabes. Parece que lo que hacemos, sobre todo, es darte nuestro punto de vista sobre hechos del pasado. Y quizá sea correcto, no lo sé; pero nuestra intención con todo esto de las cartas es apoyar a Tim. La única diferencia entre lo que él hace y lo que hacemos nosotros es que él lo dice en voz alta, sentándose junto a tu cama día tras día, y nosotros lo hacemos por escrito para que Lauren no pueda oírnos.

He espiado las conversaciones unilaterales de Tim contigo. No te cuenta nada que ya sepas; es muy cuidadoso con ello. Puede que me equivoque, pero creo que planifica todo lo que te va a decir antes de entrar en tu habitación. Sus monólogos son pulcros; cada uno de ellos contiene algún tipo de revelación, aunque solo sea que la primera vez que Gaby y él se besaron fue en el porche de la biblioteca de Proscenium, en una fecha determinada, cosa que a nadie le importa demasiado, salvo a Tim, a Gaby y a ti, la esposa traicionada que lleva tanto tiempo sufriendo.

Supongo que, al menos, no te aburrirás. Tim quiere mantenerte en vilo, en el borde del asiento (perdona la expresión, ya sabes a qué me refiero), con el miedo en el cuerpo por lo que vayas a oír a continuación. Es lo que un monologuista cómico podría llamar material nuevo, aunque no tiene nada de divertido. El único tema que trata es Gaby, es incapaz de hablar de ella de otra forma que no sea seriedad total y nunca se le acaban las cosas que contarte: cómo construyó su empresa, interminables detalles técnicos sobre su creación, Taction —que nadie que no sea un experto o una persona que esté enamorada de un experto podría aspirar a comprender—, su fantástica página web, comentarios ingeniosos hechos por ella hace cuatro años sobre alguna trivialidad... Tim debe de tener memoria fotográfica; o quizás es que no le importa nada más en su vida.

Dicho esto, debo reconocer que nunca he oído a Tim decirte que quiera a Gaby, al menos no con estas palabras. De todos modos, tendrías que ser muy corta de entendederas para no haberte dado cuenta, Francine. Ningún hombre habla sin parar de una mujer a menos que esté colado por ella. Kerry y yo no nos dimos cuenta del nivel de la obsesión de Tim con Gaby hasta que le oímos hablarte de ella a ti.

Como hoy no me apetece trabajar más, voy a seguir el ejemplo de Tim y te voy a contar un par de cosas que aún no sabes. E, igual que él, he planificado lo que te voy a decir. La primera es algo que nadie sabe: estoy empezando a

pensar que llevo perdiendo el tiempo solo Dios sabe cuántos años. Quiero abandonar mi doctorado inmediatamente y no volver a acercarme nunca a él. Kerry no lo sabe; ella se opone a dejar de lado cualquier cosa e intentaría convencerme para que no lo hiciese. Probablemente lo conseguiría, además. La verdad es que no estoy seguro de que me importe un comino seguir pensando o escribiendo sobre cómo la clase de arquetipos o historias que nos atrae afecta a nuestras actitudes hacia el riesgo financiero. Es demasiado liado e interdisciplinar y, al mismo tiempo, es una puta obviedad: el peor miedo de la persona número 1 es tener que acabar contando una historia sobre sí mismo en la que aparece perdiendo una oportunidad fantástica por pura timidez y, por tanto, no pudiendo disfrutar de la recompensa conseguida por otros más valientes que ella. La narrativa vital hipotética más desagradable para la persona número 2 es una en la que empeña todos sus ahorros en una apuesta arriesgada y acaba en una situación de deplorable pobreza, lamentando su imprudencia. La persona número 1 tiene obviamente mayor probabilidad de invertir 100 000 libras en una empresa nueva de alto riesgo no rentabilizable a corto plazo que la persona número 2.

Ahí lo tienes, en un centenar de palabras más o menos. Hasta tú serías capaz de entenderlo, Francine, aunque estoy seguro de que encontrarías una forma de censurar tanto a la persona 1 como a la 2. Pero captarías el concepto básico; cualquier estúpido podría hacerlo. Entonces, ¿por qué estoy dedicando años de mi vida a escribir un doctorado sobre ello, meses a esbozar cuestionarios y recopilar datos, para demostrar lo que ya sé? ¿Qué sentido tiene? Aunque lo termine y lo publique, lo único que sucederá es que un montón de charlatanes dedicados a la teoría económica harán cola para ponerme verde en revistas que no lee nadie. Ya se están frotando las manos, iracundos, porque he osado meter un impostor confuso y ambiguo como la narrativa arquetípica en su preciosa economía.

Te debes de estar preguntando por qué te hablo de una cosa que no tiene nada que ver contigo, Francine. ¿Qué más te dará a ti si dejo o no mi doctorado? Tim no perdería el tiempo contándote una noticia cualquiera, ¿verdad? A riesgo de sonar engreído, creo que hay algo que me he olvidado de tener en cuenta: lo mucho que te ofendías siempre que otra persona se convertía en el centro de atención, aunque solo fuera durante cinco minutos. Eras incapaz de sentarte a escuchar lo que otro tenía que decir sin empezar a ponerte rabiosa y a molestar por haber dejado de ocupar el lugar preferente. Kerry y yo nos dimos cuenta de ello la primera vez que Tim te trajo a casa a cenar, la primera vez que te vimos. Nos quedamos perplejos, incapaces de comprender qué le había sucedido. De pronto, sus largas y divertidas diatribas, que siempre habían sido lo mejor de nuestras veladas, desaparecieron. Cada vez que le hacíamos una pregunta nos respondía de la forma más sucinta y huraña posible; luego volvía a centrar la atención en ti. «Bien, gracias, no hay muchas novedades». El «bien, gracias» ya era bastante raro, pero aún lo era más el «Francine está pasando por un período muy emocionante en el trabajo. ¿Verdad, querida?».

Un período emocionante en el trabajo. Incluso sin tener en cuenta que tú eras abogada especializada en pensiones, Francine, esa frase no tenía nada que ver con Tim. Al principio, Kerry y yo no nos explicábamos qué demonios le había pasado. Luego nos dimos cuenta de qué era. En realidad, fue como en

las películas de terror: la forma en la que la confiada heroína se siente cuando se tropieza por azar con un álbum de fotos lleno de telarañas y ve una foto de su marido tumbado en un ataúd, con las suturas del embalsamador por todo el cuerpo, y se da cuenta de que lleva años muerto y de la razón por la que tiene una cicatriz con una extraña forma de Y en el torso, que él siempre ha dicho que venía de una herida de cuando jugaba al tenis. (Tendrás que perdonarme por el uso de la guasa y la intrusión de arquetipos narrativos aleatorios. Como te he dicho, llevo toda la mañana trabajando en el doctorado).

Creo que te pondría histérica, Francine, tener que escucharme refunfuñando sobre mis problemas profesionales. A tu ego le dolería verse forzado a interpretar el papel secundario de oyente mudo, sobre todo sabiendo que, cuando yo acabase, el turno no iba a ser tuyo.

Y ahora pasaré al segundo elemento de mi agenda que tenía planeado, el que tiene una relación directa contigo: ¿recuerdas cuando Tim y tú me regalasteis *Imperium*, de Robert Harris, para mi cumpleaños? Es curioso; he leído la última carta que te escribió Kerry y ni siquiera mencionaba el aspecto Robert Harris de la noche. La «Noche de los Recuerdos», por usar el título oficial. Cuando estaba abriendo el regalo que me habíais hecho Tim y tú me dijiste que probablemente ya lo tenía, pero que Tim se había empeñado en que no era así. Lo dijiste como si fuera seguro que Tim, siendo como es él, se equivocase. De hecho, había tenido razón hasta aquel mismo día, cuando no una sino dos personas me habían regalado dos ejemplares del libro: mi jefe y mi secretaria. Kerry se rio cuando se lo dije. «Vas a tener que correr la voz de que te ha dejado de gustar Robert Harris, o resignarte a recibir veinte copias de su último libro para Navidades y cumpleaños durante el resto de tu vida». (Por cierto, estoy seguro de que un somero análisis estadístico pondría de manifiesto que tus peores broncas se daban en ocasiones que eran especiales para otras personas, Francine).

Rasgué una esquina del papel y vi el «Imp» del título al mismo tiempo que Kerry, que estaba sentada en el sofá, a mi lado. Ambos sabíamos lo que tenía que suceder. A pesar de que nos hubiese resultado imposible explicárselo a cualquiera que no formase parte de nuestro chiflado cuarteto, sabíamos que era inconcebible que dijésemos, entre risas: «La verdad es que este es el tercer ejemplar hasta ahora». Tim te había asegurado que yo no lo tenía; si resultaba estar equivocado, se lo habrías hecho pagar. Por su culpa habrías sido la persona que había estropeado la compra de un regalo, cosa que, a tus ojos, te habría hecho quedar mal en público.

Así que fingí no haber visto *Imperium* hasta aquel momento y, para mayor seguridad, no saber siquiera que Robert Harris había sacado una nueva novela de misterio. Kerry se puso de pie y dijo que iba un momento al lavabo. Yo sabía que era una excusa, que no estaba dispuesta a correr el riesgo de que subieses por alguna razón y vieses los dos ejemplares de *Imperium* (¿*Imperia*?) en nuestro dormitorio. ¿Sabes lo que hizo, Francine? Cogió los otros dos ejemplares del libro, los envolvió en una camisa y los metió debajo del colchón de nuestra cama. Yo habría hecho lo mismo si no hubiese tenido que quedarme a interpretar una elaborada pantomima para mostrar que tu regalo me gustaba más que la propia vida y que te sintieses apreciada como

era debido.

Tim intentaba parecer calmado, pero yo sabía que él también lo sabía. Lo había adivinado por mi cara y la de Kerry, aunque probablemente pensó que solo nos temíamos que encontrases otro ejemplar de *Imperium*, no dos. Imagínate, Francine: pánico a ese nivel por algo tan ridículamente trivial. Eso es lo que provocabas en las personas que te rodeaban. Por eso me da igual, a diferencia de Kerry, que Lauren sepa lo que pasa. Kerry cree que Lauren podría haberla visto meter una carta debajo de tu colchón. «¿Y eso qué importa? —le pregunté—. ¿Qué puede hacernos Lauren de malo?». Pero, para Kerry, no se trata de eso; es una cuestión de culpabilidad. No podría soportar que Lauren (o, en realidad, nadie) pensase que hacía algo malo. También le da miedo que Lauren se enfrente a Tim y le haga sentirse culpable. Yo lo entiendo: desde el punto de vista de Kerry, que Tim se sienta mal es equivalente a que, probablemente, Tim acabe muerto.

Por eso a Tim siempre le ha animado a tener esas largas «charlas» contigo, Francine. Habla de ellas como si se tratase de una especie de terapia para él. Y de ahí salió esto: nuestra correspondencia unilateral contigo, y siempre con la condición de que las cartas debíamos escribirlas a tu lado, sentados junto a tu cama. Así es como decidió Kerry que apoyásemos a Tim.

Tal como yo lo veo, el inconveniente de estas cartas es precisamente lo que Kerry opina que es su mayor ventaja: que tú no puedes leerlas y que, según sus propias normas, nosotros no podemos leértelas en voz alta, de manera que no sabes cuál es su contenido. Es la única forma de ser justos con todos, en opinión de mi sabia esposa.

Que pienso, y siempre he pensado, Francine, que está enamorada de tu menos sabio esposo. Es una suerte que, físicamente, no sea su tipo, o podría haberla perdido ya hace años.

No me apetece especialmente ser justo contigo. ¿Es que acaso lo has sido tú alguna vez con Tim, o con cualquiera de nosotros? Creo que, ahora que Kerry ha salido y no tiene forma de saberlo, te voy a leer esta carta. Me sentiré culpable por ocultárselo, pero eso no basta para detenerme.

Ahí va.

16/3/2011

Sam cogió la última de las cartas de Simon, que estaban en el suelo, en una buhardilla sin sillas del hotel Haffner, en Alemania; la misma habitación que, si Lauren no hubiera huido, habrían compartido Gaby Struthers y Lauren Cookson cuando su avión se retrasó. ¿Y quién no habría huido de una habitación así, pensó Sam? Nadie entraría en un sitio como este por elección propia, a menos que fuese para matarse mutuamente o para rodar una película en la que todo el mundo estuviese todo el tiempo deprimido. Las cortinas estaban manchadas de suciedad, la alfombra era como un *collage* de zonas brillantes y peladas... Un ocupante anterior había dejado una tira arrugada de esparadrapo rosado en un rincón, que el personal de limpieza, suponiendo que pasase por aquí en algún momento, no había siquiera descubierto. En las paredes no se veía nada más que zonas de forma irregular donde el papel se había desprendido, con el yeso al descubierto. De hecho, a Sam le recordaban al salón de Simon y Charlie, pero había preferido callárselo.

El aire olía a rancio: a alcohol y sudor. Sam deseó no haber salido nunca del civilizado ambiente de la biblioteca de Proscenium. Después de leerla le pasó la carta a Simon de nuevo:

—Más de lo mismo.

—Lo siento.

—No, no es culpa tuya. Una funda de plástico llena de cartas secretas en la cisterna del váter de un hotel en Alemania, traída desde Lower Heckencott en Culver Valley... Suena prometedoramente útil. Parece que no pueda no ser algo significativo. Sí, podríamos haber enviado a unos agentes a recogerlas, pero...

—No es eso lo que quise decir —le cortó Simon—. Lo que siento es... ya sabes. Mi actitud. Tuviste mala suerte, nada más. —Dejó el montón de cartas en el suelo, como si no fuesen más que un estorbo, y se encogió, las rodillas tocando la barbilla. Parecía esperar a que viniese un gigante a darle un puñetazo en la coronilla. Sam esperó—. Me paso medio enfadado la mayor parte del tiempo sin saber por qué —dijo—. Esta vez has sido tú quien ha recibido la peor parte.

Sam quería encontrarse con él a medio camino, pero temía que, si decía «Bueno, a decir verdad, quizá te lo debería haber dicho antes», las cosas podían tomar un cariz menos amistoso; era posible que Simon retirase sus disculpas. Así que se limitó a decir «Dejémoslo correr», complacido de que le perdonasen, tanto si había hecho algo malo como si no.

—Ha sido útil —dijo Simon.

—Para ti, puede. —Sam sonrió para quitar hierro a sus palabras—. Tú te nutres de conflicto y drama.

«Te nutres no nutriéndote. Conviertes tu propia energía negativa y la de cualquier otro en...». Sam no sabía en qué.

—No, me refería a la funda, a las cartas. Léelas otra vez.

Sam cogió la que tenía más cerca.

—¿Por qué? ¿Crees que sacaremos algo de ellas?

—Creo que yo he sacado algo de ellas y tú no. Quizá si se lo pides amablemente...

—¿Qué? ¿Quién mató a Francine? —A Sam no se le habría pasado por alto esa información.

—Algo más importante que el quién. Nos dicen el porqué.

—No lo veo. Lo que veo son amores y resentimientos e inseguridad y remordimientos reflejados en el papel, nada más.

Sam esparció las páginas en el suelo, delante de él. Vio palabras sueltas: «recuerdos», «martillo», «giro». Sabía que esa ojeada no le iba a servir de nada, pero estaba demasiado impaciente para volver a leerse las todas. Simon no le iba a obligar, ¿no?

«¿No vas a ser un poco flexible, teniendo en cuenta que pronto voy a dimitir? En unas cuantas semanas, ya no tendré que resolver nada». Sam había estado todo el día pensando en una forma de abordar el asunto; lo último que quería es que Simon se tomase su decisión como algo personal, y no se le ocurría una forma de plantearla para asegurarse de que eso no sucediera.

—No veo ningún móvil aquí. —Hizo un gesto hacia las cartas—. No veo un porqué.

Simon asintió.

—Ni lo verás; porque no sabes el quién.

—Pero ¿no habíamos quedado en que las cartas no nos dicen quién? —Y eso quiere decir...—. ¿Sabes quién mató a Francine?

—Y tú también lo sabrías si no estuvieras pensando en matarla de forma equivocada.

Sam tardó unos segundos en desentrañar la gramática. Lo que Simon debía de querer decir era «pensando de la forma equivocada acerca de su muerte».

—¿Quién? ¿Dan Jose?

—¿Dan? —Simon sonrió ante la idea—. ¿Te refieres al hombre que tomó una valiente postura moral contra el engaño que ha acabado con su mejor amigo en la cárcel? Me refiero a admitir que había estado mintiendo y, aun así, negarse a decir la verdad. Dan Jose nunca mataría a nadie. De hecho, nunca haría nada. ¿Kerry Jose? —dijo Simon, adelantándose a la siguiente pregunta de Sam—. No. Ya has leído lo que Dan dice de ella: quiere ser justa con todo el mundo. Necesita que la vean como una buena persona. En una de las cartas admite que le gustaría matar a Francine, pero no es más que una fantasía; sabe que no lo hará nunca. Lauren era la única persona de Dower House a la que Francine, de hecho, le caía bien. Si es que te puede caer bien un trozo de carne tumbado en una cama —añadió Simon, como si lo hubiera pensado mejor—. Lauren nunca conoció al mal bicho que hacía la vida imposible a todo el mundo. Durante la Navidad, con su familia, echaba de menos estar con Francine y trataba de que la incluyesen en las celebraciones en Dower House. Y, día tras día, atendía a sus necesidades, por un sueldo extremadamente jugoso y con los beneficios añadidos de un alojamiento de lujo y de un empleo para su marido. ¿Por qué iba a querer matar Lauren a Francine? No querría, desde luego.

—Entonces... ¿Jason? —preguntó Sam, sabiendo que esa no era la respuesta y que por eso Simon le guiaba hacia ella. Cuando tenía algo de lo que fanfarronear, no tenía piedad. Sam había llegado a la conclusión de que disfrutaba haciendo que otras personas se sintiesen estúpidas; era un sádico intelectual. A pesar de ello, Sam seguía sintiendo el mismo afecto por él—. ¿Sabes también quién mató a Jason?

—Fue Lauren —dijo Simon, como si se tratase de algo evidente y sin importancia—. Wayne Cuffley trataba de protegerla, pero se le vio el plumero con sus incoherencias, y también cuando te pidió que le dejases decirle a ella que Jason estaba muerto. Como señalaste tú mismo, se lo podría haber dicho antes de entregarse. Según él, le quitó las placas de matrícula al coche y nos trajo el cuerpo para que Lauren no tuviera que preocuparse de si Jason estaba vivo o muerto, y se entregó para que ella no tuviera que vivir con la incertidumbre de no saber quién había apuñalado a su marido. Si tanto le preocupaba que Lauren estuviese bien informada, le habría contado lo que había hecho mientras aún estaba libre y podía hacerlo. Su historia no tiene pies ni cabeza. La única finalidad es convencernos de que Lauren no sabe qué le ha pasado a Jason: no sabe que está muerto y no sabe quién lo hizo. Una idiotez, de arriba abajo.

«A Lauren le preocupaba Francine. Lauren mató a Jason. Si sumamos los dos...».

—Jason no mató a Francine —dijo Simon, al parecer leyéndole el pensamiento a Sam—. Pero vio quién lo hizo por la ventana.

Sam no se impresionaba muy a menudo, pero ahora lo estaba.

—¿Cómo lo sabes?

Simon frunció el ceño y repasó otra vez la solidez de la lógica de su teoría antes de presentarla.

—Es obvio: por la mentira sobre dónde estaba Jason cuando Lauren encontró el cuerpo y gritó, la misma que han repetido todos los de Dower House. Si Jason no mató a Francine, ¿por qué no decir la verdad sobre dónde estaba y qué estaba haciendo cuando murió?

—Pero... ¿cómo sabes que él no la mató? —volvió a preguntar Sam. Si ya le habían dado una respuesta, se la había perdido.

—Porque sé quién lo hizo —respondió Simon. Todo muy simple, si tu nombre fuera Waterhouse—. Y Jason también lo sabía. Lo supo antes que nadie, aparte de la propia Francine y de la persona que la asfixió con un almohadón. Él estaba fuera, limpiando las ventanas, como dijeron todos en la segunda versión de la historia. Salvo que no eran las ventanas del salón, en la parte delantera de la casa, sino las del dormitorio de Francine, que está también en la planta baja, pero en la parte de atrás. Cuando Charlie empezó a interrogar a Kerry sobre qué había estado haciendo Jason en el salón exactamente (si estaba reparando alguna cosa y, en ese caso, qué). Kerry se asustó y recurrió a lo que esperaba que fuese una mentira más verosímil: Jason había estado limpiando ventanas. Los buenos mentirosos saben que deben meter la máxima cantidad de verdad posible en una mentira. Kerry cambió un detalle: dijo salón en lugar de dormitorio. Era esencial que nadie descubriese que Jason era testigo ocular: le habrían pedido que describiese lo que vio, le habrían interrogado con demasiada vehemencia y esperado un alto nivel de detalle, su versión se habría comparado con la confesión de Tim Breary... Era demasiado arriesgado, porque lo descrito habría sido una mentira. Era fácil equivocarse en un montón de minucias. Lo más sencillo era que no fuese testigo de nada y que se limitase a recitar la versión de Tim de los hechos, como el resto de ocupantes de Dower House.

Tim Breary. Con toda la especulación, Sam casi se había olvidado de él.

—Entonces, si no fue Kerry, ni Dan, ni Lauren, ni Jason...

—Tim debe de haber asesinado a Francine, ¿no? —Simon terminó la pregunta de Sam por él—. No, él tampoco lo hizo. Tim quería a Francine viva, no muerta. Después de lo que le había hecho pasar, no podía dejar escapar el nuevo equilibrio de poder entre ellos: no tener miedo de ella, que fuera ella la que sufriera esta vez. Las palabras pueden hacer tanto daño como un cuchillo o una pistola, y Francine no podía defenderse. Tim era adicto a atormentarla: contándole historias sobre Gaby Struthers, la mujer a la que amaba de verdad; leyéndole poemas sobre la putrefacción de cuerpos de cuarenta años; sabiendo que, por mucho que Francine odiase escucharle, no podía escapar. Él nunca jamás habría acabado con esa situación. ¿Por qué crees que no fue derecho hacia Gaby Struthers en cuanto se trasladó a Culver Valley, después del ictus de Francine?

¿Era necesario que Sam menease la cabeza en un gesto de perplejidad, o lo daría Simon por descontado?

—Porque aún no era libre. Porque aún no estaba disponible. Ansiaba a Francine como nunca lo hizo antes de que se quedase postrada, y castigarla le daba energía. Las ganas de seguir haciéndolo eran abrumadoras; ni siquiera la idea de tener a Gaby cerca era incentivo suficiente para dejar de hacerlo. Tim estaba enganchado. Sin embargo, no quería afrontarlo, así que se decía a sí mismo que estaba llevando a cabo una investigación: ¿era Francine la misma Francine que él había conocido? ¿Cómo llegar a una evaluación ética precisa de la persona? Vaya una investigación, que no recopila ningún dato —dijo Simon despectivamente.

Sam solo escuchaba a medias; estaba tratando de pensar. Gaby Struthers tenía una coartada, así que no pudo haberlo hecho. ¿Quién, pues?

—Se me han acabado las ideas —admitió—. Incluso las más descabelladas. Si quieres que sepa quién asesinó a Francine, me lo vas a tener que decir.

«Siento haberte decepcionado. Otra vez».

—Nadie asesinó a Francine —dijo Simon.

—¿Nadie? Pero...

—¿Has visto su cadáver? —Otra vez esa exasperante media sonrisa.

—¡Sí! —Más de una vez. ¿Qué demonios estaba insinuando? ¿Le tomaba el pelo?

—Está muerta, eso seguro —dijo Simon—. Legalmente, puede tratarse o no de asesinato. Supongo que depende del juez, o del jurado. Yo, personalmente, no lo llamaría asesinato, sino justo lo contrario.

—¿Quién la mató? —preguntó Sam. Simon no podría ponerle pegas a la palabra «matar», eso seguro.

—La persona que menos habría querido asesinarla de todas. Su única aliada en Dower House.

—¿Te refieres a... Lauren?

Simon asintió.

Pero hacía un momento, Simon había dicho que... No, Sam se dio cuenta de que Simon había dicho que Lauren no había asesinado a Francine, no que no la hubiese matado.

—Lo que me pregunto es si Kerry y Dan Jose padecían la misma adicción que Tim. ¿Se regodeaban sádicamente en las cartas, igual que Tim Breary lo hacía en esas charlas junto a la cama, o lo hacían solo por dar apoyo moral a Tim, como dice Dan Jose en la última carta?

Sam no sabía qué pensar. Decidió limitarse a escuchar, ya que no podía

aportar nada. «Como Francine Breary».

—Apoyo moral —repitió Simon con desdén—. Cartas que, de manera muy considerada y analítica, hacían pedazos la personalidad de Francine, se mofaban de ella y la condenaban de todas las formas posibles. A perro flaco... Y mientras, Breary se dedicaba al equivalente verbal de las cartas: básicamente, a torturar a su mujer. ¿Es que se le puede llamar de otra forma? Ahí está ella, atrapada en la cama, sin poder moverse ni hablar, y él le está contando todas aquellas cosas que van a hacerle desear estar muerta, si es que no lo desea ya. Es tortura psicológica. ¡Y Kerry Jose, que sabe todo lo que está pasando, cree que es una buena terapia para Tim! Piensa que Tim está procesando sus miedos, limpiándolos, haciendo progresos. Es enfermizo. Kerry decide que es correcto dejar que Tim castigue y torture emocionalmente a una inválida que no puede defenderse, y Dan le deja hacer. —Simon dijo una palabrota entre dientes y miró hacia el techo—. Día tras día, un castigo que no acaba nunca. Francine tiene que tragárselo a la fuerza, una y otra vez: que su vida no fue nunca lo que ella creía que era, que su marido nunca la quiso como decía que lo hacía. Se ha convertido nada más que en el receptáculo de la amargura de Tim. Y la de Kerry, y la de Dan. ¡No nos olvidemos de las cartas, que son la idea que Kerry tiene de justicia! En su locura, aquello es equilibrio. La respuesta moderada y serena es escribir largas y crueles retahílas de reprobaciones; eso sí, escritas con mucha cortesía, bien expresadas y con palabras sensibles, así que es casi imposible darse cuenta de lo que está pasando realmente.

Tenía razón; incluso en el hecho de que era difícil darse cuenta. Los relatos de Kerry y Dan hacían quedar a Tim como la principal víctima, y a ellos dos en un apretado segundo puesto compartido. La primera vez que había leído las cartas, aun sabiendo que Francine había sido asesinada, Sam no había sentido demasiada compasión por ella; hasta ahí llegaba la habilidad narrativa de Kerry y Dan Jose.

—Kerry y Dan quieren las dos opciones a la vez —prosiguió Simon, airado—. Quieren mostrar solidaridad con Tim, pero no quieren hacer daño a Francine, o eso es lo que imaginan; así que nunca le leen las cartas. Pero las escriben; se sientan durante horas junto a su cama escribiéndolas, impregnándolas de resentimiento. ¿Se les ocurre acaso pensar que Francine podría estar preguntándose qué hacen allí, sentados, escribiendo algo que ella nunca puede ver? ¡Y luego las meten debajo del colchón, para que ella sepa que está tumbada encima de algo que no sabe lo que es!

—Si Francine era una fanática del control hasta el punto que sugieren las cartas, seguro que lo odiaba —dijo Sam, contento de poder aportar algo al fin—. Quizás ellos sabían que el no saber lo que estaban escribiendo la haría sufrir, y eso podía haber sido parte de la gracia.

—Para Kerry, sí, es muy posible —coincidió Simon—. Si crees que eres demasiado buena y justa como para hacer daño a alguien deliberadamente, tienes que encontrar la forma de hacerlo y mantenerlo oculto, incluso a ti misma. Especialmente a ti misma, de hecho. Creo que, para Kerry, las cartas cumplían ese papel. En cuanto a Dan... no lo sé. En el mejor de los casos, estaba intentando apoyar a su mujer y a su amigo, y Francine no era más que

un medio. Quizá no tenía voluntad de hacerla sufrir, pero la trataba como a un objeto. Como si fuera una... musa de la ira y el odio. Quizá no fuese una tortura emocional directa como la que le estaba procurando Tim Breary, pero en todo caso era depravada.

—Entonces, Lauren probablemente sabía lo que estaban haciendo todos, ¿no? —preguntó Sam.

—Probablemente —repitió Simon—. Desde luego, en parte, la motivación que provocó que Kerry saliese con la norma de que Dan y ella nunca leyese sus cartas en voz alta fue esa: que no podían arriesgarse a que Lauren lo oyese. Debía de saber que Lauren había oído bastantes veces a Tim en la habitación de Francine, acosándola con sus historias sobre Gaby. Kerry no quería que Lauren se diese cuenta de que estaban atacando a Francine desde todos los flancos; y no una persona, sino tres. Tres atacantes inteligentes y elocuentes, que no veían ningún problema en suministrar su ponzoña, día tras día, a una mujer que no podía ni moverse, ni hablar.

—¿Crees que eso es lo que Kerry quiso decir cuando escribió que alguien mataría pronto a Francine, pero no sabía quién? —preguntó Sam—. ¿Estaba pensando en Lauren?

—En Lauren o en Tim —respondió Simon sin vacilar—. Kerry tenía miedo de que uno de los dos lo hiciese, pero no sabía cuál de ellos sería. Lauren, para sacar a Francine de una puta vez de aquella casa en la que abusaban de ella y la maltrataban, o Tim, porque después de haber superado su miedo a Francine y de decirle todo lo que quería, una vez que ya no le fuese útil...

—Pero (perdona por interrumpir) en una de las cartas Kerry le suplica a Francine que deje de respirar.

—Sí, pero no es porque quiera que se muera y desaparezca de una vez. —Simon se estremeció—. Es otra vez la idea de justicia de Kerry: «Ahórrate el mal trago de ser asesinada, Francine; y no olvides sentirte agradecida por el chivatazo». Y ten en cuenta —Simon movió el dedo en el aire para aclarar sin ningún género de dudas que se refería a Sam— que estas cartas son pura actuación teatral. Todo el mundo se autocensura, pensando que los demás van a leer el resultado en algún momento. Todos saben dónde se ocultan las cartas; ¿por qué no leer las de los demás? Dan espera la sorpresa de Kerry cuando lea lo que escribió sobre lo de que estaba enamorada de Tim Breary. Si ella saca el tema a colación y le dice que su sospecha no tiene ni un atisbo de verdad, él se sentirá mejor. Si no lo menciona, se sentirá peor.

—Entonces... —Sam estaba tratando de absorberlo todo—, ¿Kerry no quería que Francine muriese?

—¡Claro que no, hostia! Oh, probablemente se engañaba a sí misma a veces pensando que sí, que eso era lo que quería, y puede que en parte sí lo quisiera. O quizá quería que Tim pensara eso, cuando él le leía sus cartas a Francine. Pero lo que no quería, sobre todo, era eliminar los obstáculos que impedían a Tim y Gaby Struthers estar juntos. Quería que Tim viviese con ella y con Dan en Dower House. Su adicción a la esposa a la que odiaba y

atormentaba le venía que ni pintada; ella seguía siendo la mujer buena en su vida, aquella en la que confiaba. Cuando Tim estuviese felizmente unido a Gaby, ella quedaría relegada a un segundo lugar, y eso no podía soportarlo.

—Pero ¿por qué matar a Francine? —preguntó Sam—. Si Lauren estaba preocupada por ella y quería protegerla de los... —Se detuvo, reacio a utilizar la palabra «ataque». Pero Simon tenía razón: no había una palabra mejor para describir lo que había padecido Francine Breary: un ataque continuo, aunque escrito y verbal en lugar de físico—. ¿Por qué Lauren no...? No sé, ¿por qué no habló con servicios sociales sobre el maltrato de Tim a Francine?

—¿Y qué les habría contado? Solo era charlar, ¿no? Ni siquiera había gritos, ni agresividad; era tranquilo, en voz baja. Ella ha oído por casualidad a un hombre hablando con su esposa inválida, nada más. Y ha leído algunas cartas que unas personas han intentado esconder, y sí, sabe que lo que dicen no es bueno. Es muy malo, de hecho. —Simon se puso de pie y empezó a caminar por la habitación cojeando. Se le había dormido la pierna—. De forma instintiva, sabe exactamente lo que significan las cartas: crueldad deliberada. Pero ¿cómo va a expresarlo en palabras una persona como Lauren, no muy brillante que digamos, y hacer que la crean más que a alguien como Tim Breary, con su colección de libros de poesía y su tarjeta de socio de una exclusiva biblioteca, y Dan Jose, con sus investigaciones sobre teoría económica y sus anticuados trajes de *tweed*? Millonarios instruidos que escriben cartas cursis llenas de anécdotas e introspecciones y terapéuticas expresiones de todo lo que les preocupa y que nunca han tenido las agallas de expresar hasta ahora... ¡Pobres cabroncetes! ¿A quién crees que va a dar prioridad servicios sociales en esa situación? ¿Al marido y a los mejores amigos, o a la irritable empleada de hogar? ¿A Kerry, la señora de la mansión, con sus obras de arte originales en las paredes de su casa catalogada, o a la anoréxica y tatuada Lauren, que es incapaz de abrir la boca sin soltar un chorro de palabras soeces?

—Dicho de esa forma... —murmuró Sam.

—Lauren puede darse cuenta exactamente de lo que pasa, pero no puede reflexionar sobre ello —dijo Simon—. Y además está casada con Jason, cosa que la confunde. Probablemente piensa que abuso es lo de su marido. Lo que hace Jason sí es tortura psicológica; ¿cómo va a ser esto lo mismo, e igual de malo, si es tan diferente? No puede dar respuesta a sus propias preguntas; está cada vez más desesperada. Hasta que un día, supongo, oye accidentalmente a Dan Jose leer a Francine una carta en voz alta por primera vez. La crueldad está escalando, piensa ella —aunque no exactamente con esas palabras—. ¿Hasta dónde puede llegar? Respuesta: muy lejos. Tiene que sacar a Francine de Dower House. Así que lo hace de la única manera que sabe: coge un almohadón y acaba con una vida constantemente infeliz.

—Una muerte piadosa —dijo Sam en voz baja.

—En el sentido más genuino.

—¿Y la confesión de Tim Breary?

—No lo puedo decir con seguridad, pero creo que es bastante probable que la muerte de Francine rompiese el hechizo, o la adicción, como quieras llamarlo. Piensa en ello: Lauren le dice a Tim lo que ha hecho y por qué. Está angustiada. Él ve su comportamiento a través de los ojos de ella y quizá se siente culpable. Es normal: ¿cómo va a sentirse bien después de haber convertido a una joven básicamente decente en una asesina? Probablemente le hizo entrar en razón.

—Confesó para proteger a Lauren —dijo Sam—. O Jason le obligó a hacerlo: «Tú metiste a mi mujer en todo este embrollo, y a mí de rebote; tú te comes la culpa».

—Quizás en parte —opinó Simon, mirando por la ventana—. Ambos factores pueden haber intervenido, pero no fueron el motivo principal.

—Gaby —dijo Sam, sin saber bien lo que quería decir.

—Gaby —repitió Simon de forma inexpresiva—. Breary aún la quería; y, muerta Francine, no había nada que lo detuviera, salvo su convicción de que no la merecía.

—Y ahora, supuestamente, aún menos —dijo Sam.

—Exacto. En cuanto Gaby descubriese la verdad sobre cómo Tim, Kerry y Dan habían estado tratando a Francine, no iba a querer saber nada de él; eso es lo que pensó.

—Así que fingió haber matado a Francine —dijo Sam. Finalmente le parecía que estaba llegando a alguna parte—. Sigue siendo malo (en realidad es asesinato, es peor), pero de una forma distinta. En cierto sentido, parece menos repulsivo y siniestro, más... honesto.

—Más masculino —añadió Simon—, menos humillante. Un mal sincero, de tipo macho: brutal, sí, pero rápido; no enfermizo, ni rencoroso, ni patético. Asesinas a la persona a la que odias, como demostración de fuerza. Torturar sutilmente a tu esposa indefensa con palabras cuidadosamente elegidas tiene algo de afeminado. Si Lauren hubiera admitido que había matado a Francine, la verdad se habría descubierto, y eso habría echado por tierra las oportunidades de Breary con Gaby. Al mismo tiempo, Breary no quería que Gaby se hiciera ilusiones acerca de su moralidad; le habría parecido que estaba siendo injusto con ella.

—Así que le dice a Lauren que él asumirá las culpas. —Sam se apropió de la historia—. Al hacerlo, la protege, cosa que, en esas circunstancias, parece lo correcto, y finalmente cree que puede ser sincero con Gaby, aunque en realidad no lo esté siendo. Pero siente que su... maldad ha quedado al descubierto. Muchas de las cartas de Kerry y Dan hablan de su falta de autoestima.

—En efecto —señaló Simon—. Van a clasificarlo como asesino y a castigarlo, y con eso hará borrón y cuenta nueva. Podrá decirle a Gaby: «Mira, soy así de

malo. He hecho lo peor que puede hacer una persona. ¿Podrás perdonarme?». En cambio, nunca habría podido hacer esa pregunta en relación con lo que realmente había hecho.

—Eso parece razonable, ¿no? —preguntó Sam. Aún no estaba seguro del todo.

—Totalmente razonable —dijo una voz femenina. Sam se dio la vuelta.

Gaby Struthers estaba de pie en la puerta.

—Correcto hasta el último detalle —le dijo a Simon.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó Sam.

—¿Usted qué cree?

—¿Se lo ha contado Tim?

Gaby asintió.

—Y Lauren. Necesitaba desesperadamente decir la verdad y que le dijese que no había hecho nada malo. Con su insistencia en protegerla, Tim le arrebató esa posibilidad. Le suplicó que le dejase asumir la culpa a él, y Jason le apoyó. Y cuando vieron con qué desesperación quería hacer desaparecer la verdad, también Kerry y Dan. Les convenció de que su única razón para vivir era yo, que yo no querría tener nada que ver con él si me enteraba de que había maltratado a su mujer, postrada en la cama, hasta el punto de que su cuidadora se había visto obligada a matarla por compasión.

—Pero él pensó que le perdonaría por haberla matado —dijo Simon.

—No tiene por qué explicarme la diferencia —repuso Gaby—. Ya lo ha dicho: por un lado, un impulso asesino repentino; por el otro, una victimización pasivo-agresiva constante, lenta e insidiosa, durante años. —Su expresión adquirió un tono grave—. Tenían razón cuando lo calificaron de adicción. Tim no tenía previsto torturar a nadie, pero se vio atrapado en una situación más fuerte que él. No estoy justificando lo que hizo; estuvo mal, pero...

—No hay «pero» que valga —dijo Simon.

—Si fuera Tim, si hubiera tenido sus mismas experiencias vitales y hubiera pasado por el mismo proceso psicológico de formación por el que pasó él, ¿puede decir honradamente que se habría comportado de otra forma?

Sam pensó si tenía sentido formular la pregunta. Si Simon fuese Tim Breary, ¿se habría comportado como lo hizo Tim Breary? Sí, obviamente.

—¿Y qué hay de Lauren? —se interesó Gaby—. ¿Hay algún «pero» en su caso? También mató a Jason.

—Lo sabemos —dijo Simon.

—Él la agredió el viernes, después de atacarme a mí, y ella decidió que ya era suficiente. Otra vida que sintió que no tenía más remedio que quitar.

—Por mi parte, yo sería comprensivo, pero no estoy seguro de que la ley vaya a serlo —contestó Simon. Sam había estado pensando lo mismo, pero no había querido decirlo.

—Estoy segura de que no lo sería —terció Gaby—. De todos modos, antes tendrán que encontrarla. —Las comisuras de su boca se inclinaron en una sonrisa—. Obviamente, no estoy segura, solo estoy aventurando una opinión, pero imagino que, a estas alturas, Lauren podría estar ya fuera de su alcance. Es posible que, cuando vayan a Dower House a buscarla, se la encuentren vacía.

—Si sabe dónde está, será mejor que nos lo diga —dijo Simon. Quizá la intención fuese de amenaza, pero lo único que oyó Sam fue hastío.

—Yo no sé nada —respondió suavemente Gaby—. Solo estoy especulando.

—¿Están Kerry y Dan con ella? —preguntó Sam.

—No sé dónde está ninguno de ellos, pero dudo que Lauren fuera capaz de llegar demasiado lejos sin ayuda. O de permanecer oculta indefinidamente. ¿No creen? Ya la conocen.

—La encontraremos —le dijo Simon a Sam: una muestra de fanfarronería dirigida, sobre todo, a Gaby.

—Estoy convencida de que, si la buscan muy bien y durante mucho tiempo, la encontrarán. Claro que podrían buscar no tan bien y dedicarse en su lugar a cazar criminales. ¿No es eso lo que se supone que deben hacer?

Antes de que Simon o Sam pudieran responder, Gaby se había marchado.

Martes, 5 de abril de 2011

—Mejorana —dice Tim, mirando la puerta del extremo del corredor. Se ha detenido a unos metros de ella, con el rostro pálido. Sé que le va a costar acercarse más, y yo no voy a tratar de convencerle: tiene que salir de él. Hace años ya intenté resolver el misterio de su pesadilla, cuando aún no estaba preparado, y solo conseguí alejarlo de mí—. Había olvidado que las habitaciones tenían nombre y que la nuestra se llamaba Mejorana —dice en un susurro—. Recuerdo a Francine diciendo que todas tenían nombre de flores o hierbas.

—No tienes por qué venir conmigo, pero yo voy a entrar, ¿de acuerdo?

Reservé la habitación para una noche con la intención de poder acceder a ella esta tarde, aunque Tim y yo no vamos a quedarnos. Es solo un viaje de ida y vuelta en un día. De todos modos, Tim nunca habría querido alojarse en *Les Sources des Alpes*, aunque yo lo hubiese sugerido. Si se pregunta por qué he reservado vuelos de ida y de vuelta el mismo día en lugar de sugerir quedarnos una noche en un hotel distinto, no lo ha mencionado.

Otra de las cosas de las que no ha hablado desde que salió de la cárcel es que yo he pasado todas las noches en el hotel Best Western de Combingham y él, en Dower House. Solos. Conozco sus razones y las comprendo: no quiere meterme prisa.

«Sus razones se pueden ir al infierno. No suponen diferencia alguna».

«Sé justa, Gaby: él es quien ha sugerido venir aquí; para él, es un paso enorme».

Pero que sea enorme para Tim ya no me basta. Necesito que haga cosas enormes desde mi punto de vista: no admito menos.

La llave es dorada, pesada, con forma de campana. Abro la puerta y entro. Para cualquiera que no sea Tim, parece una habitación de hotel normal. Me llama desde el pasillo, nervioso porque no me ve. No lo soporto. ¿Y si espero que se decida a entrar y nunca lo hace?

—Las paredes no son siquiera blancas —grito desde dentro. Están empapeladas con un motivo de cuadrados de color pastel sobre un fondo crema—. Tim, te prometo que, en el momento en que pongas un pie en esta habitación, dejará de asustarte. No es la habitación de tu pesadilla. Para empezar, es inmensa.

Se mueve; lo noto en la vibración del suelo. Cuando entra, espero que se pare

en el umbral; en cambio, camina hasta pararse a mi lado, su brazo tocando el mío. Mira a su alrededor; escucho su respiración irregular.

—¿Estás...? —Carraspea para aclararse la garganta—. ¿Estás segura de que es aquí donde nos alojamos Francine y yo? ¿Es la habitación correcta?

—Me dijiste que tu habitación se llamaba Mejorana. Esta es Mejorana. —Por si necesita más fundamento, añado—: La acabas de reconocer cuando has visto el nombre en la puerta.

—Sí. Lo siento. —Se seca la frente con el dorso de la mano—. Tienes razón. Pero no es... Esta habitación no es la de mi sueño.

—Cierto, no lo es. Ni ninguna otra de las habitaciones.

—¿Cómo?

—La habitación de tu sueño no es una habitación, Tim.

—¿Qué quieres decir?

—Sígueme —cojo la llave y me dirijo a la puerta.

—Espera —dice, tirando de mí.

—No. Ya he esperado bastante. Estoy harta de esperar.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Gaby, lo entiendo, pero necesito quedarme aquí unos segundos. Solo un momento, ni siquiera cinco minutos; es solo que... necesito estar aquí de pie y saber que no es a esta habitación a lo que temo. Que nunca lo fue.

—Así es. Nunca lo fue.

—Pero... ahora quieres llevarme a otra parte —dice Tim con sombras en la voz: la sombra de un bolso sobre una pared blanca. Pero no era una pared—. Quieres llevarme al lugar al que llevo temiendo todo este tiempo, al lugar que creía que era esta habitación. No sé si podré soportarlo, Gaby.

—¿Qué lugar, Tim? ¿Dónde está? ¿Qué es? —No tiene sentido preguntar; la expresión de su rostro me dice que no lo sabe, en absoluto.

—Es aquí, en Leukerbad. Si me lo vas a mostrar, tiene que estar aquí, pero... —Mueve la cabeza—. No está en ninguna otra parte. No fuimos a ningún sitio que no fuese público. Ella no habría tratado de matarme en un lugar público.

—Ella no trató de matarte. Eso nunca sucedió.

—Entonces, ¿por qué sueño que lo hizo?

Inspiro profundamente. No sé si la respuesta mejorará las cosas para él o las empeorará.

—Te tomas el sueño de una forma demasiado literal. Ven, deja que te lo demuestre.

Esta vez no protesta. Recorremos el pasillo en silencio, subimos al ascensor, salimos en la planta baja, bajamos las escaleras enmoquetadas de rojo, giramos a la izquierda. Tim me sigue como si no supiera a dónde nos dirigimos. ¿Es eso posible? ¿Dónde podría ir, si no?

Me gustaría que estuviera más cerca. Podría acabar con todo ahora mismo, decírselo y ya está, pero quiero darle la oportunidad de llegar allí él solo. Mientras subimos por la colina, pasando junto a tiendas, restaurantes y chalés de madera, le pregunto:

—En el sueño, ¿cambia el tamaño de la sombra del bolso? ¿Se hace mayor o menor?

Donde estamos, el tiempo es claro y soleado, pero las montañas más allá están nevadas. Intento no mirarlas. Tim se detiene un instante junto a una fuente que escupe agua caliente; Leukerbad es famoso por sus manantiales de aguas termales y le encanta exhibirlos; lo descubrí la última vez que pasé por aquí.

Sigo andando.

—No, el bolso tiene siempre el mismo tamaño —dice Tim, acelerando el paso para ponerse a mi altura.

—Dijiste que, en el sueño, Francine caminaba hacia ti, cruzando la habitación en diagonal, acercándose cada vez más.

—Eso es. —La expresión herida en su rostro, a medida que le obligo a pensar en la pesadilla, es demasiado para mí; soy incapaz de mirarle.

—Entonces, la sombra del bolso debería crecer o reducirse, en función de la fuente de luz. Debería hacerse más pequeña, o más grande y borrosa cuando ella se acerca. —Para mí, esta ley fija de la naturaleza es tranquilizadora; dudo que sea así para Tim—. Si ella camina en diagonal hacia ti, cruzando la habitación, el bolso va a alejarse de la pared o a acercarse, una de dos.

—Es un sueño, Gaby, no un ensayo científico.

Tim casi tiene razón; no hay nada de científico en una representación simbólica del peligro en un sueño. Por eso estoy decidida a aferrarme al único detalle científico: la sombra de un objeto que se desplaza sobre una superficie blanca solo mantendrá el mismo tamaño si la distancia entre él y la superficie no cambia a medida que el objeto se mueve.

Giramos otra esquina y yo me paralizo. Hemos llegado, antes de lo que

esperaba. Extiendo un brazo para impedir a Tim que vaya más allá.

—¿Qué? ¿Qué pasa, Gaby?

—Mira esto. ¿Has estado aquí antes? ¿Habías venido aquí con Francine?

La respuesta tiene que ser afirmativa. Ante nosotros, altas montañas cubiertas de nieve. De uno de los picos sale un cable que llega a un pequeño edificio de madera, al pie de otro. Una cabina cuadrada se desliza cable abajo, trazando lentamente una diagonal por el aire. Tim respira como si le doliese.

—Ahí tienes tu habitación pequeña.

—La cabina del teleférico. Pero... no comprendo. Sí, Francine y yo montamos en él, pero no estábamos solos. Había más gente, una familia rusa, cuatro personas. Ella no habría... Se queda sin palabras. Con la mirada perdida, intenta encajar las piezas.

—¿No habría intentado matarte delante de ellos? No, en efecto. Ya te lo he dicho: ella no intentó matarte, ni con público ni sin él. No de la forma que tú quieres decir. ¿Qué pasó en ese teleférico, Tim? ¿Hablasteis tú y Francine? ¿Sucedió algo importante?

—Se me declaró, ya te lo dije. —Está abstraído. No puede mantener la mirada quieta.

—Me dijiste que se declaró, no dónde.

—Me lo pidió arriba, cuando la cabina arrancó. Dijo... —Tim meneaba la cabeza.

—¿Qué? ¿Qué dijo, Tim?

—No le di una respuesta directa.

—¿Qué querías decirle?

—Quería que no me lo hubiese pedido. —Veo dolor en sus ojos, pero me fuerzo a no apartar la vista—. Me dijo que tenía tiempo hasta que llegásemos al final del recorrido para darle una respuesta.

Una proposición seguida de inmediato de un ultimátum. Qué bonito.

—Le dije que sí.

—¿Cuándo? ¿En el camino?

—Al llegar abajo. Se me había acabado el tiempo. Era mi novia, Gaby. Si no era la persona idónea, ¿qué estaba haciendo con ella? No sabía que hubiese una persona idónea.

—Durante todo el trayecto en el teleférico no te estabas acercando a un bolso

que contenía algo que te iba a matar, sino al momento en el que entregabas el resto de tu vida a una mujer que tú sabías que iba a acabar con toda tu alegría y tu esperanza. Eso es lo que te iba a matar.

—Era ella la que acababa siendo más desgraciada que nadie. Siempre — murmura Tim. Está enfadado conmigo.

—El brazo torcido de Francine en el sueño es el cable del teleférico. — Necesito decirlo y que lo sepa—. Está torcido porque la cabina cuelga de él y hace una marca, que se mueve a medida que va bajando. La pared blanca no es una pared, sino la montaña cubierta de nieve. La cabina estaba a la misma distancia de la montaña durante todo el recorrido, y lo que estabas viendo era su sombra moviéndose a lo largo de la montaña blanca. Por eso la sombra de lo que tú pensabas que era un bolso era siempre del mismo tamaño. Pero no era un bolso, sino una cabina de teleférico: la cabina en la que viajabais Francine y tú, Tim.

—No puedo quedarme aquí —Tim empieza a andar en dirección al hotel. Corro tras él contra el viento, que azota mi rostro—. Todo este tiempo he pensado que ella intentó matarme. Lo creía de verdad.

—Lo sé.

—Era muy vívido.

Le agarro del brazo y tiro de él para que me mire.

—No era demasiado tarde. Podías haberla dejado. De hecho, la dejaste, pero no viniste a buscarme. ¡No viniste a buscarme!

—Tú tenías a Sean.

—Pues sí, tienes razón. ¿Y a ti, cómo te sentaba eso?

Tim se para.

—Pensaba que no era la persona adecuada para ti. Pero aun así, parte de mí se alegraba de que tuvieras a alguien. Me habría sentido aún más culpable de no poder dejar a Francine si hubieras estado completamente sola...

—¡Basta! —No soporto seguir escuchándole.

—¿Qué quieres que diga, Gaby? ¿Qué estaba celoso de Sean porque él te tenía y yo no? Desde luego que lo estaba.

—Pero no fue eso lo que dijiste, Tim. Dijiste algo totalmente distinto. ¿Quieres que te diga lo que yo sentía por Francine? La odiaba. No por ser una zorra y por hacerte pasar un infierno día tras día: porque era tu mujer. Podría haber sido la mujer más amable y simpática sobre la faz de la tierra; la habría detestado exactamente igual. Deseaba que se muriese de repente. La buscaba por Google cinco veces al día, miraba sus ojos glaciales en la foto de la página

web de su empresa. Te imaginaba en la cama con ella, mirando la tele con ella, despejando la mesa después de cenar con ella, y deseaba que se muriese. Aparte de ti, Francine es la persona que ha inspirado mis pensamientos más apasionados. ¿Qué sientes tú ahora sobre mí?

«¿Cómo te sentirías si te dijese que quiero a Lauren por haberla matado, y que siempre la querré, por mucho que sea una mala acción?».

—Uf —dice Tim.

—Tú no sentías lo mismo por Sean, ¿a que no?

—Pues no. Pero eso no significa lo que tú has decidido que significa.

—Tú puedes vivir sin mí, Tim. —Eso es algo que no puedo perdonar—. Todos esos años sin contacto...

—¡Gaby, tú viviste perfectamente sin mí!

—No es lo mismo. Yo creía que no tenía elección. Me habías dejado bien claro que no querías ni que me acercase.

—Podías haber pensado «A la mierda» y haberme buscado. Podías haberte presentado en la puerta, contado la verdad a Francine y provocado una crisis. ¿No te das cuenta de que estás siendo muy poco razonable? Podría vivir sin ti, sí, pero no quiero hacerlo. Elijo no hacerlo, jamás. ¿Y tú? Tú puedes vivir sin mí, y estás a punto de demostrarlo. Me vas a dejar, ¿verdad?

No le contesto. Tim me coge de las manos, tan fuerte que duele.

—Dime qué puedo hacer para que cambies de idea. Haré cualquier cosa.

—No. Dime tú qué es lo que puedes hacer. O aún mejor, no me lo digas, hazlo, y haz que cambie de idea.

—Lo haré.

—Adiós, Tim.

Me alejo caminando colina abajo, sin mirar atrás. No tengo por qué correr; no va a seguirme. Aunque no puedo verle, sé que sigue donde le he dejado, decidiendo que estamos predestinados al fracaso, que es demasiado tarde, que nada de lo que pudiera hacer bastaría. «Corre tras de mí, niégate a dejarme ir. Haz que el tiempo avance hacia atrás, hazlo todo de otra manera».

Hay una hilera de taxis a la puerta de una pizzería, al final de la bajada de la colina. Entro en el primero y le pido al conductor que me lleve al aeropuerto de Ginebra. El conductor, me pregunta en inglés:

—¿Con qué compañía vuela, señora?

Buena pregunta. Me hace pensar en el aeropuerto de Düsseldorf, en Sean preguntándome «¿Quién te lleva?».

No sé con qué compañía vuelo. Tengo reserva para el mismo vuelo de vuelta que Tim, pero eso ya es imposible.

—No lo sé. Lléveme a cualquier puerta de salida.

El conductor no se rinde con facilidad.

—¿Va a reservar un vuelo al llegar? Hay diferentes puertas para diferentes destinos. ¿Cuál es su destino?

—No lo sé. Lo siento. Lo decidiré cuando llegue.

Si llego. Quizá Tim me detenga. Quizá decidamos quedarnos en Suiza el resto de nuestras vidas, empezar de nuevo. No trescientas sesenta y cinco menos noventa noches, sino todas las noches que nos queden. Si tengo suerte —y hasta ahora he sido, en general, bastante afortunada en la vida—, no tendré nunca que tomar la decisión de a dónde quiero volar, no tendré nunca que caer en la cuenta de que, sin Tim, no quiero ir a ninguna parte.

Eso es lo que voy a pensar en el camino hacia el aeropuerto de Ginebra. Tengo alrededor de dos horas; con suerte, un poco más. Dos horas es mucho tiempo.

6/4/2011

—¡Deténgase ahí mismo! No tiene permiso para acercarse.

—Estoy... aquí, inspector.

Sam estaba de pie justo delante del escritorio de Proust. Si se acercaba más, lo tocaría. Se quedó mirando la firma invertida del inspector en un documento. La tinta estaba aún húmeda y brillante.

—Lo decía metafóricamente. No la quiero.

¿Cómo podía saberlo? Era imposible.

—Creo que nuestros objetivos son contradictorios —dijo Sam, tratando de pensar qué era lo que Proust pensaba que le iba a dar.

—¿Quiere decir que tiene como objetivo contradecirme? —saltó el Hombre de Nieve, apartando el papel firmado del montón que tenía delante y firmando el siguiente sin siquiera mirarlo—. No quiero su carta de dimisión, sargento.

—Mi...

—La que estaba a punto de sacar del bolsillo interior de la chaqueta y poner encima de mi escritorio.

«Dásela. No necesitas su permiso. No depende de él».

Con mano temblorosa, Sam sacó la carta de la chaqueta y se la alargó a Proust para que la cogiera.

—Pásala por la trituradora —ladró el Hombre de Nieve—. A mí no me interesa.

—¿Quiere que me quede? —preguntó Sam.

Proust sonrió como sonríe un adulto a la sugerencia, dulce pero ingenua, de un niño.

—Ninguno de los dos, ni tú ni yo, lo queremos, pero los dos vamos a tener que aguantarnos. No soy una de esas personas generosas con los halagos, sargento, pero usted es el único miembro seminormal de mi equipo. Fiablemente ordinario.

—Jefe, yo...

—Si se va, no voy a poder evitar que la sargento Zailer vuelva a trabajar para mí. Waterhouse no lo soportaría, pero tendría que fingir que es eso lo que quería. Su matrimonio aún lo odiaría más, y la situación se precipitaría hacia su inevitable final. No querrá ese peso en su conciencia, ¿verdad?

—Quiere que me quede —dijo Sam. Esta vez no lo preguntaba.

Proust le miró y suspiró.

—¿Voy a tener que enviarle un ramo de flores al camerino? Sí, sargento, quiero que se quede. Es la única de las personas con las que trabajo en la que no tengo que pensar nunca. Jamás. Por ejemplo, ahora no estoy pensando en usted. Estoy pensando en cosas más importantes.

Sam rogó que el Hombre de Nieve no pudiera leerle la mente. Se sentía halagado cuando debería sentirse insultado. ¿Qué impresión daba eso de él? Más tarde se lo comentaría a Kate y fingiría compartir su indignación, mientras que, en secreto, creería que Proust quería hacer que se sintiera valorado de la única forma que sabía hacerlo.

—Voy a tener que pensármelo, inspector.

—Piense todo lo que quiera —replicó Proust, riéndose por lo bajo—. Yo seguiré sin pensar en usted en absoluto, sargento, y disfrutando mucho de ello.

—Si quiere que me quede...

—En el inmediato corto plazo, preferiría que se marchase. De mi oficina, me refiero. Váyase, y llévese su absurda carta.

Proust se despidió con un gesto elaborado, como si posase para una foto de prensa, sin levantar la vista de sus papeles.

Sam se marchó.

Y se llevó con él su absurda carta.

*

Agradecimientos

Como siempre, un agradecimiento enorme a mis espléndidos editores Hodder & Stoughton, en especial a la fantástica Carolyn Mays, una experta en salvar todos los libros de caer en la mediocridad. También a Francesca Best, Katy Rouse, Karen Geary, Lucy Zilberkweit, Lucy Hale, Jason Bartholomew, Alice Howe, Naomi Berwin y Al Oliver; el equipo completo. Nadie lo hace, ni podría hacerlo, mejor que Hodder. Julia Benson merece una mención especial por proporcionarme algunos datos relacionados con el fútbol. Gracias también a mis maravillosos editores internacionales, que hacen un trabajo espléndido traduciendo y publicando mis libros en el extranjero.

Gracias a Dan, Phoebe y Guy por creer sinceramente que todos los libros son válidos e importantes, y por soportar durante otro año a la cada vez más loca y desaliñada ocupante de la buhardilla.

Gracias a Luke Hares, que me proporcionó, no solo asesoramiento científico, sino también una coartada para mi heroína, y que me permitió formar parte de una pandilla muy emocionante. Que la fuerza de los comentarios te acompañe (aunque no tenga ni idea de lo que eso significa).

Gracias, como siempre, a mis leales investigadores: Guy Martland, que me contó lo que necesitaba saber sobre el ictus, y Mark y Cal Pannone, que suministraron procedimiento policial y curry.

Gracias a Jonathan Walker-Kane; creo que, de no ser por ti, este libro habría terminado siendo diferente y, de hecho, peor.

Gracias a BW y a DR por la inspiración original para PUE.

Gracias a Chris Gribble por el *Slack Captain*, el nombre perfecto.

Gracias a todos mis alegres seguidores de Twitter, que han dado respuesta a muchas dudas útiles, ¡sobre todo la relativa a los seguidores de equipos de fútbol! Y gracias a mis lectores; como dijo Brian Adams (aunque él no se refería a escribir *thrillers* psicológicos), todo lo que hago lo hago por vosotros.



SOPHIE HANNAH (Manchester, 1971). Reconocida autora de novelas de suspense psicológico. Su obra incluye también el cuento, los libros infantiles y la poesía.

Hija del académico y escritor Norman Geras, y de la escritora Adele Geras, estudió en la Universidad de Manchester y publicó su primer libro de poemas *The Hero and the Girl Next Door* con tan solo 24 años.

Su estilo es frecuentemente comparado con los fluidos versos de Wendy Cope y el surrealismo de Lewis Carroll. En el 2004 fue nombrada como una de las poetas de referencia del Poetry Book Society's Next Generation, y su poemario *Pessimism For Beginners*, fue seleccionado para el Premio T. S. Elliot en el 2007. Su obra poética es estudiada hoy en día en los colegios británicos.

Es además una celebrada autora de ficción, publicada en más de treinta idiomas, sus sofisticados y emocionantes *thrillers* psicológicos la han convertido en una de las escritoras de referencia de la narrativa inglesa actual.

